CUMBRES Y LLANURAS

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ALVAREZ
HILARIÓN de MONTE NEBO

LOS AMIGOS DE JASHUA

IIª parte de Arpas Eternas

TOMO II

TODO REINO DIVIDIDO

Después de una tiernísima despedida, la Madre del Cristo-Mártir, tornó a su silenciosa y lejana Casa de Nazareth con los que le habían acompañado. Stéfanos tuvo el valor de ver partir a Boanerges sin revelarle el secreto de su nacimiento. ¡Esperaba tan pronto a la muerte que no quiso envolver en tristeza e inquietud aquella hermosa alma que era un arpa viva de amor y de armonía divina!

Pero le hizo heredero de todas sus composiciones musicales, y le dejaría depositado en su amigo Parmenas, el título de propiedad de su Villa en la pradera de Abaná.

Mientras tanto Livia Augusta había repetido innumerables veces sus visitas al Oratorio del Palacio Henadad, y estaba perfectamente enterada de todos los detalles de la vida de Cristo y de su obra entre los hombres.

Había estrechado amistad con las doncellas del Coro entre las cuales formó fila enseguida de haber aceptado plenamente la doctrina enseñada por El, y que sus discípulos continuaban sembrando en todas las almas que se cruzaban en sus caminos.

Su fina intuición le hizo comprender casi desde su llegada entre los galileos, que Rhode ocultaba un grande amor hacia el joven profesor griego y juzgó que ésa era la causa de que él se mantuviese imperturbable ante todo otro sentimiento que vibrara en torno suyo.

Pero cuando al cabo de repetidas y largas confidencias íntimas, pudo llegar al fondo de aquel amante corazón herido, la personalidad de Stéfanos =e agrandó tanto para Livia que en su mundo interno se esbozó esta apreciación: No creo que haya en la tierra otro hombre que pueda igualarse a él.

Y Livia y Rhode se unieron en una estrecha amistad que era a la vez admiración, amor y defensa para el joven Diácono, cuya grandeza moral leí atraía como un imán y cuya vida en peligro las llevó a una alianza fuerte y sincera de protección hacia él.

A ellas dos se unió el joven Samuel, hijo del Pontífice, que era el trasmisor de todas las noticias, en forma que el círculo de los amantes del Cristo estuviese al tanto de las resoluciones del Sanhedrín con respecto a ellos.

Frente a- esta trilogía de defensores de *los galileas* se colocó el joven Saúl de Tarso, que se constituyó en espía y delator de todas sus actividades apostólicas y las trasmitía a los Escribas del Sanhedrín, algunos de los cuales lo eran también del Gran Colegio.

Y Livia y Samuel fueron los primeros acusados por él de complicidad con los discípulos del Rabí Galileo ajusticiado tres años antes como sublevador del pueblo en contra de Moisés.

Livia Augusta había sido vista entre las mujeres *galileas* por los suburbios extramuros de la ciudad llevando socorros a los mendigas y enfermos, recogiendo chiquillos haraposos y hambrientos.

A Samuel, hijo del Pontífice, lo habían visto llevando del brazo a un mendigo cojo y a otro ciego y los había introducido por una abertura de los barrancos del Valle del Hinón, y después había desaparecido él, los mendigos v hasta la misteriosa entrada que no se encontraba por ninguna parte.

En todo eso debía existir seguramente alguna magia diabólica.

El lector de "Arpas Eternas" recordará aquel inmenso subterráneo llamado "Fortaleza del Rey Jebuz", utilizado y transformada por Simónides en magnífico local central de la Santa Alianza, tenía una salida secreta al Valle del Hinón, y allí era el Refugio de todos los que carecían de hogar y de familia. Pero cuando el alma humana está llena de maldad y de malicia, aún las acciones más puras y santas las interpreta y las ve como horrendos crímenes y tenebrosas maquinaciones.

Si así no fuera, no tendríamos un catálogo tan voluminoso de todos los mártires del Ideal divino del Cristo, desde la alborada del Cristianismo hasta hoy.

En los tres primeros siglos fue el paganismo en lucha con el cristianismo naciente. Más tarde vino la lucha de cristianos contra cristianos por interpretar de diferente manera las enseñanzas del augusto Fundador.

En la Edad Media, los soberanos de varios países europeos, hicieron del Cristianismo un medio de asegurar la política de mantener firmes en sus manos la rienda de sus poderes. Y así surgieron como fantasmas siniestros de luto y duelo para la humanidad Catalina de Mediéis en Francia, que se hizo tristemente célebre con la degollación en masa de los hugonotes la noche de San Bartolomé.

Enrique VIII e Isabel de Inglaterra, que no respetó ni aún la vida de su prima, María Estuardo, reina de Escocia.

Los Borgia en Italia, Felipe II en España, creadores de los Tribunales de la Inquisición que con un Cristo en la mano ayudaban a bien morir a las víctimas que ardían en las hogueras.

Cristianos contra cristianos en la Edad Moderna, y la guillotina en Francia surgió del hambre y la miseria de un pueblo cristiano en contra de la nobleza y el clero cristiano y cayeron cabezas como fruta madura cuando avanza el huracán... Y las guerras en nuestra Edad Contemporánea también se desataron entre cristianos olvidados por completo del Divino Ideal por el cual entregó su vida el Cristo, pendiente de una cruz: *"Ama a tu prójimo como te tunas a ti mismo" "Amaos los unos a los otros, que en el amor que os tengáis se conocerá que sois mis amigos".*

La verdad es la verdad y hay que reconocer en todo momento que los cristianos no podemos tener el orgullo de afirmar que hemos obrado mejor que los paganos.

* * *

"Cuando se da un gran paso hacia el abismo, es difícil volver atrás, y el Sanhedrín judío no pudo borrar la espantosa mancha de sangre con que se había marcado tres años antes condenando a muerte al Mesías, Hijo de Dios.

Los tres años transcurridos le había servido para convencerse de que el Rabí galileo era el Mesías anunciado por los Profetas. Las pruebas las había dado El mismo en su vida y en su muerte.

El cataclismo de los elementos en tremenda protesta por el bárbaro crimen, les causaba pavor después de tres años, y estaban seguros de no olvidarlo jamás.

Los amigos del Profeta continuaban haciendo iguales obras que El, obras de piedad, de misericordia y de justicia, amparando a los despojados por los poderes legales o ilegales del país, remediando los males causados por ellos, elevando el nivel moral de los pueblos embrutecidos por el terror, renovando, reconstruyendo lo que había deshecho la explotación del hombre por el hombre.

-Y en las deliberaciones semanales del alto Tribunal se llegaba siempre a la misma conclusión:

—Si dejamos imponerse este orden de ideas estamos perdidos. Es igual que firmar nuestra sentencia de muerte.

El pueblo nos pisoteará, nos arrastrará el día que los galileos le convenían de que aquel hombre que ajusticiamos era el Mesías anunciado por los Profetas. ¿Cómo pues podemos dejarles hablar?

¿Y cómo podremos hacerles callar? —interrogaba otro—. ¿Acaso decretando nuevas crucifixiones que vendrían a confirmar nuestro error dé hace tres años?

—Paréceme que hemos dado un paso hacia el abismo y el abismo nos tragará —añadió un tercero.

—Aún podemos mantener el equilibrio entre ellos y nosotros —decía Hanán, siempre hábil en siniestras combinaciones.

—Es humillante por demás para la suprema autoridad del Pontificado tener que someternos a argumentaciones equívocas con ese rebaño de infelices, ignorantes y desposeídos de todo —argüía el Juez del Sanhedrín, hombre terco y de mentalidad muy pobre e incapaz de comprender razonamiento ninguno que estuviera en contra de sus intereses.

—Podemos intimarles salir del país —propuso uno de los Concejales.

—Pensad que hoy no somos dueños de nuestro país. La autoridad romana ¿aceptará que por nuestras cuestiones religiosas despoblemos el país que tan buenos tributos le rinde?

—Si os parece —observó Hanán— dejad esto a mi cargo y para nuestra reunión próxima creo que os traeré la solución.

A veces hay que hacer algunas concesiones para obtener un mayor beneficio.

—Hacedlo y que tengáis buena suerte —díjole el Juez.

Visiblemente disgustados se dispersaron los catorce Concejales que habían celebrado reunión.

Hanán se dirigió de inmediato al palacio del Monte Sión, residencia de Sumo Sacerdote, su hijo Jonathán, donde esperaba encontrarse con su nieto Samuel.

El Pontífice era ni más ni menos, que el reflejo de las opiniones de sU padre. Era de esos hombres que *dejan hacer* lo que otros quieren, basta que no le perjudiquen en sus intereses particulares. Se dejaba conducir por los acontecimientos provocados por el acierto o los errores de los que en unión con él gobernaban el país.

Era un Pontífice cómodo para los intrigantes, los ambiciosos y los malvados en general.

Después de oír los informes que le dio su padre a los que no dio mayor importancia, preguntó displicente:

— ¿No sería mejor ocuparnos de algo más importante que andar espiando la vida de esa pobre gente, que a decir verdad son unos ilusos inofensivos que viven soñando con *un Reino que no es de este mundo?*

Con ese afán de seguirles los pasos y controlar hasta el aire que respiran les estáis dando una importancia que no tienen. Matasteis al principal de entre ellos para terminar con la plaga, y después de tres años, nos encontramos en la misma refriega. Y con el añadido de que mi antecesor Caifás que le condenó a muerte, murió quemado vivo y aplastado por los escombros de su propia casa reducida a un montón de ruinas, sin que se haya podido salvar ni él polvo de sus huesos para darle sepultura. Es éste un epílogo bastante triste a mi parecer, que ninguno de nosotros lo querrá para sí mismo.

—Pero es el caso que van conquistándose a todo el pueblo, y cuando menos lo pienses serás un Pontífice de nombre, al que nadie obedece y que no desempeña otro papel que el de figura decorativa en las solemnidades del Templo que va quedando vacío. ¿Has pensado en esto? ¿Has pensado que desde tres años a esta parte han disminuido en un ochenta por ciento las entradas a las arcas del Templo?

¿Has pensado que nuestros ganados se envejecen en los campos de pastoreo, y" que nadie' los compra, porque solo unos pocos creyentes ofrecen de tanto en tanto algún sacrificio? ¿Quién dará de comer a la numerosa prole de Leví, la casta sacerdotal con sus familias si nadie ofrece sacrificios? El tesoro del Templo se está consumiendo y hay trescientos sesenta sacerdotes y quinientos veinte Levitas para alimentar. Los depósitos de grano de harina, aceite y vino están para terminarse. Nadie paga los diezmos y primicias ordenadas por la ley, y no habiendo sacrificios, tampoco hay carne para el consumo de toda nuestra numerosa familia sacerdotal.

¿No te parece que todo esto tiene importancia y merece nuestra atención? ¿O es que debemos cerrar el Templo y decir a nuestros sacerdotes y Levitas que vayan a arar los campos y cuidar de nuestros ganados?

Hubo un largo silencio después del cual Jonathan habló así:

—¡Qué cuadro más negro acabas de pintarme, padre! Estaba tan absorbido en traducir del arameo los escritos de nuestros más antiguos bardos, profetas y patriarcas, que no pensaba en el cataclismo económico que se avecina.

Bien sabes que no fue por mi gusto que subí al Pontificado, sino porque tú lo quisiste. Si quieres te devuelvo el puesto. La tiara me queda grande. Yo no soy para esos negocios.

—Pero una renuncia a los dos años de ejercer la suprema autoridad, caería muy mal, hijo mío —observó Hanán.

—Entonces ¿qué quieres que haga? Estoy harto ya de esta guerra sorda de espionaje y de intriga. Me hace la impresión de estar persiguiendo las hormigas que se infiltran en nuestros huertos y jardines. Mira padre... Yo no sirvo para matar hormigas. Tómate tú el encargue que yo quiero vivir mi vida lejos de esos laberintos.

—Bien —dijo secamente Hanán—. Sigue tú llevando la tiara y presidiendo las grandes ceremonias en los días de solemnidad; y las cosas menudas las haré yo. Pero exijo tu palabra de honor de no desautorizar después lo que yo ordene en tu nombre.

—Convenido —contestó Jonathan—. Te doy mi palabra formal por todos" nuestros Patriarcas y Profetas, que no me mezclaré para nada en lo que tu resuelvas.

Hanán salió meditabundo y malhumorado y el Pontífice de Israel quedó en igual estado de ánimo, pues comprendía bien la situación anormal y desairada en que se encontraba.

Al levantar la cortina de su litera encontró sentado en ella a Samuel su nieto.

—Ni mandado a buscar estarías tan a mi alcance —le dijo sonriente.

—Y yo te buscaba abuelito —dijo el muchacho bajando para que el anciano subiera—. Vine aquí sólo para pedirte una audiencia en tu casa. ¿Me la concedes?

—Desde luego, hijo mío, cuando quieras.

—Iré enseguida. —El jovenzuelo le besó la mano y la litera partió.

Una hora después se encontraban en el suntuoso despacho de Hanán: Samuel, Livia Augusta y la tía Michal.

La jovencita sentada en un taburete a los pies del anciano arbitro de Israel, y con las manos cruzadas sobre las rodillas le decía:

—Abuelo, quizás has cometido el primer error en tu vida acercándome al profesor griego porque estoy enamorada de él.

— ¿De veras?... No esperaba de la nueva Judith una debilidad semejante —contestó el anciano fingiendo severidad.

—Es una debilidad en la que todos caemos abuelo... hasta tú mismo cuando tenías mi edad.

La tía Michal sonreía con malicia, y Samuel hojeaba el voluminoso Pentateuco de Moisés fingiendo no escuchar.

—Y ¿qué?... ¿Pretendes que consagre tus esponsales?...

—Aún es demasiado pronto abuelo. He venido sólo a parlamentar contigo y te advierto que pienso sacar regulares ventajas para mi causa.

— ¡Ah!... ¿Defiendes una causa? y... ¿Cuál es ella?

—La de los galileos entre los cuales está mi profesor de música.

--¿Qué les pasa a tus galileos?

— ¿No lo sabes, abuelo? Pues que el Sanhedrín está aterrado por lo que el pueblo se va tras de ellos.

— ¿Y a ti te parece que eso es justo?

—Todos vamos detrás del amor venga de donde venga abuelo; y eso lo sabes tú desde antes de salir de los pañales. Los galileos tienen sangre en las venas y amor en el corazón y se conduelen de la miseria del pueblo, y comparten con él todo cuanto tienen. Y el pueblo no es ingrato.

—Muy informada estás de lo que hacen tus galileos. ¿Andas acaso entre tilos?

—Debes suponer abuelo, que antes de venir a parlamentar contigo he tomado toda clase de informes que he comprobado con observaciones hechas por mí personalmente. ¿No te he dicho ya que estoy enamorada de mi profesor de música? Tu nieta preferida ha querido saber qué clase de hombre era él. ¿No es esto lo justo?

—Más correcto hubiera sido pedirme a mí esos informes, o pedirlos a tu padre...

— ¡Ah, no abuelo!... En cosas íntimas del corazón vosotros estáis impedidos en absoluto.

— ¿Por qué?... Me parece que tu padre y yo nos interesamos más que nadie por ti...

—Vosotros estáis absorbidos por completo por vuestros intereses particulares y todo lo veis por ese lado del prisma. Que han mermado los sacrificios y nadie compra vuestros ganados; que el pueblo no paga diezmos y primicias, que el tesoro del Templo se agota en alimentar a las familias sacerdotales, que los toneles de vino se vaciaron y las tinajas de aceite están secas, y que no hay en vuestros graneros ni para engordar un pollo, etc....

La tía Michal escondió su risa asomándose a un ventanal y Samuel hundió su rostro en los iluminados pergaminos del libro que hojeaba.

—Pero dime... ¿cómo es que sabes todo eso?... ¡No me explico!...

— ¡Todo el mundo lo sabe abuelo! Si no se habla de otra cosa. Las esposas, las hijas, la servidumbre de los sacerdotes y levitas sienten grande alarma por la carestía que se les viene encima y se lamentan como plañideras a jornal.

Nunca pensaron en el fantasma del hambre y la miseria que el pueblo sufría para traer al Templo el fruto de sus sudores y fatigas, y cuando el pueblo harto de sufrir hambre, desnudez y miseria se une a los galileos que les dan de comer y alivian sus males, el Sanhedrín medita la forma de exterminar a los galileos... ¿Es justo hacer esto abuelo?... Ellos no incitan al pueblo en contra de nadie y se limitan a repetirle las palabras de su Profeta crucificado hace tres años: "Venid a mí los que estáis cargados de dolores que no podéis soportar, que Yo os aliviaré".

¿Qué hay de extrañar que el pueblo hambriento y desnudo corra hacia ellos?

Nuestras grandes familias dirigentes de los destinos de Israel vivimos en la abundancia y hasta en el lujo. Mira tu mansión, abuelo, la mía, las de todos tus hijos, parientes y amigos. Vivimos todos como príncipes... ¿No es ésta la pura verdad?

—Ven aquí Samuel... acércate. ¿Qué dices tú a ese razonamiento de tu prima? De seguro estás de acuerdo con ella...

—Tú lo dices abuelo —contestó el joven—. Quien ve las cosas de cerca no puede pensar de otra manera a menos que quiera cerrar los ojos para no verlo.

—A veces, hijos míos... hay que cerrar los ojos para evitar males mayores de los que tenemos.

—Eso no está muy claro abuelo —dijo Livia con toda serenidad—. ¿Qué males mayores son esos que queréis evitar?

—El derrumbe de la fe de nuestro pueblo en todo lo que hasta hoy ha creído y respetado. *"El temor de Dios hace al hombre sabio"* dice la Escritura Sagrada. Y nuestro pueblo ya no teme a Dios y por eso no ofrece sacrificios ni paga los diezmos y primicias —contestó Hanán con gran petulancia como-aquel que cree haber dicho una verdad irrefutable.

—Y de ese derrumbe de la fe del pueblo, culpáis a los galileos ¿no es así? —interrogó Livia.

—Es que es así hija mía, y ahora te toca a ti reconocerlo. Aquel Rabí ajusticiado fue el iniciador de esas teorías de amores dulzones y de ternuras pegajosas que debilitan el carácter; y convierten a Dios en una nodriza siempre dispuesta a dar su leche inagotable para saciar la glotonería de un pueblo que quiere vivir en la opulencia y sin esfuerzo alguno.

Moisés hizo grande y fuerte a Israel en cuarenta años de vivir entré los peñascos y las arenas del desierto sin más esperanza que las aves acuáticas y los peces del Mar Rojo, con los pies descalzos endurecidos en los guijarros de los caminos.

— ¡Poco a poco abuelito!... —interrumpió valientemente Livia Augusta— que no es mencionando a Moisés que vas a ganar la partida.

Moisés escribió en Tablas de piedra: *"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo" —"No matarás" —"No levantarás falso testimonio" - "No hurtarás".*

Si el pueblo anduvo descalzo, o si comió peces o langostas es cosa dicha por los hombres; pero lo grabado por Moisés en Tablas de Piedra, no son palabras que se ha llevado el viento. ¿Qué han hecho los gobernantes de Israel que se asemeje a *amar al prójimo como a sí mismos?* ¿No viven y se enriquecen con los sacrificios ofrecidos por el pueblo, con los diezmos y primicias exigidos al pueblo? ¿No han *matado* a todo el que tuvo el valor de protestar en contra de este estado de cosas? ¿No han levantado *falso testimonia* para condenar a muerte a hombres inocentes? ¿No han *hurtado* los bienes ajenos reduciendo al pueblo a la miseria y al hambre?

— ¡Basta ya de discursos insolentes! —gritó Hanán encolerizado, que es el supremo recurso del que no encuentra argumento que le defienda—. ¡En verdad Michal, que tú y yo hemos cometido un grave error poniendo en contacto con los galileos a estos dos aprendices de sabios, que recién salen de los pañales y pretenden saber como los que peinan canas!... Quiero hablar a solas contigo...

Livia Augusta se levantó y sin perder su serena calma dijo así:

—Por primera vez rompimos lanzas abuelito... pero nos haremos nuevamente amigos.

Y besó al anciano en la frente.

—Espero que serás más juiciosa —le contestó él tratando de suavizar su voz.

Samuel por su parte besó la mano de Hanán y salió en silencio detrás de su prima.

—Vamos a tu casa, que aquí no podemos hablar —dijo Samuel y ambos recorrieron en silencio los doscientos pasos que separaban una casa de otra.

La salita de estudio estaba solitaria y allí Livia Augusta se dejó caer sobre un diván y rompió a llorar desconsoladamente. Su sistema nervioso, fuertemente excitado, necesitaba ese desahogo. Samuel, sentado en silencio a su lado, esperaba que se calmara la tempestad.

Cuando la vio más serena comenzó la confidencia íntima.

—Yo esperaba este desenlace —dijo— y no me ha sorprendido nada.

—También yo lo esperaba desde que fui resuelta a decir toda la verdad —contestó la joven—. No hay nada que hacer con los nuestros. Y si continuamos con ellos, también a nosotros nos arrastrará la vorágine.

¿Conoces los últimos anuncios del Espíritu que trasmitieron en el Oratorio?

—Conozco los que recibió Stéfanos hace tres días.

—Pues son aún más terminantes y detallados los recibidos ayer noche por Rhodas, Felipe el diácono y Andrés, hermano de Pedro. Y consta que cada cual lo recibió por separado, porque Felipe y Andrés andaban fuera de Jerusalén y recién a la oración de la noche entregaron según costumbre todos los anuncios al apóstol Pedro.

—El apóstol Santiago recibió también un anuncio del Profeta Jeremías allá en la Gruta del Profeta donde dicen que él va a orar. Pero ese no .fue leído en público. Parece que Pedro guardó secreto de algunos anuncios y sospecho que serán demasiado alarmantes.

—Si los oculta será para mantener un poco la tranquilidad y calma en los hermanos, —contestó Samuel—. ¿Y qué piensas-que debemos hacer tú y yo?

—Resistir aquí todo cuanto podamos. Y cuando veamos todo perdido, nos iremos con ellos. Yo he abierto ya el camino.

— ¿Sí?... Pero en ese caso, no podemos quedar en Jerusalén, y acaso tampoco en el interior del país.

—Tuve una entrevista con un personaje muy singular que parece ser como un administrador general para los hermanos. Me lo indicó una de las doncellas del Coro que llaman Susana.

El personaje en cuestión es un anciano llamado Simónides que administra la cuantiosa fortuna del Príncipe Ithamar de Jerusalén y de un romano ilustre, el Duunviro Quintus Arrius. Es un hombre habilísimo con una vista tan larga y tan certera para situaciones difíciles como la nuestra, que es un verdadero tesoro en los actuales tiempos. Le he expuesto tu situación, y la mía.

—Las encuentra desesperadas ¿eh?

—No creas; al contrario, las encuentra bastante fáciles de encaminar si tú y yo no hacemos disparates.

Como ambos hemos perdido nuestras madres, tenemos derecho a,, reclamar lo que de ellas debemos heredar; pues él dice que emancipados de nuestros padres debemos acogernos a una tutela que no pueda ser rechazada por ningún motivo.

— ¿Crees que habrá alguien que se preste a ser tutor de dos nietos del honorable Hanán?... ¿De un hijo del Pontífice y de una hija del doctor Teófilo, Consejero del Sanhedrín?

—Hay dos y... ¡Qué altos están! La reina viuda de Susan, Helena de Adiabenes y el Príncipe Judá hijo de Ithamar por la sangre, y adoptivo del Duunviro Quintus Arrius, lo cual nos pondría bajo la protección del Gobierno Romano y del actual Rey de Susan hijo de Helena.

— ¿Y todo eso lo ha sugerido el personaje ése tan singular que has encontrado?

— ¡Todo! ¡Y apenas le planteé la situación nuestra tal como es! ¿Qué dices a esto?

—Digo dos cosas a cual más importante: ¡que eres una portento de inteligencia primita, y que nuestros padres, el abuelo Hanán y la tía Michal sufrirán un ataque de apoplejía si reciben la noticia, acabados de cenar!

Ambos jovencitos acabaron por reír de buena gana, olvidando un tanto sus angustias de un momento antes.

—No son tan cualquier cosa *los galileas,* primo. Ese mismo anciano le ha hecho devolver todos sus bienes al Príncipe Salun de Loes porque está muy bien con el gobierno romano; y lo mismo al Príncipe Eliezer de Azbur que tenía confiscadas sus tierras de viñas y de olivares.

—Y después de todo esto ¿qué haremos? —volvió a preguntar Samuel.

—*Antes de todo esto,* debes decir primo; porque todo esto lo hará él cuando nosotros hayamos dejado el techo paterno. ¿Comprendes?

— ¡Brava cuestión prima!...

—Yo estoy decidida. Ahora te toca a ti resolver de tu persona y de tus cosas.

—Y nuestro profesor Stéfanos ¿Qué dirá a todo esto?

—Está contento de que abracemos su ideal y se conduele de que tengamos que abandonar el hogar.

Y ¿sabes que dijo en presencia del apóstol Pedro y otros? Oye sus propias palabras: "A los diecisiete años abandoné yo el hogar, por evitar padecimientos a mi madre que se casó por segunda vez; y vosotros abandonaréis el vuestro por seguir el camino del Cristo Ungido de Dios. Sois cien veces más felices que yo".

—Y ¿a dónde iremos una vez que hayamos abandonado nuestras casas? -interrogó nuevamente Samuel —. ¿Lo pensaste ya?...

— ¿Conque soy yo quien debe pensarlo todo? ¿Y tú no aportas pensamiento alguno? —preguntó Livia Augusta sonriendo a su primo, más asustado que ella.

—Como ves primita, yo me dejo guiar por ti. De chiquillos, siempre en nuestros juegos, mandabas tú. Ahora, de mayores, sigue mandando y estamos en paz.

—Pues ya verás: El anciano Simónides... y no te caigas de espalda por lo que vas a oír. El anciano en cuestión administra una flota de barcos pertenecientes al príncipe Juda hijo de Ithamar, que hoy está en el Lacio, a las puertas de Roma, con su madre, la viuda del Príncipe Ithamar, y su esposa que es hija del escultor Arvoth que hizo la ornamentación del Palacio de Sión donde tú vives, y del Hípico y del Paselus, y del Pretorio de la Torre Antonia.. .

— ¡Calla que ya basta y sobra!... Eres una luz prima... Si es verdad 'que las almas reencarnan a través de los siglos, tú tienes acaparada el alma del Rey Salomón, portento de sabiduría...

— ¡Será o no será, pero el buen anciano nos pondrá en uno de sus barcos y... al Lacio en unos pocos días! ¡Que vayan a buscarnos a las puertas de Roma y bajo la protección de un amigo del César!

— ¡Ola!... ¡Ola!... Cada vez te subes más alto prima. ¡Cuidado que si caemos de esas cumbres no nos queda ni el apellido...

—Pero para todo esto debemos esperar acontecimientos. Nuestro anciano protector tiene que entenderse con la Reina viuda de Adiabenes y con el Príncipe Judá que está en el Lacio.

Mientras tanto, tu y yo iremos arreglando nuestras cosas porque yo no quiero dejar nada de lo que es mío. Me llevaré mis dos esclavas favoritas que haré libertas y todas las cosas que me son queridas.

Mi padre se casa por segunda vez en la semana que viene. El tuyo se casó hace tiempo y espera ya un nuevo heredero...

—Con eso quieres decir que pasamos tú y yo a un segundo plano y que pronto se consolarán de perdernos.

— ¡Naturalmente!... ¡Una sola cosa me preocupa y es la suerte que correrán los hermanos del Oratorio... nuestro profesor que no quisiera abandonar a las garras del Sanhedrín!... ¡Oh esto sí que me entristece Samuel! ¡Y no sé como hacer!...

— ¡Pues cásate con él antes de partir!

— ¡Es lo único que has sido capaz de decir y has dicho un disparate!

¿Crees que así nomás se lleva al casamiento como una oveja al mercado a un hombre como Stéfanos de Corinto?

—Y tú prima, te asustas de eso y ¿no te asustas de dejar burlado al Sanhedrín, al abuelo Hanán, a tu padre, a la tía Michal y a todos los profetas y patriarcas de Israel?

— ¡Ya lo ves! ¡A todos ellos los puedo vencer pero no al hermoso y dulce Stéfanos que es como un manojo de jacintos puesto sobre un altar!...

¡Yo no sé que tiene ese hombre que arrastra pero no se deja arrastrar!...

¡Es suave como un lirio, pero invulnerable como un peñasco de granito!

—Mira Samuel, para mí, los galileos son misteriosos. Algo hay en ellos que les hace diferentes que los demás. Lo mismo las mujeres que los hombres.

Hay entre las doncellas del Coro algunas que merecen ser reinas... ¿Has fijado tu atención en la que canta los *solos?*

— ¡No sólo he fijado mi atención sino que ya es la elegida de mi corazón desde que la vi!...

— ¡Ah! ¿Con que tan adelantado estabas y no me has dicho palabra? Pues sabe primo que tu corazón ha elegido muy mal.

— ¿Por qué? ¿No acabas de insinuar tú misma que?...

—Porque es la prometida esposa de un hermano de Stéfanos que anda de viaje y que se casará con ella así que él llegue.

— ¡Santo Patriarca Abraham! ¡Qué mala suerte la mía!... ¡La primera vez que me enamoro y ya me aplasta el fracaso!... Empiezo a ver negro todas las cosas prima, y ya no me gusta nada...

— ¿Has visto que no es tan fácil el casamiento? Primito, estamos los dos en iguales condiciones. Yo enamorada de Stéfanos y tú de Rhode... ¡dándonos con una piedra en los dientes!...

— ¿Y se llama Rhode?... ¡Como un sorbo de miel que otro beberá y no yo! Hubiera sido mejor no haber conocido a los galileos.

Y Samuel se puso huraño, con la cabeza entre las manos.

— ¡No te pongas así, hombre de Dios!... Eres más flojo que un pollo escapado del cascarón. ¿No puede haber otra Rhode. Veinte Rhodes allá en el Lacio a donde vamos a ir?...

—Y yo te digo a ti ¿no puede haber otro Stéfanos, cien Stéfanos allá en el Lacio donde vamos a ir?

— ¡Perdóname Samuel!... Tienes razón. Y el corazón tiene razones que la razón no comprende.

¡Para ti no habrá otra Rhode, como para mí no podrá haber otro Stéfanos!... ¡A veces me parece que camino tras de un rayo de luz que se aleja como el sol cuando camina al ocaso!...

He oído a una de las doncellas, contar de una mujer que se enamoró locamente del Profeta Nazareno que ellos llaman el Mesías, el Cristo; que abrazó su doctrina y le acompañó hasta el pié de su patíbulo, y que hoy es una sepultada viva en un Castillo de Galilea. Oí con espanto esa historia y desde entonces hago lo mismo que

ella: ¡ sigo amando locamente a Stéfanos aún sabiendo que nunca seré feliz con su amor!... ¡Me atormenta el presentimiento de que gemiré siempre sobre una tumba!

—He oído en el Oratorio que han anuncios de que el no vivirá mucho tiempo. Y si el Sanhedrín teme tanto a los galileos, Stéfanos es hoy el que *más* arrastra a las gentes y desde luego en él pondrá el Sanhedrín su mirada. ¿Y si le sacáramos del país? —Y al hacer esta insinuación Samuel observó que los ojos de su prima estaban llenos de lágrimas.

—Si ellos creen que su deber está en este país nadie los moverá de aquí —contestó la joven—. Estoy bien segura de ello.

—Creo que debemos participar a los hermanos lo que ha ocurrido entre el abuelo y nosotros —dijo Samuel —, y al hacerlo, yo insinuaré la conveniencia de que Stéfanos salga del país con nosotros si llega el caso.

—Haz lo que piensas; mientras tanto yo trataré de averiguar lo que ha pasado entre el abuelo y la tía Michal.

El lector puede saber de inmediato lo que había ocurrido.

Por primera vez en su larga actuación de árbitro de Israel, se veía Hanán en duro aprieto. Tenía una semana de plazo para encontrar la solución al problema de los *galileos.* Para él la lucha estaba entre el Consejo Supremo de donde acababa de salir, y sus dos nietos favoritos, sobre todo Livia Augusta que era la única debilidad que el adusto anciano se reconocía.

Y se indignaba consigo mismo por no sentirse capaz de aplastar con su autoridad a los *dos rapártelos* que tenían la audacia de hacerle frente. Para colmo de sus males, su hija Michal casi se inclinaba a favorecer a Livia y Samuel usando de un temperamento conciliador. Y prometió a su padre hablar con Stéfanos al día siguiente, que correspondía lección y el profesor acudiría a casa de su hermano Teófilo según estaba comprometido.

La conferencia de Hanáir con Michal había terminado con estas palabras reveladoras del pesimismo que le había invadido:

— ¡El Rabí ajusticiado nos aplasta Michal!... Y pienso que está cercano el cumplimiento de la tremenda profecía de Moisés moribundo: "Por su dura cerviz, Israel se verá deshecho y dispersado a los cuatro vientos de la Tierra".

HACIA EL ABISMO

De la conferencia de Hanán con *su* hija Michal resultó lo siguiente:

Cuando Samuel volvió a su pabellón particular en el palacio del Monte Sión, residencia del Pontífice, encontró al esclavo de su inmediato servicio esperándolo en la sala de estudio, con orden de avisar al Jefe de los guardias así que el joven llegara. Este se presentó de inmediato, clausuró en silencio todas las puertas y se llevó las llaves.

En la mansión del doctor Teófilo ocurrió exactamente lo mismo, así que Livia Augusta estuvo dentro del pabellón que le estaba destinado. Y sus dos esclavas encerradas con ella.

Ambos jóvenes eran prisioneros en sus propias habitaciones.

El lector puede imaginar la desesperación que se apoderó de ambos, no solo por su situación propia, sino porque a la mañana siguiente sabían que Stéfanos acudiría a dar sus lecciones de griego y de música, preveían una celada para él, tendida hábilmente *por el abuelo Hanán.*

Pero Livia Augusta amaba a Stéfanos y Samuel a Rhode y el amor es poderoso y hábil para salvar los más grandes abismos.

A la hora acostumbrada, los mayordomos de ambas casas se presentaron con un criado que llevaba la mesa rodante con la cena para los cautivos. Y las puertas eran nuevamente cerradas con llave.

Ni Livia ni Samuel habían pronunciado palabra. Diríase que ambos estuvieron de acuerdo para mantenerse mudos.

La joven mientras comía servida por Celia y Tula sus dos esclavas, meditaba y comentaba, con ellas sobre lo que podrían hacer para dar aviso al joven Diácono y evitar su presencia en la casa a la mañana siguiente.

Una de las esclavas era hija de un fabricante de cristalería y sugirió la idea de cortar un cristal del invernáculo que comunicaba con el pabellón-presidio y con uno de los patios de la casa.

Livia obedeciendo a su esclava dio una de las sortijas con diamantes y el cristal fue cortado cautelosamente y venciendo algunas dificultades.

www.formarse.com.ar

Samuel por- su parte encontró también una salida porque su esclavo tenía la habitación justamente sobre la caballeriza, en forma que con levantar una labia del piso podía salir al exterior.

El lector ya imaginará las precauciones que debieron tener para hacer la operación con el menor ruido posible, lo cual no era difícil en aquel enorme caserón donde había dos docenas de criados, caballos en las caballerizas, vacas en el establo y aves de consumo en los bien poblados gallineros. Diversa clase de nudos era cosa normal.

Samuel y su esclavo corrieron a casa de Livia y encontraron que las dos esclavas de ella salían a su vez para dirigirse a la suya.

En la entrevista de esa noche, ambos primos resolvieron que Samuel iría a dar aviso a Pedro de lo que ocurría, a fin de que Stéfanos no acudiera a dar sus lecciones.

Y ellos continuarían fingiendo absoluta sumisión hasta el momento que considerasen necesario tomar otra resolución. Teniendo ya el medio de comunicarse, podían permanecer en sus casas hasta tener una mayor seguridad para lo que dispusieran en adelante.

Y desde ese día y de común acuerdo Livia mandaba noche a noche a sus esclavas al Palacio Ithamar llevando a Simónides todos sus haberes, sus ropas, .«us joyas, sus títulos sobre la herencia que de su madre le pertenecía. Y Samuel lo hacía igualmente.

Mientras tanto Hanán y Michal se hallaban sumidos en *zozobra,* e incertidumbre al ver que Stéfanos no apareció a dar sus lecciones en casa del doctor Teófilo padre de Livia. Se veía claro que fue avisado de lo que ocurría. Pero continuó dando lecciones de latín y griego en el Gran Colegio, y en las Sinagogas que le estaban designadas, la explicación de la ley y de los Profetas. Pedro y sus compañeros continuaban su prédica de amor fraterno citando a los grandes Profetas y al Profeta Nazareno como continuador de todos ellos. Aconsejaban al pueblo la paciencia, la mansedumbre, la sumisión a los poderes constituidos en cuanto les fuera posible y una confianza ilimitada en la Providencia Divina que con el nombre de *Santa Alianza,* velaba por sus necesidades y aliviaba sus dolores y fatigas.

Los Terapeutas Esenios que habían salido de sus Santuarios para colaborar con ellos, se encargaban de auxiliar a los enfermos, y los Diáconos repartían entre todos, los socorros de víveres y ropas a los necesitados.

Y Hanán, al finalizar la semana de plazo, se presentó a la reunión del Consejo según costumbre y anunció como un nuevo triunfo de su política de hábil astucia la sumisión que demostraban los galileos.

Pero el Juez del Sanhedrín y el Comisario del Templo tenían también su gran argumento:

El Templo continuaba vacío, y las arcas del tesoro, los graneros y las bodegas se agotaban cada día más porque las entradas eran muy mezquinas y las salidas muy abundantes.

Hanán, tan duro y cruel tiempo atrás, sentía como un aguijón el amor a su dos nietos que eran su único punto flaco, su única debilidad; y por ellos buscaba suavizar en sus colegas del Consejo la aversión a los galileos. Tuvo un rasgo de generosidad y desprendimiento por tanto latrocinio y despojo que había hecho en su vida.

—Para equilibrar las finanzas del Templo —dijo— de aquí a tres días llegarán de mis campos, trescientas cabezas de ganado vacuno y ochocientas ovejas destinadas al consumo de los Sacerdotes y Levitas. Más ochocientos cántaros de aceite y doscientos toneles de vino.

Esto era algo nunca visto, y cayó como una bomba en el seno del Consejo Supremo. Varios de los presentes anunciaron también donativos en cereales, harina, aceite y vino, y animales de consumo.

Y la asamblea semanal terminó disculpando al pueblo y cargando de injurias al Gobierno Romano y a los cortesanos del Rey Agripa que esquilmaban al pueblo con onerosos tributos para sostener sus ejércitos, sus lujos, sus depravaciones y sus vicios, sin dejarle medio alguno de cumplir con las primordiales leyes del Templo, los diezmos y las primicias.

Hanán anunció también que el Pontífice, el Doctor Consejero Teófilo y h viuda de Caifás, su hija Michal, harían igualmente donativos de importancia para equilibrar las finanzas del Templo.

La tormenta parecía desvanecerse como nubes de verano; pero el Juez y algunos otros de los Concejales, conociendo la avaricia de Hanán y sus familiares, supusieron de inmediato que algo grave había detrás de toda aquella generosidad. Y pensaron: *Está vendido a los galileos.*

Todos ellos sabían que la fabulosa fortuna de los extintos príncipe de Ithamar y del Duunviro Quintus Arrius estaba administrada por Simónides, ese *mago del comercio* como lo llamaban y que era quien estaba detrás de esa *Santa Alianza* que así envalentonaba al pueblo.

www.formarse.com.ar

Sabían asimismo que Simónides tenía compradas a las autoridades militares representantes del César en la Palestina, ¿No podía haber hecho lo mismo con Hanán y los suyos?

El lector sabe que este juicio era equivocado, pero de tal manera dividió a los magnates del Sanhedrín que la mayoría de ellos se pusieron en contra de Hanán, y en su íntimo yo y cada cual por su cuenta pensaron que había llegado la hora de que terminase la dominación que desde años atrás ejercía sobre la .suprema autoridad de la Nación.

La caída de Hanán y su orgullosa familia estaba pues decretada en el fuero interno de cada uno de los Concejales del Supremo Tribunal de Israel.

"Dime con quien andas y te diré quien eres", dice el adagio, y los que hasta entonces habían respirado al mismo tono quedaron divididos por la envidia que corroe las entrañas del que quiere todo beneficio para sí mismo.

Creían a Hanán favorecido con los tesoros que administraba Simónides y la envidia los hizo injustos con el viejo compañero que los tuvo a su disposición durante tantos años.

Hanán, el alma negra del Sanhedrín, se había valido siempre de los más ruines medios y de los más bajos sentimientos de cuantos le rodearon para conseguir sus fines, pero la Justicia Divina dice un día *"Hasta"* y entonces todo cuanto estaba a favor se vuelve en contra, y el castillo levantado sobre la maldad, la mentira, el crimen, se desploma con gran estrépito arrastrando en su derrumbe a todos los que consciente o inconscientemente ayudaron a levantarlo en desmedro y perjuicio de inocentes y de justos.

Por uno de sus agentes de confianza hizo llegar Hanán al Palacio He-nadad la invitación de enviar oradores al Templo los sábados, a la hora de la enseñanza al pueblo.

Siempre fue costumbre establecida que después de la cátedra oficial, oradores particulares hablasen al pueblo sobre temas de la Escritura Sagrada.

Pedro y los suyos vieron claramente en esto, un nuevo lazo que se les tendía y se prepararon a la lucha pasiva, serena, llena de prudencia y rectitud pero firme como una roca.

Y fueron designados para esta importante misión Pedro, Santiago, Stéfanos y Felipe.

Pedro había recibido como un don especial el magnetismo curativo, en forma de irradiación potentísima al exterior, y mientras hablaba de las verdades divinas y de las máximas morales enseñadas por el Cristo, los enfermos que le escuchaban aparecían remediados en sus problemas y dolores del alma, causantes casi siempre de las enfermedades y males físicos.

Y el Templo volvió a llenarse de gente los sábados a escuchar la palabra divina y a buscar el alivio a sus necesidades en los Diáconos que en los atrios exteriores del Templo repartían socorros en dinero y tomaban nota de los necesitados de víveres y de ropas para acudir a sus casas a remediarles.

La diferencia era notable entre los sacerdotes del Templo que esperaban los dones del pueblo, y estos nuevos sacerdotes del amor al prójimo, siempre dispuesto a socorrerle y aliviarle.

Aquellos pedían y exigían siempre más y más. Nunca era basta. Estos otros sólo pedían los nombres de los necesitados, de los sufrientes para acudir a su consuelo y alivio.

La nueva táctica de Hanán resultaba pues un nuevo fracaso para los intereses del Templo que se llenaba de fieles todos los sábados, pero donde no había sacrificios de animales, ni donativos en productos de los huertos y de los campos.

Y la caída del gran arbitro de Israel que durante tantos años manejó a su antojo entre él, sus hijos y parentela, fue inminente en el pensamiento de sus colegas del Sanhedrín, que por fin veían la oportunidad para deshacerse de esa antigua y odiosa tutela, y ocupar ellos los envidiables puestos que eran un venero de riquezas y de lucrativos negocios.

Aparentemente, la calma se había establecido, pero las predicaciones de *los galileas* reforzadas con hechos reveladores de que el amor al prójimo enseñado por ellos era realidad, y no palabra muerta, dejaban aún más al descubierto que el viejo y magnífico sacerdocio de Israel pasaba a un último plano en la conciencia del pueblo que por fin despertaba de su inconsciente sueño.

El lector comprenderá claramente que ninguno de los misioneros del Cristo podía someterse a la imposición de no mencionarle como al Ungido de Dios, como al extraordinario ser esperado tantos siglos por la humanidad terrestre.

Y naturalmente llegó el momento en que el Sanhedrín oyó de nuevo llama *Mesías* al Rabí Galileo ajusticiado por él como a un impostor.

El Juez del Tribunal Supremo qué no tenía los motivos que Hanán para ser más tolerante con Stéfanos y sus compañeros, le increpó duramente un día después de bajar de la cátedra y como él sostuvo con gran aplomo cuanto había expuesto en un brillante discurso, fue sentenciado y lapidado rápidamente.

Habiendo relatado esta muerte, como también la-del Apóstol Santiago, al hacer los relatos de otros personajes de aquella primera hora del Cristianismo, no es necesario repetirlo nuevamente causando tan dolorosa sensación al que lo escribe y también al lector.

Cuando Livia Augusta y Samuel se enteraron de lo ocurrido, no se detuvieron a pensar que estaban cautivos sino que corrieron al lugar del suceso.

Allí, bajo las arcadas milenarias de piedra que sostenían la plataforma en que se levantaba el Templo sobre el Monte Moría; allí donde tres años antes Hanán aleccionaba a los presidiarios cedidos por Herodes Antipas y a los seiscientos esclavos de las poderosas familias sacerdotales para que pidieran la muerte del Hijo de Dios, allí fueron a detener su desesperada carrera Samuel y Livia Augusta esperando llegar a tiempo para salvar a Stéfanos de la horrorosa muerte bajo las piedras.

Sólo encontraron a Rhode que puesta de rodillas ante el pedregoso abrojal, empapaba un blanco paño de lino en un charco de sangre tibia aún.

Parecía ser una fuente roja que no se agotaba mientras el paño iba tiñéndose todo entero en la sangre del joven Diácono, cuya vibrante palabra defendiendo a su Maestro, no habían podido acallar ni las amenazas- de los Jueces del Sanhedrín, ni la visión pavorosa de la muerte que le esperaba.

¿Cómo ocurrió la terrible tragedia?

Stéfanos había acudido a la Sala del Consejo una tarde a la hora prima, por invitación expresa del Juez del Sanhedrín, teniendo ya .planeado terminar ese día con lo que él llamaba *"la atrevida audacia"* del jovenzuelo pagano que desafiaba a la suprema autoridad de Israel y ponía en ridículo sus ordenanzas ante el pueblo ignorante y fanatizado.

La muerte del César Tiberio en la Isla de Capri y la proclamación de su nieto Calígula, por la sola intervención caprichosa y desusada de la emperatriz Julia, había traído una debilitación de la autoridad imperial en los pueblos sometidos. Esta circunstancia afirmaba en cambio el poder y la fuerza de los reyes vasallos de aquella; y en Judea, el Rey Agripa, recobraba día por día su autoridad que una secreta alianza con el Sanhedrín, de cuyo oro necesitaba, vino a fortificar lo bastante para ser arbitro y juez en los asuntos internos y puramente locales.

Fue pues el Tribunal judío de acuerdo con el reyezuelo nieto del viejo Herodes, quienes promovieron la primera persecución al Cristianismo naciente, cuyo heroico martirologio fue iniciado por el Diácono Stéfanos de Corinto, y en segundo término por el Apóstol Santiago hijo de Zebedeo y Salomé.

En esta muerte por lapidación, tuvo también una participación notable, el joven estudiante del Gran Colegio, Saúl de Tarso, que era espía y agente secreto del Juez del Sanhedrín. Desconfiando de Hanán como ya dijimos, el Juez usó de elementos propios para luchar en contra de *los galileas y* Saúl de Tarso fue el más ardiente perseguidor que tuvieron los discípulos del Cristo en aquella alborada de luz y de amor, que el feroz egoísmo de los hombres convirtió Mi alborada de luto, de sangre y de crimen.

En la Sala del Consejo, en presencia de los ocho Concejales más furiosos enemigos de la nueva doctrina que se levantaba rápidamente como la aurora, boreal sobre una negra ciénaga, fue interrogado Stéfanos sobre las ideas, nuevas que tan brillantemente defendía.

El punto principal que debían esclarecer era sobre el Rabí Nazareno que .aclamaban como Mesías.

Nuestro lector conoce ya la capacidad intelectual y las superiores dotes oratorias de Stéfanos, y fácil le será comprender la fuerza y la altura que tuvo en su defensa del Cristo Divino, como Mesías anunciado desde seis siglos antes por los más grandes y venerados Profetas de Israel.

A esta secreta reunión no se permitió la entrada a nadie, pero Pedro y los suyos se paseaban por los pórticos del Templo, y el esclavo griego de Samuel, Luciano, que en compañía de su amo había penetrado en las más secretas dependencias del Templo, fue el hilo conductor de las noticias que podían recibir sobre lo que ocurría en la Sala del Consejo.

Habían acompañado a Stéfanos hasta el Templo, y puestos en oración bajo su nave silenciosa, esperaban un nuevo prodigio del cielo para triunfar de la dura tenacidad del Tribunal Supremo de Israel, que se negaba a reconocer al Mesías tantos siglos esperado como la eterna promesa de Jehová para su pueblo.

Confiaban en Dios y confiaban en la elocuencia de Stéfanos para este triunfo definitivo.

El optimismo es una cualidad predominante en los grandes idealistas, y les da ese fervoroso entusiasmo que les lleva alegremente a la muerte.

Y Stéfanos había dicho a Pedro al pedirle su bendición momentos antes de llegar a la Sala del Consejo:

—"Mi problema está ya resuelto: la victoria definitiva o la muerte".

Juntamente con Pedro y Andrés, estaba Gamaliel, aquel Doctor de la Ley, compañero de José de Arimathea y Nicodemus que por ser sobrino del viejo Rector del Gran Colegio años atrás, fue menos sospechoso de innovador, y conservaba todavía algunas amistades en las gradas de la Suprema autoridad de Israel. El principal Escriba del Consejo había sido condiscípulo suyo, y el joven Saúl de Tarso, otro de los Escribas, había sido su discípulo en las aulas del Gran Colegio. Pero Gamaliel ignoraba hasta qué punto estaba Saúl envenenado por su tutor y tío, el Juez del Sanhedrín, en contra de *los galileas.*

Cuando el alto Tribunal se convenció de que la lógica de Stéfanos era invencible, de que la Verdad, la Justicia, la evidencia los envolvía hasta cegarlos, recurrieron a lo que recurren siempre los que se ven vencidos por la Verdad y la razón: al castigo, a los tormentos y a la muerte que acalle las voces que no quisieran nunca escuchar.

Rhode, Livia y Samuel solo encontraron el charco de sangre en el lugar de la tragedia que puso fin a la hermosa y noble vida de Stéfanos de Corinto.

Ambas doncellas se abrazaron con el ansia suprema de un mismo tremendo dolor.

Ambas llorarían siempre sobre una tumba con la angustia de lo irremediable, si la doctrina del Divino Nazareno no estuviera allí mismo como una canción eterna de esperanza, de consuelo y de vida perdurable, susurrándoles al fondo del alma: "Stéfanos no ha muerto; Stéfanos vive y vivirá eternamente en la gloria inmortal del amor, de la verdad, de la justicia por los que voluntariamente se ha inmolado".

Gamaliel compró a los verdugos el cadáver de Stéfanos que tenían orden de arrojar al muladar, y envuelto en el manto de Pedro fue llevado en un carrito descargado de heno que un labriego amigo acababa de conducir a las caballerizas del palacio del Monte Sión.

En el gran local de la Santa Alianza, donde años atrás celebraran con la presencia física del Cristo, la asamblea solemne de inauguración, se efectuaron las honras fúnebres al valeroso mártir que no vaciló en dar su vida como ofrenda en el ara eterna de la Verdad.

De uno a otro y a media voz fue corriendo entre los hermanos la dolorosa noticia que era como un desgarrón sangriento en todos los corazones. Stéfanos fue durante casi tres años la admiración, el amor, el orgullo de la naciente Congregación Cristiana que veía en él una hermosa esperanza para el futuro.

La muerte del joven Diácono fue como un riego de agua pura en un vivero recién formado.

Livia y Samuel, con sus esclavos de intimidad, quedaron refugiados en el local de la Santa Alianza, en aquel enorme subterráneo donde el Rey Jebuz fundador de la Gerar prehistórica, ocultaba su ejército, sus tesoros y él mismo cuando fuerzas enemigas más poderosas amenazaban invadirlo.

¿Quién podría encontrarles en aquel laberinto de grutas y cavernas que podían dar cabida hasta a tres mil hombres?

De allí vieron salir el triste cortejo en una noche de luna, por la rampa que daba salida al Valle del Hinón, llevando en una carroza del Palacio Ithamar los restos de Stéfanos, para dables sepultura en una granja que Gamaliel poseía en las cercanías de Nicópolis.

Habiendo sido una sentencia sin la debida autorización del gobierno romano, el Sanhedrín Judío hubiera impedido que el Diácono fuera sepultado en el Cementerio del Golgotha. Era necesario borrar todo rastro de aquel asesinato que podía acarrearle complicaciones. El muladar era mudo; pero el amor de los amigos de Jhasua no podía permitir tan horrible profanación con la materia muerta, que había servido al siervo de Dios para realizar su grande obra por el ideal de Cristo.

Livia Augusta y Samuel partieron enseguida para el Lacio, a ponerse bajo la protección del Príncipe Judá como tutor legal, que hizo de ellos, dos grandes colaboradores en la misión apostólica que desenvolvió en las poblaciones de la campiña romana, y en la Capital misma del mundo civilizado.

En memoria de Stéfanos, tomó ella al bautizarse el nombre de Stéfanía y fundó y dirigió el Coro de doncellas que se formó en el Oratorio de la *Villa Flaminia* vecina de la *Villa Astrea.*

La *Villa Flaminia,* era aquella hermosa quinta que los esposos Flaminio y Fulvia dejaron en herencia a Gefté de Listra y su esposa Soemia que aquellos adoptaron como hijos. Pasaje éste de "Arpas Eternas" que el lector recordará muy bien. El recuerdo del hermoso *Apolo rubio* que sembró en ellos el consuelo, la esperanza y el amor, vivía como una lámpara eterna en sus corazones.

Gefté de Listra con Soemia, y Samuel con Livia en colaboración con el príncipe Judá, fueron los primeros baluartes de la Congregación Cristiana a las puertas de la capital del mundo.

Y allá lejos, al otro lado del mar, en la Judea, la desolación de *los hermanos* elevaba como un moribundo trémolo, el lloroso Miserere, en aquel Oratorio del Palacio Henadad donde ya no se vería más la bella presencia de Stéfanos sentado al clavicordio, arrancando a su teclado las armonías divinas que vivían cantaban y lloraban en su propio corazón.

Rhode, la pobrecita Rhode, lira de nácar a quien la crudeza de la vida había roto en pedazos sus cuerdas de oro, languidecía como un lirio arrancado de su tallo y arrojado a lo largo del camino.

¿Quién podía consolarla en su desolada orfandad?...

Myriam estaba allá lejos en su casa de Nazareth. Demetrio viajaba por el interior del país. El secreto de su grande amor silencioso pasó desapercibido para todos. ¡De él sólo quedaba aquel paño de blanco lino empapado en sangre, y en el oculto sagrario de su alma el recuerdo vivo, como una llama eterna que ella estaba cierta de que no se apagaría jamás!

Pero había alguien que conocía el secreto de Rhode: el apóstol Pedro, que tardó tres días en volver desde la posesión de Gamaliel en cuyo panteón familiar habían sepultado al mártir Stéfanos.

Su primer cuidado fue la pobre huérfana cuya desolación sentía como una herida viva en su corazón.

La encontró en cama con una fiebre que la devoraba.

Rodeada por las doncellas del Coro que la cuidaban amorosamente, su profundo amor dejó de ser un secreto, pues en su delirio febril la enferma lo descubría a las compañeras que lloraban en silencio ante la majestad de aquella tragedia de amor desarrollada entre dos almas nobles, grandes heroicas, en su renunciamiento absoluto.

El anciano apóstol mandó a las doncellas al Oratorio recomendándoles rogar al Maestro por la vida de Rhode. Y él quedó solo junto a la enferma.

Cayó de rodillas y descansó su cabeza cana sobre el borde del lecho.

Allí desahogó su propio dolor en un mar de llanto porque amaba a Stéfanos tanto como se ama a un hijo. Y ya no le tenía más a su lado. Lo había recibido en su corazón como un don de Dios para consolarle de la ausencia del Maestro, y ese don precioso le era arrancado, de una manera ¡tan cruel y dolorosa!... ¿Cómo podía consolarse el anciano apóstol de esta nueva e irreparable pérdida?

Pero su Maestro había dicho: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy la luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas".*

Y *El* le mandó la luz, el consuelo y la esperanza.

Pedro en su angustioso llorar sintió que alguien estaba a su lado y levantó su rostro bañado en llanto. El *doble* de Stéfanos le sonreía amorosamente. Su presencia astral era una suave luz azulada con reflejos de oro. Pedro se abrazó de él, pero abrazó el vacío. Aquella presencia era intangible, ¡impalpable!

Era luz, era calor, era esencia de amor y de vida espiritual que se infiltraba en su viejo cuerpo tembloroso de angustia, de zozobra, de tristeza infinita.

—*"¡Padre! ¡No llores por mi que no he muerto, sino que vivo en la tus y en el amor!...* —decía aquella presencia ideal, transparente, luminosa como una irradiación solar en la penumbra de la alcoba solitaria—. *"Pon tus manos sobre la cabeza de Rhode y luego sobre su corazón. Tu amor y el mío le salvará de la muerte porque ella debe vivir para Demetrio, que llegará mañana o esta misma hora".*

Y acariciando con sus manos de luz la cabeza de Pedro, se esfumó la celestial visión.

Pedro continuaba llorando, no ya de angustia sino de infinita consolación. El doloroso recuerdo de aquel pobre cuerpo desgarrado que acababa de dejar rn la sepultura, ungido de esencias y envuelto en mantos de lino, se esfumaba en su memoria ante el esplendor de vida, de belleza y de amor de este otro Stéfanos que le acariciaba sonriente, hablándole como él solía hacerlo, y dando vida a la pobre niña que moría de espanto, de terror, de infinita angustia.

— ¡Gracias Maestro mío por esta nueva prueba de tu amor a los que has dejado en la tierra! —Exclamó el apóstol cuando la emoción le permitió ordenar sus pensamientos—. ¡Gracias Maestro por el don divino de tu amor que es vida, consuelo y esperanza!

Y Pedro Heno de nuevas energías se levantó prontamente e hizo con Rhode lo que la visión le había dicho.

Vio que sus viejas manos se teñían de un suave encarnado, que vibraban como cuerdas en tensión, que emanaban hebras de luz dorada; y las aplicó a la cabeza de la enferma sumida en letargo, y después a su corazón.

Aquel pálido rostro empezó a colorearse, luego sonreía, y por fin abrió los ojos. Vio a Pedro a su lado y le tendió la mano.

—He visto a Stéfanos, padre, que es dichoso y nos sigue amando. No está muerto sino que vive a nuestro latió, se va y viene como el aire, como el perfume del incienso en el Oratorio, como la armonía de la música que él arrancaba del clavicordio... ¡Oh!... ¡quisiera morir así como Stéfanos y vivir tal como él vive!...

Y Rhode cerró los ojos y juntó sus manitas blancas sobre el pecho como si en realidad creyera que iba a morir como Stéfanos.

— ¡No hija mía! —le dijo Pedro—. Tú debes vivir para tu prometido esposo que llegará mañana a esta misma hora.

— ¡Oh!... —suspiró la joven—. ¡Era tan dulce la idea de morir!... ¿Cómo sabes eso Padre?

—También yo he visto a Stéfanos y él me lo ha dicho. Me ha hecho curar tu fiebre y ha pronunciado estas palabras: "Ella debe vivir para Demetrio que llegará mañana a esta misma hora". Y tú estás curada. Ya no tienes fiebre —añadía Pedro palpando la frente y las manos de la joven—.

Vamos, levántate y vamos juntos al Oratorio donde tus compañeras están orando por ti.

Rhode bajó del lecho y se envolvió en su manto azul oscuro. Pedro la tomó de la mano y la condujo al Oratorio donde las doncellas, las viudas y demás mujeres oraban y lloraban, de rodillas ante el altar de las Tablas de la Ley donde ardían dos cirios y en un pebetero se quemaba incienso,

Rhodas, la sensitiva sonámbula, cayó en hipnosis y se dirigió serenamente al' clavicordio que estaba al centro del vasto recinto. Se sentó en el banquillo y tocó con admirable maestría el acorde con que empezaba el preludio del himno de acción de gracias.

Aquélla música era una composición de Stéfanos muy conocida por todos. Las doncellas como impulsadas a un mismo tiempo rodearon el clavicordio, Rhode se desprendió de la mano de Pedro y se acercó también,

El himno comenzó.

"Alábante Señor los cielos y la tierra porque sólo Tú eres grande, justo *y* poderoso"…

Y Rhodas en hipnosis, con sus ojos cerrados, hacía correr sus manos sobre el teclado, y sus pies en los pedales, arrancando al clavicordio toda la maravillosa armonía que Stéfanos sabía imprimir a su música, que ya era alas que se agitaban en la sombra, o suspiros del alma, hambrienta de eternidad...

Rhode cantó los solos cuando llegó su turno, y todos los habitantes del palacio Henadad que habían acudido al Oratorio, se miraban unos a otros en muda interrogación. Hacía cuatro días que el clavicordio estaba mudo, porque no tenía otro organista.

¿Cómo era que escuchaban la música de Stéfanos... si él había muerto bajo las piedras asesinas del Sanhedrín?

Cuando el himno terminó y las emociones de todos se calmaron, Rhodas aún-en estado de hipnosis se volvió de frente a todos los presentes y dijo:

—"La muerte no existe sino para los que están muertos a la, Eterno Verdad de Dios. ¿No dijo nuestro Divino Maestro que el Amor salva todos los abismos y -la Fe transporta las montañas? ¿No dijo también .que la amorosa Providencia de su Padre transformaría en pan los guijarros del camino si no IQ tuvieran en la mesa aquellos que le aman y esperan en El? Stéfanos que vive a vuestro lado por el Amor y por la Fe, os dice en este momento: La muerte no existe. La vida es eterna. Vivamos de esperanza en Dios. La Fe y el amor salvan todos los abismos".

Rhodas se despertó llena de alegría.

La paz, el consuelo y la esperanza inundó las almas de esa dulce serenidad y vida nueva tan conocida de los que se consagran al cultivo de las nobles facultades del alma humana.

Cinco semanas después ocurrió la muerte del Apóstol Santiago en la trágica forma en que lo hemos referido antes, al hacer relatos sobre otros personajes dé nuestra historia de la alborada cristiana.

Los campos se habían dividido por completo.

Judíos y cristianos.

Y los discípulos del Señor, comprendieron que eran vanos sus esfuerzos para persuadir a los Rabinos del Sanhedrín, que la doctrina del Profeta Nazareno no era una innovación sino un regreso a la sublime Ley del Sinaí promulgada por Moisés, la misma que calcaron-en sus vidas los antiguos Patriarcas y enseñaron y vivieron todos los Profetas de Israel.

Y la perseguida Congregación Cristiana reunida en asamblea decretó la emigración a lejanos países, dejando el suelo nativo sumido en la oscuridad a que lo condenaban los dirigentes de Israel.

¡El Sanhedrín judío había llegado al borde, del abismo!... Y el abismo le arrastraría por largos y pesados siglos porque tuvo la luz en su mano, y allí la dejó apagarse.

LA ESTRELLA MAGA.

¿A dónde irán?...

¡Vivían del recuerdo y los impulsaba el amor!... Es esta la primera frase que me viene a la mente al iniciar este capítulo.

El recuerdo del gran Maestro y su amor imperecedero, era la estrella maga que irradiaba desde el cenit para todos aquellos que tanto le habían amado. Y su consigna en la oración era este amoroso interrogante: "¡Señor!... ¿Qué quieres que yo haga?"

Y en el fondo del alma la divina voz sin ruido les hizo oír la respuesta. Ya fueron acontecimientos inesperados ocurridos en diversas partes, ya algún pariente o amigo establecido anteriormente en otras comarcas, o la muerte de un familiar ocurrida allá lejos, es lo cierto que cada uno supo hacia dónde le convenía dirigir sus pasos.

Siguiendo a la *Estrella Maga* ninguno erraría el camino.

Hemos visto ya que Matheo el Levita, y Zeheo hijo de Nataniel habían congregado en el África a varios de los discípulos del Cristo, y que en los diez primeros años después de su partida realizaron una importante obra de divulgación y enseñanza de los principios morales, espirituales y sociales sustentados por El, como fundamento y base de progreso y bienestar humanos.

Los maestros Melchor y Filón habían partido al Reino de Dios, prometido por el Cristo a los buenos jornaleros del Padre; pero habían dejado el fruto de su labor de toda la vida como divina semilla que continuarían sembrando los que venían detrás en el camino eterno.

Filón dejaba su tesoro en sus abundantes escritos y en su célebre Escuela de Alejandría, modelo de establecimientos docentes donde la Ciencia de Dios y las Ciencias Físicas, Naturales y Sociales estaban unidas en armónico conjunto que daría a la humanidad cuanto le era necesario para el conocimiento de la Verdad.

Melchor dejaba sus tesoros en sus obras prácticas de verdadera beneficencia espiritual y material: sus Santuarios-Escuelas; sus Refugios-Talleres para huérfanos, para ancianos, para mujeres sin amparo y sin bogar; su perpetua dotación a las doncellas que quisieran tomar esposo; sus descubrimientos científicos y arqueológicos que enriquecían el Museo de Alejandría, el más grandioso de aquella época.

Todo esto era el resplandor divino de la Estrella Maga que anunciaba al Cristo pasando en medio de la humanidad terrestre.

En Mesopotamia, Persia y Asia Central había quedado la luz difusa de la Estrella en las Escuelas fundadas por el anciano Baltasar que el lector de "Arpas Eternas" recordará con veneración y ternura y que eran de idéntica orientación y finalidades que las de Melchor en el África. Y en la India misteriosa y lejana, entre las selvas, bosques y montañas de las orillas del Indo, en ciudades y aldeas, resplandecía también la Estrella Maga del Cristo en las fundaciones de Gaspar, copia de las de sus dos compañeros de la visión primera.

¿No se habían unido los tres con el Ungido de Dios para realizar una misma obra de amor, de sabiduría y de justicia en las regiones habitadas por ellos?

Los llamados *Reyes Mafias* por las viejas leyendas cristianas, los primeros enamorados de la divina Estrella, continuaron derramando su luz por los caminos de la tierra que habían de seguir los apóstoles del Señor.

Hubo pues un razonamiento lógico al decidir cada cual el camino a seguir. No se lanzaron a ciegas por mundos desconocidos, pues la correspondencia constante que existió entre el Cristo y sus primeros amigos Gaspar, Melchor y Baltasar, puso en conocimiento de sus apóstoles los lugares preparados y propicios para derramar la divina semilla.

¿Cómo podían lanzarse a tierras desconocidas, sin más recursos que su poderosa voluntad de continuar la Obra de su Maestro?

Las crónicas que todos ellos dejaron, no se han perdido entre las arenas movedizas del tiempo que los vendavales de la vida arrastran, amontonan y esparcen como las hojas de los árboles cuando llega el otoño. Han quedado crónicas, relatos y tradiciones entre las primitivas Congregaciones Cristianas y los Santuarios Esenios.

La Luz, es permanente Vigía de los Cielos, tiene su Archivo Secreto que guardan los ángeles de Dios para ser leído y registrado por un emisario suyo cuando ha llegado el momento de descorrer los velos a las almas que avanzan en busca de verdad y de conocimiento.

Y la Luz nos descubre a Pedro en Joppe, en casa de Marcos, representante en ese puerto de la vasta red comercial que administraba Simónides. Encontró que Marcos tenía escrita la vida del Divino Maestro tal como él la comprendió y la vio en parte, o sea desde que estuvo cerca de El. Y la había escrito mientras velaba junto al lecho de Ana. su esposa, tan delicada de salud en esos últimos años.

Débil como era. había dado vida a dos hijitos y al parecer esto la había agotado. En los pergaminos de Marcos se advertían claramente huellas de lágrimas, y párrafos enteros en que él vaciaba su alma dolorida ante el altar del Cristo pidiéndole mientras escribía, la salud y la vida de su compañera. Pero c-1 caso de Ana era similar al de Jhosuelín, su hermano, que terminó sus días a los veintiséis años de edad.

Los espíritus de evolución avanzada, a veces, pactan alianzas antes de encarnar, con un fin determinado como hemos dicho en "Arpas Eternas" al relatar la vida de Jhosuelín, por quien Jhasua tuvo tan tierna predilección. Era Ana el alma gemela de Marcos y encarnó al mismo tiempo que él para ser su apoyo y su sostén en la obra espiritual que debía realizar: Cronista de la excelsa vida terrestre del Cristo encarnado. Y hasta en su lecho de enferma, Ana hacía memoria, avivaba la llamita de sus recuerdos de niña para explicar a su esposo, hasta en los menores detalles, la vida de Jhasua niño, adolescente y joven.

¡Que poema grandioso fueron las escrituras de Marcos, empapadas del amor de esas dos almas que se veían próximas a separarse porque la vida de \na era como un cirio que se consumía día a día!

En tal situación los encontró Pedro al llegar con María de Mágdalo como va fue dicho en capítulos anteriores.

Algo así como un suave vapor de lágrimas, mezclado al perfume de la ternura de adioses hondos no pronunciados, se percibía en aquel hogar entristecido por lo que ya se presentía llegar.

La llegada de Pedro no podía ser más oportuna pues Marcos caía vencido por la carga de su dolor.

Y Pedro traía también el suyo, vivo y punzante como una herida recién abierta. ¿Sería que su Maestro les había olvidado?...

Diez años transcurridos desde su partida gloriosa al Reino de Dios habían sido escenarios de grandes manifestaciones del Poder Divino que cesaron de pronto como si el hilo conductor de aquella fuerza maravillosa hubiera sido roto por una causa que ignoraban.

¡Tremenda y dura situación para los amantes de Jhasua perseguidos a muerte en su tierra natal, como animales dañinos que era necesario extirpar, aniquilar, sin dejar rastro de ellos!

Y en el alma del apóstol sacudida por todas las incertidumbres, resonaban de nuevo las palabras de su Maestro: "No será el discípulo mejor tratado que su Maestro"... "Como me persiguen a Mí, os perseguirán a vosotros por causa de mi Nombre. Pero no temáis, porque yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos".

Su espíritu abatido, no sabía decir otra oración sino ésta:

¡"Señor!... que yo tenga la fuerza necesaria para no separarme de Ti, ni en la vida ni en la muerte!... ¡ nunca, jamás"!...

María de Mágdalo se constituyó en enfermera de Ana desde el momento de su llegada.

Después de haber soportado el tremendo dolor de ver morir de aquella muerte al Divino Amigo, ningún dolor le parecía bastante grande como para desesperar de la invisible protección suya.

Junto al lecho de Ana, desaparecía el poder de Pedro para dar salud a los enfermos. La fe de Marcos se tambaleaba como una columna próxima a caer minada por sus cimientos. Su alma muda de espanto no encontraba una idea, una frase bastante elocuente para pedir a Jhasua la vida de su compañera. Estaba como enloquecido.

Hasta que una noche, los cielos hablaron para él. Sueño o visión, fue para Marcos la contestación que su corazón necesitaba. Veía a Ana que hojeaba afanosamente todos los pergaminos escritos por él sobre la vida de Jhasua.

Se detenía en las últimas páginas y con mirada fija contemplaba el punto final y la fecha con la frase antepuesta: "Fue terminado a los diez años y ochenta y cuatro días de la partida de Jhasua al Reino de Dios".

Y Marcos en la visión o sueño, veía el pensamiento de Ana que le decía: "Este trabajo está terminado. Yo vine para ayudarte a hacerlo. Mi tarea está cumplida. Mi naturaleza física no resiste más la prueba de la vida en la carne. Si en tu amor no hay egoísmo Marcos, me dejarás partir sin desesperación y sin angustia".

www.formarse.com.ar

El se había abrazado de ella y le había dicho:

¡"Gracias, Ana compañera mía por los veinte años de amor que me diste"!... Si Dios te llama a su Reino, vete, pero no olvides a nuestros hijos y a Marcos que vivirá de tu recuerdo".

Se había adormecido en un sillón junto al lecho de Ana. Se despertó para verla exhalar el último suspiro.

Arrodillado ante su lecho y teniendo entre las suyas una mano lánguida y tibia de su amada compañera, encontró Pedro a Marcos a la madrugada del décimo día después de su llegada a Joppe.

¡Su dolor era sereno, tranquilo, aunque tan hondo!... tan hondo que estaba cierto de que no se borraría jamás.

Unos días después tomaba el camino de Jerusalén llevando a su pequeña Ana María de seis años, recuerdo vivo de su madre por el gran parecido que tenía con ella. De allí pasaría a Nazareth a consolar su inmensa pena en el gran corazón que era de todos; el corazón de Myriam la piadosa estrella que alumbraba los caminos de los amantes de Jhasua. ¿A quién podía ir Marcos sino a Ella en cuyo regazo maternal se cobijarían los huerfanitos de Ana?

A su paso por Jerusalén, Simónides le rogó no abandonar su puerto de Joppe hasta que él tuviera un reemplazante de su confianza.

—Eres un legionario del Rey de Israel, Marcos, —le decía el anciano— y aunque mil muertes vengan a nuestro lado no podemos abandonar nuestro puesto de avanzada.

Tú no tienes como yo noventa y do* años, y ya me ves, firme en el sitio en que El me encontró y me dejó, y donde pienso permanecer hasta el último aliento de mi vida. Tú eres mi segundo en la Judea no tengo por hoy un reemplazante para ti.

Ante este razonamiento, Marcos dobló la cabeza y volvió a Joppe.

Myriam misma lo impulsó al cumplimiento de su deber, mientras Ella cumplía amorosamente su interminable misión de Madre para con todos los huérfanos de la vida, y entonces para los pequeños hijos de Ana la menor de los hijos de Jhosep, aquella chiquitina de dos años que ella cobijó en su corazón a su llegada al hogar del noble artesano de Nazareth.

Sentada en su silloncito de hacer labor, teniendo a su lado a los dos pequeños, Myriam pensaba y sus dulces ojos se llenaban de lágrimas: ¡"Otra sepultura más que se abrió en mi camino! ¡Soy como un peñón solitario en el que se abrieron tantos sepulcros!...

¡Oh Señor, Dios de vivos y muertos! ¡que tu divino amor sea el lazo que mantenga en unión eterna mi alma con las suyas"!...

¿Que sería para Marcos el regreso a su solitario hogar en la ciudad-puerto de Joppe?

Allí le esperaban sus escribas, sus auxiliares inmediatos, Ahmed y Osman, aquellos dos árabes de las Escuelas del Príncipe Melchor que tan eficaz ayuda dieron al Maestro en su misión en Damasco.

Le esperaban también José de Arimathea y Nicodemus, los dos grandes amantes de Jhasua a quien acompañaron desde la cuna al Calvario; y Pedro y María de Mágdalo, huéspedes de su casa desde antes de su partida a Nazareth.

El hogar de Marcos se había transformado en Santuario-Escuela y Taller. Era propiedad de la "Santa Alianza".

Sus escrituras narrando la vida del amado Profeta Nazareno habían sido copiadas por varios Escribas y prolijamente encuadernadas para facilitar su lectura en los Oratorios a que cada copia estaba destinada.

Su antigua alcoba la compartía el apóstol Pedro, en cuyo corazón paternal' descansó Marcos a su regreso de Nazareth donde había dejado sus dos hijitos, recuerdos vivos de su Ana, amada sobre todas las cosas de la tierra.

—Nada ha muerto Marcos, porque todo vive en el seno de Dios— fueron las primeras palabras de Pedro al verle llegar y mirarlo todo, como si sus ojos buscaran a la que ya no estaba en la tierra.

El contemplar de nuevo los lugares que fueron nido de nuestras breves dichas terrestres, es algo tan hondamente doloroso al corazón humano, que Marcos no pudo sustraerse a esa emoción profunda. Y dejándose caer en su diván de reposo, lloró silenciosamente.

—Otra ausencia más, hijo mío, que hemos de soportar valientemente hasta que el Señor nos llame a su Reino —decíale Pedro sentado a su lado—. Ella llegó antes que nosotros al término de su viaje. Su dicha junto a nuestro amado Maestro, debe valer más para ti, que la pena de no tenerla a tu lado. La ausencia de los amados nos arrastra más fuertemente hacia ellos hasta el punto de ocupar con ellos todos nuestros días y nuestras horas.

www.formarse.com.ar

Cuando los tenemos cerca, a veces los olvidamos o los descuidamos, distraídos en las múltiples emociones de la vida misma; pero cuando les sabemos ausentes, nuestro corazón se torna en una lámpara encendida para ellos y que no podemos apagar jamás.

Las notas suaves de los himnos que se cantaban en la oración de la tarde, llegaron hasta la alcoba de Marcos, y Pedro se levantó para acudir al Oratorio.

— ¡Vamos Marcos!... Vamos a reunimos con nuestros amados ausentes en la oración. Allí nos esperan todos ellos en torno al Divino Maestro.

Y por la mente de Pedro cruzó el recuerdo de Stéfanos al que tan tiernamente había amado.

En las almas grandes y buenas, el dolor es fecundo, así como en las almas-pequeñas de escasa evolución, el dolor suele llevarlas a desastrosas conclusiones.

Las venganzas, los suicidios, los crímenes pasionales en general, son fruto casi siempre de un gran dolor que no hubo fuerza para soportar.

Marcos era un ser de largos caminos en la eterna vida del espíritu; y las fuertes alianzas con su alma compañera, y su contacto íntimo con el Cristo e*n* esa hora, crearon en él una fuente maravillosa de recursos internos, de fuerzas poderosas que le ayudaron a pasar sereno la dolorosa prueba.

Se entregó de lleno al apostolado de la Verdad y del Bien a que lo impulsaban dos grandes amores: El Cristo y Ana su esposa. Sabía que se acercaba a ellos, que se identificaba con ellos, en toda obra de bien, de justicia y de amor que realizara. Y podemos decir que comenzó entonces la vida espiritual intensa de este ferviente amigo de Jhasua.

Una hermana de Marcos, Elizabeth, recientemente viuda, fue llamada para gobernar su casa y servir de compañía a las doncellas del Coro que atendían el Oratorio y eran el alma de la vida espiritual de esa Congregación Cristiana que llegó a ser una de las más florecientes de aquella primera hora. En ella hicieron su aparición en la Escuela del Cristo, varios de los personajes que la tradición ha conservado con amor reverente, entre ellos Lucas, Tavita, Petronila, el Centurión Cornelio y otros.

Lucas a inspiración del apóstol Pedro escribió en griego una breve biografía del Cristo destinada a los adeptos de esa nacionalidad que empezaban a ser numerosos.

Para todos aquellos que no conocieron personalmente al gran Maestro, encontraban como un suave resplandor suyo en la palabra de los que fueron sus amigos íntimos.

Pero éstos... veían correr lentamente los días y los años, y el vacío dejado por El se hacía cada vez más hondo, más imposible de llenar con nada.

La atmósfera de terror que partiendo de Jerusalén se extendía hacia el interior del país, ponía en todos ellos esa dolorosa sensación de soledad y abandono en un mundo que les era adverso y hostil.

Y se les veía decaer a veces, hundirse en una desesperanza angustiosa, para reaccionar y levantarse luego, como náufragos en un mar sin orillas, y teniendo solo a la vista la luz de la Estrella Maga que les había diseñado horizontes de divino ensueño, pero que se había escondido tras de espesos nubarrones dejándoles en tinieblas...

Y las avecillas del Cristo volaban de un lado a otro, favoreciendo así grandemente la difusión del Nombre amado, y del mensaje eterno traído a la tierra por El.

¡Cuan grande y fecundo fue el dolor de aquellos primeros discípulos del Cristo!

Esto explica también que aparecieran entonces innumerables relatos sobre la excelsa vida del Ungido de Dios que fue tan vasta y múltiple en sus manifestaciones del poder divino que residía en El. Todos cuantos le conocieron y le amaron tenían algo que añadir al cuadro mágico de aquella vida, epopeya grandiosa de amor y de fe, de absoluta entrega a Dios y a la humanidad.

Y el apóstol Juan, el último cronista del Eterno Ungido, ya lo dice claramente en su relato: "Muchos libros se escribirían si se hubieran de referir todas las obras realizadas por El".

Ante la pequeñez e incapacidad humana, casi aparece como inverosímil que en sólo treinta años de vida puedan caber tantas y tan grandiosas obras de bien, de justicia social, de transformación física, espiritual y moral de inmensas muchedumbres.

Debido a esta misma pequeñez e incapacidad humana, no ha faltado quienes lleguen a la afirmación de que el Cristo encarnado, es un mito, un personaje de leyenda, un ideal soñado pero no vivido, porque no conciben una realidad humana, unida a tan excelsa grandeza divina.

Y si tan maravillosamente grande, nos aparece a quienes le miramos a través de veinte siglos ¿qué no sería para todos aquellos que le vieron vivir esa vida suya plena de merecimientos, de bellezas, de desinterés absoluto y de heroicas renunciaciones?

A la luz de estos razonamientos aparece también la respuesta a otros interrogatorios que algunos pensadores se han hecho a sí mismos.

¿Por qué el afán, el deseo de morir sacrificados que se observa en los cristianos de los primeros siglos, y el ansia por la soledad de los desiertos, por la vida austera, casi inhumana, tejida de voluntarios padecimientos físicos y morales?

Se veían todos tan pequeños, tan míseros, con tantas deficiencias y fealdades espirituales comparados con la grandeza sobrehumana del Cristo, que buscaron la purificación de sus vidas en el sufrimiento voluntario, en la entrega de todo cuanto amaban y hasta de la vida misma en aras de ese ideal de perfecta belleza que habían vislumbrado a través de la augusta personalidad del Cristo de la que tan lejos se encontraban.

Y los más escabrosos desiertos se poblaron de anacoretas, y en las populosas ciudades corría la sangre de los mártires cristianos que desafiaban las iras fanáticas de los gobernantes idólatras con un desprecio estoico de la vida física. ¿Por qué? han preguntado muchos pensadores desde aquellos tiempos hasta hoy. ¿Por qué ?...

He visto pintores borrar una y otra vez, y veinte veces lo que esbozaron en un lienzo y que no respondía a la imagen plasmada en su mente. Y por fin rasgar en pedazos el lienzo y arrojarlo a la cesta de las cosas inútiles.

He visto músicos despedazar una composición suya de muchos días y horas, y romper las cuerdas de su instrumento, de los cuales no brotaba la divina concepción que vibraba en su yo íntimo.

Y he visto también artistas de la piedra, romper de un martillazo la cabeza de una estatua en cuya faz no aparecía esa chispa de vida que siente y piensa.

¿No sería algo semejante lo que pasó por el mundo interno de los primeros y más íntimos amigos del dulce Rabí Nazareno, cuya belleza moral y grandeza espiritual elevó a tanta altura el ideal de perfección de todos los que le amaron?

LA GRUTA DE LOS RECUERDOS

La casa Oratorio, Escuela y Taller ocupada por Marcos en la ciudad de Joppe se encontraba hacia un costado del modesto muelle, hacia el cual tenía una salida disimulada por las ramas de una corpulenta encina en la que se enredaban las trepadoras hiedras y las campanillas azules.

Ana la dulce y mística Ana, había formado allí una glorieta rústica para gozar de la vista del mar en completo silencio y soledad. Su casa era turbulenta y bulliciosa con el entrar y salir de los marineros y jornaleros de la carga y descarga de los barcos que llegaban desde todas las costas del Mediterráneo.

A aquel apacible retiro llevó Marcos a Pedro y María sus huéspedes y consoladores en la terrible hora de su dolor.

Era aquel un nido de los más puros y bellos recuerdos.

Allí flotaban como gorjeo de ruiseñores sus primeros idilios de recién casados, las timideces de Ana, sus preguntas casi infantiles que nada sabían del mundo y de la vida, porque la suya había transcurrido en la dulce quietud de su hogar Nazareno entre el hilado y el telar; entre los nidos de alondras y el cantar de los jornaleros al compás del martillo y de las sierras.

El alma tiernísima de Ana vibraba para Marcos en todos los tonos bajo la bóveda de fresco verdor de aquella gruta de sus recuerdos donde había vivido las horas intensamente felices de sus veinte años de amor.

En la rústica mesita central había escrito él la mayor parte de la biografía de Jhasua, que a las fervorosas evocaciones de Ana, parecía surgir radiante, amoroso y vivo a compartir con ellos el encanto divino de aquellas meditaciones cuando el crepúsculo del ocaso tendía sobre el mar en calma sus velos purpurinos y dorados.

Pedro, María y Marcos, fervientes enamorados del Cristo, bajo aquella *gruta de los recuerdos* anudaron alianzas que han persistido a través de los siglos y de las mudables contingencias humanas.

Allí les leyó Marcos todo cuanto tenía escrito sobre la vida y enseñanza del Cristo Hijo de Dios.

Los pensamientos desandaban el camino hasta diez años atrás y la personalidad del Hombre-Ideal, se levantaba de nuevo como un radiante sol de amanecer.

Cuando Marcos leía aquel pasaje: "...Y andando a las orillas del Mar de Galilea vio a Simón y Andrés su hermano que echaba la red en el mar, les dijo Jesús: Venid en pos de mí y haré que seáis pescadores de hombres". Y "dejadas sus redes, le siguieron". Pedro se echó a llorar a grandes sollozos porque sintió vivir de nuevo aquel momento y la presencia espiritual de su Maestro se hizo sentir fuertemente.

Cuando llegó la lectura al día del festín en casa de Eleazar, hijo de Simón, y "entró una mujer cubierta de velos con un vaso de alabastro lleno de ungüento puro de nardos que derramó sobre la cabeza, manos y pies de Jesús" sintió María revivir sus recuerdos y despertar de nuevo su dolor dormido en el fondo del alma.

—Calla Marcos, calla por piedad. ¡No hagas vivir de nuevo lo que no será nunca más... nunca más!

Y salió corriendo como si fuera a tirarse al mar.

Pedro y Marcos la detuvieron cuando subía al peñasco que le interceptaba el paso.

— ¡María! hija mía: ¿No oíste repetir las palabras de nuestro Señor y

Maestro cuando nos decía: *"El que quiera venir en pos de mí, cargue valientemente su cruz y sígame"*

Nuestra cruz, María es vivir en este mundo sin El. Es vivir de esta vida que la ignorancia y la maldad humana convierte en un suplicio para los que hemos estado con El y hemos comprendido la grandeza de los misterios *y* de las leyes de Dios.

Sobre aquel peñasco que besaban las mansas olas del mar, se sentaron los tres enamorados del Cristo, sintiendo que la llama viva de los recuerdos les llenaba el alma de tristeza... la tristeza infinita de la ausencia del ser amado sobre todas las cosas de la tierra.

¡Qué divina evocación en el silencio de aquella hora postrera de la tarde a la orilla misma del mar mientras los últimos resplandores del ocaso teñían de rosa y oro las olas!

—María —le dijo Marcos viendo que continuaba llorando angustiosamente—. Nuestro dolor es uno solo, aumentado el mío con la partida de Ana que era la mitad de mi mismo. En mis conversaciones íntimas con nuestro adorable Jhasua le oí decir alguna vez, que "el amor, cuando es más fuerte que la muerte, tiene recursos supremos para el alma que le alimenta, y le hace florecer en ideas, en obras, en pensamientos grandiosos y sublimes capaces por sí solos de dar orientación y luz a innumerables almas". Pienso que es llegado el momento para nosotros de probar al Divino Amigo que nuestro amor a El es más fuerte que la muerte. Escribe María, escribe esos mensajes de amor que El te da en la intimidad de tu corazón, y que no sean para ti sola sino para todos los que le buscan y le aman. Llena con ellos tu vida que encuentras estéril y vacía, y tendrás valor para vivirla.

¿Crees acaso que no ha sido el dolor intenso de su ausencia el que me ha llevado a escribir todos estos pergaminos cuya lectura nos hace llorar?

Por fin la dolorida mujer pudo hablar:

—Únicamente en griego puedo escribir bien y debido a eso, sólo para mi misma escribo lo que El me dice y lo que yo pienso en la soledad dolo-rosa de su ausencia.

—Si tú quieres y tienes confianza en mí, yo seré tu traductor. Y aquí en presencia de nuestro hermano mayor Pedro, te prometo absoluta discreción y fidelidad en el cumplimiento de ese deber.

María miró a Pedro en una muda interrogación.

—Sí hija mía —le dijo éste—. El consejo que te da Marcos está dentro de la consigna que el Señor nos dejó: "No haya entre vosotros el egoísmo de *lo tuyo y lo mío*. Todo sea de todos los que siguen mi ley. Y en el amor que os tengáis unos a otros, conocerá el mundo que sois mis amigos".

Y María entregó a Marcos su cartapacio de Escrituras en las cuales podía seguirse paso a paso la evolución de aquel espíritu a impulsos de su amor al Cristo.

Amor puramente humano en sus comienzos, fue un desbordamiento del alma que se lanzó sin freno en pos de la belleza física, moral y espiritual del hombre extraordinario que reunía en su personalidad toda la perfección posible en un ser revestido de carne.

En aquella época como en la presente y en todas, el hombre terrestre, en general y casi en absoluto, vive entregado a la vida material, la vida de los sentidos a los que quiere complacer en todos sus momentos, olvidando completamente su personalidad interior, su verdadera vida.

Y la actuación de la Fraternidad Esenia en los días de Jhasua de Nazareth, como de todas las grandes Escuelas Espiritualistas del pasado, no fue más que un inmenso esfuerzo para despertar al hombre terrestre a esa otra vida superior que él olvida con tanta facilidad.

Y hoy más que nunca, esa vida superior está relegada casi exclusivamente a los monasterios, como si el hombre terrestre hubiera llegado a la convicción de que sólo aquellos que visten sayal y viven retirados en soledad, tienen un espíritu inteligente para cultivar.

Y es más lamentable aún ver y comprobar que hasta las personas adheridas a agrupaciones consagradas a elevados estudios psíquicos y cultivo de las facultades superiores del espíritu, demuestran un desconocimiento completo de lo que es la psiquis humana, las leyes que rigen sus actividades, sus destinos grandiosos, las alianzas y pactos que formuló y aceptó en el mundo espiritual para realizar en su pasaje terrestre. Y se entregan a la vida de los sentidos al igual de los que nada saben y peor aún, pues que hacen un conglomerado, *una desastrosa fusión de las leyes del espíritu con las concesiones fuera de ley que hacen a la materia.*

Van fluctuando así entre dos corrientes sin comprender el daño causado al espíritu que languidece y se atrofia en sus facultades; y el daño causado a la materia que contrae enfermedades denominadas neurosis, histerismo, desequilibrio mental, demencia, etc.

Al dilucidar esta ardua cuestión estaban encaminadas las sencillas palabras del Cristo llenas de una sabia lógica: *"No se puede servir a dos señores".*

¡Espiritualistas de este final de Ciclo que me habéis acompañado a través de "Arpas Eternas" y continuáis siguiéndome en "Cumbres y Llanuras"!... Este humilde seguidor de Cristo os invita a meditar en la sabiduría de aquellos cristianos de la primera hora, que colocaban sobre el altar de sus Oratorios las Tablas de la Ley Divina, con aquellos diez mandamientos, base de la evolución humana.

No querían olvidarlos y les mantenían alumbrados permanentemente con una lámpara de aceite, cuya llama, viva siempre, se los recordaba sin interrupción. En aquellas *Tablas de la Ley,* veían ellos *la vida humana perfecta,* tal como el hombre terrestre debe vivirla si quiere que la paz, el amor y la salud siembren todos sus caminos de rosas y siempre vivas.

En aquella sombría *gruta de los recuerdos,* se esbozó la trayectoria que debían seguir tres amantes de Jhasua; Pedro, Marcos y María. Allí resolvieron también sus problemas de familia José de Arimathea y Nicodemus. La forma en que el mundo de su tiempo recibiría los ideales a que había ciado vida la palabra vibrante y la acción bienhechora de Cristo, era asunto que les preocupaba intensamente.

Fruto de estas cavilaciones idealistas fueron las escrituras que nos legaron esos dos consecuentes enamorados del Cristo y de su doctrina de fraternidad humana.

José de Arimathea escribió un minucioso comentario sobre las amplias orientaciones que El había esbozado en sus discursos y conversaciones íntimas, sus predicciones para un futuro cercano y para el lejano porvenir.

Nicodemus formó su libro con los comentarios a las siete cuestiones sobre las que versó el examen previo a la Consagración como Maestro de Divina Sabiduría del joven estudiante Jhasua de Nazareth en el Gran Santuario de Moab.

Los lectores de "Arpas Eternas" que recuerden este pasaje memorable de su vida, y que encontrarían un vacío en aquellas páginas, preguntarán sin duda: "¿Qué se hizo de toda aquella rica bibliografía que hubiera significado un tesoro de Sabiduría y una grandiosa iluminación para las almas ansiosas de *Ciencia Divina?*

Al superior conocimiento de la Causa Suprema en estrecha relación con los mundos, las humanidades que les habitan, las actividades estupendas de las grandes Inteligencias que impulsan y dirigen la Evolución del Universo todo,, como los comienzos oscuros, imperceptibles, de la célula viva que los siglos van transformando en organismos más o menos perfectos?" ¿Cómo se extinguió aquella llamarada de luz que Nicodemus, doctor de la Ley, extrajo de entre las bóvedas sombrías del Santuario de Moab?

A sus años que ya le pesaban, hizo un largo viaje hasta las alturas de Moab donde permaneció más de dos años copiando los relatos que sobre las *siete cuestiones fundamentales* tratadas por el Maestro, conservaban fielmente los Ancianos.

La incomprensión humana lo destruye todo, pero está el *Archivo de la luz que lo conserva todo y que en la hora debida lo revela todo.*

Cuando Pedro vio más consolado y sereno a Marcos se dispuso a partir hacia las ciudades costaneras del mar sin pensar aún en abandonar por completo a Palestina. Su corazón se sentía adherido a esas tierras en que había nacido y vivido con sus padres y familiares; donde había nacido y vivido su vida de hombre, el Cristo encarnado.... Esa tierra que había El hollado con sus pasos y regado con su sangre de mártir; esos valles y esas montañas que se reflejaron en el iris de sus ojos, y a los que El dedicaba su amorosa contemplación llamándoles *"templo de Dios".*

www.formarse.com.ar

Y en la gruta de los recuerdos, Pedro, Marcos y María esbozaban en dulce y confiada intimidad, su itinerario del porvenir.

Pedro decía:

— Llegaré hasta Antioquía.... puede ser que hasta el Hermón, Ribla, Thipsa y Damasco que El santifico con su amor y su presencia; pero aún no siento en mi corazón el valor de abandonar para siempre esta tierra donde he vivido con El y donde le he visto morir y resurgir triunfante a una nueva vida de amor y de gloria.

Y Marcos respondía:

—Es verdad cuanto dice tu corazón Pedro, pero si todos los amigos de Jhasua pensáramos de igual manera, su doctrina acaso moriría con nosotros en esta tierra en que El nació, vivió y murió.

Yo creo que acallando las voces de nuestro corazón, debemos llevar su Nombre y su palabra por todas las tierras habitadas por hombres. Siempre tendremos tiempo para volver a morir en esta tierra donde descansan los huesos de nuestros padres y familiares. Yo pienso irme a Egipto y Cirenaica donde trabajan tres inolvidables compañeros: Matheo el Levita, Zebeo hijo de Nataniel y el Hach-ben-Faqui. Una gran afinidad de espíritu me une con ellos, y a más allí viven las obras del Príncipe Melchor y de Filón de Alejandría con todo lo cual quiero identificar mi vida en adelante.

— Y yo —decía Mana— acompañaré a este padre de adopción por las tierras que él quiera visitar y que también visitó nuestro amado Maestro; pero quiero volver a morir... ¿sabéis donde ?...

—En tu castillo de Mágdalo —dijeron a la vez Pedro y Marcos.

—No —dijo ella— eso pertenecerá a Boanerges que se casó con una prima mía. No habéis acertado.

Yo he elegido para habitación y para sepultura mía aquella gruta de las orillas del Mar Muerto, en la desembocadura del Jordán, donde vivía Johanan el Bautista los años de su predicación y donde nuestro Maestro estuvo con él y pasó toda una noche en compañía del príncipe Judá, Simónides y Faqui.

La pobre esclava que recogió el cadáver mutilado de Jhoanan, vive allí con su padre y cuida del pequeño oratorio que hicieron los discípulos del Profeta que caminan por ambas márgenes del Jordán llevando en secreto los divinos ideales de su maestro, que son los de nuestro Señor y Maestro, el Cristo Ungido de Dios. Tengo ya una celdilla preparada allí para terminar mis días sobre la tierra.

—Si tú, hija mía, piensas ya en el lugar de tu sepultura —dijo Pedro— ¿qué dejas para mí que casi doblo tus años?

Tu programa futuro debe ser diferente del mío.... ¿No hubo un pacto con la Druidesa Vercia de que irías a su tierra a sembrar allí la enseñanza de nuestro Señor? ¿Y también con Nebai, la esposa de nuestro amado príncipe Judá?

¡Oh María!... Páreseme que flaquea tu memoria más que la mía y en estos diez año." de angustia has olvidado algunas cosillas que no deben olvidarse nunca.

María sonrió tristemente antes de contestar.

—Es verdad Pedro... ¡es verdad!... pero tú olvidas también que de una manera habla el corazón humano, ebrio de amor, de esperanza, de optimismo cuando ve cercana la gloria, el triunfo, el éxito del gran ideal hecho hombre que todos amamos; pero el corazón enmudece Pedro, cuando ha visto horrorizado la espantosa maldad humana que le llevó a un patíbulo de infamia y le hizo morir como a una impostor. ¿Qué más de lo que El hizo le faltaba ver a esta vil y pérfida humanidad para caer de rodillas a sus pies y decirle: ¡Señor!...eres lo más noble, puro y grande que ha bajado a la tierra?

¿No vio sanar millares de enfermos incurables, arrancar su presa a la muerte, abrir calabozos perpetuos, romper cadenas, salvar esclavos, volver a la lucidez los dementes, florecer la misericordia y la paz dentro y fuera de este país, *y* allí mismo donde el egoísmo y el odio estaba matando de miseria y de hambre a millares de seres?...

¿Qué haces tú con los tigres y las hienas que te atacan en la espesura de una selva?... Si tienes a mano una jauría de perros la sueltas sobre las fieras, y si ninguna defensa tienes, huyes a refugiarte en las entrañas de las rocas a vivir de aquel amor que pudo llevarte a la gloria y que sólo es un recuerdo... ¡una incurable herida que sangrará mientras vivas!...

¡No me hables de esta humanidad Pedro! Háblame de las flores del campo que El miraba con amor al pasar, de los árboles que le brindaron su sombra, de las aguas del mar en que se reflejaba su imagen y refrescaban sus pies, de los barquichuelos en que bogaba por las tardes cuando el ocaso tendía para El sus cendales de púrpura; de las alondras que cantaban en el monte cuando El subía allí para orar... de las estrellas que contemplaban silenciosos el éxtasis de su Espíritu, de la luna pálida que besaba su frente, de la brisa que

ondulaba sus cabellos... Todo eso es amor y belleza, pero deja a la humanidad, piara de lobos, que se harte de sangre de justos, y se revuelque en su lodo y su inmundicia. ¿Qué haremos nosotros si nada pudo El que tenía el poder de Dios en sus manos?...

Dos lágrimas ardientes temblaban en las pestañas de aquella mujer y un temblor nervioso sacudía su cuerpo.

La piedad de Pedro se conmovió hasta el llanto y acercándose a ella le tomó las manos porque comprendió que de nuevo volvían las crisis histéricas que atacaban de tiempo en tiempo a María, cuando los terribles recuerdos encendían nuevamente su llama inextinguible.

Una tempestad de sollozos y una extrema laxitud puso fin a aquella dolorosa escena.

En el silencio de Marcos su yo íntimo se debatía en una lucha tremenda. Veía la verdad en las protestas acerbas de María, pero en su horizonte mental veía también diseñarse la palabra plena de amor del Maestro:

"Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia"

"Lo que hagáis por vuestros semejantes, por mí lo hacéis".

"Esta humanidad es mi herencia eterna y vosotros sois mis colaboradores en la obra de su redención".

Ante estos recuerdos, el pesimismo fue retirando lentamente sus baluartes del yo íntimo de Marcos y su alma se inundó de una inefable ternura.

Recordó por fin otra sublime frase del adorable Jhasua:

"Amar lo que no merece ser amado es el heroísmo del amor".

Y esta frase la repitió cuando volvió la calma entre ellos.

— ¡Cuánto me cuesta —dijo María— amar una humanidad que lo aborreció de muerte a El... a El que era el Bien y el Amor hecho hombre!

—Si pensamos que es una ofrenda de amor que le hacemos a El, nos costará menos —observó Pedro fortaleciendo la idea de Marcos.

Unos días después partía Pedro con María hacia Cesárea; y Marcos se entregaba de lleno a dar instrucciones a Ahmed y Osman que debían quedar al frente de los negocios que manejaba Simónides.

Lucas, gran amigo que fue de Stéfanos con Elhisabet hermana de Marcos y Tabita de Arimathea, sobrina de José, quedaron encargados de la Congregación Cristiana de Joppe y del Oratorio en que se reunían las cuatro centenas de discípulos del Cristo que fueron el cimiento de la futura cristiandad.

Y Marcos, siguiendo el impulso de su corazón se embarcaba un mes después para Alejandría donde le esperaba el Apóstol Zebeo en su barca *"Amare Victum"* que les conduciría a su floreciente Escuela del Lago Merik.

EL APÓSTOL JUDAS TADEO

El lector de "Arpas Eternas" recordará al jovencito pastor de antílopes que encontró Jhasua en su primer viaje a Ribla acompañado por los Esenios del Santuario del Tabor.

Le encontró cuidando sus gacelas bajo los cerezos de la pradera a orillas del Nar-el-harvac que fertiliza las hermosas comarcas vecinas a la ciudad de Damasco.

Su madre Sultane de Cafarnaum, viuda de Tadeo de Gamala y hermana de Ananías, Hazzan de una Sinagoga de Damasco, había sido doncella favorita de Helena de Adiabenes antes de su matrimonio con el Rey Abenerig Adiabenes, o sea cuando estaba aún en el hogar de su padre, príncipe de Bethsur. Esta vinculación doméstica y familiar podemos decir, la habían conservado ambas por medio de esa correspondencia tardía pero constante a través de los años y de las dificultades que ofrecían las distancias y los escasos medios de comunicación y de transporte de aquella época.

Ya se comprenderá que Helena, desde su alto rango, era la que favorecía con generosa prodigalidad, y la ex-doncella la que recibía los favores con amorosa gratitud.

De esta antigua vinculación se valió Judas, hijo de Tadeo, Apóstol de Cristo para pedir recomendación a la reina Helena retirada en Jerusalén, a fin de facilitarse la misión que había aceptado desenvolver en los países de Mesopotámica.

Y Helena se la dio tan generosa y amplia que Judas partió con la primer caravana que iba al norte, cuando se decretó la emigración de las golondrinas del Cristo después de la muerte de Stéfanos y del Apóstol Santiago.

www.formarse.com.ar

Era el mismo tiempo en que Saulo de Tarso hacía correrías por su cuenta primeramente y autorizado por el Sanhedrín después, para perseguir a *los Nazarenos* como llamaban a los primitivos cristianos: y Judas Tadeo, le encontró en Damasco, ciego todavía por la conmoción cerebral que le ocasionó la caída del caballo y la impresión de la visión del Cristo que le reprendía su cruel actitud para con sus discípulos.

Desde que Judas se apartó de Jerusalén, su camino fue todo un solo recuerdo que vivía de nuevo en cada aldea, en cada colina, en las casitas humildes cuyos huertos les habían brindado sus sombras y sus frutos en las incansables correrías de aquellos tres años largos transcurridos como un dulce sueño en compañía del inolvidable Maestro...

La caravana le dejó en Cesárea de Filipos, última ciudad de la tierra natal y Judas deseaba apartarse solo hacia el Monte Hermón donde contaba permanecer unos días antes de continuar su viaje.

Ni el Tetrarca Felipe, ni su esposa Herodias existían, ya que el cáncer, plaga de su raza, la había eliminado de la vida física, y el Tetrarca murió misteriosamente para todos, pero en realidad asesinado por los acreedores de Herodias cuyas enormes deudas se negó a pagar.

Se las cobraron ellos mismos con las riquezas y joyas de gran precio que la fatal mujer había acumulado por los más inicuos medios que ya conoce bien el lector de "Arpas Eternas". Aquella fastuosa mansión de lujo, de placer y de crímenes fue desmantelada por los burlados proveedores de los lujos de Herodias, cuyos esclavos huyeron bien pagados por entregar secretamente la real mansión a los que buscaban allí lo que era suyo.

El Apóstol de Cristo al llegar a la gran plaza de las Caravanas trató de orientarse en la gran ciudad, y se dirigió a lo que llamaban *Barrio Viejo* donde estaba desde muchos años atrás la Sinagoga de Nabat, sitio en que el Maestro se había hospedado con el tío Jaime en su último viaje a Damasco.

El anciano vivía aún, ero recluido en un sillón que no abandonaba sino para ir al lecho en las horas del sueño. Su esposa había muerto tres años hacía ,y vivía acompañado y cuidado por su hija Sara, viuda y madre de dos hijas casadas que allí vivían con sus niños de poca edad.

El viejecito, fervoroso amigo de Jhasua, vivía feliz entre su joven descendencia, a los cuales relataba con lujo de detalles la prodigiosa vida de ese Hombre-Luz del mundo, que él había hospedado allí mismo donde todos vivían con paz y alegría de corazón.

Judas Tadeo que venía de Jerusalén con el alma torturada, por los últimos terribles acontecimientos, y por el adiós, que podía ser para siempre dado a Sultane su madre, establecida entre su parentela de Cafarnaum, se sintió curado junto al anciano tío que parecía vivir en un éxtasis de amor con el recuerdo del excelso huésped que pasó un día por su casa como un astro sereno de luz, de paz y ternura infinita.

El Apóstol de Cristo sintió que revivía allí su drama íntimo... el drama de su corazón de veintitrés años que el amor del Maestro y su palabra consoladora había hecho casi olvidar. Había tenido una esposa que le fue fiel solo tres años, y a quien el desmedido afán de riquezas y de lujo había llevado al más tremendo desastre que puede sufrir una mujer. Se entregó como favorita de un magnate árabe, cuyo amoroso entusiasmo desapareció con el tiempo y la infeliz se vio reducida a la triste condición de esclava de las nuevas favoritas que se iban sucediendo como las estaciones del año...

La pobre Dalia sufría un tenebroso invierno que acabaría con su vida, y reconocía haberlo merecido por su innoble conducta para el que la eligió como única esposa.

Judas la había amado tanto que no tuvo el valor de entregarla a los Jueces de Israel para que se cumpliese en ella la Ley. Y fue entonces que se alejó de Damasco acompañado de su madre y fueron ambos a establecerse en la tierra nativa, la pintoresca Cafarnaum en la región norte del Mar de Galilea donde tenían la antigua posesión de los padres de Sultane que ya no vivían.

Habían vendido en Damasco su rebaño de antílopes y ovejas, y en Cafarnaum se dedicó Judas al cultivo del huerto herencia de sus antepasados.

Tal fue su vida hasta el feliz y glorioso momento en que el Mesías Ungido de Dios le dijo: *¡Yo es la hora!*

En la populosa capital árabe le esperaba el epílogo de su drama sentimental de la primera juventud. Por entonces contaba Judas unos cuarenta y siete •afios y tenía en completo olvido aquello que en otro tiempo le pareció un completo derrumbe de su vida.

Verdad es que al entrar en la bella ciudad arabeña no pudo evitar que los recuerdos de su juventud vivida allí, se despertasen vagamente aunque sin cansarle sensaciones dolorosas.

Se sentía lleno completamente del amor, de la gloria y la grandeza de su Maestro, que en sus largas charlas con el tío Ananías se habían encendido más vivamente.

www.formarse.com.ar

En su Sinagoga le obligaron a hablar como testigo ocular de cuanto había pasado en los años que vivió con el Mesías de Israel. Los Escribas de aquella Sinagoga llenaron cartapacios con los relatos del Apóstol, que fue sintiéndose curado de los terrores y espantos que traía como cendales de negro humo prendidos a su yo íntimo allá, en Jerusalén, donde rugía el odio y la persecución para los discípulos de Cristo.

Y su tío Ananías le hacía leer en alta voz los pergaminos que él conservaba con reverente amor, en que había escrito él mismo las obras que el Maestro realizó en su misión de Damasco, y -que el lector de "Arpas Eternas" no puede haber olvidado.

— ¡Qué buen comienzo tiene la misión mía de Apóstol del Señor!... — exclamaba Judas en íntima conversación con el anciano Ananías—. Ha ocurrído tal como mi madre me lo decía: "Aunque tienes el nombre del infeliz discípulo que entregó al Señor en manos de sus enemigos, yo sé que tú serás un perfecto apóstol del que te eligió para serlo".

En su alma sencilla y buena comenzaba a florecer el optimismo, la paz, la quietud interior que los últimos terribles acontecimientos de Jerusalén habían destrozado casi por completo.

Y cuando ya pensaba despedirse de Damasco y seguir viaje a las nevadas cumbres del Monte Hermón para pedir orientaciones a su tío Naun, Servidor del Santuario, tuvo la idea de salir-a recorrer los barrios suntuosos y concurridos de la gran capital.

A esos barrios no se permitía la entrada a los mendigos ambulantes, que se veían obligados a quedar bajo los árboles que rodeaban una fuente y que por eso llegó a llamarse, *la fuente de los mendigos.*

Las personas piadosas y de noble corazón, allí acudían cuando deseaban cumplir la ley de la limosna a los necesitados. Judas tenía que pasar por allí para entrar a la gran columnata Tarik-el-adva, que encerraba toda la riqueza y el esplendor de Damasco.

Y al llegar a la fuente sacó su bolso para repartir monedas entre una media docena de mendigos, hombres y mujeres que allí había.

Al llegar al cuarto bulto, oscuro por la penumbra del atardecer bajo los árboles, y por el color del manto que le cubría, Judas vio aquellos ojos llorosos y suplicantes que le miraban mientras tendía la mano, y su corazón se estremeció de espanto y de lástima.

Allí estaba aquella Dalia o Dalila que él tanto había amado y que lo traicionó por el lujo y el esplendor del harén .de un magnate arabeño.

Retuvo en su mano la moneda que iba a darle y continuó mirándola para cerciorarse de que era ella... ¡ella misma! vestida de harapos descoloridos y rasgados y con su rostro más envejecido aún que sus vestiduras.

¿*Qué* se había hecho de aquella radiante juventud de diez y seis abriles que él había recibido como esposa veinticinco años atrás?

La había deshecho entre las redes del vicio y de la miseria y ya no era sino un harapo, una piltrafa de humanidad como tantas y tantas que van quedando a lo largo de los caminos de la vida. —Mujer —le dijo—. Tengo que hablarte.

Al oír aquella voz, la mujer reaccionó y miró al apóstol ávidamente. El sostuvo la mirada y la infeliz mujer retiró y escondió la mano que había tendido.

— ¡Judas! —exclamó sordamente envolviéndose toda en su oscuro manto como para aislarse de aquel fantasma de su turbio pasado que se levantaba para acusarla.

—No quiero acusarte —le dijo Judas en lengua Siria para que no comprendieran los otros mendigos—. Lo que quiero es socorrerte, si me sigues al otro lado de la fuente—. Y Judas dio toda la vuelta al zócalo de mármol que rodeaba el estanque y fue a sentarse al banco más apartado.

A poco rato apareció la mujer apoyada en un bastoncito de caña que la ayudaba a caminar cojeando y con mucha dificultad.

—Siéntate —le dijo Judas señalándole un sitio a su lado.

¡Qué duro contraste ofrecía el Apóstol de cuarenta y cinco años rejuvenecido y embellecido por la doble fuerza que da una vida honorable y recta, y por la irradiación soberana del Cristo, que lo envolvía desde los años que vivió a su lado, con la presencia de aquella infeliz mujer que sólo tenía cuarenta y un años y representaba sesenta!

La túnica de lana blanca y el manto violeta oscuro de Judas, contrastaba más aún con los descoloridos harapos que vestía ella, a la que él viera por última vez a través de las verjas doradas de los jardines del harén, veinte años atrás como una visión de gasas y de sedas.

El más vivo recuerdo encendió de pronto su linterna mágica y el cuadro casi borroso por los años, adquirió el mismo colorido de aquel día fatal.

Judas se cubrió el rostro con ambas manos para aislarse de aquella visión y a la vez serenar su mundo interno. Un momento de silencio y luego le habló así:

—No esperaba encontrarte Dalia, y menos aún en el triste estado en que le encuentro; pero la Ley Suprema que todo lo ordena lo ha querido así y debo aceptarlo como una prueba de la Justicia Divina para hacerme ver la verdad de las palabras oídas al Cristo Hijo de Dios: "Lo que siembras, eso recogerás".

Si a nadie tienes en el mundo que tenga piedad de ti, la tendré yo para que tengas tú una prueba de la Bondad Divina que no olvida a ninguna de sus criaturas aunque ellas le olviden para lanzarse a los barrizales de la vida en busca de la felicidad.

Mi tío Ananías vive aún entre sus hijos y nietos, y en su Sinagoga se socorre a todo el que lo necesita.

Dejaré allí un depósito en dinero para que te sea entregado todos los sábados. Y si no tienes vivienda, yo te conduciré al Refugio de la Santa Alianza que atienden los Terapeutas del Santuario del Monte Hermón. ¿No me respondes nada?

Sin volver la mirada hacia él, Dalia contestó con apagada voz: —El mayor castigo que me ha dado la vida ha sido este encuentro inesperado Judas y hubiera preferido una puñalada por la espalda, a recibir tu mirada y tu palabra.

—Es una lección tardía quizá, pero siempre útil para que en tu triste ancianidad, rehagas tu vida, entregando a Dios los despojos de lo que pudo ser una vida honorable, feliz y llena de merecimientos —le contestó Judas—. Mucho padecí por causa tuya pero el Amor Divino me ha curado, como serás curada tú si le buscas con sinceridad de corazón.

—Prefiero que me abras las puertas de ese Refugio que dices, donde nadie me conoce, a presentarme en la casa de tu tío, donde seguramente no encontraría el perdón y la bondad que me demuestras tú —contestó por fin Dalia con un cansancio en la voz, que el Apóstol de Cristo comprendió muy bien cuan castigada por la vida estaba aquella mujer.

La Fe hace prodigios, la esperanza que florece hasta en las ruinas, y el amor que colma nuestros anhelos, habían huido de su corazón como niños espantados de un abismo. ¡Cuan cierto es que el alma que tuerce el camino designado por su ley, se arroja a un precipicio del que es tan difícil salir!... Pero Judas encontró en el amor de su Maestro y 'en su divina enseñanza el rayito de luz para aquel ser en tinieblas.

Y fue Dalia, el amor de su juventud, la primera obra de redención que el Apóstol llevó a cabo al iniciar su camino de salvador de almas. Esa misma larde le hizo cambiar su raída vestidura en la primera tienda que encontraron al paso a fin de presentarla decentemente vestida en 'el portal de la Santa Alianza donde iba a conducirla de inmediato, ya que ella se avergonzaba de presentarse ante el anciano Ananías, cuyos consejos había despreciado en los días, lejanos ya, de sus locos desvaríos.

El lector de "Arpas Eternas" recordará la posada *"Ánfora de plata"* donde el Maestro se hospedó durante la misión que realizó en Damasco.

El propietario, gran amigo de Simónides como recordará el lector, había fallecido antes de la muerte del Maestro; y siendo aquella posada una Agencia de los negocios del gran comerciante él mismo la adquirió como apoderado general de la familia del Príncipe Ithamar, aquel inolvidable amo de su juventud al qué tan fielmente había servido aún después de su muerte, en los descendientes que él -dejara.

La *"Ánfora de Plata"* se había transformado de posada en Refugio-Taller-Escuela de la "Santa Alianza" al estilo de las que existían en las ciudades más importantes de Palestina.

Se llamaba *"la Escuela del Profeta"* nombre elegido por aquella niña paralítica que el Maestro curó: *Adita,* hija del potentado magnate Jeramel que el lector de "Arpas Eternas" recordará.

Era ella misma, joven de veinticinco años, quien la regenteaba bajo la dirección de los Terapeutas del Santuario del Hermón. Empleaba sumas enormes para que todos los refugiados, ancianos y niños se sintieran felices en la *"Escuela del Profeta".*

Su padre que guardaba reverente memoria del hombre extraordinario que le hizo ver y comprender la vida en su verdadero significado, no negaba nada a la hija que el Profeta le había devuelto curada y feliz. Y era su dicha asistir a los festivales que Adita organizaba en la *"Escuela del Profeta"* para expansión y recreo de aquella porción de humanidad que buscaba en ella un mendrugo de paz y de dicha para sus vidas de soledad y de dolor.

A este recinto de amor y de paz condujo Judas a la mujer amada de su juventud. El corazón de Adita se desbordó de ternura y admiración hacia Judas, Apóstol del Profeta, por quién sentía ella tan intenso amor.

www.formarse.com.ar

Tanto le rogó quedarse allí para divulgar la enseñanza del gran Maestro, que Judas no pudo negarse y permaneció un año en Damasco, concurriendo diariamente desde la casa de su tío Ananías a la *"Escuela del Profeta".*\

A instancias de Ada, escribió Judas allí mismo todo cuanto había recogido de la excelsa vida del Cristo, y además un Reglamento basado en sus enseñanzas, para norma de vida de los refugiados y de todas sus actividades.

De todo cuanto este Apóstol de Cristo escribió en su estadía en Damasco, el mundo cristiano solo conoce su Epístola llamada *Universal,* que dejó como despedida a los colaboradores de Ada y a los refugiados en la *"Escuela del Profeta".*

En dicha Epístola, el Apóstol trata de prevenirles contra los falsos profetas y maestros que ya comenzaban a manifestarse en nombre del Ungido de Dios.

Y los calificativos que les aplica son dignos de ser recordados en estas páginas... "Son nubes sin agua que los vientos arrastran de un lado a otro árboles marchitos como en otoño, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados".

"Fieras ondas de la mar que espuman sus mismas abominaciones; estrellas erráticas, a las cuales es reservada la sempiterna oscuridad de las tinieblas".

En el año que Judas permaneció en Damasco, tuvo la satisfacción de ver la transformación moral y física de Dalia. Fue curada de su cojera producida por un tumor producido en la rodilla izquierda. Y fue curada de los vicios contraídos en el rodar por los bajos fondos a donde descienden los seres que extravían su camino.

En la triste servidumbre a que fue sometida en el harén cuando dejó de ser favorita y se convirtió en esclava, había sido *copera* de las sucesivas favoritas del príncipe árabe, y era su obligación tomar un sorbo de cada copa de licor que ofrecía a su ama.

De esta forma contrajo el vicio de la ebriedad y con él, otros y otros que le son inherentes. Había llegado a la "Escuela del Profeta" como un maltrecho saco de vicios que fue eliminando poco a poco, por falta de oportunidades primero, y también por el ambiente de rectitud y de severa moral que allí existía.

Honorables viudas esenias refugiadas allí mismo, eran las celadoras en el pabellón de las mujeres y de los niños.

Y dos ancianos Terapeutas vivían permanentes en el pabellón de los hombres.

En los talleres de tejidos, en los secadores de frutas, en el cuidado de las plantas medicinales, en los jardines, en las pajareras de mirlos y ruiseñores, había trabajo Variado y fácil que mantenía ocupada la atención de los refugiados en forma de no quedarles tiempo para los vicios contraídos en la displicente ociosidad.

Cuando Dalia se vio curada y algo rejuvenecida, tuvo que luchar contra ¡a tentación de huir del Refugio en busca de la vida libre y miserable que había hecho desde que se escapó del harén.

Pero el Apóstol Judas repetía al Maestro en su oración de cada día estas palabras: "¡Maestro y Señor mío!... ¡recibe este ser que me fue tan querido, como la primera ofrenda que te hace este discípulo tuyo que aprendió de Ti a amar lo que no merece ser amado!... ¡Maestro mío!... ¡que esta humilde y mísera ofrenda mía sea retenida para siempre al pié de los altares de tu ley!"

Y la oración del Apóstol llegó al Maestro, y una fuerza extraña que a veces sublevaba a Dalia, le impedía realizar la huida cada vez que sentía la tentación de hacerlo.

Una de las viudas celadoras era parienta de Ananías y por tanto de Judas también, y a ésta fue a la única a quien él confió el secreto de la vida de Dalia a fin de que se interesase más por la curación moral que el Apóstol deseaba.

Y esta mujer se convirtió en ángel guardián de la extraviada, a la cual procuraba tener constantemente a su lado.

Judas mantuvo relación epistolar con Dalia durante su ausencia de muchos años por los países en que realizó su apostolado.

También dirigió algunas epístolas a Ada; una sola al tío Ananías que murió al poco tiempo de su estadía en Damasco, varias a Nahún su tío y Servidor del Santuario del Hermón, y al regente del antiguo Peñón de Raman, convertido en Taller y Escuela correccional para varones adultos y menores de edad. Era uno de aquellos cautivos redimidos por el amor sobrehumano del *Profeta Nazareno* como le llamaron siempre los damacenos. Era el único de aquellos incendiarios cautivos que había quedado allí; y tan sincero y grande fue su arrepentimiento que Ada, regente general de todas las obras comenzadas allí por el Maestro Nazareno, tuvo la confianza de ponerlo al frente de los refugiados en el correccional del antiguo Peñón de Raman, bajo la tutela

www.formarse.com.ar

de los Terapeutas esenios que realizaban allí frecuentes visitas. Su nombre era Agabo, originario de Sidón, y fue un colaborador ferviente de Bernabé y de Pablo en Antioquía, poco tiempo después.

Algunas de las epístolas de Judas, fueron también dirigidas a Agabo, cuya transformación moral y espiritual fue tan manifiesta para todos, que servía de estímulo a los débiles en la fe que *traslada a las montañas,* según la frase del Divino Maestro para hacer comprender la fuerza de la soberana voluntad que busca el bien y la justicia.

Pero la dirigida a su madre Sultane, hija de Cleofás, residente en Cafarnaum, sobrepasa a todas en ternura y devoción hacia el Mesías su Maestro, cuyas obras de amor iba conociendo después de diez años de haber desaparecido El de los valles terrestres.

* * *

LAS EPÍSTOLAS DE JUDAS TADEO

"Al buen tío Ananías, hermano en el amor del Cristo nuestro Señor, paz y salud.

"Hace nueve días que me encuentro en la serena quietud del Santuario del Monte Hermón.

"Es como una embriaguez de soledad, de vida espiritual, que comienza al clarear el alba y termina cuando los ojos se cierran al sueño.

"¿Cómo habré de comenzar esta epístola si son tan intensas y vivas las emociones recibidas en estos nueve días de vivir en Dios?

"El tío Nahún me recibió como si fuera yo un don que le hace el Cristo nuestro Señor, del cual me pide todas las noticias de los últimos días y sobre todo de los cuarenta de gloría y de amor, después del sepulcro.

"Ahora comprendo mejor el extremado amor de los Ancianos a la soledad absoluta que gozan en sus Santuarios de grutas abiertas en la montaña.

"Ya no me asombra de que ellos obtengan maravillosas visiones, altos conocimientos de las leyes divinas que rigen los mundos y las almas.

"La soledad con Dios es la madre fecunda de las más grandes manifestaciones del Poder Divino y del Amor Eterno en relación íntima con las criaturas humanas.

"De esta soledad extraen ellos todo el poder y toda la fuerza que ponen en acción cuando bajan de su montaña santa para llevar a sus semejantes la paz, el consuelo y la salud.

"Cada gruta o celdilla habitada por cada uno de ellos, aparece cubierta en su muro interior por tablillas con nombres de sus protegidos del mundo exterior, con una frase que pone de relieve el dolor que sufre. Y al lado de esos nombres se ven palabras como éstas: Esposa abandonada con hijos pequeños — Madre viuda olvidada de los hijos — Anciano paralítico sin nadie a su lado — Cautivo por 20 años en el presidio de ... — Sentenciado a pena de muerte si no se descubre el autor del crimen dentro de cuarenta días — Cautivo perpetuo, y su mujer e hijos abandonados — Leproso — Tuberculoso — Demente — Fugitivo de la justicia por homicidio, intenta matarse en el precipicio si es descubierto...

"Y así tío Ananías, el solitario tiene ante su vista los cuadros de dolor que debe remediar con la fuerza de su pensamiento y de su amor unidos a la acción sabiamente encaminada al bien de sus semejantes ¡Qué retiro y soledad más fecundos!

"¡No sé si andando yo por el mundo realizaré tantas obras de amor como ellos en su soledad!

"A veces siento el deseo de quedarme aquí para siempre.

"Pero los Ancianos se asustaron de esto que ellos llaman una tentación del espíritu del mal e hicieron oración para que yo fuera iluminado.

"Tuve la palabra espiritual de Nuestro Señor el Cristo que me dijo:

"La soledad de los Esenios es el cofre de oro que recoge y guarda la vibración eterna de la Divinidad sobre las criaturas humanas; y mis Doce y sus compañeros son la palabra mía que guía a la humanidad a sus destinos futuros"

"En estas palabras del Divino Maestro he comprendido que por diferentes caminos debemos cumplir cada uno su propia ley o programa de vida que el Eterno Designio le ha marcado según a lo que estén destinadas sus energías y actividades.

"Estuve durante un año a vuestro lado. Pienso permanecer otro entre estos justos del Hermón curándome las heridas del alma producidas por todos los terribles acontecimientos de Jerusalén en estos últimos diez años.

"Os haré saber mi partida y el camino que he de seguir, que quizá será el mismo que os tengo ya indicado.

"Vuestro sobrino y hermano en nuestro Señor el Cristo".

Judas de Gañíala

La segunda epístola estaba destinada a su madre Sultane de Cafarnaum y decía así:

"A mi amada madre en su retiro de Cafarnaum, paz y salud del Cristo nuestro Señor:

"Tu contestación a mi epístola desde Damasco me hace ver la tranquilidad que te rodea y la bondad de nuestra protectora la reina Helena que tan acendrado amor te demuestra.

"En la soledad del Hermón también gozo de salud y de paz, viviendo de recuerdos y de esperanzas que florecen en el alma al lado de estos santos hechos de amor y de fe.

"Aquí me preparo y tomo fuerzas para soportar en medio del mundo la injusticia, la incomprensión y la maldad de los hombres sin amor y sin fe, sin ideales y sin luz para encontrarlos y seguirlos.

"¡Cuan dolorosa y difícil me será esa tarea, lo sé y lo comprendo desde ahora!

"Pero tengo la firme confianza de que el Maestro mi Señor me auxiliará poderosamente para no defraudar su esperanza puesta en cada uno de sus Doce y en todos los que le amamos y hemos recibido el tesoro impagable de su enseñanza y de su amor.

"Vive tranquila en cuanto a mi vida material que con los dones del tío Ananías y los consejos y recomendaciones del tío Nahún para las Escuelas de Baltasar, y de la reina Helena para sus hijos de Susan, creo tener más de lo necesario para cumplir las voluntades del Cristo mi Señor.

"Que tu oración y tu amor me sigan madre mía en el camino largo que muy pronto he de comenzar. De aquí a tres lunas podrás mandarme tus noticias a Babilonia, *Plaza de los Reyes-Casa de Misericordia,* donde el maestro Abbas me dará hospedaje y donde permaneceré algún tiempo.

"Bendíceme y ora por tu hijo":

Judas

ROSAS DE LA TARDE

Son tan complejas las redecillas vivas tejidas con las fibras dolientes del corazón humano que, el observador se detiene con creciente asombro en sus análisis minuciosos de las almas que van flotando en su derredor como avecillas tímidas sobre un viñedo en maduración.

El encuentro de Judas, hijo de Tadeo, con la tan querida mujer de su juventud despertó su dormido corazón a las emociones sentimentales. Y tuvo que luchar consigo mismo para no desandar el camino andado, y continuar sereno y firme la senda emprendida, desde que oyó al Maestro decirle aquella noche a orillas del Mar de Galilea: *"¡Ya es la hora!"*

Su amor propio herido, su dignidad de hombre honesto y leal había sido cruelmente ofendida por los extravíos morales de la que fue su esposa.

Parecíale poner sombras en su senda iluminada de estrellas el aceptar unir nuevamente su vida a la de la infeliz mujer que lo había traicionado. Pero su corazón de hombre comenzó a reclamar sus derechos al calor de otro corazón. Sólo contaba cuarenta y cinco años y ya no estaba a su lado el gran ser que había llenado todos los vacíos en los corazones que le amaron.

Y Judas sintió que en su alma se encendía una estrella nueva en la tarde de su vida que hacía florecer las rosas en su huerto interior. ¿Qué era aquello?

Le alarmó en sumo grado verse acosado por emociones intensas cuando visitando la "Escuela del Profeta" vio tan de cerca la vida de ángel terrestre, de Adita, la joven salvada por el Divino Maestro cuando contaba diez años de edad.

En su alma noble y justa se despertó naturalmente una grande admiración por ella, cuyas actividades secundó con ardiente entusiasmo.

Y en las pocas horas de soledad que entre tan complejas ocupaciones tenía, no una sola vez apareció en su horizonte mental este pensamiento: ¿Por qué no se cruzó en mi camino una mujer como ésta en vez del pobre ser que unió su vida a la mía para mi desgracia y la suya? Hubiera sido una vida como la de Judá y Nebai, como la de Marcos y Ana, jardines de santos amores de donde surgen como de inagotables manantiales las obras grandes y bellos ángeles de Dios, que sean en el futuro apóstoles del Cristo para continuar su Obra comenzada por El ayer y continuada por nosotros hoy.

www.formarse.com.ar

La dulce Ada, como una abejita de luz no desperdiciaba momento entre las múltiples atenciones que voluntariamente había aceptado desde que fue capaz de plasmar en obras lo que aprendió del Profeta Nazareno, y no se apercibía de la admiración y viva simpatía que despertaba en el apóstol de Cristo.

Y el pensamiento tenaz y persistente como un suave martillito de plata continuaba golpeando en su yo íntimo: "¡Ada, Ada... flor de luz encendida en la tarde de mi vida!... ¿Eres una estrella nueva alumbrando mi camino o un precipicio que intercepta la senda que elegí?

Se entregó a la más solitaria meditación en busca de la divina luz, y durante seis días no acudió a h "Escuela del Profeta".

Pero al séptimo día, Ada mandó un mensajero a buscarle a casa del tío Ananías.

Y el buen Judas Tadeo, acudió enseguida al llamado tomándolo acaso como un feliz augurio, como una respuesta muda a los pensamientos que absorbieron su mente durante seis días de absoluto retiro.

Según la ley hebrea, los extravíos morales y baja traición de la que fue su esposa, no sólo la condenaba a muerte de lapidación por adulterio sino que de hecho, quedaba en condición de repudiarla legalmente, de tal forma que el que fue su esposo, era un hombre libre. Este pensamiento pasó como un meteoro por el horizonte mental de Judas. No obstante, algo duro y fuerte como una mordaza de hierro apretaba su corazón como mandándole callar.

Se detuvo bajo los platanares de la Plaza de Hiram y rememoró lo que Adita misma le había referido con lujo de detalles. Esa plaza había sido testigo de los desbordamientos de amor del Cristo divino hacia los desheredados -esclavos de Damasco Su padre Jeramel, había referido a la niña cuando fue mayor, que varias doncellas damascenas de las más encumbradas familias, se habían prendado de la belleza ideal de aquel joven Profeta de solo veintinueve años de edad y que no parecía tener corazón sino para los infelices esclavos, para los enfermos incurables, para los que llevaban penosas cargas en la vida. Eterno enamorado de la suprema sabiduría que lo hacía invencible hasta en presencia de la muerte, ninguna belleza terrestre conseguía atraer su mirada ni interesar su corazón.

Judas recordaba esto mientras sentado en el zócalo de una fuente a la sombra de los plátanos, dejaba volar su pensamiento por sus jardines interiores y por el amplio y sereno campo de luz y de estrellas que era para él la heroica vida de su Maestro.

Y se decía sin hablar:

"El tenía veintinueve años y sólo pensaba en darse por entero al dolor de la humanidad. Yo con cuarenta y cinco, siento los halagos de un amor al que puedo llegar sin faltar a las leyes humanas... Pero ¿estará de acuerdo con el designio del Maestro respecto de mí, y con la Suprema Voluntad del Padre que El tanto cuidaba de complacer?"

Entre estas meditaciones le sorprendió el mensajero de Ada que volvía con una litera llevada por cuatro fornidos criados para conducirle más apresuradamente.

Judas saliendo de su abstracción se dejó llevar sin decir palabra. No le condujeron a la *"Escuela del Profeta"* sino al magnífico palacio de Jeramel donde el Divino Maestro tuvo aquellas ardientes polémicas con el magnate árabe, de cuyo noble corazón obtuvo tan grandes beneficios para los desheredados esclavos de Damasco.

Era casi el anochecer y el palacio resplandecía de luces y de flores, cual si debiera realizarse un gran acontecimiento.

Adita acompañada de su padre salió al gran pórtico a recibirle, y el padre feliz le dijo:

—Esta casa espera a nuestro príncipe Hartat que nos ha anunciado su visita y sospechando el asunto de que se trata, Ada quiere conversar antes contigo para orientar mejor su camino.

El corazón de Judas se estremeció dentro del pecho, pero su faz apareció serena. Se inclinó profundamente en señal de aceptación y algo así como una aureola de santo holocausto iluminó su rostro que parecía de mármol. Su alma se levantó de la tierra como en un vuelo gigante y se sumergió en lo infinito para decir a su amado Maestro con la voz sin ruido de su corazón:

—"¡Maestro, Señor mío! ¡Presiento que seré puesto a prueba en esta ocasión. Sed conmigo para que obre yo como tú lo deseas! —Y siguió a Jeramel que le condujo al mismo saloncito donde años atrás tuviera aquella conversación con el Cristo encarnado.

Ada estaba presente y podía advertirse en ella una inquietud interior que no podía disimular. —

—¿Qué harías tú —preguntó el árabe— si teniendo una hija que es la luz de tus ojos y que calma las ansiedades de tu vida, te fuera pedida en matrimonio para apartarla lejos de ti?

—Tú que traes la luz del Profeta en tus ojos y el fuego de su amor en tu «corazón, dime ¿haré bien o haré mal en unir mi vida con la de un sobrino del príncipe Hartat que gobierna en Damasco y nieto del Rey Haret que gobierna toda la Arabia? —preguntó la joven.

—Si tú le amas con grande amor, haces bien niña en unir tu vida a la suya. Creo que el Profeta Nazareno mi Maestro te lo habría dicho como yo.

—Mi madre apreciaba a su familia y él fue un compañero de la infancia.

— ¿Nada más? —volvió a preguntar el apóstol.

— ¿Qué más debe haber? Dímelo, Oh buen amigo del gran Profeta que me hizo vivir la vida, y te prometo obedecer cuanto me digas.

—Para que una unión nupcial sea conforme a la voluntad divina debe haber un grande amor entre los que han de unirse; un decidido y fuerte amor que les haga capaces de sobrellevar con paz y alegría la carga pesada del matrimonio, que con los altos y bajos de la vida, con las circunstancias adversas e inesperadas que se presentan, se torna insoportable sin un grande amor que suavice todas las asperezas.

Tu prometido es árabe de origen, de religión y de costumbres. ¿No es así?

—Sí, es así, pero él no tendrá un harén porque yo sigo la ley del Profeta, de la esposa única, la madre única de los hijos que puedan venir. En mi hogar no habrá esclavas, ni esposas secundarias, ni concubinas.

Estaré yo sola en mi casa, con el personal de mi servicio que yo quiera tomar.

El apóstol de Cristo meditaba. En su frente aparecía y desaparecía un seño duro que a intervalos oscurecía su hermosa fisonomía.

¡"Maestro Señor mío"!... pensaba Judas. "Quiero ser para esta alma cándida y pura, una prolongación de lo que tú fuiste. ¡Pon en mis labios las palabras que he decirle, te lo ruego"!

—Niña —le dijo— quiero hablarte como lo hubiera hecho el Profeta mi Señor al cual tanto amas; óyeme pues:

Si tu corazón no está dispuesto a soportar con paz y serenidad, la presencia de otras mujeres entre tú y el que será tu esposo, no des un paso adelante porque lo darás sobre un puente de cristal que se romperá fácilmente arrojándote al abismo. Y por lo que acabas de decirme veo claro que tu amor no es de aquellos que aceptan rivalidades ni sustituciones. Pero te ruego qué seas discreta en sumo grado en éste caso, pues me comprometerás grandemente ante vuestro príncipe y ante el que quiere ser tu marido.

Créeme niña que siento de veras que me hayas tomado como consejero en esta encrucijada de tu vida.

¿No pensaste en que el Consejo de tu padre podría ser más eficiente «i estos momentos?

—No —interrumpió Jeramel—, porque en mí hablaría muy alto el egoísmo paternal. Yo no quisiera en verdad que mi Adita tomase nunca un marido mientras Alá me conserve en vida.

— ¿Por qué? —preguntó el Apóstol.

—Te lo diré. Hasta los diez años fue una niña paralítica, o sea una débil florcilla del aire a quien el más leve soplo podía destruir. Y esos diez años los vivió como en un fanal de dorados cristales.

El Profeta Nazareno tu Maestro, la levantó de su lecho y pudo andar por sus pies; pero siguió siendo flor de invernáculo bajo la mirada de su padre que la cuida como a la niña de sus ojos. Tengo muchos tesoros materiales, muchas riquezas, pero ella sola me da la dicha que me hace amable la vida.

Cierto estoy de que ningún hombre de la tierra cuidará de su persona y de su vida como le cuido yo.

Sé bien lo que es un marido de nuestra raza y quizá de todas las razas del mundo. ¿Qué busca un marido en la que elige para su mujer? En general busca su propia complacencia en todo y para todo. Y a la vuelta de dos o tres lunas después de la boda, abre su harén como todos, lo llena de bellezas extranjeras o nativas, y la esposa queda como una hermosa figura decorativa, a la que exige hijos para continuar la dinastía con apariencias legales, y si no puede dárselos, la repudia por inepta y toma otra que satisfaga esa imperiosa exigencia legal.

De todas estas reflexiones que me vengo haciendo desde que mi hija llegó a la juventud, he sacado la conclusión de que ella ha venido a esta vida como una de esas huríes del paraíso de Alá, trayendo en sus manos la dicha para todos los seres que se crucen en su camino.

Tú dirás si este pensar mío es razonable o no.

Ada miraba fijamente a Judas y se advertía en ella una gran inquietud interior.

El apóstol de Cristo guardaba silencio y su mirada fija en el tapiz del pavimento demostraba estar absorbido por un pensamiento profundo.

www.formarse.com.ar

—Piensas muy razonablemente —dijo por fin Judas a Jeramel—. Ahora creo que debe ser Ada quien diga la última palabra.

—Y la diré —contestó Ada con resolución; —pero antes quiero saber otra cosa—.

Padre, mi negativa ¿te traerá la enemistad de la familia del Rey Haret?

—No lo creo. Nuestro Rey es un hombre justo, y tiene en gran estima a su heredero el príncipe Hartat, el cual sabe que tiene a disposición mis arcas cada vez que necesite de ella, te cases o no con su sobrino. Habrá pensado compensar mis buenos servicios proponiéndome este enlace que a él ni le favorece ni le perjudica.

—Siendo así —dijo Ada— le darás una excusa en mi nombre, diciéndole que no deseo casarme, porque estoy cierta de no ser tan feliz como soy a tu lado.

Y acercándose a su padre le dio un largo beso en la frente.

Jeramel emocionado la besó en ambas mejillas y le dijo:

— ¡Eres en verdad mi Ada incomparable!

El Profeta Nazareno te hizo toda de luz y si te fueras, me quedaría en tinieblas. Pídeme lo que quieras, porque ni aún con todo cuanto poseo podría pagar lo que vale para mí la resolución que has tomado.

Adita pensó un momento, y su rostro se iluminó de intensa alegría.

— ¡Oh gracias padre mío, gracias! Tengo sí algo muy hermoso que pedirte.

— ¿Y ello es?...

—Óyeme padre; este discípulo del Profeta Nazareno irá de aquí al Santuario del Monte Hermón donde el Profeta pasó dos años de su vida infantil. Allí viven sus recuerdos en los corazones de los solitarios que seguramente serán el vivo reflejo del Profeta, algo semejante a nuestro viejo Patriarca del Desierto a quien mi madre y tú veneraban. Allí hay doncellas y viudas que viven más en los cielos de Alá que en esta tierra. ¿No podríamos ir tú y yo con este discípulo del gran Profeta para conocer todo aquello? ¡Tengo un gran deseo padre!

— ¿Seguramente no pensarás quedarte allá a vivir esa vida lejos de mí?

Y Jeramel clavó en el rostro de su hija, su mirada inquisidora.

— ¡No, padre! ¡Qué ocurrencia la tuya! Con esta endeble naturaleza sería condenarme yo misma a caer de nuevo al lecho.

—Bien hija mía. Habría que saber si este buen discípulo del Profeta puede y quiere llevarnos en su compañía.

Ambos miraron a Judas.

—Quiero y puedo presentaros al Santuario donde uno de los solitarios es hermano de mi madre —contestó Judas.

— ¿Cuándo será la partida? —preguntó de nuevo el árabe.

—Cuándo vosotros estéis dispuestos. Pensaba hacerlo en la próxima luna en que aún es primavera y no han comenzado los deshielos que mucho dificultan la subida. Y ahora cabe pensar: ¿Resistirá tu hija aquella temperatura?—

— ¡Ya me arreglaré yo para resistirla! —contestó prontamente Ada temiendo ver frustrada su ilusión.

Y continuó la vida de Ada y de Judas con igual ritmo hasta la próxima luna. Daba él instrucciones morales y espirituales en la *"Escuela del Profeta"* y Ada seguía siendo la lucecita benéfica que daba vida y calor a todos los que acudían a ella.

Pero en el alma de Judas se había encendido una estrella nueva que intensificaba su luz día por día.

Adita no se daba por enterada de que una aureola de amor comenzaba a envolverla. Siempre, desde la infancia se había sentido tan querida... tan tiernamente querida, que un amor más no hizo un llamado nuevo a su corazón. Además el amor de Judas era discreto, silencioso, mudo. Luchaba por sofocarlo apenas nacido. Quería que no pasara el límite de una sincera admiración, de una dulce y suave amistad, lo cual quizá no le hubiera sido difícil siguiendo de inmediato su viaje hacia el Hermón. Poniendo de por medio tiempo y distancia, se acallan a veces los sentimientos nuevos que aún no hicieron fuertes raíces en el corazón. Pero Ada había pedido a su padre seguir viaje con él.

En el cenáculo del tío Ananías pasaba Judas gran parte de la noche en solitaria meditación.

Sobre el desteñido esparto que cubría el pavimento cayeron muchas veces las gotas de su llanto cuando postrado con la frente en el suelo clamaba su espíritu dolorido:

www.formarse.com.ar

— ¡Maestro Señor mío!... ¿Es que me has abandonado cuando apenas comencé a hacer algo de lo que tú me has pedido ?...

Tan notoria comenzó a ser la lucha interior del apóstol, que un día cuando terminada la instrucción en la *"Escuela del Profeta"* se le acercó según costumbre Adita para hacer algún comentario de lo ocurrido en el día.

—Hermano Judas —le dijo— observo que vas perdiendo fuerzas y vitalidad. ¿Es que estás enfermo o tienes una pena grande en el corazón? Nunca me referiste nada de tu vida ni de tu familia o amigos. Te quiero casi tanto como al Profeta tu Maestro, y haré cuanto pueda por ti. ¿No podrías tener un poquito de confianza en mí? ¡Porque hay algo dentro de ti que te hace padecer!

El lector comprenderá lo que fue para Judas la inesperada pregunta de Ada.

—He creído que nada de lo que me concierne puede tener interés para ti Adita. ¿Qué objeto tendría el referirte cosas que no conoces ni sabes? —dijo el apóstol procurando mantenerse sereno.

—Pero te conozco a ti a quién considero un gran amigo, porque eres *un* discípulo de los íntimos que eligió entre mil el gran Profeta de los ojos luminosos como las estrellas del cielo de Arabia. Si fuiste de sus elegidos será seguramente porque El encontró en ti algo bello y grande que estaba a tono con El.

Judas la seguía mirando sonriente sin poder encontrar la palabra adecuada para contestar.

— ¿Tienes madre?... ¿tienes esposa, hijos, hermanos o alguien que te sea querido y sufra algo que yo pueda remediar?... —continuó diciendo Ada en vista del silencio de Judas.

—Tengo madre en Palestina —dijo por fin—. No tengo esposa, ni hijos, ni hermanos carnales. Solo tengo como hermanos aquellos que como yo fueron elegidos por el Maestro para continuar su enseñanza de -amor fraternal en medio de esta humanidad.

— ¿Quieres que venga tu madre junto a ti? Yo la amaré como si fuera mi madre... —continuaba Ada creyendo acertar con lo que adivinaba que gemía en el alma de Judas.

—No te afanes Adita por cosas que no tienen ningún interés para ti. Mi madre no podría seguir mi vida errante de misionero del Cristo.

— ¿Y por qué no?... Si yo tuviera la dicha de tener un hijo, un hermano o un padre misionero del Profeta Nazareno, le seguiría cantando hasta el último rincón del mundo.

Judas sintió el impulso de decirle: "¡Ada!... ¿quieres unir tu vida a la mía para sembrar juntos por el mundo la divina enseñanza del Cristo del Amor?", pero la frase murió en lo hondo de su corazón y no tuvo valor de pronunciarla.

Llegó el día de iniciar el viaje; y Ada, siguiendo el consejo de Judas, encomendó el gobierno de la "Escuela del Profeta" a Abulfed y su esposa, grandes y agradecidos amigos del Profeta Nazareno a quien debieron la paz y la dicha del hogar. Estos personajes no son ajenos para el lector de "Arpas Eternas", que recordará al viejo *Torreón del Patriarca* a donde llegó un día el Divino Maestro y devolvió sus facultades mentales a la joven esposa que padecía demencia.

Venciendo algunas dificultades llegaron al Santuario del Monte Hermón donde Nahún, tío materno de Judas desempeñaba por entonces las funciones de Servidor.

El apóstol fue recibido con grande amor por los solitarios que veían otro hilo conductor de la gran personalidad del Verbo de Dios que había desaparecido del plano terrestre dejando su doctrina de fraternidad humana encomendada especialmente a sus doce discípulos íntimos.

Los Santuarios Esenios tenían todos como se sabe su hospedería exterior a cargo de las ancianas esenias que llamaban *las abuelas* y allí fueron alojados Jeramel con su hija, mientras Judas fue a refugiar las inquietudes de su espíritu en una celdilla de roca vecina a la de su tío Nahún.

La gruta aquella llena de sol y de canto de pájaros que fuera habitación de Myriam, Joseph y el pequeño perseguido, muchos años atrás, era recinto de meditación para los sensitivos que recibían los mensajes del plano espiritual. Y por una concesión especial fue Judas allí al siguiente día de su llegada al Hermón.

Este recinto estaba al cuidado de dos solitarios que en la época en que estuvo el Maestro-niño, eran dos jovenzuelos de 14 y 16 años, esenios de grado primero a quienes los solitarios enseñaban letras humanas y las Escrituras Sagradas. Se llamaban Rubén y Benjamín de Iturea. Habían sido pastorcillos de ovejas y eran ellos quienes tenían para el Niño-proscrito aquellos blancos corderitos que tanto le divertían.

Ambos conservaban como un iris divino en su retina, la imagen adorable de aquel Niño, y rememoraban continuamente sus ingeniosas ideas y sus sentidos discursos cuando recordaba al viejo Hilarión que fuera su primer maestro.

Estos dos solitarios guardianes de aquel recinto de meditación fueron los asiduos confidentes del Apóstol Judas.

Duros desengaños de la vida les había llevado en su juventud a huir del mundo y refugiarse en el Santuario del Hermón y ambos tenían su anciana madre que era por entonces la hermana mayor de la *Cabaña de las Abuelas.* La más grande y dulce afinidad se despertó entre ellos y el apóstol de Cristo.

Los tres conservaban de la primera juventud el amargo recuerdo de una tragedia sentimental.

Ambos habían amado a una misma doncella, pero con ese amor de locura y de vértigo que enloquece a los hombres. Ella había jugueteado con ambos llevándoles a una terrible rivalidad que los puso frente a frente como dos enemigos de muerte.

Y cuando habían llegado al punto de convenir eliminarse uno al otro, ella les abandonó para unir su vida a la de un rico heredero de un poderoso magnate de Tiro que pasó en viaje de turismo por la cordillera libanesa. Aquella hermosa flor traidora los había llevado al abismo del rencor y del odio, y de ella misma hizo surgir la Ley Divina el rayo de luz que les iluminó por completo señalándoles el camino.

Y ellos decían enternecidos:

"El Niño Santo a quien traíamos con amor nuestros corderillos, nos lo ha pagado de esta manera, pues que nos hizo encontrar la senda de nuestra dicha y de nuestra paz".

Es una de las grandes experiencias que podemos recoger en los senderillos iluminados de la vida espiritual, que en todo momento se cumple la palabra clásica de los más notables directores de almas: "Todo se torna en bien de los siervos de Dios".

La Ley Divina tiene la clave que le permite transformar en bien lo que; veces calificamos de una desgracia irreparable.

Mientras tanto, la joven Ada, la encantadora *Adita* de los días lejanos del Maestro en Damasco, observaba que iban germinando en ella sentimiento;-nuevos, anhelos desconocidos, hermosas impresiones recogidas en el pasar silencioso de los días en aquellos parajes maravillosos.

Las doncellas del Coro eran sólo nueve y tanto amor le brindaron que Adita decía a su padre:

—Si no fuera por tu compañía y por tu amor, me quedaba para siempre con ellas. ¡Padre!... nunca supe de otro amor que del tuyo y siempre ignoré lo que era una amistad verdadera. Cuando me despierto después de todas ellas encuentro rosas blancas sobre mi almohada, y alguna de las doncellas esperando mi despertar para hacer la oración conmigo. ¿Por qué estas gentes llevan tanto amor en el alma para brindarlo a los demás sin ningún interés?

—Son las gentes del Profeta Nazareno hija mía, que te dio la salud y la vida feliz que tienes, sin interés alguno pues que nada quiso aceptar de cuanto yo quise darle. ¿No lo recuerdas?

—Es verdad, pero de estas ancianas y de estas doncellas sólo tres le conocieron personalmente como le conocimos tú y yo que era una niña.

—Pero los ancianos le habrán conocido todos y ellos siguen su paso como las estrellas de los cielos siguen la ruta de su sol central —contestaba Jeramel pensativo y preocupado, pues observaba también cambios notables en su joven hija.

Judas bajaba de la cima de la montaña, donde estaba el Santuario, a la Cabaña de las Abuelas todas las tardes antes de la puesta del sol, pues no podía descuidar a sus compañeros de viaje.

—Mañana habrá una doble fiesta en este Santuario —les anunció una tarde—. Se bautizan tres jóvenes zagales que entran a formar en la Congregación de discípulos del Profeta Nazareno, y se desposan con tres doncellas del Coro.

— ¡Cómo! —Exclamó azorada Adita—. ¿Y se las llevan de aquí?

—Naturalmente porque ellos tienen sus cabañas en esa hermosa Aldea de los olivos que se ve desde aquí

— ¡Qué lástima!... ¡Yo las quería tanto a todas ellas!

—Y porque ellas tomen esposo ¿no puedes continuar queriéndolas?

—Mi hija, la vida es así. ¿Pensabas acaso que estas jóvenes no sentirían nunca un amor? —Le preguntó Jeramel su padre—. Te asombras tanto y acaso no esté lejos el día en que también tú quieras conocer otro amor aparte del mío.

—Nunca he pensado en ello —contestó la joven como distraídamente.

Un día, Jeramel dijo a Judas

—Esta Casa de las Abuelas está muy desmantelada y ruinosa, y observo que mi Ada se enamora más cada día de estos parajes. ¿Verían mal los Ancianos que hiciéramos aquí una buena edificación donde mi hija pudiera pasar temporadas y vivir con la comodidad a que está acostumbrada?

—Si así lo deseas podemos averiguarlo —le contestó el apóstol.

Y pronto se vieron caravanas de jornaleros arrancando a golpes de pico bloques de piedra de las canteras y transportándolas a lomo de asnos a la plataforma en que siglos atrás se había edificado rústicamente la *Cabaña de las Abuelas.*

El noble árabe enamorado de su hija pensaba tenazmente en su felicidad es cierto, pero pensaba también con cierta amargura en que había pasado el medio siglo de su vida en una absoluta consagración a ella sin pensar en su propia dicha ni tampoco en procurarse herederos de su cuantiosa fortuna y de los nobiliarios blasones de su vieja estirpe.

Estas preocupaciones sólo podían tener dos soluciones: tomar él una esposa joven, o casar a su hija y que hermosos nietecillos fueran continuadores de su raza amenazada de extinguirse.

EN EL MONTE HERMON

La primera noche que Judas asistió a la oración y canto del Miserere conque los solitarios ponían punto final a las tareas materiales y espirituales de cada día, penetró él mismo tan hondamente en su mundo interior que un intenso llorar se desbordó de su corazón como un torrente que no podía contener-

Parecíale estar de nuevo junto al Divino Maestro en el cual desahogara antes, todas las más acerbas angustias de su espíritu. Parecíale estar sentado a sus pies con su cabeza apoyada en sus rodillas y que aquellas manos líricas y suaves pasaban una y cien veces como en una casi imperceptible caricia por entre la espesa madeja de sus cabellos.

Los solitarios se fueron retirando y sólo quedaba Judas sentado sobre el esparto del pavimento en un rincón envuelto en penumbras.

Su tío Nahún que era el Servidor esperaba que todos se hubiesen retirado para apagar el candelero de siete cirios.

Poco a poco fue apercibiéndose que era su sobrino aquel bulto oscuro que sollozaba en un rincón y por fin se acercó a el.

—Judas, hijo mío —le dijo— si en algo puedo aliviar tu pena, haz el favor de confiarte en mí que en tu orfandad de adolescente ocupé el lugar de tu padre. Es cierto que hoy eres un hombre capaz de bastarse a sí mismo. Pero a veces aún los hombres más fuertes se sienten vencidos por los dolores de la vida.

Y el tío Nahún se sentó en el estrado inmediato a Judas.

EL sollozar de éste se apagó en un largo suspiro y volviéndose hacia el anciano apoyó sobre sus rodillas las manos cruzadas y comenzó su confidencia a media voz.

—Tío Nahún —le dijo— debería avergonzarme de lo que me pasa cuando hace ya mucho que pasé de los veinte años. Paréceme que estoy loco porque un insensato amor se ha apoderado de mí haciéndome su juguete cuando no debiera yo pensar en otra cosa que en comenzar activamente mi apostolado en continuación de la obra de nuestro Maestro y Señor.

—Hijo mío, el amor es planta de todos los tiempos y lo mismo florece en el amanecer que en el ocaso de la vida. Y hay amores tan poderosos y fecundos que pueden ser raíces de árboles fuertes que den sombra en un futuro a muchas generaciones. Tú que conoces la larga historia de los Kobdas y los Dacthylos debes recordar lo que obró de maravilloso y de grande el amor de Adonai y Elhisa, de Ada y Bohindra.

Y muchísimos siglos antes cuando en la Idea Divina se plasmaba el acercamiento del Avatar Divino a la Tierra en la personalidad de Anfión, un anciano Profeta, un justo ante Dios y ante los hombres se prendaba de la hija de un modesto sacerdote, la hermosa Alpha-Huari que aún no tenía dos décadas de vida, y ella amaba al anciano que la elegía para esposa en el ocaso de su vida y fueron estos los padres de Senegaldo que trajo a la vida física a Anfión el Rey santo del país de Otlana en la hermosa Atlántida.

El amor cuando es desinteresado y puro, cuando nace del alma como el perfume de la flor, produce siempre, siempre, frutos bellos y buenos para la humanidad en medio de la cual se manifiesta, auque no siempre sea para dar vida física a genios tutelares de las razas y de los pueblos.

Es el amor hijo mío un prisma tan maravilloso que tiene muchas facetas que son reflectores de otras tantas claridades a veces desconocidas de los hombres que no vemos más allá de la sombra que proyecta nuestro

cuerpo al caminar .A veces detrás de un amor se esconde una alianza de siglos para una obra determinada que como idea existe desde tiempo en los designios divinos. ¿Qué sabemos los hombres del plan divino de la evolución del futuro si a veces no acertamos ni a saber lo que haremos al día siguiente del que hemos vivido?

Debido a este razonamiento mío, no veo la razón de tu desconsuelo porque sientes que nace un amor en tu corazón.

Pienso que en este amor de tu ocaso podrás acaso ser más dichoso que en aquel de tu primera juventud que tanto amargó tu vida y la de tu madre.

Un amor puro y santo no estuvo nunca reñido con el apostolado ardiente por un ideal. ¿No te convencen mis palabras?

—Me tranquilizan por lo menos tío Nahún y mucho te lo agradezco.

—¿*Puedo* saber quién es la amada?

—La hija de ese magnate árabe que ha venido conmigo.

—¿Y ella te ama?

—No lo sé, ni he tratado de saberlo, porque hasta hoy no hice más que estrujarme el corazón y recriminarme a mi mismo por este sentimiento que calificaba de insensata locura.

Y para que los juicios del tío tuvieran un fundamento verdadero y sólido, Judas le refirió cuanto sabía de la joven Ada desde que el Divino Maestro le dio la salud a los diez años de edad.

Por relatos de Jeramel su padre, sabía que su hija por causa de la parálisis conque nació no había tenido el desarrollo normal en los órganos de la generación, por lo cual no podría ser madre sin peligro inminente de su vida. Y ella misma había dicho a su padre más de una vez con una grandeza de sentimientos que le dejó maravillado: "Para sacrificar mi vida por un hijo mío, la consagro con gusto a todos los *hijos de nadie* que se acerquen a mi lado y sé de cierto que el Profeta Nazareno me abrirá, más grande la puerta de su Reino que si me llego a El llevándole un hijo de mi propia sangre".

—Pero no tendré un continuador de mi estirpe, y nuestra colosal fortuna seguirá rumbos que no podemos precisar —había contestado Jeramel.

—Espera y confía padre —respondíale serenamente su hija— que ni tú ni yo moriremos tan pronto como para no vislumbrar los caminos del futuro. La estrella que encendió en mi horizonte el Profeta Nazareno alumbra tan claramente mis pasos que no temo errar el camino.

El tío Nahún escuchó en silencio el relato de Judas y después de unos momentos de silenciosa meditación, le habló de esta manera:

— Cuando esa doncella acude a nuestro Santuario a orar he hecho mis observaciones, porque desde el primer día que la vi, comprendí que algo gran de había en ese espíritu encerrado en un joyel de frágil cristal. Lo dicen sus ojos llenos de inteligencia y de bondad. Lo dice su frente, los rasgos de su fisonomía, la dulzura musical de su voz, y sobre todo, lo proclaman las palmas de sus manos que he visto a mi satisfacción aquel día que en el trasplante de nuestros rosales se rasguñó malamente sus manos hasta echar sangre. Mi larga práctica de terapeuta obligó a las abuelas a traérmela para/ que yo la curase.

Judas lo escuchaba con gran atención.

—Nunca se me ocurrió pensar que Ada ocupase así tu atención —dijo por fin—. Y ¿puedo saber que dicen sus manos?

—Dicen mucho de la pureza y rectitud de su vida, de la orientación de su mente siempre en línea recta, de los altos vuelos de su espíritu hacia los grandes ideales que persigue. Esto en cuanto al presente, que en cuanto al pasado, casi estoy por decirte que se iguala a las más grandes mujeres de nuestras antiguas crónicas. Es una excelente mujercita, Judas, y no se porqué te asusta tanto el amarla.

— Me había forjado la ilusión de imitar al divino Maestro en la renuncia absoluta a todo amor humano en el transcurso de mi vida. Quizá puse en ello algo de vanagloria, y me creí superior a lo que en realidad soy. Creí sin duda haber superado las exigencias de mi corazón de hombre y haber escalado la cima donde el alma despojada de todo afecto terrenal, vive solo del ideal divino que le ha fascinado. Y me apena tío Nahún tener que declararme vencido y tener que confesarme a mí mismo que soy exactamente igual que todo hombre-viviente sobre la tierra— explicó el Apóstol con humilde tristeza.

—No te rebajes tanto hijo mío, que en eso de igualarte a todo hombre viviente no hay una pizca de justicia ni de verdad. Si hubiera sido tal como dices, el Ungido del Eterno no te hubiera escogido entre sus doce íntimos

para representarle en medio de la humanidad y continuar su obra. Veo que le inclinas más de lo justo hacia el adusto rigorismo de la iniciación egipcia que exigía una vida desnuda de afectos a los aspirantes a ella.

Sabes muy bien que en las instrucciones íntimas del Divino Maestro no» repitió innumerables veces que la pureza y rectitud de una vida no consiste en privar al alma de todo afecto humano, sino en saber encauzarle dentro del marco de oro de la Ley Divina.

¿Hay acaso algo en tu amor hacia esa doncella que esté reñido con la Divina Ley?

El anciano esenio esperó en silencio la respuesta de Judas.

—Se ha dicho siempre que la santificación de un matrimonio son los hijos...

Y Judas se interrumpió temeroso de continuar.

—Y yo te digo —prosiguió el anciano— que es el amor quien santifica la unión de dos seres, que si no fuera por él, habría que calificarla de vulgar satisfacción de los instintos de bestia, que hay aún en la gran mayoría de los seres de esta tierra.

—Aún me falta otro argumento en contra de tu tesis tío —dijote el Apóstol sentándose a su lado en el estrado.

—Tú lo dirás y yo diré si vale más que los otros.

—Ada es inmensamente rica. Su padre es uno de los grandes potentados de Damasco y yo no tengo más que mi túnica y mi manto, y los donativos que de las rentas del Príncipe Judá me hace su administrador para llenar mis necesidades durante el desempeño de mi apostolado ¿Qué puedo ofrecerle yo a ella?

—Lamento hijo mío, que uno de los íntimos del Hombre Luz y Amor, así materialice tan sublime y elevado sentimiento como es el amor. Diríase que tratas de hacer un negocio, una compra, un intercambio de mercaderías. ¡Tantos celemines de trigo por tantas onzas de aceite!... ¡Por favor hijo mío no deslustres así el brillo de tu designación como seguidor del Cristo, Rey del Amor!

Si tu amas a esa doncella y ella te ama ¿no es el amor lo más» grande y excelso que hay en todos los mundos del vasto universo? ¿No puede ese amor ser la continuación de la alianza de otras edades? ¿Hay acaso una Ley que sólo justifique el amor que trae hijos a la vida? ¿No puede ser el amor la culminación de una Obra en la que sean necesarias dos vidas en vez de una sola?

¿No puede darse el caso de que la juventud inexperta de Ada necesite la sombra protectora de un discípulo de Cristo para ser lo que ella debe ser en medio de la humanidad que la rodea?

¿No puede darse el caso de que su padre contraiga un nuevo matrimonio en vista de qué no puede esperar sucesión de su hija? ¿No puede suceder que su padre muera de improviso y ella quede sola en el mundo ?...

¿Qué dices a todo esto?...

—Digo tío Nahún que tus argumentos son dulce a mi corazón de hombre, pero debo meditarlo a solas conmigo mismo y a los pies de mi Maestro y Señor.

Me tomaré siete días de absoluto retiro y silencio y pasados ellos vendré a tu lado para decirte mi resolución.

—Muy bien hijo, muy bien. Que el Divino Amigo te envíe con abundancia su consejo de sabiduría.

Ambos se separaron para buscar el descanso en sus solitarias celdillas do rocas, que iba iluminando suavemente la luz mortecina de la luna menguante

EL DIARIO DEL APÓSTOL

La angustia de Judas había aumentado en intensidad. Y mientras él huía de la compañía de los seres humanos, Ada buscaba el amor de su padre, dolorida también, pensando que nada más le quedaba en la vida que aquel fuerte roble que la cobijó con su sombra desde la niñez.

No acertaba a explicarse el retraimiento del Apóstol para con ella.

La conciencia no la acusaba de haberle disgustado en nada. Su amor de amiga fiel no había tenido variación ninguna.

— ¿Qué se ha hecho de nuestro amigo que no nos visita más? —le preguntaba su padre casi adivinando un distanciamiento intencional entre Judas y su hija.

—No lo sé padre —le contestaba ella—. Hace ya cinco días que no le vemos: He preguntado al hermano que cuida del Oratorio si está enfermo y me ha dicho que no.

—Y tú sufres por su apartamiento ¿verdad?

Ada por toda respuesta se inclinó sobre el pecho de su padre y dos lágrimas silenciosas se perdieron entre los pliegues de la blanca túnica de seda...

Jeramel acarició la perfumada cabecita temblorosa y débil que buscaba amparo en su corazón fuerte que había luchado con las mil contingencias de la vida y las había vencido.

—Hija mía, mi mayor tesoro entre todos los que tengo y mil más que tuviera.

Este pequeño incidente ha descorrido para mí el velo de seda que te envolvía. Tú amas a Judas y padeces por su alejamiento. Tú misma lo ignorabas hasta este momento. Su ausencia abrió un vacío a tus pies y acaso recién ahora comprendes hasta qué punto ha llegado él a formar parte de tu vida misma.

¿No estás de acuerdo con mi razonamiento?

Ada levantó su cabecita doliente y su padre vio dos lágrimas que aún temblaban en sus pestañas. Eran las primeras que veía en sus ojos y el fuerte árabe sintió que también sus ojos se humedecían de llanto.

—Debe ser como tú dices padre, aunque yo nunca lo había pensado así. Pero como tú jamás me diste un disgusto, tampoco yo quiero dártelo y me acabo de prometer yo misma ser más valiente en adelante.

Jeramel fue llamado para dar su aprobación a unos trabajos que había mandado hacer para mejorar las instalaciones que servían de habitación a las ancianas y a las doncellas refugiadas, y Ada corrió anhelante a su pequeña alcoba, la mejor de todo el Refugio, porque necesitaba desahogar en la soledad la angustia que le oprimía el corazón.

En aquella alcoba parecíale sentir todavía la vibración de la dulce voz de Judas cuando le explicaba pasajes de las Escrituras Sagradas, las profecías del Profeta Isaías, los Trenos de Jeremías, los dolientes salmos del Rey David, los Proverbios y el Cantar de los Cantares del Rey Salomón. Cuando le refería la parábola del hijo pródigo que el amado Maestro deshojó de su corazón como una rosa de sangre, en un atardecer opalino en la silenciosa aldea de Betsan.

* * *

Mientras tanto, Judas, bajaba diariamente a una sombría garganta de la montaña donde no aparecía criatura viviente, y en su carpeta de bolsillo iba escribiendo sus impresiones en un diario íntimo que era un soliloquio con su propio corazón.

Se había impuesto siete días de plazo para decidir y resolver su problema. Ya llegaba el séptimo día y sentado entre los grandes peñascos que los cedros y las encinas sombreaban, escribía y meditaba. Leamos su Diario:

Día Primero. "Maestro Jesús, Señor mío... Ungido de Dios. Mi corazón es para Ti un libro abierto. Cada latido suyo te dice mi sentir.

"Mi mente es para ti una fuente clara donde puedes ver hasta la más ínfima arenilla del fondo.

"Tú sabes que mi corazón de carne ama con una vehemencia enloquecedora no obstante que ya quedó atrás la juventud hace tiempo. Mi yo pensante *razona* y rechaza ese amor como un desatino, como un escollo, como una locura impropia de un hombre en la madurez de la vida, y más aún de un hombre que aceptó de Ti la sublime y santa misión de difundir tú obra, tú enseñanza; de ser para esta humanidad lo que Tú fuiste, Señor, en tu consagración absoluta al bien de tus semejantes.

"¿No es horrible infidelidad a este pacto sagrado el detenerme en mi camino a perder tiempo y energía en amores propios de un jovenzuelo imberbe?"...

Y el Apóstol había soltado aquí el punzón de escribir y en los amarillos pergaminos prolijamente encuadernados de su carpeta, se veían borrones de lágrimas que había llorado en silencio, sin más testigos que los peñascos mudos y sin más ruido que el rumor del viento entre el boscaje de cedros y de encinas.

Día segundo. "Maestro Jesús, Señor mío ¿dónde estás que no te apiadas de este corazón mío, infiel, traidor, ingrato a tu amistad y a tu amor?

"¿Por qué no me es lícito arrojarme a este precipicio que veo a mis pies, para que este corazón mío deshecho entre las piedras se acalle para siempre en el santo silencio de la muerte?

"Me veo como un ser despreciable, como un mísero reptil hecho para arrastrarse entre el lodo y los guijarros...

"¡Estuve junto a la Luz, y no soy más que sombras y oscuridad!...

www.formarse.com.ar

"Viví durante más de tres años en un límpido plano de cristal y me ved enlodado de amores humanos que me llenan la mente de imágenes fugitivas que pasan llevándome tras ellas como una frágil mariposa en pos de la llama de una candela...

"i Oh señor mío!... me pierdo en este insondable abismo y no sé si es que Tú me has abandonado o es que yo, ¡ pobre de mí! he huido de Ti y me alejo *y* me voy por extraviados caminos al final de los cuales encontraré mi perdición!... ¡Señor! ¡Señor, no olvides tu promesa... *"Estaré con vosotros hasta el final de los tiempos!"... ,*

Entre un nuevo borrón de llanto desaparecía y terminaba la escritura.

Y el día tercero, y el cuarto y el quinto sólo escribía en temblorosos caracteres casi ininteligibles:

"... ¡Señor, Maestro amado de mi corazón!... ¡no te olvides que vivo muriendo sobre la tierra!...

"¡Yo bien sé que soy el último entre todos los que te aman!... ¡el más ingrato, el único desleal para Ti... el que borra sus pactos sagrados bajo un amontonamiento de flores profanadas de mundanos afectos!

"...Y Tú dijiste: *El que no esta conmigo está contra Mí. Los que corren detrás de las cosas del mundo no me aman a Mí...*

"El que pone ¡a mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos.

"Señor, Maestro mío... ¡Sólo Tú puedes tener misericordia de mí!"...

* * *

Cada día el Apóstol en su tremenda lucha interior iba cambiando de sitia en la espesura del bosque que cubría la montaña. Su inquieto espíritu agitado en tormentosa borrasca no encontraba sosiego en parte alguna y subía hasta llegar a las rocas peladas donde ya blanqueaba la eterna nieve que hacía del Hermon el Monte Cabeza Blanca.

Hasta que un día, el séptimo del plazo que se había fijado para la solución de su problema íntimo, no apareció en la mesa de los Esenios a la hora del almuerzo en común.

Su anciano tío Nahún, desde la cabecera de la mesa veía el sitio vacío de su sobrino, y la fina intuición, esa maga silenciosa que nos dibuja en la mente sus mensajes dolorosos o felices con irradiaciones de iris o con brumas de ceniza, le diseñó en su mundo interno la dura tragedia del Apóstol de Cristo que se batía en retirada tal como un infeliz soldado que ha roto en pedazos todas sus armas y no ve más camino que la huida... Y así que hubo terminado la frugal comida, vistió su sayal y capuchón de peregrino, tomó su bastón de encina y el bolso de provisiones con cuanto necesitaba para un salvamento o un viaje de varios días y comenzó la subida al monte por los caminitos tortuosos que eran accesibles. Sus cansados ojos escudriñaban al pasar los precipicios temiendo ver a Judas estrellado en el fondo...

Recordaba a Jhasua, niño de pocos años, refugiado en el Santuario cuando él era sólo un aprendiz que acudía al Oratorio desde la Cabaña de las Abuelas, para estudiar con los Ancianos las Sagradas Escrituras Le recordaba ya hombre, todo un Maestro de Divina Sabiduría que se dirigía a la ciudad de Damasco donde realizaría una importante misión.

Y al igual que su sobrino le clamaba entre sollozos: ¡Maestro, Ungido de Dios! ¡permítele a este viejo discípulo tuyo salvar de inmensa ruina a éste elegido por Ti, cautivo en las redes de su propia desesperación!

Y descansando breves momentos sentado sobre un saliente de las peladas rocas, continuaba el ascenso penoso y duro por los peñascos resbaladizos ya por la fina capa de nieve que los cubría.

Cuando el sol iniciaba su declive en el ocaso y el anciano cansado de buscar inútilmente, pensaba en refugiarse en la primera cueva encontrada al paso, percibió un pequeño bulto oscuro al pie de una encina seca y tronchada por los ventisqueros de la cima nevada. La mole negra de las raíces arrancadas, resaltaba entre la blancura de la nieve; y asido a esas raíces con sus manos crispadas y rígidas por el frío, estaba Judas desvanecido pero que a Nahún le pareció muerto. Se arrojó sobre él para calentarle con su cuerpo y sintió que respiraba, que el corazón latía bajo las ropas heladas. Le sacudió fuertemente de los brazos para provocar la reacción. Encendió torzadas de cáñamo engrasado y las acercó a los pies, a las manos, al rostro amoratado de Judas para que el ardor vivo de la llama lo volviera a la vida. Le hizo beber gotas de elixir concentrado de cerezas, y por fin le vio moverse y que los músculos contraídos por el exceso del frío comenzaban a soltarse.

— ¡Gracias Señor porque le haces vivir de nuevo! —exclamó el anciano, envolviendo a Judas en su manto de piel de camello.

Y comenzó a dar largos silbos con el silbato de caña de bambú que usaban ellos para llamarse unos a otros pidiendo auxilio en casos de extrema necesidad.

www.formarse.com.ar

A poco rato llegaron cuatro jóvenes Terapeutas con una angarilla y cobertores de lana. Colocar a Judas en ella y comenzar el descenso fue cosa que realizaron de inmediato.

Y el viejo tío Nahún apoyado en su bastón de encina, como un oscuro fantasma en la penumbra del anochecer caminaba trabajosamente siguiendo a los Terapeutas con la camilla que ora bajaban, subían, torcían a la derecha o la izquierda en los accidentados senderos, montaña abajo, hasta llegar a la explanada en que había sido instalado el Santuario siglos atrás entre las cavernas naturales de los más altos picos de la célebre cordillera del Líbano.

Pronto corrió la noticia de que el Apóstol del Señor hospedado allí como un don de Dios entre sus siervos, se encontraba a las puertas del sepulcro.

Sólo el tío Nahún conocía las causas de tal desastre. Pero él lo guardaba como un secreto que no le pertenecía.

Jeramel y Ada se enteraron también y pidieron visitar al enfermo que hasta dos días después no recobraba el pleno uso de sus facultades.

Una penosa inconsciencia unida al delirio propio de una fiebre intensa se mantenía en él.

—Miradle pero *no* le habléis —les dijo el tío Nahún cuando Jeramel y su hija entraron a la Celdilla de Judas.

Ada se arrodilló al pié del lecho y apoyó su cabeza tocada de blanco como las doncellas esenias, sobre el borde de la almohada en que reposaba quieta la cabeza del enfermo.

Jeramel, que había penetrado en el secreto del fiero dolor de su amigo y el no menos intenso de su hija, no pudo resistir a la vista de aquel cuadro que tan a lo vivo esbozaba la tragedia íntima que los envolvía a entrambos en su* redes de hierro.

—Servidor —le dijo en voz apenas perceptible—. Si tú y yo no podemos salvar esas dos vidas, les perderemos a los dos... —Y un mudo sollozo le cortó la palabra en los labios.

—Nuestro glorioso Mesías les salvará hermano. No pases cuidado y aquieta tu corazón —le contestó el anciano.

El silencio profundo se extendió de nuevo como un tibio cendal de gasa y a poco rato fueron entrando uno a uno todos los solitarios que formaron una blanca muralla en torno al lecho del Apóstol que no despertaba de su letargo.

I Qué hondo era aquel silencio en que sólo el pensamiento aleteaba sin ruido escalando cumbres, planos, cielos y más cielos hasta llegar al alma misma del Cristo que había elegido sus doce íntimos para continuadores suyos sobre la faz de la Tierra!

¡Y su pensamiento hecho luz, y su amor hecho llamarada viva respondió al llamado angustioso y vibrante! La celdilla comenzó a llenarse de tibia claridad dorada. Los muros de roca fueron desapareciendo lentamente. Los solitarios parecían haberse esfumado como luces en aquella radiante claridad.

Sólo se percibía el enfermo tendido inmóvil en el lecho, la joven arrodillada a sus pies y el padre como una estatua junto a ella.

Una blanca silueta inconfundible apareció de pronto junto al lecho de Judas; se inclinó sobre él, le tomó ambas manos y le hizo incorporarse hasta ponerse de pié. Tomó una mano de la joven que lloraba en silencio y la levantó asimismo.

Abrazó con infinito amor las dos cabezas unidas, y una voz suavísima que parecía resonar desde muy lejos pronunció estas solas palabras: *"El amor salva todos los abismos y nadie puede separar lo que Dios ha unido"...*

Entonces cesó el silencio y muchos sollozos comenzaron a resonar en la celdilla de rocas convertida por el Amor del Cristo Divino en un divino rincón del cielo.

—Ya os dije yo hermano —decía Nahún a Jeramel— que nuestro glorioso Mesías salvaría estas dos vidas que se hallaban a las puertas del sepulcro. Judas y Ada se miraron unos instantes frente a frente.

—El amor del Cristo mi Maestro me obliga a seguir mi vida —dijo Judas Tadeo.

— ¡El devolvía la vida a los muertos! ¡El es la vida y el amor!... —dijo ella y volviéndose hacia su padre se refugió en sus brazos para ocultar su profunda emoción.

Y el Apóstol de Cristo escribía esa noche en el séptimo día del plazo que se había fijado para resolver su problema íntimo:

"(Maestro, Señor mío!

www.formarse.com.ar

"¿Por qué siembras un rosal de amor en mi camino cuando el tuyo fue de cardales silvestres, de punzantes espinas y terminó sobre un árido monte en la cruz de los esclavos y malhechores? ¿Por qué Señor, me das a beber una copa rebozante de mieles, cuando tú bebiste el amargo acíbar de todas las torturas y las angustias?

"¿No dijiste un día que el discípulo no sería mejor tratado que su Maestro?

"Si me hubieras permitido morir aterido de frío entre la nieve y las escarchas que blanquean en el Hermon, podría yo haber dicho en mi favor: , Muero solo! ¡Cubierto de nieve, llevando un hondo tormento en el alma pero-no ocupé mi corazón con otro amor que no fuera el tuyo Señor! ¡Me habría sentido como un glorioso mártir de mi fidelidad hacia Ti!...

"Yo comprendo muy bien Maestro y Señor mío tus pasos silenciosos y tus palabras sin ruido que hablan al fondo del alma.

"No te pido gloriosos martirios —me dices— ni *la muerte doloroso y cruel, sino la vida simple y sencilla del discípulo que va sembrando silenciosamente en su camino y en su propio corazón, la enseñanza que recibió del mío,". "Lo muerte por un ideal de redención humana es la suprema consagración del amor", pero la vida heroicamente vivida entre la incomprensión, la ingratitud, la deslealtad y el desamor de tus semejantes, es el crisol que purifica el oro, es el yunque de hierro donde se forja la imagen perfecta de Dios que llevas escondida en ti mismo.*

"Por eso te he llamado de nuevo a la vida porque no es muriendo sino viviendo que demostrarás al mundo que eres un mensajero mío para todos aquellos que crucen por tu camino y escuchen las palabras de tu boca".

"Así resuena tu palabra en lo hondo de mi corazón. ¡Así esboza Señor tu pensamiento genial, cuadros vivos en mi mente que va abriéndose como una flor a la luz de la mañana! ¡Y desde mi humillación profunda de saberme un gusano de carne unido a una chispa divina, comprendo lo que debe ser la vida mía en seguimiento tuyo Señor, no para engrandecer mí nombre con hechos gloriosos, sino para caminar en la oscuridad, pisando escarchas de. indiferencia, desiertos arenales de ingratitudes, espinosos zarzales de malevolencia, estepas heladas por el desamor de las criaturas!...

"¡Y para que toda esa inmensa desolación no apague la lamparilla de la fe encendida por Ti, Señor, dejas caer una estrella en mi sendero, y siembras un rosal en la entrada a mi cabaña!...

*"¡*Oh Señor mío!... ¿qué hará este gusano con tu estrella radiante y serena?

"¿Qué hará esta raposa con tu rosal florecido entre mis ruinas?

"¡Oh Señor mío, amado sobre todas las cosas!

"Abrazado a tu descanso mi cabeza en tu pecho sin valor para mirar tus ojos que son gloría de luz y de amor en los cielos infinitos; te digo:

"¡Mi corazón tiembla de espanto Señor al recibir tu don sabiéndome incapaz de guardarlo como Tú lo quieres! ¡Tu don digno de los ángeles que cantan en los cielos la gloria del Altísimo entregado a un gusano de la tierra que se arrastra entre el lodo y las escarchas del camino!...

"¡Es una estrella Señor!... ¡Es un rosal florecido!"

Y el Apóstol del Cristo doblo su cabeza sobre el libreto en que escribía sus impresiones más íntimas y sus lágrimas silenciosas formaron borrones en la escritura reciente...

* * *

A esa misma hora, la dulce y tierna Adita que el amor del Maestro hizo-correr como una dorada libélula por los jardines en flor, sostenía con sus brazos una madeja de lana azul que la más anciana de las abuelas ovillaba para tejerle el cíngulo al uso de las doncellas esenias cuando eran recibidas en la Fraternidad

— ¡Abuelita Martha!... —decía de pronto la joven—. Tenía yo una gran tristeza en el alma pensando que el Apóstol del Señor iba a morir helado entre las nieves eternas del Hermon y le pedía al Profeta Nazareno que me dejara acompañarle a morir. Pero vi a mi padre que me miraba con sus ojos llenos de interrogantes mudos y pensé con suprema angustia: ¡*no* puedo acompañar en la muerte al uno y dejar al otro sólo con la vida! ¡Les amo inmensamente a los dos!

¿Cómo sería justo obrar en un caso como éste? ¿Lo sabes tú abuela?

—¡Si hijita mía! me parece que lo sé. Ni el Apóstol del Señor morirá sólo entré la nieve, ni tu padre se verá sólo con la vida porque estás tú entre los dos. ¿No has comprendido que tal es la Voluntad Divina manifestada por esa visión del Señor cuando el Apóstol estaba entre la vida y la muerte?

¿Acaso hay alguna ley divina ni humana que prohíba una unión por amor a seres que como tú y él aman al Señor y quieren consagrar su vida a difundir su doctrina?

—Pero si yo no pensé nunca en unir mi vida por el matrimonio con otra vida abuela Martha ¿por qué tú me hablas así?

—Y ¿qué has entendido tú hija mía en las palabras que oyeron en la aparición del Señor todos los Solitarios del Santuario? "El amor salva todos los abismos y nadie puede separar lo que Dios ha unido".

—Mira abuela... tú tienes tres veces la edad mía: setenta y cinco años me has dicho, y debes conocer y saber muchas cosas que yo no sé. Pero yo tuve diez años de solitaria quietud en mi lecho y mientras mi pequeño cuerpo no podía moverse, mi mente corría por campos y ciudades, mares, valles y montañas. A mis constantes preguntas a mi padre ¿cómo era éste mundo, cómo eran los países, las ciudades, los ríos, los mares, como y por qué el cielo era azul y por qué las estrellas, el sol y la luna se habían encendido sobre él y no lo quemaban? El, con todo su amor para mí, que fue extremado, trajo dibujantes, y geógrafos y viajeros que habían recorrido el mundo todo. Y mi habitación llena toda de mapas, de panoramas terrestres y siderales, planos de ciudades, paisajes de montañas, todo cuanto forma este mundo me fue minuciosamente detallado y aún diré grabado en mi mente.

Pero nadie me habló del amor que lleva a unirse a dos seres, como lo veo ahora que camino por mis pies y veo la vida de los seres en general. Pero no veo, ni encuentro, ni concibo que para amarse sea necesario unirse, darse, entregarse como se da y se entrega un pájaro, una joya, un ramo de flores.

Yo no tengo voluntad de ser propiedad de nadie, porque me siento un ser libre, dueña de mí misma; no gusto de ser esclava aunque el amo sea todo lo bueno que pueda imaginarse. Ni tampoco quise nunca tener esclavos. ¿Acaso la esclavitud no está en contra del amor fraterno enseñado por el Profeta? ¿Acaso el amar a un sólo hombre o a una mujer, no está reñido con la ley del Profeta Nazareno que enseña a amar a todos como a sí mismo?

— ¡Ah hijita!... ¡qué alto y qué rápido llevas tu vuelo por mundos desconocidos y lejanos! ¿No ves que yo tengo tres veces la edad tuya y mis vuelos son cortos y pesados como el de las codornices de nuestros trigales? Mira, cuando vayamos a la oración matutina, te acercas al Servidor Nahún y le pides todas esas explicaciones. Yo pobre de mí, no se nada más que hilar lanas y devanar mis ovillos. Así y todo, creo comprender hija mía que aún no saliste de la niñez y que en los cielos de Jehová debe estar faltando un ángel hasta que vayas tú a ocupar ese sitio vacío. Mientras tanto te digo: ¡Feliz de ti que puedes amar a todos los seres y no tienes el egoísmo de querer uno solo para ti!

* * *

¡Oh grandioso y sublime misterio de las almas! —digo yo lector que me sigues en estas divagaciones psíquicas a través de las almas de nuestros personajes. Profundas eran las divagaciones del Apóstol de Cristo que él vaciaba en el cartapacio de su Diario, como hondas en su ignorancia de la vida eran las de la dulce y tierna Ada que lo amaba y era amada por él tal como cada alma lo comprendía y lo sentía.

También había honduras en el alma de la anciana Martha cuya experiencia *y* conocimiento de la vida y de los seres le hacía comprender al hombre, a la doncella pura como un lirio del valle, y a sí misma, que en su larga jornada de setenta y cinco años habría subido las cumbres azules de la ilusión y habría bajado a los valles desolados del desengaño.

Pasados varios días y después de largos diálogos entre Ada y su padre, entre éste y Judas Tadeo, entre los tres juntos y más el Servidor Nahún, Jeramel resolvió el problema a satisfacción suya y de todos los que de cerca le pertenecían.

Pidió a las Ancianas abuelas para esposa suya a una de las doncellas del Coro que venía observando desde su llegada al Santuario del Monte Hermón.

Era la que dirigía y enseñaba a las otras, tenía veintiocho años y la llamaban Noemí Huérfana de padre y madre, no tenía más familia que las ancianas abuelas y las otras doncellas compañeras suyas.

Ella quería intensamente a Adita por la dulzura ríe su carácter; y pensaba con pena en el día que hubiera de separarse de ella. Y Ada a su vez estaba encantada de la maravilla de su voz cuando cantaba salmos acompañada de su laúd.

Celebrado poco después el desposorio de Jeramel con Noemí el árabe dijo a Judas:

—Puesto que piensas realizar tu apostolado en la Persia, partiremos los cuatro juntos pues veo que mi hija ni quiere separarse de mí, ni tampoco de ti. Desde antes de nacer ella, no veo la tierra natal de su madre, y te

www.formarse.com.ar

aseguro que aún no llegó el momento en que yo sea capaz de contrariar un deseo suyo. Tendrás pues que llevar en pos de ti mi persona como tu sombra hasta tanto que mi Adita quiera dejar de ser un ángel de Alá para convertirse en mujer.

Y el Apóstol de Cristo que amaba intensamente a aquella criatura, que era como un estrella caída en su camino y como un rosal en flor a la puerta de su cabaña, aceptó lleno de gratitud hacia el noble árabe tan recordado por su Maestro y que tan discreta y suavemente encausaba los acontecimientos hacia la solución final que podían tener.

El tío Nahún al despedirles una semana después les decía a todos como una suavísima bendición:

Que la voluntad divina de nuestro glorioso Mesías se cumpla en vosotros cuatro antes que vuelvan a florecer los rosales.

Estaban en pleno otoño. Después vendría el invierno con sus escarchas v sus nieves. Y la primavera en la Persia de Zoroastro y de Darío, se cubría de rosales rojos y blancos. Y los almendros en flor cubrían valles y caminos con los copos de espuma de sus flores de nácar.

* * *

EL COMIENZO DEL APOSTOLADO

Nuestros viajeros se dirigieron primeramente a Tiro desde donde podían tomar las caravanas que marchaban mensualmente hacia Thipsa, ciudad puerto sebre el gran río Eufrates. Navegando tres días por él podían entrar a Persia por Susiana, en cuya capital Susa se encontraba la Escuela madre que fundara Baltasar, el gran amigo de Jhasua, que en la ciudad de Thipsa le había visto morir.

Pero antes de verles entrar en la tierra madre de las mejores y más delicadas especies de plantas florales y frutales, observemos lector algunos detalles del lento viaje a lomo de camellos y dromedarios.

Ambas jóvenes, o sea Ada y Noemí, iban cómodamente instaladas bajo un dosel cerrado, sobre una de estas grandes y mansas bestias, y Jeramet y Judas en otros, mientras los cuatro criados viajaban en caballos llevando de tiro varios asnos con los equipajes. Era pues una pequeña caravana que en Tiro se uniría a la gran caravana de doscientas bestias que era una de larvarias que pertenecían a la Administración de nuestro *"mago de los negocios honrados"* según apellidaba el Divino Maestro al anciano Simónides.

Nuestros viajeros iban pues en terreno conocido y entre amigos cercanos.

Y mientras ellos avanzaban lentamente hacia la hermosa ciudad del Rey Hiram, dormida como una sultana a orillas del mar, escuchemos sus conversaciones, vivo reflejo del pensar y sentir de cada cual.

Ada y Noemí dialogaban.

— ¿Eres dichosa siendo esposa de mi padre? —preguntaba Ada que aun tenía de la infancia el afán de hacer preguntas.

—Esa palabra *dichosa o feliz* paréceme que no suena tan bien en esta tierra donde a mi modo de ver las mujeres en general tenemos una estrella tornadiza y semi-apagada —contestaba Noemí cuyos veintiocho años le habían rendido como cuarenta en observaciones y experiencias.

Ada la miró asombrada y sus ojos interrogaban.

—Querida mía, no interpretes mis palabras en el sentido de que tu padre no sea para conmigo un excelente esposo observó Noemí—.

Lo que quiero decir es que no habiendo intervenido en esta unión, un grande amor de parte mía, mi corazón sólo puede esperar unas migajas de felicidad en el futuro, o sea cuando el amor haya nacido en mí debido a las bondades y afectos que se me brinden.

— ¡Has sido muy arrojada Noemí y muy valiente! Yo no habría tenido jamás el valor tuyo, y eso que reconozco en mi padre como una cualidad muy natural en él, la complacencia y la suavidad en el trato a las personas que él conceptúa más débiles que él. Le he visto ser rígido y severo con hombres y mujeres fuertes, impetuosos y decididos, y le he visto ser manso y suave con esclavos viejos, con los niños de nuestros labriegos, y con los infelices mendigos que lo acosan con sus ruegos.

Y lo es más desde que el Profeta Nazareno le dijo cuando me curó: "Como mi Dios lo ha hecho contigo, lo harás tú con los que son inferiores a ti porque esa es la forma de pagar su don".

www.formarse.com.ar

—Tu razonamiento es superior a tus años y a tu poco conocimiento de la vida, Adita, y desde la altura de tu posición no podrás acaso comprender lo que es la vida de una joven huérfana y sola en el mundo desde la adolescencia. Vivir la vida mediante la tierna piedad de amigos o parientes, no es seguramente la vida que tú vives desde que viniste a este mundo. ¿Sabes cómo duele el corazón de saber que no eres dueña de nada, ni aún del agua que bebes, ni de la tierra que pisas, ni del pan que comes? Una joven huérfana como yo, en mi tierra no tiene sino tres caminos únicos el matrimonio, el refugio del Templo, o la servidumbre en casas donde no siempre se respeta la honra de una muchacha que no tiene a nadie en el mundo. Y a veces ni la vida se le respeta pues sé de casos en que infelices criaturas han muerto-por los males tratamientos de los amos. ¿Te asombras ahora de que yo aceptara .ser esposa de tu padre después de haberte conocido y amado a ti, y de haberlo visto a él todo amor y complacencia para ti?

Por toda respuesta, Adita se inclinó hacia ella besándola tiernamente.

—Ahora te quiero doblemente que antes —le dijo— pues te se desventurada en tu vida llena de angustias que yo nunca he sufrido. Y me estoy prometiendo a mí misma, hacerte muy feliz. Y haré más aún, compartiré contigo lodo el amor de mi padre del cual no aceptaré nada, nada, que no te haya dado también a ti.

— ¡Oh eso es demasiado querida mía! ¡Tú eres su hija única!

— ¡Oh! ¡oh!... Y tú eres la esposa única porque mi madre murió cuando yo nací.

—Eso, tú no lo sabes. En el Santuario me han dicho que aún perdura entre los árabes la antigua costumbre de tener varias esposas... Así como los patriarcas hebreos.

—En la casa de mi padre no hubo más ama que yo desde que el Profeta me hizo dejar el lecho. Hay muchos siervos y siervas, administradores, escribas, músicos, danzarinas, pero ama soy yo sola. Ahora seremos dos: tú y yo, porque todo lo compartiré contigo. ¿Te contentarás así?

Noemí tardaba par contestar. Su mirada indecisa se perdía a lo lejos como si buscara en el horizonte que resplandecía a la luz de la mañana, la respuesta que debía dar.

—Mira Adita, tú tienes veinticinco años pero eres como tina niña y no sé como hablarte para que me comprendas. Los hombres en general no necesitan amar a una mujer para unir su vida a la suya. Les basta saber que es honrada, que es buena y laboriosa. Si es bella, es también un deleite a sus ojos, pero en cambio hay mujeres y una soy yo, que sólo llevadas por un gran amor unen su vida al hombre que aman.

Si yo he aceptado a tu padre ha sido por dos razones-, por estar siempre a tu lado, y por no sentir más la amargura de recibir todo cuanto necesito como una limosna. Confieso que eso es un tormento para mí. Tu padre sabe que yo no lo amo y él mismo me ha dicho: "Es mi hija que necesita que yo una mi vida a la tuya, y puesto que tanto la quieres hazlo por ella, y por mi parte yo haré cuanto pueda para que no tengas que arrepentirte nunca"

Tal es la situación Adita. Con todo lo dicho queda contestada tu primera pregunta, o sea sí soy feliz al lado de tu padre.

—Me has dicho lo bastante para comprender que no eres dichosa, pero yo pienso que lo serás dentro de poco. Mi padre es noble, bueno y generoso, y tú que eres sensible lo bastante para apreciar esas cualidades, acabarás por amarlo como me amas a mí.

El camello en que ambas se mecían suavemente se arrodilló sin violencia, porque Jeramel desmontado, se acercaba y la mansa bestia comprendía que las viajeras iban a bajar porque era el mediodía y estaban ante la fuente-de las palmeras donde todos, hombres y bestias bebían y comían.

Y antes de bajar, ambas jóvenes pusieron el índice sobre los labios, prometiéndose guardar silencio sobre la conversación que habían tenido.

El gentil árabe las ayudó a bajar a las dos, y Judas se acercó al grupo mientras los criados abrían una tienda de vistosos colores y tendían pieles y alfombras sobre el césped, donde los viajeros se recostaban fatigados del largo viaje.

Ada se apercibió de la timidez de Judas para con ella, y muy sonriente le dijo:

—¡Oh mi buen Apóstol del Profeta Nazareno! ¿Cómo ha pasado el viaje?

—Muy bien con la buena compañía que traía. ¿Y ustedes?

—Muy mal porque esta nueva mamá que mi padre me ha dado me endilga unos discursos que para entenderlos debo desarrollar toda la poca inteligencia que tengo.

—¿Como? —exclamaron Jeramel y Judas al mismo tiempo mirando con cierta expresión de curiosidad a Noemí cuyo rostro se cubrió de vivo rubor.

www.formarse.com.ar

—¡ No juegues Adita conmigo, que no tengo voluntad de jugar! —exclamó dulcemente la muchacha desenvolviendo un tejido que debía continuar.

—Eres tan buena querida mía que me despiertas el buen humor apenas te miro.

Jeramel sonreía lleno de regocijo viendo que sus presentimientos iban tornándose realidades. Su hija y la esposa que por ella había tomado se querían aún más de lo que él suponía.

Cuando terminó la comida Ada y Noemí salieron a recoger las perfumadas flores de caña que festoneaban de blanco los bordes de aquel hermoso remanso.

Y Judas y Jeramel quedaron en la tienda por cuya ancha puerta penetraba un espléndido sol de otoño.

—Tú que traes en la mente y en el corazón la luz del Profeta de Alá —dijo el árabe— podrás darme la certeza de que hice obra justa desposándome con esa joven que tanto ama a mi hija.

—Desde cualquier punto que se la mire, es en verdad obra de un justo —contestó el Apóstol—. Es una huérfana sin familia y sin hogar, y el amparo de un hombre digno creo que sólo beneficio puede traerle.

—Ella ama a mi hija y no a mí, porque ambas se relacionaron íntimamente desde que llegamos al Hermón.

— ¿Y no es para ti causa de preocupación esa circunstancia? —preguntó Tudas.

—Mayormente no. Tu buen Profeta Nazareno a quien le debo no sólo la salud y la dicha de mi hija, sino también mi paz y mi felicidad, me dio el convencimiento de que un hombre puede ser dueño de su destino. Los árabes somos en general fatalistas y decimos: *"lo que haya de ser será",* pero él me hizo comprender que una voluntad fuerte puesta al servicio de la inteligencia puede cambiar el camino de un ser. Y aquí corresponde hacerte una confidencia íntima. Mientras mi hija estuvo postrada en el lecho, tuve un harén con-bellas mujeres que me hacían olvidar con sus halagos el dolor de perder a mi esposa y de ver paralítica incurable a la hija que me dejó.

Pero cuando la vi erguirse de su lecho como una flor que se abre vigorosa a la luz del sol, fue tal mi deslumbramiento que dije al Profeta:

Quiero hacer algo inmensamente grande en gratitud a Alá por el beneficio recibido. Mejorar la situación de esclavos y jornaleros conforme a tus deseos no me cuesta molestia alguna, pues sólo se trata de aligerar un poco mis arcas llenas de oro que pronto vendrá en más abundancia. A tan gran beneficio recibido correspondería un gran don. ¿Cuál té parece Profeta que puede ser ese don?

"El más grande don que puede hacer un ser humano al Altísimo Señor de todo lo creado, es la entrega de sí mismo en beneficio de nuestros semejantes", me contestó.

¿Cómo, en qué forma? Explícame con más claridad, le dije.

"El Señor te ha devuelto tu hija que es una estrella caída en los valles terrestres con designios que algún día verás realizados. Y por el grado de evolución de su espíritu no podrá aceptar de buen grado que compartas tu amor hacia ella con una consagración más o menos intensa hacia esas mujeres que sólo son para ti un detalle de la decoración de tu palacio y objetos de placer. Si son esclavas extranjeras compradas con dinero, dales carta de manumisión. dota a los hijos y hazles conducir a sus países".

Lo haré así, le dije, y lo haré, no sé si en mi entrega habrá un tanto de egoísmo porque quiero merecer del Supremo Dueño de los mundos, la felicidad para mi hija, que será la mía propia y la de todos los que dependen de mí. Y ahora... ¡Oh buen Apóstol de aquel Profeta que pasó por esta tierra sembrando el amor y la paz en cuantos se cruzaron en su camino! ahora yo reclamo de ti que termines la obra que El comenzó...

—Tú dirás en que puedo complacerte...

—He comprendido que tú amas a mi hija y que mucho te atormentó ese amor. Yo creía que sólo los hombres de mi raza amábamos con tal intensidad. Tú no naciste en mi Arabia de fuego, pero viviste en ella los años de tu niñez y primera juventud. Diríase que las brisas de esta tierra que cruzan por entre las palmeras *y* los arrayanes, trajeran embrujos de amor, porque nadie se libra aquí de los dardos dé oro del niño mago con vendas de seda sobre los ojos...

Tampoco te has librado tú, que no eres de esta raza y que tienes el corazón lleno con el recuerdo y el amor de aquel hombre extraordinario que fue tu Maestro.

Judas permanecía silencioso con. la mirada fija en la arena de la tienda, cubierta a medias por las pieles tendidas sobre ella. Se sentía como humillado y con una extraña turbación que parecía empequeñecerlo deprimiendo su espíritu.

El árabe continuó:

—Mi hija te ama también, si bien su amor es aún el de la niña que ama su muñeca, sus flores, sus pájaros preferidos, su caja de música que deleita sus noches y arrulla su sueño... No sé si esto se debe a su larga

www.formarse.com.ar

infancia postrada en un lecho o a que sea ella una de esas huríes que manda Alá de tanto en tanto a la tierra para alumbrar los caminos de los hombres.

¿Nunca te habló tu Maestro de mi Adita curada por El?

—El no me habló de ella pero lo oí de boca de su tío Jaime y del Apóstol Zebeo. De ti, Jeramel, le oí hablar muchas veces, en que recordó con suprema alegría lo que hiciste por tus esclavos y jornaleros. Lo único que El me dijo, fue que la Voluntad Divina me traería un día a Damasco que le era querida y que sería el comienzo de mi apostolado en seguimiento suyo.

"Allí te espera una encrucijada que te hará desear la muerte", me dijo, "'pero no es muñendo que glorificarás al Padre y a Mí, sino viviendo tal como El y Yo queremos que vivas".

Pero yo me olvidé de esas palabras hasta el momento en que me encontré «n medio de la encrucijada. El me ayudó a salvarla y ahora...

Judas se interrumpió con un silencio inexplicable.

— ¿Y ahora qué?... —preguntó el árabe.

—Ahora me dejo conducir por los acontecimientos que irán llegando. Temo mucho de mí mismo, de mi poca capacidad para vivir la vida en adelante, conforme al *designio divino.*

—Y ¿qué entiendes tú por *designio divinal* —volvió a preguntar el árabe.

—Según la enseñanza íntima de nuestro Maestro para sus Doce, no todas las almas que vienen a la vida terrestre tenemos marcado el mismo camino; y aparte de los diez mandatos de Moisés, tenemos una senda marcada por nosotros mismos, obedeciendo a un pensamiento o idea que se ha forjado y elaborado mucho más arriba de nosotros.

Por eso El, poco antes de volver al Reino de Dios de donde había venido, nos fue diciendo a cada uno hacia dónde debíamos tender el vuelo cuando El nos hubiera dejado solos.

Por eso vine a tu Arabia, y por eso me encamino hacia la Persia donde Baltasar abrió sus Escuelas de Divino Conocimiento y donde yo tengo un lugar para realizar la Obra de mi Maestro. Tal es el *designio divino* referente a mi vida y a mis obras.

Ahora en cuanto a los detalles que servirán de complemento, de auxiliares, y de coronación a mi vida, debo dejarme guiar por los acontecimientos no buscados ni provocados sino llegados inesperadamente.

Si ellos están dentro de la Ley Divina, y a tono con mi sentir, debo aceptarlos. Y en tal caso, será la meditación, la reflexión a fondo, el razonamiento imparcial y justo, quienes colaboren en mi conducta a seguir, en mi obra a realizar para glorificar al Creador que me mandó a la vida en la Tierra, y a mi Maestro que me enseñó y preparó para vivirla conforme a la Eterna Voluntad. Creo que sólo así podemos merecer ser guiados y auxiliados poderosamente por nuestro excelso Maestro y Señor, que nos dejó ocupando su lugar en esta heredad del Padre como El llamaba a la humanidad de la Tierra.

—Aprendiste bien la enseñanza del Profeta, Oh Judas, pues me parece estar oyéndole a El mismo Ahora bien; mi pregunta es ésta:

¿Crees tú que en el *designio divino* respecto de ti está marcado que llegaría para tí un amor como el de mi Adita que se cruza de pronto en tu camino sin tú buscarlo, ni esperarlo""... Sé sincero conmigo, te ruego y contéstame conforme a lo que sientes en tu corazón.

Judas palideció un tanto. Su mirada se hundió de nuevo en las arenas que ocultaban en parte las alfombras y guardó un breve silencio en el cual hubieran podido oírse los fuertes latidos de su corazón. Por fin levantó los ojos hacia su interlocutor y contestó a media voz como si la respuesta le costara un gran sacrificio.

—Mi corazón es por natural cerrado a las confidencias de esta índole, pero tienes todo el derecho de pedirme ésta. ¡Sí Jeramel!... creo de verdad que el amor de tu hija es de aquellos que antes de llegar a la tierra fueron forjados más allá de las estrellas, en los cielos de Dios

—Te doy las gracias, apóstol del Profeta Nazareno. Según eso ¿te unirás con ella en matrimonio? —volvió a preguntar Jeramel esperando desde luego un *si* sonoro y radiante. Y grande fue su sorpresa cuando Judas le contestó así:

—Eso lo decidirá tu hija. Bien sé que es una estrella en mi senda y me basta con su luz. ¡Es un rosal florecido en mi vida, y me basta con verle florecer siempre!... ¡No se decirte nada más!...

El árabe comprendió lo que era aquel hombre en el cual encontraba un vivo reflejo del amado Profeta Nazareno.

Se levantó prontamente, y abrazando lleno de emoción al apóstol le dijo: —Eres un santo, Judas, como tu Maestro y como El triunfarás de todo en la vida, hasta de la muerte misma.

www.formarse.com.ar

Dices verdad... ¡toda verdad! Este amor, estos esponsales fueron tejidos con hilos de seda del paraíso de Alá donde cantan los ángeles y las huríes llevando de un lado a otro las almas puras para encontrarse en un lugar y hora determinados.

¡Grande es Alá que gobierna los mundos! Tu Maestro me dio un día la vida de mi hija, y tú su discípulo, me ofreces un altar de gasas y de nácar para colocarla. Alá es infinitamente generoso conmigo y yo quiero serlo con El. Tú me dirás que obra mía honrará a Alá y al Profeta Nazareno tu Maestro como ellos deben ser honrados. Y el día de los esponsales iniciaremos la obra.

Judas sonrió dulcemente a los ardientes entusiasmos del árabe y con su sencillez habitual le contestó:

—También te digo que será tu hija quien decida la obra que has de realizar.

Al día siguiente emprendieron de nuevo el viaje a través de los fértiles valles del anti Líbano, en uno de los cuales, encontraron un grupo de viajeros que, subían de Tiro en dirección directa a Thipsa y se unieron a ellos con lo cual abreviaban el viaje en varios días. El Apóstol de Cristo continuaba entregado a hondos pensamientos como si estuviera convencido de que se acercaban para él, grandes e inesperados acontecimientos.

Y una noche que abrieron las tiendas en una hermosa explanada sombreada de palmeras y de cedros, por entre los cuales serpenteaba un plateado arroyuelo, Judas subió a una verde colina que le recordaba las de su tierra natal, sobre todo aquella desde la cual su Maestro había consolado a las dolientes muchedumbres deshojándole aquella dulce promesa:

"Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados".

Se entregó de lleno a estos dulces, recuerdos y se sumergió en una meditación profunda. Se le presentó en los esplendores de una visión mental un monte imponente, "coronado por un suntuoso templo o Santuario sobre cuyas blancas forres rolaban las gaviotas y las cigüeñas.

Y voces Intimas le decían:

"¡Eliezer de Ethea!... es tu casa, la que edificaste para alojar a tus Berecínas entregadas a la tutela de tu madre la Matriarca Elhisa".

— ¡Monte Kasson!... —exclamó el Apóstol recordando que en las Escrituras del Patriarca Aldis había leído aquellos pasajes ocurridos en la lejana prehistoria, en el apogeo de la gran escuela Kobda de la Paz, a orillas del Eufrates.

Y la visión continuaba.

El gran palacio-templo abría de par en par sus puertas de redro, y él veía a la Matriarca Elhisa joven y hermosa con el rostro de Ada la hija de Jeramel, con su personita grácil y delicada, con su andar gracioso lleno de una suave majestad.

El Apóstol comprendió de inmediato aquella visión. Tanto había aprendido de su Maestro y de los Maestros Esenios.

Ada era una reencarnación de la Matriarca Elhisa del remoto pasado, y su propia vida era una nueva edición de aquel Príncipe Elhizer de Ethea, tímido, indeciso, lleno de grandes anhelos pero con escaso valor para llevarlos a la realidad.

—¡Pavorosos enigmas de Dios y de las almas creadas a su imagen y semejanza! —exclamó Judas y paso a paso comenzó a descender de la colina donde había descubierto un nuevo secreto de su propia vida.

EN THIPSA

El viaje hasta Thipsa no ofreció circunstancias especiales dignas de ser relatadas. La admiración creciente de los viajeros, que a excepción de Jeramel no habían salido nunca de la tierra nativa, ya lo supondrá el lector, ante la magnífica belleza y exhuberancia de la vegetación en la Mesopotamia.

El Eufrates estaba un tanto desbordado, y sus islotes de plátanos y cañaverales emergían de las olas mansas, ostentando entre el verdor vivo del ramaje, la blancura de las garzas que extendían perezosas sus grandes alas bordeadas de negro.

El pequeño puerto era un bosque de mástiles y de blancas velas que, al sol de la tarde, aparecían suavemente doradas como las aguas mansas del gran río en que se reflejaba la bruma de oro del atardecer.

— ¡Qué hermoso es el mundo padre! —exclamaba Ada contemplando como en éxtasis cuanta belleza le rodeaba.

Nuestros nos Farfar y Abana con sus bosques de arrayanes y tamarindos son hermosos, pero el Eufrates es imponente y son sus riberas, jardines de ensueño. No tenía mal gusto aquel Rey de Babilonia que con diez mil esclavos desvió esta caudalosa corriente hasta la populosa ciudad para embellecerla con los célebres jardines flotantes...

—La belleza del Eufrates te ha puesto elocuente hija mía, y crees que todo este mundo es un jardín como las márgenes floridas de este río milenario.

Cuando bajemos por él -hasta el Golfo Pérsico, temo que cambies de opinión —decíale riendo su padre conocedor de todos aquellos parajes.

Nuestros viajeros se hospedaban en la mejor hospedería de Thipsa, y Judas que llevaba consigo la dirección de una de las Escuelas de Baltasar establecida allí desde tiempo atrás, se dirigió hacia allá guiado por uno de los viajeros con quienes se acompañaron desde la mitad de camino y que era originario de esa ciudad.

La extremada sensibilidad del Apóstol se ponía en mayor tensión a medida que se acercaba a la Escuela-Santuario, y los recuerdos tejían su redecillas de seda, y esbozaban escenas que él no podía olvidar. Iba a penetrar a la casa donde murió Baltasar, asistido en su última hora por el joven Maestro que había corrido desde Antioquía para despedir a su gran amigo. Sabía por relatos de su mismo Maestro, que aquella sala mortuoria, fue transformada en Oratorio y apenas llegó Judas pidió ser conducido allí. Una atmósfera de serena paz, de suave ternura, de inefable unción religiosa le envolvió de inmediato.

Y cuando su vista fue percibiendo en la penumbra los asuntos que habites pintores habían esbozado en los grandes paneles que cubrían las paredes, el Apóstol de Cristo se dejó caer sobre el estrado y dejó correr sus lágrimas silenciosas durante largo rato.

Aquellas hermosas pinturas, recordaban el gran viaje de los tres sabios de Oriente hacia la cuna del Avatar Divino anunciado por la conjunción de los astros. Era como una colección de lienzos titulados "Siguiendo la Estrella" y en cada uno de los cuales aparecía un episodio de aquella jornada heroica. El encuentro inesperado de los tres al pié de los cerros que rodean la ciudad de Sela, la llegada al Refugio de niños leprosos y contrahechos del valle de Bethpeor donde recibieron la noticia de haber nacido el Mesías y su presencia en Jerusalén; y por fin el paso del Jordán, la entrada en la gran ciudad y el encuentro con el Bienvenido.

Pero la mayor emoción de Judas fue el lienzo del muro central que representaba la sala mortuoria de Baltasar, en el momento en que el joven Maestro arrodillado ante el lecho recibía la última bendición del anciano moribundo. La ansiedad en el rostro juvenil del Maestro que veía extinguirse aquella vida, y la augusta serenidad de la muerte en la faz de Baltasar, era algo que sólo podía contemplarse a través del cristal de lágrimas contenidas.

El tiempo que Judas pasó en su silenciosa contemplación, ni él mismo supo medirlo. Había llegado allí a mitad del día, y ya el sol se ocultaba en el ocaso, cuando vio entrar una sombra, envuelta en un velo azul, que se le acercaba lentamente.

La vio sentarse muda a su lado. El corazón latió fuertemente pero no podía creer ni a la intuición de su mente ni a los latidos de su corazón. Y continuó inmóvil en silencio. Por fin la sombra, velada de azul, se inclinó hacia él y susurró a su oído:

—Si terminaste la oración, vamos que mi padre y Noemí nos esperan en la posada. Y le tendió su pequeña mano.

— ¡Adita! —Exclamó el Apóstol—. ¿Cómo has venido?

—Caminando paso a paso hasta llegar aquí. ¿Por qué te asombras? ¿No nos dijo el Profeta que nada debe separar lo que Dios ha unido? ¡Vamos!

Judas tomó la pequeña mano y salió.

— ¡Valgo menos que un chiquilín! —pensaba en lo hondo de sí mismo—. Sigo siendo aquel Elhizer de Ethea, vacilante, tímido, inútil después de ocho milenios transcurridos lentamente sobre mí. ¿Qué puede esperar mi Maestro de esta infeliz criatura que nada es capaz de hacer por sí mismo?

La dulce voz de Adita cortó el hilo de sus pensamientos.

—Judas ¿se puede saber en qué vienes pensando que no me hablas? Mira que estoy por enfadarme contigo, porque no haces nada por parecerte al Profeta Nazareno. ¡Y eso que te llamas su discípulo!

Llegamos hoy a mitad de la mañana, te vienes enseguida aquí, no apareces a la hora de la comida, va anocheciendo y si no vengo a buscarte quedas aquí hasta la luna que viene... Judas... yo creo que eso...

—Si Adita, eso no esta bien, sino muy mal. ¡Tienes toda la razón y quisiera curarme de todas las deficiencias de carácter que hacen de mí un hombre inútil, pesado... cansador!...

www.formarse.com.ar

—No comprendo Judas cómo es que el Profeta no te curó. ¡El venció la parálisis de nacimiento que me postraba en el lecho, y a ti te dejó así como un pájaro atontado que tiene miedo de volar!...

—No fue El que me dejó así Adita, sino que yo mismo soy cobarde para ahuyentar esta "floja y decrépita voluntad que espera siempre de los demás lo que ella sola debe hacer. Ayúdame tú a corregirme de este inveterado mal...

— ¡Ah! ¿sí? —Exclamó la joven prontamente— ¡Muy bien!... Desde hoy soy tu padre y tu madre juntos, y vas a obedecerme al pié de la letra.. ¿Promesa formal?

— ¡Sí Adita, promesa formal! —respondió Judas, llevando a sus labios la pequeña mano que le conducía, tal como si pronunciara un juramento sagrado.

—Me he informado —continuó ella con gran aplomo— que todas las Escuelas de Baltasar están viviendo una vida precaria y que la "Santa Alianza" del Profeta no funciona más por falta de medios. Llega aquí un Apóstol del Profeta, acompañado de una joven a la que El dio la salud y la vida; más aún, que hizo feliz y dichoso a uno de los más poderosos magnates de Damasco y a todo el pueblo damasceno ¿no te parece que algo debemos hacer aquí para agradar al Profeta?

— ¡Si Adita!... Di tú lo que debe hacerse y lo haremos —le contestó.

— ¡Siempre ha de decirlo otro y no tú Judas!... Esto no puede continuar así. Me diste promesa formal de obedecerme y además me has pedido que ayude a corregirte. ¿No es así?

—Si Adita, es así.

—Está bien. Entonces yo mando que antes de que se ponga el sol de mañana, *hayas pensado* lo que debemos hacer en honor y gloria del Profeta, aquí en Thipsa y antes de seguir viaje a Persia. ¿Lo harás? Piensa Judas que el Apóstol de El eres tú y no yo!

—Sí Adita, lo haré tal como quieres y como lo quiere el Divino Maestro.

Antes de que se ponga el sol de mañana te daré la contestación.

Y entraron a la posada donde Jeramel y Noemí, apoyados en la balaustrada de la terraza, contemplaban el manso correr de las aguas del rió en que se pintaban las mil siluetas de barquichuelos que se deslizaban por ellas con sus blancas velas desplegadas al viento.

En ambos podía percibirse claramente una plácida y serena calma.

Una mesa suntuosa y exquisitamente adornada de flores y frutas resplandecía en un ángulo de la terraza.

— ¿Hemos tardado mucho? —preguntó Adita de inmediato, despojándose de su gran velo azul.

—No querida mía —le contestó Noemí. Os esperábamos para la cena.

—Mucho de bueno debiste encontrar en la Escuela de Baltasar por cuanto tardabas tanto —dijo Jeramel a Judas. Ya creíamos que el compañero de viaje nos abandonaba.

— ¡Hace oraciones demasiado largas! —explicó Adita con una ligera ironía y si no fuera porque fui a interrumpirlo quizá oraba hasta pasado mañana.

Judas sonreía plácidamente y su gran amor silencioso pareció encontrar suave y dulce la ironía de la joven.

—En verdad —respondió Judas—. La Escuela de Baltasar está toda llena de nuestro gran Profeta Nazareno como vosotros decís. Y no me fue fácil sustraerme a la evocación de tan grandes recuerdos. Es indudable que El vive en todas las cosas que le estuvieron cercanas.

—Tal como lo dices —afirmó el árabe— y comprendo lo que debe ser para ti no tenerle más a tu lado. Pero amigo, hay que saber perder, y a las grandes ausencias que dejan profundos vacíos en el corazón, debemos llenarlos con obras que el amado ausente hubiera realizado de haber estado presente.

—Así lo he prometido a tu hija y mañana resolveremos lo que debemos realizar en Thipsa en memoria suya —contestó Judas sosteniendo la mirada fija de Ada que había tomado muy en serio la transformación del vacilante carácter del Apóstol de Cristo.

La decisión y firmeza de la Matriarca Elhisa de la prehistoria, aparecía lozana y vigorosa en la grácil personita llena de encantos de la joven damascena, encargada por la Divina Ley de ser la estrella maga que alumbrara el camino de uno de los Doce elegidos por el gran Maestro para la difusión de su doctrina en el mundo.

El gran barco a vela de la flota administrada por nuestro inolvidable Simónides, que hacía la travesía cada tres meses desde Thipsa al Golfo Pérsico, debía estar de regreso al cabo de unos cuarenta días y nuestros amigos pensaban embarcarse en él.

www.formarse.com.ar

El *"Albafros"* con pabellón oro y estrella azul, era el preferido de los viajeros pudientes, pues estaba provisto de las mayores comodidades conocidas en aquellos tiempos, y era fama además la pericia de sus pilotos y marinos en general.

Y mientras la esperada nave llegaba, Adita se arregló con su complaciente padre para que adquiriese dos buenas propiedades que estaban ubicadas a un lado de la Escuela de Baltasar. En una existía un taller de tejidos que en otros tiempos había sido el que surtía de telas, alfombras, cobertores y tapices a los pueblos vecinos, pero que por la muerte de sus dueños, aviase venido casi a una inacción completa con gran perjuicio para los jornaleros que allí ganaban el sustento.

La -otra propiedad consistía en un gran huerto con plantaciones de naranjos, ciruelos, cerezos y un extenso viñedo que presentaba el aspecto de un enmarañado bosque donde las madreselvas enredadas como espesas madejas de verdor de un árbol a otro, y los cañaverales del cerco que rodeaba el huerto, hacían casi imposible la entrada. En la vieja casa central sólo había un anciano matrimonio con una vieja esclava que les servía. Eran los actuales propietarios que habiendo perdido sus hijos, creían que les bastaba para el sustento lo que el antiguo huerto les producía sin esfuerzo alguno.

Y la visión certera de la Matriarca Elhisa representada en la joven Adita de veinticinco años, vio en aquellas dos propiedades lo que ella soñaba para realizar en ellas algo de lo que el Profeta Nazareno hubiera hecho, si pasara entonces por aquellas fértiles y hermosas tierras que regaba el Eufrates con su caudalosa corriente.

La decisión con que la joven obrara, pareció despertar a Judas a su deber de Apóstol del Cristo, cuyo celo infatigable por hacer obras en beneficio de las clases desheredadas, había presenciado en los años que pasó a su lado. Y secundando eficazmente las iniciativas de Ada, la adquisición de ambas propiedades quedó realizada de inmediato.

El huerto se convertiría en Refugio de madres viudas con niños; y el Taller de tejidos sería puesto en las condiciones necesarias para continuar sus antiguas actividades, en forma de que volvieran a sacar de allí el sustento de los hogares humildes de Thipsa y sus alrededores.

El pueblo estaba de fiesta. Y Jeramel y Ada presenciaron las mismas escenas de entusiasmo popular, de bendiciones y hosannas de júbilo que recordaban muy bien de aquellos días gloriosos en que el Profeta Nazareno hacía desbordar sobre los desheredados de Damasco, el raudal caudaloso de su amor generador de prodigios.

Al noble árabe que se veía aclamado y bendecido por la multitud le corrían lágrimas de intensa emoción, y Judas apóstol de Cristo le oyó decir a media voz:

"Razón tenía el Profeta cuando decía, que los poderosos tenemos la copa de la felicidad en la mano y no acertamos a bebería".

Media ciudad se puso en actividades para secundar a los benefactores en la realización de las obras iniciadas por ellos a fin de que cuando llegara el día de la partida, quedaran por completo realizadas.

Los tejedores se presentaron en numerosos grupos para poner en movimiento los telares.

Los cardadores de lana vaciaban sus depósitos llenos hasta la techumbre de lana comprada a los pastores de año en año y que almacenada esperaba en vano la restauración del viejo taller.

Los pastores de los valles del Eufrates dueños de inmensas majadas de ovejas acudieron a la novedad y cada cual contrataba porciones de esquiladores para esquilar sus majadas, una de sus grandes fuentes de riqueza en aquella comarca ganadera por excelencia.

Y mirando Judas aquella maravillosa actividad desplegada sólo porque en el alma de una mujer había germinado la semilla del bien, de la justicia y del amor fraterno sembrada por su Maestro quince años atrás, sintió que su corazón lloraba por su ausencia y exclamó como en un sollozo:

"¿Por qué te fuiste Señor en plena juventud, si podías transformar este mundo con tu presencia en la tierra?"

. Y una voz íntima, honda y serena que parecía arrancada de su propio corazón le contestaba:

"Lo transformarás tú y todos los míos que dejé allí para recoger lo que sembré en mis días y continuar sembrando hasta el final de los tiempos".

El apóstol cayó de rodillas sobre la terraza de la Escuela de Baltasar que le servia de atalaya para contemplar la maravillosa actividad de Thipsa y sus alrededores que parecía renacer a una nueva vida, porque el pensamiento genial de su Maestro había soplado como un viento benéfico a través de la mente de Adita, la niña endeble *y* paralítica que El había levantado del lecho a los diez años de edad.

www.formarse.com.ar

¡Maestro Señor mío!... —murmuró el Apóstol. ¡Cuan poderosa es la magia divina de tu amor cuando se adueña de un corazón humano, que así remueves ciudades y pueblos aún después de diez años que no uves sobre la tierra!

* * *

Vio a Ada *y* a Noemí que subían por una calle seguidas de una multitud de mujeres y niños y se perdían en el bosque del huerto recientemente adquirido para Refugio de madres viudas con niños.

Era una extraña procesión aquella. Mujeres *y* niños cargados de fardos grandes y pequeños que les agobiaban bajo su peso pero a quienes se les .veía correr alegres y felices a perderse en aquel huerto boscoso y sombrío.

Hasta ese momento había sido considerado como un lugar medroso, que apenas bajado el sol de ocaso se llenaba todo de pavorosas tinieblas sin un rumor de vida y apto sólo para habitación de fantasmas o de malhechores que huyen de la luz.

Y de la noche a la mañana le veían lleno de risas de niños y cantos de mujeres que arreglaban y limpiaban habitaciones, que recogían de los senderos la hojarasca seca arrastrada por el viento, y encendían por las noches farolillos de mil colores bajo los emparrados y las pérgolas, antes oscuras y solitarias.

¿Qué pasaba allí? se preguntaban los viandantes que ignoraban los acontecimientos sucedidos.

Y esa pregunta formulada a espaldas de Ada cuando a la noche de ese mismo día se retiraba a la Hospedería acompañada de su padre, de Judas y Noemí, obtuvo de ella esta contestación:

— ¿Preguntáis *que pasa aquí?* Nada, ciudadanos de Thipsa, no pasa nada, más que las viudas pobres y cargadas de niños se instalan a vivir aquí, para que no se vea en vuestra ciudad el triste espectáculo de ambular sin hogar arrojadas de todas partes.

Y seguía serena su camino dejando absortos a los viandantes, que en su refinado egoísmo continuaban preguntándose unos a otros;

"¿Qué saldrá ganando esta muchacha con esas madrigueras de chicuelos desamparados y de mujeres harapientas que recoge en los suburbios? ¡Bonita estupidez! Más le hubiéramos agradecido que hubiera convertido el huerto en jardines deliciosos como el Bosque de Dafne, en Antioquía, donde hasta los príncipes acuden a buscar descanso y alegría".

Pero esta acerva crítica ya no la oyó nuestra gentil Adita, que de haberla oído, acaso les hubiera contestado con otra pregunta parecida a ésta:

"¿Es que sólo los magnates y los príncipes tienen derecho al descanso y a la alegría?"...

Y aquí cabe reconocer que la humanidad de todos los tiempos se parece en sus egoístas maneras de apreciar las acciones que ella no es capaz de hacer.

Cambian las costumbres, el tiempo derrumba ciudades populosas, se construyen otras, la inventiva del hombre asombra a los pueblos con mil fantásticas creaciones buenas o malas, pero el egoísmo aparece en todos los campos y en todas las épocas como las ortigas y los cardales espinosos que nadie siembra ni cuida pero que crecen y se multiplican siempre con asombrosa fertilidad.

EL "ALBATROS" SUELTA AMARRAS

Fue en un atardecer sereno del final de otoño cuando la tersa superficie del gran río reflejaba con todo su esplendor los tintes maravillosos del ocaso.

Un bullicioso conjunto de aclamaciones que la apiñada multitud ofrendaba a nuestros viajeros en el puerto de Thicsa, ponía una nota de jubilosa alegría en el ambiente tibio y resplandeciente de aquella tarde otoñal.

La bocina del barco daba las señales de práctica para los pasajeros retardados y Adita, Noemí, Jeramel y Judas no conseguían desprenderse de la multitud que les ovacionaba entusiasmada por los beneficios que habían recibido de ellos. Ada y Noemí repartían golosinas entre los niños, mientras Jeramel y Judas iban dejando una moneda de oro en las manos temblorosas de los ancianos que estaban seguros de no volverles a ver más.

www.formarse.com.ar

Y aquella muchedumbre que nada tenía para darles más que su gratitud, les ofrendaba en sus aclamaciones títulos de realeza: majestad, alteza, grandeza, lo cual llamaba grandemente la atención de los demás pasajeros que en completo silencio subían la planchada del barco sin que nadie se fijara en ellos.

Entre éstos embarcaron un anciano de venerable aspecto y un hombre joven y hermoso, que tenía los tintes bien definidos del asceta, del místico. Este sostenía al anciano que se apoyaba en su brazo, mientras con el otro soportaba el peso de dos grandes maletas de piel de foca de las muy usadas para largos viajes, y todavía el anciano llevaba un saco de mano de lustrosa piel negra.

Judas que se disponía a subir al par de ellos sin carga alguna porque todos los equipajes fueron subidos a bordo anticipadamente, dijo al anciano:

—Si me permites hermano, te llevaré el saquillo y también te sostendré a ti, que tu hijo tiene de sobra con sus maletas.

Ambos hombres lo miraron con asombro extrañándoles al parecer que usara con ellos tal atención. Y sin quitarle los ojos de encima el anciano le abandonó el saquillo y el joven le saludó con una inclinación de cabeza que parecía significar: *gracias.* Y ya descargado del peso de su viejo compañero, el joven tomó una maleta en cada mano y subió adelante.

— ¿Por qué haces esto con un pobre viejo que no puede devolverte el favor? —le preguntó a Judas.

— ¡Oh hermano! Ni esto es un favor, ni hay nada que devolverme —contestó el apóstol—. Soy extranjero aquí y sigo las costumbres de mi tierra natal.

—Santa será esa tierra en que los hombres se aman y se sienten hermanos —murmuró con tristeza el anciano, subiendo la planchada apoyado en el brazo de Judas.

El apóstol de Cristo pensó con más pena aún en las horribles tragedias de odio y de furor que había presenciado en su país en los últimos años y exhaló un gran suspiro.

— ¡El recuerdo te hace padecer! ¿De dónde vienes si no es imprudente mi pregunta?

—De Siria sobre la costa del Mar Grande —contestó Judas.

— ¡Oh!... i De la tierra del pájaro azul!... —exclamó con devoción el anciano viajero—. El Altísimo me depara tu presencia como un don inesperado.

Había llegado al pasillo de los camarotes atestado de viajeros que buscaban los suyos, y el joven de las maletas volvía ya descargado de ellas en busca del anciano.

Ambos dieron nuevamente las gracias y el joven dijo a Judas:

—Nuestra cámara es el numero seis por si en algo podemos servirte.

—Gracias hermano —contestó Judas— y se perdieron de vista entre el ir y venir de pasajeros y marineros que se movían tumultuosamente, despidiéndose los unos, llevando fardos los otros y corriendo los demás que no eran viajeros, a bajar antes de que fuera levantada la planchada.

Todos veían la apiñada multitud que despedía con bendiciones y hosannas a Jeramel, Ada y Noemí que desde la cubierta respondían agitando sus pañuelos, y pensaban con razón en que debían ser grandes personajes.

La lujosa indumentaria del árabe lo indicaba también, igualmente que las ricas gasas de seda que envolvían a las dos mujeres evitándoles las miradas de todos.

Las recomendaciones que de Simónides llevaba Judas para el Capitán del "Albatros" fue bastante para que el avezado marino diera a estos viajeros todas las preferencias; y Jeramel había elegido dos hermosos camarotes para él y su familia, mientras Judas aceptó la deferencia de compartir la cámara del Capitán, antiguo marino de Seleucia que fue grumete en los tiempos de las grandes navegaciones del Príncipe Ithamar, padre de Judá.

Y una noche cuando ambos estaban solos en la cámara, Judas preguntó al Capitán quienes eran aquellos dos pasajeros con los que tuvo ese breve diálogo al embarcar.

—A ciencia cierta no lo sé —le contesto— pero creo que deben ser de alguna Escuela religiosa... algo así como profetas o magos. Son buena gente, y no hará más de seis meses que les traje desde el Golfo, y recuerdo bien que se desató una tormenta brava en momentos en que yo tenía el contramaestre y otros marineros enfermos; y el viejo y el joven subieron a la cubierta sin miedo al huracán, calmaron la borrasca y en menos que canta un gallo curaron los enfermos que eran siete.

— ¡Hombre! —Exclamó Judas—. Son más que buenos. ¿Quienes son y como se llaman?

—Aquí está el libro de pasajeros y puedes enterarte si te interesa.

www.formarse.com.ar

El Apóstol tomó el libro y buscó el camarote número seis y encontró anotado estos nombres: *Hardiana de Conasida. Fahien de Rambacia.*

Luego recorrió con la vista y punzón en mano los puertos y ciudades que la carta marina tenía marcados como puntos de escala del *Albatros y* encontró más allá de la Punta de Carmania que casi cierra el Golfo y ya en el país de Gedrosia, el puerto de Conasida, pueblo natal de uno de aquellos dos viajeros. Luego entre montañas y ríos encontró el Reino de los Sambos, cuya capital Rambacia quedaba a dos jornadas de la costa del mar. Era el pueblo natal del otro viajero.

Absorto en esta revisión, Judas no advirtió la entrada a la cámara del Capitán, de un hombre que le observaba con interés y simpatía a la vez, mientras él señalaba con el punzón las ciudades de Conasida y Rambacia.

—Por ventura señor viajero, ¿vais a nuestro país? —preguntó el recién llegado, que era el joven con aspecto de asceta y místico que embarcó junto con él.

El Apóstol se volvió prontamente y le contestó:

—No hermano. Desembarcamos en Pasiliglos a la entrada al Golfo y vamos a Persépolis.

Judas se quedó un tanto perplejo más que por haber sido sorprendido anotando las ciudades de aquellos pasajeros, al ver la indumentaria que el joven usaba. Se había quitado el oscuro albornoz que le cubría desde el cuello a los pies y aparecía con una hermosa túnica gris azulada, ceñida a la cintura con un cordón violeta y en la cabeza un casquete de lana de igual color.

La silueta de un Kobda del Nilo, tal como los describiera las Escrituras del Patriarca Aldis, le vino de inmediato a la mente, y no pudo evitar esta exclamación:

— ¡Un Kobda del Nilo! ¡Qué hermoso recuerdo despertáis en mí! ¿Por qué lleváis este traje?

—Porque pertenezco a un Santuario Kopto que vive desde siglos entre las montañas de la Gedrosia. ¿Por qué os asombráis?

—Sencillamente porque entre mis hermanos de ideales estudiamos con amor los principios difundidos y sostenidos en una edad lejana por la Gran Fraternidad Kobda del Nilo y del Eufrates.

—La Divina Ley —dijo el joven asceta— permite y aún busca estos encuentros para que la Verdad una a las almas de todas las latitudes y de todos los continentes.

Si gustáis estrechar amistad con nosotros, venid a nuestra cámara, que yo viajo con nuestro Patriarca Hardiano el cual se regocijará grandemente de tan inesperado encuentro.

Judas no se hizo repetir la invitación y acudió al camarote número seis. Encontró al anciano vestido también con la túnica gris azulada que tan profundamente le había impresionado.

— ¡Quién había de pensar —exclamó— que en este viaje me encontraría con dos Kobdas de la Prehistoria!

—No tanto hermano, aunque soy viejo no soy prehistórico —contestó el anciano riendo afablemente de los asombros de Judas.

— ¡Pero cómo!... No comprendo este misterio —volvió a decir el Apóstol—. Hace ocho mil trescientos años que existieron los últimos Kobdas, y os encuentro a vosotros justamente llegando al lugar sagrado en que floreció el Santuario de la Paz a orillas de Eufrates. ¿Es que le habéis reconstruido y volvéis hasta él?

—No es esa la palabra que expresa toda la verdad. Más bien debo decirte que somos una ignorada continuación de la Fraternidad Kobda del Nilo y del Eufrates. La lámpara eterna de la Verdad no sucumbe nunca hijo mío, aunque la humanidad ignore por completo que ella vive encendida en algún oculto rincón de la tierra. La Fraternidad Kobda no se extinguió nunca, pero sí se escondió con todos los resplandores de la Sabiduría Divina conquistada en tantos siglos.

Y en estos parajes del Asia Central ha sido y es nuestro templo de la Isla Rambar, el depositario secreto de la lámpara maravillosa.

En el profundo Golfo que se abre junto al puerto de Palalena, visitado siglos atrás por Alejandro el Macedonio, se encuentra la Isla de Rambar, la de los eternos peñascos, habitada solamente según la creencia vulgar por piratas y bandoleros escapados de la justicia de todos los países civilizados, lo cual ha dado y da seguridad a la guarda de nuestro secreto.

Veo el asombro en vuestros ojos y el justificado interrogante que asoma a flor de labios: *"¿Cómo podéis vivir entre tan peligrosa vecindad?"*

—Es verdad —contestó Judas—. Eso mismo he pensado.

www.formarse.com.ar

—Uno de los principios kobdas es éste: "El amor salva todos los abismos". Y así como los Kobdas de la prehistoria tenían en su programa la liberación de los esclavos, nosotros en nuestra Isla tenemos la redención de los delincuentes proscriptos de las sociedades humanas —contestóle el anciano—. Y el amor hace el prodigio de redimirles, de purificarles y de salvarles.

El maestro Abbas sucesor del bienaventurado Baltasar en las Escuelas de Sabiduría de la Persia, ha salido de nuestro Santuario y por él llegó a nosotros la luz del Avatar Divino, del nuevo Numú aparecido en vuestra Palestina inmortal con el nombre de *Jhasua* como apareció edades atrás en la vecindad del Eufrates con el nombre de *Abel.* Es la obra del Eterno Invisible puesta en varios rollos de papiro indestructibles.

Y así como viven las continuaciones de los Flámenes Lémures de Juno y de Numú en las Torres del Silencio de Bombay entrelazados a los vivos resplandores de Crishna y de Budha como en vosotros les de Moisés, de igual modo vivimos nosotros, continuación eterna de los místicos Kobdas de Abel.

Y nadie ha podido destruirnos ni siquiera lo han intentado.

Judas guardaba silencio. Por su mente cruzaban en desfile maravilloso los relatos del Patriarca Aldis en sus ochenta rollos de papiro que narraban los orígenes de la Civilización Adámica, y la silueta azulada de Abel chispeaba de luz en el horizonte, confundiéndose en un iris de claridad infinita con Jhasua su inolvidable Maestro.

—Maestro mío... ¡Siempre tú iluminando las tinieblas! —exclamó el apóstol como en un grito apasionado de su corazón.

— ¡Oh hijo mío!... ¡Pasan los siglos, las edades se suceden en vertiginosa carrera, caducan las civilizaciones, sobre las ruinas de las más grandes ciudades pasa el arado y nacen trigales, pero la lámpara eterna de la Verdad encendida por el Hombre-Luz, no se apaga jamás! —Continuó el viejo Hardiano con un entusiasmo que parecía poner luz de sol en sus ojos—.

¡Los Faraones del Nilo con todo su deslumbrante poderío, son un recuerdo. Los tiranos y crueles reyes de Caldea, son un recuerdo. Darío, el rey astro de Persia es un recuerdo. Alejandro, gloria de Macedonia, es un recuerdo!... ¡ Y recuerdo son también el gran Hiram de la Siria y vuestro David y Salomón de la Tierra de Promisión vislumbrada de lejos por Moisés, y recuerdo serán también los Césares dueños del mundo en la hora actual. Pero el Hombre-Luz,. hijo mío, es el sol divino de todas las épocas y de todos los tiempos y las facetas radiantes de todas sus vidas planetarias viven siempre sobre la faz de esta tierra y en medio de esta humanidad que le pertenece porque somos una conquista de su amor eterno, reflejo vivo de la Suprema Inteligencia Creadora!

Y ya que la Divina Ley nos ha permitido este inesperado encuentro, espero que nos dirás quién eres tú respecto del Hombre-Luz de esta hora.

—Soy el último de sus discípulos —contestó Judas con temblorosa voz, pues era tan fuerte la irradiación de amor que percibía de aquellos dos hombres hasta hacerle casi llorar.

—Sabemos que ha dejado doce discípulos íntimos, que como los dejados por Crishna, Moisés y Buda deberán ser los Instructores de esta humanidad para la cual El ha sembrado su doctrina de amor fraterno.

Y creo que ésta es la oportunidad mejor que se me brinda para establecer comunicación con ellos. Yo fui con Baltasar de Susian en su último viaje a Thipsa sobre el Eufrates y tuve el inmenso gozo de conocer al Verbo de Dios cuando contaba veinte años; y cuando El oraba y lloraba junto al lecho del moribundo, yo lloraba en un rincón de la alcoba, mientras mi pensamiento decía: "Sólo le falta la túnica azulada para ver de nuevo a Abel a las orillas del Eufrates".

Su estadía fue tan breve que sólo brevemente pude hablarle, y al lamentar yo la distancia que nos separaba El me contestó: "Para la Eterna Ley no hay distancia cuando ella quiere unir a los suyos dispersos en este mundo. Y yo te digo que un día te unirás con los que quedan detrás de mi".

Desde aquel día espero el cumplimiento de esa promesa. Acaso serás tú el encargado de cumplirla. ¿Cómo te llamas?

—Judas, hijo de Tadeo de Gamala, pero entre los Doce me llaman Judas Tadeo.

— ¡Ah!... ¿Luego tú eres una de los Doce?

—Es verdad. Soy uno de los Doce; y con dolor te digo que hasta hoy no hice nada por mi Señor. Sólo he sido capaz de llorar su partida y lamentar su ausencia. ¡Somos nada sin El!...

—Pero... ¿de qué ausencia hablas? ¿Acaso el Verbo de Dios, su pensamiento eterno, su Idea divina puede ausentarse, separarse de quienes le ofrendan su amor, su fe, su esperanza toda? ¡Ni lo pienses hijo mío! ¡Ni lo pienses! Porque el sólo pensarlo es caminar al fracaso.

www.formarse.com.ar

¿Cómo hubiéramos podido sobrevivir los Kobdas a tan tremendas hecatombes humanas si hubiéramos pensado que El estaba lejos de nosotros? Su presencia eterna nos ha hecho vivir hasta hoy.

— ¡Enseñadme por favor el secreto de sentirle siempre a mi lado! —suplicó Judas como en un clamor de su corazón.

El anciano llevó el dedo índice a sus labios y con la mirada señaló a Fahien sentado en el extremo de su lecho envuelto en penumbras.

El joven rostro ascético aparecía transfigurado por la interna adoración de su espíritu y poco a poco le vieron irse recostando suavemente sobre los gruesos cobertores enrollados que había hacia la parte posterior del pequeño lecho. Muy pronto el silencio fue absoluto y ni aún se percibía la respiración del durmiente.

El anciano veló la claridad de la lamparilla de acate con una pantalla de taja seca de palmera como entonces eran usadas y con una nueva señal de silencio a Judas, le indicó esperar tranquilo.

Una blanca nubecilla se fue formando junto al cuerpo del joven dormido, y cuando alcanzó la suficiente consistencia, de la nubecilla se formó un óvalo blanco nieve con estrías de oro vivo y azul brillante. El óvalo se agrandaba hasta cubrir al dormido, al lecho y a la pared a que estaba adherido, y al centro comenzó a diseñarse un disco oscuro como de ébano resplandeciente. Aquel disco oscuro y brillante semejaba un espejo y diríase que lo era porque no tardo en aparecer en él la imagen perfecta de un joven hermoso de blanca tez y de cabellos dorados, vestido con la tánica azulada y el cordón violeta a la cintura. Sus ojos eran dos topacios y su voz suavísima dijo: *"El amor salva todos los abismos".*

El anciano y Judas, anonadados por la poderosa vibración de amor que impedía todo movimiento, sólo a media voz pudieron decir. — ¡Abel!...¡Abel!...

La nube y el disco desaparecieron, quedando sólo ante ellos la azulada figura que les sonreía tendiéndoles las manos.

Ellos las tomaron. Eran manos tangibles, blandas, suaves, tibias como manos de carne.

¡Ambos imprimieron en ellas sus labios y sobre ellas cayeron sus lágrimas de interna conmoción que parecía aniquilar en ellos hasta el último aliento de vida! Era una materialización perfecta.

"El Amar y la Sabiduría, esposos eternos, engendran a la Verdad que reinará soberana en este mundo cuando mis seguidores hayan aprendido a amar como yo les amé. Kobdas del Nilo, del Eufrates, de la Siria,'de todos los parajes de esta Tierra en que floreció mi amor regado con mi sangre, un día seréis todos una misma llamarada de luz alumbrando a toda la humanidad".

La dulce visión se fue evaporando lentamente y cuando Hardiano y Judas dejaron de percibir el contacto tibio de aquellas manos, inclinaron la frente al suelo y la cámara se inundó con la doliente vibración de sus sollozos contenidos.

Cuando todo volvió al estado normal el anciano se acercó al cuerpo dormido, le tomó de las manos y mentalmente le mandó despertar.

— ¿Por qué me habéis quitado la compañía de Abel? —Dijo de inmediato—. Hubiera vivido una eternidad con él.

—Ya lo sabemos hijo mío —le contestó el anciano—. Pero estamos en la tierra donde aún debemos sembrar la simiente de Abel, para que El recoja flores y frutos cuando llegue la hora de la cosecha.

FAHIEN DE RAMBACIA

Al día siguiente de los sucesos relatados, Judas decía a sus compañeros de viaje:

— ¿Veríais mal vosotros que yo siguiera viaje más allá del Golfo Pérsico?

— ¿Por qué ese cambio de itinerario? —preguntó Jeramel.

—Para mí es de gran interés conocer el Templo Escuela de los dos pasajeros con quienes he hecho amistad. Este barco se detiene cuatro días en Pasiliglos para unas reparaciones ligeras *y* para levantar un cargamento procedente de Arabia, lo cual me daría tiempo para acompañaros a Persépolis y volver a embarcarme de nuevo cuando el "Albatros" siga viaje.

— ¿Tienes algún inconveniente en que nosotros sigamos viaje contigo? — volvió a preguntar el árabe.

—Ninguno absolutamente. No quería que un deseo mío prolongara unos días más vuestra navegación.

Noemí y Ada estaban absorbidas en el tejido de tan hermoso tapiz destinado a una hermana de la primera esposa de Jeramel, que no veía a su sobrina desde antes de ser curada de su parálisis.

www.formarse.com.ar

— ¿Qué decís vosotras? —preguntó Jeramel.

—Habría que saber hasta donde nos quiere llevar este apóstol del Profeta Nazareno al que venimos siguiendo —contestó Adita.

—Es tan hermoso este viaje entre costas que son verdaderos bosques y jardines encantados, que no resulta molestia alguna acompañar a Judas hasta donde quiera llegar. Supongo que no nos llevará a ningún país salvaje. —Esta contestación de Noemí decidió en la cuestión.

Judas sacó de su carpeta un pequeño croquis que había hecho de las costas del Golfo desde Pasiliglos a Palalena y les señaló donde estaba marcado el puerto de Conasida y el de Palalena.

—Desembarcaríamos aquí —dijo—. Seis días más de viaje con buen tiempo. Y si queremos llegar a Palalena, son otros tres días más.

—Esto va siendo un viaje de recreo Noemí; tu viaje de bodas —y la alegre Ada al decir eso demostraba una desbordante felicidad.

—Bien, bien, sigamos el viaje de bodas ya que vosotros lo queréis así —dijo Jeramel—. Recuerdo que años atrás, yo he llegado hasta la Punta de Carmania para una importante compra de camellos que realicé y aún recuerdo la belleza fantástica de aquellos parajes.

Debido a esta conversación, Judas pudo asegurar a sus nuevos amigos los *Kobdas prehistóricos* como él les llamaba, que iría a conocer su Templo-Escuela en la Isla Rambar.

Mientras tanto, por las noches cuando todos dormían, el apóstol subía a la cubierta acompañado de Fahien, el de los ojos profundos que miraban lejos y que parecía vivir siempre escuchando armonías, voces, sonidos, de otro mundo diferente.

En tan breve tiempo el alma de Judas y el alma de Fahien se habían hermanado de tal manera, que les resultaba penoso el pensamiento de una separación.

Naturalmente, cuando las almas se comprenden, llegan también las confidencias íntimas; y Fahien cuya alma era en extremo vehemente y emotiva, fue la primera en abrirse ante el nuevo amigo que le aventajaba en quince años de edad.

Y como Judas le interrogase sobre el modo como había llegado a tan magnífico adelanto espiritual siendo aún tan joven, pues llegaba escasamente a los treinta años, Fahien le contestó así:

—El amor y el dolor me han dado lo poco que tengo y que soy.

— ¿Eres casado y te has visto separado del hogar por circunstancias especiales de la vida? —preguntó el apóstol.

—No tengo familia, ni estoy casado, ni pienso estarlo nunca. Como todo hombre de esta Tierra tuve una madre que fue robada del hogar cuando yo tenía siete años. Había abandonado la casa opulenta de sus padres en el país de los Sármatas a las orillas del Ponto Euxino, siguiendo al hombre que amaba, un joven jefe guerrero de Aracosia que la transportó de las nieves a los países del sol. Un rey semi salvaje de Roca -Coriena, en una campaña de conquista acertó a pasar por nuestra tierra como pasó Alejandro el Macedonio varios siglos atrás, y aquel se llevó las más bellas mujeres que sus lascivos ojos contemplaron, y allí comenzó el dolor a torturar mi vida. Mi padre corrió millas y millas en busca de la esposa arrebatada del hogar, y sólo volvió de él la noticia de que fue ahorcado con otros muchos que fueron también a reclamar lo que era suyo.

La servidumbre de nuestra casa se fue toda, quedando sólo un viejo jardinero que no teniendo hijos ni hogar, no tenía adonde ir.

La noticia de nuestra desgracia corrió veloz como el rayo, y no tardó mucho tiempo en que nuestro castillo que era una fortaleza de piedra fue tomado sin anuncio y sin permiso por un destacamento de lanceros que hicieron allí su cuartel General. Eran drangianos y buscaban tener salida al mar apoderándose del puerto de Conasida que pertenecía al reino de los Sambros.

Y al anciano jardinero, que era cuanto me quedaba en el mundo, lo despidieron sin contemplación alguna y el capitán dijo que él se encargaba de mí. No quise quedarme y esa misma noche me escapé a donde el anciano criado me dijo que me esperaría y los dos huimos por la carretera que va de Rambacia a Palala. Mi viejo compañero sólo había podido sacar sus ropas y parte de la mía, y un saquito de semillas de cuantas plantas de hermosas flores cultivara él mismo en nuestros jardines. Y fuimos vendedores de flores para sustentar la vida.

El dolor, la soledad, el íntimo contacto con esas inconscientes criaturas de Dios que veía surgir de la tierra, germinar, crecer y florecer me llenaron el alma de suavidades desconocidas; y así llegué a la adolescencia y a la juventud viviendo como una flor entre las flores cuya vida estudié al par que estudiaba la mía propia.

www.formarse.com.ar

Comprendí que ellas tienen también tristezas y alegrías, simpatías y afinidades, enfermedades y muerte. Y comprendí más que todo" las diferentes vibraciones magnéticas, suaves o intensas que emanan de sí mismas, tal como los seres humanos según el mayor o menor grado de evolución.

La Ley Divina providente y sabia vino aún más en mi ayuda para conducirme por el sendero iluminado de la divina contemplación a través de cuanta belleza palpita y vive en la Creación de Dios.

Mi anciano compañero de vida, tenía amistad con el guardabosque de un gran señor de la comarca; y cuando mi amado viejecito tuvo el llamado a la otra vida, el guardabosque me dijo: "Paréceme que no es conveniente quedarte aquí, solo completamente".

No estoy solo, le dije. ¿No ves todas las plantas y flores que me acompañan?

"Hazme caso niño", me dijo, "recoge a la temporada propicia todas las semillas y creo conocer las personas y el sitio donde llevarás una vida feliz conforme a tus inclinaciones".

Y una mañana me trajo a nuestro patriarca Hardiano que ya conoces, que me brindó con amorosa ternura sus brazos de padre y yo le seguí lleno de esperanza y de fe.

Entonces contaba yo dieciséis años. He llegado a los treinta, y hace catorce que vivo a su lado sin haber dudado jamás que estoy en el sitio en que debo estar. El ha terminado la educación moral y espiritual que comenzaron las plantas, las flores, los crepúsculos de las auroras y de los ocasos, el cantar de los pájaros, la vida rudimentaria de los helechos, las algas, los corales de las orillas del golfo, y en los azules campos siderales, la vida majestuosa de las estrellas cuyo eterno movimiento seguía prolijamente desde las frescas sombras silenciosas de mi jardín solitario.

Ya sabes la primera parte de esta vida que te interesa conocer —añadió Fahien viendo a Judas escucharle con silenciosa atención—.

Ahora escucha la segunda que es breve y concisa como el cruzar de una nave por este río, dejando tras de sí una blanca estela de espuma.

Es mi vida sentimental. Cercano a nuestro Templo-Escuela está el Santuario-Refugio de mujeres Kobdas, tal como existían en la gloriosa prehistoria del Nilo y del Eufrates. La matriarca que lo dirige desde hace siete años es la Tiermana menor de nuestro Patriarca Hardiano.

Es la Matriarca Abelina como una suave lámpara encendida en un bosque de mirtos y arrayanes.

Es el amor y la piedad en un corazón de mujer, y tan hondo ha penetrado •en el oculto Santuario del alma humana que su intuición sorprende todos los secretos, todos los problemas y ansiedades que trae en sí la divina Psíquis, lo cual convierte a esa mujer como en una linterna mágica que puede alumbrar los más escondidos rincones.

La infinita soledad de mi corazón desde muy niño, mi temperamento mismo retraído y esquivo me hacía inaccesible a los más nobles afectos, y hubiera hecho de mí un ser casi repulsivo a fuerza de mi rechazo a todo acercamiento amistoso. Pareciera que mi alma hecha a ver tanta maldad en los seres humanos, desconfiara de todos y en todos los momentos y circunstancias de la vida.

Sólo ella tuvo la capacidad de curarme. Sólo ella tuvo el poder de penetrar en mi jardín interior sin hacerme daño, sin renovar las heridas de mi corazón lastimado, sin despertar tempestades adormecidas, recuerdos perdidos o muertos •en ese otro mundo de mi adolescencia tan herida por las miserias humanas.

Más aún, la Matriarca Abelina fue capaz de revestir mi espíritu de una túnica nueva, azul y límpida como ésta que llevo, y hacerme entrar en un mundo nuevo también donde he conocido otra vida, otros horizontes, otros senderos. Y a la diáfana luz de su lamparilla de amor he dejado morir sin violencia todos los odios, todas las aversiones, prejuicios y antagonismos propios de la humana existencia, para hacer vivir exuberante en mí mundo interior, la capacidad de amar que todo ser lleva en sí mismo y que debe ser cultivada como una divina flor para irradiar sus perfumes al exterior.

En resumen, ella sola ha podido transformar mi vida, en una existencia útil para dar calor, luz, esperanza y fe a mis semejantes.

—Pero esa mujer es una Solania de Van, una Ada de Galaad, una Walkiria de Kiffauser —exclamó Judas maravillado.

— ¡Como recuerdas bien esos nombres, apóstol del Verbo de Dios! Eres -un Kobda sin túnica azul.

—Espero serlo a vuestro lado —respondió Judas— si es que la Ley me permite ser el humilde eslabón que deba unir en esta hora a los Kobdas de Abel con los amigos de Jhasua de Nazareth.

Luego preguntó;

— ¿Es anciana o joven esa mujer?

www.formarse.com.ar

—Debe andar en el medio siglo de vida, siendo hermana de nuestro Patriarca que ha pasado los sesenta. Es de esos seres sobre los cuales el tiempo MÍO imprime sus rastros, debido a que el alma es tan potente que anula toda acción destructiva del organismo físico.

Te la haré conocer algún día por si tienes heridas íntimas que quieras cicatrizar.

— ¡Tengo tantas!... —contestó Judas.

—Esas mismas palabras dije yo al Patriarca Hardiano, cuando después de haber luchado por arrancar de mi corazón la melancolía enfermiza y crónica que me envolvía como un sudario me dijo: "Te llevaré a mi hermana Abelina que ha recibido del Eterno Invisible el don divino de curar las almas enfermas".

Hubo un paréntesis de suave silencio.

Judas levantó la mirada hacia el rostro de su interlocutor y lo vio como poseído por un deslumbramiento. Sus ojos profundos miraban sin ver y muy a lo lejos, como si percibieran una visión que sólo él veía.

Luego, dos lágrimas gruesas, como perlas de cristal, temblaron un instante en sus pestañas y corrieron luego suavemente hasta perderse en los pliegues de la túnica azul.

Judas puso su diestra sobre las manos cruzadas de él y le dijo con ternura paternal:

—Si te atormenta el hacerme tus confidencias, no lo hagas, que no por eso será menos fuerte nuestra amistad.

—No es tormento Judas... Es amor y gratitud lo que embarga mi espíritu en este instante.

Cuando te sea dado conocer la vehemencia de mi espíritu y las circunstancias que han contribuido a intensificarla más y más, no te asombrarás de nada absolutamente. ¿Por qué la Ley llenó mi alma de fuego y no permite que ese fuego me consuma hasta reducirme a cenizas?

¿Por qué la Ley encendió en mí esa tremenda llama viva y no me da un mundo, muchos mundos para abrazarlos en ella?

¿Por qué todos me creyeron desequilibrado, loco, demente, enfermo, obcesado y sólo la Matriarca Abelina entendió mi locura y con sus manitas de seda descorrió cortinas, apartó velos, encendió luces nuevas, se asomó a lo profundo de mi abismo interior y recorrió los ocultos senderillos de mi huerto abandonado?... Por qué adivinó ella lo que ninguno descubrió ni comprendió? ¿Me lo sabes decir tú?

—Creo que sí —contestó Judas a media voz—. Creo que ella descubrió todo tu secreto interior, porque te amó desde que te vio. Mi Maestro nos ha enseñado y probado que el amor verdadero, grande y fuerte, *no es ciego* como generalmente se cree, sino que por el contrario, es una lente poderosa que percibe no sólo el más insignificante musguillo seco que el viento arrinconó en nuestro jardín solitario, sino que percibe y siente hasta la más tenue vibración-del oculto laúd que todos llevamos en lo profundo de nuestro yo.

Y ese amor hace vibrar el laúd, y florecer el jardín, y encender estrellas y luminarias sobre el altar de nuestro santuario abandonado.

¡Fahien!... ¡Fahien!... ¡Hazme conocer tu Matriarca Abelina y acaso haga florecer ella todo cuanto sembró mi Maestro en mi huerto interior, y tuvo El que partir sin verlo florecer a causa de mi pequeñez y miseria!

—En la Isla Rambar te llevaré hacia ella —Le contestó el joven místico pensando que su nuevo amigo no tendría su alma tan herida y atormentada como él cuando por primera vez le presentaron a la Matriarca Abelina.

LA MATRIARCA ABELINA

La navegación hacia el gran Delta del Eufrates prosiguió sin más novedades que la gran amistad que se estrechaba día por día de Judas y Fahien, a quienes la Divina Ley parecía haber unido con fuertes lazos para curar los desalientos y pesimismos de Judas y descorrer otros velos en el escondido pero radiante laberinto de los arcanos divinos.

¡Es en verdad muy cierto que la Eterna Ley abre de par en par sus praderas iluminadas, sus archivos escritos con luz de estrellas... sus templos grandiosos plenos de ecos y de resonancias que hablan hasta en las lozas cristalinas de sus murallas y pavimentos, cuando aquellos que la interrogan y le piden han vestido anticipadamente la blanca túnica de las bodas, y han coronado sus cabezas con rosas bermejas y rosas blancas, que para entretejerlas han debido lastimar sus manos hasta hacerse sangre!

Porque sin vencimientos y renunciaciones no hay triunfos; y sólo mediante ellos como por una larga y trabajosa escala, se llega a las cumbres, donde el alma se sabe dueña de sí misma, reina soberana de la

materia que le compaña en la vida, y con las alas crecidas y fuertes para tender el vuelo... ese gran vuelo que no se detiene hasta la posesión completa del Eterno Bien.

Así lo sabían y lo pensaban Judas y Fahien; y sabían asimismo que era su amistad de aquellas que marcan época en los anales de las vidas humanas estableciendo alianzas de almas sobre las cuales no tiene acción el tiempo con sus siglos, sus edades y sus eternos vaivenes.

Cuando el "Albatros" hecho anclas en el puerto de Palalena, Judas esperó que sus compañeros de viaje se instalaran en la mejor Hospedería que les fue indicada, y en un ligero barquillo a vela, partió con Fahien y el Patriarca Hardiano hacia la Isla Rambar, que a lo lejos aparecía como un oscuro promontorio de peñascos coronados de áspera vegetación, y cuyos acantilados rígidos la hacían aparecer como inaccesible.

Era sólo de una milla y media el estrecho que separaba la Isla del Continente, y no tardaron en encontrarse al pié de la imponente muralla de granito.

— ¿Pero hemos de subir volando? —preguntó Judas que no veía forma posible de ascensión.

—Espera —dijote el anciano—, que si somos los Kobdas prehistóricos como tú nos llamas, debemos haber descubierto el secreto de las montañas.

Vio que el barquito costeaba suavemente la adusta muralla de piedra gris hasta llegar a una pequeña ensenada que ocultaban las verdes colgaduras de la hiedra.

Apartadas sus flotantes guirnaldas, se veía un antro oscuro en el cual penetró el barquillo al empuje de los remos que hábilmente manejaban los dos Kobdas, Luego, una rústica escala de seis escalones labrados en la misma roca, una menuda puertecita de hierro, y era la entrada al templo Kopto tan humilde y pequeño que no alcanzaba ni a compararse con el granero de los grandes Santuarios del Nilo y del Eufrates.

—Ya estáis en nuestra casa —dijo el Patriarca Hardiano haciendo entrar a Judas, mientras Fahien dejaba caer nuevamente los cortinados de hiedra y amarraba el barquito al pié de la escalera.

Al entrar, el apóstol de Cristo sintió que su alma desbordaba de ternura, y una ola intensa de amor anudó un sollozo en su garganta por lo cual no pudo articular palabra.

Todo era austeridad y modestia en el Santuario Kobda de la Isla Rambar. Pero aquel joven y hermoso *Numú* vestido de azul y con un blanco corderillo estrechado a su pecho que esculpido en madera, miraba con sus ojos de ámbar a todo el que entraba, le hizo tan profunda impresión como si de nuevo hubiera visto a su Maestro esperándole en aquel ignorado rincón de la tierra — ¡Maestro!... —exclamó y cayó de hinojos al pié de la hermosa escultura.

—Es toda nuestra riqueza —dijo el anciano Patriarca— y me place sobremanera que le encuentres parecido al Maestro cuya ausencia lloras.

El escultor conoció muy de cerca al Maestro Jhasua de Nazareth de niño y hasta los veinte años. Se llamaba Arvoth de Rhodas y yo le conocí en Ribla donde obtuve de él esta hermosa escultura que le llevó tres años de trabajo, hasta obtener el parecido que ves con la última personalidad del Verbo de Píos.

El Santuario era tal como los Santuarios Esenios, y las celdillas eran grutas socavadas en la montaña de granito y recubierto de madera sus muros, y de rústico esparto el pavimento.

Eran catorce solitarios jóvenes y seis ancianos. El Patriarca formaba el número veintiuno.

La emoción de Judas no le permitía hablar cuando se vio rodeado de todos ellos que le abrazaron con una ternura tan fraternal y sentida, como si en verdad fueran hijos de una misma madre y hubieran sufrido una ausencia de largos años.

— ¡Quién podía esperar que un día me encontraría entre los Kobdas de Abel!... —pudo por fin decir el apóstol que creía estar soñando entre las túnicas azuladas que tan familiares le eran a través de las Escrituras del Patriarca Aldis.

Mediante la lengua Siria, árabe y caldea, Judas pudo entenderse bien con todos ellos y contestar a las numerosas preguntas que sobre el Maestro Jhasua de Nazareth, le hacían todos juntos, en bullicioso concierto de voces altas, bajas, sonoras o apagadas.

—Nunca se vio en este templo de Dios un vocerío semejante —dijo el anciano Patriarca sentándose en un poyo de piedra del pórtico de entrada.

—Es un día de gran regocijo Patriarca y debéis perdonar la algarabía de vuestros pajarillos —observó afectuosamente un anciano que tomó asiento a su lado.

—Es para celebrarlo en verdad —contestó el Patriarca—, pues preveo que este inesperado encuentro ha sido dirigido por el Señor mismo.

Pero aún faltaban otras impresiones para Judas.

www.formarse.com.ar

La primera fue la hermosa escultura de la entrada. La segunda fue al pasar a tomar el ágape de la tarde en un pequeño patio sombreado de palmeras, en lo que él encontró la imitación del gran patio circular del Santuario de Neghadá tan fielmente descrito en los rollos de papiro del Patriarca Aldis.

Y fue la tercera, al llegar a la Mansión de la Sombra para la oración de la noche.

Todo diminuto y pequeño, pero de una perfecta imitación a lo que era el imponente recinto de oración en los Santuarios del Nilo y del Eufrates.

—Otras sorpresas tendréis cuando ya descansado del viaje podáis entreteneros algunas horas en nuestro pequeño Archivo —le dijo al oído Fahien que era por entonces el Archivero mayor.

A la mañana siguiente, Judas y Fahien se dirigieron al Santuario de las Mujeres Kobdas que sólo estaba a unos doscientos pasos, por entre el laberinto de montañas cubiertas de vegetación.

Una espesa muralla de cañas de bambú que se reflejaban en las claras ondas de un arroyo, les interceptaba el paso.

Era un hermoso vallecito encerrado entre verdes colinas, algunas de las cuales comenzaban a la orilla misma de la mansa corriente.

—A ver si adiviná is dónde está el templo de la Matriarca Abelina —dijote Fahien al ver el asombro de Judas.

—Si no está debajo del arroyo como en el cuento de la rana encantada que tenía su castillo bajo las aguas del río, no acierto donde puede estar —contestó el apóstol mirando curiosamente hacia uno y otro lado.

Fahien caminó hacia una curva muy pronunciada que el arroyo hacia al pié de una colina, donde se levantaban en estrecho grupo cuatro hermosas palmeras en cuyos troncos se enredaba la hiedra.

Levantó las verdes colgaduras y Judas vio un senderito que atravesaba el cañaveral. Siguieron por él unos cien pasos y tropezaron con un cerro de piedra verdosa que brillaba a la luz del sol en los sitios que un sedoso musgo dejaba al descubierto.

Fahien tomó un retorcido tronco de liana que sobresalía de entre las piedras, y tiró de él como si quisiera arrancarlo de su sitio, pero Judas sintió al mismo tiempo el tañido leve de una campana.

—Ya comprendo —dijo Judas—. Ese tronco retorcido es el llamador. Está bien, está bien. Solo falta aquí el perro blanco que los Esenios llaman *Nevado y* que es el introductor en el Gran Santuario de Moab.

Apenas terminaba esta frase cuando un bloque de la montaña se abrió hacia adentro tal como la hoja de una pequeña puerta, y una mujer vestida de túnica azul y velo violeta en su cabeza, les sonreía invitándoles a pasar.

La viva imaginación de Judas le diseñó en la mente la imagen de una mujer Kobda prehistórica, pero ésta era aún joven, a lo sumo de unos treinta años.

—Buen día tengas Emira —díjole Fahien—. Te ruego avisar a la Matriarca que traigo un huésped de la lejana Siria cargado de noticias del Bienvenido, nacido y muerto allí.

La Kobda les indicó esperar y sin cerrar la puerta se perdió en el interior del oscuro túnel por donde ellos siguieron avanzando y el cual atravesaba el cerro.

Cuando en breve rato salieron a pleno aire y sol, vio Judas el blanco edificio de toscos bloques de piedra ensamblados unos con otros hasta formar un gran cubo con una sola arcada al frente. Y en esta arcada estaba de pié una mujer vestida igual que la portera, pero era más alta y aparecía envuelta como en un halo de misteriosa atracción tan llena de suave dulzura, que el apóstol pensó de inmediato en Myriam, la augusta madre de su Maestro.

— ¿La Matríarca Abelina?— dijo a media voz.

—Si, es ella— le contestó Fahien.

Ella les esperaba con ambas manos tendidas y con una tan viva irradiación de amor, que Judas se sintió conmover hasta el fondo de su corazón.

Besó en silencio la amorosa mano que le tendían y sin pronunciar palabra, penetró al Santuario.

En este pórtico de entrada no había escultura alguna, sino grandes lienzos tejidos al telar, en cuya trama se diseñaban paisajes de vivos y hermosos coloridos.

Para Judas, gran conocedor de la historia de la antigua Fraternidad Kobda, encontró de inmediato los originales de aquellos tapices tan hábilmente tejidos por unas manos que un fervoroso amor había movido.

Allí aparecía la llegada de Sophia y Mucha a la caverna del país de Ethea; el encuentro de Adamú y Evana adolescentes en el brillante verdor del cañaveral de bambú a las orillas del Eufrates; la humilde cuna de Abel

www.formarse.com.ar

entre la familia de renos domesticados por Gaudes; Bohindra y Ada mirando desde la terraza del Santuario de la Paz, la inmensa pradera; Walkiria y Abel en el jardín de la Fortaleza de Kiffauser, deshojando rosas bermejas, hermoso símbolo del amor, del sacrificio y renunciación que les unía; el desprendimiento del alma de Zurina cuyo cuerpo moribundo descansaba sobre un lecho lleno de rosas blancas mientras Abel de pié a su lado le sostenía una mano y con su diestra levantada, la bendecía con inefable amor.

La Matriarca Abelina y Fahien observaban al apóstol de Cristo en el más profundo silencio.

Ambos dotados de una extrema sensibilidad, percibían claramente las emociones que hacían vibrar con gran intensidad el alma de Judas. Y cuando comprendieron que iba a estallar en un torrente de llanto contenido como una nube cargada de vapores se disuelve en abundante lluvia, la Matriarca descorrió con suavidad una cortina violeta y apareció un pequeño jardín cubierto, especie de invernáculo con un estanque de claras aguas en el pavimento.

Las plantas y flores vibraban en un suavísimo rumor de melodía lejana, mientras una luz opalina filtraba por una pequeña ojiva del muro que besaba el sol de la mañana.

Como tres estatuas vestidas de azulada túnica, tres mujeres estaban sentadas al borde del estanque en una inmovilidad completa, sosteniendo en sus manos pequeñas liras silenciosas.

La Matriarca tomó una mano de Judas y le hizo sentar en el zócalo del estanque. Y ella y Fahien se sentaron también.

El estallido de la emoción del apóstol no se hizo esperar.

Una lluvia de lágrimas caía de sus ojos sobre la blanca túnica cubierta a medias por su manto purpurino.

La Matriarca se arrodilló ante él y estrechó a su pecho aquella cabeza fuertemente sacudida por los sollozos.

Las tres Kobdas que oraban tañeron sus liras, y una indefinible melodía se extendió como un halo tibio y acariciante que inundaba al alma de paz, de quietud, de olvido hasta de sí mismo, de completa entrega al Invisible Infinito.

Luego la melodía fue subiendo de tono hasta llegar a las jubilosas vibraciones de una bandada de ruiseñores cantando al amanecer en un bosque de cedros mecidos por el viento. Y por fin llegó a las tonalidades intensas de clarines de oro que anuncian la victoria.

La Matriarca, Judas y Fahien se habían puesto de pié. Las anchas hojas de los lotos cubiertos de flores, las encrespadas begonias con sus capullos de nácar, los helechos de lacias cabelleras verdes, rumoraban su ininteligible lenguaje mientras esparcían la sutilísima niebla como polvo de nieve de su vitalidad y energías.

Y al compás de sus liras las kobdas cantaban:

Todo es amor en la vida
Todo lo puede el amor,
Que sabe curar la herida
Y hallar la senda perdida
Por correr tras la ilusión.

Vence el amor a la muerte
Porque Dios es el Amor,
Como El, invariable y fuerte,
Da vida a todo lo inerte
Y es eterna vibración.

Vida de amor es la vida
De los ángeles de Dios,
Y hasta la flor escondida
En las praderas perdida,
Vive su vida de amor

Cruzan las aves errantes
Buscando luz y calor
Hacia regiones distantes,
Tal como el alma anhelante
Va detrás de una. ilusión;

Hasta que suena la hora
De despertar al Ideal
Que se enciende cual la aurora
De belleza arrobadora
En el alba matinal.

¡Todo es amor en la vida
Todo lo salva el Amor,
Citando el alma ha sido herida
Por una ilusión perdida
entre el oscuro turbión!

¡El Amor anima todo
Cuanto vive bajo el sol;
Su pureza hace de modo
Que hasta el despreciable lodo
Se transforma en arrebol!

Cuando terminó el dulce canto de las kobdas, la ola de emoción profunda se desvanecía lentamente dejando en el alma la vigorosa y alegre certeza de haber recibido un torrente de energías, de vida nueva que le harían capaz de meritorias obras, de grandes empresas,

A Judas le pareció que su pesimismo, su melancolía crónica, su indecisión para todas las cosas eran una loca pesadilla sin motivo justificado., una pueril niñería propia sólo de un parvulito de pocos años a quien le fuera negada la golosina pedida.

Se avergonzó infinitamente de sí mismo y mirando el tapiz que representaba a Walkiria y Abel deshojando las rosas bermejas del sacrificio y la renunciación mientras su faz aparecía iluminada por el triunfo de un amor que nada espera ni busca, se acercó a un rosal rojo sangre y cortando una de aquellas rosas la fue deshojando sobre el agua cristalina del estanque.

la Malriarca Abelina le observaba y contaba los pétalos que caían al agua como gotas de sangre

Los ojos castaños de Judas se encontraron con la luminosa mirada de la Matriatca Abelina y ella le dijo:

---Acabas de escribir una promesa solemne al Verbo de Dios de pasar por encima de todo antes que faltar a lo que El quiere de ti.

—Es verdad —contestó Judas. Y buscando la compañía de Fahien que al borde del estanque oraba en silencio, le dijo—: Ya estoy curado para siempre. Que el Eterno Amor te compense por la obra que hiciste conmigo.

Luego pasó Fahien al huerto interior donde desempeñaba el cargo de cultivador de las plantaciones nuevas que iban surgiendo de la tierra al imperioso llamado del aire y del sol.

Lo hizo también para dar lugar a que su nuevo amigo tuviera una confidencia con la Matriarca Abelina. Aunque él le anunció que estaba curado, Fahien conocía por experiencia propia que algunas enfermedades del alma son porfiadas y tenaces como las del cuerpo, y necesitan algunos cortes decisivos, o algunas aplicaciones especiales a cada caso para no continuar atormentando al paciente.

Y en un pequeño patio donde los rayos solares caían velados por las espesas ramas de un rosal de otoño cubierto de rosas-té, la Matriarca invitó a Judas a sentarse en un rústico banco de piedra.

Ella quería noticias minuciosas del Verbo de Dios nacido y glorificado en la lejana Siria. A la muerte de un justo, ella llamaba *glorificación.*

Las noticias ya las sabía ella por largo relato del Maestro Abbas, que una vez por año les visitaba. Era sólo un motivo de hablar privadamente con Judas, en cuya irradiación y aura mental había percibido ella mucho de lo que vivía y moría cada día en lo más profundo de aquel espíritu.

Ella escuchaba pacientemente esperando que los episodios referidos llegasen a un punto que por coincidencia con el estado espiritual de Judas le fuera oportuna su intervención.

Y este momento llegó cuando el apóstol le refería la transformación por amor de María de Mágdalo la *pagana del Castillo,* como la llamaban a orillas del Mar de Galilea; sus fervientes demostraciones para el Divino Maestro, y la complaciente aceptación de El, lo cual le valió amargas murmuraciones de los fariseos sobre todo aquel día en que ella derramó esencias de nardos en su cabeza, sus manos y sus pies que secó luego con su larga cabellera rubia.

— ¡Siempre la misma incomprensión culpable en la infeliz humanidad! —exclamó pausadamente la Matriarca.

—Es que en verdad —arguyó Judas— era el de María, un amor humano lo cual se interpretaba como una profanación a la augusta persona del Mesías anunciado desde seis siglos por los profetas. El no era un hombre como los demás.

—Era un hombre superior a todos los demás —dijo con solemne acento la Matriarca— pero era un hombre con un corazón de carne y un alma llena de la grandeza divina y la purísima irradiación del más excelso amor bajado a la tierra.

Yo no puedo asombrarme de que una joven mujer de gran vehemencia y educada en las bellezas del Arte, le rindiese el homenaje absoluto de su adoración. De lo que cabe asombrarse es de que no fueran todas las mujeres de Siria que lo amasen con igual intensidad.

La experiencia de la vida me ha dado a entender muchas y grandes cosas en el camino de las almas. Me ha hecho descubrir muchos enigmas, muchos repliegues secretos en el alma humana, muchos poderes ocultos y también los abismos siniestros en que se precipitan a veces los seres por graves errores de apreciación, y por absoluta falta de discernimiento entre lo bueno y lo malo. Judas la escuchaba con gran atención, y sus ojos demostraban un asombro que crecía por momentos." ¿A dónde quería llegar la Matriarca siguiendo ese orden de ideas?", se preguntaba sin hablar.

—Quiero llegar a donde debemos llegar buen hermano, todos los que como nosotros seguimos un camino espiritual de acuerdo con la Divina Ley y en desacuerdo con muchas leyes humanas, creación de hombres que nunca se conocieron a sí mismos y menos conocieron a los demás.

Desde la lejana prehistoria, nuestra Fraternidad Kobda ha seguido un camino muy alto, tal como si lo hubiera abierto en lo alto de las más altas montañas. Y si nos sentimos con fuerza para seguir las huellas que el Avatar Divino ha dejado marcadas en sus gloriosos pasajes por esta Tierra, no podemos disentir en ningún momento de sus pensamientos, de sus dictámenes, de su forma de encarar los acontecimientos, de su punto de vista respecto de la vida y de su modo de vivirla.

El asombro de Judas iba llegando al estupor, pues se veía contestado sin haber formulado pregunta alguna, y de nuevo pensó: "Me estoy viendo al descubierto sin haber tenido intención de descubrirme ante esta mujer".

—Conozco almas —continuó impasible la Matriarca— que sintiendo el potente llamado de la Divina Ley a una vida superior a la vulgar, seguida por las muchedumbres de escasa evolución, son indecisas y vacilantes para emprender el vuelo hacia las alturas a que se sienten impulsadas, y así van dejándose llevar por la corriente como árbol caído en un río torrentoso que le arrastra y le .arrastra quién sabe hasta qué punto final.

Creo que estarás de acuerdo conmigo en que el alma humana, chispa divina de la Eterna Potencia y del Infinito Amor, participa de esa Potencia y de ese Amor que es su origen, el principio y la causa de su vida.

—Sí Matriarca, sí —respondió Judas—. Nuestro Maestro nos lo ha hecho comprender así.

La Matriarca continuó:

—Una chispa de fuego no puede ser ni será nunca distinta de la hoguera de donde salió. Y si es una verdad innegable ¿por qué el egoísmo y la ignorancia humana se asombran y espantan de que un ser tan superior como el Cristo, con una vibración de amor capaz de envolver varios mundos, despertase ese amor de vértigo y de locura en las almas vehementes que se cruzaron en su camino?

Además, la experiencia que da el continuo trato íntimo con las almas que buscan su perfección, nos enseña que el amor es la fuerza impulsora que mueve los resortes íntimos de la Psiquis humana; y si esa

www.formarse.com.ar

fuerza no existe sino en su primitivo estado de chispa mortecina y anémica, muy escasos son los progresos del ser, y muy mezquinas sus capacidades para una vida idealista superior.

Podrá realizar progresos en el orden puramente material de la vida, si la vida le presenta gratuitamente oportunidades favorables. Pero su espíritu languidecerá aplastado por esa fría mole de escarcha que es la vida sin amor.

Si tienes madre, ámala con una explosión del fuego sagrado con que amas a Dios. Si tienes esposa, hijos, o alianzas espirituales que resplandezcan en tu camino como estrellas sembradas en un desierto, conságrate a ellas con más fervor que ofrece el labrador a sus campos de trigo que le dan el pan; a sus viñedos y olivares que llenan de aceite y vino sus ánforas.

Para un idealista que sueña con la grandeza del alma liberada de todas las trabas propias de la naturaleza terrestre, los bienes materiales quedan en segundo término porque sabe bien que cuando el alma ha conquistado su sitio de honor como Hijo de Dios, el Divino Padre le colma de todo lo necesario y aún mucho más de lo necesario.

¿A qué se ha reducido la enseñanza del Verbo de Dios en todas sus encarnaciones mesiánicas?

Tú lo sabes como yo.

"Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu semejante como a ti mismo".

"Cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, yo vengo a recrearme con ellos".

"Si amáis como yo amo, haré de vuestro corazón mi dulce morada".

"El amor es más fuerte que la muerte y salva todos los abismos".

Programa es éste grabado con letras de fuego en las almas que buscan los tesoros del espíritu para derramarlos como lluvia benéfica sobre los seres infelices que pegados a la tierra como moluscos a las rocas que besan las olas del mar, no conciben ni imaginan siquiera los goces supremos del alma que encontró al Amor en su senda y en un desposorio místico, hizo de él la esencia, el motivo y la gloria de su vida.

Judas continuaba silencioso aunque sus pensamientos corrían, volaban apresuradamente por los vastos horizontes que le presentaba su visión mental.

Y la Matriarca Abelina continuaba deshojando sus blancas rosas de paz, de amor y de esperanza sobre aquella alma apocada y enfermiza en la que ella deseaba inyectar el fuego vivo que ardía en la suya.

—En tu aura mental —dijo por fin— veo reflejada la dulce imagen de una mujer que te ama con puro y desinteresado amor. Y tú amándola en igual forma, no te decides a manifestarle correspondencia porque tienes en ti el prejuicio de que habiendo imposibilidad para que vengan hijos al hogar, el amor no tiene objeto ni utilidad alguna. ¿Es verdad esto Judas?

El asombro del apóstol casi se tornó en espanto, y por un momento se vio hasta impedido de hablar.

—Si Matriarca, es verdad —dijo a media voz—. Y estoy asombrado en extremo de vuestra penetración en los dominios del pensamiento.

— ¿Recuerdas a la Matriarca Solania de Van, en las Escrituras del Patriarca Aldis? —preguntó la Matriarca.

— ¿Cómo no recordarla si es una de las estrellas radiantes de aquel cielo {leño de estrellas?

—Pues yo soy una discípula suya. Es mi guía y mi tutor espiritual y de ella he aprendido una sola cosa que es necesaria para llegar a ser una estrepita benéfica en medio de una humanidad: *Amar,* aún lo que no merece ser amado, si con ello hemos de obtener la redención de los seres amados.

No olvides nunca Judas, apóstol del Hombre-Amor, que el alma humana nació del infinito Amor y que jamás llegará a su glorioso destino apartándose de Aquel principio divino que la engendró en el Amor.

"Todo es amor en la vida" cantan nuestros vates del pasado y del presente. Las piedras buscan unirse por la agrupación de moléculas, los ríos buscan hundirse en el mar, y hasta los árboles gigantescos unen sus ramas a la luz del sol.

No todo amor es matrimonio ni un vergel de hijos en torno del hogar; él es siempre creador como aquél de quién deriva, y son creaciones del amor las obras todas que traen vida de paz, de abundancia, de consuelo y alegría a la humanidad.

Es amor el que hace vibrar con divina melodía las cuerdas de una lira, y el que colora de tintas del iris los lienzos del pintor, y el que da expresión de vida al bloque de piedra bajo el cincel del artista, y el que llena pergaminos y vitelas con poemas vividos en su propio corazón.

Judas ¡óyeme bien!

www.formarse.com.ar

Cuando descubras una obra bella y buena que no haya sido creada por un amor, ven a decírmelo pronto y sólo entonces creeré que he perdido mi tiempo.

— ¡Matriarca!... —exclamó el apóstol con profunda emoción—. Creo que lo que vendré a decirte, o acaso te lo digo ahora mismo es que quise hacer morir mi corazón junto con mi maestro y yo pensé sepultarlo para siempre; pero él no quiso morir sino vivir y volvió a prenderse de las cosas creadas, cuando es hora ya de vivir sólo para Dios.

—Para Dios Amor, se vive amando hermano mío y no hay otra senda que lleve hasta El —"le interrumpió la Matriarca—. No equivoques tu camino te lo ruego con un puritanismo que no es santidad sino prejuicio que el más leve razonamiento desmenuza como a una mata de hierba el furioso vendaval.

Te digo con el Kobda Rey de la prehistoria; Bohindra el mago del amor:

Amar por amar es agua
Que no conocen los hombres.
Amar por amar es agua
Que sólo beben los dioses.

Tres días y tres noches pasó Judas en la isla Rambar en el Santuario Kobda, revisando el interesante Archivo que Fahien tenía a su cargo. Y al caer de la tarde acudía con él a visitar a la Matriarca Abelina en su nido de tórtolas, a esa hora en que todos los silencios parecieran darse cita para llenar de melodías divinas el alma de los ascetas y los místicos que ya dejaron de buscar en los placeres terrestres la satisfacción de sus anhelos.

La encontraban siempre sentada en aquel banco de piedra bajo el rosal cubierto de rosas-té, casi el único adorno que dejaba el otoño en el pequeño jardín de las mujeres de túnica azul.

En una pequeña carpetita leía o escribía.

El día tercero o sea la víspera de que Judas regresara a Palalena a reunirse con sus compañeros de viaje, la Matriarca les invitó a él y a Fahien a sentarse a su lado en el mismo rústico banco en que ella reposaba.

—Os voy a leer —les dijo— lo que he escrito en los tres días que el apóstol de Cristo ha pasado entre nosotros.

Día Primero: En la Prehistoria cuando el Hombre-Luz en la personalidad de Abel, andaba en este mundo, visitó el país de Ethea, y la caverna del ermitaño Gaudes donde él mismo había nacido. El príncipe de aquel país se llamaba Elhizer y era hijo de la Matriarca Elhisa, una de las mujeres Kobdas que más cooperó a la obra civilizadora realizada en tres continentes por nuestra Fraternidad Kobda que tenia al frente al Kobda-Rey Bohindra, el mago del amor y de la paz.

Y Elhizer, indeciso y vacilante por temperamento, sentíase incapaz de ordenar su vida con una esposa que le fuera impuesta en su primera juventud por razones de estado, y dieciséis *Berccinas* como llamaban a las esposas secundarias permitidas entonces, y que la Ley de la Gran Alianza emanada de los Kobdas había suprimido. Y fue Elhisa su madre quien le abrió su camino, se hizo cargo ella misma de las esposas secundarias de su hijo y de todas las siervas que en más de un centenar tenían ellas para servirlas en su fastuosa vida inútil.

De este acto de amor heroico de la Matriarca Elhisa resultaron transformaciones maravillosas en las Berecinas, sus hijas y sus siervas y por fin la felicidad del príncipe Elhizer que nunca lo había sido en los cuarenta años de vida que contaba.

Oye bien Judas, apóstol de Cristo —díjole la Matriarca Abelina suspendiendo un momento la lectura—.

Oye bien: En la Matriarca Elhisa estuvo encarnada hace miles de años la mujer que hoy te ama y a la que tú amas, juzgando equivocadamente que tu amor por ella es una traición al amor de tu Maestro. .

¿Cómo puedes pensar que un grande y puro amor se traicione a sí mismo? Tu amor de ayer a esa madre heroica y sublime es el mismo de hoy puesto que las almas son las mismas. ¿Cómo has podido pensar que tu Maestro, ese Hombre único, hecho de amor y de luz, de belleza y de bondad haya de creerse traicionado por un amor que El mismo ha sembrado y sembrará hasta la eternidad en todas las almas de sus elegidos?

— ¡Oh sabiduría de los Kobdas! —Exclamó el apóstol dominado por una profunda emoción—. Sed en esta hora como la Matriarca Elhisa, te lo ruego, y llévame a la senda por donde deberé caminar todo el resto de mi vida.

www.formarse.com.ar

— ¿Hay algún impedimento material, social o moral para que te unas a la joven que amas? —preguntó la Matriarca.

—Ninguno absolutamente —contestó Judas.

—Advierte que no es que yo crea que todo amor debe terminar en matrimonio, porque hay amores espirituales, bodas místicas entre las almas afines de igual evolución que pueden dar origen a obras grandiosas de transformación, de redención, de elevación espiritual de multitud de almas enlazadas unas con otras por alianzas milenarias.

Te lo digo así porque nuestra humanidad aún no es capaz de comprender ni aceptar otros afectos como lícitos, sino los de los vínculos de la sangre y les consagrados por el matrimonio.

Si te encuentras en algunos de estos casos, la Luz Divina como estrella maga te señala el camino que tu alma necesita seguir.

El amor cuando es desinteresado y puro, es siempre una fuente caudalosa cíe dones divinos para aquel que lo alimenta en su seno, como el que esconde en su pecho una redoma de esencia, quiera o no, va derramando su perfume entre todos cuantos se acercan a su camino. ¿Te convencen mis palabras?

—Me convencen Matriarca y te ruego escucharme un momento más.

La joven que me ama y que «yo amo, está con su padre en Palalena, y él e«pera la decisión de ambos, para dejarnos unidos y regresar a su país, que sólo ha dejado para acompañar a su hija que deseó viajar conmigo. Como ves, no puedo tenerla a mi lado sin realizar antes las formalidades exigidas por la costumbre, que entre los árabes es muy austera para la mujer.

—No sólo para los árabes —añadió la Matriarca— sino para todos los países civilizados. Una mujer misionera al lado de un apóstol de Cristo ha de guardar su honor y su pureza en un fanal de limpio cristal, para que su palabra fortalecida por el ejemplo sea siembra fecunda en los campos del Señor.

El Reino de los Sambos en que estamos tiene autorizado a nuestro Patriarca Hardiano para celebrar nupcias entre los habitantes de Rambacia, Palalena y nuestra Isla Rambar.

Esto te lo digo por si es para ti una satisfacción que un Patriarca Kobda sea quien bendiga tu desposorio.

—Esto dependerá de ella y de su padre —contestó Judas—.

Dos ideologías están unidas en su familia, puesto que es árabe por su padre y persa por su madre. Pero Ada se siente solamente discípula del Profeta Nazareno como ella le llama.

Volveré con la respuesta de aquí a tres días Matriarca.

No os doy pues mi adiós, porque pido a mi Maestro y Señor la dicha de volveros a ver.

—Que El te dé su luz —contestó la Matriarca dándole a besar su mano.

ROSAS BLANCAS

Una semana después cruzaban la encrespada corriente del estrecho, Ada, Jeramel, Noemí y Judas conducidos por Fahien y otro Kobda joven, buenos remeros ambos, que hacían correr el barquichuelo de blancas velas hacia la ensenada por la que llegaban al Santuario de la Isla Rambar.

Jeramel quiso presenciar la unión de su hija con el Apóstol del Profeta Nazareno, y conocer de cerca aquellos ermitaños de túnica azul que habían tenido el poder de sacar a Judas de su indecisión.

Adita por su parte mostraba una serenidad admirable en la cual no se descubría ni esa exuberante alegría de las novias en general, ni la preocupación azorada de las que no se sienten muy seguras del paso que van a dar.

Su agradecido amor al Profeta Nazareno y su absoluta certeza de que iba a comenzar para ella la verdadera misión que £1 le encomendara quince años atrás, le absorbían por completo la atención.

El profeta le había dicho: "Te dejo mi corazón para que ames con él a todos los que lleguen a ti pidiendo tu amor".

Y ella decía a Judas con su gracia inimitable:

— ¡Tú eres el primero a quien amo con el corazón del Profeta! Seremos pues dos golondrinas viajeras que correremos por el mundo, amando con el corazón del Profeta a todos los que nos pidan su amor.

Judas sonreía dichoso de oírla expresarse así, pero su grande amor por Ada era tan silencioso, tan retraído, tan místico, que no encontraba palabras que pudieran estar a tono con aquel sentimiento vivo, sereno y límpido como la luz de una estrella sobre el agua clara de un remanso.

El recinto de oración del Santuario Kobda les esperaba convertido en un pequeño jardín de rosas blancas.

Y el anciano Hardiano vistiendo sobre la azulada túnica el hoped blanco de los Patriarcas Kobdas les esperaba también ante la hermosa estatua de Abel que tenía el rostro de Jhasua de Nazareth. Aquí terminó la serena calma de Adita, pues mirar aquella imagen y arrojarse ante ella abrazada a sus pies, fue todo un rápido movimiento que ella no fue dueña de evitar.

— ¡Oh mi Profeta bueno y querido sobre todas las cosas! —Le decía con una ternura tan honda, que su voz temblaba próxima al llanto—.

Aún no he cumplido tu mandato Señor, de amar con tu corazón que me dejaste; pero empiezo desde hoy a cumplirlo con tu Apóstol aquí presente, *y* te ruego que bendigas esta unión de dos almas que te aman hasta ser capaces de amar a todo el mundo con tu mismo corazón.

Estas palabras que irradiaban tan intensa vibración de amor, conmovieron profundamente a todos los que las oyeron y la Matriarca Abelina que presenciaba la escena pensaba: "Sigue siendo la Matriarca Elhisa salvando de sí mismo a su hijo Elhizer, y transformando con su amor las flores muertas de todas las ruinas".

Jeramel quiso que en aquella ceremonia hubiera algo de sus costumbres árabes y entregó al Patriarca las sortijas de oro y rubíes que habían de llevar toda su vida los desposados.

Y el anciano Kobda que sabía bien el escaso valor de todas las cosas materiales, y que sólo el amor desinteresado y puro hace eternas las uniones de las almas, recibió complaciente las hermosas joyas en que aquel amoroso padre cifraba acaso la felicidad de su hija:

Y al dárselas les dijo:

—El amor de vuestro padre consagra vuestra unión con estas sortijas de oro y rubíes, símbolo árabe de un amor fuerte y fiel. Yo le consagro, envolviendo vuestras vidas con este velo que simboliza la eterna protección de Dios.

Y antes que el Patriarca extendiera sus manos sobre Ada y Judas, inclinados esperando una solemne bendición de amor, la Matriarca Abelina puso una corona de rosas blancas sobre la cabeza de Ada y las Kobdas jóvenes cantaban el himno del amor que oyera Judas al borde de la fuente el día aquel de su resurgimiento a la misión de amor que le encomendara su Maestro.

Un representante del Rey de los Sambos, recogió las firmas de los desposados y de sus padres: Jeramel y Noemí, y les entregó un pergamino reconociéndoles como ciudadanos de Palalena, capital de su reino.

Vueltos a Persia establecieron su residencia en Persépolis primeramente, aunque su programa de acción abarcaba gran parte de la hermosa y fértil tierra de Darío, el Rey Dios como le llamaban aún los que conservaban en su yo íntimo la idólatra adoración a aquel fastuoso monarca cuyo poder avasalló más de la mitad del mundo civilizado, pero cuya grandeza era sólo un recuerdo como bien lo decía el Patriarca Hardiano.

La obra apostólica de Judas, impulsado y fortalecido por Ada, alcanzó vastas proporciones, y fue una hermosa imitación de la realizada por el Divino Maestro en aquella misión de Damasco referida en "Arpas Eternas" y que nuestra dulce Adita jamás pudo olvidar: la liberación de los esclavos, el mejoramiento de sus condiciones de vida y la redención de los delincuentes, retenidos en duros calabozos a causa de su vida delincuente.

En Pasagarde y Susian, Ada logró establecer la *Santa Alianza* por el estilo de la que el Maestro fundó en Palestina.

La unión de almas en un místico desposorio de amor, de confianza y ayuda recíproca, hizo de Judas y Ada, dos heraldos infatigables que con la palabra y con el ejemplo de sus vidas consagradas al bien de sus semejantes, llevaron a Persia una elevación moral que perduró en varias generaciones.

TOMAS DE TOLEMAIDA

En los jardines místicos del gran Maestro Nazareno, vemos almas de muy diferentes grados de evolución, de tonalidades diversas y de distintos modos de comprender y de apreciar todas las cosas.

Sólo un prodigio de amor podía mantener la uniformidad, la armonía y la paz entre los fieles amantes de Jhasua el Cristo.

En nuestro relato llega el turno al apóstol Tomás, el tercero en mayor edad después de Pedro.

www.formarse.com.ar

Austero en su vida y honrado a carta cabal, tenía en su carácter la disposición marcada y muy espontánea para el más minucioso análisis en todo cuánto veía realizarse en torno suyo. Que en cuanto a lo que pudiera realizarse fuera del alcance de su vista y de su percepción, lo ponía siempre en duda a pesar de las afirmaciones verbales que le hicieran sus hermanos de ideales.

Y el Divino Maestro teniendo en cuenta esta modalidad de Tomás, esquivaba el llevarle consigo cuando sabía que debía realizar obras espirituales que requerían el concurso de los pensamientos afines al suyo propio.

Y en los dos primeros años del apostolado del Cristo, no pudo nunca ver Tomás por sus ojos un prodigio de los muchos que realizó el gran Taumaturgo.

Hasta que un día se atrevió a interrogarle sobre el particular.

— ¿Cómo es Maestro —le preguntó Tomás— que todos mis compañeros han sido testigos de las maravillas que obras en enfermos incurables, y en toda clase de males que sufre la humanidad, y sólo yo no he podido presenciarlas?

El Maestro sonriendo afable según su costumbre, le contestó:

—Mientras sea tu pensamiento una fuerza negativa dura y tenaz, podrás pasar toda tu vida sin verlas.

—Eso significa que yo no podré llegar nunca al Reino de Dios —dijo el apóstol en un tono de decepción y de tristeza.

—Creas o no creas en que hay en la creación de Dios fuerzas capaces de realizar obras estupendas, si vives conforme a la Ley Divina podrás llegar al Reino de Dios —le contestó el Maestro. Y aún añadió—:

Tu vida espiritual será más árida, y desnuda de las puras y dulces emociones que experimentamos todos los que tenemos el don divino de la fe, esa sutil luz interna que nos permite aceptar, antes de que los ojos vean, las realizaciones que la Divina Bondad permite a las débiles fuerzas del alma encarnada.

Debido a estas discretas lecciones privadas del Divino Maestro, el Apóstol Tomás consiguió eliminar gran parte de las fuerzas negativas que se hacían sentir tenazmente en su mundo interno. Y así pudo presenciar algunas de las grandes realizaciones obtenidas por su Maestro, en diversas circunstancias de su vida extraordinaria de consagración al bien de sus semejantes.

Y la vida apostólica de Tomás fue la que por lógica debía ser; de gran esfuerzo de su parte, y de compensaciones escasas y hasta mezquinas, de las que recogía entre piedras y guijarros, flores y frutos para los demás.

Cuando Judas y Ada desenvolvían activamente su apostolado en Persépolis, se encontraron con Tomás que se hospedaba en la Escuela de Baltasar establecida en esa ciudad.

Largas confidencias entre ambos apóstoles del Cristo, dieron oportunidad a que tanto el uno como el otro tomaran decisiones importantes para anular en sí mismos sus propias deficiencias en forma que Judas Tadeo pudo decir:

—He dejado a un lado del camino mis vacilaciones que hasta hoy me habían impedido ser en la obra de nuestro Maestro lo que El espera de mí.

—Y yo —pudo decir Tomás— voy consiguiendo anular mi inveterada costumbre de anteponer mis dudas a toda realización que esté por encima de la percepción de los sentidos físicos.

Podemos decir, con profunda verdad, que estos dos apóstoles del Cristo fueron los que mayores vencimientos de sí mismos hubieron de realizar para ponerse a la altura de los anhelos de Aquél que les había elegido para extender por la faz de la tierra su maravillosa doctrina del amor fraterno.

Poco tiempo permaneció Tomás en Persépolis, pues quiso acompañar al Maestro Abbas, sucesor de Baltasar en un viaje de visitas a otras escuelas suyas al oriente de Persia, desde donde pasó a k Escuela central fundada por Gaspar en la falda del Monte Suleyman junto a los torrentes del Indo.

La India legendaria y misteriosa, la India de Chrisna y de Buda con su misticismo profundo y extático fue para Tomás de una tan poderosa atracción que no quiso más apartarse de ella y estableció su escuela cristiana en la ciudad de Kalamina **(1)**, que vio con asombro los heroicos esfuerzos de aquel solitario por establecer el reino del amor bebido a raudales del corazón de su excelso Maestro.

"No está bien que el hombre esté solo" estaba escrito en los antiguos libros sagrados en los que vibraba el genio de Moisés, y el amor salió al encuentro de Tomás en la persona de una monja budista, superiora en un Monasterio que florecía de amor y de paz perdido entre bosques y montañas.

Era aquella mujer una especie de Matriarca Kobda, y era también la reencarnación de la austera y dulce Gautami, que fue tía materna de Buda.

www.formarse.com.ar

El encuentro al parecer casual no podía ser más benéfico para el apóstol de Cristo, que a la diáfana claridad de tan magnífica estrella, la nebulosa oscura de sus dudas se desvaneció para siempre.

La llamaban Madre Adavana y estaba en verdad dotada de amor de madre y de sutiles claridades de hada.

Pisaba ya el umbral de la ancianidad, pero una ancianidad tan gloriosa, tan fecunda en pensamientos luminosos, en obras que eran eflorescencias de amor, de esperanza y de fe, que Tomás pensaba y decía:

—El corazón de mi Maestro palpita en el pecho de esta mujer que piensa, habla y obra tal como si fuera El mismo.

De este feliz encuentro de almas resultó la fusión admirable de los principios sustentados por Shidarta el místico ermitaño de Benarés, ron los principios emanados del arpa cólica que fue en Palestina, Jhasua de Nazareth.

Enamorado ferviente de ambas personalidades del Cristo, Tomás solía decir en sus místicas confidencias con la madre Adavana:

—Mi corazón es una rosa bermeja con Jhasua, y un loto blanco con Shidarta el Buda. No sabría decir en cual de los dos encuentra mi espíritu más grandiosas explosiones de luz y de amor.

Y la suavísima voz de la madre Adavana le contestaba:

—Háblame tú del *Bayaiat* de las rosas bermejas y yo te hablaré del *Bagavat* del loto blanco, y estoy bien segura que en ambos encontraremos tú y yo toda la luz y la gloriosa felicidad del Nirvana. **(2)**

Era siempre al caer de la tarde que Tomás se dirigía al Monasterio de la madre Adavana, a la cual encontraba sentada en su clásica alfombra al pié de un inmensa palmera, el más anciano árbol, según ella, del hermoso bosque de plátanos, de moreras y de vides que cubría por completo al edificio centenario donde se cobijaban cuarenta y siete monjas, entre las cuales había ancianas, de edad media y algunas muy jóvenes y que provenían de muy diversas posiciones sociales.

La encontraba siempre hilando algodón que cultivaban ellas mismas en el inmenso huerto por el cual pasaba un brazo del río Kelnaind.

Las monjas jóvenes sembraban y cuidaban las hortalizas, los secaderos de frutas, las plantas medicinales, los jardines, la limpieza de los patios y senderos. Las de edad media condimentaban los alimentos, y confeccionaban las túnicas y demás vestiduras, y las ancianas hilaban y tejían en telares los lienzos con que se cubrían.

Vestían todas de burdo lienzo color del cáñamo, y para los momentos solemnes se cubrían de la cabeza a los pies con un manto de lienzo amarillo. Allí no aparecían muebles sino esteras tejidas por ellas mismas o pieles de cabra y de oveja con lo que estaban formados los lechos sobre pequeñas tarimas de madera.

La vida de aquellas mujeres era de oración, trabajo y silencio.

Moderadas expansiones entre ellas les estaba permitida. Con los visitantes de fuera, eran muy afables y bondadosas, en especial con los familiares de cada una, que eran considerados como familiares de todas ellas.

En extremo generosas con amistades y parentela, todos disfrutaban del huerto de las Monjas de Kalamina, de sus jarabes de frutas, de sus pomadas y licores curativos, de sus quesos de cabra, de cuanto ellas fabricaban para su propia alimentación.

Todo esto era el asombro de Tomás, y comenzó a surgir en él la idea de que también los seguidores de su Maestro debían tener instituciones semejantes que estaban muy a tono con el ideal divino de fraternidad humana soñado por El.

—Pero ¿es posible —preguntaba el Apóstol a la madre Adavana— que estas jovencitas que a lo sumo tendrán veinte años, se adapten para toda su vida con el apartamiento y austeridad en que vivís?

— ¡Oh no!... —contentaba ella sin suspender ni por un momento su trabajo—. De todas éstas que veis, acaso no quedarán más que tres o cuatro. En diez años de prueba, ellas van midiendo sus fuerzas. Y apenas comenzado el año tercero ya vamos sabiendo las golondrinas que volarán al mundo exterior y las que podrán quedar al abrigo de nuestro huerto.

No todas pueden matar ti deseo de los goces de la vida, ni pueden todas sentir la dulzura inefable que se esconde en el renunciamiento a todo cuanta es halago de los sentidos en perjuicio del yo interno.

(1) Hoy, Kandahar.

(2) Bagavat significa "bienaventurado", como "Nirvana" es el Reino de Dios, anunciado por el Cristo.

www.formarse.com.ar

Aquí no deben quedar sino aquellas que no sienten la inclinación a la maternidad, porque nuestro Señor -Buda quiere la reverencia a la maternidad, y que haya en el mundo innumerables madres capaces de hacer de sus hijos servidores inteligentes de Brahama y de la patria. Si no las hay ¿qué sería de la vida y de las criaturas de la tierra si todas ellas son ignorantes y malvadas?

El celibato como medio de santificación y como sendero que conduce *ni* Nirvana, no puede ser abrazado sino por aquellos en quienes se apagó el fuego de los deseos.

Aquí aprendemos todas en la juventud a ser útiles, abnegadas, bondadosas, valientes y sumisas a la voluntad soberana de Brahama manifestada en las enseñanzas de nuestro señor Buda,

Y podéis estar cierto de que salen de nuestros Monasterios las mejores, esposas y madres que pueden desear para sus hijos los nobles guerreros que defienden el honor de la patria, y los labriegos que la engrandecen con el arado, y los artistas de la lira y el pincel que la embellecen con sus cantos y la glorifican con sus creaciones en el lienzo, o en la piedra.

—Si fuerais tan bondadosa que quisierais enseñarme —dijo Tomás— el secreto de todos los renunciamientos necesarios para obtener cuanto antes la paz de vuestro Nirvana, ¡sabed que mi corazón os lo agradecería tanto!...

—Y ¿acaso no os lo enseñó el *Bagavat* de las rosas bermejas?... —preguntó con tierno acento la amorosa monja—. Lo enseñó tanto a sus monjes el Señor Buda al igual que lo habrá enseñado vuestro Señor Jhasua. ¿No será mi hermano, que vos no estáis llamado a esa desnudez espiritual que renuncia a todo para conquistarlo todo? ¿No será que aún alienta en vos el ansia de compensaciones de un orden o de otro, pero siempre dulces y queridas al corazón de carne?

—Puede que sea como vos decís Madre Adavana.

Todo mi tiempo al lado del gran Maestro lo he gastado en analizar cuanto veía y oía, todo cuanto desfilaba ante mis sentidos, y acaso no me he preocupado de analizar mi mundo interior, al que seguramente he dejado lleno de polvo y telaraña como un castillo abandonado en que anidan los búhos y los murciélagos.

A la luz de vuestros razonamientos, empiezo a comprender esto como no lo había pensado antes. Y una nueva claridad parece encenderse en mi horizonte.

Debo haber causado preocupaciones y dolor a mi Maestro con mis audaces dudas y desconfianzas crueles. Acaso las estoy causando también a vos santa mujer que bien pudieras ser la última luz que enciende el Maestro en mi camino para salvarme de mí mismo. Temo ser incorregible.

—Hermano Tomás —dijo la monja con pausado y suave acento—. Yo soy hija de nuestro Señor Buda y siguiendo su ley he aprendido a tener paciencia con la niñez revoltosa, con la juventud enloquecida por las tempestades del corazón y con la madurez de la vida física que no llegó a las cumbres del conocimiento de sí mismo y menos aún de los demás.

Y ya que iniciáis a lo que veo el camino de; las confidencias íntimas, yo os sigo por él y penetro con vos en vuestro castillo abandonado en que tejen sus telas las arañas y anidan búhos y murciélagos según vuestro decir.

Y os pregunto ¿cómo es posible que teniendo a vuestro lado tan potente lámpara encendida hayáis permanecido a oscuras? ¿Cómo es posible que teniendo junto a vos esa llamarada viva de fe y de amor, no os hayáis consumido en ella, ni hayáis sentido su calor lo bastante para quemar las telarañas de vuestro castillo interior, y espantar los animales propios de las ruinas y de los sepulcros?

¿Qué ruinas y qué sepulcros son esos que forman a vuestro alrededor como un muro infranqueable?

Hubo un momento de penoso silencio en que sólo se oían los golpecitos de la rueca y el huso que bailaban como duendecillos traviesos junto a las rodillas de la Madre Adavana sentada en su alfombra de esparto, mientras Tomás retorcía las borlas de seda del abultado almohadón en que estaba sentado.

— ¡Oh! ¡Los sepulcros y las ruinas están alrededor de todo hombre que ha pasado los cuarenta años sin amor, sin hogar, sin familia! —contestó por fin Tomás haciendo un penoso esfuerzo

—Y ¿a quién culpáis de no tenerlos? —preguntó la monja. —A nadie Madre Adavana, más que a mí mismo. Perdí a mi madre en mi adolescencia, y casado de nuevo mi padre con una mujer de grandes ambiciones, nos vimos todos empujados por ella a la vida febril e inquieta del comerciante en grande escala, que aspira a acrecentar su fortuna en breve tiempo. Y así fue que en conseguirlo, gastamos lo mejor de nuestra vida, de nuestras energías y aptitudes.

Absorbido en absoluto por tan febriles actividades, he olvidado al amor, a las ternuras del hogar y la familia, a todo lo dulce y suave que tiene la vida.

www.formarse.com.ar

Los pagarés, las letras de cambio, el *debe* y el *haber* han consumido mi vida hasta el momento en que como un árbol casi seco fui invitado a visitar al Maestro que difundía la dulzura divina de su amor en las orillas risueñas del Mar de Galilea. Y cuando oí que me decía El al verme: "¡Yo te esperaba! ¡Cuánto tardaste en venir! ¡Eres el último que ha llegado!"... sentí tan fuerte sacudida en mi conciencia como si me sintiera culpable de un espantoso crimen que se descubría en ese instante.

Dejé el comercio y me uní a los que seguían al Maestro. Lo reconocí grande, inmenso en su amor, en su fe, en su consagración absoluta al bien de sus semejantes, pero nunca pude participar o compartir ese algo divino, celestial que deben sentir las almas iluminadas por no sé que claridad superior que yo no he sentido nunca...

— ¡Iluminados por el amor! —Dijo como un axioma de bronce la monjil budista—. ¿Crees acaso que el *Bagavat* de las rosas bermejas hubiera podido llenar el mundo con sus obras de amor si no lo hubiera sentido El en sí mismo con la fuerza avasalladora que hace los héroes y los santos, que lleva hasta la muerte en un cadalso, si con ella puede afirmar en la conciencia de todos el ideal que le ha deslumbrado?

Tú no has sentido nunca al amor cantar como un ruiseñor en tu corazón. Tu absoluta entrega a las frías y a veces egoístas especulaciones comerciales secaron tu corazón y aún no has podido hacerle revivir de nuevo.

¡Oh hermano Tomás!... ¡Cuando el divino ruiseñor de los cantos inmortales no logró hacerse sentir de ti, mucho temo que no puedas despertar en largo tiempo del pesado sueño en que te has dormido!...

La voz de la monja temblaba como en un sollozo, y sus ojos negros de dulce mirar se cristalizaban de llanto.

— ¡Estás casi muerto! —añadió como en un gemido—, y me parece estar oyendo una voz entristecida que se queja en lo hondo de mi misma diciéndome: "Deja a los muertos enterrar a sus muertos".

— ¡Oh no por piedad! —clamó Tomás—. Esas palabras las decía mi Maestro cuando alguno le oponía como obstáculo para seguirle, los negocios que tenia entre manos. Y cansado de luchar conmigo, os dice a vos Madre Adavana que me dejéis como a un muerto en esta sepultura que yo mismo abrieron mi propio corazón.

La dolorosa vibración de sus palabras, produjeron en el apóstol un hondo dolor y sin poderlo evitar, se cubrió el rostro con ambas manos, y un áspero sollozar se oyó en el silencioso huerto del Monasterio budista.

La monja dejó entonces el huso y la rueca, cruzó sus manos sobre el pecho, cerró sus ojos llenos de lágrimas y con su frente inclinada al suelo, se entregó a la oración.

Ni Tomás ni ella midieron el tiempo que transcurrió, llorando él a sollozos mal contenidos, y orando ella silenciosamente.

Una campana había sonado a lo lejos, y todas las monjas cubiertas de mantos fueron llegando a la oración de la tarde que se hacía bajo los árboles del huerto a la última claridad del sol que se hundía agonizante en su sepulcro de rosas.

Ni un rumor, ni una palabra que anunciara la vida entre aquel numeroso grupo de seres vivos, pero si hubiera podido ver Tomás la febril actividad de todos aquellos pensamientos vibrando al unísono en intensa súplica al Señor Buda por el extranjero que lloraba, su corazón hubiera despertado al amor que nunca sintiera, y a la fe serena y lúcida que ve, siente y percibe los prodigios que obra el amor verdadero en los mundos, en las almas, en los seres todos del vasto universo.

Y el alma buena de Tomás se despertó por fin.

—Lloras porque ahora sientes —le dijo la dulce monja cuando la oración hubo terminado—.

Coronad de lotos vuestras cabezas hijas mías, y tañed vuestros laúdes — dijo a las jóvenes del coro—, porque este hermano estaba muerto y nuestro Señor Buda le ha resucitado. ¡Estaba en tinieblas y ahora tiene la luz!..,

Lloraba en un desierto sin agua y sin flores, y el Bagavat de las rosas bermejas las hace florecer en su camino. Tañed vosotras los laúdes, y vosotras mis hermanas traed aquí las viandas del festín de las bodas místicas, porque este hermano ha encontrado al Amor, y es éste un acontecimiento que hemos de Celebrarlo junto con los ángeles y santos que brillan como estrellas en el dulce Nirvana donde todo canta al Amor.

Tomás miraba todo sin poder hablar como si se hallara sumergido en una hipnosis consciente Los laúdes comenzaron a vibrar en una soñolienta melodía, y las monjas mayores colocaban sobre mesitas que no tenían más que un pié de altura, blancos mantelitos y cestillas con pan y frutas del huerto, que era el gran festín de las bodas místicas como había dicho la Madre Adavana.

Ella compartió su mesita con el Apóstol, y al final, y como un obsequio de excepción, hizo que sirvieran en escudillas de barro cocido, jarabe de moras con miel que era lo más delicado y fino que se permitían en sus frugales cernidas.

www.formarse.com.ar

Por tan sencilla demostración de amor, aquella ignorada monja, reclusa en su monasterio perdido entre montañas, despertó el corazón de Tomás a las dulces y divinas emociones del amor místico que abre los cielos de luz a las almas adormecidas en el oscuro laberinto de los afanes groseros de la materia, cuando ellos han absorbido todas las actividades del espíritu sin dejarle momento libre para tender su vuelo al Infinito imperecedero y eterno, origen y fin de sus gloriosos destinos.

La Madre Adavana no era alma nueva en la iluminada pradera de la vida espiritual. En la lejana época de la Fraternidad Kobda que hizo florecer el amor fraterno en tres Continentes, fue la Matriarca Merik, instructora de la reina Ada compañera de Bohindra, y de todas las Berecinas que buscaron en el Santuario de la Paz a orillas del Eufrates, el despertar del alma y la paz del corazón.

LOS SIETE DÍAS

Después de las escenas que acabo de relatar, el apóstol se despidió de las monjas y prometió continuar sus visitas con el fin de recibir las lecciones de la Madre Adavana. Ella le dijo así:

—Puedes venir siete días consecutivos a la meditación de la tarde, y durante ella, antes o después, recibirás cuanto necesitas del mundo de los Devas a fin de ponerte en las condiciones precisas para llevar a las almas hacia la Luz Suprema. Mis hermanas y yo haremos cuanto nos sea permitido por la Ley para ayudarte en tu tarea de misionero.

Cuando Tomás se halló de nuevo en su habitación de la Escuela de Gaspar, sintió que había renacido al contacto del alma luminosa y pura de la anciana monja budista. Pero esto no podía durar.

Gaspar ya muy anciano, le hizo llamar a su celda que era una sala con sus paredes cubiertas de estantería llena de cartapacios, de rollos de papiro, de telas enceradas, plaquetas de madera, de piedra, o de arcilla.

Era aquello como un monumental Archivo en que estaba encerrada gran parte de la historia de la evolución humana.

—Te llamo hacia mí —le dijo— porque el amor del Avatar Divino que he seguido desde la cuna hasta el altar del sacrificio, me obliga a desbrozar cuanto puedo tu camino a fin de que no tropieces y caigas en las tinieblas creadas por la ignorancia humana alrededor de una luz deslumbrante.

La incomparable luz de Shidarta-Buda, de tal manera deslumbró a los pequeños seres humanos que hicieron alrededor de ella una selva de afirmaciones tenebrosas, que hoy espanta a las mentes lúcidas de la hora presente. ¿No lo hicieron así mismo los atlantes con la Sabiduría de Antulio, el Buda excelso y radiante de aquel continente desaparecido?

Te aconsejo pues no pretender desenvolver ninguno de los rollos de papiro que quieran poner en tus manos. Los verdaderos principios de Shidarta están muy lejos de aquí, en el más antiguo Monasterio de Nepal.

Mucho oro y mucho esfuerzo he gastado en conseguir revisarlos y sacar una copia para lo cual me exigieron un terrible juramento de no pretender jamás divulgarlo.

La ortodoxia, la disciplina y las penalidades de los Brahamanes, son duras y terribles.

Antes hubiéramos podido arriesgar la vida misma por difundir la filosofía budista, lógicamente explicada y comentada como único medio de llevar la luz a la humanidad.

La sabiduría de Antulio fue desfigurada y deshecha; igualmente lo fue la de Moisés y la de Buda. Pero la postrera venida del Avatar Divino a la tierra ha simplificado al último extremo toda la ciencia de Dios, de la vida y de la» almas, de los mundos y del universo todo, lo cual hace innecesario el esfuerzo mental que significa el pretender encontrar las perlas legítimas entre una enorme ciénaga en que depositan sus asquerosas larvas los reptiles y los insectos. Escucha pues con docilidad infantil a la Madre Adavana que es hermana de un Brahaman del Supremo Consejo en la India budista y que fue ella el instrumento elegido por la Ley para que yo encontrase la verdadera doctrina de Buda que en nada contradice la de tu Maestro el Profeta Nazareno. El Monasterio que ella gobierna es budista de Buda, no de los Brahamanes.y está excomulgada por ellos. Yo la saqué del calabozo a que la habían condenado para toda su vida, y yo la hice pasar por muerta cuando sólo contaba treinta años.

Tiene ahora sesenta y siete que son otros tantos escalones de una vida de santa, en la cual ha sido luz, esperanza y fe para innumerables almas.

—Me ha pedido —dijo Tomás— que concurra siete días consecutivos a la oración de la tarde en los cuales conseguiré cuanto necesito para cumplir a la perfección el apostolado del Cristo mi Maestro.

www.formarse.com.ar

— ¡Oh!...¡ Los siete días de la Madre Adavana son siete días de *Dyana* **(3)** sublime y verdaderamente celestial! Los concede a todos los seres que acuden allí en procura de paz y de conocimientos de orden espiritual.

De estos siete días saldrás conociéndote a ti mismo, y conociendo además todas las alternativas de la mente y del corazón de aquellos que quieran escuchar tu enseñanza y busquen ser tus discípulos. No necesitas decirle nada, porque ella sola lo descubre todo en los rasgos de tu fisonomía, en las líneas de tus manos, en el brillo de tus ojos y en el giro que das a tus miradas.

Y cuando hayan pasado los siete días, ven a verme nuevamente y podrá decirme si hay exageración en mis palabras.

Ya supondrá el lector que con tal recomendación, el apóstol Tomás sintió como si le hubiesen puesto a su frente *un* gran espejo mágico en el que podría encontrar reflejados todos los enigmas de la vida, de las almas; todos los impenetrables misterios de la Infinita Potencia Creadora.

Y parodiando la dulce frase de Jhasua-niño, tan conocida de todos los que le amaron decía: "Ahora sabré de verdad cómo es el Padre Celestial porque me encontraré con El en el Monasterio de la Madre Adavana.

"Más, para este maravilloso encuentro tengo que prepararme debidamente sometiéndome a un minucioso análisis de mí mismo".

El apóstol dejó pasar tres días que empleó a la vez en ayudar a los trabajos manuales a que se dedicaban en la Escuela de Gaspar y a las copias de manuscritos antiguos, a estudiarse a sí mismo tratando de comprender lo justo de lo injusto, lo perfecto de lo imperfecto, lo necesario de lo superfino, lo verdadero de lo ilusorio y fugaz.

Y como en este detenido estudio se encontrase a sí mismo demasiado desnudo de cualidades superiores, demasiado débil en su fe y algo perpleja su voluntad para emprender con valor y firmeza el camino de la cumbre que él creía debiera ser la meta de las aspiraciones de un apóstol de su Maestro, tuvo la idea de no volver al Monasterio de la Madre Adavana hasta que se encontrase digno de ocupar el tiempo y la atención de aquella dulce mujer que era una estrella en el cielo de los justos, mientras él era un pobre ser apegado aún a muchas pequeñeces y bagatelas de la vida.

Y los discípulos del anciano Gaspar le veían llorar en las horas de meditación.

Y los hortelanos y cultivadores de los huertos, le veían desde el amanecer, azadón en mano, removiendo piedras y abriendo surcos que en línea recta seguía y seguía hasta dar con el muro exterior, que separaba la tierra de la Escuela, de los huertos vecinos que se extendían por el fértil valle regado por los innumerables brazos del gran río Indo.

Creía haber perdido todo el tiempo de su vida corriendo primeramente tras el fantasma de oro de la fortuna; después en dudas y cavilaciones en extremo sutiles y engañosas respecto de las obras prodigiosas que hizo su Maestro sin poder acertar con las causas y orígenes que pudieran producirlas. Y desde lo más hondo de su espíritu se levantaba a intervalos este pensamiento:

¿Por qué no pudo evitar la espantosa muerte de infamia que le dieron sus enemigos?

Y ya en lo alto del Reino de Dios conquistado con sus méritos, ¿por qué no salvó a Santiago y sus compañeros de la espada asesina del Sanhedrín, y a Stéfanos de caer bajo la espantosa lapidación que hizo de su belleza y gallardía un saco de sangre y huesos rotos?

El nos amaba entrañablemente a todos, y si a éstos les dejó perecer, ¿como puedo explicarme ese soberano poder para hacer tantas prodigios, y no pudo salvar a quienes se exponían a la muerte por El?...

(3) En lenguaje budista, significa éxtasis.

Y Tomás caía entre los surcos que acababa de abrir, hundía su frente sudorosa en la tierra húmeda y exclamaba:

— ¡Tierra madre que cubrirás un día mi cadáver y reducirás a polvo mis huesos!... ¡Acaso sabes tú más que los hombres; y mostrándome los secretos de tu seno, podré llegar a conocer mis propios secretos, y los secretos de la vida y de los complejos sentimientos de los que viven y mueren entre éstos que se llaman criaturas humanas!

Vio de pronto un lagarto madre que salía despavorido de su cuevita en la tierra a donde ya llegaba su azadón, y el pequeño reptil llevaba sobre su lomo un hijuelo recién nacido pues que su pielcita aparecía casi blanca.

www.formarse.com.ar

Vio insectos que arrastraban penosamente la burbuja de lanilla en que depositaron sus huevos en el seno de la tierra a fin de salvarlos de su azadón que invadía tan atrozmente sus humildes refugios. Vio plantas silvestres que nadie había sembrado y que no obstante florecían y aún daban a las abejas y a los picaflores, el néctar de sus corolas.

Vio a las aves del campo recoger con el pico las yerbas secas que su rastrillo removía para formar en el ramaje de los árboles un nidillo abrigado para sus hijuelos

Y el apóstol sumido en hondas meditaciones rememoraba las palabras oídas a su Maestro:

"Hasta las más ínfimas criaturas de Dios cumplen sin rebeldías la suprema ley de la naturaleza y de la vida o sea el amor de unos a otros; ese amor creador que es vida, armonía y belleza en todo cuanto existe. Y sólo la criatura inteligente, el hombre, osa rebelarse contra esa fuerza eterna y divina y se atreve a preguntar, e inquirir cómo, por qué y cuándo ha de resolver todos los profundos enigmas que le rodean".

"Acabo de descubrir que soy menos que estos pequeños seres que obedientes a su ley, se esfuerzan y sacrifican por los que aman. Les alimentan, les procuran abrigo, les ayudan a vivir, le salvan de los peligros, en suma, les aman, y por amor hacen todo cuanto hacen.

"¿No será que mi Maestro también por el amor realizó sus estupendos prodigios? Yo nos los vi, pero sé de cierto que los hizo. ¡Vi los leprosos curados, los paralíticos que andaban, los ciegos que veían, cadenas que se rompían para dar libertad a los esclavos!

"Entonces ¿qué cosa es el amor? ¿Es fuerza, es poder, es energía?" El apóstol se oprimió la cabeza entre las manos y guardó silencio. Separándolas luego, dejó al descubierto sus ojos de los que corrían gruesas lágrimas.

"Me veo como un árbol seco —pensó— como un trozo de piedra de estos que hago rodar al remover la tierra. No soy capaz ni aún de creer lo que otros pueden hacer. El amor es fecundo en hechos grandes o pequeños. El amor es creador de millares de formas, de seres, de cosas, de obras. Soy en verdad un ente inútil, una vida sin prolongaciones de ninguna especie. Mi corazón se! secó entre las barrillas de oro, entre las letras de cambio, e*n* el torbellino de las especulaciones financieras... ¡Y así he llegado al ocaso de la vida!...

"¿Qué hice Maestro junto a ti que eras el amor hecho hombre, y no aprendí a amar ni aún como estas aves, como estos insectos, como estos reptiles?" Tomás se sentía agotado no sólo por tanto esfuerzo físico como había hecho sino por el profundo decaimiento moral que su propia insuficiencia le causaba.

Se dejó caer extenuado bajo la sombra de un árbol y deseó morir a la vista de su propia incapacidad. Un discípulo de Gaspar se llegó hasta él y le dijo:

—Acaba de llegar un mensajero de la Madre Adavana que te espera esta tarde a la oración. Y está grandemente extrañada de que no hayas aún comenzado la oración de los siete días que ella te ofreció.

— ¡Cierto! —dijo como despertándose de un sueño—. Ya lo había olvidado. Dile que iré.

—No —contestó su interlocutor—. Ven a decírselo tú mismo porque así le llevará la palabra tuya que la Madre espera. —Bien, vamos allá.

—Veo que no estabas enfermo —dijo el mensajero al verlo—. La Madre Adavana sufre por vos. Yo soy un discípulo suyo y no puedo consentir que un extranjero a quien ella ama, la haga así padecer.

— ¿Qué ella me ama? —preguntó muy asombrado Tomás—. ¿Y por qué ha de amarme?

— ¡Hombre!.. ¿De dónde has salido tú que no sabes que toda alma entregada a la vida espiritual es una lámpara de amor que no se apaga jamás? Te ruego vestirte convenientemente y seguirme ahora mismo porque no volveré al Monasterio sino contigo.

Tomás le miró casi con espanto- Rajó la cabeza y le contestó: —Está bien. Te sigo ahora mismo.

Y así fue como este apóstol de Cristo comenzó en los siete días de oración la iluminación de sí mismo, que le hizo identificarse con el ideal divino que había abrazado.

Cuando la Madre Adavana le vio llegar hasta la sombra de la encina bajo la cual ella hilaba sentada en su estera, levantó sus ojos profundamente tristes y le preguntó:

— ¿Qué mala influencia endureció tu corazón hasta ser capaz de hacerme padecer tanto?

Tomás la oyó, la miró y mudo, sin palabra, se arrodilló ante ella y se inclinó hasta besar una de sus manitas morenas que no cesaban en su trabajo ni aún cuando sus ojos lloraban.

—Me creí indigno de volver a vos, Madre Adavana, a causa de mis deficiencias morales que son muchas y grandes —pudo al fin decir Tomás sentándose también sobre la estera,

— ¿Y creías que huyendo te hacías más digno?

Tú me encontraste sin buscarme. Ni aún sabías que yo existía en el mundo, como tampoco lo sabía yo.

Pero la Luz Eterna tiene mil ojos en cada uno de sus rayos, y es hermana de la Ley inexorable que marca las rutas a los mundos y a las almas. Tú debías encontrarme en tu camino y yo debía ser instrumento de la Ley para ayudarte a recorrerlo sin tropiezos. Al ver yo tu inconsciente alejamiento, sufrí por tú desviación y porque me impedías cumplir mi parte en el mandato de la Ley.

En acuerdo con ella, hemos marcado nuestro sendero antes de tomar la materia que revestimos. No tenemos ningún derecho a faltar a la palabra empeñada como espíritus libres en el mundo espiritual.

Además, si la Ley te ha unido espiritualmente a mí, toda unión significa un vínculo, una atadura, una alianza. Esta torpe humanidad sólo comprende la unión carnal, marido y mujer, madre e hijo, hermano y hermana... nada más, la sangre y la carne que se tornan polvo en el sepulcro. ¿Y acaso la unión entre las almas, eternas como la Causa Suprema que las sacó de Sí misma, no vale nada, ni merece siquiera la atención de los mortales?

Debes tú saber que en este Monasterio poseemos una copia de las "Escrituras del Patriarca Aldis" y copias de las "Crónicas Antulianas" traídas por nuestro Patriarca Gaspar, de los Santuarios Esenios de tu tierra natal.

Y por tanto sabemos que Antulio decía: "Los afectos originados solamente en vínculos carnales, mueren, como muere toda carne- Los afectos y alianzas de las almas, son eternos como eterna es el alma, hija de Atman Supremo sin principio ni fin".

Y la vida de Abel no fue más que un continuado y sublime poema de amor con almas amantes y amadas por él desde inmensas edades.

Y Chrisna decía a su vez: "No cometáis el delito de separar lo que unido fue por el Altísimo".

Y nuestro señor Buda decía con su palabra y con los hechos de su vida toda: "La única gloria que quiero y que nadie puede disputarme es este amor sin límites que me abrasa el alma"...

¿Has comprendido bien todo esto, discípulo de Bagavat que fue el amor en forma de hombre?

—Lo he comprendido Madre Adavana, y lo encuentro vivo en vos que eres el amor en forma de mujer —le contestó conmovido el apóstol.

La monja dio dos palmadas y apareció una joven monja que se inclinó ante ella.

—Avisa que ya *es* la hora —dijo y guardó el huso, la rueca y el algodón.

Se sintieron siete campanadas lentas, suaves y lejanas.

Y llegaron siete monjas veladas con sus mantos color de corteza, que sin ruido ni palabras se sentaron en semi círculo alrededor de la Superiora y Tomás.

Ella pronunció en frases vibrantes de fervor y unción interior estas breves evocaciones:

— ¡Venga a nuestra mente la Eterna Luz! ¡Venga a nuestra alma el Eterno Conocimiento! ¡Venga a nuestro corazón la eterna llama de amor que abrasaba a nuestro Señor Buda!

Y toda vida pareció extinguirse en el silencio profundo que se hizo en el místico huerto de la Madre Adavana.

A Tomás le pareció al poco rato que se encontraba solo, en un inmenso campo donde no se veía otro límite que la línea brumosa en que se une el infinito azul con la tierra. Y su memoria viva como una llama ardiente le fue recordando todos los pasajes de su vida desde la niñez.

Su cuerpo estaba inmovilizado también por un suave sopor que le hacía deleitable el encontrarse a sí mismo en los actos buenos, indiferentes o malos que fueron desfilando en su recuerdo.

Pero desde el momento en que llegó su memoria a pintarle el instante de su llegada al Maestro, El le dijo. -"¡Te esperaba!... ¡Cuánto tardaste en llegar! ¡Eres el último que vino!"... Tomás se estremeció todo y comenzó a llorar silenciosamente.

Vio a sus compañeros llenos de fe y entusiasmo referirle los prodigios del Maestro entre las turbas dolientes que le buscaban, y vio su alma fría como un trozo de hielo... su lámpara interior apagada, su camarín secreto a oscuras, por donde pasaban huyendo imágenes fugitivas, imprecisas, que no se dejaban tocar y palpar con él para poder decir: *¡Creo!*

Y un grito de agonía se escapó de sus labios.

— ¡Perdón Maestro mío, Salvador de los hombres!...

La Madre Adavana levantó su velo y las otras monjas lo hicieron igualmente.

La oración del día primero había terminado aunque Tomás no podía saber que tiempo había durado.

www.formarse.com.ar

Y se oyó la suave voz de la Madre Adavana que decía:

—Te damos gracias Luz Eterna porque has iluminado nuestra mente; y el Eterno Conocimiento inundó nuestras almas, y el Infinito Amor abrasó nuestro corazón.

Las siete monjas se retiraron en silencio y la Madre Adavana y Tomás quedaron solos sentados sobre la estera, bajo la encina de las meditaciones. Ella habló primero:

—Creo que te ha sido benéfica la oración del día primero. ¿Qué has visto?

—Me he visto yo mismo desde niño hasta hoy. Y he padecido mucho porque he comprendido lo indigno que soy de llamarme apóstol del Cristo que vivió toda una vida de amor y de fe. Si soy sincero con El y conmigo mismo creo que no debo continuar desempeñando ese papel.

A Judas de Iskariot le pusieron un sustituto porque entregó al Maestro a sus enemigos, creyendo que ellos iban a elevarle al trono milenario de Israel.

Igualmente debieron sustituirme con alguien que pueda y sepa realizar entre los pueblos la obra realizada por El.

La anciana monja guardó silencio unos momentos.

— ¿Crees entonces que El se engañó al elegirte? —preguntó luego.

—Creo que *engañarse* no es la palabra adecuada en este caso. Más bien debo pensar que mi fracaso no entraría en el área visual que El tenía respecto de los elegidos.

—No lo creo así. Más bien debemos pensar que El contó siempre con las deficiencias humanas en los que había escogido para sus continuadores, a la vez que con la evolución conquistada y con el anhelo de superación de sí mismos, propio de esa evolución.

— ¿Y cómo se explica Madre Adavana, esa evolución con las deficiencias tan notables en un mismo ser?

—Se explican hijo mío en que la Suprema Inteligencia no nos da nada de regalo, sino que todo hemos de adquirirlo con la fuerza de nuestra voluntad-

Tú te mantuviste tal como eras desde la niñez. Parece que te estoy viendo de niño destrozar insectos para saber cómo alienta la vida en tan diminutos organismos, romper huevecillos de pájaros para enterarte como va formándose la vida dentro de él, y así con todas las cosas sin haber podido sorprender en absoluto el secreto de la Naturaleza y sin contar para nada con otros poderes y otras fuerzas que las puramente materiales y orgánicas.

¿No es verdad que desde niño fuiste de tal manera?

—Es verdad. Madre, es verdad. Ni que hubierais sido mi propia madre podríais haber pintado mejor mi retrato de toda la vida,

—Y dime ¿no has amado nunca Tomás?

—No he podido amar sencillamente porque he creído casi imposible encontrar quien me amase de verdad y por mí mismo.

— ¡Hombre!... Cuando todo el universo es un eterno y formidable poema de amor, ¿no podías tú encontrar el amor?

Te compadezco hijo mío, te compadezco. Eres una víctima, un mártir, y el verdugo eres tú mismo.

¡El amor es poderoso, es fecundo, es creador! Yo creo en el amor, tenga la forma que tenga, sé que palpita y que vive en todos los reinos de la naturaleza visible y en todos los planos de los mundos invisibles.

Y en nombre del Eterno Amor te digo al terminar la oración del día primero: Antes del séptimo día el amor habrá regado con sus aguas divinas el reseco y árido huerto de tu corazón.

—Que sea según vuestra palabra, Madre Adavana —dijo el apóstol a media voz, en la cual se advertía desaliento, cansancio y duda.

Los últimos resplandores de un ocaso púrpura acababan de desvanecerse entre las sombras primeras de la noche cuando Tomás dejaba el Santuario de la Madre Adavana para dirigirse a la Escuela de Gaspar que se llamaba "La Santa Estrella".

Al salir del túnel abierto en el peñón que rodeaba el Monasterio, vio refulgir en la serena quietud del infinito azul la estrella vespertina y una honda emoción embargó su espíritu.

Se detuvo un momento y murmuró esta plegaria:

¡Si eres tú la que guió los pasos de Melchor, Gaspar y Baltasar hacia la cuna del Ungido de Dios, sedme propicia te ruego y guíame hacia el Amor y la Fe que han de redimirme!

www.formarse.com.ar

La paz que le inundara en la oración de esa tarde se hizo más honda, más profunda y casi paralizó sus movimientos. No podía andar. Sintió la necesidad de estar quieto, de quedar inmóvil en el sitio en que se encontraba.

Se sentó en el césped y apoyó la espalda en un peñasco. A su frente tenía el tranquilo vallecito circundado por el cañaveral de bambú cuyas brillantes hojas agitaba el vientecillo de la noche, produciendo ese suave rumor semejante a palabras a media voz entre numerosas personas, mientras el arroyo como una ondulante madeja de hilos de plata reflejaba cual un espejo la media luna blanca que emergía detrás de un peñón.

Las palabras de despedida de la humilde monja budista revoloteaban como amorosas palomas en su huerto interior: "Antes del séptimo día, el amor habrá regado con sus aguas divinas el reseco y árido huerto de tu corazón".

"¿Por qué le habría dicho tales palabras?... ¿De qué parte del horizonte podía aparecer para él la dulce estrella del amor?" Sus ojos encontraron de nuevo a la rosada Venus que parecía contemplarle en su soledad, en su aislamiento de todas las cosas, en la cenicienta penumbra de su vida fría, poblada de dudas, de incertidumbre, de interrogantes sin respuesta.

¡Pobre Tomás! ¿Quién había de amarle a él, y a quien él amaría si nadie había a su lado y se sentía solo el mundo?

Por su mente desfilaron los seres que le habían amado, las doncellas amigas o parientes entre las que pudo estar la que hubiera sido una excelente compañera de su vida, y de todas las cuales se había alejado creyendo ver intereses mezquinos en sus demostraciones de afecto y simpatía. Y ahora, en la madurez de su vida, sólo como un búho en la torre de un castillo abandonado y ruinoso, comprendía claro que había equivocado la senda, pues despreció el amor en su juventud, y se resistió también al inefable amor del Cristo que le había invitado tan dulcemente a creer, a esperar y a amar juntamente con El como El amaba en la diáfana inmensidad de su alma de superhombre.

—Yo mismo he creado esta soledad fría de muerte —decíase Tomás con serena calma—. He dudado de todo y de todos. He desmenuzado todas las flores de la vida con el estilete cruel del análisis impulsado por la eterna duda. He desgarrado el velo de la ilusión tras del cual se esconde a veces el amor y la felicidad. He apagado todas las luces pequeñas y los grandes resplandores que han querido iluminar mi vida. ¿A quién he de quejarme?

—A nadie más que a ti mismo —dijo junto a él una serena v*oz* humana que le hizo volver el cabeza, ligeramente estremecido.

En la penumbra de la noche, débilmente iluminada por lejanas estrellas y por la pequeña luna nueva, que como una pincelada de plata emergía de atrás del negro peñón, vio Tomás una blanca forma humana de pié a corta distancia.

—Quien quiera que seas, no te sentí llegar y me creía solo en este delicioso desierto —dijo el apóstol reaccionando.

—El que tiene fe y amor, nunca se siente solo-

—Es que yo no tengo ni una cosa ni otra, y acaso no podré tenerlos nunca.

— ¿Por qué?

—Porque así fue siempre mi vida; así es al presente y creo que .seguirá siendo así —contestó Tomás, sin querer demostrar su deseo ni curiosidad por conocer la identidad de su interlocutor

El Eterno Dueño de las vidas, ha fijado la hora de las grandes sorpresas, que la nuestra nos trae cuando menos lo esperamos. Y acaso esté llegando la tuya.

—Creo que antes de hacerme tan halagadores pronósticos, deberías empezar por saber quién soy y por qué estoy aquí.

—Pues porque lo sé demasiado no te lo he preguntado.

—Estoy entonces en desventaja, puesto que ignoro quién eres tú y por qué estás aquí.

—Sencillamente porque te quiero probar la sin razón de toda esa nebulosa oscura en que has envuelto tu vida. Los prodigios de amor obrados por el Mesías Nazareno te han dejado oscuro y frío como una tumba. Los has atribuido a ilusión amorosa de tus compañeros de apostolado.

La sugestión, la pesadilla, el sueño, todo ha entrado en la explicación que has querido darte a tí mismo para continuar dudando de todo.

www.formarse.com.ar

. ¿Por qué el Eterno Hacedor me habrá destinado a mí, pequeña criatura suya para hacer mil pedazos el cristal de roca de tus dudas y pesimismo injustificado? El es el Dueño. Ni tú ni yo tenemos derecho de pretender encadenar su voluntad, ni preguntar el por qué de sus realizaciones.

Tomás guardaba silencio, pero en su fuero interno cavilaba intensamente para averiguar quien podía ser aquel personaje que tan al tanto estaba de su vida íntima.

—Estoy creyendo que eres un mago que se entretiene en jugar conmigo —dijo de pronto Tomás entre risueño y receloso-

— ¡Ha llegado tu hora Tomás, apóstol de Cristo! —dijo con solemne voz el personaje desconocido.

— ¿La hora de morir? Bienvenida sea, que hace tiempo la espero —contestó el apóstol.

— ¡Nada de morir, sino de comenzar a vivir! Mírame bien. ¿Me reconoces?

Y el blanco personaje se acercó a Tomás lo suficiente para tenderle una mano que él tomó entre las suyas.

Miró con fijeza aquel rostro que se acercaba al suyo.

—Pero tú eres una mujer, y muy hermosa en verdad. Pero... perdona si dudo de tu honestidad, porque una mujer a esta hora y en estas soledades...

— ¡Ah sí... siempre la duda como el blasón de toda tu vida! Sí, soy una mujer, pero no me trae otro deseo que el de liberarte para siempre del escorpión de la duda, de la fiebre del análisis, de la esterilidad de tu vida sin amor.

Confiesa que no me reconoces.

—Lo confieso —contestó el apóstol.

Apenas lo había dicho, el personaje apareció cubierto de parda túnica y la Madre Adavana se sentó en el césped frente a Tomás.

—¡Erais vos Madre Adavana! —exclamó espantado—... ¡Oh qué prodigio me hacéis ver! ¿Qué significa todo esto?

—Significa hijo mío, que ha llegado para ti la hora de que creas lo que tu mente no ha comprendido aún por cerrarse voluntariamente a la luz divina que te ha inundado.

Mi cuerpo físico duerme en el Monasterio, pero mi alma libre te ha seguido hasta aquí, y mediante el uso de fuerzas vivas que abundan en los laboratorios del Infinito ha envuelto en materia tangible su propia esencia inmaterial para descorrer así el negro velo que ha hecho de tí el hombre-piedra, el hombre muerto que camina por el mundo como un fantasma sin alma.

¡Toca mis manos!

—Están tibias —dijo Tomás llevándolas a sus labios—. Parecen de carne como las mías. Pero... ¿cómo puedo creer tal maravilla?

— ¡Tomás! La materia nos vuelve ciegos, obtusos, nulos, si no es que la unión con la Divinidad nos ilumina en nuestras tinieblas. —Y apartó sus manos de las de Tomás—.

Mírame bien. Estoy aquí. ¿Estás convencido de que soy yo?

— ¡Oh sí, Madre Adavana!... ¿quién sino vos haría esto por mí?

— ¿Puede el escalpelo de tu análisis desentrañar este enigma? ¿Puedes continuar dudando de que hay en el universo, infinito número de verdades ocultas a la triste ignorancia de los hombres que creen saberlo todo? ¿No dudarás más?

— ¡No Madre buena!... ¡Madre santa!... Pero permitidme una palabra sola ¿cómo sabré que este no es vuestro cuerpo sino vuestra alma?

—De la manera más sencilla.

Dijo estas palabras y la Madre Adavana se había desintegrado como si hubiera sido un montoncito de humo que se llevó el viento.

Tomás se cubrió el rostro con ambas manos y lloró silenciosamente.

Miraba y tocaba después el sitio en que había estado sentada la dulce aparición. El césped estaba aún aplastado por el peso de aquel cuerpo, que a su propia vista había desaparecido.

La plegaria brotó espontánea de su corazón como un manantial largo tiempo contenido.

— ¡Maestro mío!... ¡Cristo Ungido de Dios!... ¡Acabo de descubrir el secreto de tus maravillosos prodigios! ¡Hermanos míos que lo visteis, lo creísteis y lo sentisteis, perdón por la dureza de mi corazón, por la negación de toda mi vida!...

www.formarse.com.ar

¡Pequé ante Dios y ante vosotros más que Judas, y no me arrojasteis de vuestro lado y soportasteis el latigazo de mis dudas, la frialdad de mi indiferencia!...

Cuando Tomás se sintió calmado tomó el camino hacia la "Santa Estrella", cuyas puertas se cerraban para los huéspedes poco antes de la medid noche.

La estrella vespertina, la rosada Venus le miraba desde el cenit, y a través de la jubilosa alegría que llenaba en absoluto su alma, le pareció a Tomás que la estrella refulgía en ese instante con más viva y radiante claridad.

* * *

Pasó la oración del segundo, del tercero y del cuarto día, realizada en igual forma que el primero. Una paz de cielo en la tierra inundaba el alma de Tomás en tal forma, que sentía la necesidad de compartir los recreos que por las noches tenían los solitarios discípulos de Gaspar, en cuya habitación se reunían todos en torno al sillón del anciano que escuchaba con una paciencia paternal los incidentes variadísimos que a cada uno le ocurrieran durante el día

Unos, referían escenas a veces cómicas y pintorescas entre los chicuelos desarrapados y prófugos por diversas causas, a los cuales habían recogido en el Refugio de los suburbios de Gundava que era la ciudad más cercana que les quedaba-

—Veo —dijo por fin uno de los solitarios cuyo nombre era Adabo— que mi aventura es muy original y aventaja a las vuestras.

—Cuéntala y con ella terminaremos la velada —dijo el anciano Gaspar.

—Acababa de dejar en el Refugio una viejecita que encontré llorando sentada sobre un fardo de ropas, en la fuente de los plátanos, donde los ganaderos descansan las bestias que no han podido vender en el día.

Había sido traída de los campos a la casa de una hermana suya que vivía en la ciudad. Pero la hermana había muerto de repente la semana anterior, y la infeliz anciana se encontraba sola sin un techo que la cobijara. Al verse ya segura en nuestro Refugio, me dio tantas bendiciones, tanta gratitud y felices augurios que salí de allí inundado de paz y hasta de alegría por el agradecido amor de aquella mujer.

"Soy israelita", me dijo, "y pido al arcángel Rafael que dio la dicha a Tobías que te la haga encontrar a ti".

Y apenas apartado de ella cuando ya comenzaba la penumbra del anochecer, tropiezo con una forma humana vacilante y muy cubierta de un manto oscuro, del cual salían dos manecitas blancas que tocaban las paredes como apoyándose en ellas.

La intuición me dijo que era una mujer ciega.

Hermana, le dije, si necesitas quien te guíe, dime lo que quieras, que soy de los solitarios del Patriarca Gaspar, de "La Santa Estrella". Una voz dulce como una música me contestó:

"Dios te manda, porque soy ciega y voy en busca de una pobre ancianita sin hogar". Y me refirió brevemente la historia por la cual comprendí que la viejecita que yo llevé a nuestro Refugio era la que buscaba la joven ciega.

Volví con ella y ambas mujeres se encontraron. Allí supe que la jovencita era hija de la muerta, hermana de la anciana.

La joven tendría unos veinticinco años y tenía esa belleza lánguida y suave de las mujeres sirias.

Su familia era originaria de Ribla, israelita de raza, fieles a la ley de Moisés; había nacido y crecido a las márgenes del Río Orontes. A la muerte de su padre, comerciante en sedas, se había visto obligada a ponerse al servicio de un templo de Hornero, cuyo anciano sacerdote la había hecho enseñar el arte de la música y formar parte del coro de doncellas que cantaban diariamente los versos del gran poeta de la antigüedad. A la muerte del viejo homérida, la niña había vuelto al lado de la madre viuda y se ganaba la vida dando lecciones de cítara y clavicordio, instrumentos en los que era consumada maestra.

Por la explosión de un cántaro de azufre cerca de ella había perdido la vista.

Y ahora ¿que haréis?, le pregunté.

"Aún tengo la dote que me dio como herencia el Sacerdote del Templo de Hornero y quiero entregarla a mi anciana tía y buscar mi paz de toda la vida en el Monasterio de la Madre Adavana. Adonde he ido algunas veces a acompañar en el órgano sus himnos en los días de solemnidad".

Pero tu ceguera no les permitirá recibirte, le dije.

www.formarse.com.ar

"Allí no hay egoísmo ninguno y sé que me recibirán, sobre todo si el Patriarca Gaspar dice una palabra por mí", me contestó.

—Y ¿dónde está esa joven? —preguntó el anciano.

—En la Espera del Recibidor a nuestra puerta, hasta mañana que se disponga de ella —respondió Adabo — No quedó en el Refugio, porque ella espera ir esta misma noche al Monasterio, si vos Patriarca le dais una palabra escrita para la Madre Adavana.

El apóstol Tomás había escuchado en silencio todo este relato. En los cuatro días de oración en el Monasterio su sensibilidad se había sutilizado en extremo, al igual que sus facultades mentales se habían despertado vivamente. La intuición y la percepción de los pensamientos ajenos cuando tenían relación con él mismo, le revelaban secretos íntimos, y sucesos que podían ser realidades en un tiempo cercano.

Y cuando Adabo mencionó a la joven ciega, sin saber por qué recordó la predicción de la Madre Adavana: *"Antes del séptimo día el amor habrá regado con sus aguas divinas el estéril y seco huerto de tu corasen"'.*

Trató de alejar de sí tal pensamiento, pero no lo consiguió. Antes, se fijó en su mente como un grabado a fuego y con tal intensidad que casi le hacia daño. Apenas si oyó la voz de Gaspar que decía al menor de los solitarios: Haced el favor, llevadme al Recibidor que quiero hablar a esa pobre joven.

Con asombro todos vieron al apóstol apoyar sus manos en el respaldo del sillón de ruedas en que el Patriarca pasaba los últimos años de su larga vida para conducirle a donde deseaba.

Adabo siguió al sillón que se deslizaba pausadamente por el claustro silencioso, invadido ya por la penumbra del anochecer.

En la "Espera", salita contigua al amplio Recibidor de la Escuela, vieron el oscuro bulto sentado en uno de los ángulos de la estancia.

—El Patriarca viene a ti hermana —le dijo Adabo acercándose.

El bulto cayó de rodillas sobre la alfombra que cubría el pavimento y dobló la cabeza en reverente actitud.

Adabo encendió el candelabro de siete cirios, y Gaspar levantó el espeso manto que cubría el rostro de la joven.

A la dorada luz de los cirios que llegaba apagada y mortecina al ángulo en que ella estaba, se vio la faz de cera virgen iluminada por unos grandes ojos negros que brillaban de lágrimas contenidas. El dolor supremo de la orfandad reciente y la belleza inefable de una vida pura consagrada a elevados y santos ideales, el amor filial y el culto a la armonía, se reflejaban claramente en aquella dulce y bella fisonomía.

Tomás de pié tras del sillón del Patriarca se quedó mudo y quieto como una estatua que sólo tiene ojos para mirar.

El Patriarca la hizo levantar y sentarse. No la interrogó porque ya lo sabía todo.

Sacó su libreto y su punzón y preguntó:

— ¿Cómo es tu nombre?

—Javidia de Ribla para serviros Patriarca.

—Para servir a Dios y al prójimo, hija mía. ¿Deseas ser una Monja del Monasterio de la Madre Adavana?

—Eso quiero, si me consideráis merecedora de tal favor.

Gaspar escribió brevemente en su notario y arrancando la hoja la puso doblada en la mano de la joven.

—Ya tienes lo que quieres —le dijo—. La Madre Adavana sabe lo que debe hacer contigo. Ella tiene la luz de Dios en su mente, y el amor de Dios en su corazón. Déjate guiar por su palabra que escuchándola harás la voluntad de Dios.

¿Quién la conducirá al Monasterio ahora mismo?

—Yo —dijo Adabo.

—Y yo —dijo también Tomás.

—Bien, iréis ambos con ella y diréis a la buena Madre que es mi regalo de bodas, puesto que mañana cumple cuarenta años de bodas místicas con el Monasterio del Señor Buda.

Gaspar fue conducido a sus habitaciones y momentos después caminaban los tres por la avenida silenciosa de inmensos pinos, cuyas ramas susurraban suavemente agitadas por el viento.

Al salir de la verja que daba a la senda, encontraron esperando una pequeña litera que sostenían dos corpulentos siervos. Hicieron subir a la joven, y ellos siguieron tras de ella.

La radiante estrella vespertina y la pequeña luna creciente alumbraba amorosamente el camino.

www.formarse.com.ar

¡Qué complejo mundo de pensamientos revoloteaban como pájaros asustados en el alma del apóstol de Cristo!

Sin saber por qué, sentía la alarma interior del que tiene ante sí el más extraño acontecimiento de su vida.

Adabo por su parte pensaba en que aquella joven, huérfana, ciega y sola en el mundo, no podía tomar una resolución mejor que cobijarse al amparo de aquel Monasterio donde tantas mujeres atormentadas por diversas causas habían encontrado su paz y su bienestar.

Y la pobre joven llorando en silencio la inesperada muerte de la madre que la dejaba sola en el mundo, pensaba con una sensación de seguridad y de descanso:

— ¡Gracias Señor Buda, que me libráis así de ese mal hombre que viéndome sola, quería hacer de mi persona y de mi música, un harapo de fango, para ganar dinero sin trabajar!

Así pensaban nuestros tres personajes, mientras los arcángeles de Dios que encaminan y protegen la evolución de las almas y cooperan al cumplimiento de los designios secretos de la Ley Eterna, sonreían felices ante el triunfo obtenido sobre las corrientes adversas y tenebrosas que buscan la desviación y el extravío de las almas, chispas divinas del Eterno Hacedor.

Y cuando la campana del Monasterio anunció la llegada de gentes del exterior a hora desusada, la Madre Adavana quiso salir ella misma para no molestar a la hermana portera.

Leyó las líneas escritas por el venerado Patriarca y recibió en sus brazos a la joven que seguía llorando silenciosamente.

—Habéis hecho un largo camino y debéis estar fatigados —les dijo— Entrad y os daré una refección.

Y apartó el velo que cubría a la joven. El más vivo asombro se pintó por un momento en el rostro de la anciana monja que exclamó;

— ¡Oh hija mía eres tú la que llega!

—Si Madre y veo que no me esperabas.

—La materia nos hace ciegos, más que tú, querida mía. Esperaba sí, un alma que llegaría llamada por la Ley y por mí, pero ignoraba que esa alma eras tú.

En el austero recibidor la Madre Adavana les sirvió un jarabe de frutas y bizcochos de harina de maíz, mientras secaba con amor las lágrimas silenciosas de la pobre ciega.

—No llores más querida, que aquí te espera la paz, el consuelo y la esperanza. Ellos se van y tú te quedas ¿verdad? pero no para mucho tiempo.

— ¡Oh sí Madre mía!... ¡Me quedo para toda la vida!

—Eso lo piensas, pero la Divina Ley que manda en ti y en todos no lo piensa así. Siéntate hija mía, que tenemos mucho tiempo para ponernos de acuerdo con la Ley. ¿No es así Tomás, no es así Adabo?

—Si Madre, es así —contestaron ambos.

La monja salió y un hondo silencio reinó en el Recibidor.

La alarma interior de Tomás continuaba cada vez más intensa y tan dominado estaba por ella que no sintió a la Monja que entró de nuevo con una bandeja de madera con un jarrón de cristal, tres escudillas de arcilla y una cestita de bizcochos.

—Bebed apresuradamente y marchaos —dijo a los dos hombres— porque va a sonar la campana de la medianoche, y no debe haber persona alguna del exterior.

Cuando hubieron bebido el jarabe, la monja puso en manos de Adabo la cestilla de los bizcochos diciéndoles:

—Les comeréis en el camino en nombre mío. Que el Señor sea con vosotros y os bendiga-

—Gracias por haberme traído a este lugar de mi descanso —murmuro con voz cansada la joven ciega, que sintió a los hombres que se alejaban en silencio seguidos de la Madre Adavana.

—Mañana es el quinto día de nuestra oración contigo Tomás —dijo la monja.

—Si Madre, no lo olvidaré. Hasta mañana.

Los dos hombres se perdieron en la oscuridad del túnel, y la monja de pié en la puertecita de piedra escuchaba la resonancia de sus pasos atenuados por el rumor del cañaveral de bambú como susurro de animadas conversaciones a media voz.

Cuando el ruido lejano de pasos en el túnel se apagó por completo, la austera monja cayó de rodillas con sus manos cruzadas sobre el pecho mientras sus labios murmuraban con emocionada voz:

www.formarse.com.ar

— ¡Gracias Señor por el día que comienza y que será el de la resurrección de esa alma tuya que hasta hoy vivió sin amor y sin fe, como encerrada en una tumba!

La gran campana del Monasterio comenzó a tocar sus doce campanadas y la Madre Adavana echaba el cerrojo a la vieja puerta de piedra por donde habían entrado tantas almas muertas, como ella decía, para encontrar allí la resurrección y la vida.

RESURRECCIÓN

Cuando al siguiente día llegó Tomás a la oración fue conducido al Santuario íntimo y secreto llamado; *Bramosamaj* que significa *Morada de Dios.*

En el oscuro panel del frente brillaba una gran estrella de plata de cinco puntas sobre campo de brillante azul, y bajo ella sobre un altar de blanca piedra estaba encendido un gran candelabro de siete cirios.

La Madre Adavana sentada al fondo sobre una tarima alfombrada, se veía rodeada de siete monjas veladas según costumbre, y en el órgano situado en un ángulo apartado y sombrío resonaba una dulce y suave melodía que a Tomás le recordó su tierra natal, el Santuario del Tabor, el palacio Henadad donde las manos de Stéfanos la habían arrancado del clavicordio mágico que cantaba y lloraba bajo sus dedos de artista de la armonía.

Era la música del salmo 42, reflejo vivo del ansia suprema con que el alma hastiada de las miserias de la vida carnal clama por la Presencia Divina, única que le dará descanso:

"Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por Ti ¡Oh Dios! ¡el alma mía!

"¡Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo!... ¡Cuándo será que llegaré y apareceré delante de Dios!"

¡Y aquella música derramaba flores de esperanza en el alma helada del apóstol de Cristo y parecía encender estrellas en su cielo siempre color de plomo y con silencios de sepulcro!

Aquella música tenía alma que sentía y pensaba al acompañar tan fielmente la letra del sagrado salmo: "Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche, oyendo que todos me dicen: ¿Dónde está tu Dios que no te consuela?". Y el órgano gemía dolorosamente como si fuera un alma humana presa de supremo dolor.

Y al llegar al versículo final:

"¿Por qué te abates, Oh alma mía y por qué te conturbas en mí? Espera en Dios, que aún tienes que alabarle; es El mi salvamento y delante de mí está el único Dios mío". Aquella música se tornó en un arpegio triunfal de amor y de fe como si todas las melodías de la creación cantaran unidas el melodioso-concierto de la esperanza en Dios.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Tomás se había ido acercando silenciosa como una sombra al ángulo oscuro en que gemía y cantaba el órgano como un corazón humano cuyas fibras estremecidas por los profundos sentimientos que el sagrado salmo expresaba, quisieran estallar, ora en gritos de angustia pidiendo misericordia, ora en apagados clamores llamando a los cielos y a la tierra, en busca de saciedad para sus anhelos supremos.

Vio que era una mujer velada quien arrancaba del instrumento la melodía mágica, y la intuición ya muy despierta en él, pareció decirle que era la joven-ciega que él mismo trajera al Monasterio la noche anterior.

Cediendo a un íntimo impulso, se arrodilló allí mismo mientras un arpegio final parecía ser el comienzo a la entrada al huerto interior y secreto, donde el alma se encuentra con la Divina Presencia en la hora de la meditación.

La joven organista dobló su frente sobre el teclado y el más profundo silencio reinó en el austero Santuario del Monasterio budista.

Tomás en el mismo sitio en que cayó de rodillas, se sentó sobre la estera del pavimento y apoyó la espalda en el maderamen del órgano, mudo como los seres y las cosas que allí se encontraban, sólo iluminadas por la amarillenta llama de los cirios.

En uno de los muros laterales había un estanque con bordes de mármol negro y en cuyas aguas serenas se abrían como copos de nieve, los deliciosos nenúfares tan abundantes y espléndidos en las orillas del Indo.

Las vivas ascuas de un pebetero de cobre consumían los granos de incienso que se habían arrojado en él, y ese suave perfume de las Mezquitas y las Pagodas llenaba el ambiente de místicas ensoñaciones.

¡Todo era pensamiento, todo era vibración, todo era alma sumergida en Dios, en aquellos momentos de suprema entrega a la Divinidad!

www.formarse.com.ar

El único que aún planeaba a faz de la tierra era Tomás, cuya alarma interior se mantenía latente no obstante la absoluta quietud de su cuerpo físico.

Con ojos inquisidores observaba todo, pues presentía que algo estupendo y nunca visto, iba a presentarse como un mentís formidable a su vida de negaciones y de dudas.

Creía firmemente haber merecido castigo y creía también que había llegado para él la hora de recibirlo. La negación de toda su vida le aparecía como un horrendo pecado. Su mal pensar de todo y de todos le roía el corazón como un escorpión venenoso.

¡Cuál no sería su espanto cuando vio que el muro detrás del estanque, de blanco se volvía de un azul casi negro, y comenzaban a diseñarse en él, pálidas líneas de montañas, de árboles, luego blancas aldeas en las que creyó reconocer panoramas de su tierra natal!

Los diseños en vivos colores parecían acercarse... Tomás no respiraba casi y sus ojos se abrían más y más. Una vid frondosa a la puerta de una blanca casita donde una anciana tejía en el telar y una adolescente ovillaba una madeja de Llanca lana.

Un joven llegó a recoger una prenda de vestir que había encargado. Y en ese joven se reconoció él mismo

Todo era pobreza y extremado esfuerzo para ganar el sustento en aquel hogar donde una anciana y una niña luchaban con la miseria desesperadamente. Esa adolescente le amaba. Y él, egoísta y desconfiado pensaba: "No es a mí a quien ama sino al dinero de mi padre. Y me ama porque se siente amenazada por el "hambre". Y volvió la espalda y no la vio más hasta cinco años después, que la encontró ambulando por las calles, pidiendo limosna con una criaturita en brazos, tan flaca y escuálida como ella misma.

Y él ricamente vestido le entregaba unas monedas al pasar. "¿Cómo estás así Zarina?" le preguntaba. Y ella, con esa risa forzada como una mueca de dolor le contestaba:

"Mi abuelita murió y entré en una casa como sierva. De allí salí con este hijito, y pido limosna para los dos"...

El joven horrorizado se alejaba de aquel cuadro que le pintaba tan a lo vivo su propia obra.

Un sudor helado corría por las sienes de Tomás que se estrujaba las manos y se clavaba las uñas en el pecho.

"¡Basta, basta!...", decía su pensamiento.

¡Pero aquel desfile de sus recuerdos vivos, plasmados en el muro seguían *y* seguían causándole indecible tortura!

Vio a la joven víctima de su egoísmo y cruda desconfianza morir de consunción anémica. El remordimiento le llevó a pagar para ella una humilde sepultura y entregar al pobre niño, hijo de nadie, a una familia de pastores que le criasen entre las majadas como a un corderito más.

Tomás no pudo soportar más aquel tremendo dolor, y dando un hondo clamor que resonó en el silencio profundo del Santuario cayó inerte sobre la estera del pavimento.

Su grito desgarrador asustó a la joven ciega, que saltó del taburete y se refugió en la Madre Adavana.

El desfile de visiones se cortó súbitamente, y desapareció el azul oscuro del muro, y las aguas del estanque serenas y claras continuaban reflejando los nenúfares blancos, que se deslizaban como copos de nieve sobre la planicie de cristal.

Las siete monjas continuaban inmóviles y la Madre Adavana llevó de la mano a la joven ciega hacia el órgano y haciéndola sentar allí nuevamente le decía:

—Tranquilízate hija mía y toca el salmo de la *Alabanza* porque una alma hermana nuestra ha vencido a las tinieblas y entra en el mundo de la luz y del amor.

Y las manecitas blancas de la joven ciega se deslizaron temblorosas sobre el teclado y las notas vibrantes del Salmo 148 se desgranaron jubilosas en la silenciosa penumbra de aquel Santuario.

"¡Alabad al Señor en los cielos!... ¡Alabadle en las alturas. Alabadle vosotros todos, ángeles suyos! ¡Alabadle sol y luna, y vosotras lucientes estrellas!"

Y mientras aquella música de gloria continuaba magnífica, triunfal, la anciana monja se arrodillaba junto al exánime cuerpo de Tomás y le decía:

— Tomás hijo mío, levántate que hoy te ha visitado la Piedad Divina, y el Eterno Amor llama a tu puerta. Ya no estás muerto sino que has resucitado por la fe, la esperanza *y* el amor.

Le dio en un hondo hálito parte de su propia vida, y el apóstol de Cristo abrió los ojos, se incorporó mirando a todas partes y por fin dijo:

www.formarse.com.ar

— ¡Gracias Maestro mío que todo acabó como up terrible sueño del que por fin me has despertado a una vida nueva!...

¡Gracias a vos Madre buena!... ¡Que el Señor os bendiga y colme con todos los bienes de los cielos infinitos!...

¡Dejadme ir a la "Santa Estrella" antes que llegue la noche, porque no sé si llegaré con vida al amanecer!

— Calma hijo mío. La prueba fue dura para ti pero era necesaria para despertarte.

Vete que los ángeles de Dios te acompañan. No temas nada. A la oración de mañana llegarás como un recién nacido a una vida nueva.

Le acompañó al Recibidor donde le dio a beber un jarabe reconfortante y acompañándole ella misma hasta la puerta le vio partir seguido por sus bendiciones.

Y Tomás caminaba lentamente y pensaba:

— ¡Oh Maestro, mi Maestro! ¡Es cierto que no me has olvidado!

A la oración del día siguiente acudió Tomás, con el alma como un laúd que vibraba en himnos de gloria. Pareciera que en su jardín interior hubieran tejido sus nidales las alondras y los ruiseñores del Líbano. Todo cantaba, todo florecía.

¿Adonde se había escondido el dolor producido por las ásperas y hasta crueles visiones de la tarde anterior? ¿Quién había curado el espanto acusador de su propia conciencia ante hechos vividos que no podía negar ni olvidar?

Una voz íntima, la de su Yo Superior sintió que le decía con su voz sin ruido: *"Te has curado tú mismo reconociendo tus deficiencias morales y espirituales y aceptando valerosamente las consecuencias que traen consigo todos los actos y pensamientos en discordancia con la Ley Divina.*

"Ahora que te has despertado comenzara la expiación impuesta por ti mismo. Tendrás que luchar con la desventaja del que perdió los mejores años de su vida, que está retardado en el camino, y que deberá conquistar con esfuerzo y con dolor lo que antes se le brindó generosamente y lo despreció con dureza y hasta con crueldad".

Antes de comenzar la meditación la Madre Adavana hizo que se leyera un pasaje de las *"Escrituras del Patriarca Aldis",* aquel que describe el hecho de un joven aspirante a Kobda y que formaba parte del grupo cuya instrucción y formación espiritual estaba a cargo de Abel, tan joven como sus discípulos mismos: *Madeo de, Gahanna.* Había ingresado como espía del joven Maestro al cual debía asesinar en un momento oportuno y sin dejar rastro ni revelar el secreto de quien era el que le había mandado.

El joven Maestro y algunos de los ancianos Kobdas descubrieron el espantoso secreto, y Madeo de espía y presunto asesino, se convirtió en ferviente seguidor y discípulo del Maestro, que no sólo se condolió y perdonó la intención aviesa y criminal sino que conquistó el intenso amor de Madeo.

La lectura hizo irradiar un iris de *paz y* de esperanza en el espíritu alarmado del apóstol por la dura acusación de su Yo íntimo.

Sus faltas no le parecieron tan enormes como las de Madeo. Y si para aquel hubo compasión y perdón, ¿no lo habría también para él?

Como si todo respondiera a la íntima situación de su alma, en el órgano resonaron las notas dolientes del *Miserere: "Desde el profundo abismo en que me encuentro clamo a Ti Señor pidiendo misericordia".*

¡A qué profundas alternativas está sujeta el alma humana mientras camina como un peregrino errante por las oscuras sendas de los valles terrestres, hasta que logra orientarse definitivamente hacia el Ideal Eterno!

¡Ora se sumerge en una languidez mortal en la cual pareciera apagarse lentamente la vida, o ya se levanta con bríos titánicos y sueña con la conquista del mundo para el ideal que la fascina'

¡Oh la Psiquis!... ¡la divina Psiquis de los misterios profundos, de los abismos insondables que aún no han desentrañado en absoluto ni los más audaces psicólogos!

¿Cómo no habría de tener perplejidades Tomás, analítico en sumo grado, que había llegado a la madurez de su vida sin haber encontrado la solución a tus más hondos interrogantes?

Había despreciado el amor en su juventud y ahora lo deseaba con ansia loca.

"¿Es adelanto o retraso este anhelo supremo de amor que absorbe y llene por completo mi vida?" —se preguntaba a sí mismo. "¿Qué había hecho en su vida? ¿A quien había amado, a quién había hecho feliz, de qué ser humano se había condolido en su vida aislada y solitaria, entre compradores y vendedores, absorbido

www.formarse.com.ar

por los cálculos financieros, en seguimiento de su padre, que al bajar al sepulcro le dejó fortuna material y un helada soledad en el alma que en el ocaso de la vida le resultaba como una lenta agonía?"

Una especie de odio sordo de sí mismo comenzaba a invadirle cuando la Madre Adavana se acercó a la organista y le habló breves palabras al oído-La voz de la joven resonó como una plegaria en el silencio profundo del santuario lleno de pensamientos de amor sublime, de entrega absoluta, de suprema adoración. Y las estrofas más vibrantes y emotivas del poema bíblico de los *Cantares* de Salomón se deshojó como los pétalos de un rosal misterioso que inundara de perfumes el corazón del apóstol, que en la hora gris de la vida se despertaba recién de su profundo letargo.

Cuando la oración terminó y salieron del recinto sagrado encontraron a las monjas todas reunidas en la plazoleta del huerto, donde habían dispuesto un dosel todo blanco, bajo el cual se veía una pequeña tarima con un almohadón de púrpura. Sobre él resplandecía una corona de rosas blancas.

Apenas apareció la Madre Adavana, la más anciana de las monjas, tomó la corona, otras dos subieron a la Superiora al humilde trono improvisado, y la corona de rosas blancas descansó sobre la anciana cabeza que se inclinó vencida al influjo poderoso del amor que vibraba en torno de ella.

No tuvo palabras de aceptación ni de protesta; pero sus dulces ojos llenos de lágrimas hablaban más alto aún que lo que hubiera hecho su voz.

Se oyó en cambio la palabra de otra anciana monja que decía:

—Adavana, sierva fiel de Dios y de nuestro Señor Buda, han pasado por tu vida cuarenta años de apostolado silencioso del pensamiento y de la oración y has conquistado para tu frente esa corona de rosas cuyos pétalos incontables te recuerdan las almas que has salvado de los naufragios de la vida. El Bagavad Nazareno te mandó su apóstol como regalo en estas bodas mis-ticas, y nuestro Patriarca Gaspar completó la ofrenda enviando a tu lado una tortolilla huérfana y solitaria para que la cures y la sueltes a volar por los jardines del Señor.

Adavana, sierva de Dios, los cielos y la tierra te bendicen, y tus hermanas, humildes imitadoras de tu vida te hacen hoy la ofrenda de su adhesión y su amor rogándote las bendigas en nombre del Señor Buda.

Las monjas en círculo cerrado inclinaron sus cabezas veladas de blanco y la Madre Adavana llena de profunda emoción dijo con su voz que lloraba:

—"Seáis benditas en el tiempo y en la eternidad, vosotras y todos aquellos que ama vuestro corazón".

Tomás y Javidia se habían quedado fuera del círculo de las monjas se acercaron después y arrodillándose en la tarima de la monja imploraron también su bendición.

Ella estrechó las dos cabezas a su corazón diciendo:

—Vosotros sois la más grande y hermosa ofrenda recibida en este día porque sois la promesa de salvación para multitudes de almas.

Id por el mundo los dos que vuestro camino está marcado desde los cielos y lo que el Altísimo marca nadie puede borrarlo.

—Madre!... ¿A dónde iré si soy ciega? —se oyó la voz sollozante de la pobre huérfana

La anciana monja puso su diestra en la cabeza de la joven y dijo a Tomás:

— ¿Quieres tú que ella vea tu rostro?

—Lo quiero —contestó Tomás.

La monja puso su mano izquierda sobre los ojos de la joven y dijo al apóstol:

—Pon tus dos manos sobre la mía.

Tomás obedeció temblando.

— ¡Bagavad de la Palestina, Cristo Ungido de Dios! ¡Que la grandeza de tu poder muestre en esta hora que mi pensamiento es tu pensamiento, que mi fe es tu fe y mi amor nació de tu amor!... —resonó como un clarín victorioso y vibrante la voz de la anciana monja cuya endeble persona física no parecía ser capaz de tan vigorosa resonancia.

La evocación fue tan poderosa, reforzada por la fe de todas aquellas santas mujeres, que cuando las manos unidas se apartaron del rostro pálido de Javidia, ésta cayó de rodillas clamando:

— ¡Veo Madre, veo!... ¡ ya no soy ciega!... ¡ Madre santa tu fe me sacó de las tinieblas!

Tomás estaba petrificado, anonadado en absoluto.

www.formarse.com.ar

Los ojos iluminados de Javidia posaron tranquilos su mirada en él que no acertaba a moverse porque todo su pensamiento estaba concentrado en las palabras proféticas que la Madre Adavana le dijera días antes:

"Antes del séptimo día, las aguas divinas del amor regarán el árido y seco huerto de tu corazón".

Comprendió que desde el primer encuentro, su corazón había amado a la joven ciega... pero ¿le amaría ella?

Ambos estaban frente a frente y las miradas se encontraban.

La anciana monja parecía no estar en la tierra.

Tomás se acercó a Javidia y le dijo, al tenderle la mano:

—Si puedes concederme unas migajas de amor, he aquí mi mano de amigo y compañero de tu vida solitaria.

La joven tímida y vacilante rozó apenas con su manita frágil la fuerte mano de Tomás y dijo con voz temblorosa de emoción:

—Mi corazón no esperaba ya al amor, pero él viene a mi encuentro en la más triste soledad de mi vida. Ciega, no lo habría aceptado, pero el Señor me devuelve la vista acaso para que comparta tu misión de apóstol de Cristo.

La Madre Adavana volvía a la vida material y sonreía feliz, poniendo sus viejas manos sobre las de Tomás y Javidia.

— ¡Cuan maravillosa es la Ley Divina! —exclamó emocionada—. La antigua casa solariega de mis padres quedó vacía en la pasada luna, por el fallecimiento de mi único hermano que tenía en ella una Escuela de Divino Conocimiento.

Está en Lahore, bajo la autoridad de un príncipe budista, que me ha hecho llegar el aviso junto con su deseo de que acuda yo allá para reemplazar a mi hermano.

Pero yo *a.* mis años, muy poco podré hacer. He pedido al Señor solución a este problema y El, que todo lo sabe y lo ve, me da la solución en vosotros. ¿Iréis hijos míos en reemplazo de la vieja Madre Adavana a sembrar el amor *y* la fe en aquel fértil campo que el Señor nos concede?

Tomás y Javidia se miraron como interrogándose uno al otro. —Si vos nos creéis capaces de ocupar vuestro lugar en aquel puesto, iremos —contestó Tomás muy decidido.

—Yo haré lo que la Madre y tú creáis más conveniente —añadió la joven.

Y de esto resultó que tres semanas después partían para la ciudad de Lahore, Tomás, Javidia con su tía, que poco antes en su desamparo fuera alojada en el Refugio de Gundaba, y tres de los más jóvenes solitarios de la "Santa Estrella" que dirigía el anciano Gaspar.

Iba Tomás en calidad de Superior del Santuario establecido en Lahore que la Madre Adavana bautizó ese día con el nombre de *"La Santa Cruz",* hermano gemelo de *"La Santa Estrella",* decía ella, y añadía aún: Y siempre bajo la dirección espiritual de nuestro Patriarca Gaspar.

Allí comenzó por fin el apóstol Tomás la misión aceptada trece años antes cuando el Divino Maestro le dijo una noche tibia y serena a orillas del Mar de Galilea *"¡Ya es la hora!"*

Catorce años había tardado su pobre alma en ponerse a tono en la fe y en el amor con el alma excelsa del Cristo su Maestro.

—Razón tuvo en decirme que *tardé en llegar* —se decía Tomás a sí mismo— ¡pues fui el último que llegó hasta El!

¡Mis compañeros estarán ya cosechando en sus campos sembrados y yo aún no comencé la siembra!

Y cuando así se entregaba él a reconocer con infinita amargura sus nulidades y deficiencias, allí estaba la voz dulce de Javidia y su palabra suave y discreta que le decía:

—Pensemos más en el presente que en el pasado. Cuando un viajero encuentra el verdadero camino se echa a andar por él sin detenerse a pensar en los días que tardó en encontrarle.

Fue pues la ciudad de Lahore, la gran puerta de entrada a la India para el Apóstol Tomás, cuando habían pasado catorce años de la muerte de su Maestro.

La Ley Divina que acompaña y guía a los servidores de Dios, llevó a Tomás a la Escuela de Gaspar que de la austera y abstracta mística budista había tendido un puente de cristal hacia las divinas ternuras del Mesías Nazareno. Y a Tomás le ocurrió lo propio pues aprendió a creer y a amar, a la intensa claridad producida por los grandes trabajos mentales, en las concentraciones profundas de las silenciosas monjas de un Monasterio budista, consagrado a la adoración de Dios y al bien de sus semejantes.

www.formarse.com.ar

Durante veintinueve años evangelizó Tomás ciudades y aldeas de la India Occidental, hasta que acontecimientos no provocados ni buscados por él, le atrajeron la enemistad del príncipe soberano de Kalamina que antes le había protegido por atención a recomendaciones del Patriarca Gaspar pariente suyo

A los seis años de salir Tomás de *"La Santa Estrella"* murió el anciano Gaspar y Tomás continuó su apostolado con treinta y tres discípulos que repartió en Labore, Kalamina y Meliapur, ciudades importantes en aquella época. La "Santa Cruz, "La Santa Estrella" y "La Santa Fe" fueron las tres Escudas fundadas por el apóstol Tomás en la comarca fertilizada por el gran río Indo o sea la India Occidental.

En Kalamina se desarrolló una terrible epidemia que causaba innumerables muertes.

El príncipe soberano envió un mensaje a Tomás con mandato terminante de hacer cesar la horrible peste. El apóstol y todos sus adeptos hicieron rogativas con tal fin, y la peste seguía con alarmantes proporciones. El príncipe tomó prisioneros a Tomás y sus más íntimos adeptos. En sueños tuvo la visión de su pariente el Patriarca Gaspar que le decía: "Si continúas persiguiendo al apóstol del Mesías Nazareno, la Ley Divina no protegerá la vida de tus hijos".

Pero él no podía humillarse ante el apóstol que, encerrado en su prisión, padecía el hambre y la sed.

Y cuando en la mansión real cayó la primera víctima, una de las esposas, y luego uno de sus hijos, el príncipe lleno de furor mandó quitar la vida a Tomás que murió atravesado por una lanza en la cárcel de la ciudad de Meliapur.

Sus discípulos le sepultaron en el subsuelo del Oratorio de su Escuela "La Santa Fe" donde muchos años después fueron encontrados sus restos por el Rey Juan III de Portugal (reencarnación del mismo apóstol Tomás). Su madre, fundadora del Monasterio de la *Santa Fe* en Lisboa, bajo la protección del apóstol Tomás, tuvo el aviso espiritual del sitio en que yacían los restos del Apóstol y sus escritos, y el Rey, su hijo, hizo aquel viaje buscando la comprobación pues dudaba de las visiones de su madre.

Ni aún el tiempo que todo lo destruye y transforma había extinguido por completo la duda en Tomás de Tolemaida.

Javidia le secundó eficazmente en su apostolado, organizando agrupaciones de mujeres consagradas a la oración, al trabajo manual y la atención de ancianos sin protección y sin familia, de niños huérfanos y de enfermos infecciosos arrojados de las ciudades. Al abrazar plenamente la doctrina del Mesías Nazareno, cambió su nombre por el de Cristina de Fundaba.

Y fue en el Oratorio de su Escuela-Asilo *"La Santa Fe"* en Meliapur, donde recibió y guardó el cadáver del apóstol Tomás, a quien ella llamaba con profundo respeto: *"El hombre de Dios".*

EL APÓSTOL ANDRÉS DE TIBERIADES

Andrés, hermano de Pedro, que esperaba siempre que su hermano tomara primero el pan y le diera la mitad, se independizó de pronto de esta tutela buscada por él mismo como una garantía de la justicia de sus actos. Su aparente debilidad se transformó en una serenidad reflexiva y fuerte a la vez.

Y él aseguraba haberse corregido en la meditación a la cual consagraba casi todas sus horas de descanso, y parte de su sueño.

De la oración extraía el valor y la fuerza necesarios para realizar los trabajos que voluntariamente había aceptado, sin pedir apoyo ni ayuda a ninguno de sus hermanos.

Y hasta trataba de evitar el encontrarse con su hermano Pedro para no caer en la tentación —decía él— de pedirle ayuda, consejo, amparo.

De este gran esfuerzo por bastarse a sí mismo combatiendo su natural tendencia a apoyarse siempre en otro, nació en Andrés el hábito de la soledad, el amor al silencio y al íntimo trato con el Divino Maestro a quien hizo el único confidente de sus luchas y de sus triunfos.

La vida de este Apóstol del Cristo fue la de un ermitaño que sólo abandonaba su retiro para atender enfermos, dar sepultura a los infelices ajusticiados arrojados a los muladares o dejados por días suspendidos de sus cadalsos. Durante los diez primeros años desde la muerte del Maestro, tal fue su programa de vida en distintas poblaciones de la Palestina, de las cuales elegía las más humildes y retiradas. En todo ese tiempo, nunca se creyó capaz de realizar nada en una ciudad importante.

Su natural timidez le dominaba aún, y comprendía muy bien que no todas las almas están capacitadas para dar de repente un gran salto sobre el vacío.

www.formarse.com.ar

Profundamente humilde, fue Andrés el viajero que va subiendo la penosa cuesta de la evolución paso a paso, sin adelantar uno más hasta tener la plena seguridad de que es firme el saliente de roca sobre la cual apoya sus pies.

Nunca se creyó capaz de nada por sí solo y en sus legajos de apuntes íntimos, se encuentra con frecuencia, plegarias o súplicas como ésta "¡Maestro-Señor mío! ¡Tú sabes que no soy capaz de nada y sabes también mi deseo de hacer algo por tu obra de redención humana encomendada a tus Doce!

"¡Enciende tu luz en mi mente y tiéndeme por piedad tu mano adorable que me lleve a donde Tú quieras Señor!... Me separo de todos para aprender a caminar solo. ¡Pero no me pidas Señor que me aparte de Ti, porque entonces tendrías que borrarme del libro de tus escogidos!"...

Y cuando a costa de frecuente oración para estudio de sí mismo, y de grandes esfuerzos, llegó a la convicción de que había adquirido la capacidad de caminar solo como él decía, acompañó a Pedro en su viaje a Antioquía, de allí se dirigió por mar a Iso, último puerto de Siria donde se detuvo varios meses. Le costaba enorme sacrificio dejar para siempre la tierra natal -Sentado al atardecer sobre el áspero acantilado de la costa en el profundo golfo de Iso contemplaba con honda tristeza la costa brava de Silicia que se levantaba al frente como un negro murallón azotado por las mismas olas bravias que salpicaban de espuma sus pies.

Volvía su mirada atrás, y veía en la lejanía del horizonte la línea azul, accidentada de los más altos picos de la cordillera del Líbano, el Monte Suplió y el Casio, últimas imágenes que le recordaban el suelo nativo donde quedaban como encerrados en un cofre sus amores todos, sus amistades más nobles, sus recuerdos imborrables. Después de esos montes, allá en las dulces vegas galileas estaba Myriam, la santa Madre del Maestro, estaban los amigos, los familiares, estaba el Mar de Galilea, con sus barquichuelos a vela como bordados de blanco sobre el diáfano azul, que se teñía de oro y púrpura por las tardes a la caída del sol...

Tan vivos eran sus recuerdos que hasta creyó oír la voz melodiosa de Boanerges el adolescente poeta del Castillo de Mágdalo, que cantaba en la proa del velero blanco y azul, al compás de su lira incomparable:

"Lentamente va muriendo
La luz del atardecer
Como si un mago invisible
La quisiera destejer.
Es hora en que el pensamiento
Teje guirnaldas de amor
Y los recuerdos profundos
Toman formas de visión".

* * *

En la ciudad de Iso estaba recomendado por Simónides a un rico comerciante en sedas, tapices y aromas de Arabia que periódicamente realizaba viajes al Norte llevando sus valiosas mercancías.

Y le anuncia que partiría en esa luna, y el recorrido era a Dana, a Mazaca, Ceraxione y el puerto de Trapezonte sobre el Ponto Euxino (Mar Negro de hoy).

Andrés vacilaba. Más de pronto acudió a su mente el momento solemne en que el Divino Maestro le asoció a su obra y una fuerte conmoción interior le estremeció todo y lleno de llanto sus ojos Y cuando iba a volverse hacia un lado para que el comerciante no se apercibiera de su emoción, vio de pié ante él a su glorificado Maestro que resplandecía como un sol naciente en la penumbra de la noche que llegaba.

—*"No vaciles ni temas Andrés, amigo mío de siglos"* —díjole la dulce visión—. *"Yo quiero que vayas a los países del Norte donde aliados míos de otras edades esperan la buena Nuera que tú eres el encargado de llevarles. Allí encontrarás las huellas de otro pasaje mío y darás con ello firmeza de roca a nuestras Escrituras que nos legaron los Kobdas prehistóricos".*

Andrés había caído de hinojos abrazando el vacío porque la aparición era intangible y era sólo una voz que hablaba a sus sentidos.

— ¡Iré Maestro, iré a los confines del mundo porque Tú lo quieres y lo mandas! —Había exclamado Andrés, con asombro del comerciante que nada oía ni veía, no pudiendo explicarse la exclamación de su huésped.

Como una ráfaga le pasó por la mente la idea de si se habría vuelto loco. Pero enseguida recordó la recomendación de Simónides: "Es uno de los Doce elegidos por el Mesías nacido en Israel, y cuanto hagáis por él, lo hacéis por el Ungido de Dios y por la causa de la Justicia y la Paz sobre la tierra".

—Deben andar aquí misterios de otro mundo —dijo el comerciante para sí mismo, y airando la voz dijo al Apóstol—:

Si gustáis venir en mi compañía, partimos mañana al anochecer que pasa por aquí la Caravana del Ponto Euxino.

Y así fue como el Apóstol Andrés dio valerosamente el gran salto sobre el abismo que la Eterna Ley exige ordinariamente a todos aquellos que pactaron colaboración con alguna de las Inteligencias Guías de la Evolución humana.

¡Qué completo olvido de sí mismos en su gran renunciamiento debieron hacer todos aquellos amigos íntimos de Jhasua, el Mesías Nazareno como le llamaron en aquella primera época del Cristianismo!

Querían abarcar el mundo en tiempos en que los medios de transporte eran, no sólo difíciles y penosos en extremo sino excesivamente lentos y llenos de peligros.

Las caravanas eran asaltadas con frecuencia por piratas que interesados en las mercancías transportadas, no respetaban vidas ni haciendas.

Los vientos en los desiertos eran traidores y antojadizos y arrastraban oleadas poderosas de arenas que sepultaban hombres y bestias.

Y para el Apóstol Andrés, la visión pavorosa de las nieves eternas que para los del Mediodía era como un sudario de la muerte, debió significar la aceptación de una próxima sepultura entre los hielos del Norte.

Pero ninguno retrocedió ante la incógnita de un porvenir inseguro, incierto, perdido en las lejanías de un horizonte nebuloso y sombrío.

¡Oh prodigios de la Fe y del Amor! cabe exclamar ante el arrojo temerario de que dieron prueba los seguidores del Divino Visionario, sobre todo aquellos que más se alejaron del tibio calor del suelo nativo.

Entre estos podemos contar a Andrés, el antes tímido Andrés que en menos de un año de su última decisión llegó desde el acantilado del Golfo de Iso hasta el puerto de Trapezonte sobre el Ponto Euxino, punto terminal de las caravanas del Medio Oriente hacia los países del Norte.

Al llegar a lo más fragoso del Monte Taques oscurecía la tarde con las sombras primeras del anochecer, por lo cual todos resolvieron esperar la luz del día siguiente para internarse en los ásperos laberintos de aquella montaña del país de los Calibes.

Y esa noche, alrededor de las hogueras que iluminaban las tiendas levantadas para cobijarse, algunos viajeros comenzaron a desgranar como cuentas de un collar negro, espeluznantes relatos propios de la escasa civilización de aquella raza tenida por una de las más atrasadas y supersticiosas de aquella época.

El comerciante compañero de Andrés, y sus dos criados habían abierto su tienda «n el vértice de un ángulo formado por la irregular conformación de la montaña, en tal forma que quedaban protegidos por tres lados, y sólo libre la parte en que se abría la puertecita de entrada, fortalecida por flexibles varillas de cobre.

Andrés miraba en silencio las extremas precauciones que el comerciante y sus criados tomaban para pasar la noche y en su mente se deslizaba como un hilo de agua fresca este pensamiento:

"¡Señor!... ¡Maestro mío! ¡no quisiera morir cuando apenas he dado el primer paso hacia el cumplimiento de mis promesas para contigo, porque nada tendré para llevarte como ofrenda cuando me presente a las puertas de tu Reino!

"¡Pero no se haga mi voluntad Señor sino la tuya, ahora y durante toda mi vida!"

Y cuando los relatos de los narradores llegaban a las más horribles tragedias, Andrés olvidó por completo su timidez; olvidó que no era más que un simple viajero sin autoridad ninguna para impedir que continuaran las espeluznantes historietas que helaban la sangre de los menos valientes- Y con afable voz habló así:

—Hermanos viajeros, yo vengo de un pedazo de tierra donde hace pocos años vivió un hombre extraordinario que llamaban el Profeta Nazareno, para el cual no hubo tragedia humana ni dolor alguno que resistiera al poder de su palabra llena de amor, de consuelo y de esperanza para todos los que cruzaban por su camino. Y este hombre que sus adeptos y amigos vemos como un halo de Divinidad enseñaba una sola Ley: *"Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a si mismo".*

Y sostenía este principio: *"La Ley Divina protege y salva al que camina Por Ella".*

Yo creo hermanos viajeros que en vez de levantar esta noche una atmósfera de espanto y de terror en medio de estos fragosos peñascos llenos de oscuridades y de extraños rumores, sería más favorable a la

www.formarse.com.ar

tranquilidad de todos el relato de hechos producidos por el buen pensamiento y la confianza en la Justicia y Bondad de esa Fuerza Suprema que gobierna el Universo y que llamamos Dios.

— ¡Sí, sí!... claro que sí —se oyó el vocerío de casi todos los viajeros que sentían más vivamente el miedo y el espanto, hasta el punto que no acertaban a preparar la frugal comida mientras las nogueras se consumían inútilmente.

—En estos mismos parajes —continuó diciendo Andrés— y muchos años atrás se realizaron hechos que la tradición oral y escrita han conservado.

Y Andrés con una elocuencia emotiva en extremo y que él mismo se desconocía, comenzó y terminó el relato-poema intenso de amor y de fe de la Matriarca Walkiria y Abel que tanto había leído y releído en las "Escrituran del Patriarca Aldis" **(1)** de las que circulaban varias copias en su tierra natal y países vecinos desde las orillas del Nilo hasta las praderas del Eufrates.

El triunfo de los justos y la ruina final de los traidores y criminales, estaban allí pintados tan vivamente, que los viajeros animados de intenciones rectas, celebraron con entusiasmo los relatos del Apóstol. La tranquilidad y la alegría se estableció de inmediato, y Andrés se vio apremiado por muchos a compartir con ellos la cena de esa noche.

Pero tanto el comerciante como Andrés mismo comprendieron que los relatos últimos no habían complacido a un grupo de viajeros compuesto de tres hombres jóvenes y dos de edad madura.

Ellos habían pintado en sus relatos a los célibes del país en que se hallaban, como piratas y antropófagos que asaltaban las caravanas para despojar y devorar a los viajeros.

Y el relato de Andrés había terminado con estas palabras;

"Estamos pisando la tierra que holló con sus plantas el Ungido de Dios en aquella hora, Abel; tierras que pertenecieron a los dominios de la Matriarca Walkiria y que al decir de algunos viajeros posteriores a esa época, aún conservan vestigios de la elevada moral que ella enseñó a sus pueblos impulsada por el Hombre-Luz.

"Malos y buenos habrá aquí como en todas partes, pero si nuestro pensamiento y nuestras obras son rectas y justas, los Ángeles del Señor espantarán lejos de nuestro campamento a todo el que abrigue malas intenciones para con nosotros".

Y antes de entrar a su tienda, el Apóstol despidiéndose de todos, les dijo con afable y amorosa voz:

—Hermanos viajeros, pensemos todos juntos que la Bondad Divina proteja nuestra debilidad y desamparo en medio de este escabroso monte. Hasta mañana.

Las hogueras se apagaron y el silencio más completo reinó en el pequeño campamento de viajeros. Los camellos, mulos y asnos masticaban sus últimas raciones en torno a las cerradas tiendas y una pálida luna menguante se deslizaba como una góndola de plata en el infinito mar azul de los cielos.

Pero Andrés no podía conciliar el sueño. ¿Sería excitación por el entusiasmo mismo de su largo y emotivo relato?

¿Sería la vibración del choque producido de su relato tranquilizador y optimista, con las horrendas tragedias referidas antes? No podía precisarlo-ni explicárselo a sí mismo.

De pronto escuchó un sordo rumor de voces, que, aunque airadas, se esforzaban en mantenerlas a bajo tono. Y se levantó para escuchar mejor.

El rumor venía de la tienda más lejana, que era la del grupo aquel que pareció no gustar los relatos de Andrés, que pudo comprobarlo observando por la pequeña *mirilla,* especie de *ojo de buey* abierto en la parte superior de la puertecita de entrada envarillada con cintas de cobre.

Luego sintió golpes recios y respiraciones agitadas como en una reñida lucha entre personas igualmente fuertes y encolerizadas. Ya no tuvo duda. Aquel grupo de viajeros reñían ferozmente.

Vacilaba entre acudir o no, cuando vio que salían dos de ellos, cargaban rápidamente sus bestias y volvían marcha atrás por el mismo camino que habían hecho el día antes.

En el silencio absoluto de la noche comenzó a escuchar gemidos lastimeros y por fin clamores que pedían auxilio.

Entonces ya no dudó. Despertó al comerciante y a los criados y se lanzaron los cuatro hacia la tienda aquella.

El cuadro que se les presentó era espantoso. Uno de los tres viajeros jóvenes aparecía como muerto por un golpe feroz asestado a la cabeza, y los «tros dos muy mal heridos se quejaban dolorosamente y perdían sangre.

La alarma se extendió en el campamento y de las tiendas más inmediatas acudieron a la novedad.

Andrés con su larga práctica adquirida en los años de convivencia con su Maestro comprendió que debía obrar como El lo hacía en tales casos. Y evocando las fuerzas benéficas de la Divina Potencia por intermedio del Cristo glorificado se arrodilló entre los tres jóvenes heridos y aplicó sus manos a las heridas sangrantes.

La hemorragia se contuvo al poco rato y los gemidos se acallaron. El accidentado respiraba con dificultad. Andrés lloraba sobre ellos porque su fina sensibilidad percibía claramente la presencia espiritual de su Maestro y Señor que le decía a lo hondo del alma:

"Andrés amigo mío; has aprendido por fin a no esperar ni pedir ayuda sino a Dios Omnipotente que responde con infinito amor a quien con fe y amor se lo pide, y en su Nombre te digo que esos tres seres son salvos y serán las primeras piedras de tu Escuela de Divina Sabiduría".

(1) Escrituras editadas con el título de "Orígenes de la Civilización Adámica"

Al siguiente día todo el campamento conocía la tragedia, pues los tres muchachos sobrevivientes relataron cuanto sabían. Contratados por los dos hombres mayores para ese viaje, ignoraban que eran ladrones, fingidos viajeros para entregar la caravana a una banda de piratas que en una encrucijada del camino hacia Trapezonte esperaba con armas y carros en que amarrarían los viajeros para venderlos como esclavos en Escitia, que en la Transcaucasia conservaban aún la antigua fortaleza-escuela de magos negros con que lucharon los Kobdas de la prehistoria, y que tantos estragos causaron en la noble dinastía de Lugal Marada y de sus numerosos pueblos, hasta que su gloriosa descendiente la joven Matriarca Walkiria se encontró con Abel el Hombre-Luz que la llevó al camino de los renunciamientos heroicos y de los amores sublimes como medio de obtener la paz y felicidad de los pueblos.

Andrés se encargó de inmediato de los tres jóvenes que había salvado de la muerte, y cinco días después llegaban a Trapezonte donde el comerciante amigo estaba muy relacionado.

Místico y meditativo por naturaleza, el Apóstol se abismó en la contemplación de aquel mar de olas de plata y azul que su Maestro, en otra vida lejana había surcado a bordo del *Añade* blanco que piloteaba la Matriarca Walkiria. ¡Cómo revivía en su mente con vivos coloridos el cuadro magnífico relatado por las Escrituras prehistóricas que tantas veces les había leído el Maestre a la luz de los cirios en la casita de Nazareth, en el palacio Henadad o en la barca de Pedro sobre el mar de Galilea, aquel poema sublime de Abel y Walkiria entre las nieves eternas se levantaba como un diseño mago en el alma de Andrés que se imaginaba verlo vivir de nuevo en los espejismos de movible luz sobre las olas ora mansas o bravías del Ponto Euxino.

Le acompañaban los tres muchachos en sus excursiones a la orilla del mar, y cuidaban ellos de no interrumpir las meditaciones del maestro.

Debido a las relaciones del comerciante cuyo nombre era Alano de Iso, pronto encontró Andrés la modesta vivienda que necesitaba. Y la encontró tal y, como la deseaba, enclavada en una estribación de la montaña, más allá del último caserío de Trapezonde hacia Oriente. A una altura de ochenta pies sobre el nivel del mar, podía contemplarlo a su sabor desde la pequeña terraza de su humilde morada.

Aunque Andrés sabía que podía contar con la generosa ayuda del príncipe Judá y de su Administrador General Simónides, organizó con sus tres discípulos la forma de vida que llevarían en adelante bastándose a sí mismos.

Liberio de Tarso el mayor era grabador en piedra y en bronce. Los otro» dos Nemesio de Iconio y Selvio de Dana eran de oficio carpinteros. Y Andrés era un habilísimo tejedor de redes de pescar.

— Con el poder soberano del trabajo honrado, y con la fuerza y salud que el Padre Celestial nos ha dado —decíales el Apóstol— ¿cómo podemos temer a la vida?

Y con el último bolsillo de oro romano que Simónides le había enviado, se proveyeron de todos los útiles necesarios tanto para su comodidad en la pequeña vivienda, como para iniciar de inmediato la vida de trabajadores en MIS respectivos oficios.

—Todo está dispuesto maestro —le decía Liberio—. Sólo falta que venga el trabajo, pues la voluntad y las manos están prontas.

Y el humilde Andrés que no descansando ya en las criaturas sino sólo en Dios le contestaba con las palabras del maestro:

—Busquemos primero el Reino de Dios y su Justicia, que todo lo demás se nos dará por añadidura.

—Y ¿dónde está ese Reino de Dios? —preguntó uno.

—Y si tenemos que seguir viaje a ese Reino, ¿para qué hemos adquirido y amueblado esta vivienda? —preguntaba otro.

—Y ¿qué haremos de las dos renos con crías que nos dan tan buena leche? —preguntaba el tercero.

Andrés les escuchaba en silencio hasta que terminados los interrogantes hablaba suavemente.

—El Reino de Dios está en todos los parajes de la tierra donde hay almas capaces de comprenderlo y de sentirlo.

Nosotros mismos, pequeños insectos perdidos en este laberinto de montañas, cuando instalamos con tanto esfuerzo nuestro taller de trabajo para ganar honradamente el sustento de nuestras vidas, hemos creado un minúsculo Reino de Dios donde será amado y obedecido en su Ley soberana y Eterna, v Ella a su vez será nuestra generosa y perpetua proveedora-

Los tres muchachos que apenas pasaban los veinte años le miraban con asombro lo cual hizo comprender al Apóstol que no entendían el sentido de sus palabras.

—Sé que confiáis en mí —les dijo— y porque lo sé os digo;

Antes que esta luna que nos alumbra llegue a su último menguante, veréis hecho realidad, todo cuanto os estoy diciendo.

Y sin más explicaciones se pusieron cada cual a preparar los elementos de su trabajo.

Andrés ensayó su primera red en la pequeñita playa entre peñas que quedaba a pocos pasos de su cabaña.

— ¡Maestro!... Decidme, os ruego, como a Pedro en qué sitio debo soltar mi red en este mar que me es desconocido —exclamó el Apóstol de pie a la orilla del mar, teñida de oro y púrpura por los resplandores postreros del crepúsculo del ocaso.

Miró al mar y vio en él como grandes lenguas de plata correteando en las cristalinas aguas que lamían la arena de la playa.

Con su pura sencillez de Galileo vio en los pececillos que bogaban casi a sus pies la respuesta de su Maestro, y sin vacilar tiró al agua su red, amarrando las dos cuerdas en los gruesos abedules que sobresalían entre los peñascos de la costa. Y tranquilo volvió a su cabaña donde sus muchachos le esperaban con el blanco mantel en la mesa y la frugal comida lista para servir.

El Apóstol había implantado el mismo orden de vida que hizo en la Palestina, en los años que vivió al lado de su Maestro.

Antes de salir de la tierra natal se había provisto de copias de los viejos manuscritos que el Apóstol Zebeo recibió en herencia del príncipe Melchor y de Filón de Alejandría, y que fueron llevados a la Judea por los visitantes que durante meses le acompañaran en su "Aldea de los Esclavos" en el Lago Merik. Y Andrés leyó esa noche aquel escrito de Filón titulado: *"El heredero de las grandezas divinas".*

Su recinto de oración era su propia alcoba, la más pequeña de las dos únicas que tenía la casita de piedra. La mayor era el dormitorio de sus tres discípulos, mientras que la gran cocina excavada en la montaña era a la vez hogar y taller de trabajos manuales.

Pronto corrió la noticia entre los pescadores y pastores de la costa del mar que aquel buen extranjero curaba las enfermedades con su mirada y su palabra, porque hubo casos en que andando el apóstol por las inmediaciones de su choza recogiendo moras de los árboles cargados de frutas, se encontró con algunos accidentados, o semi ahogados que acababan de salvar de las aguas.

Y su oportuno auxilio le había hecho reconocer como Terapeuta, hasta el punto de que le dieron el nombre de *"el médico extranjero"* sin que él hubiera dicho una palabra sobre la ciencia de curar los males físicos de los seres humanos-

Y Andrés conmovido en extremo repetía siempre:

—El Maestro me lleva por su mismo camino sin pensar que yo no llego con mi cabeza a donde El ponía sus pies. Pero sea hecha su voluntad y no la mía.

LA HUELLA EN LA NIEVE

La Ley Divina, madre amorosa de los que caminan por Ella, desbordó sus aguas benéficas sobre el Apóstol y sus discípulos, en tal forma que su taller de trabajos manuales pronto se vio sobrecargado de encargues y

www.formarse.com.ar

pedidos no sólo de Trapezonte, sino aún de Cetiora, de Ceraxonte, de Gimnias y hasta de Bocas del Cherul que corría caudaloso al pié de la cordillera Teques.

Pero más que la perfección de los trabajos encargados atraía a las gentes de aquellas comarcas ese algo incomprensible para ellos que encontraban en aquel extranjero de dulces modales, de tan suave trato, que no tardó en ser el confidente obligado de todas las tristezas, dificultades y tragedias de las vidas humanas que se desarrollaban agitadas o mansas en las orillas del Ponto Euxino.

Y fue así que llegaron ancianos desamparados, mujeres enloquecidas de espanto por la ferocidad de un marido, de un amo; niños que fueron abandonados por diversas tragedias humanas.

¿Qué haría Andrés con su pequeña casa de piedra para tantos huéspedes que su vida de amor le atraía como hormigas a la miel?

¡Oh!... ¿Por qué daría él tanto amor a los náufragos de la vida si no tenía un techo para cobijarles?

Y el crudo invierno del norte se acercaba; y la nieve empezaba a blanquear en los tejados y en las montañas y el agua de los arroyuelos se tornaba escarcha y los pájaros huían a los climas tibios, de alegría y de sol.

Recogió sus tres discípulos en su propia alcoba, dejando el Taller-cocina y comedor para albergue de los que no tenían ni un hueco entre las peñas para cobijarse de la intemperie.

Sin un designio determinado se encaminó por la orilla del mar hacia el oriente por la carretera que conducía a Cólquida meditando en lo extraño de su situación que no sabía como solucionar.

— ¡Maestro! —clamaba—. Me mandáis tantos hijos y no tengo techo para cobijarles.

Aquí es más dura la vida que en nuestra dulce Galilea, y los corazones son también duros como estas rocas y estas montañas.

¡Aquí no está Simónides, ni la Santa Alianza, ni el príncipe Judá, ni estás Tú Maestro mío que hacías brotar trigo y pan de las piedras!...

Una suave dulzura le envolvió de pronto y en su alma dolorida por el dolor de sus semejantes le hizo oír estas palabras: *"Estoy a tu lado Andrés para decirte; sigue andando por la orilla del mar y encontrarás la solución a toda cuanto aflige tu corazón".*

El apóstol cayó de rodillas en un espontáneo acto de adoración a *esa voz,* a ese algo divino e invisible que se le hacía sentir en su hora de incertidumbre y de angustia.

Una poderosa ola de energía le decidió de pronto y continuó su marcha hacia oriente. El sol del mediodía derretía la nieve de los caminos y un aire tibio le acariciaba la frente.

En un vallecito de suave verdor vio unos renos con crías que pastaban tranquilamente.

Pensó que debían pertenecer a una cabaña cercana y se acercó a ellas que huyeron por los vericuetos de la montaña que circundaba el valle.

Al tropel que ellas hicieron, salió un anciano de larga túnica azul que hacia contraste con la blancura de su cabello y de su barba.

—Yo no espanté tus renos, buen hombre —le dijo Andrés— pero ellas huyeron de mí. ¿Hay población por estos lugares?

— ¿Tan extranjero eres que no lo sabes? —le contesto el anciano.

—Soy de Siria y no hace mucho que habito aquí.

—Hay un villorrio más al oriente, pero dista mucho y no creo que llegues antes del anochecer. Si quieres venir a mi cabaña, te la ofrezco de buena voluntad.

Andrés recordó *la voz* que le habló en el camino y unió ese recuerdo a la dulce voz del anciano y a la bondadosa mirada que lo envolvía de suavidad y de ternura.

—Descansaré unos momentos y tornaré a mi cabaña en los suburbios de Trapezonte —contestó el Apóstol.

—Los hombres de los hielos —dijo el anciano— sólo tenemos para obsequiar a los viajeros la clásica *moruca,* que es para nosotros como vuestro moscatel extraído de vuestras viñas.

— ¡La *moruca!* —exclamó Andrés con una infantil alegría— ¡oh la moruca!

El anciano que vaciaba el oscuro jarabe de un cantarillo en un tazón se quedó mirándole.

—Pareciera que estás familiarizado con nuestro licor de invierno —le dijo—. ¿Lo conocías acaso?

www.formarse.com.ar

Andrés miró a lo lejos sobre las oscuras olas del mar que golpeaban las rocas de la costa y la memoria, amiga fiel de todo amante de los recuerdos, le pintó a lo vivo pasajes de la estadía de Abel en aquellas comarcas de los hielos eternos y de la moruca calentada en la hoguera y servida en jarrones de plata los ricos, y en escudillas de barro los jornaleros y los labriegos.

—Soy de una Escuela religiosa que venera los recuerdos, y poseemos escrituras de hermanos nuestros del pasado lejano que vinieron a estos parajes y sembraron aquí la semilla de su doctrina.

— ¿Acaso tu Escuela tiene algo de común con las Mambluas de la diosa Walkiria hija de Apolón y de Northia la que multiplica las espigas?

—Creo que sí —contestó el apóstol casi temiendo de haber comenzado tal conversación—. Nuestras escrituras del pasado rememoran con veneración y amor esos nombres que acabas de pronunciar.

—¡ Hermosos poemas del pasado que son como lienzos viejos pegados a nuestros muros de rocas, y que no se sabe qué genio los concibió, ni qué pincel los vació al lienzo! —exclamó el anciano como si viera visiones lejanas—. Yo soy iniciado en los cultos de Walkiria hija de Apolón y de Northia la diosa de las espigas.

—Y esos cultos... —murmuró Andrés.

—Son muy simples te aseguro pero profundos como un pozo sin fondo. Es la ciencia del amor que no pide ni espera recompensa. Es hacer el bien por el bien mismo. Es amar por amar- ¡Es la dádiva eterna sin jamás esperar que sea devuelta!...

—Así enseñó también el Maestro de mi Escuela —observó Andrés— pero acaso ni aquí ni en mi tierra natal, no tenga ese culto muchos adeptos...

— ¡Justo y cabal amigo mío! Las grandes glorias del pasado se perdieron para nosotros entre las nieves eternas, y para vosotros entre las movedizas arenas de vuestros áridos desiertos.

—Mas veo que aún quedan huellas entre la nieve —dijo Andrés—, pues que vivís vos aquí y añoráis aquellos gloriosos días. También nosotros sembramos, aunque sepamos que la simiente se la lleva el viento, o la devoran los pájaros o la pisotean las bestias de la selva: El amor y la paz que trajeron a la tierra los Ungidos de Dios.

—Los hombres de la luz... el Hombre-Luz que pasó por los países de la nieve y divinizó a Walkiria y la hizo diosa de la Justicia *en* ¡terna lucha con la prepotencia de los reyes y la ignorancia servil de las muchedumbres ¡Oh el Hombre-Luz!

— ¡Abel!... —exclamó Andrés sin poderse contener.

— ¡Si, Abel!... Veo que estás enterado de nuestras leyendas de ensueño y de misterios divinos —dijo el anciano preocupado.

—Es que vuestras leyendas como decís, son también nuestras.

—El sol es para todos. La luz del día es para todos... La lluvia refresca todos los campos —contestó Andrés.

—Es verdad —afirmó el anciano— y puesto que el mismo sol y la misma luna nos alumbra a los dos, será menester que vaciemos nuestros cantarillos de secretos, como he vaciado el mío de la moruca que contenía. Ven y entra en mi morada. Andrés le siguió.

Era la entrada una gruta a semejanza de las grutas de los Esenios, en la cual no había más muebles que una mesa de piedra al centro y adheridos a los muros, estrados también de piedra cubiertos de pieles y de mantas de lana.

El anciano se dirigió al fondo y abrió una gran puerta de hierro.

Un torrente de luz penetró por ella y Andrés vio con asombro una veintena de hombres jóvenes con vestidura talar de color azul como el anciano, que cada uno ante un grupo de niños se dedicaban a la enseñanza de diversos conocimientos, artes, oficios y todo lo que fuera ilustración para la mente y medio de vida para sostener el cuerpo.

Más adentro y bajo el abrigo de un tejado en que la hiedra y las moreras ponían su nota alegre de brillante verdor, pudo ver a un anciano que enseñaba a un grupo de jovencitas n pulsar instrumentos de cuerda y a cantar himnos a coro.

En la fisonomía de Andrés se reflejó una alegre sorpresa y su interlocutor le dijo:

—Esas son l*as Walkirias* de la hora presente que reciben sus lecciones de música y canto. Dos horas antes las recibieron para manejar el huso y el telar; y días hay en que aprenden también a manejar armas y a curar heridos, porque la divina Walkiria de nuestra historia, fue muy mujer en el hogar y fue un *doncel de bronce* que

www.formarse.com.ar

reemplazó a su abuelo, a su padre y a sus hermanos cuando todos ellos cayeron en las invasiones extranjeras, y ella sola quedó al frente de sus ejércitos defensores del suelo nativo.

El entusiasmo del recuerdo había coloreado de carmín el pálido rostro del anciano, y una tonalidad de clarines se advertía en su cansada voz.

El apóstol de Cristo miró aquel grupo encantador de túnicas azules y velos blancos, cuyas voces se adaptaban admirablemente a los instrumentos que vibraban entre sus propias manos.

Y recordó emocionado las consagraciones de doncellas en los Santuarios Esenios cuando se iniciaban en el grado primero de la Fraternidad.

El recuerdo es también una forma de visión para el alma, y Andrés vivió una hora de recordaciones emocionantes y vivas.

Las Escrituras del Patriarca Aldis se presentaron con vivos colores a su imaginación, sobre todo aquellas que relataban la estadía de Abel en los países del norte, allí mismo a la orilla del Ponto Euxino donde él se encontraba en ese instante.

Recuerdo o visión, Andrés se quedó quieto, inmóvil, mirando el grupo azulado de las jóvenes del coro cuyas siluetas gráciles y delicadas se recortaban sobre el azul claro del cielo y el verde oscuro del mar, y pensó; y su pensamiento se tornó en palabras:

—Sólo falta aquí el velero blanco —dijo— y la Matriarca Walkiria conduciendo a Abel ante los caudillos de Tracia a quienes debía entregarle ella misma...

—Vamos hermano extranjero, vamos —le dijo el anciano— que tú estás tan enterado como yo de nuestra historia secreta.

¿Luego también conocías el poema del velero blanco? Un bardo desconocido de aquellos remotos tiempos lo dejó hecho canción en sendos pergaminos que se guardan en nuestro Santuario subterráneo en Cólquida. Si dispusieras de tiempo yo te conduciría allí, pues tengo libre entrada al sagrado recinto de nuestros genios tutelares.

—No hay nada que coarte mi libertad —respondió el Apóstol—. Mi Maestro nos repetía siempre: *"La Verdad os hará Ubres y fuertes".* Y yo creo estar con la Verdad. Y así, si me lo permites, permaneceré aquí unos días más. ¿No seremos tú y yo los que el Señor ha designado para anudar los hilos de su malla tejida en aquella hora a la vera de este mar, con su lino blanco de la hora actual tejido junto a nuestro mar Galileo?

— Tú lo has dicho y yo siento que has dicho una verdad —contestó el anciano apartándose del coro femenino para encaminar a Andrés hacia su recinto privado—.

Si te agrada mi compañía, comparto contigo esta morada —le dijo— donde puedes estar como en tu propia casa— Y le hizo entrar en una habitación labrada como las otras en la roca y recubierta por dentro con tablones de madera.

Y el Apóstol de Cristo comprendía que iba viviendo más y más la vida de aquel lejano pasado hasta el punto de que se confundía en una sola excelsa personalidad, el dulce y hermoso Abel de la prehistoria con el místico y grave Jhasua de Nazareth, al que viera desaparecer romo un astro sereno entre el dorado resplandor del último atardecer galileo cuando El se despidió de ellos para no volver.

Para quedar allí por unos días, Andrés envió un mensajero a sus discípulos de Trapezonte, Liberio, Nemesio y Selvio asegurándoles su regreso tan luego de terminar un trabajo importante que el Maestro ponía en sus manos en el villorrio de Achalki junto a las bocas del Rihon.

Mervik que tal era el nombre del anciano le condujo al siguiente día por la costa del mar hacia las cercanías del valle que forma al desembocar el que hoy conocemos por el río Rihon.

El villorrio Achalki se hallaba más o menos en el sitio en que hoy se encuentra la gran ciudad rusa Batum, importante puerto del Mar Negro y plaza mercantil.

Allí había sido el lugar de descanso y de retiro de la Matriarca Walkiria en la madurez de su vida, cuando los hijos de su tío Erick, el único hijo sobreviviente de su gran abuelo Lugal Marada, se hicieron cargo del gobierno de los países que fueron sus dominios.

En aquel formidable cofre de rocas, entre las derivaciones de la cordillera del Cáucaso y los grandes cerros de la Meseta de Armenia, a la vera del caudaloso Rihon, encerró ella todos sus recuerdos, sus grandezas pasadas y el amor, siempre vivo como una llama, que conservó al Hombre-Luz, la radiante visión de sus veinte años.

www.formarse.com.ar

A aquel santuario augusto de los amores y los recuerdos de la heroica mujer fue a detener sus pasos nuestro peregrino Andrés, el más débil y humilde de los Apóstoles elegidos por el Divino Maestro para continuadores de su Obra redentora de esta humanidad.

Andrés, el indeciso y vacilante Andrés que no se atrevía a tomar un pan sin que antes lo tomara y lo partiera con él su hermano Pedro, fue el designado por la Ley Divina para unir, digámoslo así, el apostolado de amor de Abel, con los heroísmos sublimes e inigualables de Jesús de Nazareth.

Y cuando se enfrentó con toda aquella magnificencia de glorias pretéritas, de amorosos recuerdos, de poemas no soñados sino vividos por su gran Maestro en otra etapa lejana de su vida eterna, Andrés cayó de rodillas como abrumado por un peso enorme y exclamó:

—¡ Señor!... mi Señor ¿ por qué no has traído aquí a Pedro, a José de Arimathea y Nicodemus, al Príncipe Judá y al Hach-ben Faqui, al Scheiff Ilderín y a todos los que son más capaces que yo para que levanten tu templo espiritual de hoy sobre este grandioso pasado que deslumbra y acobarda mi pequeñez?

¿Qué era —preguntará el lector— lo que el Apóstol veía en el villorrio de Achalki que tan estupendo asombro le causaba?

El anciano Mervik le había conducido a una profunda bahía de la costa del mar que lamía con sus olas la entrada a una caverna de enormes dimensiones como si hubiera sido destinada para habitación de un ejército de gigantes.

Lo primero que aparecía a la vista era un barco de antiquísima construcción. Era un velero magnífico, todo blanco que parecía de mármol. Su planchada que bajaba hasta la playa, era de cobre bruñido y brillaba como oro a la luz del sol.

—Subamos a nuestro templo —dijo el anciano a media voz, porque un intenso recogimiento se apoderaba del alma impidiendo hablar en alta voz.

Por una pequeña puerta de cristal de roca se entraba a un recinto ovalado como una gran sala que resplandecía en su blancura semi dorada por la luz de innumerables cirios sostenidos por estatuas de niños coronados de rosas bermejas. Y allá al frente sobre un graderío que terminaba en un amplio estrado cubierto todo de un tapiz de púrpura vivo, se veían dos personajes tan magníficamente esculpidos, que Andrés pensó al contemplarles:

"No les falta más que hablar para que grite con todas mis fuerzas: *Abel la Matriarca Walkiria".*

Eran en efecto la más perfecta representación de aquellas dos grandes figuras de la Prehistoria.

El estaba de pie con un papiro a medio desdoblar, y ella sentada en un taburete a sus pies, vestida con la túnica azulada y el velo blanco de Reina-Kobda, escuchándole embelesada.

El intenso perfume de las rosas rojas de Persia, colocadas en ánforas de cristal avivaba más y más el recuerdo del símil de las rosas bermejas que Abel deshojaba ante Walkiria, símbolo de los sacrificios que la vida exige de ordinario a seres determinados que traen el mensaje de la Eterna Potencia para una porción de humanidad.

— ¿Por qué habéis hecho vuestro templo en el interior de este antiguo velero, si no es indiscreta mi pregunta? —Y al hacerla, Andrés sabía bien a qué obedecía tal hecho, pero deseaba asegurarse más de que se encontraba de lleno ante el glorioso pasado de los países del hielo.

Después de un breve silencio el anciano contestó:

—Las tradiciones y crónicas transmitidas por nuestros mayores, nos dicen que el drama sagrado que vivió la gran mujer de nuestra raza cuando el hijo del Altísimo pasó por estas tierras, tuvo su culminación en el velero blanco que ella guiaba sobre el mar, del mismo modo que manejaba su caballo en las áridas estepas o en las montañas nevadas.

Si pudieras escuchar los poemas grandiosos y sublimes que nuestros bardos han arrancado de su profundo sentir sobre el heroísmo silencioso de Walkiria, no os asombraríais de que estos países del hielo hayan hecho de ella el dios tutelar de la raza.

Nosotros, los que llevamos su ley y su túnica azul, sabemos que sólo fue una gran mujer, dotada de extraordinarias cualidades para conducir pueblos por el camino de la justicia y de la paz; pero las turbas amigo mío, se sienten deslumbradas por este vivo fulgor de sol en el cenit que sólo en ella han visto resplandecer. Y han hecho de ella su ídolo, su dios insustituible hasta el punto de tornarse enemigos furibundos y rabiosos de los que procuramos descubrirles toda la verdad a este respecto. Y así ves, que nosotros, los continuadores de la obra de Walkiria, vivimos relegados a las cavernas de las montañas a donde ella se retiró con sus amores y sus recuerdos, huyendo de la adoración de los hombres que le exigían prodigios de Dios cuando el agotamiento

www.formarse.com.ar

de los años y de los grandes padecimientos le hacían sentir que sólo era una mujer cargada de experiencias dolorosas pero llena siempre de amor y de fe.

Ambos se habían sentado en una grada de la inmensa tarima tapizada de rojo, y un suavísimo ambiente de mística contemplación iba extendiéndose como tenue gasa invisible, como si el perfume de las rosas de Persia que adornaban el recinto, hubieran centuplicado sus efluvios, sus esencias, sobre aquellos dos seres que evocaban tan fervorosamente el recuerdo de la noble mujer que encontró en el Hombre-Luz el más bello ideal de la perfección humana.

Y el efluvio y las esencias, y el ambiente de contemplación y de plegaria formaron ese halo misterioso y suavísimo, conocido de todos los grandes místicos que encuentran en la vida espiritual sabiamente dirigida, las más grandiosas realizaciones aún entre las ásperas vibraciones del plano terrestre.

La gran tarima tapizada de rojo pareció diluirse en un mar de luz multicolor como si un millar de arco-iris concéntricos se hubiesen interpuesto ante los videntes, para dar paso al Hombre-Luz de la lejana Prehistoria que conducía a Walkiria con una carga de rosas bermejas llenando sus brazos mientras su velo blanco flotaba desplegado como si un viento invisible lo agitara.

Y ambos escucharon estas palabras:

"La Fe, el Amor y el Sacrificio genera todas las redenciones".

La visión se diluyó como suave niebla en el éter y el anciano y Andrés se abrazaron llorando como dos niños llamados a un festín, a cuyo recinto no les ha llegado aún la hora de penetrar.

Emoción, ansiedad, cansancio de la vida o deseo de morir, todo pasó como un relámpago por aquellas mentes deslumbradas de tanta claridad y resignadas con pena a las oscuridades de la vida terrestre.

EL SALTO SOBRE EL ABISMO

Andrés fue puesto en contacto con el Guardián Mayor de aquel original Santuario, que era un barco de vela casi petrificado por los siglos y embutido a medias entre la montaña, derivación de la Cordillera del Cuácaso.

Y enterado éste de la procedencia del Apóstol y de los ideales que lo impulsaban le descubrió los secretos tesoros, que eran para ellos, preciosos y queridos recuerdos de un pasado remoto que significaban todo un poema de amor y de gloria.

Algo había desfigurado el ansia de lo maravilloso que existe en mayor o menor grado en los seres de mediana evolución; pero el Guardián, Mervik y Andrés comprendían claramente que detrás de aquella filigrana de lentejuelas de oro, resplandecía la verdad de los hechos tales como ocurrieron en la lejana prehistoria y como los relataban las Escrituras del Patriarca Aldis.

El lazo fuerte e indestructible que une a las almas cuando llegan a comprenderse plenamente, unió con cadena de diamantes a aquellos tres hombres que apenas se conocían personalmente, pero que venían de muy lejanas edades entre la alianza milenaria de los amantes de la verdad y de la luz.

El amor de aquellos dos hombres subió de tono y llegó al vértigo y al delirio cuando Andrés les dijo que la Walkiria de la prehistoria vivía en la carne y en la terrible situación de esclavitud y lucha con la poderosa Roma dueña del mundo.

—Quédate con nosotros —le decían a Andrés los hombres del Norte— y uniremos el pasado con el presente, y el Norte con el Mediodía, si como dices, nuestra diosa Walkiria vive encarnada en la Druidesa de la Galia transalpina. Salvaremos su país de las garras hambrientas de la loba romana, y volverá a ser la heroína salvadora de aquel país como lo fue del nuestro cuando el Hombre-Luz pasó cerca de ella.

Más ¿qué podían hacer ellos que vivían relegados a sus cavernas de rocas, desconocidos e incomunicados con los poderes reinantes en el país?

Ya no gobernaban desde varios siglos atrás los descendientes de Lugal Marada.

Por medio de casamientos y de diversos convenios políticos y combinaciones financieras había ido ganando terreno una fuerte dinastía surgida de los Sármatas vecinos de Cólquida, y aunque esa rara veneraba a la dinastía de Lugal Marada y adoraban como a diosa a Northia y Walkiria. No se les haría creer jamás, que ella estuviese de nuevo en la vida física, en un país avasallado y vencido, y en las tristes condiciones en que se encontraba Vercia la Druidesa gala que recordarán seguramente los lectores de "Arpas Eternas".

Sí se les hubiera anunciado que su adorable heroína vivía de nuevo como Emperatriz de Roma, dueña del mundo civilizado, lo hubieran creído y hubieran corrido a sumarse a sus millares de súbditos. Pero ¿cómo

www.formarse.com.ar

podían concebir que viviera ella entre algunos centenares de proscriptos en la Galia Transalpina que aún resistía en la huida, a las legiones victoriosas de Roma?

Para ellos Walkiria era una diosa, y los dioses aniquilan a los hombres con sólo una mirada.

Las almas de primitiva o mediana evolución no pueden comprender ni aceptar como reales y verdaderos los bruscos cambios de escenario, digámoslo así, a que la Divina Ley encamina a las almas en procura de su evolución. Para ellos, el que una vez ciñó corona en su frente debe continuar coronado por toda la eternidad.

Y entonces se cumplen las palabras del Profeta Isaías cuando decía en nombre de esa Ley Suprema: *"Los pensamientos vuestros no son mis pensamientos* —dice Jehová— *ni vuestros caminos son mis caminos".*

Todo esto lo comprendían nuestros tres personajes, y con más claridad el Apóstol Andrés que tan recientemente había escuchado la divina enseñanza del Cristo su Maestro.

Y penetrado aún de la vibración de su palabra, decía a sus dos nuevos amigos:

—Los acontecimientos que se nos presentan en la vida sin que nosotros los hayamos provocado, deben ser aceptados por nuestra voluntad como una voluntad divina, ya encaminada a servirnos de prueba o de expiación por faltas presentes o pasadas. Tal lo enseñaba mi Maestro y su palabra era el resplandor de la Verdad Divina.

—Quédate a nuestro lado —le repetían sus dos amigos— porque sólo tú que has oído al Hombre-Luz de esta hora, podrás ayudarnos a seguir la lucha contra la ignorancia y la maldad, lejos de nuestra Walkiria a quien la Ley Divina hizo nacer tan lejos de nosotros.

Y comenzó así la lucha interior en el alma noble y leal del Apóstol Andrés.

Aquí había encontrado entre las nieves eternas, la huella inconfundible de su Maestro en la lejana vida de Abel.

Sus discípulos le esperaban. Sus nuevos amigos le suplicaban la permanencia entre ellos para orientar sus vidas y las de sus seguidores por el camino del Cristo en su última estadía en la tierra.

Y el amado recuerdo de su Galilea casi se perdía en la penumbra lejana; pero no sin un desgarramiento profundo en su corazón de hombre que recordaba a Pedro su hermano, a Myriam la venerable Madre de su Maestro, a sus hermanos carnales y hermanos de ideología, a quienes no volvería a ver sobe la tierra.

Los que por diversas causas han abandonado patria, familiares y amigos por un ideal, serán capaces de comprender la ruda lucha entablada en el alma del Apóstol Andrés, la cual duro varios días.

Hasta que una noche de insomnio y de lágrimas, cuando ya pasada la media noche, vio que su alcoba se llenaba de luz y de una suave armonía que no podía precisar de dónde venía.

Una azulada visión de mujer envuelta en un blanco velo flotante, se le acercó hasta colocar una mano sobre su frente afiebrada:

—*Erick, mi tío Erick de otra hora lejana* —le dijo con su voz emocionada de amor— *¿cómo vacilas en ayudar a los que fueron la porción de humanidad que la Eterna Ley nos designó en el pasado?*

Las alianzas son eternas y aunque hoy me ves lejos de los países de nieve, es sólo un paréntesis de dolor y de humillación que la Ley me impone, pero pronto estaré a tu lado para continuar lo comenzado junto al príncipe Abel.

Prométeme que esperarás mi llegada.

Con su voz temblando de emoción, Andrés le contestó:

—Sea como tú lo quieres. Te esperaré aquí, aunque deba perderlo todo.

La visión desapareció y Andrés se sintió fortalecido en su incertidumbre y sus vacilaciones.

En la oración recibió el convencimiento pleno de cuál era la voluntad Divina. Y con una entereza y serenidad que desconocía en sí mismo se dispuso a renunciarlo todo: su amada Galilea con todos los amores encerrados en ella y sus discípulos de Trapezonte si no querían seguirle a su nueva residencia.

¿Que le esperaría en aquel desconocido país, entre gentes de otras razas, idiomas y costumbres?

Y se dijo a sí mismo: "Es el salto sobre el abismo que la Divina Voluntad pide a veces a los herederos del Reino de Dios".

Y él tuvo el valor de darlo, pero antes escribió una larga epístola de despedida a *"la Madre de mi Señor"* como él llamaba a Myriam, a su hermano Pedro y demás parientes y amigos de Galilea. Al alejarse más y más del suelo natal, comprendía bien que no les vería más sobre la tierra.

www.formarse.com.ar

Pero la Divina Ley reserva a veces compensaciones maravillosas para aquellos que se entregaron sin vacilar a sus secretos designios. Y fue así que dieciséis años después Andrés pudo volver a la Siria en compañía de Liberio su primer discípulo de Trapezonte y del Guardián Mayor del Templo subterráneo que ya conoce el lector, el cual quiso ver y palpar los rastros dejados por el Hombre-Luz en las arenas de Siria, en el Mar de Galilea, en la trágica e intransigente Jerusalén.

Ya dejaban en el valle del Rihon a Vercia con cuarenta compatriotas fieles que la siguieron hasta los países del hielo, y la dejaban ocupando el mismo sitio en que descansó Walkiria su glorioso ocaso en el lejano pasado.

—Id vosotros si tenéis valor para ello —les decía la Druidesa Gala—. Yo no quiero ver tampoco mi Galia pisoteada por los invasores.

Pero Andrés había contraído compromisos y alianzas en las tierras nevadas del Norte, y no podía abandonar lo que él mismo había creado en cumplimiento de su apostolado cristiano.

Tres años permaneció con sus dos acompañantes en Palestina donde ardía como un polvorín la guerra civil entre los Saduceos liberales, los Fariseos intransigentes, los zelotes fanáticos y los herodianos que compartían todas las creencias basta que aplaudieran su vida de impudicia y de latrocinios.

Y volvió a los países del Norte donde quedó definitivamente hasta que su Maestro le revelara —según él decía— algún nuevo rumbo en la orientación de su apostolado.

BARTOLOMÉ DE CORAZIN

Bartolomé de Corazín, era hijo de Tolmai el concesionario más fuerte de la pesca en el Norte del Mar de Galilea, como Simón Barjonne padre de Pedro, lo era en el sur.

Abandonó la tierra nativa luego de la muerte del Apóstol Santiago y sus compañeros, drama vandálico de horror y de sangre con que el Sanhedrín Judío pretendía ahogar para siempre la naciente ideología cristiana que se engrandecía día por día.

Viudo sin hijos, sólo tuvo el dolor de abandonar el viejo hogar paterno donde vivía su hermana Elizabeth, viuda también, con dos hijos varones y dos mujeres, a todos los cuales estaba encargada la misión de repartir en aquel paraje, los dones de la Santa Alianza.

Desde la muerte del Maestro, Bartolomé había vivido retirado en el Monte Carmelo donde había dos ancianos Esenios hermanos de su padre. Con ellos se había consolado un tanto de la desolación que le dominó por completo cuando la ausencia del que era su fortaleza y la luz de su vida, se hizo sentir, pasada la hora gloriosa de las apariciones radiantes en que vieron todos la grandeza y la gloria de su Maestro después del tremendo sacrificio del Gólgota.

Lo había visto todo, la hora del dolor y la hora del triunfo. Aceptaba y reconocía plenamente que su Maestro era el Verbo de Dios, el Ungido anunciado por los Profetas desde seis siglos atrás, pero El había entrado en la posesión eterna De su Reino y ellos quedaban solos en la tierra, entre las maldades humanas que parecían haberse desatado como rabiosa tempestad en contra de los amantes del Cristo.

¿Qué podían hacer ellos ante la poderosa fuerza del Sanhedrín Judío aliado con los descendientes de Herodes y a veces con el poder romano cuando les convenía?

Santiago uno de los más valientes y decididos había caído con sus compañeros en un degüello feroz, en las criptas mismas de la Casa de Dios, del venerable templo de Jerusalén.

¿Qué había pues digno de respeto para esos asesinos disfrazados de santos?

—Cuando nos hayan degollarlo a todos como a indefensos corderos ¿quién enseñará al mundo la doctrina del Señor? —decía el Apóstol.

Y los solitarios ancianos del Monte Carmelo, le contestaban con la firmeza de las convicciones profundas:

—Los seguidores del Ungido somos como la simiente de Abraham, más numerosa que las arenas del mar y las estrellas del cielo. Si uno sólo queda con vida, ese solo bastará para hacerle conocer por toda la faz de la tierra.

Esencialmente pacífico y tranquilo, Bartolomé no se avenía con las controversias políticas, ni discusiones de orden religioso y dogmático. No gustaba de las polémicas ruidosas ni de los altercados callejeros, más comunes aún en la* ciudades pequeñas y entre los vecinos de barrios suburbanos.

Gustaba de enseñar lo que él había aprendido de su Maestro a los seres que sabía capaces de comprender y sentir aquella sublime enseñanza que tan lejos estaba de la mayoría de las gentes de su época.

www.formarse.com.ar

Y en sus largos silencios de la celda en el Santuario del Carmelo, argumentaba consigo mismo:

"Vaya uno a decirle a cualquier hombre o mujer de esta tierra o de todas las tierras: si tienes dos túnicas, dale una al harapiento mendigo que pasa a tu lado. Si tienes esclavos, dales la libertad como tú la querrías para ti si fueras esclavo. Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo".

Pero un día, oyendo leer las crónicas de la Fraternidad Esenia en que se relataban los trabajos misioneros que realizaron los hijos espirituales de Moisés, a poco de morir el gran Legislador; un descendiente de Ben-Hur, el fiel compañero de Moisés que se dejó matar pisoteado por el pueblo cuando se lanzó enloquecido a adorar al becerro de oro, había recibido una terrible reprensión de su gloríese antepasado que desde el plano espiritual le hablaba en el sueño y le decía: *"Porque eres cobarde para enseñar al pueblo la verdad que conoces, sufrirás la pena de tu cobardía".*

"Y al poco tiempo, al hacer un viaje por las regiones vecinas al Mar Rojo, se perdió en un laberinto de montañas donde se vio obligado a vivir de frutos silvestres en una espantosa soledad durante dos largos años".

Esa lectura sacudió un tanto el alma de Bartolomé aplastada por el pesimismo-

Luego recordó la parábola de *los talentos de oro* que un día les había deshojado el Maestro como una flor divina recogida en el jardín iluminado de sus clarividencias premonitorias, que le hacían ver sin duda las vacilaciones y cobardías de algunos de los suyos para el cumplimiento de sus pactos con él.

Y en la meditación de ese atardecer, le pareció que sentía en lo más profundo de su yo íntimo, la voz dulce y serena del Maestro que le repetía de nuevo aquella parábola y le decía: *"Tú haces como aquel que enterró el talento que le diera su padre, por el temor de perderlo".*

"¿Qué harás Bartolomé... qué harás si no haces lo que yo quiero?"

La meditación de esa tarde fue de conmoción y de lágrimas para el apóstol Bartolomé que se reconocía culpable de cobardía y de poca fe en su Maestro y en sí mismo, y tomó allí mismo la resolución de apartar de sí todo temor y dar comienzo al apostolado para el cual su Maestro le había escogido.

Pocos días después se embarcaba para Tiro, Sidón y Antioquía desde donde tendería el vuelo hacia Armenia, país que le fuera designado para enseñar la doctrina que había bebido del corazón del Maestro.

Entró al colegio apostólico del Cristo cuando tenía treinta y un años. Cuando él murió, tenía treinta y cinco. Los años de cobardía,- de pesimismo y de vacilación le habían pasado de los cuarenta Y Bartolomé se decía a sí mismo: "Quizá he pasado la mitad de mi vida y aún no comencé a cumplir mi deber para con el Maestro que fue mi única luz, mi único amigo fiel y desinteresado, el que me amó por amar sin que yo pudiera darle compensación alguna".

Por sus modalidades y por su carácter, pareciera que este apóstol de Cristo fuera modelado para vivir entre santos y en épocas no de decadencia moral y social, sino en tiempos de florecimiento de las nobles cualidades que no son de ordinario las que abundan en los valles terrestres, v menos aún en las épocas de decadencia y entorpecimiento moral, intelectual y social.

A eso se debían sin duda los temores que le asaltaban.

Cuando fue llamado por el Maestro para ocupar un lugar entre sus íntimos, el coraron de Bartolomé era todo una llaga viva, podemos decir, a causa de los muchos desengaños sufridos con amistades fácilmente contraídas y a las cuales él se daba por entero sin desconfianza y sin recelo.

Desinteresado y generoso por naturaleza, su alma franca y noble se había desbordado en amor y sincera amistad muchas veces, y otras tantas se vio defraudado y herido en sus más íntimos sentimientos.

Tan dolorosas experiencias tenía consigo cuando dejó al lado del Maestro, que El se vio obligado muchas veces a llevarle a casa de su Madre en Nazareth y dejarle por días y aún por semanas entre la suavidad de lirio del alma de Myriam y el tacto del tío Jaime, únicos que podían ayudarle a curar el herido corazón de Bartolomé.

Y al relatar con detalles la vida íntima de este amigo de Jhasua, el lector verá engrandecerse de modo notable al genial maestro de almas que era el Cristo, cuya penetración en el mundo interno de los seres que le rodeaban llegó hasta lo maravilloso.

El mundo cristiano en general, ha visto, comprendido y admirado las innumerables curaciones de dolencias físicas que se cruzaron en el camino del Mesías, pero muy pocos habrán vislumbrado a través de los breves relatos de la primera hora, las curaciones morales y espirituales que El realizó y que por ser tan íntimas y secretas, no trascendieron al exterior.

Y cuando él preguntaba al Maestro —"¿Qué haré Señor para no herirme con falsas amistades, con mentidos afectos que tan exhausto me dejan cuando he descubierto el engaño?"

El Maestro le contestaba:

www.formarse.com.ar

"Tu extremada vehemencia afectiva, te impide observar y razonar. Reprime primero tu vehemencia y observa las almas que se te brindan como observas el agua antes de bebería, como examinas una fruta antes de comerla, como revisas una túnica antes de cubrirte con ella. No quiero decir que debas exigir perfección en los seres cuando tú no lo eres, pero mira y observa si et agua tiene insectos o grumos de polvo; si la fruta es ácida o madura; si la túnica te está larga o corta, o si tiene desperfectos que revelen tu descuido sí acudes a un festín.

"Y después de esta serena observación, ya sabrás si debes o no abrir tu alma a la amistad o e/ amor, con fundamento seguro para tu esperanza y tus anhelos".

Y añadía otro símbolo más:

"El que edifica su casa entre arena movediza, sabe de antemano que los vientos se ¡a derrumbarán. Pero el que la edifica con cimientos en tierra firme o sobre fuertes peñascos, está seguro de que será invulnerable a todas las tempestades".

Y Bartolomé tenía escritas en su carpeta de bolsillo estas respuestas del Divino Maestro que tan alto hablaban de su conocimiento de la vida entre los hombres.

La terminación de su viaje por entonces era la ciudad de Antioquía donde, gracias a las recomendaciones de Simónides, podía detenerse cuanto quisiera.

Hasta allí, Bartolomé caminaba en ambiente conocido puede decirse, porque se sentía bajo la suave protección de los que eran verdaderos amigos y le amaban.

Pero al dejar la populosa ciudad de los Seleucidas, se lanzaba a campo abierto en un mundo desconocido, y de nuevo se vio asaltado de temores y vacilaciones.

Llevaba indicaciones para la congregación cristiana de reciente fundación y acudió a ella tan luego como pudo orientarse en la gran capital. Uno de los dirigentes más asiduos y fervorosos era Simón de Niger, aquel mendigo con los pies quemados, que el Maestro curó bajo el arco de triunfo de Epifanes, y que Simónides había levantado a mayordomo de la posada *"Buena Esperanza"* que recordará el lector de "Arpas Eternas".

Aquel hombre al cual el dolor había purificado, hizo olvidar a Bartolomé las recomendaciones de su Maestro, y su vehemente corazón se desbordó de cariño, de amistad, seguro de que aquel protegido y dependiente de Simónides, sería a no dudarlo el amigo verdadero que buscaba y necesitaba en país extranjero.

En efecto, era Simón de Niger un poema vivo de gratitud al Profeta Nazareno que de un harapo de humanidad, había hecho surgir un hombre nuevo lleno de esperanza y de fe, lleno de ansia suprema de vivir la verdadera vida del hombre libre de trabas mundanas, justo y ecuánime en todos sus actos.

EL APÓSTOL DE ARMENIA

Por su amistad con Simón de Niger, Bartolomé hizo conocimiento con una honorable dama cristiana de gran fortuna que había sido dama de honor de Helena de Adiabenes cuando al lado de su esposo el Rey Abenerig de Susian, ocupó un lugar prominente en los países del Asia Menor. Se llamaba Ehsabet de Thipsa, era viuda y tenía una hija adoptiva casada con un príncipe armenio residente en Togarma capital entonces del Reino de Armenia.

La noble dama cristiana, suplicó al apóstol que la llevase con él hasta la llanura del Lago Van por donde pagaba y se detenía la caravana que hacía viajes periódicos hacia aquel país, pues deseaba encontrarse con su hija a quien no veía desde su casamiento tres años atrás.

La caravana partiría una luna después y Bartolomé fue alojado en la hermosa villa de verano que Ehsabet poseía en la ribera occidental del Río Orantes.

Tenía nueve esclavos y esclavas a todos los cuales había dado carta de manumisión que significaba la absoluta libertad; pero ninguno quería separarse de la buena ama Retina como familiarmente la llamaban. Era extremadamente bondadosa y delicada, lo cual unido a la belleza física y a su elevada cultura, la hacía atrayente en extremo; y muchos magnates y potentados de Antioquía la asediaban con lisonjas y adulaciones interesadas hasta causarle fastidio y pesadumbre.

Años atrás acompañando a la Reina Helena, cuando ya viuda se llegó a Jerusalén, Ehsabet había conocido al dulce Rabí Nazareno, cuando aún no le aclamaban públicamente como el Mesías anunciado por los Profetas. Le había oído hablar en el Templo y en el palacio de Ithamar, pero no conocía a fondo su doctrina ni había tratado de profundizar en ella.

www.formarse.com.ar

Su natural bondad la obligaba, digámoslo así, a estar a tono con los cristianos de Antioquía cuya tolerancia y piadosas costumbres se hermanaban admirablemente con sus propias modalidades.

La había bautizado *Bernabé,* aquel jovencito *Halevi* de Chipre, que se encontró con Jhasua en su viaje a Ribla y al cual los apóstoles llamaron *Baarnaba,* o sea "hijo de una profecía", porque el Maestro les había anunciado que llegaría con el alma ardiendo de entusiasmo y las manos llenas de oro para realizar obras de amor a sus semejantes.

Ya lo hemos dicho en "Arpas Eternas" que Bernabé fue el animador incansable de la Congregación Cristiana de Antioquía en los primeros tiempos, como Simónides fue su más fuerte apoyo en cuanto a lo material.

Ehsabet o Betina, excelente discípula de Cristo, quedó olvidada en las primeras crónicas cristianas como muchos otros amigos de Jhasua, o acaso esas crónicas pueden haber desaparecido entre la polvareda sangrienta de las persecuciones con que fueron tan duramente azotados los cristianos primitivos

La hacemos aparecer en este relato porque a ella se debió en gran parte el éxito y la admirable fortaleza que manifestó en todo momento el Apóstol Bartolomé en el cumplimiento de su misión, que bien merece el nombre de transformador de la fe y las costumbres en todo el vasto Reino de Armenia.

Desde el buen Rey Polemón y su familia, hasta el último minero o campesino de Armenia, todos cayeron en la suave red de amor, de piedad, de misericordia infinita con que el Apóstol ayudado por Betina, entretejió su obra redentora a inspiración y ejemplo del Maestro su Señor.

Veamos ahora en detalle, cómo realizó este apostolado.

En sus diarias meditaciones le venia tenazmente este pensamiento: "Mí Maestro nos repetía hasta el cansancio que si el amor que El nos brindó, anida en nuestro corazón, podríamos hacer todas las obras que El hizo en medio de la Humanidad".

Y un desfilé de recuerdos luminosos pasaba por su mente como visiones radiantes de amor, de luz, de aquella divina piedad que El derramó tan generosamente sobre la humanidad.

Y su oración continua era ésta:

"¡Maestro, Señor mío! Dame te ruego, tu amor y tu paz en tal abundancia que se desborde de mi corazón, como un divino manantial sobre todos los seres que se crucen en mi camino".

Y el Maestro se lo concedió. ¿Cómo no había de dárselos si el amante discípulo se lo pedía en todos los instantes de su recogimiento y soledad que tenía? Y no se lo pedía para si mismo sino para derramarlo como las aguas puras de un manantial sobre todos los sedientos de la vida.

Al Apóstol Bartolomé bien pudiéramos llamarle lirio blanco de los amores puros y castos que brotó en el huerto místico del Cristo Divino, juntamente con María de Bethania y Juan, Stéfanos y Rhode que hicieron florecer en los valles terrestres el amor radiante de los arcángeles de Dios.

Diríase que de tiempo en tiempo, la Divina Ley hace brotar «obre la tierra esos lirios de castidad que brindan a los humanos sus aromas celestiales, y viven felices su vida de amor que al purificarles a sí mismos, purifica también a los demás.

Y fue así que el Apóstol Bartolomé se vio tan amado de los grandes y de los pequeños, de los príncipes y de los esclavos, de damas opulentas como de humildes mendigas, que él pudo decir como el gran Bohindra de la prehistoria: "¡Basta Señor, basta, que en este vaso de arcilla no cabe ni una gota más!"

Ehsabet, la noble dama cristiana que le siguió desde Antioquía, fue su más ferviente y decidida aliada que respondió en todo momento a los afanes redentores del Apóstol, sin que nunca demostrase cansancio ni fatiga cuando él necesitaba de ella un esfuerzo más en beneficio de sus semejantes.

El amor les llevó hasta el palacio del Rey Polemón que teniendo su hija mayor sumida en las sombras de una larga demencia, había consultado sabios, magos, médicos de diversos países, sin obtener absolutamente ni la más leve mejoría. Llamó el Rey a los *"hermanos sirios"* como Bartolomé y Ehsabet se habían presentado, sólo con el fin de evitar interpretaciones malignas por la vida en común que ellos vivían. El amor y la comprensión perfecta los hacia tan semejantes uno al otro que fueron conocidos como *hermanos por la sangre,* los que lo eran tan sólo por el amor del Cristo,

Pero en la tierra donde se arrastran también los reptiles y las víboras, no podía resplandecer mucho tiempo este cielo de amor en torno al Apóstol Bartolomé, y las fuerzas de las tinieblas sacaron de la misma familia real de Armenia, el ser maligno que había de atormentarlo hasta la muerte.

Un hermano menor del Rey Polemón, cuyo nombre era Astiages, se llenó de envidia por los privilegios y franca amistad que su real hermano y su familia ofrecían públicamente al siervo de Dios.

Se figuró que él perdía de sus derechos, que era postergado y humillado por aquellas deferencias para con el *extranjero y su hermana,* y siendo Astiages gobernador de una parte del Reino, comenzó a infiltrar en sus íntimos primero, el sutil veneno de la intriga y la discordia en forma de sospechas calumniosas, que despertaran desconfianzas y recelos en el Rey sobre los móviles que impulsaban al Apóstol para apoderarse de la adhesión y reverencia de todo el pueblo armenio.

Se valió de una maga de malas artes llamada Berit, que entre conjuros y diabólicas ceremonias aseguraba que los genios tutelares de Armenia se alejarían del país si el *extranjero y su hermana* continuaban permaneciendo en él.

Pero la hija del Rey fue curada de su penosa demencia que era sólo obsesión de una inteligencia perversa; y era ésta la que tomaba venganza de su derrota por medio de Astiages cuyos sentimientos mezquinos y egoístas abrían campo a las corrientes del mal para introducirse y destruir la obra de amor y de fe que realizaban Bartolomé y Ehsabet.

Ellos se apercibieron de inmediato de la lucha tremenda que debían sostener silenciosamente, pues tratándose de que el enemigo era un hermano del Rey, les era necesario obrar con gran discreción y prudencia.

Habían formado en Togarma la Santa Alianza tal como la formó el Divino Maestro en Palestina y la sede central se instaló en la *"Casa de Verano",* una de las residencias reales para la temporada de estío y que estaba situada en un hermoso cerro a orillas del río Araxes, que pasaba a una milla de los muros de la ciudad.

En la hermosa mansión veraniega se desbordó la Bondad Divina sobre los *hermanos sirios,* como llamaban las gentes a Bartolomé y Ehsabet, a tal punto que las manifestaciones espirituales materializadas fueron percibidas por algunos de los que acudían al cenáculo o recinto de oración que el Apóstol instaló desde el momento que el Rey les concedió aquella magnífica morada para Oratorio Escuela y Refugio de la Santa Alianza.

Ehsabet resultó ser un excelente sujeto fácil a la hipnosis y en extremo dócil a las Inteligencias Superiores, que quisieron colaborar desde el espacio infinito en la obra redentora del Apóstol Bartolomé.

Y comenzaron los dictados de Inteligencias de la Alianza del Cristo desencarnadas pocos años hacía. Aquel Baltasar de Susian el más anciano de los tres viajeros del lejano Oriente que visitaron a Jhasua en la cuna, fue el que demostró haber tomado la iniciativa en la colaboración espiritual del cielo en las obras misioneras de la tierra.

Diríase que Baltasar quería prolongar su apostolado en aquella parte del Asia Menor por medio de Bartolomé y Ehsabet; y dictó en sólo setenta días un tratado sobre la vida espiritual de los que se inclinaban a la senda misionera tal como el Cristo Divino la había realizado.

Sus bases eran la humildad basada en el gran conocimiento de si mismos, el desprendimiento de todos los vanos y efímeros goces de la vida carnal, y una entrega completa al sublime ideal del amor fraterno.

El cielo se había vaciado como un manantial sobre aquellos dos enamorados del Cristo, que en sus místicas conversaciones se manifestaban recíprocamente su asombro, al verse tan favorecidos por la Luz Divina, tan inundados del Supremo Amor que les envolvía de continuo como un suavísimo aliento de inefable ternura.

Durante una meditación de las que hacían todos los días al anochecer, ambos preguntaban a la Divinidad con el pensamiento elevado en un vuelo al Infinito "¿Qué hice Señor para merecer este inmenso desbordamiento de amor y de luz?"

Y como este pensamiento se mantuviera intenso y profundo en aquellas dos almas, tuvieron la respuesta de Aquél que jamás se hace sordo al llamado de un corazón que le ama:

"Lo habéis merecido con vuestra humildad que nada cree merecer.

"Lo habéis merecido con vuestro amor que no pide ni espera recompensa alguna-

"Lo habéis merecido con vuestra entrega absoluta al servicio de Dios en vuestros semejantes, respondiendo fielmente a la palabra Mía: Lo que hacéis por vuestros hermanos, por Mí lo hacéis".

Era la voz serena y dulcísima del Cristo que en radiante aparición les hablaba a lo profundo del alma haciéndoles comprender la eterna verdad encerrada en aquellas palabras suyas:

"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios".

Athaliva de Togarma, hija mayor del Rey Polemón de Armenia, era excesivamente impresionable a causa de su extrema sensibilidad. De alma buena pero dócil a la sugestión, por la mala influencia de la maga Berit que fue su aya en la infancia, había caído bajo el poder funesto de los siervos de *Astarot*, el ídolo adorado por los armenios que procedían de la Escitia por sus antepasados.

www.formarse.com.ar

Era Athalivá la heredera del trono de Armenia, y si no era curada de su demencia, sería proclamado heredero, Astiages, hermano del Rey Polemón.

Este conocía las ambiciones de su hermano y su secreta alianza con los armenios de raza escítia y con la maga Berít a la que el Consejo de Justicia armenio condenó a cárcel perpetua o destierro del país.

Pero Astiages que gobernaba como un Virrey el territorio de Armenia que limitaba con el Mar Caspio, interceptó el viaje a Escitia de la maga desterrada y secretamente la condujo a la ciudad de Shutcha donde dio gran impulso el culto del Ídolo Astarot, formando un sacerdocio en todo semejante a los que existían en los templos del paganismo romano de aquella época.

Tal era la situación política de Armenia cuando Bartolomé y Betina derramaban con tan ardiente entusiasmo la doctrina del Profeta Nazareno.

Ya comprenderá el lector lo que significó para el Rey la curación de su hija; y lo que significó también para las ruines ambiciones de su hermano Astiages que veía caer por tierra su dorada ilusión de suceder a su hermano Polemón en el trono de Armenia.

La maga Berit y los sacerdotes de Astarot le aconsejaron otro camino: su matrimonio con Athalivá hija del Rey.

Este buen Rey era el mismo que años atrás, muy joven y recientemente levantado al viejo trono armenio por muerte de su padre, había firmado aquella alianza de príncipes y reyes del Medio Oriente para proclamar a Jhasua Rey de Palestina y Siria, pasaje que recordará el lector de "Arpas Eternas".

Polemón no conoció personalmente al dulce Rabí Nazareno; pero conocía y admiraba sus obras, su poder sobre todos los dolores humanos. Su padre *y él* mismo, habían conocido y aún tenido negocios con el Príncipe Ithamar de Jerusalén, padre del príncipe Judá y los continuaba teniendo con Simónides su Administrador General.

Su madre la reina Athalivá de Arbelia había sido gran amiga de Helena de Adiabenes, y todos ellos eran amigos y seguidores del Profeta Ungido de Dios, de Palestina y Siria.

Comparaba el noble desinterés del Hombre de Dios, con las ruines ambiciones de su hermano Astiages instigado por los sacerdotes de Astarot.

Jhasua de Nazareth había llevado la paz, la abundancia y la salud a la empobrecida tierra que le vio nacer, cruelmente explotada por la dominación extranjera. Y su hermano con los cultores dé Astarot sembraba la intriga, la discordia, la constante amenaza de una guerra civil que cubriría de sangre y desolación á la rica y vasta Armenia cuyas costas besaban las olas de dos importantes mares de aquella época: el Ponto Euxino y el Mar Caspio, ambos fáciles medios para el comercio con los grandes países del lejano Oriente, *con la tierra donde nace el sol,* según era llamado el viejo Decán o Indostán. El Rey Polemón conocía la frase genial de Jhasua: *"Por los frutos se conocerá al árbol"* y no vacilaba en inclinarse hacia el Profeta Nazareno y desconfiar en cambio de su propio hermano cuyas obras lo descubrían ante todos los que tenían capacidad de razonamiento.

La envidia y la avaricia le consumían y le impulsaban a las más bajas y ruines acciones. Y viéndose incapaz de suplantar a Bartolomé en el lugar que ocupaba junto a su real hermano, comenzó a planear secretamente el modo de hacerle desaparecer sin descubrirse él mismo como asesino del siervo de Dios.

Fingió querer abrazar la doctrina de Cristo por lo cual pedía que le enviara al Apóstol a su provincia lejana, perdida entre las montañas del norte.

El Rey Polemón desconfió al principio y tardó más de un año en escuchar la solicitud de su hermano.

Pero llegó a oídos de Bartolomé.

—Si tú no te opones, Oh Rey, iré hacia tu hermano pues no creo justo que por un temor, acaso infundado, rehusé yo enseñar la doctrina de mi Maestro ya que para eso vine a este país.

—Mi hermano es muy malo —contestaba el Rey.

—Pero puede arrepentirse y volverse bueno —sugería el Apóstol.

—Vive corroído por la envidia y te aseguro que no he visto a ninguno curarse de la envidia —volvió a decir el Rey.

El Apóstol quedóse pensativo. Le asombraba de que aquel joven Rey tuviera tan dolorosa experiencia.

—Si me lo permites, Oh Rey, te haré algunas preguntas —dijo-

—Hable libremente —contestóle el Rey.

—Tu hermano es menor que tú, ¿verdad?

www.formarse.com.ar

—Óyeme buen apóstol del Profeta Nazareno: mi hermano es hijo de mi madre, pero no de mi padre. Mi madre era viuda de un príncipe de Cólquida del cual le quedó Astiages como hijo único.

—Ahora comprendo —dijo Bartolomé—. Y él hubiera querido ocupar tu lugar.

—Cuando mi padre estaba para morir, Astiages procuró mi muerte y si no hubiera sido por mi madre, que era también suya, me hubiera eliminado de este mundo. ¿Cómo pues he de creer que de la noche a la mañana se torne en un buen hombre?

—Tienes el enemigo en tu casa —sugirió el Apóstol— y me asombra de que vivas tranquilo.

—Por eso le tengo lejos, y a más tengo servidores muy fieles que le vigilan de cerca. ¡Apóstol del Cristo!... —dijo el Rey después de unos momentos de silencio—. Bien ves que has llegado a ser un confidente para mí, *y* he de confiarte un secreto.

—Será honra para mí el guardarlo fielmente, oh Rey.

—Ha pasado ya en muchos días el luto que he debido guardar por mi primera esposa muerta. Dame a tu hermana Ehsabet para esposa-reina, porque me he enamorado de ella.

Bartolomé se quedó mudo de asombro. Como el silencio se prolongare, el Rey habló de nuevo:

— ¿Me la rehúsas?

—Tanto fue mi asombro, oh Rey, por la grande honra que quieres hacernos a mi hermana y a mí, que no he sabido que contestar. Además... no sé si ella está a la altura de tu alcurnia y si esta unión provocaría el descontento de su dinastía y acaso de su pueblo. Además señor, Ehsabet debe tener algunos años más que tú; y el hombre que fue su único esposo no era de tal jerarquía que pudiera igualarse a ti.

Fue dama de honor de la Reina Helena de Adiabenes que por su fiel adhesión la elevó al rango de hija adoptiva suya.

—Todo eso lo sé... todo lo sé desde hace poco tiempo. Y aquí tienes los informes que sobre sus antecedentes me ha mandado a solicitud mía el Notario Mayor del Rey Abenerig Izate de Susian.

Y al decir así el Rey Polemón puso su mano sobre un cartapacio de pergamino con las cintas selladas del rojo y azul de los reyes de Susian.

—Aquí está la vida de tu hermana —dijo—. Es una gran mujer y yo la quiero para mí. Yo necesito de ella, y mi pueblo la necesita como yo.

—Señor— dijo el Apóstol— ni puedo rehusártela, ni puedo dártela, por que será ella quien tenga que decir si se siente capaz de llevar sobre sus hombros la grande honra qua quieres hacerle y la cual significa a la vez una enorme responsabilidad.

—Yo tengo un mensajero ante ella —añadió el Rey— y quiero la contestación en el término de tres días. Te advierto que, de ser una negativa, ningún mal podrás temer ni para ti ni para ella; pero tendréis que salir de Armenia, porque yo abdicaré en favor de Astiages que tanto ambiciona éste y me retiraré con mi hija Athaliva a mi castillo del lago Arsisa (el lago Van) pues ella está prometida como esposa del heredero del Sátrapa de los Carduces que reside en Pilos.

—Está bien, señor —contestó el Apóstol, *y* haciendo una gran reverencia salió de la presencia del Rey con el alma atormentada por mil contrarios pensamientos.

—Un velo de ceniza traes sobre ti, hermano —dijo Ehsabet a Bartolomé cuando le vio llegar—. ¿Qué ha pasado con el Rey?

—Algo tan estupendo por lo inesperado, que no te lo puedes imaginar jamás.

—¿Nos arroja de Armenia para complacer a Astiages? —preguntó ansiosa Betina.

—Todo lo contrario. Quiere casarse contigo para que seas la esposa-reina...

Si un volcán hubiera reventado a sus pies, no se habría asustado más aquella mujer. Se dejó caer sobre el estrado y rodó por el suelo el ovillo de lana que devanaba para el telar.

— ¡Está loco! —Dijo— ¡debe estar loco! ¡No puede ser, no puede ser! —gritó, *y* cubriéndose el rostro con ambas manos rompió a llorar a grandes sollozos.

—-No te desesperes así —se oyó la voz temblorosa del Apóstol, emocionado también... —¿Acaso no es agradable para ti ser la reina de Armenia donde tanto bien podemos hacer?

Ella no contestaba y seguía llorando...

—El Rey Polemón es un hombre bondadoso y si está enamorado de ti, hará cuanto quieras por complacerte —añadió Bartolomé con su voz que casi sollozaba.

www.formarse.com.ar

—Y si tan bien te parece el deseo del Bey ¿por qué tú viniste desolado, y tus palabras lloran aunque no lloren tus ojos?

El Apóstol comprendió que no fue capaz de ocultar su amargura, y guardó silencio.

En la meditación de esa noche que la hacían conjuntamente con los discípulos y compañeros de apostolado que vivían en el Palacio de verano, ambos elevaban al Maestro la misma sentida plegaria:

"¡Maestro, Señor mío! ¡ Que yo vea tu luz, que yo encuentre tu camino.., que yo sea tu voluntad!"

Y alrededor de tales palabras la mente tejía y destejía dramas, tragedias que se sucederían en las vidas y en los corazones en los años venideros, en todo el resto de la vida hasta perderse en una brumosa lejanía adonde ya k imaginación no alcanzaba a prender sus hilos de seda o sus redes de acero.

— Por Ti, Señor, me abrazaré con la tremenda cruz de la soledad en et desierto de esta vida que comencé un día en seguimiento tuyo —clamaba Bartolomé. Y luego volviendo sobre esas palabras, se decía a sí mismo —: *soledad* ¿por qué? ¿Acaso me impedirá nadie seguir siendo el hermano de Ehsabet? Es verdad, pero será una hermandad restringida por una voluntad más fuerte que la de ella y la mía. El Rey será su dueño y señor. Y yo... y yo...

Esa mutua vigilancia y cuidado que ambos teníamos uno del otro, deberá desaparecer en absoluto. Ella no deberá cuidar de mi persona y de mis cosas; y yo menos aún inmiscuirme en lo concerniente a su vida.

Ehsabet por su parte pensaba y sentía de igual manera, pero huía de auscultar sus pensamientos con la lente del razonamiento sincero y lógico.

Sólo deseaba que hablase su propio corazón. Habíase acostumbrado a la suave y dulce compañía de Bartolomé, a la sencillez de su vida sin preocupaciones ni problemas. Y ahora, a sus treinta y cinco años ¿había de cambiar completamente de camino y entrar en el complicado escenario de esposa de un soberano y reina de un numeroso pueblo? ¿Y peor aún, sin dar tiempo a su corazón para amarle, pues quería el Rey su respuesta en el término de tres días?

En la oración de esa noche, el cielo se había mantenido mudo para ella. Su intensa plegaria no obtuvo contestación.

Es la mente como una ánfora de cristal sin cerradura hermética, y cuando está llena hasta desbordar de cuanto puede caber en ella, se encuentra imposibilitada de aceptar nada más, si antes no la vacía de su contenido.

Y la ánfora mental de la dulce Betina estaba por demás desbordante de contrarios pensamientos, de dudas, de zozobra, de crueles incertidumbres que no le dejaban instante de reposo. Y la voz divina no se hacía sentir.

Bartolomé padecía también, pero más cultivado en el dominio del pensamiento y más conocedor de los medios conducentes a obtener la quietud interior, pudo serenarse más pronto y escuchar el llamado interno.

Comprendió que un nuevo renunciamiento le pedía su ley.

Y se dispuso a renunciar a la dulce compañía de aquella hermana del alma que el Divino Maestro pusiera ante él en horas dolorosas y difíciles, cuando daba su *salto sobre el abismo* abandonando todo cuanto le era querido, patria, hogar, parientes y amigos sin detenerse a pensar si caería en una selva poblada de fieras, o en un peñasco desierto, abrasado de sol, sin agua y sin un árbol de verde ramaje que le brindara su sombra, ni una brizna de hierba que le ofreciera sus raíces como único alimento. Pero la Divina Ley que parece a veces complacerse en exigir alto precio a sus dones, se inclina maternal y piadosa ante la generosidad de las almas que en seguimiento del Ideal encontrado y comprendido, se aventuran valerosamente a dar el salto sobre el abismo.

—Yo lo di —decía Bartolomé en sus soliloquios íntimos— y la Divina Ley se desprendió de uno de sus ángeles y lo puso en mi camino... me puso delante de los continuadores de los Kobdas prehistóricos, las Walkirias que prolongan las nobles obras de la heroína de Kiffauser la gran amiga de Abel, el Hombre-Luz de los orígenes de esta civilización... ; Qué tendrá para darme la Divina Ley cuando me pide un nuevo renunciamiento?...

* * *

Mientras el apóstol de Cristo razonaba consigo mismo en la oración de la mañana, Betina se había envuelto en su manto azul de esenia y dejando su pabelloncito del *Palacio de verano* se encaminaba hacia las murallas de la cuidad y salía por la puerta de oriente que era la primera en abrirse al amanecer.

www.formarse.com.ar

¿A dónde iba tan aprisa esa mujer solitaria envuelta en su oscuro manto, a una hora tan desusada para mujeres de su clase y condición?

Una sorda desesperación la conducía llevando tan solo un bastón en que se apoyaba y un bolso de ropa.

Huía a la humilde cabaña de un matrimonio anciano que ella había protegido desde su llegada a la capital de Armenia. Les pediría refugio y quedaría a vivir con ellos hasta que el Rey olvidara su capricho y se buscara otra mujer que se inclinase a amarlo, o a compartir sin amor el trono que él ofrecía.

— ¡Señor!... —clamaba ella llorando amargamente en sus horas de dolorosa meditación—. ¡Señor!... Tú sabes que no hay en mí la fuerza necesaria para entregarme a un hombre sin amor, aunque ese hombre sea el Rey más poderoso del mundo. ¡Señor!... el hermano santo que me pusiste a mi lado, ha borrado para mí a todos los hombres de la tierra... y se de cierto que nunca jamás podré amar a ninguno.

Animada de tales sentimientos llegó a la humilde *cabaña de los abuelos* como ella los llamaba y les refirió su tragedia íntima y su resolución irrevocable.

Esto es lo más extraordinario *y* singular que vieron mis ochenta años --decía el abuelo Mertok— que una bella señora joven aún, se resista a ser la esposa de un Rey como nuestro Rey que es un pedazo de pan con miel.

-Calla tú —le decía su mujer la abuela Norika— que no sabes nada de lo que guardamos en el corazón las mujeres. ¿No dejé atrás yo al pastor aquel de las doscientas ovejas para seguirte a ti que no tenías más que tres asnos y dos parejas de gansos?...

—Tú sí que me comprendes abuela —decía la pobre Retina abrazándose a la anciana a falta del pecho de una madre en quien hubiera podido descansar su corazón.

Era el día primero de los tres que diera el Rey de plazo para recibir lar respuesta. Pero llegó la tarde y pronto llegaría también la noche con su silencio y su misterio en que parece que presencias invisibles rondaran a nuestro alrededor, más aún cuando el alma está intranquila y los nervios en tensión.

¿Qué haría Bartolomé ante la desaparición de Ehsabet?

Este pensamiento le atormentaba cruelmente y en la oración de esa noche reflexionó de la manera siguiente:

—Soy egoísta en alto grado pensando tan solo en esquivadme de la carga pesada que se me quiere imponer, y olvidando la gravísima situación en que coloco al Apóstol del Señor que me ha dado la luz, la paz y el bienestar que he tenido en su compañía.

Y en el sueño de esa noche tuvo esta visión: "Que ella caminaba penosamente por una senda solitaria huyendo de alguien que la perseguía; pero como el perseguidor corría más que ella, le dio alcance, y en vez del monstruo espantoso que temía se encontró con un bello adolescente que llorando le clamaba:

"¡Madre!... ¿por qué huyes de mí cuando te busco, si sabes bien que no puedo vivir sin tu presencia, y que debemos recorrer juntos la senda de la vida? Vuelve tus ojos al oriente y mira. Y siguiendo el sueño, vio Ehsabet una enorme cruz de piedra que aparecía en la negra encrucijada de dos enormes peñascos, y de cada brazo de la cruz, como si fuera una horca doble, colgaban dos cadáveres que los cuervos comenzaban a despedazar mientras los chacales saltaban desde abajo y les arrancaban los pies. Y reconocía ella en los muertos al Apóstol de Cristo y al Rey Polemón.

"—Y tú ¿quién eres? —le preguntaba en el sueño al bello adolescente que le presentaba tan espantosa visión.

"— ¿No te acuerdas? ¿No me reconoces? Soy Hur, tu hijo en los días de Moisés; y si con tanto amor me seguiste a las fatigas del desierto ¿huyes ahora de mí cuando quiero hacerte reina?"

Y Ehsabet se despertó con la certeza de que el adolescente de su sueño era el Rey Polemón.

Mas una vez que estuvo en pleno uso de su lucidez mental, comenzó a no dar importancia a ese misterioso sueño.

—Es sólo un reflejo de mis cavilaciones y de mis pensamientos —decía— ¿qué seguridad de nada puedo esperar de un sueño?

Pero pasó el día y el sueño volvió a repetirse, mas no vio al adolescente sino la enorme cruz de piedra con les dos ahorcados en ella.

— ¿Hay por estos parajes una cruz de piedra? —preguntó a la anciana abuela, la cual hizo un gesto de espanto y horror.

— ¡Líbrenos Dios de verla nunca! El pensar no más en ella trae la desgracia y la muerte. ¿Por qué me preguntas eso?

www.formarse.com.ar

— ¡Porque he soñado dos noches seguidas con una enorme cruz de piedra gris verdosa, de la cual colgaban dos hombres ahorcados!

— ¡Calla, calla por favor!... ¡Qué gran desgracia nos amenaza! Esa cruz es una horca doble. Tiene dos argollas de hierro en cada extremo del travesaño y hay una viejísima tradición de que allí perecieron ahorcados un rey y un sacerdote de Astarot por el pueblo, sublevado por un pretendiente a la corona y al trono de Armenia.

La oración de esa noche fue para Ehsabet un pensamiento sólo: la angustia de Bartolomé. Ella había huido y al siguiente día el Rey esperaba la respuesta. Y entre lágrimas su alma clamaba:

— ¡Dame fuerzas, Señor!... piadoso ¡Maestro de Bartolomé, dame el valor necesario para acallar este corazón de carne y llegar serena al cumplimiento de tu voluntad, cualquiera que sea ella!

Y en el sueño de esa noche se vio junto a Bartolomé en una íntima confidencia. No recordaba en detalles lo que se dijeron, pero a la mañana siguiente se despertó decidida a volver a su lado y explicarle con toda sinceridad las causas de su fuga y su decisión de resignarse al deseo del Rey.

Y así lo hizo.

—Ya sabía qué volverías —le dijo afablemente el Apóstol cuando Ehsabet se presentó a él—. Anoche pasé en vela casi hasta el amanecer y en mi larga oración dialogué con el Maestro y contigo, y quedé convencido de que está en tu ley la unión con el Rey y de que eres capaz de aceptarlo como un deber que cumplirás con toda fidelidad.

Ehsabet le refirió también sus misteriosos sueños y todo cuanto sobre la pavorosa cruz de piedra le había referido la anciana de la cabaña.

Esa misma larde que era la del día tercero, Bartolomé se presentó en el palacio y anunció al Rey que su hermana accedía a su pedido, en cumplimiento de lo que ella creía un deber para evitar la abdicación real y que cayera sobre el país la dominación de Astiages.

Treinta días después la ciudad de Togorma se veía engalanada de banderas, pabellones y gallardetes, de guirnaldas de flores y de vistosos tapices; y Bartolomé entregaba su dulce y querida hermana del alma, al Rey, condenándose a la absoluta soledad del corazón por amor al noble pueblo armenio que tanto le amaba y que debería a este doble sacrificio su paz y su bienestar.

—*"¡Ahora has amado a tus semejantes aún más que te amas a ti mismo"* le dijo el Maestro en una radiante visión cuando al llegar solo a su alcoba cayó de rodillas junto a su lecho y rompió a llorar a grandes sollozos.

"Pero no serás tú más generoso que yo —añadió la radiante aparición— *porque la soledad de tu corazón que me das en ofrenda, yo te la devuelvo convertida en un vergel de rosas de amor. Espera en mi que soy siempre tu Maestro".*

Por expresa disposición del Rey, sería el Apóstol de Cristo quien bendijera la unión y unas horas antes de la fijada para ello, Ehsabet pidió al soberano una audiencia privada que le fue concedida.

Cuando fue conducida a su presencia, ella quiso arrodillarse en la primera grada del Trono, pero él descendió rápidamente y se lo impidió.

—No debe hablarme de rodillas —dijo— la que va a compartir este trono conmigo—, y tomándola de la mano la hizo sentar en uno de los taburetes que había en la gran plataforma, y él se sentó en otro, a su lado. —Háblame sin temor, Ehsabet, que sin saber lo que me dirás, te prometo acceder a todo cuanto quieres de mí.

—Señor —le dijo— quisiera saber qué ha impulsado a tu grandeza para querer descender hasta mí.

—Nada más que tú misma —le contestó el Rey—. Te amo desde que llegaste con tu hermano a este país y he seguido amándote a medida que te conocía más. Esperé primeramente el cumplimiento del plazo del luto, y después esperé la llegada de los informes que pedí a Susian. Siendo que todo resultó como yo lo deseaba, te pedí a tu hermano; tú has accedido y nuestra unión va a celebrarse dentro de pocas horas. ¿Deseas pedirme algo?

—Señor —le dijo— tu grandeza, que iguala tu bondad para conmigo, me alienta a ser franca y sincera. Tan inesperada e imprevista ha sido tu solicitud, señor, que no he tenido tiempo de conseguir que mi corazón te ame como debe amar una esposa, señor, al esposo que la ha elegido entre mil, mucho más dignas que ella de tan señalada honra...

—Todo eso lo sé —le interrumpió el Rey—. No te alarmes por eso, mujer amada de mi corazón, que no soy hombre de pretender amor de obligación y de rendimiento, sino amor de tu libre voluntad porque sólo eso es amor. Harto estoy de amores obligados sólo porque soy Rey. Son amores vendidos. Son caricias compradas. Y cuando he pasado los treinta años anhelando el amor, has llegado tú a mi camino y yo me he dicho a mí mismo:

"Yo quiero el amor de esta mujer", y he pedido al Profeta Nazareno el poder de conquistar tu amor. Tal es el secreto de mi amor y benevolencia con vosotros dos. Te amé desde que te vi...

— ¡Señor!... nunca pensé que detrás de tus bondades se ocultaba un amor de tal naturaleza. Estás tan alto, señor, que confieso que nunca levanté los ojos a mirarte, y menos pude pensar en que tu grandeza hubiera puesto los suyos en mi modesta persona...

—Todo eso lo sé porque te observo desde que llegaste, Ehsabet; tú ignoras quizá lo antojadizo que es a veces el corazón del hombre, que llega a prenderse de aquello que no se le ofrece ni se le acerca, ni se le da. Desde que murió mi esposa me veo cortejado por las hijas de muchos príncipes vecinos y de algunas de Armenia misma. Y ya ves, este caprichoso corazón no se ha prendido de ninguna de ellas, sino de la flor escondida en el huerto humilde y- retirado de un extranjero venido a esta tierra, trayendo el mensaje de amor de un hombre justo sacrificado por la humanidad. Y como esperé tanto tiempo para hacerte saber que te amaba, esperaré lo que sea necesario para conseguir tu amor, libre y espontáneamente. Puedes estar muy tranquila, que el Rey no te exigirá lo que tú no quieras darle por tu propia y espontánea voluntad.

— ¡Gracias, Señor!... Eres un Rey con el corazón de un justo.

Ehsabet se levantó para retirarse, y el Rey tomándole la diestra, le colocó una hermosa sortija de oro y rubíes y le dijo:

—Es el recuerdo de todo cuanto te he dicho este día.

Y Polemón de Armenia demostró en verdad ser un Rey con el corazón de un justo.

—Mi casa es tu casa y mi mesa es tu mesa —dijo el Rey a Bartolomé luego de haberse realizado la ceremonia nupcial.

Le exigió vivir en su propio palacio y formar en el Consejo de Gobierno compuesto de cinco miembros.

Y puede contarse desde ese momento la entrada definitiva de Armenia en el concierto de naciones cristianas.

Ehsabet continuó desempeñando su papel de hermana del Apóstol de Cristo, en cuya oración llena de agradecimiento decía a su Maestro:

— ¡Señor, Maestro mío! Mi egoísmo alarmado hizo una tragedia de esta resolución real; y he aquí que tu amor y tu bondad encontraron el medio de hacer de esta hermana del alma, una poderosa aliada para impulsar este numeroso pueblo por tus caminos que hoy me aparecen como sembrados de estrellas y de flores.

Un año después se unía Athaliva la hija del Rey, con el heredero del soberano de los Carduces que la llevó a su lejano país.

Los diez años consecutivos fueron de perfecta paz, debido a que Bartolomé aconsejaba siempre al Rey una suave tolerancia para los caprichos y desmanes de su hermano Astiages en cuanto no perjudicasen a los pueblos gobernados por él.

Más llego un día que esta tolerancia no fue posible y sobrevino una guerra civil entre la provincia norte gobernada por Astiages y el resto de Armenia que obedecía a Polemón.

El pueblo en general amaba a su Rey y amaba también a la noble y bondadosa reina Ehsabet, hermana de Bartolomé. Era pues una triple fuerza difícil de vencer. Después de dos años de luchas e intrigas disimuladas, y mediante asesinos pagados a alto precio, Astiages consiguió introducirse en el palacio real, y el Rey y Bartolomé fueron asesinados a puñal y Betina hecha prisionera.

El Rey de los Carduces, casado con su hija, amenazó con una guerra si no se la ponía en libertad. El pueblo quiso seguir gobernado por ella y accedió aún agobiada por su luto y su dolor. El Rey Polemón y el Apóstol fueron sepultados juntos en un hermoso mausoleo mandado levantar por la noble mujer, que durante tantos años fue la eficaz auxiliar de Bartolomé en su misión de Apóstol del Cristo en Armenia donde floreció el Cristianismo admirablemente, como si la sangre del discípulo mártir la hubiera fecundado para producir en almas, el ciento por uno, según la frase del Verbo de Dios.

JUAN, EL MUY AMADO

"Eres la estrella de mi reposo", habíale dicho el Maestro un día. ¿Por qué? Al relatar su vida vamos a saberlo.

Por ser el más joven, casi un adolescente, era Juan el número Doce de los íntimos seguidores del Divino Maestro. Los once primeros eran mayores o de igual edad que El. Tan sólo Juan le era menor, en doce años de edad.

www.formarse.com.ar

Los dramas de la vida con sus desengaños y pesimismos les eran harto conocidos y habían dejado huellas indelebles en sus corazones y en sus vidas hasta el punto de haber agriado el carácter de algunos; y haber producido en otros esa pesada niebla de melancolía y desesperanza, mas también una cautelosa reserva que no se abría fácilmente a la amistad y a la confianza. Al Maestro le costó un inmenso caudal de paciencia y discreción para conseguir ponerlos a tono unos con otros, en forma de que fuera posible la vida en común tan deseada por El.

Juan, en cambio, era e! jovenzuelo de alma sana y corazón lleno de ternura y alegría de vivir, dócilmente dispuesto siempre a la complacencia del que se sabe más pequeño que todos. Y se sentía contento de serlo.

Sus pensamientos, sus palabras, sus actos todos tenían cierto dejo infantil, espontáneo y tierno que espantaba muchas veces las ráfagas de ira que alguna discusión inoportuna había tendido en el ambiente, haciéndolo tenso y duro.

Y debido a esto, el Maestro le había llamado algunas veces: *"Estrella de mi reposo",* frase que descorre un tanto el piadoso velo con que su incomparable amor, trataba de ocultar la honda pena que le causaba la desarmonía entre el pencar y el sentir de los miembros de su pequeña escuela en los primeros tiempos de su fundación.

A los Doce les había dicho la palabra mágica: *¡Ya es la hora!* Cuántas veces le aguijoneó el pensamiento doloroso y tenaz: *"Tuve acierto al elegirlos"? ¡*Pero su noble espíritu, lleno siempre de piedad y de amor, reaccionaba en seguida amparándose de la duda con la ley de la evolución, que gradúa en infinitas escalas a las almas todas; en la distinta educación de cada uno, y hasta en las tragedias íntimas sufridas por cada cual.

Mis lectores conocen ya el estado de desesperación en que a Juan le dejó sumirlo como en un oscuro abismo, la espantosa muerte con que vio terminarse la luminosa vida de su Maestro, el Mesías, Cristo-Rey de Israel, según el anuncio de los Profetas.

Estuvo Juan al borde de la locura que lleva a veces a poner término a la propia vida, y el tierno amor de la pequeña María de Bethnia hizo el prodigio de arrancarle a ese terrible estado espiritual.

El lector conoce asimismo los incidentes de su viaje a tierras del Nilo, a la "Aldea de los Esclavos" junto al Lago Merik, donde el apóstol Zebeo ensayaba con éxito su capacidad do *amar al prójimo como a sí misino,* en cumplimiento de la divina enseñanza que acababan de oír de los labios del Cristo Ungido de Dios.

La Ley Divina que tiene fijadas *y* medidas las horas de sus complacencias maternales como de sus juicios severos o de sus sabios designios, dejó ti es años más al lado de Juan, esa dulce vida de lirio, María de Bethania, que fue el instrumento elegido para puntuar la saludable reacción de la decadencia espiritual y física, en que la muerte del Maestro había sumido a Juan.

Hasta que una tarde en que sentados ambos junto a Myriam, bajo aquel rosal encarnado donde ella deshojaba sus pensamientos, dulces y suaves como los pélalos que caían sacudidos por el viento un ligero síncope, un suspiro más hondo que los demás, dejó escapar el alma de la jovencita que al dar con su inocente amor una vida nueva a Juan Apóstol de Cristo, había cumplido acaso la parte más importante de su programa en esa breve existencia de flor que sólo deja tras de sí una estela de perfume, una vibración de lira suspendida de un ciprés que sombrea una tumba... o el rayito de luz de un recuerdo que jamás se extingue en el fondo del alma.

Y si fue Juan para su gran Maestro *"estrella de su reposo",* María lo fue para Juan de tan completa manera, que en la vida y después de muerta fue para él como la savia oculta en el rosal que lo hacía florecer aún bajo las escarchas del crudo invierno... el invierno mustio de la soledad del corazón en su largo destierro de la isla de Patmos.

Pero no nos anticipemos a los acontecimientos.

Al regresar de las tierras del Nilo, las golondrinas que habían emigrado huyendo de la tormenta, se ubicaron en los hogares que les esperaban. Boanerges y Amada en el Castillo de Mágdalo de donde estaba ausente su dueña que viajaba con Pedro; Saúl y Rhodas en Tiro. Lázaro y Martha habían consentido que María quedase por una temporada en Nazareth al lado de Myriam y de Juan, temporada que se prolongó hasta que la muerte llamó a su puerta demasiado temprano.

—Juan, yo quiero que tú y yo escribamos un Diario en común. El maestro Leandro me ha obsequiado un rollo de papiros y con él he confeccionado un lindo cartapacio que llenaremos con nuestras impresiones, sentimientos y resoluciones para el presente y para el futuro.

Así hablaba la pequeña María en una velada intima en el Cenáculo de la casita de Nazareth donde todos dormían, y sólo ella, Myriam y Juan velaban recordando siempre al ausente inolvidable.

El libro en blanco preparado por María se veía cerrado sobre la gran mesa central.

www.formarse.com.ar

— ¿*Y* qué es lo que piensas que escribiremos en él? —le preguntó Juan que hasta ese momento no había pensado en ser escritor.

—Aún no lo sé -contestaba ella—. Pero cierta estoy de que el Señor, será nuestro inspirador.

Y cual si estas palabras hubieran tenido fuerza de evocación, una suave luz en forma de estrella comenzó a diseñarse en la oscura cubierta del cartapacio. La estrella se agrandó hasta cubrir el libreto y parte de la mesa. Y los tres vieron una cruz como de sangre en el centro de la magnífica luz.

— ¡Siempre esa cruz! —exclamó Myriam y sus hondos sollozos resonaron en el silencio de aquella noche otoñal.

Cuando la ola de emoción hubo pasado, se estableció esta conversación.

—Hijos míos —dijo Myriam— paréceme que un designio divino hay sobre vosotros y sobre ese libro que en común queréis escribir. Podemos decir que sois los Benjamines de la Escuela de mi Hijo, acaso los que por más tiempo viviréis en la tierra para difundir entre los hombres sus enseñanzas. ¡Cuán grande será vuestra obra!

— ¡Madre!... —exclamó la jovencita—. ¿No recordáis las palabras de Nuestro Señor cuando yo le decía que no quería para mí una larga vida? "Trece años después que yo parta al Reino de mi Padre te llamaré a mi lado, cuando tu huerto interior estará todo florecido". Han pasado ya once años y sólo faltan dos para que se cumpla el plazo.

— ¡No, por Dios! —Exclamó Juan—. No puede el Maestro querer que yo vuelva al penoso estado de que tú me sacaste, María. ¡No querrá El dejarme tan solo!

— ¡Oh qué pequeñita es tu fe, Juanillo!... ¿Cómo has olvidado las promesas del Señor para todos nosotros? ¿No es el alma una lámpara eterna cuya luz alumbra a todo el que quiere ser iluminado? ¿Acaso el morir es aniquilamiento y destrucción?

El Señor murió y le hemos visto vivo y glorioso innumerables veces, y se hace sentir cada vez que evocamos con fe y amor su recuerdo. ¿Me impedirá la muerte continuar a tu lado y escribir el libro contigo?

¿No dijo el Maestro: "Si os amáis como yo os amo, podéis hacer todas las obras que yo hago"? Creo que tú y yo nos amamos como El nos amaba, y su palabra no pasa como el humo del heno cuando se quema.

¡Juan!... no debemos causar pena al Señor poniendo duda en sus promesas.

— ¡En tus palabras, hija mía, está la sabiduría de los ancianos! —exclamó Myriam— y son ellas lluvia de consuelos a mi corazón. ¡ No quiero que te vayas!... pero si El lo quiere, mi voluntad es igual que la suya.

Juan guardaba silencio pero sus ojos claros se habían cristalizado de llanto y miraban profundamente a María.

Al día siguiente comenzaba a escribirse el cartapacio de Juan y María y, lo llamaron: *"El Libro de las voces interiores".*

Comenzaba así:

"¡Señor!... ¡Tú vives en tu Reino glorioso de Amor y Luz, de Paz y de Sabiduría, y nosotros lloramos inconsolables tu ausencia de esta tierra! ¿Por qué te fuiste, Señor, si sabias que sin Ti, la oscuridad envolvería nuestras vidas de horror y de espanto?"

María dobló su cabecita sobre el libreto y cerró los ojos en un suave adormecimiento.

Juan observaba atentamente y la vio tomar de nuevo el punzón y como poseída de una extraordinaria energía comenzó a escribir nuevamente:

"María, mi niña querida; el amor me acerca a vosotros como un rayito de sol cuando se abre la puerta de vuestro aposento interior. Y la claridad de ese rayito de sol os permitirá ver, saber y comprender lo que nunca puede llegar a vuestra Tierra por otros caminos.

"El Jhasua amado que vosotros lloráis creyéndole aumente y lejano, vivió y murió muchas veces en la materia, que la Ley Eterna le otorgó para el cumplimiento de sus designios, y vivió junto a vosotros que le amasteis muchas edades antes de ahora.

"En un continente inmenso que hoy duerme bajo las olas del mar y que un día volverá a levantarse, hubo un país hermoso como un sueño tejido por hadas de amor y de luz. Y ese país se llamaba Otlana y su capital Orozuma resplandecía de belleza, de paz y de abundancia entre todos los países del vasto Continente.

"Senegaldo Rey, y su espora Wil-Frida eran padres de un numeroso pueblo.

"Su primogénito Anfión y el segundo Alpha-Huari eran la gloria, el amor y el tormento de aquellos, padres. Alpha-Huari no amaba a su hermano; y ese desamor fue convirtiéndose en odio alimentado por esa hidra fatal

www.formarse.com.ar

que se llama *envidia.* Los bienes, los dones, los afectos conquistados por el hermano, o concedidos por Dios en mérito a muchos sacrificios y renunciamientos de otras jornadas lejanas y dolorosas, excitaban a la *hidra* y el abismo se ensanchaba día por día entre Alpha-Huari y su hermano mayor.

"Los padres, al igual de todos los padres, amaban a los dos, y Senegaldo, absorbido por el gobierno de sus pueblos, no prestaba atención a los sentimientos íntimos de sus hijos.

"Sólo veía con satisfacción y entusiasmo los progresos intelectuales y físicos de su heredero que era, ante su padre, una bella promesa para el futuro de su dinastía y de su vasto país.

"Tan sólo Wil-Frida la madre, adivinaba la extraordinaria situación de sus dos vástagos divididos por un antagonismo profundo.

"Y cuando amorosamente reconvenía al menor por su odio injustificado según ella, siempre escuchaba la misma respuesta:

—"Todo para él y nada para mi. No puedo aceptar que un "Genio fatal me trajera a la vida en tan injusta y desmedrada condición".

"Y la madre argüía: —Tu hermano no es culpable de tal situación, y como tu no lo eres de nacer el segundo, tampoco lo es él por haber nacido el primero. Es la incomprensión e incapacidad humanas que no sabiendo crear leyes justas, •ni aún tiene el acierto de copiar a la sabia Naturaleza que tiene un sol para todos, y manda la lluvia para todos, y sus ríos y sus mares son para todos, y el aire sopla en todos los campos, ciudades y pueblos, y los árboles dan sombra a todo el que se ampara debajo de sus ramas. Comprende esto, hijo mío y no "hagas blanco de tu odio a tu hermano, que nada hace para merecerlo".

"Las sabias y dulces palabras de la madre se perdían en el vació como pétalos de rosas que se lleva el viento y el odio de Alpha-Huari como un dragón cebado se agrandaba más y más.

"Deseando el joven príncipe adormecer la aversión de su hermano dijo un día a su padre:

—"Padre y señor mío: Si es tu beneplácito, renunciaré a mis derechos de primogénito de tu casa en favor de mi hermano Alpha-Huari, porque quisiera mi alma la soledad y el retiro de los Profetas Blancos; vestir sus sagrados "hábitos y consagrarme a su apostolado de educadores de los pueblos que te sirven y que te aman.

"Senegaldo, que amaba intensamente a ese hijo en quien tenía puesta toda su fe y esperanza para el futuro, se quedó sin palabra y tardó unos momentos antes de responder.

—"¿Es posible Anfión, hijo mío, que no hayas comprendido que no hay en mis vastos dominios quien pueda ocupar tu lugar a mi lado, ni después de mí?

"¿Es posible que no hayas comprendido con tu claro talento lo que significas para mi viejo corazón, para mis esperanzas y mis anhelos, y más todavía para todos los Ancianos de mi Consejo que te observan día por día desde el primer albor hasta que llega la noche?...

"El joven inclinó la cabeza ante el autor de sus días, que le atrajo dulcemente a su pecho, como si quisiera hacerle sentir que su viejo corazón latía irregularmente y que acaso y de improviso, quedaría quieto y mudo para siempre.

—"Tienes mi permiso para pasar los días que quieras entre los jardines solitarios de los Profetas Blancos, pero a condición de que cuando no estés bajo mi techo, me mandes un mensajero cada día, dándome tus noticias y asegurándome que sigues firme en tu puesto de heredero y continuador de mi vida y de mis obras, en medio de este pueblo en que has nacido.

—"Serás obedecido, padre, y si te place, partiré hoy mismo a la Montaña Santa, porque tiene mi alma sed de soledad y silencio. —Y se arrodilló ante su padre para recibir su bendición.

—"Antes debo decirte algo muy importante: En la próxima luna termina el plazo de tus esponsales con la princesa Odina de Dyaus, y ya sabes que es agravio a dama de tal categoría y a su padre el Rey Atho-Fana, que tan gentilmente me cedió la mano de su hija para ti, si retardamos un solo día el cumplimiento de lo pactado.

"Como el joven guardase silencio, su padre insistió:

—"¿No estás de acuerdo en celebrar la boda? Nuestros pueblos lo esperan como un día de gloria y de triunfo. Y yo, lo espero también.

—"Sea hecha tu voluntad en todo, padre mío. Dame tu bendición.

"El anciano le bendijo añadiendo: —Dejo a tu elección los sujetos que han de formar la escolta que irá a traerte la futura esposa. Tu madre y yo elegiremos la corte de honor de las doncellas y azafata que le harán compañía.

www.formarse.com.ar

"Contaba entonces Anfión doscientas dieciséis lunas y era la edad reglamentaria para tomar esposa el príncipe heredero de los Reyes de Orozuma".

El punzón cayó de las manos de María y con un hondo suspiro pareció que se despertaba.

— ¡Cuánto escribiste, María! —exclamó Juan ahombrado en extremo de lo que pasaba con su amiguita.

Ella miró el cartapacio.

—Es verdad —dijo—. Paréceme que he soñado que el Maestro me refería un cuento, como aquellos que solía contarme en las veladas de Bethania cuando descansaba en nuestra casa.

NO ERA UN CUENTO...

Dos días después la pequeña familia de la casa de Nazareth se encontraba reunida en la glorieta de las confidencias, junto al rosal té que deshojaba sus pétalos rosa y oro, y caían sus hojas amarillentas sobre las losas del viejo patio que varias generaciones habían hollado con sus pies.

El tío Jaime encerraba en un cesto de mimbre los higos secos que recogía del secadero de fruta.

Dina preparaba la rústica mesa hecha de troncos de pino y cañas de bambú, para la última comida de la tarde.

Myriam, abstraída en el Libro del Profeta Isaías, meditaba en lo que iba leyendo:... "Varón de dolores será llamado... el Justo, el Bueno que no romperá la caña que está cascada, ni apagará la mecha que aún humea". Y sus pupilas mansas, por unos momentos se cegaban de lágrimas.

María y Juan hablaban a media voz para no molestar a la silenciosa lectora.

—Ahora escribirás tú, Juan.

—¿Sabes acaso si yo podré escribir?

—Sí; tú escribirás porque en el sueño de la pasada noche me fue anunciado.

—¿De qué manera?... . —El Maestro me lo dijo.

Y sin decir más palabras, entró a las habitaciones y volvió con el gran libreto.

Apartados a un rincón sombrío de la glorieta, puso en las rodillas de Juan el cartapacio con el punzón pendiente de un cordón y le dijo:

—Oremos, Juan, y que la luz de los cielos sea en nosotros.

Un breve silencio y la vocecita apagada en un murmullo, continuaba como un soplo de brisa en el rosal té que brindaba sus postreras rosas.

—El Señor está en mí. Escribe, Juan, que yo te dictaré.

La suave hipnosis que cierra los párpados y enciende luz en la mente, había caído sobre la dulce virgen que dictaba a Juan la continuación del *cuento* comenzado la tarde anterior.

Y Juan, *el muy amado,* obediente y silencioso, escribía:

"Toda una luna duraría el viaje para traerle al príncipe la esposa prometida. y durante ese tiempo, él, retirado en la *Montaña Santa,* se empapaba en la .sabiduría de los solitarios del sayal blanco y el alma luminosa, porque pasaban sus vidas en el estudio de las leyes que gobiernan la Naturaleza visible y los mundos invisibles.

"Y leía con asombro en los viejos y amarillentos papiros:

"Es infinitamente más grande aquello que escapa a los ojos del hombre, al oído del hombre, a toda percepción humana, que todo aquello que él conceptúa como real y verdadero, porque sus ojos le ven, su oído lo escucha, sus manos lo palpan.

"Y el ansia suprema de conocer lo Incognoscible, de escuchar la eterna melodía del Silencio, de comprender lo Incomprendido, de palpar lo Intangible, devoraba el alma del príncipe y le hacía oh ¡dar que era el heredero de un gran reino, futuro soberano de un numeroso pueblo, que sería un día Rey sobre otros Reyes tributarias, que sería Juez Instructor y Padre de inmensas multitudes.

"¿No era acaso infinitamente más grande todo aquello que sus ojos no podían ver ni sus oídos escuchar, ni su mente comprender?

www.formarse.com.ar

"Sphano-San el Patriarca de *"Montaña Santa"* que gobernaba entonces el gran Santuario, era el amoroso confidente del jovencito Anfión, el que respondía a sus dudas, el que modelaba su vida interna a la medida que el Tiran Atinan deseaba en el Lijo del primogénito del Rey, que gobernaba su pueblo escogido.

—"¿Escogido *por qué y para qué?* —preguntaba Anfión.

—"Porque en él aparecerá por dos veces consecutivas la Luz Divina hecha hombre para que el hombre-carne corruptible, llegue a ser ángel de luz; para que el hombre-barro y ceniza se transforme en claridad, en iris resplandeciente después de pasadas todas las tempestades —le contestaba Sphano-San.

"Y continuaba el anciano deshojando el árbol maravilloso de la sabiduría sobre el ánfora de limpio cristal del alma que le escuchaba con el ansia suprema del sediento que llega a la fuente para beber.

—*"* ¿No has visto que tu padre Senegaldo engalana la ciudad y su palacio, y viste a toda gala su servidumbre y sus ejércitos cuando se le anuncia la visita de un Rey de naciones poderosas? ¿No viste que manda sembrar de flores todo el camino que ha de recorrer su visitante? ¿Qué no hará el Gran Atman en la tierra a donde mandará al Amado Hijo, mensajero suyo a la humana grey que puebla el Planeta?

—"Y ese Hijo mensajero ¿quién es, cómo es, cuál es su nombre? —Preguntaba nuevamente el príncipe—. ¿De dónde viene? ¿Cómo viene?... ¿Cuándo llega?

"Y el prudente anciano, entornando los ojos para mejor ocultar la verdad que acaso asome por ellos antes de tiempo, contestaba:

—"Ese Hijo mensajero será el Amor hecho Hombre; será la Verdad hecha palabra hablada y oída; será la Piedad que seca todo el llanto de los hombres, la saciedad de todas las ansias, la solución de todos los problemas humanos, la melodía eternamente buscada por todo corazón de hombre.

—"Yo quiero conocerle cuando llegue, y estrechar su mano de amigo y hospedarle en mi casa, y sentarle a mi mesa y compartir con él cuanto soy y cuanto tengo— decía el príncipe poseído de vivo entusiasmo.

—"Sí, hijo mío, serás su amigo, le amarás como a ti mismo y serás una misma cosa con él. Con él gobernarás tus pueblos, serás sabio con su sabiduría, su amor te hará vivir días de suprema dicha y tus pueblos cantarán himnos de amor en torno tuyo. ¡Cuan grande, justo y bueno serás con él!...

"El alma de Anfión se inundaba de esperanza y de fe al escuchar al Patriarca, y alargaba más y más las horas de su oración al gran Atman para que le hiciera digno de llamar amigo a su Hijo, mensajero suyo ante los hombres de la Tierra.

"El amor y la piedad desbordaban de su corazón, y recorría las cabañas de los pastores y los labriegos, de los enfermos y desposeídos, llevándoles buenas ropas y escogidos alimentos para mejorar sus vidas, su salud, su presencia física, y que fueran así agradables al Mensajero Hijo del Gran Atman que llegaría en breve.

"Mientras tanto en el inmenso palacio-fortaleza de Senegaldo su padre, todo se movía como una basta colmena de millares de abejas laboriosas que preparaban esa dulce miel que el hombre terrestre llama *felicidad, y* que sería para Anfión y Odina como el escenario magnífico de un grandioso amor convertido en realidad humana"...

María calló como si alguien le hubiera cortado su palabra en los labios.

Juan la miró asombrado.

— ¿No me dictas ya más? —le preguntó.

—No puedo Juan. La voz interna que hablaba guardó silencio de pronto, y no sé nada más que decir. Cierra el libreto, Juan, que si *la voz* no se deja oír, es señal clara de que no quiere hacernos saber nada más. Acaso otro día seguirá el *diento.*

Las sombras primeras del anochecer caían como un gasa azulada sobre el huerto de la casita de Nazareth.

Los mirlos y las alondras gorjeaban juguetones entre las ramas del cedro gigantesco donde se escondían a pasar la noche, y la humilde familia que dejó el Cristo en el hogar que cobijó su vida de hombre, se reunía en torno a la mesa y la venerable señora decía a María y a Juan:

—Bajad de vuestro cielo, hijos míos, que también en nuestra pobre tierra hay bellezas y deberes pequeños para cumplir.

— ¿Cuáles son, madre? —preguntaban a un mismo tiempo María y Juan.

—Darme un poco de vuestra juventud y alegría de vivir, y hacernos parte de los dones divinos que el Padre Celestial os da.

En la velada de esa noche en el gran cenáculo, que era a la vez recinto de oración, Juan leía cuanto estaba escrito en el cartapacio de los papiros amarillentos

www.formarse.com.ar

ANFIÓN Y ODINA

Destejía la aurora sus crepúsculos de amatista y oro cuando María y Juan, andando de puntillas para no despertar prematuramente a los moradores de la Casa de Nazareth, se dirigían a la glorieta del rosal-té, porque sentían ambos algo como una fiebre sedienta de continuar escuchando esa misteriosa voz íntima, que les relataba desde quién sabe qué profundas lejanías, una leyenda, poema o drama que seres de carne, .sangre y huesos, habían vivido sobre la tierra.

Y ¿con qué fin se las contaban?... ¿Qué relación podían encontrar ellos con ese Rey Senegaldo y su hijo Anfión; con esa princesa Odina y su padre el Rey Atho-Fana?

María no escuchaba estos interrogantes de Juan, porque la glorieta del rosal-té, parecía tener magia de amor extático para ella; y no bien se instalaba bajo la verde techumbre, su alma desterrada de «u cielo, se levantaba en un vuelo raudo, ligero como un suspiro que brota del pecho y se sumerge en el mar ilimitado de lo Infinito.

Y con sus ojos entornados por la hipnosis que llegaba, murmuraba quedito como un susurro:

—Ya llega *la voz...* Escribe, Juan, que el *cuento* sigue...

"El gran continente denominado Atlántida dividía en dos el inmenso Océano Atlántico que por ello tomó el nombre de esa tierra bendecida por Atman con todo género de dones, de riquezas, de fertilidad y de belleza.

"Este hecho obligaba a denominar *Mar del Norte* a la inmensidad de aguas que regaban el norte del continente. Y *Mar del Sur,* por igual razón a las aguas que besaban mansamente o azotaban con loca furia las costas del Sur. (1)

"Anunciado estaba por algunos célebres clarividentes de los Profetas Blancos, que en siglos futuros el Mar del Norte se uniría con el Mar del Sur pasando sus aguas por encima de aquella tierra privilegiada, arrasando con todo ser viviente y precipitando al abismo sus esplendorosas ciudades que eran el asombro de todos los países de la tierra.

"No reconocían los hombres el don de Atman y vivían sumergidos en todo género de maldades, desoyendo los sabios consejos de los solitarios de la Montaña Santa que veían cercana la hora del tremendo desequilibrio producido por el mal, que es odio, en eterna lucha contra el bien, que es amor.

(1) En la obra "Orígenes de la Civilización Adámica" se halla el mapa-mundi de la época Atlante.

(1) África.

"La infinita Bondad de Atman tuvo compasión de los justos que oraban, lloraban y clamaban perdón para los inconscientes que todo lo sometían a su soberbia y su avaricia.

"Y un Serafín de luz, de pureza y de amor descendió de los cielos en un vuelo sereno a las praderas floridas de Atlántida, para tejer de amor la red de oro y seda en que salvaría a sus hijos.

"En diez grandes regiones o países estaba dividido el Continente y eran sus nombres como sigue:

"Comenzando del oriente y sobre el Mar del Norte se hallaban: *Poseidonia, Otlana, Valle Hondo o País de Dyaus, Theos-Kandia, y Cerro de Oro o país de Zeus.* Sobre el Mar del Sur y comenzando siempre del oriente, se encontraba *Mauritania,* come un peñascoso istmo que unía *Tierra Negra* (1) con la bella Atlántida.

"Colindante con Mauritania se encontraba el país llamado *Manantiales de Zeus* por las numerosas vertientes de aguas saludables y puras que surgían de las montañas y regaban valles y praderas. Y siguiendo hacia occidente continuaban *Cerro Negro, Valle de Oro y Monte Rojo* o *May-Olandía.*

"En el País de *Otlana y* en el País de *Dyaits,* tenían los Profetas Blancos ífos templos de Sabiduría que eran a la vez Escuelas, Santuarios y Casas de '¿alud donde se atendía toda clase de enfermos y desamparados.

"Senegaldo-Rey gobernaba el vasto país de Otlana; y Atho-Fana-Rey gobernaba en el País de Dyaus.

"Ambos eran justos y vivían conforme a la ley de Atman,

"En esos dos hogares santificados por el amor, habían aparecido en la vida física Anfión y Odina, almas de avanzada evolución y doblemente gemelas, pues eran parte del núcleo de los setenta hijos del gran padre espiritual Sirio, y a la vez emanación de un Ego purificado que resplandecía como oro teñido de amatista en uno de los planos más radiantes del Reino de Dios.

"Y Odina era la esposa que Senegaldo-Rey mandaba buscar para su hijo Anfión heredero del Reino.

www.formarse.com.ar

"Los grandes Genios de la evolución humana habían realizado el prodigio de una encarnación conjunta de dos estrellas de primera magnitud en el cielo de los Amadores y la Infinita Piedad del Supremo Atman miró hacia la Tierra y quiso unir en místicas nupcias la luz con las tinieblas, tal como en pasadas edades se había realizado en las tierras bañadas por el Mar Sereno. Dos radiantes Gemelos se habían unido con la humanidad terrestre.

"Cien carrozas vivas, elefantes enjaezados lujosamente llevando en sus lomos doseles de púrpura, partían de Orozuma engalanada, hacia el vecino país de Dyaus, donde la virgen elegida movía sus manecitas en el telar para transformar en ropas de abrigo la lana de las majadas; y las movía sobre las cuerdas de la cítara dorada, para arrancarle melodías evocadoras de los ángeles de Dios que debían traer bendiciones, esperanza y paz sobre los dolores humanos.

"Y Atho-Fana decía a su hija:

"En la próxima luna mandará por ti el Rey Senegaldo. Se cumplió el plazo de tus esponsales, y el cortejo que ha de conducirte debe haber salido de Orozuma. Tu madre y yo no sabremos como alumbrar nuestra vida sin ti.

"— ¡Padre! —decía ella—, te quedan otros hijos e hijas. ¡Por qué pues concediste mi mano al hijo de Senegaldo-Rey para lamentar luego mi partida del hogar?

"—Es que ni aún los reyes podemos poner obstáculos en los caminos de la Ley. Tu alto destino nos había sido anunciado a tu madre y a mí antes de unir nuestras vidas. ¡Hija mía!... Es doloroso a los padres el traer a la vida física un serafín de luz, que un día vuela de nuestro lado porque su presencia amada es necesaria en otros confines. Estaba escrito desde largo tiempo que tú y el príncipe heredero de Orozuma os uniríais un día... Que se cumpla la Ley en vosotros, hija mía, aunque tu madre y yo padezcamos tu ausencia.

"Desde que naciste a la vida te colocamos como una flor en el altar de Atman para que El te recoja cuando quiera.

"Y el buen Rey Atho-Fana dejó correr una lágrima furtiva que fue a esconderse en la dorada cabellera de su hija que doblaba su cabecita sobre el pecho de su padre.

"Cuando llegaron los enviados del Rey Senegaldo, se hicieron grandes fiestas para recibirles dignamente, más aún cuando supieron que en la brillante escolta estaba el hijo segundo del Rey, Alpha-Huari, que había pedido a su padre como especial honor, ser él quien condujera la futura esposa del heredero real.

"Los buenos padres, siempre fáciles de creer en la bondad de sus hijos, vieron en esa súplica tan humildemente pedida, la transformación de los sentimientos de Alpha-Huari para con su hermano y lo tomaron como una bendición de Atman que en obsequio al desposorio del heredero, ponía paz y armonía en su casa.

"Sólo el Segundo Jefe de Guardias Reales sospechaba una maligna intención, puesto que le era conocido el hecho de que varias noches antes de salir de Orozuma, Alpha-Huari había salido del palacio después de la *queda,* pidiendo al Guardia del gran portalón de entrada y a los cadeneros del puente levadizo que le dieran entrada a su regreso.

"Uno de los cadeneros tuvo la idea de seguirle y le vio entrar en la covacha de un viejo afilador de lanzas y demás armas cortantes, del cual se decía que tenía además el don siniestro de estar en relaciones con los espíritus de las tinieblas enemigas del hombre. Y con un hábil espionaje el cadenero se enteró de que mediante un bolsillo de oro, el afilador y mago negro, le prometió estorbar durante el viaje, que la princesa Odina llegase hasta el Palacio Real de Orozuma.

—Sea *del modo que sea lo estorbaré* —oyó el cadenero, que fue la frase final de aquel diálogo de crimen y de muerte. Y transmitió la noticia a su superior inmediato el Jefe Segundo de la Guardia, y a esto se debió que el Jefe Primero, casi un anciano ya, pidió al Rey designar a su Segundo como Jefe de la escolta que conduciría a la Princesa. Era éste un hombre joven, fuerte y de hábiles maneras para precaver y evitar cualquier accidente, sin que causara alteración ni extrañeza alguna en los demás.

"Alpha-Huari era de bella presencia tal como su hermano mayor, y sólo le faltaba para igualarle, la irradiación de bondad, de afable trato, y un *no sé qué* tan suave y atrayente que se llevaba los corazones tras de sí.

"Y era esto precisamente lo que había engendrado la envidia en su corazón mezquino.

"Tenía él amores secretos con una sobrina de la azafata, y lo alimentaba, no porque pensara casarse con ella, que, según él, era demasiado poco para el hijo de uno de los más grandes reyes del continente. Lo alimentaba como medio de enterarse de todas las redes que tejían y destejían en el Palacio de sus mayores.

www.formarse.com.ar

"Y ella, ilusionada con ser algún día nuera de los Reyes de Orozuma le servía incondicionalmente en todos sus caprichos y sugerencias. Esta joven formaba parte de la corte de doncellas que acompañaría en su viaje a la princesa Odina.

"Alpha-Huari tenía pues una fiel espía entre las doncellas, y otro espía no menos fiel entre los hombres de la escolta.

"Pero nada de esto pasaba inadvertido al Segundo Jefe de Guardias que iba al mando de aquella lucida escolta y que no le perdía de vista ni un momento.

"Observó cómo cortejaba a la Princesa Odina con adulaciones y lisonjas que la ruborizaban más que la agradaban, y a las que ella respondía con la mayor discreción y hasta simulando no advertirlas.

"Y dijo a su padre:

"— ¡Cuan diferente es Alpha-Huari de su hermano, mi prometido esposo! En las dos únicas visitas que me ha hecho durante el plazo de esponsales, jamás me dijo lisonjas ni demostró esa extática contemplación de mi persona que tanto me molesta y hasta me hiere. Y a veces creo percibir como un relámpago de ira cuando menciono al Príncipe Anfión....

"Casi me asusta, padre, este hombre, y no sé para qué ha venido en el cortejo.

—No temas nada, hija mía —le contestaba su padre—. El Rey Senegaldo ha querido sin duda dar mayor brillo a tu cortejo, enviando a su segundo hijo en busca tuya.

"Y llegado el día de la despedida, Atho-Fana Rey y su esposa veían con dolor la partida de su hija, pero la certeza plena de la felicidad que le daban uniéndola al más grande y noble de los príncipes de aquella época, les era consuelo y atenuante a su pena.

"Era Odina la única hija de su primer matrimonio con la incomparable y dulce Adelfina, hermana del Patriarca de los Profetas Blancos de Dyaus. Otras hijas e hijos tenían de su segundo matrimonio con una hermana de aquella primera esposa tan amada de su corazón.

"Y así decía al despedir a su hija tan parecida a su madre:

"—Pierdo por segunda vez a mi inolvidable Adelfina, que Atman recogió temprano a su lado porque era una flor digna de sus jardines eternos.

—"¿Acudirás, padre, a mis bodas? —preguntaba la hija.

"—Yo bendije tus esponsales ante los altares de Atman, aquí mismo bajo el techo en que naciste. Ahora corresponde a Senegaldo bendecir las bodas bajo el techo que cobija a su hijo. Tal es la costumbre en la realeza de nuestros tiempos. ¿No es hermoso obrar con justicia y nobleza siempre?

"— ¡Mucho pensaré en ti ese día, padre!

—Y mi corazón... todo yo estaré a tu lado, hija mía, en ese día de gloria y de amor para ti.

Las lágrimas corrían de los ojos cerrados de María mientras dictaba el relato a Juan, y éste sentía a su vez las vibraciones hondas, tiernísimas de aquel amor paternal tan intensamente percibido por la sensitiva, ¡aún a través de tantos y largos años!

¡Cuan vivas quedan reflejadas en los radiantes Archivos de la Luz Eterna, las emociones y sentimientos de los seres que actúan entre desbordantes alegrías o entre los más crueles dolores!

Lloras, María —díjole Juan profundamente conmovido, así que la vio despertarse de nuevo a la vida terrestre—. ¿Por qué lloras?

—No lo sé, Juan, pero siento como si arrancaran de mi lado algo que me es muy querido.

—Lee el relato que has dictado y sabrás la causa de nuestra honda emoción.

El tío Jaime llegó a avisarles que la leche con miel humeaba en los tazones y las clásicas castañas recién sacadas del fuego les esperaban en la mesa hogareña.

— ¡Madre Myriam! —decía Juan entusiasmado—. ¡Si vieras qué hermosa historia le cuenta *la voz* a María! Y la tenemos escrita aquí en este cartapacio que acaso no bastará para escribirla toda.

—Y *esa voz....* —decía Myriam sin esbozar todo su pensamiento.

—*Esa voz* debe ser de alguien que obedece a nuestro Señor porque *ella* viene cuando María y yo la llamamos con el pensamiento elevado hacia El en esa oración de amor que tanto nos enseñó —contestaba Juan.

www.formarse.com.ar

El misterioso *dictado* continuó sin interrupción día tras día, formando como un nimbo de ilusión en aquellos corazones juveniles que aún no se habían abierto a las ^mociones de amores pasionales, porque sólo vivían del divino amor que el Hombre-Luz había encendido en su corazón.

Y la venerable Señora pensaba con secreta satisfacción:

"¡Cuánto alegraría mi vida si María y Juan llegaran a unirse en matrimonio v floreciera su dicha en torno mío!"

Pero la Ley Divina marcaba otros senderos a estos dos elegidos del Señor.

Continuemos, lector amigo, escuchando el dictado que *la vos* daba a Juan por la hipnosis de María:

"Y llegó por fin el día tan deseado y a la vez temido por los padres y por la hija.

"La lucida escolta a toda gala formada en dos filas esperaba a la puerta del palacio-fortaleza y el Jefe de la escolta teniendo a su lado a Alpha-Huari para vigilarle de cerca, esperaba también que apareciera el Rey Atho-Fana llevando a su hija.

"Toda envuelta en un amplio velo blanco apareció por fin la grácil y gentil figura de Odina, conducida de la mano por su padre y seguida por los Ancianos del Consejo de gobierno. Y con la voz entrecortada por la emoción dijo al Jefe enviado por el Rey de Otlana:

"—Con inmensa alegría y a la vez inmenso dolor te entrego a mi amada hija, para que la conduzcas hasta el príncipe Anfión que la espera para desposarla. Ante el gran Atman que lo ve todo y ante mi Consejo aquí presente pido un solemne juramento de que guardarás su persona y su vida hasta arriesgando la tuya si fuera necesario.

"El gallardo y bravo militar se apoyó con la mano izquierda en su lanza de guerrero y con la diestra en su corazón y respondió con sonora voz:

—"¡Ante el gran Atman que todo lo ve, ante ti, oh Rey Atho-Fana y ante tu Consejo aquí presente!, juro que defenderé aún a costa de mi vida la vida y persona de tu hija.

"Juradlo también todos vosotros mis subalternos —añadió dirigiéndose 8 la escolta que le rodeaba. Un atronador "lo juramos" resonó como un concierto de voces en el silencio de expectativa que reinaba a la puerta del vetusto palacio real de Dyaus.

"El emocionado Rey levantó el velo de su hija y le dio el beso de la despedida.

"Y como si huyera ella misma de la intensa emoción, corrió apresuradamente y subió la escalerilla hasta el dosel de púrpura que la esperaba sobre el lomo del elefante que desde Orozuma le fuera enviado para conducirla. En pos de ella subió la Azafata que le acompañaría durante todo el viaje de cincuenta y ocho días.

"Y por la gran avenida de centenarias palmeras se deslizó lentamente el brillante cortejo de la princesa Odina hacia el hermoso país de Otlana donde la esperaba el amor del príncipe más noble y gallardo de aquellos países.

"Mientras tanto, Alpha-Huari se deshacía en homenajes para la novia de su hermano. En cada ciudad o pueblo que tocaban, se ingeniaba para adquirir, o una rica joya, o un manto bordado de oro, o un cofre de marfil y plata, o las más hermosas flores o frutas propias de cada región.

"Y la princesa, en extremo discreta y fiel al amor que la esperaba, le contestaba siempre mientras la Azafata recibía el obsequio.

"— ¡Oh príncipe, gracias, muchas gracias! Esto me prueba cuánto amáis a tu hermano, mi prometido esposo. Tus preciosos regalos son también para el Príncipe Anfión.

"Alpha-Huari hacía una reverencia y se retiraba pálido de ira.

"Cuando a veces detenían la marcha para descanso de las bestias, se abrían las tiendas y la princesa en la suya con la Azafata y sus doncellas, cantaban acompañadas de cítaras y laúdes. Alpha-Huari que tenía una hermosa voz de barítono, pidió y consiguió de la Azafata permiso para entrar a cantar amorosas trovas dedicadas a la princesa Odina. Siendo sus cantares cada vez más expresivos de sus ocultos sentimientos, la princesa se dio cuenta de lo que ocurría en el íntimo yo de su futuro cuñado y ordenó a la Azafata no permitirle más la entrada a su tienda y mandó enfundar las cítaras y laúdes y los conciertos se dieron por terminados.

"La ira reconcentrada del orgulloso joven subió de tono y empezó a cavilar en la forma de deshacerse del Jefe de la Escolta y de la vigilante Azafata, a la cual amenazó con dejar plantada a su sobrina por la dureza que tenía para con él.

"Trató secretamente de sublevar la escolta, ensayó audaces provocaciones al Jefe buscando lucha armada con él, hasta que en una población de gentes de dudoso vivir por donde pasaron contrató una banda de

www.formarse.com.ar

asesinos para que mataran al Jefe de la Escolta y a su segundo en forma de ocupar él su lugar al lado de la princesa, que su soberbia le hacía soñar que la conquistaría si ella se viera sin defensa alguna.

"El cobarde asalto se realizó una noche oscura y lluviosa mientras todos dormían en sus tiendas esperando el buen tiempo para seguir el viaje.

"La escolta respondió al inesperado ataque como era de esperar, pero resultó herido de gravedad el segundo Jefe y dos de los guardias. Tres de los bandidos fueron muertos en el encuentro y uno que quedó herido declaró que habían atacado por cuenta de Alpha-Huari que les pagó cor un grueso bolsillo de oro la hazaña que les pedía.

"De todo esto resultó que el Jefe le mandó retirarse del cortejo si no quería ser tomado preso allí mismo y llegar engrillado a la casa de su padre.

"A la mañana siguiente Alpha-Huari no apareció en el campamento ni tampoco el guardia que le servía de espía.

"Ambos habían huido, y hasta llegar a Orozuma no supieron más de él.

"Un clarividente de los Profetas Blancos había percibido a la distancia toda la lucha sorda que desde la salida de la princesa, se venía desarrollando en torno suyo. Y el Patriarca ordenó a sus solitarios, oración especial por la vida y feliz viaje de la princesa Odina.

"Mientras tanto Anfión, retirado en su pabellón y consagrado al estudio y a la oración pedía con ansias a la Suprema Inteligencia la luz necesaria para obrar en todo conforme a su Ley.

"Todo Orozuma esperaba engalanada el arribo de la escogida esposa de su Príncipe, y cuando fue avistada de lejos la comitiva, el Rey Senegaldo y su hijo salieron a recibirla.

"El Rey fue quien la descendió del elefante y el primero en abrazarla. La llevó luego de la mano hacia su hijo que, al levantarle el velo, vio lágrimas en sus ojos.

"—Mi corazón te esperaba —le dijo— ¿y tú llorando vienes a mí?

"—Por mi sola voluntad vengo a ti, Príncipe Anfión, pero no sólo amor encontraré a tu lado, porque tu hermano te odia y ese odio lo comparto también yo.

"—No temas nada —le contestó él dulcemente— que a la hidra del odio pronto la aniquilará nuestro amor.

"La besó en la frente y de nuevo la cubrió con su velo.

"Tomados de la mano entraron al palacio-fortaleza que sería escenario de sus obras de misericordia, de su dicha personal y del grande y santo amor que haría de sus vidas un hermoso poema admirado por los ángeles del Señor y por los moradores de la tierra".

* * *

María abrió los ojos llenos de miedo y espanto, y Juan dejó caer el punzón comprendiendo que había terminado.

— ¡Qué susto tengo, Juan! —dijo apretándose el pecho como si quisiera contener los latidos del corazón—. Como si nos amenazara un peligro —añadió.

—Ya sé, María, por qué te has despertado con susto. Oye lo que me has distado.

Y Juan leyó cuanto había escrito.

La sensitiva percibía en su físico cuantas impresiones dolorosas debió percibir Odina al descubrir el odio de su futuro cuñado, que le inducía hasta el crimen.

Esta sensación de miedo y espanto dominaba un tanto a María, hasta hacerla esquivarse de la hipnosis mediante la cual podían recibir el misterioso *dictado*

Hasta sentía un vago temor de ir a la glorieta del rosal-té como si creyera que allí estaba esa suave y dulce corriente que con tanta placidez la adormecía.

Y así transcurrieron varios días sin escribir. Puso como excusa algunas visitas a unas pocas viejecitas pobres y enfermas que ella protegía. Hasta que una noche, estando todos reunidos en el cenáculo para la oración, la joven cayó en hipnosis y dijo a media voz:

—Perdona, Juan, mis cobardías, como me las perdona Nuestro Maestro y Señor. La Voz que dicta ya está aquí. Escribe, Juan:

www.formarse.com.ar

"Tres días después se celebró la boda del Príncipe heredero de Otlana con la Princesa Odina de Dyaus. Y el buen Rey Senegaldo tuvo el gran dolor de mantener encerrado a su hijo Alpha-Huari en su pabellón particular bajo la custodia, de un guardián fiel hasta que se arrepintiera de los criminales propósitos que alimentaba en contra de su hermano mayor.

"Y para no causar comentarios con tal disposición, se dijo que por razones graves de Estado tuvo que ausentarse a un vecino país, a dar ciertas explicaciones de un mal entendido con el soberano de esa región.

"Los jóvenes desposados querían que todos fueran felices el día de aquella unión anunciada desde los cielos muchos años antes, *y* así pidieron al Rey un perdón general para cuantos habían cometido faltas y se encentraban bajo el imperio de la justicia humana. Y así que desde las gradas mismas del trono donde recibieron la bendición nupcial de Senegaldo-Rey asistido por el Patriarca Spano-Shan, se dirigieron a los calabozos de la Fortaleza para liberar a los cautivos, no sin antes haberles pedido la formal promesa de que llevarían una conducta conforme a la Ley y que en toda dificultad que pudieran tener en adelante, acudirían a ellos en demanda de solución.

"Tal hecho conquistó el amor delirante de todo el pueblo para los jóvenes esposos, de tan completa manera, que se hacían públicos comentarios de lo que sería en el futuro el reinado del Príncipe Anfión.

"El mismo Rey Senegaldo comenzó a dudar si su hijo no extremaba con exageración las concesiones que buscaba y quería para los pueblos. Y hasta se vio obligado a ocultar a su heredero la prisión de su hermano, por lo cual Anfión apenado decía a su madre.

"—Tengo el dolor de que Alpha-Huari no comparta con nosotros el feliz acontecimiento que nos llena de dicha a todos.

"Y su madre, ignorando como él la realidad de lo sucedido, le contestaba:

"—Ya puedes suponer, hijo mío, cuan grave será el asunto que ha obligado a tu padre a enviarlo lejos de aquí.

"La intuición de la madre le anunciaba, aunque vagamente, la verdad, pero quiso evitar a su hijo mayor el doler de conocerla.

"Una luna después el Rey creyó había encontrado el modo de acallar el egoísmo de su segundo hijo, y para levantarle el castigo le habló así:

"—Bien sabes, hijo mío, cuánto he padecido y padezco por tu injusto proceder para con tu hermano mayor ¿Es culpable él por ser el primogénito? ¿Eres culpable tú por ser el segundo?

"No. Absolutamente no. Pero como tu padre te ama tanto como a él, te exijo…. sí, te exijo que terminen tus enojos y que dejes por fin de creerte disminuido por los derechos que acuerda la Ley al primogénito.

"Como necesito de él, necesito de ti para el gobierno de mis pueblos. ¿Crees acaso que se da felicidad a los pueblos manteniendo odios y rencillas en la familia de los gobernantes?

"¿No es humillante y vergonzoso para tus padres que la escolta que trajo a la Princesa Odina se haya enterado de lo que intentaste hacer durante su viaje? A todos los guardias uno por uno les he pedido juramento de no revelarlo a nadie, y ¿sabes hasta dónde llega la adhesión y nobleza de nuestra Guardia Real?

"—Por tu honra; ¡Oh Rey! y por la honra de tu heredero el Príncipe Anfión, juramos no decir ni una palabra de cuanto ha ocurrido en el viaje —me contestaron—. Ni aún los Ancianos del Consejo lo saben.

"Y tú, hijo mío, *¿no* responderás a la generosidad y nobleza con que eres tratado a pesar de lo que has hecho?

"En ese momento, Sphano-San el Patriarca oraba, porque su maravillosa clarividencia le hacía ver la lucha de su aliado el Rey Senegaldo para poner la pase en su hogar y en sus estados.

"Sphnno-San había encarnado muchos año- antes que su hermano gemelo el Mesías terrestre, con el fin de prepararle los caminos.

"Era uno de los setenta hijos espirituales del Gran Sirio forjador de humanidades pretéritas.

"Era Beth (el que une corazones, dice su símbolo) y en ese instante emanaba de sí mismo cuanta irradiación de armonía, de unión y de amor había en su espíritu, limpio de todo egoísmo.

"Y la fuerza espiritual de Beth, doblegó la soberbia de Alpha-Huari, y la llamarada de su envidia se escondió entre las cenizas.

"—Sí, padre mío —contestó al Rey—. Responderé porque comprendo que hice mal. Responderé a tu generosidad, te lo juro, pero haz el bien de mandarme a uno de tus dominios lejanos donde yo pueda representar tu autoridad sin intervención de otras voluntades fuera de la tuya. Quizá de este modo se anulará mi resentimiento para con mi hermano.

www.formarse.com.ar

"El Rey accedió creyendo de ese modo asegurar la paz en su casa y en su reino.

"—Bien, hijo mío; está concedido. Irás a Teos-Kandia, la patria de tu madre, y la representarás a ella y a mí con toda la nobleza y la justicia que corresponde a un hijo de Senegaldo, siervo de Atman.

"El país de Teos-Kandia había sufrido poco hacía la muerte de su anciana Reina-viuda de Atha-Ulfo Rey, padres de Wilfrida, por la cual su Consejo de Ancianos había pedido a los Reyes de Otlana su intervención en tal circunstancia, ya que Wilfrida era la hija mayor.

"Tan inesperada honra satisfizo grandemente el orgullo de Alpha-Huari y tanto más cuando el Príncipe heredero en su calidad de Jefe supremo de los ejercites del Reino, ordenó un lucido desfile el día de la partida de su hermano para representar a los Reyes en el país de Teos-Kandia.

"Pareció en verdad anulado para siempre el recelo de Alpha-Huari en contra de su hermano mayor.

"Pero no fue así. La llamarada del odio se escondió entre las cenizas de la vanidad satisfecha, para reavivarse tres años después cuando la muerte llamó al mundo de la luz eterna al buen Rey Senegaldo y Anfión fue proclamado Rey de Otlana y de Teos-Kandia, porque Wilfrida su madre abdicó en su favor todos sus derechos.

"El joven Rey y su esposa acostumbraban acudir todas las tardes cuando el «oí se escondía en el ocaso, al Santuario de la Montaña Santa donde el Patriaca Sphano-San les acompañaba en la oración y tenía después con ellos largas conversaciones conducentes a ayudar a la inexperiencia de los jóvenes soberanos con sus consejos de sabiduría.

"Y en una de estas meditaciones a la que concurrieron todos los solitarios por ser conmemoración de la muerte del Rey, se plasmó sobre la *Fuente de las Aguas de Salud* una visión simbólica que todos los presentes percibieron. Era como un paisaje pintado al óleo sobre un transparente cristal.

"En un radiante amanecer sobre un huerto de palmeras y magnolios, de naranjos y rosales en flor, dos blancas palomas posadas en una misma rama se arrullaban amorosamente, mientras una espantosa culebra se enroscaba al tronco del árbol por el cual se arrastraba subiendo silenciosamente.

"Y uno de los solitarios en hipnosis pronunció en alta voz que resonó en los ámbitos del vasto recinto de oración: "El amor resplandece en los cielos como una estrella radiante, y la traición y el odio se arrastran en la tierra como sierpe venenosa que siembra la muerte y la desolación. Vigilad y orad porque la sierpe está viva."

"No todos comprendieron el significado oculto de aquella visión. Pero Sphano-San y los Reyes la comprendieron muy bien.

"Anfión se puso de pie cuando la visión se hubo esfumado y dijo:

El Amor es más fuerte que la muerte.

El Amor transformará en reguero de miel la baba de la serpiente.

El Amor hará florecer los rosales en la tumba de nuestro Rey ausente

y en el corazón de todos los moradores de sus pueblos.

"Senegaldo, padre mío muy amado: que tu espíritu libre y feliz sea el guardián fiel de la paz en tus dominios.

"—Así sea —respondieron a coro todos los presentes, y se dio por terminada la rememoración del inolvidable Rey desaparecido de la tierra.

"Wilfrida lloraba en silencio con gran desconsuelo, por lo cual su hijo y el Patriarca comprendieron que ella había leído en aquella visión la tragedia que amenazaba a su hijo Rey y a su dulce compañera, que se había entrado en su corazón de madre como otra hija que el gran Atman le había mandado como una estrellita radiante que alumbrara sus días postreros.

"— ¿Por qué lloras, madre? —le preguntó Anfión levantándole el velo que le cubría el rostro *y* besando su frente venerable donde los cabellos se tornaban en hilos de plata.

"—Tengo miedo del futuro, hijo mío, no teniendo con nosotros a tu padre que conjuraba todas las tormentas —le contestó ella entre sollozos.

"—No temas nada, madre. ¿No crees que sea yo capaz de conjurarlas también? El gran Atman no me habría puesto como un Rey sobre su pueblo escogido si no hubiera sido yo capaz de mantener en él la gloria de la paz y la concordia. Descansa tu corazón en Atman, madre mía, que lo sabe y lo ve todo y también en tu hijo que ya aprendió el secreto de crear la paz para sí mismo *y* para los pueblos que le rodean.

www.formarse.com.ar

"Los años pasaban y el hermoso país de Otlana se engrandecía en la paz en la abundancia, en la equidad y justicia de aquel Rey, siervo de Atman al igual que su padre, y teniendo a su lado una lámpara de amor, aquella incomparable Odina que era una tierna madrecita para toda desolación.

"Los vates cantaban fervorosos en las fiestas populares, en las cacerías de fieras, en las tiendas de los mercaderes, en las barcas pescadoras y hasta en las plazas de las caravanas al emprender sus viajes o en los puertos bullangueros a la partida de los grandes veleros que bogaban sobre el mar en intercambio de productos en los países del Continente:

"Ya no hay tristeza en Otlana
Por siempre ha huido el dolor
Es una eterna mañana
Plena de luz y de amor.

"No hay esclavos en Otlana
Temblorosos de terror,
Es una eterna mañana
Plena de luz y *de amor.*

"No hay huérfanos en Otlana
Escuálidos que da horror,
Es una eterna mañana
Plena de luz y de amor.

"Porque los reyes de Otlana
Más *generosos que el sol,*
Son una eterna mañana
Coronada de arrebol".

"Cantares como éste resonaban por calles, plazas y carreteras, porque el Rey decía al pueblo reunido cada plenilunio en la gran Plaza de la Justicia: "La tierra es de Atman y El quiere que la gocen y vivan en ella felices, todos cuantos la trabajan y cultivan para sacar de su seno el sustento de sus vidas".

"Los ancianos ya ganaron el descanso para su vida que Atman quiere que !a vivan felices de haber cumplido con el deber y haber dado hijos buenos y sanos para sustentarles en la vejes y engrandecer la patria.

"Las doncellas deben ser respetadas como algo muy sagrado para el hombre, porque ellas serán las fieles compañeras de su vida y las madres amorosas de sus hijos".

"Tal era Anfión-Rey en relación con su pueblo. Veamos cómo era este Rey excepcional en la intimidad de su vida...

El dictado de *la vos* misteriosa que contaba a María y a Juan las tragedias lejanas de otros seres, fue interrumpido porque llegaron Lázaro y Martha desde la Provincia de Judea donde el Sanhedrín rabioso por su decadencia, decretaba confiscación de las cosechas en las grandes granjas donde los frutos de la tierra se recogían con abundancia.

El buen matrimonio amigo del Cristo se había constituido aliado de la Santa Alianza para luchar contra la miseria que azotaba al pueblo humilde, que es el que soporta siempre el mayor peso en épocas de carestía o de mayores injusticias y latrocinios de los poderosos. Y huían a Galilea al frente de una gran tropilla de asnos, mulos y camellos cargados con la última recolección de frutos de sus tierras a fin de salvarlos de la voracidad real y sacerdotal, pues que el Rey en amistoso acuerdo con el Sanhedrín buscaba por ese medio llenar sus arcas vacías.

Lázaro y Martha llegaban exhaustos de cuerpo y de alma con las marchas forzadas que sólo en la noche cerrada podían realizar. El buen Simónides, fibra y alma de todo lo que fuera en servicio de los súbditos de su Soberano Rey desaparecido, les había proveído de las bestias necesarias para el transporte, pero debieron

www.formarse.com.ar

realizarlo a jornadas cortas por la noche y primera claridad del amanecer, a fin de no ser descubiertos. Sólo en parajes muy solitarios y protegidos por los grandes bosques del Jordán se atrevían a marchar en horas de pleno día.

Estos incidentes impresionaron grandemente a la joven sensitiva que en toda una semana no escuchaba *la voz.*

—Del susto, se calló para siempre —contestaba ella cuando Juan le preguntaba: — ¿No te cuenta nada *la voz?*

Lázaro y Martha quedarían en la casita de Nazareth por una corta temporada y tranquilizado por completo el ambiente, *la voz* continuó haciéndose sentir de María:

"El vetusto palacio de los Reyes de Orozuma se convirtió por las tardes en un jardín de niños que reían y jugaban en sus parques y avenidas de palmeras y magnolios, de naranjos y cocoteros, donde era jefe supremo de hortelanos, jardineros y guardabosques, el bondadoso y fiel Athalan, ayo y celador que fuera de los días infantiles del joven Rey. Diríase que seguía viendo a su bello y dulce niño príncipe heredero, en todos los chiquillos que invadían audaz y alegremente los parques del viejo palacio. Se veía eficazmente ayudado por sus dos hijos adolescentes Fhati y Shilo que eran a la vez pajes de guardia en la cámara del Rey.

"La anciana azafata de la Reina madre, se desvivía por enseñar a las doncellas que formaban la corte de la reinecita, inquieta y juguetona como una riente cascada de perlas que se derramara sobre un cristal luminoso.

"Quería enseñarles la mejor manera del hilado de la lana suave de los corderos, de la seda que daban en gran abundancia los gusanos que vivían su vida silenciosa de intensa labor entre el bosque de morales; y sobre todo deseaba conseguir de ellas verdaderas damas de honor para la joven Reina, esposa de aquel Rey anunciado y esperado desde siglos como salvador de un mundo que iba cayendo rápidamente en esos negros abismos a que empuja el orgullo, la desmedida soberbia de saberse poderoso y fuerte, dueño de poderes extraordinarios que hacía cantar a los vates de esos tiempos:

"Atlántida de hombres sabios
Atlántida de hombres fuertes,
La que lleva a flor de labios
Secretos de vida y muerte...

"Con la antorcha de la ciencia
Desmenuza las querellas
Porque alumbra las conciencias
Con su penacho de estrellas.

"¡Paso a la Diosa gigante,
Mundo falaz de pigmeos!
Nunca irán más adelante
Vuestros menguados deseos."

"Pero la Justicia Divina que hace doblar la frente a la soberbia humana, dio a la humanidad de aquella hora la tremenda lección que da de tiempo en tiempo cuando los pueblos inconscientes olvidan su dependencia de Atman y se creen dueños y señores de vidas y haciendas, de los seres y de las cosas; cuando olvidan su origen y su destino, de dónde vienen y a dónde van; cuando abren la puerta al más grosero libertinaje bajo el pseudónimo de libertad; cuando hacen tabla rasa de toda ley que signifique orden, decencia, honradez y pudor.

"Pero triste es decirlo: tan sólo la cuarta parte de aquel grupo de jovencitas respondió a la austeridad de costumbres que la anciana Azafata en acuerdo con la Reina madre, quería imponerles para estar a tono con la elevada alcurnia espiritual y moral de la joven esposa del Rey Anfión.

De esta lucha sorda de ambas ancianas llegó a apercibirse la pura y dulce reinecita, y con su genial talento y discreción les dijo un día:

"—No padezcáis así por causa mía, madrecitas buenas de cabellos blancos. Ya veréis cómo yo en un abrir y cerrar de ojos pondré los dados en el lugar que les corresponde en mi tablero.

www.formarse.com.ar

"Y llamó un día a ni salita de música a las diez doncellas que le habían dado como damas de honor y les habló así:

"—Con la venia de mi esposo el Rey he resuelto empezar la tarea de educar a la juventud femenina de este país a donde la voluntad de Atman me ha traído. Y os invito a ser mis primeras colaboradoras. Nuestra gran sala de saraos y festines la transformaremos en sala de Academia para instruir a las doncellas de doce a veinte años en todo cuanto concierne a los deberes de una mujer en sus condiciones de hijas, esposas y madres.

"Para danzar, engalanarse y recibir galanteos, ninguna necesita escuela ni enseñanza alguna. La humana naturaleza es en general de tan baja condición que todas esas cuestiones las aprende y resuelve sin maestros. En cambio para ser una doncella honesta y pura, una esposa casta y fiel, y una madre modelo para sus hijos, necesita la doble escuela del consejo y del ejemplo; y ese consejo y ese ejemplo se los daremos vosotras y yo con nuestra enseñanza reforzada con los actos todos de nuestra vida.

"Quiero que desde mañana vistáis todas igual que yo; que nadie os vea por calles, salas y plazas cortejadas de galanes que no abrigan la intención de ser vuestros esposos y padres de vuestros hijos, sino sólo darse la satisfacción de veros rendidas a ellos y desde luego víctimas de sus ruines deseos.

"Pero si alguna de vosotras tuviera en su jardín interior la flor divina de un verdadero amor correspondido y con vistas a la formación de un hogar, os reclamo a todas que tengáis en mí la confianza necesaria para decírmelo, en la seguridad plena de que yo protegeré ese amor hasta dejarle consagrado por la bendición de Atman *y* de nuestro Rey.

"Fue lo bastante.

"Vestir igual que la joven Reina el rizado peplo celeste, rosado o blanco y la nubecilla de gasa dorada ceñida a la frente y flotando como alas de oro a la espalda, era algo que fascinó a las doncellas, y contentas secundaron el deseo de su Reina.

"Y comenzó a funcionar la Academia que fue escuela de música, de pintura, de labores y trabajos manuales en general; y finalmente de economía doméstica y del arte humilde si se quiere, pero harto necesario en la mujer, de saber gobernar el hogar donde el esposo y los hijos recogerán las flores hermosas de la ternura, la alegría y la paz.

"Pronto se vio a todas las doncellas de Orozuma vestidas de aquella manera y observando un recato, seriedad y discreción, que fue el asombro de las gentes.

"A los comienzos de este cambio, la juventud masculina se creyó con derecho de protestar por la carencia de saraos y diversiones en las salas públicas y menos en el sillón real

"La joven Reina no escuchó ni se dio por entendida de tales protestas, y al cabo de poco tiempo comenzó todo un desfile de esponsales y de bodas en lomo a la dulce Reinecita, pues que tedas las doncellas querían el honor de que fuera ella la madrina de sus nupcias.

"Y el Rey Anfión quiso secundarla en su obra de educadora de la mujer otlanesa y del tesoro público otorgó dotes para las doncellas cuyos padres no estuvieran en condiciones de dárselos.

"Del país de Otlana pasó esta obra cultural de la mujer al país de Dyaus, y de allí a otros países vecinos y fue un maravilloso florecimiento de virtud, de paz y de amor."

El punzón cayó de .as manos de Juan que había escrito varias horas seguidas y María se despertó con un gozo indecible.

— ¡Oh, Juan! ¡Cuántas bellezas he visto! Hubo tiempos en que la humanidad fue buena —decía la joven como si recordara un brillante pasado de dicha y de amor.

—Es verdad, María, hubo tiempo en que el bien floreció entre los hombres, si hemos de creer como reales las maravillas que has dictado.

Y Juan leyó cuanto había escrito en el cartapacio que les obsequiara Leandro de Caria, el mago *de* Osiris como ellos le llamaban, que había descubierto en aquellas dos Psiquis tan afines, las aptitudes superiores que ellas traían.

EL SUEÑO LIBERTADOR

Debido a conveniencias de orden financiero, Martha y Lázaro tuvieron que ir a la aldea de Lazaron, cercana al Castillo de Mágdalo. El lector de "Arpas Eternas" recordará que allí tenía su Casa de Campo, Eleazar, casado con una hermana de Martha.

www.formarse.com.ar

Fue en tal casa que tuvo lugar la emocionante escena de aquel festín de dadores y escribas de Israel que quisieron divertirse con el *hernioso mago* amigo de Eleazar, y donde acudió la Castellana de Mágdalo y ungió con esencias la cabeza, manos y pies del Maestro que conociendo el ansia suprema de, liberación de aquella mujer, le dijo aquellas palabras que el mundo cristiano recuerda con emoción hasta hoy:

"Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho. Vete en paz."

Martha y Lázaro quisieron llevar también a María y ella no podía resistirse aunque hubiera deseado quedar junto a Myriam y Juan.

—Ve con ellos, hija mía —aconsejó la venerable madre de todos los amigos de su hijo—. Conviene ser complacientes con los que nos aman para seguir mereciendo su amor. Pensemos siempre que en estos desolados valles terrestres, es el amor la flor más pura y delicada que el Padre Celestial nos brinda.

Juan nada decía, pero en su corazón entristecido se levantaba este interrogante:

— ¿A quién le hablará *la voz* si María se va? ¿Quedará interrumpido el dictado que entre ambos recibíamos?

Y cuando ya llegaba el día de la separación, María dijo a Juan en secreto cuando él fue a ocultar su pena en la glorieta del rosal-té y la encontró allí que también ella había ido a ocultar la suya:

—No tengamos pena, Juan, porque l*a voz m*e ha dicho que cuando yo duerma, sabré como ella todo el relato y que libre mi espíritu por el sueño, vendré a dictarte y tú seguirás escribiendo.

— ¡Oh, María!... ¿no será que tú y yo nos estamos volviendo locos? ¿Cómo puede verificarse tal misterio?

—No tengas miedo, Juan, que yo estoy muy segura de que *la voz* no me engaña... Si no vas a pensar que te digo mentira, otra cosa más me ha dicho *la voz.*

— ¿Y eso?...

—¿Te acuerdas de aquella herniosa joven rubia de ojos azules que fue a Bethania a encontrar al Maestro, y que la tarde terrible de su muerte encendía fuegos en todos los montículos que circundaban el Monte Calvario?

—i Sí que me acuerdo! ¿Cómo podría haber olvidado aquel pavoroso espectáculo?

—Pues oye y no te espantes.

Y María bajó la voz para que ni las últimas rosas que se deshojan en silencio, escucharan las verdades tan hondas que iba a revelar a su amigo.

—*La voz* es de esa mujer cuyo espíritu se desprende de su cuerpo cuando se entrega a la meditación junto al fuego sagrado, y se llega hasta mí, me adormece y habla por mi boca.

— ¡Jehová bendito! Si en esto no anda metido el mago de Osiris, no acierto con el nombre que a estos misterios les debemos dar, María, yo tengo miedo de continuar y preferiría esperar tu regreso.

—No, Juan. *La vos* dice que yo te seguiré dictando.

María miró con asombrados ojos a un ángulo sombrío de la glorieta:

—Aquí está *ella,* Juan, mírala.

Juan, espantado, volvió la cabeza y la hermosa aparición de la druidesa gala estaba sonriente entre ellos.

—No me temáis. Soy Vercia que os acompañó en las horas de dolor cuando el gran hombre resplandor de la Luz Eterna abandonó la tierra para volver glorioso a su Reino.

¿No nos decía El que el amor salva todos los abismos? También a Nebai y a María de Mágdalo les visitó como a vosotros, y también a ellas les dictaré historias que los hombres ignoran.

La hermosa visión se les acercó tanto que ambos percibieron la dulce frescura del hálito que la envolvía. Sintieron el suavísimo contacto de sus manos que estrechaban las suyas, y se diluyó en el dorado crepúsculo vespertino, cuando las alondras y los mirlos desgranaban los últimos gorjeos mientras buscaban la tibieza de sus nidos.

* * *

Cuando María partió con Lázaro y Martha a Lazaron, y se vio sola en la pequeña y preciosa alcoba que le designaron sus tíos, cerró puertas y ventanas y sentada ante un pequeño pupitre oró así:

— ¡Maestro, Señor mío que tanto amaste a tu pequeña María!... Ya ves que estoy desorientada en el nuevo camino que me has abierto sin yo buscarlo. Que tu luz descorra los velos del misterio que me rodea.

www.formarse.com.ar

¿Por qué me duermo en un sueño profundo y cuento historias que nunca oí?... ¿Eres tú, Señor, que lo quieres o es un genio del mal que busca enloquecerme *". ..*

Cruzó sus manitas gráciles sobre el pecho según su costumbre cuando oraba y esperó la respuesta que no se hizo esperar largo tiempo.

La voz le dijo: "Toma el punzón y escribe lo que voy a decirte".

María obedeció y lentamente fue apareciendo en el pergamino esta escritura:

"Tú has escuchado !a lectura de esos viejos rollos de papiro que llaman *"Escrituras del Patriarca Aldis" y* creo que recuerdas a la mujer rubia del peñón de Corta-Agua que se traslada en espíritu allá donde un trabajo importante le era encomendado. Esa mujer se llamaba Solania cuando nuestro excelso Conductor y Guía se llamaba Abel.

"El mismo me manda a calmar tus inquietudes explicándote el *misterio de la vos* que te habla y de la fuerza que te adormece y te hace contar historias que desconoces.

"Vercia, la que tú conociste, es alma gemela mía, que juntamente con otras almas fuimos llamados a la vida consciente por *Okmaya* (Muro de Fortaza Divina), uno de los setenta gemelos de Jhasua Verbo de Dios.

"Fui un día lejano ya, convertida en el *dios Apolón* por la incomprensión humana, que confunde con la Divinidad a los seres que por la Ley de Evolución han conquistado poderes que sobrepasan a las capacidades humanas.

"Es formidable la fuerza que une a las almas gemelas para obras que sólo el designio divino conoce y que ellas cumplen contra viento y marea, muchas veces sin comprender ellas mismas qué fuerza las impulsa y hacia dónde caminan.

"Siendo tú y Juan de una Legión de Amadores, necesitáis para realizar vuestra misión, de la fuerza de los Potenciales, y es así que Vercia encarnada actualmente, impulsada por mí, es para ti el lazo espiritual y magnético que produce lo que tú llamas el *misterio de la voz* que te habla y del sueño que te hace contar historias que desconoces.

"Tu extremada sensibilidad te permite percibir la onda de nuestros pensamientos, y nos pones en contacto con Juan que en su existencia actual deberá realizar obras de poder y de fuerza, que subyuguen en momento determinado la soberbia de los poderosos de la tierra.

"La historia de Anfión y Odina la he visto vivir, pues estuve encarnada A su lado durante mucho tiempo. A ella la conocí en la cuna y a ambos les acompañe hasta la muerte. ¿De qué te asombras, María?

"Por el sueño se liberta Vercia y acude a ti en forma de *una voz.*

"Por el sueño te libertas tú, y tu boca refiere historias» que desconoces y que Juan deja grabadas sobre el papiro. ¿No es esto verdad y lógica? ¿Cuándo reconocerán los hombres terrestres que el espíritu lo es todo, y que la carne es sólo un vestido que se pone y se deja cuando ha dejado de prestar servicio a su amo que es el *yo,* eterno viviente, chispa emanada de la Llama Eterna de Amor que engendra, sostiene y conserva cuanto es vida en el ilimitado universo que sólo Ella conoce en su plenitud sin límite ni medida? ¡Oh! ¿Cuándo lo reconocerán?

"¡Oh pequeña María de hoy!... Eres un ruiseñor escondido entre los rosales de amor de Jhasua Verbo de Dios y ensayas en esta vida un cantar nuevo, y seguirás cantando para El en cada nueva vida tuya a través de los siglos que se irán sucediendo hasta el final de los tiempos.

"¡No te asuste el *sueño libertador* de la materia que revistes, ni de las voces que te hablan para ayudarte a desempeñar tu papel de *ruiseñor cautivo* que se liberta a momentos y recoge armonías de otros mundos, y claridades de otros cielos y amores que no son carne ni sangre, que no son fibras de corazones que laten, sino chispazos de luz divina y ecos perdidos de la eterna armonía de las esferas!

"Ahora sabes el misterio de la voz y del sueño que te hace hablar.

"¿Por qué te eligió el Supremo Amor para esta tarea? —estás pensando.

"¡Nada más que porque eres un rayito demasiado suave y dulce de Si Mismo, y encuentra en ti el eco de su canto de Amor Inmortal!

"Solania de Van."

María soltó el punzón y se echó a llorar como si le fuera necesario deshacerse en llanto para desahogar la infinita ola de amor, de ternura, de divina plenitud que la inundaba casi hasta aniquilarla.

¡Tal es la potencia del Amor Eterno cuando a través de almas hermanas se trasmite como un fluido sutil y diáfano por los más secretos camarines del espíritu y por las más íntimas fibras de la carne que le reviste!

www.formarse.com.ar

Según convenios hechos con Juan antes de separarse, debía esperar su llamado a la segunda hora de la noche, o sea después de la cena, y a veces al amanecer.

Y cuando esa misma noche se retiraron al descanso, María, sola en su alcoba, hizo sus acostumbradas oraciones y se recostó en su diván de reposo.

Y los ángeles guardianes que provocaban su sueño, la acompañaron al plano radiante en que viven su vida gloriosa los que tuvieron el valor de sacrificarlo todo y hasta la vida misma, por la porción de humanidad entre la cual vivieron sus vidas físicas, lo que el lenguaje terrestre llama *Patria.*

Allí se encontró con Vercia entre un numeroso núcleo de inteligencias radiantes. De asombro en asombro fue reconociendo algunos compatriotas suyos cuyos nombres eran venerados por toda la Fraternidad Esenia y que a ella le eran muy conocidos: Simón Gaulenita, Judas de Galaad, Hillel, Juan el Bautista y por fin el reciente mártir Stéfanos que era uno de los arcángeles creadores de la armonía y formaba un grupo aparte con inteligencias afines, entre los que le indicaron al que en Israel se conoció por Jeremías el de los dulces trenos llorosos y suplicantes.

María estaba deslumbrada. Su sueño era maravilloso. Y pensaba extática de dicha y de amor: ¡Qué cosas podré contarle a Juan cuando me despierte! Vercia, que la acompañaba, le decía:

—-Se lo tendrás que contar mientras duermes, porque lo más probable es que al despertarte no recuerdes nada, No te arriesgues pues a esperar tu despertar.

Un ser maravillosamente fuerte y bello, que parecía una copia exacta de Vercia llegó como un resplandeciente pájaro, en un vuelo sereno y majestuoso. María casi le tuvo miedo por la intensa irradiación de poder y de fuerza que emanaba de él.

—No temas, es mi hermano. ¿Recuerdas a Walkiria y a su hermano el *doncel de bronce* al que ella reemplazaba? Yo soy *ella* y éste es *él. ¿No* te resulta claro?

María, estupefacta, no respondía.

—Piensa en el Hombre-Luz cuando se llamó Abel y visitó el país de los hielos eternos. En vuestras Escrituras de esa época lo has leído.

María pensó. Y el pensamiento creador de formas y de vidas, que en el plano espiritual adquiere potencialidades no imaginables, le diseñó con nítida calidad los cuadros estupendos y reales del *doncel de bronce* animando sus ejércitos, que desfallecían ante la superioridad numérica de la salvaje invasión de los mingos. Vio la caída del héroe atravesado el pecho por flechas enemigas, y el espantoso desbande de los fieles a la Patria. Y acto seguido le apareció de nuevo el doncel de bronce vivo, ardoroso en su entusiasmo como un genio vengador de tanta muerte y tanta desolación. Y 'a vidente comprendió que era Walkiria ocupando el lugar de su hermano desaparecido.

La luz se hizo por completo en su mente. El fuerte y radiante ser que llegara a ellas en un vuelo sereno, era aquel que vio caer sin un gemido en los campos helados del Norte.

— ¡Oh! —Exclamó dirigiéndose a Vercia—. Por eso dijiste que es tu hermano. ¡Tú eres Walkiria, la heroica y fuerte mujer que tanto admiré oyendo leer las Escrituras del Patriarca Aldis! ¡La que salvaste a Abel de ser asesinado por los piratas en el mar; la que le amaste como sólo un gran corazón sabe amar!...¡Oh, Walkiria, Walkiria! Tú que amaste a Abel tanto como yo amé a Jhasua, conoces y sabes lo que significa amar a un Hijo de Dios y confundirse con El en un amor sin límite ni medida.

Vercia sonreía viendo el febril entusiasmo de María por su estupendo descubrimiento.

— ¡Dulce lirio blanco de los valles del medio día! —le dijo abrazándola tiernamente—. La Ley te hace contemplar estas maravillas de los cielos de Dios porque tú y Juan, tu hermano del alma, sois dos lámparas vivas para alumbrar las tinieblas en que se debate la humanidad. Llegó por fin tu hora. Ven.

Los tres seres iluminados por un mismo gran rayo de luz, avanzaron hacia un plano, morada o cielo de claridad intensamente azul como si fuera un mar de zafiro, donde sus moradores sostenían lazos de luz dorada que se tendían en todas direcciones.

Se prendieron a uno de aquellos lazos como acueductos de claridad suavísima que producía intensa felicidad, inefable ternura, quietud, éxtasis.

Era el lazo de Solania, era el amor de Solania para todos los que eran capaces de captar esa onda de divino conocimiento que hace al espíritu señor de sí mismo, apto para las grandes revelaciones del Infinito.

Todo esto ocurrió en breves momentos, y de pronto sin saber cómo, María se encontró cerca de Juan en el cenáculo de la casita de Nazareth donde él, punzón en mano, esperaba que le dictara.

Y el dictado de la vida de Anfión el Rey Santo, continuó en el punto donde ella le había dejado.

www.formarse.com.ar

Ahora era Juan el muy amado quien sentía *la vos* misteriosa que hablaba sin ruido en lo más hondo de sí mismo.

¿Cuándo comprenderá la humanidad terrestre el poema divino de las almas, que se ofrendan como flores vivas de luz y de amor al Amor Eterno que la derrama sobre ella para iluminar sus tinieblas y hacerla caminar en la oscuridad?

La solidaridad de las almas adelantadas en los mundos de luz, trasciende a veces a los desolados planos físicos donde reina el egoísmo y predominan las exigencias de la materia, haciendo aparecer de tanto en tanto, esas sublimes alianzas de almas, incomprendidas de los hombres y tan admiradas por los ángeles de Dios.

La iluminación de María fue completa en el sueño.

Comprendió perfectamente que la unificación, la solidaridad, el amor, son absolutamente necesarios, para la realización de toda obra que signifique dar un solo paso en el camino eterno hacia la cumbre de la evolución.

Comprendió la insistencia del Divino Maestro en sus palabras repetidas hasta la hora de morir: *"Si os amáis unos a otros como yo os amo, el Padre y Yo fiaremos nuestra morada in vuestro corazón".*

Y lo primero que hizo al despertarse del sueño fue 'in voto solemne y eterno.

Estrechó a su pecho el libro sagrado de la Ley de Moisés, los diez mandatos del Sinaí, lo más grande que hasta entonces había conocido la humanidad; y con el alma vibrando de amor como un arpa angélica, pronunció estas palabras:

"¡Señor, Maestro mío, Verbo Eterno de Dios en cuya presencia estoy! Por esta Ley Divina emanada de su Voluntad soberana, juro que nunca jamás pronunciarán mis labios una palabra que pueda dividir las almas unas de otras".

Y desde esa hora repartió su breve y fecunda vida de amor, en escuchar *la vos* tan dulce y familiar que la seguía, y en apagar la llama de la discordia con las aguas divinas del amor.

Ponía un rayito de luz en todas las incomprensiones y un bálsamo de piadosa ternura, en toda herida que el separatismo o el resentimiento hubieran abierto en un corazón que se acercara al suyo.

Y convertida así en la confidente indispensable de las almas doloridas por el desamor y la ingratitud, muchas veces oyó que le decían:

"Tienes magia de paz y de amor, y a tu lado la discordia se torna en agua fresca y en rosales florecidos".

LOS ABROJOS DEL CAMINO

Punzón en mano, Juan esperaba *la voz* de María a la hora convenida, y el dictado continuó así:

"Nueve años habían transcurrido desde la muerte del Rey Senegaldo, cuando Atman llamó a su Reino a Wilfrida, la madre prudente y amorosa de Anfión, Rey de Otlana y de Teoskandia.

"Fue éste otro gran dolor para el joven Rey a quien sólo le quedaba Odina para, dar calor de ternura a su corazón, y el anciano Sphano-San para dar claridad de sabiduría y prudencia a su vida de soberano sobre numerosos pueblos.

"Las solemnes honras fúnebres con que él quiso demostrar el amor reverente a su madre fueron en extremo elocuentes, pero lo fue mucho más el dolor sereno pero muy hondo que apareció en su austero continente cuando cubiertos de blancas vestiduras él, su espora y todos sus cortesanos, según la antigua costumbre, acompañaba al panteón real los restos de aquella amada mujer que le trajo a la vida física y que le había alumbrado con su ternura todos los años que contaba.

"Y en confidencias con su dulce compañera se expresaba así:

"—Grande fue mi padre en su prudencia y sabiduría como Rey, pero el amor y ternura de esta madre que Atman llevó de mi lado, fue para mí como el aire y el agua que me ayudan a vivir. ¿Quién podrá reemplazarla?

"—El Eterno Invisible será en mí para que sea yo capaz de ocupar su lugar —le contestaba Odina, plena su alma de fe en el Poder Divino que asiste a toda criatura que se unifica con El.

"Y Odina de Dyaus fue esposa, amiga, compañera y madre para Anfión Rey de tan perfecta manera que él pudo exclamar un día:

"— ¡Gran Atman, Señor de les mundos! Recogiste a tu lado una madre anciana, y me dejaste una madre joven, tan discreta, dulce y buena como aquélla.

www.formarse.com.ar

"Para curar la herida del Rey su esposo, se anulaba y olvidaba ella misma, llevándolo a ofrendar todo su amor a la sagrada memoria de la madre desaparecida. Si él le ofrecía una flor recogida en sus jardines, ella decía al punto:

"—Para el altar de nuestra madre.

"Y si es verdad que el egoísmo causa dolores intensos a las almas sensitivas, el inegoísmo sabe curar las más profundas heridas.

"Tenía Odina a su lado una joven Azafata que era su más asidua colaboradora, con una comprensión maravillosa que la hacía casi adivinar sus menores deseos. Silia, joven aún, te había constituido en una discreta y a la vez afable rectora de las damas de la corte real; como Anfión Rey tenía su corte de jóvenes caballeros que fueron sus amigos de la juventud, compañeros de estudios, y entonces eran colaboradores en el gobierno de sus pueblos.

"Los padres desaparecidos, genios tutelares de la familia, desde su plano de luz la proyectaban sobre el hijo, Rey de sus amados pueblos.

"La paz y la abundancia florecían, pero Sphano-San el Patriarca sabía que dolorosas pruebas se presentarían en el camino de Anfión, porque los justos que se constituyen porta-voces de la Verdad Eterna, son el blanco en que las fuerzas de las tinieblas descargan siempre sus flechas envenenadas. ¿ Por qué es así ?

"Porque la mentira es hija de la envidia, esa sierpe color de tierra que por la tierra se arrastra y muerde en la sombra. La luz de la Verdad la descubre y huye de la luz.

"Y era así que esa maligna sierpre terrestre vivía oculta en el corazón de Alpha-Huari hermano del Rey, y en la sombra crecía y se alimentaba de siniestros sueños, de engendros tenebrosos en contra de su hermano mayor, cuya luz le deslumbraba hasta cegarle, porque -u soberbia no soportaba que fuera más grande y amado que él.

"Desde la muerte de Wilfrida, su madre, heredera en primer término de Teos-kandia, Alpha-Huari formó su plan.

"Se unió en matrimonio a su prima Tedia, hija de una hermana de su madre, presunta heredera del Reino si Anfión moría sin hijos. Tedia tenía a su único hermano Athaulfo, y consiguió de Alpha-Huari que lo nombrara Jefe Supremo del ejército de Teos-kandia.

"Ni para su matrimonio con su prima Tedia, ni para el nombramiento de Athaulfo como general en jefe del ejército, pidió Alpha-Huari la venia de su hermano Rey, que lo era de Otlana y de Teos-kandia. Tan sólo le participó que estaba hecho. La tolerancia de Anfión aprobó el hecho ya consumado /sin darse por ofendido de haber anulado en tal caso su autoridad de soberano.

'Ni Tedia ni Athaulfo conocían el odio secreto de Alpha-Huari para su hermano Anfión porque trató siempre de ocultarlo en lo profundo de si mismo.

"Pareciera que se avergonzaba él mismo de su bajeza y su ruindad ante el noble desinterés de su hermano mayor, que no perdía ocasión de engrandecerle y obsequiarle de diversas maneras.

"Y cuando algunos años después vio que tenía bien tejida su red y organizadas sus maquinaciones infieles y desleales, partió al país de Otlana a entrevistarse con su hermano Rey, llevando como escolta aquellos de sus amigos que eran adictos a sus ambiciones y proyectos futuros que les favorecían en alto grado. La ambición les unió.

"—Si llego a cbtene[11] el Reino de Teos-kandia separado de Otlana, vosotros formaréis mi Corte Real —les había prometido.

"Le embriagaba hasta enloquecerle la idea de ser Rey como su hermano mayor.

"Anfión estaba preparado para escucharle y para contestarle porque Sphano -San su grande y fiel aliado había visto en clarividencia toda la red tejida por Alpha-Huari. Igual clarividencia tuvo Silia la joven Azafata de Odina; y cuando ambos hermanos se encontraron, el mayor estaba envuelto en un velo de serenidad y de calma, mientras el menor aparecía inquieto y desasosegado como si un interno fuego le quemara el corazón.

"Una palidez enfermiza le cubría el rostro que había perdido en parte su belleza física.

"La envidia que le devoraba le consumía la vida, porque no le dejaba paz ni sosiego. Esa pasión fatal es como el cáncer que roe las entrañas y produce la muerte.

"— ¡Cuánto me alegra el corazón el verte! —exclamó Anfión abrazándole.

"—Si supieras por qué vengo, quizá no te alegraras tanto —le contestó Alpha Hitan que no fue dueño de dominar la furia de su pasión que parecía irritarse como una sierpe a quien se le impide morder de inmediato.

"—-Te engañas, hermano, porque Sphano-San y yo lo sabemos todo.-

"Un relámpago de ira cruzó los ojos de Alpha-Huari que después de unos momentos de silencio respondió:

"—Entonces me ahorras toda explicación.

"—Tú quieres separar Teos-kandia de Otlana para ser Rey del país de nuestra madre; y no seré yo quien me oponga a tu deseo.

"El júbilo de Alpha-Huari le subió al rostro como un borbotón de agua fresca y tomando la mano de su hermano le dijo:

"—Ahora comprendo que eres bueno y que me amas de verdad.

"—Y yo bendigo a Atman porque lo has comprendido. Haya paz entre nosotros y nuestros pueblos por cuya felicidad debemos sacrificarnos tú y yo.

"Tal fue la contestación de Anfión soberano legítimo de ambos países.

"En los tres días que duraron los festejos con que él recibió a su hermano, los Ancianos del Consejo y todos los jefes del ejército estuvieron muy despiertos para analizar cual convenía, los propósitos de Alpha-Huari al visitar a su hermano y entre ellos formaron consejo de deliberaciones.

"Aunque Senegaldo Rey, había tratado de ocultar les sentimientos de su segundo hijo para el mayor, él mismo los puso de manifiesto muchas veces. Y noticias tardías llegaban desde Teos-kandia que eran voces de alerta para los otlanenses capaces de razonamiento y que tenían la lucidez necesaria para comprender que las ambiciones del hermano eran una constante amenaza para ambos países.

"— ¿Vienen contigo tus hombres de tu Consejo? —había preguntado Anfión?

"—Vienen ocho elegidos por mí, y dos que fueron de nuestro abuelo Athaulfo. Estos llegarán de aquí a tres días porque viajan en elefantes.

—"Así que lleguen celebraremos consejo entre los diez de Teos-kandia y los diez de Otlana, pues no es justo prescindir de ellos que fueron colaboradores de nuestro padre y testigos de todos sus actos de soberano sobre estos pueblos —le contestó Anfión.

"—En verdad no lo creo necesario —observó su hermano— porque el Rey eres tú y creo que ninguno pensará torcer tu voluntad.

"—Nuestro padre jamás tomaba resoluciones de importancia sin consultar a los hombres de su Consejo, y yo le he prometido en su lecho de muerte que seguiría sus huellas con la mayor fidelidad posible. Aún recuerdo sus últimas palabras: "No te apartes de la ley de Atman ni de los hombres que fueron mis consejeros.

"Y yo se lo he prometido. ¿Comprendes, hermano mío? Si el heredero de dos reinos falta a la palabra dada a su padre moribundo ¿qué fidelidad puede esperar de su pueblo ni de nadie el que no supo ser fiel para el autor de sus días en el lecho de muerte?

"—Es cierto —respondió Alpha-Huari—, y lo dije sólo por el temor de que tantas voluntades, entorpezcan nuestras buenas relaciones.

"—Ningún temor del e caber en nosotros si hay sentimientos de equidad y justicia en nuestro corazón.

"Mientras tanto Silia que estaba prometida en matrimonio con el Jefe de la Guardia Real, que formó como Oficial primero en la escolta que condujo a Odina años atrás, le informó da todo cuanto sabía por vía extra-terrestre en conformidad con lo percibido por el Patriarca Sphano-San. Y más aún, habían descubierto ambos que algunos de los hombres de Alpha-Huari llegados con él, se entrevistaban diariamente fuera de los muros de Orozuma, en la espesura de un bosque cercano, con un centenar de arqueros que en caso de una negativa del Rey, entrarían a la Fortaleza y lo tomarían prisionero. Eran forajidos, piratas y bandoleros contratados a tal fin y que no eran de Teos-kandia ni de Otlana, sino prófugos sin rey ni ley, sin país ni cuna, que vivían del pillaje y del crimen.

"Enterados de todo esto los jefes del ejército otlanés organizaron silenciosamente una defensa para el caso de producirse tan desastrosos propósitos. Del ejército, algo trascendió ?1 pueblo; y las mujeres veían con asombro y temor que sus maridos preparaban arcos y flechas, lamas y catapultas abandonadas-hacía largo tiempo, como largos eran los años de paz del buen Rey Senegaldo.

"Llegado el día de celebrar el Consejo se vio que era grande la excitación del pueblo, que sin ser llamado en forma alguna se congregó en las inmediaciones 'leí palacio real en tan compacta muchedumbre que imponía respeto y hasta temor.

"El pabellón de Otlana, violeta con estrella de oro en el centro, el pabellón de Teos-kandia azul y púrpura, el de Dyaus rosado y blanco, ondulaban sobre la multitud como alas gigantescas que quisieran proteger a su amado Rey en peligro. Y de tanto en tanto resonaban como clamores en coro los nombres de Anfión y de

Odina, de Senegaldo y Wilfrida, de Athaulfo y Fabia anteriores soberanos de ambos países unidos en uno sólo por expresa voluntad de reyes y de pueblos

"—Me has traicionado —le dijo Alpha-Huari a su hermano cuando presencio el gran espectáculo—. ¿A que se debe esta muchedumbre altanera y audaz que nos rodea sin ser llamada?

"—No hay traición alguna de mi parte. Puedes estar bien tranquilo —la contestó Anfión—. El pueblo se congrega porque algunos de tus hombres visitan diariamente a un pelotón de bandoleros y piratas que están ocultos en los bosques de la ciénaga. Nuestros pueblos aman la paz y la justicia y ven una amenaza v un peligro para sus reyes y para sí mismos. Para visitar a tu hermano ¿era necesaria una escolta de bandoleros de la peor especie, pues que son hombres que no tienen patria, ni ley, ni rey? ¿No vale nada para ti la memoria de nuestros padres, de nuestros abuelos que jamás arrojaron una flecha al corazón de hombre alguno?

"Tú mismo has destruido tus proyectos y tus deseos. Si lealmente hubieras venido como un hermano a tu hermano, nada hubiera ocurrido. Desengáñate una vez por todas, que no siempre puede engañarse a un pueblo fiel y consciente del valor que tiene la paz y la justicia.

"Alpha-Huari, pálido de ira, miraba con sus ojos feroces a la muchedumbre que crecía y crecía como un mar que se desborda y lo inunda todo.

"Y el Consejo empezó a puertas abiertas.

"El Rey en su dosel, tenía a su derecha a Sphano-San el Patriarca y a su izquierda a su hermane Alpha-Huari. Y Anfión lo invitó a exponer el objeto de su visita.

"Su forma de expresión no engañó a nadie; y de todos los Consejeros, sólo ocho elegidos por Alpha, que había comprado su voluntad a peso de oro, aprobaron la separación de ambos Reinos. Todos los demás incluso el Patriarca se opusieron abiertamente

"El primero en hacer desbordar su cólera fue Alpha-Huari, cuyas palabras ofensivas y ásperas ponían bien de manifiesto sus torcidas intenciones. Su irritación subió de tono, cuando vio que sus ocho aliados no tuvieron palabras para enfrentar con ventaja los sólidos argumentos de la gran mayoría, y encarándose atrevidamente con su hermano mayor que irradiaba admirable serenidad, le dijo en un ronco grito:

"—Habla tú en mi favor, y demuestra que eres mi hermano.

"—Desde antes de comenzar el Consejo te dije que había jurado en el lecho de mi padre moribundo seguir sus huellas y no apartarme de la justicia y rectitud que él me enseñó —le contestó Anfión—. Te dije también que para atender a tus deseos consultaría la voluntad de nuestros Consejeros.

"Tú mismo ves la mayoría en contra ¿cómo puedo anular caprichosamente su voluntad?

—"¡Eres un infame! ¡Los has comprado antes de comenzar las deliberaciones! —gritó enfurecido Alpha y sus ojos rabiosos arrojaban chispas.

"El Jefe de la Guardia Real que estaba al pie del estrado, subió de un salto y tomó con fuerza la diestra de Alpha, que ya sacaba disimuladamente su silbato de plata para dar la llamada convenida con los piratas arqueros que estaban ocultos tras los muros de la ciudad.

"—Has insultado a nuestro Rey —le dijo— y yo cumplo con mi deber — y unió las manos de Alpha con un grillete de cobre.

"Los guardias apostados en las puertas entraron rápidamente y las puertas fueron cerradas.

"La multitud clamoreaba y sus voces eran ya como una tempestad.

"— ¡Nuestro Rey Anfión!... ¡Nuestro Rey Anfión!...

"Para calmarles fue preciso que él saliera, y al verle en la terraza con serena calma, el pueblo prorrumpió en un clamor unánime: "¡Anfión Rey, hijo de Senegaldo, no queremos otro Rey más que a ti!...

"—Tú eres la paz y la abundancia!

"¡Oh Rey piadoso y justo! ¡Padre amoroso de tus pueblos!

"Y los clamores de este estilo seguían y seguían; y el eco llevaba las voces hasta larga distancia.

"Empezaron a cruzar flechas que nadie sabía quien las arrojaba.

"Y el Rey pidió silencio y dijo estas solas palabras:

"— ¡Pueblo amado que me dio Atinan, cuando recogió en su seno a Senegaldo mi padre! Tened paz y calma en vuestro corazón y recogeos en vuestros hogares. Vuestro Rey no puede abandonaros mientras vosotros quedáis que sea vuestro Rey. Los enemigos de la paz hacen volar flechas sobre vosotros y no quiero que ninguna vida se pierda en esta injusta contienda.

www.formarse.com.ar

"Las flechas seguían llegando y una fue a clavarse en el marco de un ventanal a cuyo lado estaba Anfión de pie. El Patriarca tomó del brazo al Rey *y* lo volvió al interior de la gran sala del Consejo.

"Los arqueros piratas fueron descubiertos por los guardias y por el pueblo. Algunos fueron muertos, otros tomados prisioneros y algunos lograron escapar y no habiendo recibido recompensa alguna por sus servicios huyeron a Teos-kandia con el aviso de lo ocurrido.

"Cuando todo pareció calmado. Anfión hizo traer ante él a su hermano *y* le habló así:

"—Ya ves que todo resultó contrario a tus deseos porque no obraste con lealtad para conmigo, y has despertado sospechas de mal proceder en mi Consejo, en los hombres de armas y en el pueblo en general. Vuelve te ruego, hermano mío, vuelve tranquilo a ocupar en el país de nuestra madre el puesto que te designó nuestro padre de representante suyo en Teos-kandia.

"Créeme porque te digo verdad; no me produce placer ninguno ser Rey, y si lo soy, es porque Atman lo ha querido y nuestro pueblo con El. Ten confianza en la palabra que te doy y que cumpliré si tú cumples la promesa que te pido: Por la amada memoria de nuestros padres, Alpha-Huari, prométeme que esperarás tranquilo la decisión mía de cederte todos mis derechos tan luego como se me presente un momento oportuno para hacerlo, sin derramamiento de sangre y sin sacrificar vida ninguna.

"Alpha-Huari pidió cien días de plazo para contestar, y demostrando una mansedumbre que la dura situación le imponía, rogó a su hermano Rey que le permitiera hablar con sus ocho Consejeros adictos, sin ningún testigo de vista.

"El Rey lo concedió sin dificultad ninguna; y a las altas horas de esa misma noche Alpha con sus hombres escaparon por la puerta secreta del túnel que tenía salida al mar, donde para un caso desesperado había dispuesto que le esperase un balandro, al parecer de carga, como los que llegaban con frecuencia trayendo mercancías de ultramar.

"En esta inesperada fuga todos imaginaron intención astuta y maligna de levantar en armas al pueblo teoskanés mediante intrigas calumniosas. Y tan pronto como fue descubierto el hecho salieron cincuenta jinetes, que a todo correr de buenos caballos estarían en la salida del túnel a la orilla del mar antes que los fugitivos que marchaban a pie, hubieran llegado.

"Cuando Alpha-Huari con sus ocho compañeros aparecieron, la puertecita de hierro del túnel estaba rodeada por los jinetes de Otlana. El jefe de los jinetes habló de inmediato.

"—Porque has huido como un criminal cuando fuiste tratado como a un príncipe, el ejército otlanés desconfía de ti —dijo a Alpha-Huari al tomar prisionero al hermano de su Rey—. Tengo órdenes —añadió— de no hacerte daño alguno ni a ti ni a tus hombres; pero .si no te entregas me obligarás a usar violencia contigo.

"— ¡Maldita sea la estrella que alumbró mi nacimiento! —gritó furioso Alpha-Huari—. Todo cuanto quiero sale al revés. —Y se entregó.

"El balandro fue tomado igualmente por la guarnición que vigilaba el puerto y la costa del mar.

"Y Alpha y sus compañeros volvieron por el túnel conducidos por una veintena de hombres de la fiel caballería otlanesa que tan hábilmente cumplieron las órdenes recibidas.

"Los dos ancianos Consejeros que habían sido del Rey Athaulfo, fueron enviados con buena escolta a Teos-kandia para informar al ejército *y* a los .Ancianos Consultores del pueblo, de la verdad de cuanto había pasado y averiguar si las pretensiones de Alpha eran conocidas y compartidas por el ejército y por el pueblo.

"Tanto uno como otro habían sido engañados por aquellos bandoleros comprados con promesas y con oro, diciéndoles que el Gobierno de Otlana tramitaba la entrega de Teos-kandia al Rey de Cerro de Oro que la anexaría a sus dominios, y que Alpha-Huari que fue a Otlana para tratar de impedirlo, había sido tomado prisionero con tocios sus compañeros.

"Nadie había en Teos-kandia para organizar una defensa sino Athaulfo, jefe del ejército y Tedia, su hermana, esposa de Alpha-Huari.

"Y dispusieron la marcha forzada de un nutrido cuerpo de arqueros que al mando de Athaulfo mismo salieron al punto hacia Orozuma. Se encontraron en el camino con los ancianos Consejeros enviados por Anfión; y toda aquella enredada madeja de embustes y de intrigas quedó al descubierto.

"Athaulfo, receloso aún, quiso saber la verdad por sí mismo, y dejó que los dos Ancianos Consejeros que habían sido de su abuelo siguieran viaje a Teos-kandia y él con sus arqueros llegaría hasta el Rey Anfión para conocer la verdad.

www.formarse.com.ar

"En todas estas andanzas pasaron dos lunas hasta que llegó el día que Athaulfo con sus arqueros estuvo ante las murallas de la populosa capital de Otlana. Gran alboroto causó en el pueblo la vista de aquella fuerza armada.

"El ejército otlanés estaba listo para la defensa.

"Sphano-San el Patriarca, habló a solas con Anfión y le dijo:

—"El pueblo de tu madre ha sido engañado y también el ejército que viene como enemigo ante los muros de esta ciudad. Tu ejército ¡Oh Rey!, está vibrando de indignación y de coraje. El que viene contra nosotros, lp estará también. Y creo que no son los hombres de armas quienes arreglarán pacíficamente este asunto.

"Anfión comprendió al punto.

—"¿Quieres insinuarme que sea yo mismo el que debe arreglarlo?

—"Justamente, hijo mío —le contestó el anciano Patriarca—. Atman puso en ti el amor y la paz como dos estrellas que alumbran tu camino. Y son tus dos estrellas que te darán luz en esta hora.

"El noble Rey no se hizo repetir el consejo y mandó mensajeros con bandera blanca al ejército de Teos-kandia que estaba extramuros de la ciudad.

"Athaulfo temió una emboscada. Nunca había visto a su primo el Rey Anfión, cuya aureola de poder, de sabiduría y de justicia le había enorgullecido siempre, hasta que las calumniosas intrigas de Alpha, le hicieron vacilar en sus juicios.

"Contestó que no entraría a la ciudad sin antes tener todas las garantías necesarias o que Alpha-Huari le mandase entrar.

"Anfión se retiró a su oratorio particular, y buscó la solución en la unión íntima con la Divinidad.

—" ¡Supremo Poder Creador de los mundos! —exclamó postrado en el pavimento—. ¡Sí es hora de que este grumo de tierra creado por Ti desaparezca de la tierra, toma mi vida que tan poco vale, por la vida feliz y tranquila de estos pueblos confiados a mi custodia y a mi amor!

"Y envuelto en su amplia vestidura blanca con que los reyes esperaban la muerte y eran vestidos después de la muerte, salió paso a paso por entre dos filas de arqueros que se extendían desde el palacio a la puerta de la ciudad que mandó abrir de par en par. Salió solo y comenzó a bajar tranquilamente la verde colina que descendía hasta el valle donde esperaba Athaulfo con sus arqueros.

"La blanca figura de Anfión ofrecía un blanco admirable para atravesarlo con mil flechas en un instante. Resaltaba en el verde oscuro del césped que cubría el suave declive por donde él bajaba. ¡Que fascinación debió ejercer en Athaulfo y sus guerreros, que muchos arcos rodaron por tierra y Athaulfo subió a la carrera la suave pendiente hasta llegar a su primo ante el cual dobló una rodilla en tierra y con honda emoción le dijo:

"— ¡Era verdad tu grandeza! ¡Oh Rey primo mío y el corazón no me había engañado!

"Anfión se inclinó para abrazarle y los ojos de ambos estaban nublados de llanto.

* * *

A Juan el amado apóstol de Cristo se le cayó el punzón de la mano, y también sus ojos se inundaron de lágrimas porque la emoción de los personajes se trasmitía a su yo íntimo, intensa y profunda.

Se apercibió que las tenues claridades con que se anuncia el amanecer comenzaban a diseñarse como gasas flotantes por el cenáculo silencioso y solitario. Y cerrando el cartapacio se retiró a su alcoba en busca del descanso para su materia cansada. Se Sentía como si hubiera hecho un largo viaje lleno de ansiedad y de incertidumbre.

—Yo sé —decía hablándose a sí mismo— yo sé, Maestro y Señor mío, que «se Rey Anfión eres tú mismo en una lejana existencia prehistórica. Y siento casi la misma sensación que sentía en los días de tus últimos padecimientos como hombre. ¿Por qué, Señor, por qué un justo sin sombra de pecado en su vida, ha de soportar las maldades y miserias humanas como si en algo fuera culpable de ellas?

El sueño lo sorprendió sumido en tales pensamientos y soñó que en un campo abierto, iluminado de fulgentes resplandores, se encontró de improviso con su Maestro que poniéndole la diestra en un hombro le decía amorosamente: *"Juanillo amigo mío, ¿no te has convencido aún de que los desposados del Amor Eterno somos como aves que vuelan en contra del huracán?*

Los huracanes de la ruindad humana destrozan montañas, bosques seculares ciudades y monumentos y más fácilmente aún reducen a piltrafa la débil materia humana aunque ella encubra a un espíritu gigantesco.

www.formarse.com.ar

¿No era fuerte como un roble del Líbano, Jhoanán el Bautista, y Judas Macabeo, y Judas de Galaad, Salomón y David vencedor de Goliat? ¿Y no cayeron vencidos los unos por el hacha del verdugo y otros por las seducciones de la vida, vestidas de oropel?...

¡Oh Juan amado mío I La Ley permite que conozcas por ti mismo el dolor de Anfión Rey como has conocido el dolor de Jhasua de Nazareth, para que sepas lo que vale y lo que cuesta el ser el portavoz de la Verdad Eterna en un mundo tan inferior como la tierra, que es tu morada por hoy",

Juan se despertó llorando y abrazado al grueso cobertor de lana que cubría su cuerpo tembloroso de frío.

Y cuando de nuevo sintió *la voz sin ruido* que le llamaba continuó escribiendo:

"Mientras el ejército de Teos-kandia descansaba en el más confortable de los campamentos de Orozuma, Anfión aconsejó a Athaulfo que se enterase por sus propios medios de la verdad de los hechos y obrase conforme a los descubrimientos que hiciera. Pasaron muchas auroras y muchos ocasos en confidencias largas con unos y con otros, al final de las cuales el jefe de los ejércitos de Teos-kandia delegó su alto cargo en su segundo y desapareció de la escena, sin que nadie pudiera dar razón de su paradero.

"Esta actitud desconcertó por completo a Alpha-Huari y a sus Consejeros y con una forzada sumisión, éste dijo a su hermano:

"—Permíteme volver al país de nuestra madre en las mismas condiciones en que estaba en vida de nuestro padre y Rey Senegaldo. Veo que estuve equivocado.

"—El reconocerlo es ya una muestra de sabiduría en ti —le contestó Anfión—. La prueba de las grandezas y poderes humanos es difícil de pasar sin manchar de sangre y lodo nuestras vestiduras Ensáyate a ser grande siendo justo, y a ser justo con bondad y con amor, y cuando hayas llegado a esto, *será* la hora de que seas mi sucesor en el gobierno de nuestros pueblos. Ten la paciencia hermano de esperar ese día.

"Con grandes agasajos despidió a su hermano que volvió a Teos-kandia con todos sus hombres de Consejo y de armas como si sólo hubiera hecho una visita de cortesía a su hermano Anfión, Rey de ambos países.

"Tres años después, Atman llamó a su lado a la dulce compañera del Rey, cuyo desolado corazón se volvió al Poder Supremo para clamarle: —"Señor; Soberano y dueño de todos los mundos!...

"¡Me has dejado en soledad como un arbolillo abandonado en el ardoroso desierto, sin agua, sin sombra, sin una brizna de hierba, sin nada que signifique vida y amor! ¡Me lo has quitado todo, porque todo era tuyo y todo ha vuelto a tu lado! ¡Bendito sea tu Nombre! ¡Mas no olvides, Señor, a este grumo de polvo que vive por Ti y para Ti en larga espera de que te acuerdes que vive y le llames por fin a prosternarse ante Ti!

"Siete años más en tristeza y austero cumplimiento del deber, y Anfión Rey de Otlana y Teos-kandia, creyó llegado el momento de cumplir la promesa hecha a su hermano en el cual delegó sus derechos con la garantía de ambos Consejos, que quedaban comprometidos a llamarle nuevamente si los pueblos no eran felices bajo la mano de Alpha-Huari, su hermano.

"De su palacio fue directamente a la Montaña Santa a tomarse un largo descanso espiritual de todos los dolores que había sufrido.

"Grande fue su sorpresa cuando reconoció en el hermano que le abría la puerta, cubierto con el oscuro ropaje de los penitentes voluntarios, a aquel gallardo Jefe del ejército de Teos-kandia y primo suyo Athaulfo, que tan misteriosamente desapareció en los días ya lejanos de las grandes luchas casi olvidadas.

—"¡Oh santo Rey y primo mío! —le dijo el solitario—. Por la memoria <ie tus padres guárdame el secreto, porque llegué aquí como un pecador arrepentido que buscaba la paz para su alma atormentada. Aquí sólo el Patriarca •-abe que soy Athaulfo de Teos-kandia.

"Otra vez se abrazaron ambos v también sus ojos se inundaron de llanto.

"La Montaña Santa era una meseta cubierta de viejos pinares, en el centro de los cuales se alzaba el Santuario que muchos siglos habían agrietado sus muros y cubierto de musgos sus bloques de piedra gris y verdosa

"Desde sus terrazas se contemplaba el enorme brazo que el Mar del Norte extendía dividiendo casi el continente en dos mitades que se unían al sur por un montañoso istmo como dos gigantescas manos de piedra que aún no había podido romper el mar con el empuje formidable de sus olas.

"Al pie de aquellas montaña vivía a la sombra de sus pinares, el dolor transformado en esperanza por la dulce piedad de dos veintenas de mujeres que el vulgo llamaba *Dolaras,* que significaba algo así como madres consoladoras de los desheredados.

"Y lo eran de verdad.

www.formarse.com.ar

"Todo el dolor humano iba a refugiarse allí.

"Entre los Profetas Blancos, había los llamados *Hermanos Peregrinos,* cuya tarea consistía en salir diariamente por tierra montados en asnos, o por mar en canoas a recoger los esclavos arrojados a la muerte en los desiertos desolados o en los ásperos acantilados del mar, de donde les arrancaban las olas bravías cuando subía la marea.

"Los llamados *Profetas* podían por propia voluntad formar entre los humildes Peregrinos, como éstos podían pasar a los Profetas, cuando la inclinación a la meditación y al estudio les indicaba ese camino como fácil de andar, a fin de capacitarse para prestar mayores servicios a los pueblos entre los que la Eterna Ley les había colocado.

¡"Entre las Doloras pasaba igual: las hermanas Guardianas y Enfermeras podían pasar a las Doloras, y éstas pasar a las Guardianas si acaso se sentían inclinadas por vocación al cuidado de los refugiados, o a los elevados estudios psíquicos" que las ponían en condiciones de actuar como instrumentos de los planos extra-terrestres, como hilos de comunicación entre los cielos y la Tierra.

"Entre estas mujeres retiradas en vida de oración y amor a los sufrientes, se encontraban en mayoría inteligencias de la alianza de los Setenta, compañeros gemelos del Conductor y Guía de la humanidad terrestre.

"Espíritus venusianos como hechos de piedad y de amor, de vehemencias afectivas muy hondas, eran en verdad necesarios para dulcificar todos los inmensos dolores que estrujaban los corazones en aquella época, que igual a muchas en la lenta evolución del planeta, arrastraba multitudes a la desesperación y a la muerte. Era Matriarca de aquella Casa de Misericordia una hermana del Jefe de la Guardia Real; cuyo ascendiente entre las altas clases sociales de Otlana había llevado a muchas nobles jóvenes hacia aquel camino de sacrificio en favor de los doloridos de la vida.

"Estaban muy disminuidas sus filas durante los años de prosperidad y de dicha que Senegaldo y Anfión habían hecho vivir a los pueblos que les rodearon. Más, cuando empezaron los nubarrones a anunciar tempestades cercanas, como avecillas asustadas muchas jóvenes mujeres volaron a la Montaña Santa y entre ellas varias de las damas de honor que fueron de la dulce compañera de Anfión Rey, Odina de Dyaus. Habían acudido también allí varias camareras de la joven Reina, una de las cuales era hermana de los dos pajes del servicio intimo del Rey, va conocidos del lector y que eran hijos del guardián mayor de parques y jardines.

"Cuando hubo terminado el retiro de descanso que Anfión quiso tomarse, comenzó los preparativos para alejarse de Orozuma dejando así mayor libertad al nuevo gobierno que surgía detrás de él.

"Siéndole indiferente cualquier paraje del país, pidió a Sphano-San que le designara el lugar de su retiro, y el amoroso anciano, que le amaba más aún que si fuera su propio hijo, eligió Port-Ofir, sobre el brazo de mar que penetraba tierra adentro. Para tal elección tuvo en cuenta el clima tibio y saludable, las bellezas naturales de aquel apartado rincón de tierra otlanesa, la sencillez y bondad de sus habitantes, en mayoría labradores, pastores y pescadores. Además tenían allí los Profetas Blancos una ermita en lo más pintoresco de la montaña, donde brotaba un torrente de aguas medicinales. Allí había siempre un solitario de turno que hacía de médico, consejero, maestro y consultor para los que tuvieran necesidad de ello. De la ermita bajaba un escondido camino que conducía a una profunda bahía del mar, donde un pequeño balandro anclado siempre allí, aseguraba al ermitaño de turno, que no estaba aislado en absoluto de sus hermanos de la Montaña Santa.

"Y el amante anciano dijo a Anfión un día cuando tenía todo preparado para el retiro del Rey:

—"Todo esta listo, hijo mío, para que realices lo que sólo tu amor a la paz ha podido imaginar. Es la ofrenda de tu alma a los pueblos que fueron la corona gloriosa de tus antepasados. Con tu heroica abnegación salvas la vida de innumerables seres *y* mantienes la paz y la dicha en los hogares de los países que fueron de tus padres.

"No eres ya el Rey de Otlana y de Teos-kandia, pero sigues siendo mi hijo, mi aliado, mi constante compañero en el destierro.

"Un sollozo hacía temblar la voz del Patriarca y queriendo evitarle mayor emoción, Anfión se abrazó de su cuello y ni ellos mismos vieron el llanto que inundaba sus ojos.

"Y en el balandro de la ermita, se embarcaron ambos, un callado amanecer, sin que ni los pájaros que dormían en los pinares se apercibieran de que un poderoso soberano de dos florecientes países, se alejaba de la populosa capital testigo de su grandeza y de su gloria, para pasar el resto de su vida en uno de los parajes más bellos y más solitarios del país de su nacimiento.

"El prudente Patriarca había tenido también en cuenta que la Aldea de Port-Ofir era un territorio cedido, desde muchos antes, por los Reyes antepasados de Anfión, a los Profetas Blancos para un Santuario Escuela que por diversas causas no había sido habitado aún.

www.formarse.com.ar

"Aquélla era la morada que Sphano-San destinaba para su hijo del alma, que abandonaba los esplendores de un trono secular por aquel castillo solitario, en lo más alto de un pintoresco cerro que desde entonces fue llamado *Cerro de la Gloria.*

"—¿Qué mayor gloria —decía llorando el anciano Patriarca— que la de un joven Rey adorado de su pueblo, admirado por todos los Reyes del Continente, que entrega su cetro y su corona por salvar las vidas, la paz y la dicha de sus pueblos?

"Grande fue la sorpresa de Anfión cuando al desembarcar en la escondida bahía y subir la escalerilla labrada en la roca misma, encontró en lo alto de ella a sus dos pajes íntimos y tras de ellos a su viejo mayordomo, que le aguardaban con una forzada sonrisa en los labios y sus ojos enrojecidos de llanto.

"Mayor sorpresa fue todavía la suya al abrirse la gran puerta de entrada y ver allí a su Jefe de Guardia Real con una veintena de ellos, y más al interior a Silia, Azafata de la esposa muerta, con las damas de honor y camareras que se habían retirado anteriormente al Santuario de las Doloras.

"Ya era demasiado para el corazón tiernísimo del joven Rey, que mudo, de pie en el centro de aquel sombrío pórtico, dejó correr sus lágrimas contenidas con tanto esfuerzo y por tanto tiempo.

"Al verlo así, se precipitaron todos hacia él y cayeron de rodillas sobre el frío pavimento, luchando por acercársele a besar sus pies, abrazarse a sus rodillas, apretarse a sus vestiduras, prenderse de sus manos que caían lacias a su costado...

"Le habían amado tanto y tanto en los días de su grandeza y de sus esplendores de Soberano, y ese amor contenido por respeto, se desbordaba entonces sobre su persona que sólo era para ellos, el hombre único que merecía ser amado sobre todas las cosas de la tierra.

* * *

Nuestro sensitivo Juan parecía sentir sabor de miel en aquellas palabras que repetía una y otra vez:

... *"Era para ellos el hombre único que merecía ser amado sobre todas las cosas de la tierra".* ¿Acaso no lo había sentido él igualmente en todo el tiempo que vivió a su lado en la vida de Jhasua de Nazareth?

— ¡Oh Maestro mío! —Exclamaba sosteniendo aún en sus manos el humilde punzón que iba grabando en los pergaminos aquellos hermosos secretos del pasado—. ¿Por qué la Eterna Ley manda a esta vida tan solo como un relámpago fugaz, resplandores de amor que vienen y se van dejándonos en oscuridad y tristeza, después de habernos hecho conocer un retazo de cielo que luego no encontramos en ningún lugar de la tierra?...

Y el punzón le respondía moviéndose suavemente sobre las blancas páginas, continuando el dictado misterioso:

"Aquellas almas que tanto le amaban, le venían siguiendo desde largas edades. El las Había recogido de otros planetas llegados a un grado de evolución de la humanidad que los habitaban, que no estaba a tono con la mediana evolución de ellas. Eran pues para El un precioso legado que el Eterno Poder encomendaba a su tutela y a su amor.

"Y Anfión dejó volar su pensamiento por los planos iluminados de intensa claridad divina que hablaban a su mente y a su corazón de viejas alianzas, de entrega absoluta de algunos millares de almas que dejaban un mundo de luz *y* de dicha para seguirle a un mundo primitivo, donde a su lado padecerían horrores en busca de la propia evolución y como colaboradores en sus misiones redentoras de humanidades.

"Unos días después todo era paz y sosiego en el austero castillo que coronaba el *Cerro de la Gloria* entre los pinares que gemían suavemente con los vientos del atardecer.

"El alma justa y pura de Anfión comenzó a aquietarse también, a medirla que iba estableciendo en torno suyo el género de vida que deseaba continuar entre aquellos fieles amigos que tan abiertamente le demostraban su amor.

"Silia fue desde el comienzo el ama de casa en el nuevo hogar de Anfión, que no tardó en convertirse en el seguro refugio de los que por una causa o por otra se veían sin hogar y sin familia.

"El pequeño balandro que se escondía en la bahía, iba del *Cerro de la Gloria* a la *Montaña Santa* y de ésta al Cerro cada dos o tres días, porque Spha-no-San se resentía de la ausencia de aquel hijo-Rey cuyo amor llenaba su ancianidad de energía y de vida.

www.formarse.com.ar

"Y algunos de los solitarios cuyos largos años de consagración al servicio de la humanidad doliente, les habían casi agotado la vida, llegaban también al castillo solitario donde por entonces se ocultaba el amor hecho corazón humano. Anfión el Rey Santo era un poderoso imán a cuya fuerza de atracción nadie podía sustraerse.

"Bajo aquellos vetustos pórticos de piedra que iba cubriendo la hiedra, comenzaron a escucharse laúdes y cítaras a las horas en que Anfión se retiraba al oratorio que Silia y sus compañeras arreglaron para él. Y más tarde un coro de voces femeninas cantaba los himnos del amanecer y del ocaso acostumbrado en el Santuario de las Doloras, de donde habían salido casi todas las mujeres que habitaban el castillo.

"Los moradores aumentaban día por día y alarmado el viejo mayordomo por el temor de que se agotaran los recursos con que contaban para alimentarles, expuso sus temores al anciano Patriarca.

"Mas éste le contesto: —No ofendas al Amor Eterno mi buen Teokasio. ¿Cómo has podido pensar que El descuida alimentar debidamente a los amigos de su enviado, cuando El con ellos no han olvidado amarle y servirle?"

"No dio otras razones, pero el anciano Sphano-San sabía bien que el Consejo de Otlana había dispuesto una renta vitalicia para Anfión, y que Tedia y Athaulfo de Teos-kandia, habían entregado a Sphano-San la renta que por herencia paterna les pertenecía, para el sostenimiento del Justo que por amor a sus pueblos lo había renunciado todo.

"Y Anfión en compensación a su heroico renunciamiento pudo ver en torno suyo a todos aquellos que por Ley Divina le habían sido dados y que debían seguirle hasta el final de los tiempos".

EL CERRO DE LA GLORIA

"— ¿Qué ha pasado en el Cerro solitario? —preguntaban los aldeanos de Port-Ofir—. Hasta hoy nos daba pavor y espanto la sombra negra de sus pinares que gemían como almas en pena no bien cerraba la noche. Y hoy se sienten cantares como de ángeles que hubieran bajado del cielo a la tierra para suavizar nuestra vida de duro trabajo.

"Ninguno ignoraba que todo el Cerro era propiedad de los solitarios de la Montaña Santa, y comenzaron las peticiones al Patriarca para que les permitiese establecer los humildes hogares que se iban formando alrededor de la *Montaña de los Pinares,* como se había llamado desde los lejanos tiempos anteriores al advenimiento de Anfión.

"Y el anciano meditaba en la fuerza suprema del amor que irradiaba el gran Espíritu-Luz, que la Ley de Atman, mandó sobre aquel Cerro, teatro en viejas edades de los más espantosos crímenes elaborados por las fuerzas malignas de los magos negros del Jenghibre, que al huir de la catástrofe de Lemuria se habían refugiado allí.

"Nuestros hermanos nunca pudieron habitar en la Montaña de los Pinares cedida por nuestro Reyes, y he aquí que *El solo* ha vencido con su amor soberano todo el poder del mal que dormitaba allí, como una serpiente, en espera de poder despertar un día y seguir su tarea corruptora de sociedades humanas. Es bien cierto el viejo axioma de nuestros mayores: "El amor salva todos los abismos". Y lo único que falta son corazones capaces de amor.

"Y el anciano Patriarca extendía una escritura que autorizaba a un joven aldeano recién casado, para establecer su hogar en la falda del Cerro que el amor de Anfión había purificado de todo el mal que espantaba a los habitantes de aquella comarca.

"Anfión, entretanto, parecía ajeno completamente a las transformaciones causadas por El en la Montaña de los Pinares, y solitario en el pabellón del Castillo que le habían dispuesto, apenas salía de él para pasearse al caer de la tarde por el soto de magnolios que sombreaban planteles de nardos y jacintos florecidos a la vera de un arroyuelo, que se desprendía desde lo alto del Cerro.

"Era la parte más apartada y solitaria del Castillo, pero no tardaron los aldeanos de Port-Ofir en apercibirse que al caer de la tarde se veía la figura blanca de un hermoso joven de tres décimas y media de edad, paseando solitario y silencioso bajo el brillante ramaje de los magnolios. Y fue un adolescente enfermo de los pulmones en último grado quien encendió la luz de aquel descubrimiento, pues decía a todos los que quisieran oírle: "Me sentía morir ahogado por esta tos que me arranca los pulmones, y buscando aire fui a sentarme en un tronco de pino que está caído al poniente del Castillo, y vi pasear bajo de los magnolios un hombre joven y hermoso cubierto de un manto blanco. No se por qué le miré con amor y con piedad, me sentí movido a subir al tronco para seguirle mirando así de lejos, hasta que El miró también hacia mí y luego desapareció entre el follaje. Si es una aparición de Atman no lo sé, pero estoy curado de mi mal desde ese día.

"Fue lo bastante para que corriera por la Aldea de Port-Ofir que bajo los magnolios del Castillo paseaba una visión que curaba todas las enfermedades.

"Una fuerte cerca de bloques de piedra impedía llegar a los patios del Castillo, pero pronto vieron sus habitantes que al caer de la tarde, muchas cabezas asomaban por sobre el muro en espera de la visión maravillosa.

"El Jefe de los Guardias y Silia, tomaron intervención para averiguar qué significaba aquel espionaje a la hora en que Anfión bajaba al patio de los magnolios, y fueron a encontrar a infelices tullidos, ciegos, cancerosos, heridos de lepra, que hacían inauditos esfuerzos para trepar por los pedregosos senderos de la montaña y para subir sobre un leño seco, sobre una roca y hasta por encima de la cerca que les separaba de la prodigiosa visión.

"Y de aquel cauteloso espionaje que el dolor y el amor convertían en un poema heroico, salían curados y sanos los enfermos; en los desesperados florecía la esperanza y en el pecador arrepentido se abría el cactus rojo del arrepentimiento y la redención."

"De tan magnífico florecimiento de bien, de paz y de amor surgió tres años después el hermoso y sugestivo nombre de *Cerro de la Gloria, y* las faldas de la montaña se cubrieron de casitas blancas con techumbre roja, habitadas por el amor de jóvenes desposados y más tarde con niños cuyas risas se mezclaban a los gorjeos de los pájaros de la selva.

"Hasta las rocas de las montañas se unieron al concierto de amor de Anfión el Hombre-Luz que todo lo llenaba de esperanza y de paz; y un día se derrumbó un enorme peñasco que al abrirse en grietas profundas, dejó ver las vetas de oro que se encerraban profusamente en el seno de la montaña.

"Y fue entonces que aquella hermosa montaña acariciada perpetuamente por las olas del mar fue llamada Port-Ofir, nombre que como una leyenda maravillosa pasará hasta lejanos tiempos, y mil generaciones llamarán *oro de Ofir* al más puro metal color de rayos de sol.

"Tan poderoso y fuerte es el amor desinteresado y puro de las grandes almas que le sienten vivir en ellas y le irradian al exterior, que lo transforma todo, hasta el punto de no resistir ni aún las rocas de las montañas.

"Y el viejo Patriarca decía a Anfión en una confidencia íntima:

"— ¡Hijo mío del alma! Lo que la Ley Divina ha colocado en lo más alto de una cumbre, no puede ocultarse de los hombres. Lo que Atman ha llenado con el esplendor de su Luz Eterna, no puede hacer otra cosa que derramar claridad. No te alarmes. Deja que el mundo vea tu luz. Es la Luz Divina de Atman y tú no la puedes ocultar.

"Así pasaron años de gloria y alegría para los pobladores de Port-Ofir, pero de soledad profunda para el hombre excelso que daba la felicidad a todos y se olvidaba de sí mismo.

"Tanto daba de sí a cuantos necesitaban de salud, esperanza y amor, que Anfión comenzó a languidecer visiblemente, de tal manera, que todos los moradores del Castillo se apercibieron del agotamiento físico de su señor.

"Y entonces su alma esposa, compañera de su vida eterna, se manifestó a los solitarios de la Montaña Santa rogándoles que fueran pronto, por siete días, porque los Mesías compañeros y gemelos de Anfión necesitaban formar para él una Bóveda psíquica, hecha de amor divino y de fuerza vital humana, capaz de reanimar su agotada materia física.

"El anciano Patriarca ordenó su bandada de pájaros blancos conforme a las indicaciones de Healep, de Okmaya y Hams, los tres compañeros de los Setenta que vigilaban la existencia física del hermano desterrado en un mundo inferior como la tierra. Debían ir todos, llevando los más ancianos la fuerza espiritual desarrollada al máximum durante largos años de ejercicios metódicos y consagración absoluta; y les jóvenes dedicados a misiones del exterior o a trabajos manuales, llevando su fortaleza física y radiaciones magnéticas, como colaboración al trabajo de las Inteligencias Superiores que acompañaban desde sus planos de luz al Mesías desterrado.

"El Patriarca llevó consigo aquellos cuyas disposiciones físicas y facultades espirituales consideró eficientes para el trabajo que se les pedía. Estos fueron: los sensitivos auditores Tesaro, Bonker y Tyerki; los sensitivos videntes Elkrag, Athaulfo y Theboin; los sensitivos parlantes Slagor, Arval y Andel; los transmisores magnéticos Slikon, Petekin y Thielke, más los tres ancianos Consejeros mayores del Santuario Madre de la Montaña Santa: Walwo, Agrádio y Petekin.

"La Matriarca de las Dolores llevó consigo a las que más intensamente imaban a Anfión y a su amada compañera desaparecida: Geisla, Glova, Rousla, Zamet, Trudchen, Gloti, Teodi, Gracia y Damila, entre las

www.formarse.com.ar

cuales había excelentes facultades internas, que la vehemencia del amor hacía más eficientes para el trabajo que las Inteligencias Superiores pedían.

"El relator de las cosas divinas debe ser fidelísimo a la verdad, y aquí cabe decir que gran parte del agotamiento físico de Anfión se debía a los malignos esfuerzos que los augures mantenidos por Alpha-Huari en Teoskandia hacían, procurando la desencarnación del Rey Santo que aún apartado de su palacio, de su trono y del gobierno de sus pueblos, era la fortaleza que contenía las ambiciones de su mal hermano, que no se atrevía a establecer su corte real en Otlana donde se sabía aborrecido del pueblo. Existía sobre él la amenaza de que Anfión sería llamado nuevamente al gobierno si los pueblos padecían por su causa. Y los pulpos hambrientos y egoístas de todos los tiempos, no podían ejercer libremente sus negocios malvados, mientras el hombre justo estuviera como un faro sobre el Cerro de la Gloria.

"La formidable lucha del Bien contra el Mal quedó planteada entre los Profetas Blancos de Anfión y los magos negros del Castillo de Andelkrag, que inspiraban a Alpha-Huari en Teoskandia.

"El amor es más fuerte que la muerte, repetía Sphano-San al iniciar todas las concentraciones mentales en el salón oratorio del Castillo del Cerro de la gloria.

"El Amor es más fuerte que la muerte, cantaban las doncellas del coro formado por Silia en memoria de Odina, el dulce ángel de luz que les había enseriado a todas el secreto divino del amor que hace prodigios, que transforma a las almas y da vida nueva a los cuerpos.

"Y el amor cantaba en todos los tonos en torno del hombre santo que entregó cuanto era y cuanto tenía, y se entregó a sí mismo como cirio en el altar sagrado del amor a sus semejantes, amigos y enemigos.

"De siete días llegaron a catorce y de catorce a veintiuno los días que duró la lucha mental, demasiado fuerte por ambos lados. Al final de estos días Anfión se dejó ver de todos los que rondaban alrededor del Castillo, ansiosos de conocer si vivía o moría. El júbilo fue indescriptible, los niños le arrojaban flores, las mujeres agitaban velos de cien colores, los hombres levantaban sus lanzas resplandecientes y arrojaban a los aires flechas con cerillas encendidas, y organizaban desfiles con antorchas en torno al cerro bendito donde vivía el hombre justo, portador para ellos de todos los bienes de la vida.

"Mas, en las enfermerías del Castillo reposaban exánimes muchos de los que habían sostenido la ruda lucha con las fuerzas de las tinieblas.

"— ¡Que ninguno pierda la vida por mí. Gran Atman de los cielos y de la tierra!....— clamaba el Rey cuando tuvo conocimiento de lo ocurrido durante su enfermedad. Y se constituyó en visitante asiduo de los que habían agotado sus fuerzas por salvar la vida a su Rey.

"Sphano-San y Silia tardaron tres días en recobrar el conocimiento y la lucidez.

"Pero todo volvió a la serenidad y la calma cuando llegó un mensajero enviado desde Teoskandia por Tedia, esposa de Apha-Huari, notificando al Patriarca que su marido se había vuelto loco al tener conocimiento de que en el Castillo de Andelkrag, morada de los Augures, se había desatado un incendio que consumió en pocas horas a todo ser con vida y quedó convertido en escombros,

"Y añadía el mensaje, que ella misma se ponía en viaje a Otlana a refugiarse en el Santuario de las Dolores de la Montaña Santa.

"Ella había sido por completo ajena a la lucha entablada entre el Bien y el Mal; pero en el subconsciente, o sea su Yo superior, estaba entre el Bien y en contra del Mal, y era el sujeto elegido por la Ley Divina para devolver el equilibrio definitivo a los pueblos.

"La Ley es inexorable y se cumple siempre y en absoluto; y quien usa de fuerzas malignas en daño de sus semejantes, es víctima de ellas mismas, que desatadas con incontenible furia se vuelven contra sus propios instrumentos cuando no han podido dañar a aquellos sobre quienes fueron arrojadas. Y el infeliz Alpha-Huari injusto y cruel perseguidor de su hermano, Ungido de Atman para dar luz a la tierra, cayó en la noche de la demencia para toda. MI vida.

"Y los pueblos aconsejados por los Ancianos de la Montaña Santa proclamaron como Regente a Tedia de Teoskandia, nieta del Rey Athaulfo y de Fabia de Cerro de Oro, los reyes abuelos de Anfión y de Alpha-Huari.

"Se estableció la Corte Real en el antiguo palacio de Orozuma, y recién entonces supo Tedia que su hermano Athaulfo era uno de los solitarios de la Montaña Santa. Quiso que compartiera con ella el gobierno de los pueblos que fueron de sus abuelos; pero él se negó en absoluto a abandonar su vida de retiro en aquel Santuario donde encontró la paz perdida entre los dirigentes de pueblos.

"Ocho años más tarde, Sphano-San entregaba su alma purificada a los ángeles del Señor, y los Ancianos todos pidieron a Anfión que sustituyera al Patriarca desaparecido.

www.formarse.com.ar

"El Hombre Santo no pudo negarse a este cargo y vistió el tosco sayal blanco de los solitarios que le fue entregado por Athaulfo, su primo, que era el que desempeñaba el careo de vestir el hábito a los que lo pedían.

"Y otra vez se abrazaron ambos y sus ojos se inundaron de llanto.

"Cuando Anfión llegaba casi al medio siglo de vida, Atman le llamó a su Reino, donde su dulce compañera le esperaba con la corona de mirtos y de rosas de los triunfadores y de los héroes.

"Sintiendo llegar esa hora, había pedido a todos cuantos le acompañaron ron su amor en el destierro, que volvieran al palacio real de Orozuma y colaborasen con Tedia y sus Consejeros en el gobierno de sus pueblos. Y predijo que su hermano permanecería en la oscuridad de la demencia hasta el fin de sus días, porque teniendo la Luz Divina en su mano, la había apagado él mismo.

"La ley es inexorable —añadía con honda pena— y nadie puede quebrantarla sin experimentar más tarde o más temprano la severidad de su mano".

* * *

La mente de Juan quedó como vacía... en suspenso. Las ideas que fluían como un torrente se agotaron de pronto y el punzón cayó de su mano lacia que se tendió sobre el libreto como un pájaro muerto.

¿Qué significaba aquello? Que *la voz* no se hacía oír más porque el *dictado* quedaba concluido.

— ¡Por favor! —Clamaba Juan—. ¡Quiero saber más!... ¡Este silencio es abrumador!... ¡Oh *la voz... la voz!* ¡Cuan solo me quedo sin ella!...

Algunas lágrimas cayeron sobre su mano dormida en quietud profunda y en su mente resplandeció una idea:

"Las voces celestiales tienen, su hora v *su momento, que también hay una ley que las rige y gobierna. Cierra el cartapacio y vete al huerto a beber aire, luz, vitalidad y energía La vida es de Dios* y *hay que vivirla en Dios y para Dios que es paz suavísima y bienaventuranza inefable para quien le busca, le siente y le ama."*

Fue un riego de agua fresca para Juan que obedeció de inmediato a esta idea que le fue sugerirla intuitivamente. Un glorioso amanecer le llenó el alma de dulzura infinita. Había pasado la noche en el Cenáculo sumergido en ese mundo lejano de un remoto pasado que las cenizas inexorables del tiempo habían cubierto en la tierra, pero los Archivos de la Eterna Luz lo mantenían vivo y palpitante como si acabara de suceder.

Vio acercarse dos viajeros al portalón del huerto de la casa y los reconoció de inmediato. Eran Felipe y Matías. Se apoyaban en báculos, y demostraban un gran cansancio.

Juan les hizo entrar y les llevó a la glorieta del rosal té, tan propicia a las confidencias íntimas. Todos dormían en la casa y allí podrían hablar sin interrumpir su sueño.

Las noticias de una parte y otra se desgranaron como espigas maduras entre las cuales brillaba como un diamante la personalidad del amado ausente, hasta el punto de que los tres callaron de pronto como si hubieran sentido que el les estaba escuchando.

Y Juan conmovido repitió aquellas palabras suyas: *"Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, estaré Yo en medio de ellos".*

Los tres se miraron un instante en silencio y tendieron luego la mirada a lo lejos para ocultarse unos a otros que en sus ojos asomaba el llanto...

FELIPE Y MATÍAS

Amigos desde la niñez, lo fueron hasta el final de sus vidas. Originarios de Betsaida, en la ribera norte del Mar de Galilea, sus familias habían compartido pesares y alegrías, y se habían casi refundido en una sola por diversas razones.

La esposa de Felipe fue hermana de Matías, y los padres de ambos fueron hermanos también. Ambos quedaron viudos casi al mismo tiempo. Felipe con dos hijas pequeñas y Matías sin ningún vástago, pues que el único que tuvo de su matrimonio, murió de pocos meses.

Ambos habían llegado al Maestro con el corazón lleno de soledad y de recuerdos de afectos desaparecidos, de esperanzas florecidas un día y marchitas al siguiente, en fin, tal como es la vida humana; un largo collar de perlas negras y blancas que corren y corren permaneciendo siempre las mismas y en el mismo lugar: el alma... eterno cofre que recibe y guarda cuanto es vida y sentimiento en el humano existir.

www.formarse.com.ar

Acababan de desembarcar en el viejo muelle de piedra en la ribera sur del Mar de Galilea, donde tantas veces embarcaron y desembarcaron con el Maestro en sus largas correrías misioneras.

Habían permanecido varios años fuera del país, huyendo de los terrores de la infeliz Judea, abrasada en la fiebre enloquecedora de los odios políticos y sectarios.

En Cesárea de Filipos, en Iturea, en las ciudades del norte de Decápolis habían podido establecer pequeñas Congregaciones de discípulos del Profeta Nazareno, recordado con amor reverente por todos aquellos que recibieron de El la paz, la esperanza y la salud.

Joan les refirió cuantas noticias tenía, y aún les leyó las epístolas que habían escrito los compañeros ausentes, desde los lejanos países donde continuaban la obra de amor encomendada por su Maestro.

— ¿Y Judas?— preguntó a media voz Matías que había ocupado su lugar entre los Doce.

— ¡Oh!... —exclamó Juan—. Eso fue un secreto que sólo dos hombres lo supieron: Pedro que no lo revela a nadie y el inolvidable Stéfanos que tampoco lo reveló y que ya está con nuestro Maestro en el Reino de Dios. Por ellos hemos sabido que apartado de la sociedad humana por causa de su desgracia, castiga él mismo su error sirviendo a los leprosos arrojados de las ciudades y enterrando a los muertos, que la justicia humana cuelga de la cruz o de la horca y arroja a los muladares para ser devorados por los perros.

Los tres guardaron silencio... ese silencio pesado y doloroso que cae como una lápida sobre una tumba que no ha de abrirse jamás.

Descansaron treinta días al lado de la venerable madre del Maestro, bebiendo esperanza y amor de su corazón, vaso de ternura y de piedad, como si los grandes martirios sufridos la hubiesen identificado más con la piedad y la ternura infinita del Hijo de Dios.

En uno de los días de su permanencia en Nazareth, ambos discípulos Matías y Felipe tuvieron al mismo tiempo en la meditación de la noche, una iluminación interior que les infundía la misma idea: *"Hasta hoy habéis trabajado juntes en los campos del Padre. Mas es la hora de partir cada uno a donde yo necesito vuestro servicio".* Ambos comprendieron que esta idea expresada sin palabras emanaba de su Maestro, y ambos respondieron con profunda emoción: "Sea hecha tu voluntad Señor y no la nuestra".

Dos días después llegaba la noticia de que Matheo pedía un auxiliar para el apostolado en Etiopía, por no bastar él solo para la diversidad de trabajos que se debían realizar allí. Y al mismo tiempo llegaba aviso de Pedro, que su hermano Andrés se encontraba imposibilitado en su misión apostólica por efecto de una caída en que se habían dislocado sus pies.

Felipe y Matías vieron en tales circunstancias coincidencias demasiado vivas con la interna voz que ambos habían escuchado en la oración, y esto les decidió en su camino a seguir.

Matías se trasladaría a Etiopía como auxiliar de Matheo, y Felipe a los países del Norte en socorro de Andrés.

Tan largo sería el viaje del uno como del otro, pero ninguno vaciló.

La venerada Madre del Maestro les despidió con sus bendiciones como lirios blancos de paz, que se deshojan sobre sus cabezas inclinadas ante ella. Y Simónides, que se encontraba con Pedro en Antioquía, les despidió en el puerto diciéndoles: "Hago de cuenta que sois dos hijos que celebráis nupcias con la Obra redentora de nuestro glorioso Rey, y aquí tenéis la dote de vuestra desposada".

El fiel y valiente anciano siempre usaba de algún ingenioso ardid para proveer a la subsistencia de los servidores de su Rey inmortal, sin que pareciera una simple dádiva que les causara sonrojo.

Y debieron separarse también ellos dos, acaso para no volver a encontrarse nunca, Matías tomó un barco que se hacía a la vela rumbo al sur, que tocaría los puertos de Tolemaida, Gaza y Alejandría, donde proyectaba visitar a Zebeo en su Aldea de los Esclavos, que ya era una floreciente población de pequeñas y blancas casitas, en medio de las cuales se alzaba como un gigante de piedra gris cerdosa por la hiedra que lo cubría, el que fuera palacio solitario de la princesa Thimetis muchos siglos atrás.

Y navegando Nilo arriba, se detuvo en Ipsambul donde la Reina Candace con su hija Efigenia, ya casada con un hijo del Rey Haret de Arabia, debía volver a Etiopía a ocupar el trono de sus mayores porque había sido expulsado el usurpador que les ocasionó el duro destierro que habían sufrido.

Y "Matheo abrazando al hermano de ideales que llegaba a compartir el apostolado le decía:

—Me tocó empezar mi tarea en plena lucha, guerra civil, usurpaciones, destierro, y a ti te corresponde entrar al palacio de la Reina Candace, entre la familia real que ha reconquistado sus derechos y es una decidida y ferviente protectora de los apóstoles del Cristo, nuestro Maestro.

Fueron Felipe y Matías los dos últimos apóstoles que decidieron su camino a seguir. Les parecía cruel abandonar en absoluto la tierra natal, deiándola sumida en el lodo y sangre de las luchas a muerte que los odios sectarios de los dignatarios judíos intransigentes, habían convertido en una especie de apostolado siniestro y fatal.

Habían vagado como tristes misioneros ambulantes por el Hauran, por Decápolis, sembrando la enseñanza tierna y amorosa de su Maestro y tratando de imitar sus obras benéficas para todo dolor humano.

Eran espíritus incapaces de lucha, porque amaron más que todo/ la tolerancia en cuanto a las ideas y a los hechos, siempre que con ellos no se rozara ni levemente *"el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo",* síntesis divina de la doctrina que bebieron de su Maestro.

Catorce años aproximadamente habían transcurrido desde el supremo sacrificio del Cristo, cuando ellos retornaron al suelo nativo desde la Traconitis, en cuyas montañosas poblaciones residieron últimamente.

La Divina Ley, vigilante y maternal para los servidores suyos que, aún inconscientes de sus ocultos designios, hacen ofrenda de sus vidas al Supremo Ideal abrazado con plenas convicciones, les indica y allana los caminos en forma tal, que se ven impulsados a seguirlos aún por propia conveniencia al parecer.

Y Felipe y Matías que al llegar a Galilea recibieron dolorosas noticias de los dramas sangrientos que aterrorizaban continuamente a la infeliz provincia de Judea, desde donde iban extendiéndose hacia todo el país, comprendieron que la tierra natal era por entonces aquel campo reseco y árido que les pintara el Divino Maestro en sus parábolas, donde la simiente divina sería pisoteada por las bestias, abrasada por el sol o devorada por las aves de rapiña. Mientras tanto, en lejanas comarcas extranjeras, donde no había brillado la llama viva de Moisés iluminado en el Sinaí, la simiente divina germinaba y crecía convirtiéndose en árbol gigantesco que da sombra a los hombres que la siembran, a las bestias que pacen en los campos y a los pájaros que anidan en sus ramas.

Tal fue la razón que impulsó a Felipe y Matías a responder al pedido de auxilio de Andrés en los países del Norte y de Matheo en las montañas y valles fecundos de Etiopía, donde brota el Nilo con fuerza de torrente para dar vida y abundancia al vasto y legendario país de los Faraones.

El dolor de la 'separación de ambos discípulos del Cristo fue en verdad incienso de sacrificio quemado en el sagrado altar del Maestro. Catorce años habían pasado juntos. Habían compartido alegrías y dolores, privaciones, cansancios y fatigas, y uno en otro habían vaciado todas sus penas.

Era el año cuarenta y ocho, y la Palestina bajo el gobierno del Procurador Ventidio Cumano, dio el espectáculo más terrible de desorden, de crímenes, de odio y de locura, de tal manera que la existencia se hacía casi imposible para los habitantes que buscaban la vida tranquila de honradez, de orden y de trabajo.000

Y las emigraciones de los que podían escapar de aquel caos de horrores y de locura se esparcieron en distintas direcciones y hasta largas distancias.

Al duro momento de la separación definitiva, Matías y Felipe se dijeron al darse el último abrazo en Antioquía:

"El Maestro hace florecer sus rosas aún al contacto de los horrores de nuestra tierra, pues que debido a ellos vuelan estos dos pajarillos llevando muy lejos la semilla que dejó El en nuestra bolsa de viajeros".

EL CRISTO EN ROMA

Desde las moradas radiantes del Reino de Dios tendía el Divino Maestro e! rayo sereno de su pensamiento, llama viva de amor sobre todos sus amigos «le esta Tierra, herencia eterna que el Padre le había confiado.

Era como el supremo Director de una gran aula, donde había dejado discípulos de muy diversos grados de evolución.

Era la misteriosa escala de Jacob, que comenzaba en los guijarros del camino y subía y subía hasta perderse entre las estrellas silenciosas y los grandes abismos siderales.

Sólo una orden, un encargue suyo había podido ser igual para todos: El amor de los unos para los otros. El Amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos.

Pero lo demás... ¡Oh! no había dos almas iguales y no podía pedirles a todos el mismo esfuerzo, la misma ofrenda, el mismo don.

Todos le habían amado. Todos lloraban su ausencia, pero no todos le habían comprendido de igual manera.

www.formarse.com.ar

Y El se había ido, sabiendo que de estos diversos modos de comprender su enseñanza y sus ideales surgirían en el futuro multitud de caminos, de sendas que dividirían a sus amigos acaso hasta el punto de que unos a otros se juzgaran duramente como adversarios suyos, como destructores de su doctrina, como sacrílegos profanadores de su Verbo, reflejo de la Eterna Idea, del Divino Pensamiento.

Sólo el amor podría salvar ese horrendo abismo, y por eso en la noche inolvidable de su despedida no sabía pedirles otra cosa sino que se amaran unos a otros como El les había amado.

* * *

Recordará el lector que dejamos a Pedro en Antioquía, acompañado de María de Mágdalo y últimamente del anciano Simónides, que quiso averiguar si sus agentes de negocios tanto en esa populosa capital como en los barrios suburbanos de Gisiva y Carandana, obraban de acuerdo a sus indicaciones; si la red de caravanas tendida por él desde largos años hasta lejanas comarcas, cumplía escrupulosamente sus convenios comerciales, y si la flota marítima mercante se mantenía tal como correspondía al servicio del *Soberano Rey de Israel,* que aunque ausente en su Reino de los Cielos, no por eso menos atento a sus servidores de los valles terrestres.

Habían pasado los tres juntos casi un año de dulce amistad, de afectuoso compañerismo, de perfecta comprensión en medio de todo lo cual, María desempeñaba los oficios de notaría de ambos ancianos que veían en ella una promesa de continuidad para la Obra de su Maestro inmortal. Y en el alma profundamente entristecida de aquella mujer, cayó como un bálsamo cicatrizante de sus heridas, el tierno amor de los dos queridos viejos a quienes ella daba el dulce tratamiento de *padre* al apóstol Pedro, y de *abuelo* a Simónides que ya pisaba ti umbral de la decena final de siglo. Había cumplido noventa años y no decaía ni su vigor físico, ni la energía de su voluntad. Una maravillosa lucidez mental continuaba haciéndole merecedor del calificativo que le había dado un día su Soberano Rey:

"Eres el genio de los negocios honrados".

Y cuando sus antiguas amistades comerciales se asombraban de la impotencia de los años para vencer al viejo comerciante, él contestaba lleno de júbilo y de noble orgullo:

—No puede ser de otra manera, porque mi Soberano Rey me hizo nacer de nuevo al curar mis males. Conque echad la cuenta y me daréis la edad necesaria para atreverme a pedir la mano de mi notaría.

En su noble espíritu penetró profundamente el último encargue del Divino Maestro: "Si amáis como yo amo, vendré a vosotros y haré mi morada en vuestro corazón". Simónides sentía la presencia de su Señor a todas horas en su corazón y debido a esto, fue el primero en sentir que la tristeza causada por su muerte se había transformado en seguridad y certeza plena de que El estaba presente, aunque invisible, en todos los pasos de su vida.

Prueba de ello son las reconvenciones que hacía cariñosamente a todos los que cerca de él manifestaban incurable tristeza por la partida del Divino Maestro.

—Nuestro Rey y Señor —les decía— no quiere amor regado con eterno llanto, sino un amor florecido en obras como las que El hacía.

Para Pedro le fue así mismo, grandemente benéfica la compañía de aquel viejo siempre joven.

—Yo no vuelo tan alto como vosotros en seguimiento de nuestro Rey inmortal —les decía en sus confidencias íntimas— porque El curó mi cuerpo físico destrozado por un tirano, pero no creyó necesario ponerme alas para volar más allá de las estrellas. El quería que yo siguiera caminando por la tierra anulando en silencio las maldades de los potentados, y sacando de los rastrojos el pan para sus servidores, y de los nobles esfuerzos del trabajo honrado, cuanto es necesario a la vida de los continuadores de su obra.

¡Cuan acertado estaba Simónides al juzgar el camino que la Divina Ley le tenía marcado!

"En la Casa de mi Padre hay muchas moradas" —había dicho el Divino Maestro— "y cada uno llegaría a la suya por el cumplimiento de lo que le fue asignado".

Acompáñame, querido lector, a encontrar en sus respectivos caminos a los amigos de Jhasua que lejos de la tierra natal, de la infeliz Palestina, duramente herida entonces por luchas internas, políticas y sectarias, desenvolvían actividades idealistas en la soberbia Roma, dominadora del mundo.

Nuestros inolvidables amigos Judá y Nebai, eran el alma del apostolado de Cristo en la ciudad de los Césares que adormecida por la fiebre de placeres, de glorias efímeras que ella creía eternas, había olvidado todo lo grande, noble y bueno que puede encerrar en sí la vida humana encauzada en el marco austero de oro

incorruptible de los deberes y responsabilidades espirituales., morales y sociales, que a cada uno le fueron asignados por la Ley Divina en acuerdo con el propio libre albedrío.

Veamos lo que en diez años, desde el año treinta y tres al cuarenta y tres, habían realizado silenciosamente en la gran capital del mundo civilizado de entonces, aquellas dos palomas mensajeras del Cristo que, unidas por el eterno lazo de un amor bendecido por El, hacían dar pasos gigantescos a su obra redentora de la humanidad.

Una de las mayores calamidades extendidas como peste mortífera en la populosa Roma, era la esclavitud. Su numerosa población estaba compuesta en su mayor parte por esclavos, hombres, mujeres y niños. De todas las conquistas romanas que lentamente habían ido apoderándose de los países europeos y de muchos de África y de Asia Central, iban quedando como doliente resaca, millares de seres en calidad de prisioneros de guerra, sometidos a los más duros tratamientos de esclavos comprados por dinero y por amos que se sabían con derechos de vida y muerte sobre ellos.

Había entre ellos hijos de reyes y de príncipes, de jerarquías y alcurnias de toda especie, sabios, artistas del pincel, músicos, magistrados, sacerdotes de los diversos cultos establecidos en los países sometidos, nobles madres, esposas y doncellas acostumbradas a la comodidad y al regalo de las buenas posiciones. Todo quedaba confundido en el doloroso montón de carne humana viva conducida a la gran Capital como majadas de bestias indefensas que el gobierno concedía como galardón a sus jefes de guerra triunfadores, los cuales vendían caras aquellas piezas de rebaño humano cuyos bienes y riquezas materiales iban a llenar las arcas insaciables de los conquistadores.

El príncipe Judá que en su primera juventud había sufrido esa dura esclavitud, eligió para ideal supremo de su apostolado cristiano, la redención de los esclavos que en calidad de prisioneros de guerra, soportaban el doloroso baldón de haber sido vendidos a un amo que tenía sobre ellos derechos de vida y muerte; igual que una pobre bestia que se compra, se sirve de ella mientras sus fuerzas dan, y cuando ya no sirve, se le arroja de casa o se le mata y va su cuerpo al muladar donde en fosa común se confunde con toda la inmundicia que arroja la cloaca de una populosa y brillante metrópoli.

Las cuantiosas rentas que le daban los bienes heredados de su padre adoptivo Quintus Arrius, se consumían todas en comprar la libertad de los esclavos que tan injustamente soportaban ese oprobio, sólo porque su país había sido avasallado y vencido.

Y aún se veía obligado a pedir a su administrador general Simónides, frecuentes envíos de dinero para sufragar los enormes gastos que le ocasionaba su misericordioso apostolado.

Y el anciano enamorado de su Rey Eterno le contestaba:

"No pases pesadumbre, niño mío, porque vacías tu bolsa, que nuestro Soberano Rey se encarga de llenarla de nuevo hasta el borde".

De los puertos de Ostia y Capua se veían continuamente zarpar los veleros de pabellón amarillo y estrella azul de la flota de Ithamar, el "Astrea", el "Aventino", el "Quintus Arrius", el "Duunviro" llevando los felices libertos a sus países de origen, que aunque avasallados por Roma, siempre era la patria amada donde ancianos padres esperaban llorando a sus amados proscriptos, de los cuales no habían tenido noticias hasta que una inesperada epístola firmada por "Salvatoris", les anunciaba la llegada de los ausentes que a veces creyeron muertos.

Tales son los rasgos generales del apostolado cristiano del príncipe Judá hijo de Ithamar, que en Roma era conocido sólo por *Quintus Arrius hijo,* Oficial I de la Legión Itálica, Legado representante del Gran Dux **(1)** que estando el imperio por entonces en estado de paz, el cargo era de honor y no de acción, pero tenía todas las prerrogativas y privilegios idénticos a los tiempos de guerra. Hago esta referencia para la fácil comprensión del lector referente a la magnitud de la obra que Judá pudo realizar en los diez primeros años que siguieron a la partida del Divino Enviado al Reino de Dios.

(1) El generalísimo de los Ejércitos romanos llevaba el nombre de Gran Dux y tenia seis Legados como representantes para determinados casos.

La *Viíla Astrea del Lacio* que era su residencia habitual, se convirtió en cómodo hospedaje para los libertados de la esclavitud mediante el oro del príncipe Judá que a veces pagaba altos precios por nobles esclavos, cuyos conocimientos en diversas ramas del saber humano, los hacía no sólo útiles sino necesarios a los amos que los estrujaban como fruta madura para sacar provecho de ellos, y no obstante los humillaban y maltrataban con inauditos desprecios como a vulgares esclavos comprados con su dinero.

www.formarse.com.ar

Algunas excepciones había en cuanto a la consideración debida a la desgracia de nobles y distinguidas personas caídas bajo el oprobio de la esclavitud; pero estas excepciones eran muy pocas. La aristocracia romana de esa época no era la de antaño, en que los nobles caballeros y las dignas matronas formaban familias de austera moral en sus costumbres y de finos modales en su vida de relación con todos los seres que les rodeaban.

La aristocracia que actuaba y brillaba entonces, era la de los *nuevos potentados* salidos del bajo fondo y levantados sobre el nivel social por el capricho y favoritismo de los Emperadores y de sus familiares. Gentes desprovistas de toda cultura y de todos los sentimientos que hacen del hombre y de la mujer una honra de la especie humana.

El lector comprenderá fácilmente la vida de horrores que soportaban los esclavos procedentes de noble origen *y* de ilustre cuna, bajo la férula de semejantes amos. Y Judá, hijo de príncipes, que había soportado inauditos martirios hasta que llegó para él la protección del gran marino Quintus Arrius, no podía soportar aquellos tormentos en semejantes suyos, caídos bajo el baldón de aquella situación ignominiosa.

Su dominios en el Lacio se extendían hasta Capua por la orilla del mar, y -formaban como una cinta de mil áreas de anchura, en la cual existían muchas pequeñas aldeas de labradores, algunos castillos muy antiguos ocupados por ancianos familiares del célebre Duunviro, padre adoptivo de Judá, que no quiso de ningún modo privarles de tal comodidad otorgada gratuitamente por su noble protector.

Debido a las irregularidades de este dominio, llegaba en algunas partes a pocos metros de la Vía Apia que se extendía desde Roma hasta Capua como una suntuosa avenida embellecida de jardines y de grandes mausoleos que eran verdaderos monumentos fúnebres de una fastuosidad imponente.

En la parte en que casi tocaba la tierra del dominio de Judá con la Vía Apia, había él levantado el hermoso panteón que guardaba las cenizas de su padre adoptivo. Una gran puerta de hierro empotrada en el cercado de piedra, daba frente a frente al hermoso mausoleo de mármol blanco en cuya portada se leía: *"Quintus Arrius".* "Los Manes queridos de la patria inmortalizan tu gloria y tu recuerdo, y el hijo agradecido que dejas en la tierra, te ofrenda este templo para descanso de tus amadas cenizas".

Toda esta escritura era latina en letras de oro sobre la nítida blancura de la piedra; pero entrelazado en una hoja de palma grabada al pie, se veían en signos sirios estas frases de puro sabor israelita:

"Jehová sea tu descanso."

La pequeña inscripción hecha en forma de líquenes entretejidos en la hoja de palma, podía pasar inadvertida. El príncipe judío ocultaba así su fe inquebrantable en el Dios Único, adorado por sus padres y por la raza entre la cual había nacido. Vivía entre el mundo romano cuya única religión consistía en una adoración fanática a los globos estelares: Júpiter, Saturno, Urano, Marte, Minerva, Castor y Pólux, etc., más los múltiples dioses de los países conquistados que formaban un nutrido catálogo. Pero en el profundo secreto de su alma, tenía Judá un altar escondido donde ofrecía el incienso puro de su adoración a *Jehová,* cuyos enviados y profetas habían anunciado la venida de un Mesías Salvador. Era éste su sueño más querido. El lector de "Arpas Eternas" sabe todo lo demás.

En los viejos castillos de sus dominios, lo mismo que en las más humildes cabañas, y hasta en el panteón sepulcral de su padre adoptivo, ocultaba Judá las infelices víctimas del orgullo y de la prepotencia de los nuevos magnates que en el reinado del viejo emperador Claudio, sucesor de Calígula, se hicieron dueños de la gran capital del mundo.

La enseñanza del Cristo habíase abierto camino bajo tres desastrosos gobiernos. Los últimos años de Tiberio César, sumido en una semilocura trágica, en que el asesinato de su hijo Druso lo llevó a buscar en la venganza y el crimen el alivio a la sorda desesperación que le roía las entrañas. Por falsas y astutas combinaciones de su mujer, la emperatriz Julia, le sucedió su nieto Calígula, adolescente epiléptico con frecuentes accesos de locura, que el alcohol y los vicios desenfrenados lo precipitaron por la pendiente de crímenes y extravíos más espantosos que hasta entonces hubiera conocido el mundo, pues tolo él pudo concebir en su mente desequilibrada la vergonzosa idea de proclamar, en solemne ceremonia, Cónsul a su caballo favorito y exigir que se le rindieran homenajes de tal, bajo severísimas penas.

Sólo cuatro años duró este extraviado mental gobernando el mundo y fue asesinado por Quereas, prefecto del Pretorio, el año cuarenta y uno. Le sucedió su viejo tío Claudio que las legiones proclamaron emperador. La ebriedad en que continuamente vivía, debilitó su carácter hasta el punto de que sus esclavos y sus mujeres eran en realidad los que gobernaban el mundo en los trece años que duró su reinado. Murió envenenado por Agripina el año cincuenta y cuatro.

www.formarse.com.ar

Esbozado así el cuadro de lo que era la Roma de los Césares en ese tiempo, facilitamos la comprensión del lector, en cuanto a la vida y actuación familiar y apostólica de los primeros amigos de Jhasua en la Ciudad Imperial, señora del mundo.

EL SALTO SOBRE EL ABISMO

Entre el brillante verdor de las viñas y los cerezos que sombreaban el pintoresco barrio de Gisiva, suburbano de Antioquía, estaba ubicado el primer Oratorio cristiano fundado por Bernabé, aquel Halevy de Chipre que Jhasua encontró adolescente en su viaje a Ribla, secundado por Judas de Baarsaba, Simón de Niger (el mendigo del Arco de Ephifanes), Silas de Hebrón, Lucio de Cirene y Manahen de Astaroht.

Ellos fueron los organizadores en el orden espiritual, y Simónides fue el autor de toda la parte material de aquel Oratorio que bien puede llamarse el primer Santuario Cristiano de Siria. Era una imitación del templo de Jerusalén en sus formas exteriores y en sus disposiciones internas; pero sin los derroches de oro, plata y púrpura de que aquél estaba adornado.

El Soberano Rey de Israel había declarado que valían mucho más las almas y los cuerpos de los servidores de Dios que todas las riquezas del Templo de Salomón, y el fiel enamorado del Maestro, Simónides, hizo construir aquel Oratorio como un Santuario-Escuela, donde se explicaría la doctrina de Cristo, donde las adeptos acudirían a orar, a escuchar la palabra de sus apóstoles y discípulos, donde las doncellas cantarían salmos, donde los amigos del soberano Rey desaparecido, celebrarían sus asambleas, sus ágapes fraternales y repartirían socorros a los hermanos necesitados.

¡Oh! ¡Qué hermoso templo-escuela y refugio fue aquel primer Santuario de Siria, en los suburbios de Antioquía! Allí se realizó el sueño divino del Cristo, allí se cristalizaron en obras hermosas todas sus clarividencias de Hijo de Dios, y todas sus esperanzas de Hombre enamorado de la fraternidad que hermana a todos los hombres. Allí acudieron seres de todas las razas, de todas las religiones, de toda condición social.

Allí no se preguntaba al recién llegado: *¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu posición en la vida?*

Pera se le preguntaba en cambio: *¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Qué deseas?.. ¿Qué te falta?...*

Y si la respuesta era: *Quiero la paz, la verdad, el consuelo, la esperanza y el amor,* la puerta se abría de par en par y muchos brazos le estrechaban y muchos corazones se abrían para cobijarle.

Y entonces resonaba como un himno cantado por ángeles en el alma del recién llegado la palabra divina del Maestro: "El que abraza a uno cíe sus semejantes a Mí me abraza; el que da de beber a uno que me busca, a Mí me da de beber; el que parte su techo o su pan con un hermano necesitado, conmigo lo parte y Yo estoy en su corazón para siempre".

Los eternos poemas de amor del Cristo vivieron de nuevo en la Congregación Cristiana de Antioquía.

Allí también comenzó el apostolado de Saulo de Tarso, el encarnizado perseguidor de los discípulos del Maestro desde el año primero de su muerte; aquel jovenzuelo audaz que provocó una ardiente polémica con Stefano, con el solo fin de arrancarle declaraciones ante testigos que le valieran para llevarle a los Tribunales del Sanhedrín y hacerle condenar a muerte.

El amor heroico del Cristo triunfante y glorioso, lo había herido en el corazón cuando corría a Damasco en busca de cristianos perseguidos que habían buscado seguridad y refugio en aquella hermosa ciudad de Arabia.

"¡Saulo, Saulo!... ¿Por qué me persigues?"... Y. esa voz unida a un relámpago de luz, lo había tirado del caballo dejándole ciego por vanos días. Y Saulo de Tarso, de perseguidor de los cristianos se había transformado en admirador de Cristo. Y cuando él llamó a la puerta cíe aquel Santuario del Amor fraterno, tampoco se le preguntó de su vida ni de sus hechos, sino que por la boca de Bernabé, oyó que le decían: "Entra, hermano, que si buscas la verdad y el amor de Cristo, aquí vas a encontrarle".

Fue al místico calor de este Santuario donde el apóstol Pedro... el dulce y sencillo Simón del mar de Galilea, encontró su camino a seguir después que su amado Maestro le había dicho: *"Tu eres piedra y sobre ti edificaré mi templo".*

Más Pedro, oraba y lloraba en silencio.

Llegaban frecuentes epístolas de Roma sugiriendo la conveniencia de que fueran a la gran Capital del mundo algunos de los más íntimos discípulos del gran Maestro desaparecido, a fin de iniciar de lleno la enseñanza y organizar las Congregaciones.

Pedro, en su profunda modestia, se encontraba a sí mismo demasiado débil y pequeño para afrontar la enorme carga que significaba aquella organización, en un país extraño del cual ni la lengua comprendía, ni las

costumbres. Y él con sus sesenta y cinco años, sin haber nunca salido de su tierra ¿no sería llevar el fracaso a aquella gran ciudad cuyo nombre solo le causaba espanto?

Nebai, que intuitivamente captaba las indecisiones de Pedro, envió a Joppe a un Centurión retirado del servicio activo y que había formado parte cíe la legión mandada por Judá. Este Centurión había estado en su primera juventud cumpliendo una misión con otros legionarios en Gaza, en Palestina y había contraído una grave enfermedad al pecho debido a los horrores sufridos en aquella fortaleza junto a la ciénaga. Había visto al Profeta Nazareno el día llamado de *las palmas* cuando El entraba en triunfo a Jerusalén y su pensamiento de súplica había brotado intenso en su corazón: "Si este hombre hermoso como un dios, es de verdad el Mesías esperado por Israel, que sea yo curado de este horrible mal". Y haciendo supremos esfuerzos se había acercado a El hasta el punto de tocar con la vara signo de su mando, el manto del Profeta. Y como otros muchos animados de la misma fe, también él fue curado.

Su nombre era Juliano de Pérgamo y tenía cincuenta y cinco años.

Fiel servidor de la familia de Judá, vivía con una hija en un pabelloncito de la Villa Astrea en el Lacio.

Este hombre fue el instrumento de la Ley Divina para animar el fuego del entusiasmo en los discípulos del Maestro residentes aún en la Palestina.

Nebai escribió una serie de epístolas, a Marcos, a la pequeña María, a Thabita aquella hija adoptiva de Pedro que antes se llamaba *Dorcas,* hermana de Bernabé (antes Halevy), a Susana esposa de José de Arimathea y a Ana de Nicodemus.

De toda esta abundante correspondencia resultó una animación extraordinaria.

Respondiendo a lo sugerido por Nebai: Marcos, Thabita, Lázaro, Martha, Juan y la pequeña María decidieron partir para Antioquía con el fin de animar a Pedro a llegar hasta Roma, donde Judá y Nebai ponían a disposición su residencia de la Villa Astrea y también su mansión en el barrio del Gran Circo y de la Puerta Capena, en plena Capital y en el hermoso paraje de la *Colina del Celio.*

Era en aquel tiempo un enorme viaje que sólo el fervoroso amor de todas aquellas almas al Hombre-Luz que les había deslumbrado, podía darles valor y fuerzas para hacerlo, y hasta algunos tenían la idea de acompañar al Apóstol a la Ciudad Eterna.

— ¿Qué dirá a todo esto nuestra venerada Madre Myriam? —se preguntaban unos a otros, y no sabían cómo ni quién había de exponerle el inmenso proyecto.

Lázaro, Martha y la pequeña María que residían como se sabe en la casa de campo de Eleázar, casado con una hermana de Martha, llegaron hasta Nazareth como a menudo le hacían.

Encontraron a la dulce Madre que acompañada del tío Jaime, Juan y Dina, seguía la placidez serena de su vida de santa sin alteraciones de ninguna especie, porque después del gran sacrificio que su eterna alianza con el Verbo de Dios le había pedido, sacrificio aceptado y soportado por ella con una abnegación heroica ¿qué otra cesa había de darle la Ley Divina en justa compensación, sino un cielo de paz y de beatitud celestial? La fiel y solícita Dina la cuidaba con indecible ternura. Su hermano Jaime velaba sobre las tierras de labranza anexa a la vieja casona, en forma que todo aquello, transformado en una fértil y productiva granja, suministraba con creces todas las necesidades de aquel hogar. ¡El hogar terreno del Hijo de Dios, que había dejado en él todas las dulzuras y suavidades de su augusta presencia!

Juan por su parte era el lector, el Notario y cronista en aquella casa que era templo y hogar, consagrado a la memoria del gran Hijo desaparecido. Y Juan leyó con asombro la epístola que Nebai había escrito a María pidiéndoles a ambos su intervención para decidir el arduo problema de la gran congregación cristiana que en Roma se engrandecía día por día. Y aquella epístola decía así:

"Hemos leído con inmenso júbilo las escrituras que han venido de los cielos sobre vosotros y bendecimos a nuestro amado Jhasua que así nos regala con su amor sobre todos los que le amamos. Pero creemos que los nuevos amigos suyos que van naciendo a nuestra fe, merecen también especial atención de igual modo que El se multiplicaba para iluminar y consolar a todos.

"El trabajo de Judá y mío secundado por muchos amigos y familiares se ha reducido a romper las cadenas de dolientes esclavos hijos de nobles familias, originarios de todos los países subyugados por Roma.

"Algunos vuelven a sus países llevando una copia de las crónicas escritas por Nicodemus, José de Arimathea y Marcos y con el alma despierta a la fe y la enseñanza de nuestro Maestro inolvidable. Pero son más los que quedan en Roma en tal número que tedas nuestras posesiones están llenas por ellos.

"Creemos que es urgente una organización dirigida por uno de los Doce o por los maestros de los Santuarios Esenios.

www.formarse.com.ar

"Dejamos a vuestro criterio la solución de este problema que interesa a lodos les que hemos quedado moralmente comprometidos con el Mesías Ungido de Dios". '

Más o menos en este mismo tono estaban escritas las demás epístolas de Nebai para los amigos de Jhasua en Palestina.

Los únicos de los Doce que aún no habían emigrado a países extranjeros eran Pedro y Juan.

— ¿Qué haremos, María... qué haremos? —preguntaba Juan a su dulce confidente de las horas inciertas que la vida deshojaba en su camino.

—Le hablaré yo a nuestra Madre —contestó la joven— y lo que ella diga haremos. —Y así lo hizo.

La dulce serenidad de aquella excelsa mujer, no se turbó en lo más mínimo. Diríase que su alma de elegida planeaba ya por alturas a donde no podían llegar ni las incertidumbres ni las zozobras de la vida terrestre.

—Es muy justo lo que escribe Nebai —fue la contestación de ella después de breves momentos de reflexión—. En nuestro Santuario del Tabor —añadió— hay varios ancianos que fueron los maestros en la primera edad de mi hijo. El hermano Harmodio que es actual Servidor, el anciano Tholemi, el Notario y Lector Marcio Lucanus, que fue compañero de estudios de mi Jhasua, pueden daros muy buenas orientaciones para vuestra resolución.

"Ya sabéis que el hermano Marcio es nativo de Roma y su padre que era un Tribuno Militar vino desterrado por el César. Su hijo a su muerte se escondió en el Santuario. Si los ancianos le han hecho Lector y Notario tan joven, debe estar muy capacitado para la interpretación de las escrituras y dueño de grandes conocimientos. ¿No estaría bien Juan, hijo mío, que fueras al Tabor a consultar con ellos este asunto?

Una opinión de la venerada Madre del Cristo era casi un mandato para todos los amigos de Jhasua y Juan, Apóstol de Cristo se dirigió al Tabor llevando la extensa epístola de Nebai.

La consulta fue hecha en la alcoba del anciano Tholemi que sólo a momentos dejaba el lecho a causa de una vieja dolencia del pecho, una insuficiencia cardiaca que le producía ahogos nocturnos, por lo cual debía dormir sentado, entre almohadones y mantas.

El viejo corazón le reclamaba descanso, y a duras penas seguía latiendo. Tenía ya noventa y siete años.

—Te corresponde ir, Juan, hijo mío, te corresponde ir acompañando a Pedro —fue la opinión del anciano Esenio.

Y el Servidor Harmodio, ateniense de origen, fue de la misma opinión.

El hermano Lector y Notario Marcio Lucanus del Viminal, no dio su opinión porque se quedó como sumido en honda meditación.

—Hermano Lector —le dijo el Servidor—. Tu consejo sería el más eficiente en este caso, ya que conoces a Roma y tienes allí los familiares y amigos de tu padre.

—Antes de responder —dijo— precisaría una confidencia a solas con mi maestro Tholemi.

—Muy bien —respondió el Servidor levantándose y con él, Daniel, Jaime y Juan salieron de la estancia.

Mientras estos cuatro amantes de Jhasua conferenciaban al abrigo de los viejos olivos y castaños que sombreaban las grutas, escuchemos la confidencia íntima del Notario con el anciano Tholemi.

—Maestro Tholemi —le dijo el Notario—. ¿No será acaso ésta la hora de realizar nuestro pacto?

— ¡Puede que lo sea! —Contestó el anciano con voz firme—. Yo quisiera ser joven para llegar hasta Roma en ayuda de Nebai y Judá, almas gemelas de mi evolución y tú quieres en cambio volver a tu mundo de origen donde te espera el alma esposa para encarnar juntos.

—Si la Ley lo permite, Maestro Tholemi... tengamos el valor de hacerlo hoy, con beneficio para muchos seres —añadió el Notario.

—Mañana es el plenilunio —observó el anciano—. A la hora en que el rayo lunar besa las Tablas de la Ley, tú dejarás el plano terrestre y yo ocuparé tu materia. ¿Estamos de acuerdo?

—En perfecto acuerdo si la Ley está con nosotros.

El Notario, que sólo tenía treinta y seis años, se abrazó del anciano y llorando de gratitud le decía:

— ¡Gracias, maestro mío, porque la vida de la Tierra me era una pesada carga!

Acto seguido llamó al Servidor y a Juan que volvieron junto al lecho del anciano enfermo.

—Pienso que vuestra confidencia íntima estará relacionada con el viaje de Pedro y Juan a Roma —dijo el Servidor al sentarse de nuevo.

—Justamente —contestó Marcio-— y tan relacionada que el maestro Tholemi me ha decidido por completo. También mi persona se unirá a los viajeros si ellos aceptan la compañía.

—De todo corazón por mi parte —exclamó Juan al punto— y de Pedro no puede dudarse. El es de los Esenios aún más que yo mismo.

—Esto significa, Juan —añadió el Servidor— que vuestros amigos Esenios optan porque el viaje de Pedro a Roma es una expresa voluntad de la Ley Divina.

—Y yo te suplico, Joanín, que permanezcas aquí por dos días y dos noches, a fin de que oremos juntos y obtengamos de nuestro inolvidable Jhasua el más completo éxito de cuanto hacemos por amor suyo y difusión de su obra —pidió el anciano al joven apóstol.

Puesto en conocimiento de los Ancianos todo el gran acontecimiento espiritual que se preparaba, la meditación de esa noche fue intensa y largamente sostenida.

El Notario cayó en una hipnosis profunda que duró más de una hora. Su cuerpo inmóvil y helado, hubiera parecido muerto si no fuera por las débiles palpitaciones del corazón. Un Esenio vigilaba junto al lecho de Tholemi que dormía en admirable quietud.

Conocedores los Ancianos de todos los aspectos y circunstancias por que pasa la psiquis humana en momentos decisivos de sus etapas de vida en planos físicos, comprendieron claramente lo que ocurriría veinticuatro horas después.

Como no volviese de la hipnosis, el Notario fue conducido a su lecho, y el mismo estado semi inconsciente y algo febril se prolongó hasta el día siguiente.

El anciano Tholemi, cargado de sueño al parecer, se despertaba sólo a momentos cuando el enfermero le instaba a beber unos sorbos de leche o jugo de frutas.

Y en tal estado pasaron ambos el día.

El Apóstol Juan, que no estaba en el secreto del gran acontecimiento, se desconsolaba en extremo.

Los Esenios, divididos en dos grupos, velaban los unos al Notario y los otros al anciano cuyo aspecto físico manifestaba los aspectos de la muerte.

Juan que lo conocía desde niño se colocó a la cabecera del lecho y le sostenía una de sus manos. Y pensaba:

"¡Feliz de ti, querido anciano, que vas a unirte con nuestro amado Jhasua. Acuérdate de mí cuando estés a su lado!"

El anciano contestó a su pensamiento con frases entrecortadas:

—Iré contigo a Roma.

— ¡Oh! —Exclamó Juan— sueña con ir a Roma. Y es al Reino suyo donde le lleva Jhasua. ¿Qué serán las grandezas de esa Babilonia infernal comparadas con el Reino divino del Cristo Hijo de Dios? —Tales palabras las decía Juan al oído del anciano aletargado que no demostró oírlo ni respondió nada.

Cuando la luna en el cenit dejó penetrar su azulado resplandor sobre las Tablas de la Ley donde velaba un Esenio, el cuerpo del anciano se incorporó en el lecho y con los brazos levantados a lo alto exclamó con voz sonora:

— ¡Voy, voy, hijo mío!...

Y se desplomó sin vida sobre los almohadones que le habían sostenido.

Juan dobló su cabeza sobre aquel pecho silencioso y tibio, y entre sollozos decía:

— ¡Acuérdate de mí cuando estés a su lado!

Porque Juan creía que las últimas palabras del anciano iban dirigidas a Jhasua glorioso en su cielo de amor. Y esas palabras eran la contestación al llamado sin ruido del alma ansiosa de libertad del Notario, que se desprendía de su materia.

El Servidor con los hermanos Ismael, Daniel y Jaime que velaban a Marcio, tuvieron una clara visión del hecho que se realizaba dentro del marco austero y firme de las Leyes Divinas.

Vieron los dobles de Tholemi y de Marcio, Jóvenes y dichosos que se abrazaban tiernamente en una conmovedora despedida. Marcio se perdía en el espacio infinito llevado por dos seres radiantes de luz, y Tholemi oraba, de pie junto al cuerpo abandonado, en el cual fue penetrando suavemente por su caja torácica, hasta desaparece: por completo.

Un suspiro largo como un lamento se exhaló del cuerpo dormido, y todo quedó en profundo silencio.

www.formarse.com.ar

Durmió dos días y dos noches, y sus hermanos velaban junto a él constantemente colocándole a los pies y a los costados, bolsas de ceniza caliente para ayudarle a reaccionar.

El cadáver del anciano había sido depositado en la sepultura, cuando a la madrugada del día tercero, el Notario se despertó.

El Servidor tuvo un aparte con Juan en que le pidió que nada dijese al Notario respecto de lo ocurrido con Tholemi. Y le explicó el fenómeno espiritual de que habían sido testigos.

—No te lo explicamos antes —añadió— porque tu sorpresa y alarma inevitables, podían entorpecer esta delicada operación de las Inteligencias superiores que obran en tales casos. Ahora vete a preparar tranquilo el viaje, sabiendo que nuestro viejo hermano Tholemi irá contigo en la personalidad joven y vigorosa de Marcio Lucanus del Viminal. Notario y Lector de este Santuario.

Juan quedó inmóvil como el que ve una pavorosa visión.

—Pero... ¿será esto posible o vosotros soñáis?... —preguntó por fin cuando pudo hablar.

—No, hijo, no soñamos. Es la realidad de la que el Maestro os quiso hablar muchas veces, pero conociendo que aún no podíais comprenderle, se limitaba a deciros: *"Cuando* yo *esté en el Reino de mi padre, conoceréis muchos de sus secretos impenetrables ahora para vosotros".* En la Suprema Majestad de la Ley Divina, todo tiene su hora y su momento, y hoy ha llegado para ti.

—Pero si en el Notario está ahora el maestro Tholemi, el Notario ¿dónde está? —preguntó ansiosamente Juan.

—Está libre en el espacio infinito donde continuará la senda elegida por él. La vida terrestre le era por demás pesada y ansiaba su libertad. Como Jhosuelín hijo de Jhosep, vino para servir de escudo al Verbo encarnado. Cumplida esa misión, quería a toda costa volver a su plano habitual. Eso es todo.

— ¡Cuan grande es el poder de la Ley Divina y qué pequeñas somos las criaturas para comprenderla! — exclamó el Apóstol, sereno ya y reaccionando visiblemente de la sorpresa que le causara el secreto del Infinito.

Dos semanas después se incorporaban a la caravana que iba a Tholemaida: Marcio Lucanus el Notario, Juan, Lázaro, Martha, la pequeña María y Thabita, que en ese puerto se embarcarían en el gran velero *"Esther"* de la flota de Ithamar, para unirse en Antioquía con el Apóstol Pedro, más anima lo ya, sabiendo que llevaba consigo a Juan, al romano Marcio Lucanus, a Thabita y a la pequeña María que le eran tiernamente queridos.

Así compagina con admirable sabiduría la Divina Lev, las vidas de sus servidores que ella utiliza para la realización de grandes designios en beneficio de ciertas porciones de humanidad.

"Mis caminos no son vuestros caminos —decía la voz divina al Profeta Isaías— *ni mis pensamientos son iguales a vuestros pensamientos".*

¡Sabio es el hombre que habiendo cumplido sus deberes, dice en la oración como el Cristo en su aceptación generosa de Gethsemaní!:

"¡Pase de mí este cáliz, Padre mío, pero no se haga mi voluntad sino la tuya!"

Diecisiete días después, el Apóstol Pedro vertía lágrimas de ternura y emoción abrazando uno por uno a sus queridos galileos que le traían perfumes de sus florestas y colinas, rumores de su Mar de Galilea cubierto de blancas velas bajo el cielo dorado del atardecer, que en lejana visión se le presentaba de nuevo en el mágico prisma del recuerdo.

¡Oh!, su riente y amada Galilea con su mar de verdes riberas salpicadas de flores, de árboles gigantescos poblados de gorjeos y de nidos, donde el canto de los pájaros hacía coro al cantar de los pescadores y al batir de sus remos:

"Boga, boga, batelero,
Que el mar durmiéndose va,
Y a la nueva luz del día
Cuanto él tiene te dará".

Y toda aquella belleza en la cual abrió sus ojos a la vida, y que más tarde compartió con el Cristo encarnado, su amado Maestro, ¡iba a dejarla... y dejarla para siempre! *¿Por qué, Señor, por qué?* —Preguntaba entristecido Pedro ante el apremio de sus hermanos de ideales—. ¿No puedo acaso ser tuyo, sembrar tu simiente, cumplir mi apostolado en la tierra de mi nacimiento consagrada con tu santa presencia, donde aún vive tu augusta Madre bajo el techo que fue tu techo, a la sombra de aquellos árboles hogareños que escucharon tus risas de niño y tus meditaciones de nombre?... ¿Por qué, Señor, por qué?...

www.formarse.com.ar

La alcoba del Apóstol en su retiro de los suburbios de Antioquía se había llenarlo de azulada claridad que fue tornándose dorada, opalina, amatista y deslumbrante de blancura.

Y entre un disco de oro y azul, el rostro dulcísimo del Maestro que le miraba con indecible ternura.

— *¡Pedro!... ¿Es verdad que me amas?...*

Y esta voz le hizo estremecer hasta el fondo de las entrañas.

— ¡Sí, Maestro mío! .. ¡Tú sabes que te amo!...

—*Apacienta mis ovejas que han quedado sin pastor.*

Y al callar la voz y amenguar las radiantes claridades, el Apóstol atónito vio desfilar ante sí la populosa Roma donde miles de hombres, mujeres, ancianos y niños corrían sin nimbo, atropelladamente, hambrientos, angustiados, febriles... ¡enloquecidos!...

Pedro dobló su frente al pavimento en una postración profunda, y desde el fondo de su ser salió como un lamento este grito de su corazón: ¡Que se haga tu voluntad. Señor, porque te amo sobre todas las cosas de la tierra!

Y Pedro, Apóstol de Cristo, acalló todas sus vacilaciones y dio el gran salto sobre el abismo doce años después que su Maestro había desaparecido.

¿Qué era Roma?... ¿Qué le esperaría en aquel emporio de todas las riquezas grandezas y poderíos, pero también espantoso nidal de todas las corrupciones que pueden envilecer a la especie humana, de todos los crímenes que le inundan de sangre, de todas las perfidias y degradaciones que rebajan la dignidad del hombre al bajo nivel de las bestias?

¡Qué de relatos terribles y espeluznantes habían llegado a su tranquila Galilea referentes al estado moral, religioso y social de la Capital del mundo!

Para un israelita de pura cepa, no había delito más grande que la idolatría y Roma era esencialmente idólatra.

Los dioses se contaban a centenares, porque a los dioses lares romanos se habían añadido las divinidades adoradas por los países invadidos.

Aquello era un conglomerado de dioses y diosas con variadísimos y complicados ritos, dioses iracundos y vengativos la mayor parte de ellos, y una marcada minoría eran benéficos a la humanidad que les rendía adoración. Pero todos exigían sacrificios sangrientos de inocentes bestias, y a veces danzas y cantares lúbricos que enardecían las bajas pasiones del populacho.

¡Pobre Pedro!... ¡Todo eso lo sabía él y aún sabiéndolo se decidió a partir para Roma con la esperanza cierta de que su Señor y Maestro le daría el valor y fortaleza necesarios para no volver la cabeza asqueado de tanta miseria!

En sus meditaciones de esos día. Recordaba: *"El que pone la mano en el arado* y vuelve *la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos."*

"No ha de ser el discípulo mejor tratado que su Maestro, ni el siervo más honrado que su Señor".

"El que quiere seguir mis huellas, niéguese a sí misino, cargue su cruz y sígame".

Y un día, entró Pedro al despacho de Simónides y le dijo estas palabras: —El Señor quiere que vaya a Roma.

—Y yo también lo quiero, Pedro, aunque tengo por cierto que sobre la tierra no nos veremos más. ¿Qué importa? Junto a nuestro Rey Eterno, volveremos a encontrarnos. ¿Quiénes irán contigo?

—Aún no lo he averiguarlo; pero, si quieres hacerme el último favor que he de pedirte: ordena tú todo cuanto se refiere al viaje y que el Señor te lo pague como sólo El sabe hacerlo.

A Pedro le temblaba la *voz* como a un niño próximo a llorar, porque le arrancan todo cuanto le es querido. Y mientras se preparaba el viaje y los viajeros, el Apóstol escribió sentidas epístolas a la venerada Madre de su Maestro y a sus familiares y amigos de Galilea.

De las diligencias del anciano Simónides resultó que acompañarían al Apóstol Pedro: Lázaro, Juan, Martha, la pequeña María, Thabita, María de Mágdalo. Marcos, Lucanus, Bernabé v Saulo de Tarso. Estos dos últimos quedarían en Chipre, porque cristianos fugitivos desde la persecución y muerte de Santiago y Stéfanos, estaban refugiados en Salamina y Pafos y pedían ayuda para organizar las Congregaciones que allí se preparaban. De Antioquía pasaron a la ciudad puerto de Seleucia donde Simónides con su Notario Nelio (el ex-giboso) y Agabo de Ribla, Lucio de Cirene y Silas de Seleucia reemplazante de Bernabé al frente de la

www.formarse.com.ar

Congregación de Antioquía, despedía a los viajeros animándoles como un hermano mayor, aunque también temblaba su voz al abrazar a Pedro y a Juar que le eran muy queridos.

—Os lleva a Roma el *"Salvatoris"* —decía Simónides a los viajeros que subían la planchada, aludiendo al nombre del buque que les conduciría a la capital del mundo—. Y si vais con *Salvatoris* no podréis naufragar. Y leed la frase latina que en pequeños signos mandó grabar Judá al pie de ese gran nombre que alude a nuestro Rey Eterno:

Marcio Lucanus, que leía correctamente el latín, leyó en alta voz:

Semper honos nomenquc tuum laudesque manebunt. Vivirán eternamente tu honor, tu nombre y tu gloria.

—Así honramos a nuestro Rey y Señor aún en las barbas de los idólatras magnates romanos —decía el valiente anciano lleno de satisfacción.

Pocos momentos después el gran velero soltaba amarras, desplegaba todas sus velas y cien remeros castigaban las olas con sus remos a la vez que cantaban a compás la vieja plegaria del mar.

Luego, un febril agitar de pañuelos en la borda y en el murallón de la costa que iba perdiéndose a la vista de los viajeros, hasta que al poner proa al oeste no percibieron más que la blanca torre al pie de la cual estaban los grandes almacenes depósitos de las mercancías, que de todas partes del mundo llegaban a Antioquía consignados al viejo Administrador del Príncipe Ithamar de Hur.

Cuando unos y otros se perdieron de vista, dijo Simónides a sus compañeros:

—Seguramente a Pedro no le veré más sobre la tierra.

— ¿Por qué? —Preguntó Silas—. Está aún fuerte y bien conservado.

—En efecto; pero tengo como una cosa cierta, que si nuestro Rey Inmortal vino para todo el mundo, debe ser en la capital del mundo donde se entierre la raíz de su plantación idealista Pedro fue elegido por todos para ocupar el lugar que dejó vacío el Maestro entre nosotros. Y en la última aparición suya en estos días, ya sabéis que le dijo: *"Apacienta a mis ovejas que han quedado sin pastor".*

Un silencio pensativo siguió a estas palabras.

Y los viajeros, también sumidos en silencio, pensaban con cierto temor:

— ¿Qué nos traerá esta gran aventura que nos arranca de la tierra natal pisoteada por el extranjero, para ir a entregarnos al invasor en su propia fortaleza?

—Mi Maestro no lo hizo —pensaba Pedro— y yo, un gusanillo a su lado, me he atrevido a hacerlo... ¡Pobre de mí que debo estar loco de espanto!...

Y arrebujándose en su manto color avellana, escondió de todos su rostro ensombrecido de tristeza y de incertidumbre.

EN EL LACIO

En los jardines de la *Villa Astrea* reinaba una animación extraordinaria. Desde Nápoles había llegado un mensajero a todo correr de buenos caballos, con una breve epístola del agente de negocios de Simónides anunciando que tres días después los viajeros estarían en Capua, puerto terminal del velero *Salvatoris.*

Tuda y Nebai disponían su residencia y se preparaban ellos mismos para acudir a recibirles.

Noemí, anciana y debilitada por los años y el gran sufrimiento pasado, vivía con esa serena placidez del que se ha conquistado el descanso; y al lado de sus hijos y nietecitos ya adolescentes que le brindaban lo mejor de sus sentimientos, era toda ella como un silencioso poema de gratitud al *Dios de sus padres,* según la clásica frase de todo buen israelita que con esa fe ardiente y viva bebida de Moisés y de los Profetas, eran lámparas eternas que ningún vendaval podía apagar.

El fervoroso culto al Ungido divino que le había devuelto a su hijo y con él la paz v la dicha que gozaba, ponía una nota cálida de amor, de energía nueva, de alegría de vivir, en su pobre corazón tan estrujado y deshecho en otra hora por las crueldades del egoísmo humano.

No quería pensar en un Jhasua .sacrificado, martirizado y muerto; ¡Oh, no! quería verle siempre como ella le vio bajar un día a su negro calabozo, llenándolo de luz, de esperanza y de amor. Le veía como un sol central en un ilimitado mundo de radiantes claridades, derramando amor y dicha a infinidad de seres que ella denominaba ándeles, serafines, profetas y santos. Y entre esa infinidad de justos, veía a su amado compañero de la juventud, el padre de sus hijos, y adormecida por el místico ensueño parecíale sentir que le decía con voz sin ruido:

www.formarse.com.ar

"¡Estoy esperándote!... *¿cuándo* vienes?" Y la feliz emoción de una unión que no tardaría mucho en realizarse, la inundaba de inefable dicha.

Tal es la compensación de la Ley Divina aún en el plano físico terrestre, los que hacen de su vida una cadena de obras, de hechos, palabras y pensamiento de amor a sus semejantes.

Es el cumplimiento perfecto de la Ley que dice: *"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".*

En la Villa Astrea se encontraban también otros amigos del lector: Livia Augusta y su primo Samuel, nietos de Hanán como recordará el lector, que, asqueados de la vida de crímenes de sus mayores, habíanse refugiado en el amor de los amibos de Jhasua, y Simónides les había puesto bajo la tutela de Quintus Arrius (hijo) que por entonces era una fortaleza en la ciudad imperial Cuando Simónides les envió a Roma, viajaron con ellos la viuda y los hijos del príncipe judío Sallún de Lhoes muy conocido de nuestros lectores de "Arpas Eternas", gran amigo del Príncipe Melchor de Horeb y admirador ferviente del dulce Rabí Nazareno, Ungido de Dios. El segundo de sus hijos, Eneas de Sarona, había sido curado por el Apóstol Pedro de una parálisis que le postró en cama a los dieciséis años, sin que ningún médico hubiese podido aliviarle su mal.

Aterrada esta familia por los trágicos acontecimientos de Judea, vendieron todos sus bienes v ᶜe trasladaron a Italia, buscando también la amistad protectora del Príncipe Judá.

Se establecieron en la bella y floreciente ciudad de Capua, en una hermosa colina cubierta de vides, de naranjos y cerezos, con un antiguo castillo que era como una fortaleza y que una conocida tradición aseguraba que había sido construido por Tulio Hostilio, el hábil militar y político que destruyó la dominación de los albanos en toda la región del Lacio, en la época de las primeras conquistas romanas.

Había pertenecido últimamente a un príncipe oriental, que habiendo caído en desgracia con su Majestad Imperial, Tiberio César, le fue confiscado el castillo con las tierras que le pertenecían.

Vendido en pública subasta, lo había comprado Judá, que lo había cedido la viuda de Sallun de Lhoes en atención a la vieja amistad que unía a las familias.

Judá lo llamó *Neptunio* por estar construido en un peñón enorme que sobresalía al mar entre un rumoroso bosque de corpulentos plátanos y por hacer olvidar el nombre de su anterior propietario enemigo del César.

A esta vetusta fortaleza descendieron nuestros viajeros, que se sorprendieron agradablemente al escuchar la melodía de su lengua Siria y encontrar rostros conocidos y amigos que les daban una amorosa bienvenida.

Judá y Nebai habían llegado un día antes, y Pedro, al abrazarles, sintió renacer en su viejo corazón la tranquila confianza del que encuentra, en extranjera tierra, un retazo del suelo nativo.

—Tú eres el árbol fuerte que nos dejó el Maestro —decía Pedro a Judá, que a su vez encontraba en el anciano un suave reflejo de la dulzura nazarena del divino amigo desaparecido.

Para la familia Sallun de Lhohes fue la llegada de Pedro y sus compañeros como una feliz resurrección en la tristeza del luto y del destierro en que se encontraba.

Eneas, el hijo segundo, veía en el Apóstol al hombre único que había sido capaz de vencer la parálisis que durante seis años le había tenido postrado en cama.

Y entre tantas y tan sinceras manifestaciones de amor, Pedro acabó por encontrarse culpable a sí mismo a causa de sus vacilaciones y temores del largo viaje que significaba la travesía del Mediterráneo, para posarse atrevido en la costa de la Italia Imperial.

El velero *Fidelis* que condujo a Judá y Nebai, esperaba en el puerto de Capua y pocos días después, ellos dos volvían a su Villa Astrea acompañados por los viajeros galileos que al fin se acercaban a las puertas de Roma, esa pavorosa y hambrienta loba romana que devoraba pueblos y vidas, que echaba un dogal al cuello de países libres, esclavizaba a sus hijos y continuaba tendiendo sus legiones a los continentes vecinos, como si nada fuera bastante a sus fauces insaciables.

Los buenos hijos de Abraham la llamaban *Babilonia,* la poderosa potencia que siglos atrás les había esclavizado tan cruelmente, matando a sus príncipes y reyes, destruyendo y robando su Templo; y la trágica visión de aquel Nabucodonosor con entrañas de tigre, les llenaba de espanto y de terror.

Y ellos, con su alma de corderos, se acercaban a sus puertas abandonando sus tranquilos huertos galileos, donde sólo llegaban los ecos lejanos de la lucha feroz que el dogmatismo de los magnates judíos promovía contra toda innovación idealista.

Y era la pequeña María, con esa interna luz que a momentos la convertía en una profetisa, la que calmaba las inquietudes de todos.

www.formarse.com.ar

—No venimos buscando la grandeza y esplendor, de Roma —les decía— sino a nuestros hermanos en la fe del Cristo, que reclaman la palabra y el abrazo de los que tuvimos la dicha de conocerle, de vivir a su lado y escuchar de sus propios labios la doctrina santa que hace hermanos a todos los hombres de la tierra.

¿Por qué temer a Roma? Nosotros nada queremos de ella, ni nada venimos a pedirle ni quitarle.

Si ella es feliz en la adoración de estrellas y de soles, nosotros adoramos al Supremo Creador de soles y estrellas, y seguimos las huellas de su Enviado.

Divino que decía: *"Mi Remo no es de este inundo".* Nada tenemos de común con Roma. ¿Es verdad esto, Pedro? Dilo tú que eres el hermano mayor y seguramente te escucharán más que a mi, todos estos que tanto temen a Roma.

—Yo comprendo a Roma —decía María de Mágdalo— y pienso que no todo es malo en la Roma de mi madre. Su poderío mundial de hoy, lo tuvieron antes Asiría, Persia, Fenicia, Grecia, que hoy son vasallas de Roma. También a ésta le llegará un día le decadencia, y no pedemos prever quién será su dominador.

—Ambas tenéis razón, hijas mías —decía por fin el humilde apóstol Pedro—. Pero no negaréis que tiene visos de loca aventura el que un puñado de insignificantes galileos nos creamos necesarios en la capital del muirlo.

Estas y otras parecidas conversaciones ocupaban las horas que el velero *Fidelis* tardó en recorrer la distancia que media entre Capua y la Villa *Astrea* del Lacio.

Más fue el caso que todos tuvieron que modificar sus ideas al respecto cuando desembarcaron bajo las pérgolas de glicinas y rosales de la hermosa mansión solariega de Quintus Arrius hijo.

Los jardines aparecían cubiertos de una muchedumbre de hombres, mujeres y niños que esperaban ansiosamente al Apóstol Pedro y hermanos en la fe que desde la lejana Siria acudían a llevarles el *agua de vida eterna,* que en ellos había dejado el Mesías Salvador de la humanidad. Era aquello todo un pueblo de esclavos libertados por la doctrina de amor fraterno del hombre único que decía: *"La Verdad os hará grandes y fuertes". "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, que todo lo demás os vendrá, por añadidura".*

"Yo soy la luz de este mundo, y el que me sigue no anda en tinieblas".

"Bienaventurados lo; que lloran, porque pronto serán consolados".

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia, porque ellos serán hartos".

Los auxiliares de Tuda, Samuel y Livia Augusta, con el Centurión retirado Julíano de Pérgamo y su hija Faustina, habían cumplido fielmente la misión de mensajeros a todos los hermanos en la fe, que libertados por Quintus Arrius habían abrazado con fervoroso entusiasmo la fe del Cristo aparecido en Palestina, como una gloriosa promesa de liberación para toda la humanidad.

Esa era la causa de aquella numerosa congregación que esperaba a los viajeros del *Fidelis* en los jardines de la Villa Astrea.

Los coros de doncellas organizados por Noemí y Nebai al estilo de los oratorios de Palestina, con el joven Samuel como director, que, buen discípulo del amarlo Stéfanos, era un maestro de la armonía, fueron la primera gran sorpresa de Pedro y sus compañeros.

Creían estar en el gran Oratorio del Palacio Henadad, punto de reunión de los discípulos del Maestro desde el último tiempo de su vida en la tierra.

Era un retazo de tierra nativa transportado a las puertas de Roma por un nuevo prodigio del amor del Cristo.

Y sintiendo el dulce cantar de los salmos, pasaron por entre la silenciosa multitud que les recibía cor reverente amor porque traían con ellos la Verdad, la Fraternidad, la divina hermandad promulgada por el Mesías Nazareno como una ley para toda la humanidad.

Una formidable onda de amor y de fe se extendió en la atmósfera, tan poderosa y fuerte que Pedro se vio envuelto en una nube de dorada claridad y su mente lúcida en un nuevo despertar, cual si estuviera en otro plano de acción, sin los entorpecimientos de la materia.

Los que habían presenciado en Palestina las apariciones radiantes del Maestro y sus prodigios de amor, tuvieron la seguridad de que El mismo se había posesionado del Apóstol en aquel instante haciéndole hablar y pensar como nunca nadie lo había oído.

En aquel momento, no fue ya el tímido y vacilante Pedro de las orillas del Mar Galileo que sólo era capaz de amar y de llorar...

Era el Apóstol Pedro, la piedra fundamental del Cristianismo naciente, que se disponía a llenar el mundo con la doctrina de amor de su glorioso Maestro. Y les habló así:

www.formarse.com.ar

—Hermanos de todos los países del mundo: Como un ave errante y peregrina he llegado hasta vosotros en un vuelo a través de los mares que nos separaban, porque el Cristo mi Señor lo ha querido, y vosotros lo habéis querido también como El.

Su promesa eterna de hacer morada en todo corazón que le ame tanto como El sabe amar, alimenta mi convicción profunda de traerle a vosotros dentro de mi propio corazón, y con El, la Verdad, la Sabiduría, la Paz y el Amor que toda alma humana necesita para vivir en la tierra como viven los ángeles en los cielos de Dios.

Sé que tocios vosotros habéis padecido los tormentos de la esclavitud, la privación de la santa libertad, don divino concedido por Dios a todo hombre revestido de carne, y que lo habéis sufrido por la prepotencia y egoísmo de los poderosos amos del mundo. Mas no guardéis odio ni rencor para ellos, antes bien, pedid al Dios Eterno que envió su Hijo a la Tierra, que ellos sean iluminados como vosotros para que todos juntos y en el amor del Cristo mi Señor, establezcamos el Reino de Dios en este mundo y seamos coronados de paz, de libertad y de amor.

Y en vez de legiones que esclavizan, despojan y matan, formemos nosotros legiones salvadoras que anulen todos los dolores humanos, el hambre, la miseria, las cárceles, los patíbulos, la esclavitud...

Para esto he venido entre vosotros, y si fue mi Señor llamado Salvador de este mundo, nosotros que somos sus servidores, a salvar y no a perder hemos de consagrar la vida que nos fue dada en préstamo, a plazo fijo, pasado el cual hemos de rendir estrecha cuenta de ese tesoro de Dios, presentándole la ofrenda de nuestras obras de amor para nuestros hermanos, única moneda con que podemos obtener la gloria de los cielos donde toda la dicha, toda la paz, la luz y la belleza suprema, viven, alientan y son para siempre jamás.

Con nuestro amado Señor, somos salvadores en este mundo y para serlo hemos de anular los odios, los rencores, los agravios, los separatismos y formar una corona de almas en torno al Cristo Divino, una fuerte cadena de corazones unidos por el mismo sentimiento, por la misma fe por el mismo amor.

Para eso he venido a las puertas de Roma, señora del mundo, a inundarla del amor de Cristo, de su luz soberana y de su paz infinita, porque si es verdad que El hace su morada en cada corazón que le ama, yo le tengo en el mío y con su fortaleza de Hijo de Dios, transformaremos a Roma pagana en Roma Cristiana... a Roma idólatra en Roma servidora del único Dios Creador de los cielos y de cuanto vive en la Tierra.

Rogad todos por mí a fin de que yo responda a mi Señor y Maestro, como El espera que le responda este humilde Simón de Galilea que le tuvo sobre sus rodillas de niño y que hoy le lleva en su corazón para toda la eternidad".

.....

Cuando unos días después el apóstol Pedro hubo descansado en su cuerpo y en su espíritu de las grandes emociones sufridas, pidió a Judá que le llevase *a* la temida Roma de los invasores, de los conquistadores, de los amos del mundo.

Muchos de sus grandes temores y espantos habíanse disminuido notablemente con el amoroso recibimiento que les hicieron en Capua a los hermanos de la lejana Palestina, *y* con las suaves y místicas emociones de la Villa Astrea convertida por Nebai y Noemí, en un Santuario Esenio, con toda la belleza mística que los solitarios imprimían en todo lo relacionado con sus vicias de meditación, de estudio y de trabajo en beneficio *de* sus semejantes.

El anciano Apóstol traía recomendación de un Tribuno romano que había curado de un grave mal en Palestina y que secretamente se había afiliado a las Congregaciones Cristiana de Tudea.

Este militar era hijo por adopción del Senador Cornelio Pudens, y para este ilustre personaje venia recomendado Pedro, por lo cual Judá le condujo al barrio denominado *Ticus Patricius* donde el Senador tenía su residencia. Estaba casado con Claudina de Bretaña, prima de Claudia la esposa de Poncio Pilatos, el hombre bueno, pero débil, que no tuvo el valor de sacrificar su posición por salvar de la muerte al hombre justo que reconocía inocente.

Claudina, amiga de Nebai y con la noble influencia de la prima y del hijo adoptivo, era ya cristiana de corazón, y puede suponer el lector lo que fue para ella la llegada de Pedro a su casa.

Fue pues su hospedaje en la capital del mundo, h casa del Senador Cornelio, como era en el Lacio, su propio hogar, la Villa Astrea donde Judá y Nebai eran para él *"Hijos del alma, preciosa herencia de su Maestro y Señor",* según él lo decía siempre con la emoción más honda de mi humilde corazón agradecido.

Como comprenderá e! lector, estas circunstancias hicieron desaparecer como por arte de magia, todos los terrores de Pedro para la *"Babilonia Infernal"* como todo israelita llamaban a la Roma de los Césares.

Al bueno y sencillo Apóstol se le podría aplicar el decir de un poeta de nuestra época actual:

www.formarse.com.ar

"Todo es según el color
del cristal con que se mira".

* * *

La *"Villa Astrea"* del Lacio llegó a .ser el lugar de reunión de los amigos de Jhasua, que desde diversos puntos del mundo se veían obligados, por una u otra causa, a dirigirse a la capital del mundo civilizado.

Y así fue que Narciso de Lidya y Leandro de Caria llegaron a Pouzoli a bordo de un barco mercante de la flota de Ithamar, desde donde fueron conducidos a caballo hasta el Lacio, donde nadie les esperaba.

Sus dominios en las costas del Mar Egeo les habían obligado a tan largo viaje; y habiendo terminado felizmente los asuntos de negocios familiares que les llevaron a la tierra natal, no podían volver a la patria adoptiva, Alejandría de Egipto, sin entrevistar a los hermanos de ideales que habían colgado sus nidos en las inmediaciones de la opulenta Roma. Llevaban para ellos el amor del apóstol Zebeo en largos mensajes escritos en pergaminos donde él había volcado todos sus sentimientos, ya de alegría o de tristeza, tal como es la vida humana terrestre en todas las épocas y en todos los climas.

Había muerto su dulce Thabita, la flor blanca encontrada en el camino cuando su corazón desamparado sollozaba en silencio por el duro martirio de la soledad. Y Leandro de Caria, que -veía en ella el vivo retrato de la mujer amada en su primera juventud, unía a la de Zebco su desoladora soledad El mismo dolor les hizo hermanos del alma y el recuerdo de la dulce amada les unió tan estrechamente, que el sabio sacerdote de Osiris se convirtió en humilde discípulo del Apóstol del Cristo, no obstante de tener unos años más que él.

—Es verdad —decía Leandro hablando con Pedro y con Juan bajo la glorieta de jazmines de la Villa Astrea —, que yo tengo la sabiduría de \r s templos de Osiris y de Amon-Ra, pero Zebco tiene la gloria del amor del Cristo, que hace revivir los corazones muertos y llena de claridades las conciencias adormecidas en la sombra. La sabiduría no pudo sacarme del mortal ostracismo a que me condenó para toda la vida, la ley rígida del templo; y el amor inefable del Cristo vibrando en el alma de Zebeo me levantó de la tumba y me dio vida nueva, y la esperanza floreció en mi camino.

De las confidencias idealistas se pasó a las de orden material, o sea, sobre la organización y sostenimiento de las Congregaciones Cristianas formadas en su mayor parte de los desposeídos y sufrientes, de enfermos, ancianos y huérfanos. Y sobre todo de esclavos.

Nebai había formado una pequeña agrupación de mujeres de posición elevada, viejas amistades que habían sido del Duunviro Quintus Arrius, entre las que se encontraba Fulvia, espesa del Senador Flaminio que Jhasua desde Antioquía había curado de una parálisis crónica. Soemia, su hija adoptiva, como recordará el lector de "Arpas Eternas", era Notaría de la Agrupación y dirigía el coro de las doncellas que cantaban en los cultos sagrados.

Aquellas mujeres habían querido hacer a Nebai su directora, su matriarca, pero ella las indujo a designar como tal a su madre política, la madre de Judá, porque le reconocía dotes especiales para Una agrupación que revestía el doble aspecto de filantrópica y religiosa de una elevada mística.

—Acento solamente —dijo Nebai— ser vuestra *Celadora* que significa estar alerta siempre para que ninguna retarde el paso en el camino, ni vuelva la cabeza atrás, ya que nuestro gran Guía Conductor el Cristo dijo: "El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de Dios".

La anciana madre del Príncipe Judá se vio obligada a complacer a su nuera, que en su solitaria vida de viuda, era como una estrella radiante de luz, de esperanza... de alegría. Le había dado dos amorosos nietecitos que juntamente con su hijo formaban su encanto y su gloria.

En su ancianidad Noemí se sentía feliz.

Esposas, madres o hijas de senadores, de militares o marinos ilustres, de príncipes extranjeros que habían abrazado el ideal del Cristo, aquellas doce mujeres significaban una fuerza respetable en la sociedad romana de aquel tiempo.

Tomaron el nombre de *Diaconisas,* o sea auxiliares de los Doce Apóstoles del Cristo.

Noemí con Fulvia eran las más ancianas y Soemia y Nebai las más jóvenes. Todo lo más noble y bello que tiene la filantropía, la religión y el arte, se hallaba reunido en aquel escogido grupo de mujeres enamoradas del ideal cristiano.

Su obra fue silenciosa hasta el punto de que nadie conoció su existencia en. el siglo I», sino sólo las mismas que lo formaban, y aquellas que estaban a su contacto inmediato.

www.formarse.com.ar

En una reunión a la que asistió Pedro, Juan, Leandro, Narciso y el Príncipe Tuda, quedaron aceptadas las importantes donaciones que los- dos 'ex sacerdotes de Osiris hacían a las Diaconisas, de la mitad de las rentas que producían sus dominios para el sostenimiento de las obras benéficas a que ellas se dedicaban. Con la otra mitad ensancharían la obra apostólica de Zebeo en la vieja Aldea de los Esclavos, que había tomado el nombre de *Filia Marioti,* porque llegó Zebeo a descubrir que la princesa Thimetis había sido en la prehistoria de los Kobdas del Nilo, la *Matriarca de Mariota* hermana de Tubal el Instructor de Joheván y Aldis abuelos del Hombre-Luz: *Abel.*

Con este nombre hacía homenaje de amor y de recuerdo a la madre augusta de Moisés y a su dulce Thabita ya desaparecida, puesto que les tres nombres correspondían a tres existencias físicas de un mismo espíritu.

El amor que es luz, savia y vida de toda vida, apareció también como una estrella radiante en la penumbra grisácea de dos vidas en el ocaso, Noemí de Jerusalén y Leandro de Caria, una misma célula viva surgida del Eterno Amor entre millones de chispas emanadas de su seno infinito en edades pretéritas y ya perdidas en la oscura nebulosa de los tiempos. La inexorable Ley les había separado a su hora, v aunque en varias existencias anteriores habían caminado juntos, en ésta no se habían encontrado aún.

Por los profundos estudios de las ciencias astrológicas y psíquicas, Leandro sabía que su alma esposa estaba encarnada y que algún día se encontraría con ella... acaso cuando menos lo esperase.

Noemí, nacida y educada en la austera y a la vez sencilla Ley de Moisés, a la sombra suave de los claustros sagrados del Templo de Jerusalén, entre el perfume del incienso y la melodía de los Salmos, nada sabía de los hondos misterios que guarda en sus orígenes la Psiquis inmortal y eterna. No tuvo otro amor que aquel primero de sus años juveniles: el príncipe Ithamar, padre de sus dos hijos, a cuyo recuerdo sagrado para ella, le consagraba un culto en el santuario secreto de su corazón.

La llegada de Leandro de Caria a la *Villa Astrea,* produjo en la buena anciana un sacudimiento profundo.

Por referencias epistolares del Apóstol Zebeo y por relatos de Juan conocía la existencia y algo de la historia de ambos sacerdotes de Osiris, salvados del ostracismo y de la muerte por el amor del Apóstol de Cristo.

Compasiva por naturaleza y compenetrada su alma del amor fraterno sembrado junto a ella, por el inefable amor de aquel Jhasua inolvidable al que llamaba siempre *su Salvador,* comprendió y amó a distancia y sin conocerles a aquellos dos seres que tan a tiempo se encontraron con Zebeo para que él levantara las lápidas sepulcrales que les ocultaban de la vida y de la humanidad.

Juan le había dado a leer copias de las conferencias que se daban en la Academia fundaba en la *Aldea de los Esclavos,* y la estudiosa princesa judía encontraba maravillosas novedades en las disertaciones filosóficas de aquel profundo psicólogo que parecía complacerse en estudiar fibra por fibra el corazón humano, no precisamente como un órgano de carne, sino como centro vital, receptor y promotor de estupendas energías y formas de vida desconocidas para ella en absoluto.

Y en sus conversaciones con Juan el apóstol llegado al Lacio con Pedro, solía decirle:

—Confieso ingenuamente que tu gran filósofo del Lago Merik me resulta a veces tan oscuro e incomprensible como el *Génesis* de nuestro Padre Moisés que caria cual interpreta a su manera, dejándonos a todos en la incertidumbre de antes de leerlo.

—Ha bebido en la misma fuente de Moisés —le contestaba Juan— y una misma sombra les puso a cubierto de la ignorancia espantadiza del que ignora porque no es capaz de comprender.

— ¿Quieres decir con eso que Moisés ocultó a su pueblo las verdades divinas que descubrió entra los esplendores del Sinaí? —preguntaba Noemí.

—Está claro que sí —respondía el joven Apóstol—. Y aún nosotros habremos de seguir soltándolas por gotas medidas, añadiendo a cada gota las palabras que añadía nuestro Maestro cuando alguna dejaba caer: "El que tenga oídos que oiga, y el que tenga buen entendimiento que entienda".

Con esta breve digresión el lector podrá comprender la impresión que recibió Noemí cuando el Hierofante de *los* Templos Egipcios estuvo en su presencia.

La austera y noble fisonomía de una palidez mate en contraste con su negra y bien cuidada barba y cabellera donde algunos hilos de plata se distinguían a primera vista, aquellos ojos oscuros como un abismo que miraban interrogando siempre, como si cada ser que encontraba en su camino fuera un misterio insondable, de tal modo impresionaron a Noemí, que cuando él se levantó de la profunda inclinación que hizo para besarle la mano y la miró de nuevo, ella tenía tal azoramiento en sus ojos y un temblor en su labios y en toda ella, que Leandro le preguntó:

www.formarse.com.ar

— ¿La he asustado, señora?...

—No, señor —le contestó ella tratando de serenarse—. Creía haberle visto antes muchas veces y quería recordar dónde y cuándo...

—Los seres humanos somos como aves errantes que andamos por muchos climas y puede ser que en esas andanzas nos hayamos encontrado algunas veces. No tendría nada de inverosímil ni extraordinario.

Traigo del Apóstol Zebeo para vos, señora, esta copia sacada por él de los relatos que sobre la vida del gran Moisés dejó en su archivo el maestro Filón de Alejandría. —Y Leandro le alargó un tubo de plata cincelada con una hermosa miniatura, en alto relieve, de Isis con el índice sobre los labios imponiendo silencio.

—El contenido es obsequio de Zebeo, pero el estuche fue un regalo que hice años atrás a mi madre y que os ruego lo aceptéis vos, señora, de este antiguo servidor de Isis que ha logrado unir sus impenetrables secretos, con las claridades sublimes de Jhasua de Nazareth, Ungido de Dios.

— ¡Oh, gracias!... muchas gracias —respondió Noemí mientras admiraba *el* delicado trabajo hecho en aquel tubo de plata— Y esta hermosa mujer —preguntó — ¿es una vestal de vuestros templos?

—No, señora, es sólo un símbolo. Los templos egipcios que para el vulgo son como un antro lleno de misterios, son, en realidad, imponentes palacios en que se han aglomerado en símbolos de piedra, todas las grandiosas realidades de la Creación Universal. Toda la estupenda vitalidad sideral con sus millones de millones de globos está representada en piedra bajo las naves oscuras y frías de los templos grandiosos de Menfis, de Tebas, de Ipsambul.

—Y es también nebulosa y oscura la sabiduría que se enseña en ellos —añadió Noemí—. El *Génesis* de nuestro padre Moisés, que dicen ciertas tradiciones que cultivó allí su mente en la primera juventud, participa de esa oscuridad. La *Creación* por ejemplo, es una prueba de ello.

—Las leyes de aquellos templos, eran severísimas, señora, y tenían pena de prisión perpetua y de muerte para los infractores de sus mandatos. Era considerado como un vil traidor a la Suprema Potencia el discípulo que revelaba uno de sus grandes secretos, y convertido en reo de lesa Majestad Divina era ejecutado en el acto o privado de libertad para siempre, sin que pudiera ni ver, ni hablar a ningún ser humano en todo el resto de su vida. Enjaulado en camarines de piedra con ojivas inalcanzables y fortificadas con barrotes de granito, era un pájaro prisionero con esmerados cuidados en que nada le faltaba sino la libertad y el amor.

"En mis tiempos de probación, fui destinado a servir a dos prisioneros del templo, a los cuales jamás les vi el rostro ni les oí la voz. Separados entre ellos por muros de piedra, lo estaban igualmente de mí, que les depositaba a cada cual en una gran hornacina giratoria las fuentes de los alimentos, las cestillas de frutas, la ropa limpia, las velas de cera para alumbrarse, en fin, cuanto es necesario a un hombre para vivir su vida. El cautivo devolvía por la misma hornacina las ropas usadas, las fuentes y cestillas vacías, y a veces encontraba un trozo de pergamino en que pedía un escardador de la tierra, un cincel para pulir cobre o piedra, esparto o junco para trabajos manuales, o pergaminos y tintura de escribir.

"Siendo esto así, ya comprenderéis, señora, las sombras y disfraces con que vuestro Moisés, alumno distinguidísimo por su talento y sus virtudes, debió envolver las grandes verdades del Cosmos, incomprensibles para la humanidad de entonces, más, mucho más aún que para la humanidad de hoy.

"Ni creáis que todo el que pedía ser aceptado como estudiante, lo era. Debía pasar por estrecho examen de un severo tribunal sacerdotal que dictaminaba sobre las capacidades mentales, morales y físicas del pretendiente. Y desde luego, que más eran los rechazados que los aceptados.

"La voz que daba a Moisés los mandatos para el pueblo que guiaba, tuvo que ser interpretada por la ignorancia popular como la voz de un ser vivo que lomaba ante su escasa comprensión las formas humanas que le eran conocidas. Debía ser necesariamente un poderoso rey más fuerte y grande que todos los poderosos monarcas de la tierra.

"Aunque Moisés hubiera tenido libertad de explicar la verdad, ¿cómo podía hacer comprender de la mentalidad humana la idea de la Fuerza Creadora, de su Eterna y siempre renovada Fecundidad que concibe, engendra y da de Sí misma los mundos y los seres todos del vasto Universo?

"¿Cómo hacer comprender el misterio del alma, si cada alma es un mundo invisible, como cada cuerpo físico es un mundo visible?

"¿Cómo explicar y ser comprendido el maravilloso proceso de la Evolución de todo cuanto existe, mundos y seres, que de chispa llegarán un día a ser soles, de igual manera que los seres, de células apenas perceptibles, se convierten con los siglos en bellísimas formas, que se expanden en razas, en pueblos, con inteligencia, con vida propia, después de haber pasado lentamente desde un grumo vivo de la tierra o del mar, hasta la espléndida forma humana que es por sí sola una de las .grandes maravillas de la Creación Universal?

www.formarse.com.ar

"¡Oh, señora que me escucháis asombrada! Mucho más admiraríais y amaríais a vuestro excelso Moisés, si pudierais comprender lo que debió padecer para envolver en sombras la luminosa verdad que su mente de elegido guardaba en sí misma como en un cofre de diamante!

—¡Oh, es verdad!... Tener la luz en la mano y no poder darla a los que caminan en la oscuridad... ¡tener la fuente de *aguas vivas y* no poder darla a los que se arrastran penosamente a su lado! —exclamó con honda pena la anciana, que comprendía todo el alcance de los pensamientos expresados por Leandro...

La llegada de Judá con Nebai y los niños dio otro giro a la interesante conversación.

—Las golondrinas de Jhasua comienzan a llegar, madre —dijo Judá— y se extrañan de no encontrarte en tu sillón del Cenáculo.

—Es verdad —respondió Noemí levantándose—. Hermano Leandro, seguiremos nuestra plática sobre las verdades divinas, porque quiero conocerlas todas antes de que suene mi hora de partir al Reino de Dios.

—Estaré a vuestra orden todos los días que permanezca en el Lacio —contestó el ex sacerdote de Osiris.

— ¿Qué os parece la salud mental y física de mi madre? —preguntó Judá cuando ella no podía oírle.

—Físicamente es endeble, pero su espíritu es fuerte y su mente lúcida resplandece como una estrella.

Captando la onda de los pensamientos de Judá, Leandro añadió:

—Por los conocimientos médicos que tengo, puedo decir que aún la tendréis una decena de años, o más quizá. La energía y buena salud del espíritu es el mejor resguardo y c-1 más eficaz tónico conservador de la salud del cuerpo.

—Gracias, amigo, por vuestra predicción. Dios me dio una esposa tal coma la deseaba y dos hijos que son una bella promesa para el futuro; pero esta madre continúa siendo para mí, la estrella maga que fue en mi infancia y que es hoy en la edad viril.

—Ya lo he comprendido así —dijo Leandro— y mucho me place platicar con ella, porque capta maravillosamente aún lo que queda detrás de mis pensamientos.

Los suaves gemidos del órgano llegaban desde el Cenáculo y todos juntos se dirigieron allí.

Las doncellas cantaron el salmo acostumbrado en que el alma pide a Dios sus dones divinos, y un silencio profundo reinó en el vasto recinto de oración.

Sin más iluminación que la dorada claridad del candelabro de los siete cirios colocado sobre el altar con las Tablas de la Ley, todo el Cenáculo quedaba velado por una suave penumbra perfumada de incienso.

La anciana Noemí, que presidía aquella mística reunión de almas dijo en alta voz las frases acostumbradas:

—"Hijo de Dios, Maestro excelso de nuestras almas peregrinas en los desolados valles terrestres, envía sobre nosotros tu amor y tu luz para que, conociendo tus verdades y practicando tus leyes, podamos llegar purificados al Reino de Dios".

Con el pensamiento repetían todos esta breve plegaria, y cada cual se sumergía en su propio mundo interior buscando la unión con la Divinidad.

Y la Luz Eterna se hizo también para Noemí y Leandro. ¿En qué forma?... ¿De qué modo y en cuáles circunstancias? Veámoslo.

Una misma visión mental resplandeció como una aurora boreal para ambos, en un lejano horizonte como de nubes de amatista y ópalo deslizándose sobre un inmenso mar azul.

Para Leandro cuya mente estaba habituada a estos magníficos panoramas siderales, no fue extrañeza ninguna; pero no imaginó que esta visión mental pudiera ser un pasaje de su propia vida.

Para Noemí, cuyas meditaciones sólo se desenvolvían en el círculo reducido de su jardín interior, donde se había desvivido por sembrar virtudes austeras, violetas humildes junto a las siemprevivas de santos y amorosos recuerdos, aquella visión fue como un deslumbramiento. Hasta llegó a pensar que su alma, libre de la materia, iba a penetrar en el Reino de Dios.

Sentíase entre una exuberancia de vida, y energía y una sensación de infinita paz parecía sumergirla en un estado semi-inconsciente de inefable ternura. Corrían sus lágrimas, pero no de dolor, sino de una suave y dulce emoción que no acertaba a interpretar.

Grandes peñascos azulados y blancos a la vera de un mar de azules oscuras ondas, ostentaban como ornamentación gigantesca grupos de cactus enormes, cuya floración semejaba copas de marfil donde bebían las mariposas y las abejas doradas de la desconocida región.

www.formarse.com.ar

Una anciana de blancos cabellos y amorosos ojos recogía con suavidad las abejas de oro y las escondía en una canastilla de fibra vegetal que cubría cuidadosamente con una gasa blanca.

Era sin duda una cultivadora de aquellas abejas, porque la visión les llevó a un jardín de cactus cubierto de fina rejilla de cobre donde millares de abejas de oro zumbaban incesantemente formando una melodía extraña, sin notas, sin veces, que podía calificarse de sonoro canto mudo. Y entre esas abejas había una que, al parecer, enamorada de su amorosa dueña, se posaba en su cabeza blanca, se escondía entre los bucles de su cabello, y por fin se prendía como un broche de oro en su pecho y allí quedaba quieta por largo tiempo.

La anciana, sin inmutarse, continuaba hilando los velloncitos blancos que sostenía en sus rodillas.

La visión continuaba cual si fuera pintada en una ancha cinta que manos invisibles desarrollaban lentamente.

Las nubes se agitaron sobre el mar azul, un huracán batió sus alas poderosas y la fina rejilla de cobre se rompió en varias partes. Las grandes abejas de oro se escapaban volando, el viento las arrastraba lejos y la anciana las seguía con la mirada entristecida, pero sin moverse de su sitio.

Por fin se fueron todas y sólo quedó aquella que prendida en su pecho parecía dormir en suave quietud.

El amor de la anciana se desbordó sobre ella como un manantial incontenible y poniéndola en el hueco de su mano le hablaba como pudiera hacerlo a una tierna criatura mimosa.

"Tú eres mi hija y yo soy tu madre para toda la eternidad".

Era aquella abeja del tamaño de un colibrí, pero de la forma exacta de las abejas de esta Tierra.

Pasó tiempo. La anciana se doblaba a la tierra. Y la dorada abeja zumbando en torno suyo bebía en los cactus florecidos su alimento cotidiano.

Pero un día la dulce anciana la encontró caída en una flor, y al parecer sin vida. Al examinaría con su lente observó que se movía, y que algo se desprendía de ella como si fuera un brote vivo en un tallo repleto de savia.

Diez días duró aquel desprendimiento, al parecer muy doloroso, hasta que se vio claramente otra abeja igual pero más pequeña y de un dorado más vivo.

Un letargo las mantuvo inmóviles unas horas, hasta que lentamente desplegaron las alas transparentes y ambas volaron a la cabeza de la anciana que, estupefacta, les hablaba interrogando. ¿Qué era aquello?...

Por encima del mar azul pasaban enormes nubes como llevadas por el viento y por fin la visión diseñó una joven mujer en una granja de labriegos, que tenía entre sus brazos, dos niñitos recién nacidos. Era la primera encarnación en el reino humano de las dos abejas doradas de aquella anciana cultivadora de abejas en las orillas plenas de luz y de flores de un mar azul que tendía sus ondas radiantes en la esplendorosa Venus, la amatista de los cielos.

* * *

Noemí no podía comprender lo que encerraba aquella misteriosa visión. Y pensó:

—Deberé consultarlo con ese Hierofante del Templo de Osiris, que seguramente él estará capacitado para interpretarlo.

Su sorpresa fue grande cuando Leandro le iba refiriendo con detalles la misma visión que había sido común para ambos.

Averiguó si algunos otros presentes en el oratorio habían percibido la extraña visión. Ninguno vio nada, tan sólo Leandro y ella.

—Creo que mañana estaré en condiciones de explicaros esa visión, señora —le dijo el ex-sacerdote de Osiris.

Noemí le dio las gracias y se retiró pensativa a su alcoba.

Nunca tuvo deseos de visiones y de aparecidos. Asidua lectora de las Escrituras Sagradas, admiraba la visión de Jacob, la escala maravillosa por donde bajaban y subían los ángeles del Señor. Las visiones de Abraham el gran Patriarca, fundador de h raza hebrea, resplandecían en su horizonte mental a lo lejos, pero jamás tuvo deseos de visiones extraterrestres. Le bastaba con lo que sentía, con lo que comprendía de las magníficas bellezas del Universo, obra estupendamente grande del Eterno Invisible.

Jhasua, el dulce Profeta Nazareno, Verbo de Dios hecho hombre, había «ido para ella una verdadera visión descendida de los cielos. ¡Y ella lo había comprendido tan bien!

www.formarse.com.ar

Lo había sentido como vivir dentro de ella misma, y sus palabras le habían resonado en el corazón como una música divina que no olvidaría jamás.

Pero esta visión de las grandes abejas doradas, de la amorosa anciana que hilaba, de la mimosa abeja que echó un brote vivo y era otra abeja más pequeña.

Luego, la misma anciana era una joven madre con dos niñitos recién nacidos, una niña y un varoncito que se parecían como pimpollos de un mismo rosal... ¿Qué era todo aquello?...

A mitad de la mañana del día siguiente, ella, retirada en una de las glorietas de los jardines, tejía un fino encaje para el altar del Oratorio donde una veintena de jovencitas preparadas por ella recibirían el velo blanco de las manos de Pedro, para ser contadas entre los discípulos del Cristo aparecido en las tierras de Palestina.

Leandro fue hacia ella conducido por Nebai que deseaba escuchar a aquel maestro de ciencias ocultas, que sabiendo muchas cosas había comprendido que el amor brotado como un manantial del corazón de Jhasua, era inmensamente más poderoso para tras formar la humanidad que toda la sabiduría oculta en los viejos templos egipcios.

Y comenzó así su explicación:

—Hermana mía de las edades y de los siglos, creo llegado el momento de que sepáis vos como lo he descubierto yo, que nuestras almas son gemelas, o sea, que un día perdido ya en la bruma de lejanos tiempos, fuimos una sola chispa de luz, luego célula viva, burbuja, grumo, larva, insecto, y por fin abeja dorada que en los jardines del Mesías de Venus, vivía bebiendo el néctar y el rocío en los cactus gigantes que florecían allí con exuberancia tropical.

"Allí se operó la separación de sexos para iniciar otra forma de vida más consciente entre el concierto de los seres orgánicos inteligentes, o sea, en la especie inmediata superior.

"No significa que de la abeja dorada que se prendía en el pecho de Odina, se diera el salto a las alturas del reino humano; sino que tal fue el origen de lo que hoy somos.

"Una larga edad de muchos siglos pasaron en otras mil formas de vida, acercándose paulatinamente a la especie humana.

"Pero nuestro origen fue aquella abeja dorada que amó el Mesías venusiano, y ese amor fue así el génesis glorioso de nuestras vidas humanas.

"Yo sabía este origen mío y sabía también que me encontraría con la otra mitad de la abeja de Venus. Años atrás, cuando la juventud vigorosa y soñadora envolvía en redes de gasa y flores mi mente, pude creer que la mitad de aquella abeja era la mujer que amé en mi juventud. Pero los hechos y la visión mental me probaron que no era ella y que un día la encontraría en mi camino y cuando menos lo pensara.

"Yo hice que un joyero construyera la abeja de oro tal como mi visión la percibía; la hizo en dos mitades, desde la cabeza al rabillo. Aquí está para probar la verdad de cuanto os digo.

Leandro sacó de su seno un pequeño estuche de nácar y plata que por dentro estaba abullonado de seda azul. Prendida allí estaba la abeja de oro con sus ojillos de rubí y sus alitas abiertas de una delicadísima filigrana de oro como una redecilla transparente.

Con honda emoción que quebraba su voz y hacía temblar sus manos, desprendió la juntura de las dos mitades, y diciendo a Noemí:

—Con tu permiso, hermana mía —se la prendió en los encajes del mantillón de seda blanca que rebozaba su pecho; y él mismo se prendió sobre su toga negra la otra mitad.

Noemí rompió a llorar a sollozos, no de amargura sino de profunda emoción.

— ¡Oh! ¡Los secretos del Eterno Invisible son admirables, magníficos y desconocidos de los hombres que no miran más allá de la sombra que proyecta su propio cuerpo al caminar! —exclamó el antiguo sacerdote de Osiris, viendo el asombro producido en Nebai, que escuchaba el maravilloso relato y la emoción de la anciana que empezaba a serenarse y su llanto se convertía en interna oración.

La anciana Noemí se sumió en hondas meditaciones.

¡Cuan inesperadas y asombrosas revelaciones le había hecho aquel hombre que veía por primera vez!

Era su alma gemela desde los comienzos de su vida en lejanas edades, y no sentía por él afecto ninguno, aunque reconocía sus talentos, su sabiduría, su grandeza en el dolor, su austera firmeza en la árida senda de estudio y de vencimientos y renuncias terribles. Pero nada más. En cambio... (Pensaba ella) su dulce y amado príncipe Ithamar que se miraba en sus ojos y adivinaba sus pensamientos ¿qué era para ella y dónde estaba? Según su fe, los justos seguidores de la Ley de Moisés, se congregaban en el cielo de Abraham, escogido por

www.formarse.com.ar

Jehová como padre de la raza que sería su pueblo escogido, el único adorador del Dios Invisible en medio del cual debía nacer el Justo por excelencia, el Verbo Eterno hecho hombre.

Ella tenía en su corazón un altar escondido, donde después de Jehová, estaba *él,* su inolvidable amor de la juventud, noble y amado ser que la amó como nadie la había amado en el mundo; y su recuerdo vivía como una llama eterna que ni la muerte podría apagar.

Y otro hombre desconocido era su alma gemela. No podía ponerse a tono con esa revelación que le sonaba como un seco martillazo en medio del corazón.

—Misterio de Dios —decía— que mi pobre mente no puede comprender, ni mi corazón aceptar.

Y esa noche se durmió casi al amanecer con ese pensamiento. Era una alma rendida a la Eterna Ley, y ella, piadosa y buena, la iluminó en el sueño.

"Se vio a sí misma vagando por una verde llanura de dimensiones ilimitadas donde había todo género de bellezas.

"Bosques rumorosos llenos de pájaros que cantaban alegremente; arroyuelos como cintas de plata que serpenteaban murmurando placenteras canciones; y entre tantas bellezas se encontraba de pronto con su príncipe amado que la invitaba a caminar por la florecida orilla de uno de aquellos arroyuelos.

"Y llegaron hasta e' nacimiento; un cristalino manantial que descendía en cabellera de espumas desde lo alto de una montaña.

"Y apenas llegado al llano se abría en dos, y uno iba a naciente y el otro al poniente, llevando ambos la frescura de sus ondas límpidas y puras a aquella inmensa pradera que florecía a su contacto.

"Y su amado príncipe Ithamar le decía: —"Así sucede con nuestras almas que tuvieron un mismo origen, que después se separaron, se reunieron nuevamente para volver a separarse o unirse infinidad de veces, hasta que al final de todos los tiempos formaremos un solo resplandor de luz, un solo fuego vivo que da vida y calor a un mundo, a sistemas de mundos... a universos de mundos"...

"Y ella le contestaba: —"Si tú sabes todo esto, ¿por qué nunca me participaste tus conocimientos?"

—"Porque la materia es oscuridad y el alma libre de ella, es como una estrella que resplandece de luz. Lo he sabido cuando fui libre en el espacio infinito.

—"Y ahora, ¿dónde vives, dónde estás?

—"A tu lado, si tú me piensas, fin tu corazón, si tú me amas."

Y Noemí se despertó del sueño llorando de dicha infinita y de inefable amor.

EL ROSAL DE JHASUA EN ROMA

—El rosal que sembró el Maestro sigue floreciendo —decía Juan en conversación íntima con sus compañeros Marcos, Lucanus y las dos Marías, la de Mágdalo y la de Bethania, que enamoradas de las bellezas de los jardines de la Villa Astrea, pasaban largas horas bajo las glorietas de glicinas y jazmines.

— ¿Por qué lo dices? —preguntóle Lucanus—. Hemos llegado hace apenas una semana y sólo hemos escuchado el relato interminable de lo que padecieron los esclavos liberados por Judá y Nebai.

—Pensé en la abnegación y heroicos esfuerzos de los que no eran esclavos y creí ver allí el rosal de amor fraterno que sembró entre nosotros.

—Zebeo le ha hecho también florecer en los valles del Nilo —añadió María de Mágdalo— y sólo nosotros no hemos hecho nada en la tierra que fue su tierra.

— ¿No hemos padecido acaso? —Preguntó María de Bethania—. ¿Podemos pensar que el Maestro no valora nuestro dolor por la muerte de nuestros hermanos martirizados como indefensos corderos?

—Me refería a que no hemos realizado obras como las de Judá y Nebai, como las de Matheo, Zebeo y Faqui entre los peñascales del desierto.

—No seáis injustas con nuestras humildes obras de Palestina —les dijo Marcos en tono suplicante—. No serán obras de resonancia al exterior, porque allí no hay libertad para hacerlas, pero no por eso menos meritorias.

En cada ciudad, puede decirse, existe una Congregación Cristiana, donde se medita y ora, donde se socorre con amor a los necesitados. Jhasua lo ve y lo sabe ¿No es esto bastante?

www.formarse.com.ar

— ¡Oh!... ¡la vida que El dio por su afán de sembrar el amor en la tierra, no puede pagarse con nada!... —exclamó María de Mágdalo como si de su corazón se exhalara un gemido.

— ¡Eso es verdad!... —añadió Juan— y confieso que me siento grandemente culpable en este sentido. ¡Diez años he perdido en la más completa inacción!

—Que serán triplicados en entusiasmos, y en éxitos de hoy en adelante—dijo Leandro, llegando con Pedro, Juliano y Narciso que volvían de una visita a la gran Capital—. Las aves negras del pesimismo no caben junto a los discípulos del Hombre-Luz.

—Prueba de ello —añadió Narciso— es la obra que acaba de realizar nuestro Hermano Mayor. —Y señalaba a Pedro que guardaba silencio

—Decidla y todos lo celebraremos —dijeron varios a la vez.

Pedro tomó la palabra:

—En Antioquía impuse el velo del grado primero a una joven de nombre Petronila, sobrina del Senador Cornelio Pudens, que pasaba allí una temporada de convalecencia en casa de su hermano Linus.

Las hijas de Cornelio me avisaron que Petronila estaba con un ataque de parálisis que la tenía inmovilizada en el lecho. Fuimos con todos estos, y nuestro Maestro y Señor quiso sanarla por medio mío, y la joven salió del lecho, porque su mal había desaparecido. Esta tarde acudirá a la oración y se ofrecerá a las Diaconisas para ayudarlas en sus tareas en beneficio de los desdichados.

—Siendo yo tu Notario —dijo Lucanus al Apóstol— creo que podré llevar a nuestro Archivo esta primera obra tuya en la capital del mundo.

—Hazlo como lo dices y sea para honra y gloria de nuestro Señor y Maestro —le contestó Pedro.

Petronila, con sus primas Práxedes y Prudencia, fueron las primeras discípulas del Apóstol Pedro en la Ciudad Eterna.

Vestidas las tres como aldeanas vendedoras de flores y de miel, se encargaron de llevar los mensajes y los socorros a esclavos de las grandes familias patricias, a donde Judá, Nebai y las Diaconisas no podían llegar por ser muy conocidas en la Corte Imperial y en el Foro.

A veces les acompañaba Clemerte, el hijo mayor de Judá y Nebai, que ya era un gallardo jovencito y que desde sus primeros años demostró un extraordinario fervor hacia el Divino Profeta como él llevaba a aquel hermoso *Jhasua* que le tuvo entre sus brazos y sobre sus rodillas cuando era un pequeñín que en su encantadora media lengua le decía:

—Seré un soldado del Rey de Israel.

Cuando su madre o su abuela le veían en su disfraz de aldeano de Capua y le preguntaban:— ¿a dónde vas?...

Con la gravedad de un hombre mayor, contestaba Clemente:

—Puede haber buitres en el camino y yo defenderé las palomas del Rey de Israel.

Los viajeros llegados de Palestina y de Alejandría se consagraron con entusiasmo a colaborar con Pedro, en la organización de las agrupaciones que silenciosamente se habían ido formando dentro y fuera de la gran Roma de los Césares.

Era el año segundo del reinado de Nerón, el tristemente célebre Nerón a quien los cristianos del siglo primero llamaron *"Anticristo",* porque su vida y sus hechos lo asemejaban según ellos al mismo demonio o espíritu del mal, que los buenos israelitas consideraban único autor de todos los males que sufre la humanidad.

Mientras se mantuvieren silenciosos y retirados siguiendo la educación esenia, gozaron de paz y de dulce tranquilidad.

En sus ignorados oratorios oraban y cantaban salmos pidiendo a la Divinidad, protección y amparo sobre toda la humanidad.

En días determinados recorrían los barrios humildes socorriendo a los necesitados, llevando a los Refugios a todos aquellos que carecían de un techo que les cobijara, de lo cual resultaba necesariamente que los socorridos abrazaban con agradecido amor aquella religión nueva que les brindaba esperanza, ternura y amor, jamás conocidos por ellos.

En el siglo 1º del Cristianismo que es por excelencia el siglo del Cristo y de sus íntimos continuadores, no existió el sacerdocio, ni las jerarquías, ceremonias y rituales que la liturgia eclesiástica creó más tarde, cuando las Congregaciones Cristianas se convirtieron en muchedumbres, haciéndose necesaria una disciplina con ordenanzas, leyes y fueros de rigurosa severidad.

www.formarse.com.ar

En el siglo 1º sólo brilló como un astro sereno, inconmovible, el amor al Cristo y su testamento eterno: "Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".

Alrededor de esta síntesis grandiosa, los *Amigos de Jhasua* sembraren en el mundo su pensamiento, su idea inmortal, propia del Dios-Amor que se hizo conocer de los humanos bajo el dulcísimo nombre de *Padre Celestial.*

Mas los hombres no bebieren mucho tiempo de ese raudal de *agitas vivas y eternas.* Inconsciente o maliciosamente, las enturbiaron con creaciones propias que no siempre estuvieron a tono con el Pensamiento Divino.

Y volvía a cumplirse la frase genial del Profeta Isaías: *"Los pensamientos de los hombres, no son mis pensamientos* —dice Jehová— *ni sus caminos son mis caminos".*

Y teniendo en cuenta todo esto, hemos añadido a esta continuación de *"Arpas Eternas"* el subtítulo, *"Los Amigos de Jhasua".*

Desaparecidos ellos como radiantes estrellas siguiendo a su sol central, nuestra arpa rompe sus cuerdas y enmudece, porque ha terminado la sinfonía divina que significó para este mundo la vida excelsa del Hombre-Luz y de sus íntimos amigos que convivieron con El, le amaron y le siguieron en sus caminos de redención y de paz hasta el último aliento de sus vidas.

Esta fidelidad inconmovible de los Amigos de Jhasua a su legado de fe, de nobleza y de amor, es la eterna corona de gloria que ellos han merecido. Fidelidad tan inquebrantable y firme que fue, es y será el asombro de todos los tiempos.

Dejamos a la imaginación del asiduo lector, profusamente alimentada con nuestros relatos, la tarea laboriosa de seguir a los Amigos de Jhasua en sus andanzas silenciosas por el inmenso laberinto de la Roma imperial.

El príncipe Judá y su compañera, nervio y vida de las primeras actividades cristianas, quisieron eclipsarse detrás de la silueta venerable de Pedro, tan pronto como él llegó a la tierra legendaria de *Rómulo y Remo.*

Y el *primer Ministro del Rey de Israel* según llamaba Simónides a Judá, dijo al Apóstol un día:

—El primer puñado de la simiente de Jhasua, lo hemos sembrado en Roma, mi madre, mi esposa y yo. Ahora te corresponde a ti vigilar su germinación y cultivo conforme a las enseñanzas de nuestro genial Instructor.

El arca de los caudales del Rey está siempre llena y dispuesta a solventar las necesidades de su grey. Con que ya lo sabes, Pedro, estamos todos para colaborar contigo. Tienes pues la palabra y el bastón de mando.

El sencillo y humilde Apóstol se abrazó emocionado del noble príncipe Judá, y maravillado de la clara conciencia con que obraba le contestó:

— ¡Niño!... Yo no vine aquí a mandar sino a sembrar junto contigo en los campos de nuestro Señor. ¿Por qué te vas y me dejas en tierra extraña donde quizá no acertaré a dar un paso que no sea en falso?

—No me voy, Pedro —le contestó enternecido Judá—. No me iré nunca de tu lado, porque escucho siempre la voz de Jhasua cuando te dijo: *"Te he llamado Pedro, parque tú eres la piedra sobre la cual edificaré mi templo".*

"Y sé que mi deber es colaborar silenciosamente en la construcción del templo espiritual del Cristo. Mi posición ante el gobierno y la aristocracia romana, será una coraza para la naciente Escuela Cristiana y mi nombre no debe sonar con ninguna tonalidad a fin de que una completa libertad .de acción centuplique la eficiencia de mi trabajo como protector invisible de los obreros de Jhasua. ¡Oh, mi divino amigo ausente!... ¡Tú no sabes, Pedro, las promesas y votos solemnes que les tengo hechos!... Por El te ruego que me dejes un lugar cerca de ti, pero en la oscuridad y el silencio, porque sé de cierto que así valdré como cien hombres juntos para su servicio y su gloria.

— ¡Bien, bien, hijo mío! Sea como tú lo quieres —contestóle Pedro con su voz entrecortada por la emoción que le producía el noble desinterés de aquel gran amigo de su inolvidable Maestro.

Este perfecto acuerdo, esta santa armonía fue quizás el secreto de los maravillosos triunfos y conquistas de la primera hora cristiana en la gran metrópoli del mundo civilizado, cumpliéndose así una vez más el glorioso lema de los genios del Bien:

"El amor todo lo vence. El amor salva todos los abismos".

www.formarse.com.ar

REGRESO A PALESTINA

El tiempo pasó como un meteoro para los viajeros de Palestina y fue necesario pensar en el regrese al terruño en que unos más y otros menos, habían dejado grandes o pequeñas obligaciones.

Juan no podía olvidar que la augusta madre de su Maestro le había aceptado como hijo en la dolorosa orfandad en que quedó a la muerte de sus padres.

Roma, Pedro y Judá le atraían como un imán al hierro, pero la madre de su Maestro, y la pequeña María, su dulce amiguita de las horas tristes, eran para él un lazo demasiado fuerte que no se rompería sin un desgarramiento profundo de su corazón.

Y cuando llegó la hora de empaquetar cada cual su equipaje, Juan preparó el suyo y dijo a Pedro:

—Me vuelvo a Palestina, Pedro, pero sé que volveré a Roma contigo, porque en la oración de esta noche recibí la iluminación del Maestro.

— ¡Cuánto me duele, Juan, verte partir! —Exclamó Pedro—, pues me había hecho la ilusión de que tú con Judá y Lucanus seríais los animadores de este pobre viejo que está más cerca de la sepultura que de un glorioso apostolado tal como nuestro Maestro y Señor debe quererlo.

—También yo había deseado vivir contigo como un hijo con su padre. Tú me conoces y sabes que necesito por temperamento un árbol fuerte en que apoyarme. Pero en la meditación de esta noche he sentido al Maestro que me decía:

"Donde vive el egoísmo se agosta la plantación".

"Egoísmo es en ti el buscar siempre apoyo, fortaleza y consuelo en otros, cuando ha llegado la hará de que seas tú, el vaso de agua fresca para los sedientos y la sombra protectora para los .que abrasa el fuego enloquecedor de ¡as fusiones humanas"... ¡Pedro!... Me dijo algo más doloroso aún, que debo decírtelo antes de separarnos...

Como Juan vacilara y demostrase una interna conmoción, el viejo Apóstol se alarmó:

— ¿Qué es ello, Juan? Dilo por favor y no me ocultes nada.

— ¡Dos vidas amadas están para terminar!...

Y Juan se cubrió el rostro con ambas manos y sollozó amargamente.

Pedro permaneció impasible haciendo un gran esfuerzo. Pero sus claros ojos que no sabían de doblez ni de engaño, se llenaban lentamente de llanto...

—Ya sé quiénes son —dijo con la voz quebrada por un sollozo contenido—. La santa Madre de nuestro Señor y la pequeña María que vive como una flor...

El llorar de Juan se hizo tan hondo y sentido, que Pedro se abrazó de *él y* sus lágrimas corrieron juntas...

—Por todo esto debo partir —añadió Juan cuando pudo serenarse.

—Y partiremos todos —dijo con firmeza Pedro—. ¿Cómo hemos de consentir que la madre que El nos dejó no tenga junto a su lecho de muerte a ninguno de los que el gran Hijo dejó a su lado para ampararla y protegerla?

—Hay tiempo, Pedro, no te apresures a dejar este lugar en que tan necesaria es tu presencia. Un lustro más o menos, es el plazo indicado para llegar lo •que no quisiéramos que llegara nunca.

—Pero, ¿por qué dices que es tan necesaria aquí mi presencia? Ya ves cómo Lino, Celso, Nazario y Apolinar se entienden tan a gusto con Judá, Marcos y Lucanus, que todo marcha a las mil maravillas.

—Marcos regresará también conmigo, porque no puede abandonar a nuestra Madre común que es su madre y le guarda ahora sus dos hijos.

"Además, he observado que van surgiendo apóstoles nuevos que no conocieron a nuestro gran Maestro y que hasta esgrimieron acusaciones y armas en contra de sus discípulos. Acuérdate de la muerte de Stéfanos y Santiago mí hermano. Nos quieren suplantar, Pedro, con el pretexto de que nosotros no somos hombres de Academia ni de letras. Nos arrojan al rostro como un baldón nuestro antiguo oficio de pescadores, sin tener en cuenta para nada ni la enseñanza de los Santuarios Esenios, ni la sabiduría de nuestro excelso Maestro que está por encima de todas las Academias habidas y por haber. ¿Por qué piensas que Judá se oculta y disimula sus ideales tal come lo hace sino porque teme las delaciones traidoras de los que ya comienzan a soñar con pedestales a la sombra del hombre más grande, más sabio y más humilde que ha pisado esta tierra?

— ¡Oh, Juan... mi pequeño Johanín, tus palabras me hacen temblar y te confieso que tengo miedo de quedar en esta Babilonia infernal.

www.formarse.com.ar

"Oremos juntos, te ruego, y con todos los que conmigo vinieron, para que nuestro Señor y Maestro tenga piedad de nosotros y nos enseñe el camino a seguir.

"Si es Roma... Roma sea; pero si es para nuestra perdición, atrás con todo su poderío, que más nos vale el Maestro con nuestras redes de pescar, que toda la grandeza de Roma sin El!...

— ¡Oh, qué sabiduría hay en tus palabras, Pedro, y cuánto bien me haces con ellas! Juntos o separados, tú y yo seremos siempre lo que El quiso que fuéramos: Tú, el hermano mayor que cuida de todos, y yo el más pequeño que les sirve a todos.

Y Pedro y Juan se separaron tres días después sin decirse *adiós.*

Las almas que se aman
No tienen ausencia,
No saben de olvido
Ni dicen adiós.

Así cantaba una antiquísima estrofa que el Divino Maestro había leído en algunas escrituras kobdas y que gustaba repetir en casos como éste.

— ¿También tú me dejas, hija mía? —Preguntaba Pedro a María de Mágdalo que le había acompañado desde su salida de Palestina.

—Sí, padre mío; debo volver a mi viejo nido donde hay asuntos urgentes que me reclaman.

"Conozco el aviso recibido por Juan y no quiero estar lejos de *ellas.* Vi morir de tan terrible muerte a nuestro Señor y Maestro, y he seguido viviendo. ¡Espero que El me dará el valor necesario para ver partir a su Madre y a la pequeña María que me es tan querida!...

"Dos amores más que se nos escapan, Pedro, como los perfumes se van con el viento...

Y abrazándose del anciano Apóstol lloró silenciosamente.

Se desprendió de pronto y subió corriendo la planchada del velero que anclado en la orilla esperaba los pasajeros.

Estos prolongaban la despedida procurando todos hacerla lo más suave posible. Conociendo todos, el aviso recibido por Juan, no hicieron ninguna resistencia a la partida, antes al contrario; los que quedaban hacían la formal promesa de regresar al suelo nativo para la fecha indicada.

Judá con su familia y Pedro con los compañeros que le quedaban, despedían a los viajeros bajo las pérgolas que sombreaban el muelle de mármol de la Villa Astrea.

Leandro y Narciso se embarcaron también. El velero de Judá les llevaría hasta Capua donde les esperaba el "Salvatoris" que les trajo desde Palestina.

Debían hacer escala antes de dejar la tierra italiana en Regio y Siracusa, donde existían congregaciones cristianas fundadas por Gamaliel y el Vice Rector del Gran Colegio de Jerusalén, que tuvo tan destacada actuación durante aquel discurso de Stéfanos que tan honda repercusión tuvo para el Sanhedrín Judío.

Desde allí seguirían en viaje directo la ruta hacia Alejandría, donde les esperaría seguramente el "Amare Victun" con su flamante Capitán Pedrito del Lago Merik.

No estando ya Thabita en la Aldea de los Esclavos, Leandro había sentido la tentación de quedar con Pedro en Roma, pero el recuerdo de Zebeo que tuvo para él ternuras de padre, borró de su mente toda idea egoísta y partió a reunirse con el gran amigo que le había "sacado del sepulcro" como él decía, y le había hecho conocer las bellezas de la amistad sincera sin egoísmo y sin doblez.

Ya supondrá el lector que el regreso de los viajeros de Palestina estuvo como cubierto por un manto de silencio triste y meditativo.

El anuncio recibido por Juan y el pensamiento de que Pedro quedaba en Roma, les producía una amarga tristeza que no lograban dominar.

Fue Leandro de Caria quien rasgó con la espada sutil de su pensamiento, aquel velo de cenizas que ponía luto en los corazones.

—Es cierto —decía él— que nuestro corazón de carne sufre angustias de muerte cuando la muerte se lleva nuestros seres queridos; pero hay muertos que llevan en sí todas las bellezas de un maravilloso amanecer. Y tal será la partida al Infinito de la augusta Madre del Verbo de Dios.

www.formarse.com.ar

"¿No pensáis que para ella la vida en la tierra es como una larga agonía después de lo acontecido al gran Hijo que era su amor, su luz y su vida? ¿Por qué hemos de permitir que el egoísmo clame por retenerla en un martirio semejante?

"Zebeo y yo hemos perdido por la muerte la presencia material de nuestra adorable Thabita, y en el primer momento fue grande nuestra desolación. Nos culpábamos ambos de no haber sido capaces de cuidarla como ella lo necesitaría quizá; de haberle permitido demasiados esfuerzos por atender a todas las necesidades de la floreciente escuela. El remordimiento y la incertidumbre nos atormentaron al principio.

"Mas luego, en una de nuestras meditaciones la Luz Divina, alumbró en las profundidades de la Psiquis atormentada y comprendimos que aquella vida esfumada como una estrella que se apaga en nuestro horizonte, había cumplido ampliamente su programa terrestre en esa etapa de su eterno vivir. Si estaba «lia dichosa en su hora de descanso, ¿por qué debíamos sufrir nosotros sino por nuestro deseo insatisfecho de tenerla en su cuerpo material a nuestro lado?

"Con mayor razón debemos razonar en tal forma al tratarse de la augusta madre del Ungido de Dios.

"Además, debemos llegar a la conclusión de que el dolor en casos como éste demuestra una especie de incomprensión rebelde de las Leyes Eternas, Invulnerables e iguales para todo ser revestido de carne.

La mirada de Juan envolvía a María como un halo de piadosa ternura, de serena calma, como si las palabras del Hierofante de Osiris fueran llenando su espíritu de resignación y de paz.

Y entonces le venía el recuerdo de su Maestro, cuando en momentos de íntima confidencia, le había dicho más de una vez: "En esta vida tuya, Juan, no beberás en la fuente de un amor humano... Tu estrella te lleva más alto... allá donde no se siente hambre ni sed, porque el alma encuentra en sí misma la saciedad de todos sus anhelos".

— ¡Oh Maestro mío!... Tu profecía se cumplirá no lo dudo y la soledad de mi alma será inmensa y desolada... —pensaba el Apóstol—. ¡Ampárame Tú cuando llegue esa noche larga sin aurora y sin ocaso, porque soy débil, Tú lo sabes, Señor!... ¡y mi corazón es de carne!...

Como si la dulce María hubiera sentido la vibración profunda de tal pensamiento, se levantó del sitio que ocupaba en la sala de lectura donde se encontraban todos reunidos y fue a sentarse al lado de Juan.

—Estoy pensando —dijo - que, en cuanto lleguemos a nuestra tierra, nos vayamos a ver a nuestra Madre, porque me inquieta un tanto que no nos haya escrito ni una sola vez.

—Las epístolas de Jaime nos trajeron muy buenas noticias suyas —contestábale Juan haciendo esfuerzos para aparecer tranquilo y sereno ante la joven,

—Y, ¿qué te parece que hagamos así que hayamos llegado? Tengo ansias de quietud y silencio, como si el alma buscara un desquite al bullicioso laberinto de esa gran Babilonia.

—Tengo el ruego de Pedro de que escriba yo todo cuanto he visto y oído demuestro Divino Maestro. El dicta a Lucanus lo que él vio y oyó; pero como cada uno de nosotros vio y oyó lo que no vieron ni oyeron los demás, justo es que cada cual exponga aquello de que fue testigo ocular. Tú misma, María tuviste conversaciones con El que no escuchamos nosotros.

María de Mágdalo se les acercó en ese instante, y su rostro reflejaba una inmensa tristeza. Ella conocía *el anuncio* recibido por Juan y la perspectiva de un nuevo desgarramiento del alma le producía como un agotamiento de todas sus fuerzas internas.

Las conversaciones de Leandro de Caria le calmaban la suprema angustia, llevándola a esa serena resignación, mezcla de aceptación y de tristeza que caben en este pensamiento:

"Se van al Reino de Dios los amados de mi corazón y serán inmensamente felices; pero el vacío que dejan a mi lado", ¿con qué he de llenarlo?"

— ¿Qué haremos, Juan, al llegar a Palestina? —preguntó María de Mágdalo.

—Creo que lo mismo que hacíamos antes de salir de allí. Desembarcaremos en Tolemaida e iremos directamente a nuestra amada Nazareth. ¿No tenemos allí nuestra Madre, preciosa herencia que nos dejó el Maestro al partir? Marcos quedará en Joppe, mas nosotros, ¿qué necesidad tenemos de atravesar la Judea que es como caer en un volcán ardiendo?

— ¡Es verdad! Boanerges con Amada nos esperan en Tolemaida con la carroza mayor donde cabemos todos. Así les pedí en mi última epístola.

—El tío Jaime y Dina —añadió la pequeña María— nos han reemplazado bien en las tareas de la Santa Alianza con la ayuda de tía Martha y sus hijas. No tengas tristeza, María, que mucho amor nos aguarda en la tierra natal.

—Ya lo sé... ya lo sé, porque es verdad que en todos nosotros ha germinado *y* crecido y también ha florecido el amor que El sembró en medio de nosotros.

—Y tendrá que seguir floreciendo —añadió Juan—, porque ahora que me desperté del letargo, espero que seguiré despierto.

Cuando llegaron a Siracusa, Gamaliel con varios de sus discípulos les hizo un amoroso recibimiento. El barco haría allí una escala de tres días para descargar mercancías traídas desde la gran Capital y tomar correspondencia y encargues para Alejandría donde debían quedar Leandro y Narciso.

En Regio, donde sólo se detuvieron un día, visitaron la Congregación Cristiana que dirigía el Vice-Rector del Gran Colegio, a la que había bautizado con el nombre de *"Escuela Stefania"* a fin de no hacer tan visible ostentación de las doctrinas nuevas que se enseñaban y como un homenaje al mártir Stéfanos al que debía su entrada a la legión de seguidores del Verbo Eterno hecho hombre.

Había muchos judíos y Sinagogas muy prósperas en el sur de la península italiana, y no era conveniente provocar las iras dogmáticas de los agentes del Sanhedrín judío, que compraba con oro la benevolencia de los Prefectos y Gobernadores romanos.

Leandro, en el deseo de reconquistar el tiempo perdido en la absoluta reclusión del claustro-presidio a que voluntariamente se había sometido para expiar su culpa, utilizó el largo viaje en ayudar a la reacción espiritual de Juan, al que veía superiormente dotado de muy elevadas prendas morales y facultades mentales, que lo hacían digno hermano del Apóstol Zebeo, cuyas obras conocía tan de cerca.

La pequeña María lo secundaba eficazmente, formando los tres un hermoso triángulo vibrante de nobles anhelos y de elevados pensamientos.

María de Mágdalo fue cayendo lentamente en su tristeza habitual. Diríase que el paternal amor de Pedro y la solicitud filial que ella le prodigaba habían producido en su espíritu una reacción favorable.

Tenía la convicción de que el anciano Apóstol la necesitaba, no tan sólo para esos pequeños cuidados que una buena hija da a su padre, sino para verter al latín y al griego (lenguas dominadas por ella) los salmos más emotivos y muchas de las antiguas profecías que hacían alusiones directas al Mesías, anunciado desde tantos siglos, y cuya estada en la tierra, el mundo desconocía. Esta convicción había alimentado en ella la idea de que su vida era útil a su bien amado padre adoptivo; pero... allá en la humilde Galilea, agonizaba una estrella en un cielo nebuloso que, momento a momento, se tornaba sombrío y tormentoso. ¿Cómo dejar para siempre a la augusta Madre del hombre único que había llenado todos los vacíos de su alma y aquietado todas las ansiedades de su corazón?

Tienen a veces los grandes amores, fantasías infantiles, y a María de Mágdalo parecíale que junto a la Madre del gran ser dueño de sus sentimientos, estaba también junto a El, cuya presencia invisible sentíala reflejada vivamente en la dulce y santa mujer a quien llamaba *madre*. Y había optado por separarse de Pedro que tenía en Roma la asistencia filial de Petronila, otra hija adoptiva, y en el Lacio a la insustituible Nebai, cuya energía espiritual y asombrosa actividad se multiplicaba, para que ninguno de los amigos de Jhasua se sintiera solo y desamparado.

En Alejandría se encontraron con Zebeo y gran parte de su prole espiritual que a bordo del velero *"Amare Victun"* con su flamante Capitán Pedrito, les esperaban ansiosamente desde dos días antes.

El Capitán del "Salvatoris" accedió a permanecer siete días en el puerto de Alejandría a fin de que los pasajeros tan recomendados de Simónides, tuvieran tiempo de visitar la Villa Mariotti, cuyos progresos eran tan notables, que ya no quedaba en ella ni el más leve rastro de la mísera *Aldea de los Esclavos.*

Tanto en el vetusto Castillo de la princesa Thimetis como la oscura mole granítica del Templo adjunto a él, habían sido rejuvenecidos en cierto modo con pequeñas restauraciones de alamenas, de cornisas y capiteles resquebrajados, de roturas y grietas que lo asemejaban a pavorosas ruinas.

Las orillas del lago se habían convertido en jardines y parques de juego, en pabelloncitos rústicos donde se exponían los trabajos manuales a que se dedicaban los laboriosos habitantes de la Aldea.

Hasta allí había llegado la influencia de Simónides por intermedio del Alabarca de Alejandría, Alejandro, hermanastro del maestro Filón ya desaparecido. El honrado y hábil comerciante había solucionado favorablemente algunos difíciles problemas financieros al Alabarca, precisamente con el fin de adquirir el derecho de proteger a distancia a los adeptos del Soberano Rey de Israel, según nuestro viejo amigo continuaba llamándolo.

Los lectores de "Arpas Eternas" recordarán sin duda la visita de Jhasua joven, al Valle de las Pirámides donde encontraron el hipogeo de Mizraín lleno de recuerdos momificados, provenientes de un pasado remoto.

www.formarse.com.ar

Con el fin de tener libre entrada a aquel sitio sin despertar curiosidades perjudiciales, los treinta y tres de la Aldea que eran el Consejo gobernador d« la misma, construyeron allí mismo con la debida autorización del Alabarca, un pequeño templo a estilo romano y griego, o sea, con una techumbre sostenida por treinta y tres columnas de basalto y todo sobre una plataforma de bloques de granito a la cual se subía por siete escalones también de piedra. El pequeño templo era circular y todos los espacios de columna a columna abiertos, eran otras tantas puertas de acceso a la vista de los que pasaban junto a él. Sólo uno de los espacios aparecía cerrado con una gran lámina de mármol que simulaba un libro abierto con las *Tablas de la Ley* grabada en números romanos, y al pie de la cual se leía:

Paz y amor a los vives y a los muertos.

Un ánfora de mármol para ofrendas florales, una lámpara de plata pendiente del techo y que alimentada de aceite no se apagaba nunca, y varios pebeteros de bronce incrustados en las columnas eran el único adorno del sencillo monumento que fue respetado por los grandes y por los pequeños debido a las inscripciones en los dialectos del país, grabadas al exterior sobre la cornisa circular que rodeaba la techumbre y que decía:

"Homenaje de la Aldea de los Esclavos a todos los sepultados en el Valle de las Pirámides".

El amor del Cristo sugirió a Zebeo tal inscripción por la cual todos se sentían dueños de aquel templo levantado en las arenas del desierto en honor de los que allí dormían el sueño de la muerte.

Conocido por Zebeo el culto de los egipcios por sus muertos, supo ponerse a tono con ellos para tener un medio de penetrar al *Hipogeo de Mizraín,* a donde había bajado un día el Maestro, y donde continuaron descubriendo sarcófagos y momias que guardaban escrituras y objetos dignos de observación y de estudio.

Además, allí habían pedido ser sepultados el amado príncipe Melchor y el inolvidable maestro Filón, para los cuales guardaba Zebeo un recuerdo que jamás podía morir.

Este monumento estaba construido precisamente sobre la entrada al Hipogeo de Mizraín, en tal forma que bastaba levantar una losa del pavimento, para dejar al descubierto la escalerilla que bajaba al subterráneo de las tumbas.

Para los viajeros de Palestina fue como el descubrimiento de un nuevo mundo el conocer esta inmensa cripta que guardaba recuerdos y reliquias prehistóricas; y más todavía cuando Zebeo y sus compañeros les llevaron a visitar la gran ciudad subterránea descubierta años antes, y cuya entrada se encontraba en una de las cámaras menos visibles del viejo templo adjunto al Castillo que fuera retiro de la Princesa Thimetis.

—Estás viviendo en un país de ensueño y de misterio —decíale María de Mágdalo a Zebeo—. ¿Que harás con todo este país subterráneo que has descubierto? —le preguntaba.

—Lo que haría nuestro Divino Maestro —contestaba—. Albergar a los que necesiten refugio y amparo

"¿Con qué medios crees que hemos convertido en casas habitables, las míseras chozas de tierra y juncos en que vivían los infelices habitantes que encontré en la Aldea? Con parte de las riquezas inútiles que dejaron los últimos faraones sepultadas bajo tierra que en su egoísmo refinado, preferían perderlas antes que entregarlas a sus pueblos hambrientos.

"¿Qué hizo el Maestro con las riquezas encontradas en un sarcófago del sepulcro de Raquel? Habilitar el viejo molino abandonado en Belén para que el pueblo tuviera pan y aceite en abundancia, para evitar el vicio y el crimen en los ociosos forzados, para dar trabajo que es virtud y vida a todos los que carecían de medios para vivir su vida. Su ejemplo fue mi Ley, y El estuvo en su *montoncito de tierra* cuando transformaba tesoros inútiles en pan, vida y paz para los desposeídos y maltratados por las injusticias humanas.

Y la palabra de Zebeo adquiría vibración y calor de llamarada cuando así hablaba ante los asombrados hermanos de su amada y lejana tierra natal.

EL HUERTO DE JUAN FLORECE

Myriam como una estrella solitaria continuaba alumbrando el cielo azul sereno de Nazareth.

Y estrechando amorosamente entre sus brazos a Juan y a las dos Marías, les refería cómo su gran Hijo y su amado Jhosep la habían acompañado en su soledad.

—Madre —le decía Juan—. Necesitaríamos un libro entero para escribir cuantas bellezas nos estás contando de los cielos bajados a la tierra para consolar tu soledad y sostener tu vida.

—El libro es mi propio corazón —Contestaba ella— porque ninguna palabra escrita podría expresar lo que pasa entre mis amados del cielo y yo misma. ¡Oh, hijos míos!... ¡Cuan grande es el Amor Divino y cuan incomprendido de los hombres!

www.formarse.com.ar

"¡Corren afanosos detrás de fugaces y ruines afectos, y desprecian al Amor Eterno que es vida de toda vida!

Y a la luz y calor que irradiaba la augusta Madre del Verbo Divino, el huerto interior del Apóstol Juan, comenzó por fin a florecer.

¿Qué himnos cantaría su corazón al excelso Maestro cuya claridad le había deslumbrado hasta el punto de que al faltarle esa luz se había sumido en espantosa tiniebla?

Y en un atardecer de otoño, cuando las hojas caían como mansa llovizna rumorosa, y los pájaros gorjeaban en los árboles buscando sus nidos, y el ocaso recogía sus postreros cendales de gasas doradas para dar lugar al manto azul de la noche, Juan comenzaba a dialogar con lo infinito y vaciaba al pergamino lo que su alma sentía:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era parte de Dios... En él estaba la vida y esa vida era luz para los hombres...

"Y su *luz* en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron"...

Y Juan fue desgranando su collar de recuerdos con perlas de cristal engarzadas en oro, con reflejos y broches de sombra como todo lo que surge espontáneo de un alma humana extática en contemplación de la más pura belleza moral que como una visión divina cruzara ante su vista.

Las crónicas cristianas del siglo P a las cuales me refiero, son el fiel reflejo de almas profundamente enamoradas del Cristo cuyas obras todas son narradas tal y como ellas las vieron y las comprendieron.

Críticos excesivamente severos y escrupulosos no han faltado en el correr de los siglos para encontrar fallas, para verter opiniones adversas, juicios, dudas, que han dado lugar a largos estudios y ardientes polémicas.

Favorables o no, las opiniones humanas de todos los tiempos, no han conseguido oscurecer la radiante personalidad de Jhasua de Nazareth, encarnación del Verbo de Dios, del Pensamiento Divino, del Eterno Amor hecho hombre, que sentía, sufría y amaba como hombre.

Ponía el amor chispas de fuego en la pluma de Juan, el más joven y vehemente de los Doce íntimos elegidos por el gran Maestro como colaboradores de su apostolado de amor fraterno en medio de esta humanidad.

Y después de referir uno por uno los hechos prodigiosos que realizó la gran potencia espiritual del Cristo, su Maestro, el Apóstol Juan termina su minucioso relato con estas palabras:

"Y hay también otra- muchas cesas que hizo Jhasua, que si se escribiesen cada una por sí, ni aún en todo el mundo pienso que cabrían los libros que deberían escribirse".

En "Arpas Eternas" están relatadas las obras del Cristo que más hacen resaltar el Divino Poder que su gran evolución había conquistado, y sobre todo el ilimitado amor que desbordó de su corazón para sus hermanos de la Tierra, su herencia eterna como él mismo llamaba a la humanidad de este planeta.

En "Cumbres y Llanuras" están las biografías más o menos detalladas de los amigos del Cristo que le conocieron personalmente, convivieron con El y escucharon con reverente amor su voz de Maestro enseñando a la humanidad terrestre la Ciencia Divina del amor fraterno que trae consigo la paz y la felicidad.

Continuaremos pues observando el jardín iluminado del Apóstol Juan cuya personalidad y la del Apóstol Pedro son las únicas más conocidas por el mundo cristiano.

En su estada junto al Apóstol Zebeo en Alejandría, Juan había sacado copias de algunos escritos del Príncipe Melchor y del maestro Filón. Entre ellos estaban los trabajos espirituales realizados por aquella reunión de Maestros en el Santuario del Monte Hor. Uno de aquellos escritos se titulaba:

"Las seis verdades" (aparecen en el tomo III de Arpas Eternas).

El otro manuscrito era: *"Las siete virtudes de la vida perfecta".*

Y el buen príncipe Melchor, añadía al pie de estos títulos:

"Desarrollar estos temas ante mis discípulos del Monte Hor, según la idea divina de Jhasua el Cristo, Maestro de la humanidad".

Y en todas las meditaciones al Apóstol Juan le perseguía la idea de hacer ese trabajo que Melchor de Horeb hizo verbalmente en las cátedras espirituales para sus alumnos.

—Temo no ser capaz —pensaba Juan al terminar los soliloquios profundos de su espíritu.

Y así los días pasaban. Hasta que una noche estando solo en el Cenáculo de Nazareth, tuvo una sugestiva visión:

Vio rodar el mundo, la Tierra, en un inconmensurable abismo azul. De pie sobre ella un magnífico señor que entregaba bolsillos con monedas de oro a determinados seres que se acercaban junto a El. Les decía estas solas palabras: "Trabaja y persevera, que a su debido tiempo yo vendré a recoger los frutos de este don". Desaparecía la visión como si una mano de mago la borrara del lienzo y aparecía una segunda visión.

El mismo magnífico señor de pie sobre el mundo Tierra, y los mismos seres que recibieron los bolsillos de oro. Cada uno se presentaba acompañado de un grupo de seres. El uno con diez, otro con veinte, otros con cincuenta o sesenta. Sólo dos o tres llegaron los últimos y extendiendo al señor los bolsillos de oro recibidos, le dijeron:

"Señor, el mundo no quiere trabajar para ti, ni hemos encontrado lo oportunidad de hacer producir el oro que nos diste. Aquí lo tienes, igual que lo recibimos de tus manos".

Los bolsillos se vaciaron a los pies del señor, y Juan vio que rao eran monedas de oro, sino abrojos y piedras con agudas espinas y cortantes aristas que sólo servían para herir, lastimar y aún matar. Y el señor les decía con serena calma llena de majestad: *"Apartaos de mi presencio obreros negligentes, porque no podéis entrar en mi Reino en mucho tiempo que ha de pasar".*

El Apóstol Juan, comprendió el oculto significado de estas visiones tremendas, y humillado profundamente ante la Divina Majestad exclamó como en un sollozo: ¡Yo soy un obrero negligente, Señor, en tus huertos de amor, de sacrificio y de fe! Más, de hoy en adelante, prometo en tu presencia trabajar por ti y para ti tanto como mis fuerzas lo permitan.

Y Juan se entregó a escribir incansablemente como si de cada palabra escrita debiera prenderse un alma salvada para su Maestro que las tenía a todas grabadas en su Corazón

Lector amigo: de los eternos Archivos de la Luz deshojo para ti lo que el Apóstol Juan iba escribiendo en su cartapacio de pergaminos:

"LAS SIETE VIRTUDES DE LA VIDA PERFECTA"

Primera. La caridad con el prójimo: Vista a través de la mente divina del Cristo Señor nuestro, no es la moneda en la mano tendida a nuestro paso, ni la túnica nueva para quien la lleva desgarrada, ni el pan y el vino sobre la mesa, ni la lumbre en el hogar. Es ante todo y por encima de todo la palabra suave que consuela y alienta, la piedad misericordiosa que perdona y oculta los pecados del hermano parí, que el mundo malévolo no le arroje piedras ni lo lleve al patíbulo; es el abrirle camino de justicia y rectitud iluminado por el amor y la fe, florecido de esperanza y alegría para desenvolver su vida en el marco sagrado y bendito de la eterna Ley. Es apartarle las piedras del camino cuando las fuerzas no le alcanzan para saltar las barreras que se le oponen al deber; es arrojarle una tabla al mar de su vida borrascosa para salvarle del naufragio; es tenderle las manos para sacarle de un abismo sin avergonzarle por haber caído en él.

Es entonces cuando .se cumple la palabra del Santo entre los santos cuando dijo: *"Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, que todo lo demás vendrá por añadidura".*

Es, en una palabra, el amor que se da generosamente en pensamiento, palabras y acciones sin pedir nada y sin esperar ninguna recompensa.

Segunda. Lo pureza de vida en pensamiento, palabra y obra: no es seguramente el yermo áspero y solitario sin alma viviente que conviva a nuestro lado. *"No está bien que el hombre esté solo"* dice una frase de Jehová Creador, en el Génesis de Moisés. La Eterna Idea no borra jamás lo que diseñó una vez en lo Infinito del tiempo y del espacio. La vida pura no es pues la soledad absoluta. Es la convivencia con nuestros semejantes, familiares o amigos, sin causarnos el menor daño unos a otros, ni en la honra, ni en los bienes, ni en los sentimientos o afectos y menos aún en la vida que la Eterna Potencia ha reservado a su sola Voluntad Soberana.

Es impura la vida del que lucra con las fuerzas físicas de sus hermanos sin la justa remuneración, el que lastima, ofende y hiere los sentimientos de sus semejantes con pensamientos, deseos o actos impúdicos y lascivos; el que esparce con la palabra, el pincel o la pluma ideas o costumbres corrosivas que atentan contra el pudor y la honestidad; el que abusa de un modo o de otro de la mal llamada *Libertad de derechos* para imponer por la fuerza del poder arbitrario, sus torcidas voluntades que atenían contra la dignidad de la criatura humana, con un alma inmortal de sublimes destinos:

"Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios" dijo un día el Divino Maestro. ¡Oh sí! Le verán, le sentirán y le poseerán en la tranquilidad de sus corazones, en la paz de sus hogares, en la serena calma de sus días iluminados siempre por el iris radiante de la paz y del amor.

Tercera. La paciencia, en todas las circunstancias de la vida. Es la mansedumbre o paciencia, una virtud que lleva en sí misma un poder conquistador invencible.

www.formarse.com.ar

"La paciencia todo lo alcanza" era el axioma de los Maestros de la antigua sabiduría. Las Flámenes Lémures de Juno y de Numú la hicieron savia fecunda de su vida extraordinaria de actividades exteriores y de quietud interior.

El hábito de la paciencia en todos los momentos de la vida, es lo único que puede hermanarse con la inalterable armonía interior, necesaria para vencer todas las dificultades que entorpecen el justo desenvolvimiento de las energías del espíritu, que llegó a la vida física en seguimiento de un ideal superior.

La impaciencia, la rebeldía interior, los arrebatos de la cólera, despedazan y desgarran en un instante los velos sutiles de los pensamientos protectores que amigos invisibles, aliados eternos, tienden amorosamente sobre sus hermanos encarnados. Y de aquí la mayoría de los fracasos espirituales o materiales que acarrean desastres irremediables, dolores múltiples, pesimismo aplastador para el alma que en sus momentos de lucidez comprende haber sido ella misma la causante de todos sus males.

Cuarta. Perseverancia en el sendero elegido, no obstante las opiniones diversas del mundo.

"El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos" decía el Divino Maestro.

La corona del triunfo no la conquista el que comienza bien, sino el que termina bien el viaje de la vida planetaria.

Los juicios humanos pesan mucho y de ordinario marcan derroteros equivocados a las almas vacilantes y temerosas. Y no es fácil el adquirir el valor de arrostrar las críticas necias de tantos inconscientes que jamás se detuvieron a pensar en lo que son ellos mismos, ni en su origen divino ni en sus destinos eternos.

Gozar de la vida lo más posible es su único ideal. ¡Pobre y desgraciado ideal que amarrado a los goces groseros de la materia, conduce las almas a caminos de perdición, por los cuales descienden hasta el abismo del crimen!

Las claridades de la Ley Divina desaparecen en esos horizontes donde sólo resplandece la luz fatua de los placeres mezquinos, fugaces, enloquecedores.

"Los que sirven al mundo no son míos", decía el dulce Maestro Nazareno y añadía más: "No se puede servir a dos señores, a Dios y al mundo". "Yo soy la Luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas".

La Divina Sabiduría abre la senda de la rectitud y la justicia según su Ley Eterna, en acuerdo con las necesidades del corazón humano, de modo que no están reñidos con ella, ni las dulces ternuras de la familia, ni las bellezas de la amistad, ni la dicha inefable del amor correspondido.

En medio de un mundo donde prevalece el egoísmo, la corrupción y el vicio en todas las formas de la degradación humana, se necesita un gran valor para resistir a la maligna corriente que lo avasalla todo, y para llegar a esa perseverancia que resiste a todas las sugestiones y falsos pretextos tendientes a eludir la rectitud y honestidad en el obrar.

Quinta. Concentración espiritual: buscando el propio conocimiento y la energía de la Eterna Potencia.

Para trabajar en *algo* es indispensable el conocimiento a fondo de ese *algo* en que se quiere ocupar tiempo y esfuerzo.

Así sea el cultivo de un jardín, el pulir de una piedra, el cincelar un metal, el pintar un lienzo o arrancar de un instrumento músico hermosas melodías, es necesario ante todo conocer a fondo aquello a que nos dedicamos.

Cuando queremos entregarnos a cultivar nuestro yo íntimo, nuestro espíritu, esa fuerza impulsora de nuestra vida, debemos tratar de estudiarlo y conocerlo en todos sus aspectos buenos y malos; agradables y desagradables, elevados y ruines, generosos y mezquinos.

Y este conocimiento sólo podemos adquirirlo mediante la concentración en nosotros mismos o sea la meditación.

Se debe tener en cuenta que *meditar no es rezar,* o sea pronunciar plegarias, súplicas en demanda de salud, de ayuda y protección en cualquier orden que sea. Meditar es penetrar en el santuario íntimo de nuestra conciencia donde descubrimos qué impulsos hacia el bien o hacia el mal nos dominan con más frecuencia; qué debilidades, gustos o inclinaciones aparecen más definidos y fuertes en nosotros a fin de prestarles más atención, tal como hace el buen jardinero con una amada planta de su jardín que observa día por día si un sol abrasador, o las lluvias excesivas o los vientos helados la perjudican y la agostan.

Y como el buen jardinero con amor y sólo por amor a su plantita que quiere ver embellecida en abundante floración, la poda, la riega y hasta lava su raíz, con igual amor piadoso por nuestra alma cautiva en la materia,

www.formarse.com.ar

hemos de apartarle todo aquello que perjudica su crecimiento, su progrese, y justa actuación en el plano de evolución en que por ley divina está colocada.

Gran cosa es a la verdad el adquirir el hábito de la concentración espiritual o meditación porque ella significa encender una potente luz en las tinieblas entre las cuales veremos claramente los peligros y tropiezos que pueden interrumpir la evolución y romper las alianzas y pactos que hayamos hecho en colaboración con los grandes apóstoles de la redención humana.

Sexta. Consagración a la ciencia: que nos descubre las obras y leyes de Dios y nos hace útiles a la humanidad.

La vida espiritual no está reñida con la adquisición de conocimientos superiores mediante el estudio de la Naturaleza que es el gran libro del Eterno Invisible que se nos manifiesta a cada instante en la estupenda grandeza de sus obras, de sus elementos, de sus múltiples creaciones.

"Los cielos y la tierra proclaman tu grandeza, ¡Oh Jehová! soberano creador de mundos y de seres", exclama la palabra augusta de las más viejas y sagradas Escrituras.

Consagrar voluntad y tiempo a estudiar la ciencia de Dios y de sus obras, es hacer al espíritu capaz de ser maestro y guía de las porciones de humanidad que la Eterna Ley nos designe, para conducirlas hacia los caminos de la justicia, de la paz y del amor, donde encontraremos todos la felicidad buscada.

Séptima. El Desinterés: Hemos llegado a la cumbre de la Montaña Santa; allí donde llegan las almas generosas, heroicas y sublimes que después de realizar toda una vida llena de merecimientos, de obras de bien y de justicia, de obras coronadas de belleza y de amor, se acerca a la Eterna Potencia y su pensamiento hecho rayo de luz le dice prosternado en profunda humillación: "Eterna Majestad del Infinito: ¡aquí tienes tu insignificante criatura que sólo ha podido traerte en ofrenda el pequeño vaso de su corazón ardiendo en amor hacia Ti para siempre!"

¿Qué pide esa alma?

El continuar sirviendo a Dios y a todos sus semejantes.

¿Qué quiere para sí misma?

¡Amar y ser amada hasta lo infinito!...

Oh eterna grandeza del alma que penetró en los portales de la vida espiritual sin pensar nada más que en darse en ofrenda permanente al Supremo Peder, sin buscar ni pedir compensación alguna en la tierra, porque tuvo la luz para comprender que se hace dueño de los tesoros divinos el que en absoluto desinterés se entrega al cumplimiento de la Divina Voluntad.

Es el desinterés la virtud por excelencia de los héroes y de los santos, que sacrifican cuanto tienen y cuanto son en bien de sus semejantes. ¿Qué hará la Suprema Majestad en su generosa largueza con almas semejantes? ¿Las mirará con indiferencia, las relegará al olvido, las confundirá con la muchedumbre que juega, ríe, y pierde el tiempo en fugaces veleidades?...

¡Oh eterna grandeza del alma humana entregada por amor al divino Servicio!...

Los ángeles del Señor bajan de los cielos a contemplar tu belleza, y sueltan a todos los vientos sus cánticos de gloria y de amor: "¡Gloria a Dios en los cielos infinitos y paz y amor a las almas de buena voluntad!"

* * *

Cuando Juan terminó la última frase, dobló su cabeza sobre la rústica mesa y evocando al amado Maestro, sintió una íntima voz en lo profundo de su espíritu: "Tu huertecillo, Johanín, ese que yo cultivé con tanto amor, ha comenzado a darme rosas de amor."

Y Juan sintió ansias de llorar en ahogados sollozos, porque era la voz de su Maestro que premiaba así su pequeño trabajo.

Parecióle que sus alas se fortalecían y que acaso pudieran ensayar otro vuelo de más largo alcance.

— ¡Maestro"! —Exclamó—... ¡Maestro mío, luz y fuerza de mi alma solitaria!... ¡Si tú eres conmigo siempre, yo podré ser para ti lo que tú quieres que sea!...

Unos días después y por intermedio de la pequeña María, recibió la indicación de prepararse con evocaciones diarias a una hora determinada para recibir un dictado de Eliezer de Esdrelón, el que era Archivero del Gran Santuario de Moab en los días memorables de la consagración de Jhasua como Maestro de Divina Sabiduría.

www.formarse.com.ar

La preparación de Juan fue toda ella de humillación y de amor.

— ¿Por qué señor, Maestro mío? —Preguntaba en sus diarias meditaciones— ¿por qué has querido dar al más pequeño y débil de los tuyos una tarea que yo no sabré ni podré realizar?

Tenía Juan la intuición de que iban a dictarle algo referente a las glorias de su Maestro cuando en el Gran Santuario de Moab fue exaltado por los Ancianos al nombre *y* lugar que sólo El podía alcanzar: *Maestro de los Maestros.*

Y su alma como una tortolita asustada parecía buscar refugio entre la túnica del Maestro y que El le libertase de la carga enorme para su mente, de interpretar *y* sentir las intensas vibraciones del Verbo Eterno hecho hombre, en aquellos culminantes momentos.

Y en una de esas meditaciones, escuchó estas palabras: *"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios."*

Y él respondió: ¡Tú lo quieres, Maestro; hágase en mí conforme a tu querer!

Estando una noche en el Cenáculo, con Myriam, la pequeña María *y* el tío Jaime, comenzó el dictado de Eliezer de Esdrelón en la siguiente forma:

"Cómo desarrolló Jhasua de Nazareth, el Cristo encarnado, los temas que le fueron propuestos para su consagración de Maestro de Divina Sabiduría."

"Primera Cuestión:

DIOS

"Cada pueblo, cada raza, y aún puede decirse cada alma, piensa, siente y expresa de un modo diferente la palabra única, la frase augusta, sagrada y profunda que puede expresar lo que palpita y vive en lo más hondo del propio ser El *Altísimo,* el Sin Nombre, el Eterno, el Invisible, el Invencible, el que lodo lo sabe, todo lo puede y todo lo ve. ¿Quién es El? ¿Cómo es El?...

"Mi mente se apaga como una candela expuesta al vendaval".

"La palabra enmudecí: en la garganta y la mirada se tiende al infinito espacio como tímida avecilla aturdida por la inmensidad.

"¿Qué frase humana puede expresar o definir ese algo que no tuvo comienzo y qué no ha de terminar jamás? ¿Qué mente humana puede comprender esa estupenda genealogía que, como poseída del ansia infinita de darse, de prolongarse, de difundirse en millares de formas de vida y de amor, arranca de sí misma hebras, retazos, jirones y los impulsa a vivir en el infinito espacio, que lleno en absoluto de ese gran todo que lo inunda con su infinita fecundidad, cumple el mandato supremo y se convierte en seno materno de nebulosas, de mundos, que son estrellas y soles donde germinan, viven, crecen millares y millones de humanidades de seres, de embriones, de gérmenes que son vida y que serán también *Amor?*

"¿Qué palabra humana puede definir este supremo enigma, ni humana inteligencia podría comprender este hondo misterio que sobrepasa los límites a donde puede llegar la humana inteligencia encarnada?

"Pensad, venerables maestros míos, que esta avecilla recién salida del nido y cuyas alas no tienen aún el crecimiento indispensable para lanzarse a tan grandes vuelos, difícilmente podrá abarcar una inmensidad semejante. No esperéis de mí nada más que un grito de amor a esa Energía Suprema que lanza mundos, seres y cosas como lanza mi corazón un suspiro apenas perceptible que se esfuma sin ruido en el insondable vacío.

"Mas, forzado por el mandato de nuestra ley, me limitaré a esbozar figuras, emblemas, símbolos alegóricos creados por mi inquieta imaginación que los extrae de todo lo visible y palpable en el Universo, con el ansia suprema del que busca luz, verdad y conocimiento.

"¿Cómo es Dios?, preguntaba a la Luz Eterna el alma extática de un Kobda poeta en versos que nos han trasmitido los papiros amarillentos de archivos prehistóricos; y la luz, maga de los cielos infinitos, le contesta:

"Como tú cuando vibres como Yo".

"Luego Dios es la Luz, es la ingente claridad en que viven y son todos los mundos, seres y cosas que viven, mueren y se disgregan en ellos. Y esa Luz es también Potencialidad ilimitada, Energía fecunda, Justicia irrevocable, Amor que no se agota jamás.

"Todo este conjunto de estupendas grandezas, es, según mi entender, el *Eterno Invisible* que sólo se deja ver en sus obras magníficas, en la vida que da generosamente a todo cuanto vive en el vasto Universo.

"A su mandato surgen, crecen y llegan a la plenitud los mundos en millones de siglos; y de Sí Mismo emergen como chispas de un incendio millares de millones de átomos animados de eterna vida y destinados a poblar los mundos en una infinita variedad de vidas inorgánicas primero y orgánicas después, hasta convertirse en reinos, en especies, en razas, en familias."

"¡Potencialidad eternamente creadora!..."

"¡Energía eternamente renovadora!..."

"¡Amor que se da eternamente a todas sus creaciones grandes o pequeñas, «n cuanto les es necesario a su vida de evolución permanente!"

"Las percepciones de los grandes clarividentes de distintas épocas de nuestra vida planetaria nos describen las Inteligencias ya perfeccionadas, que surgieron como chispas de la ingente Llama Viva, millones de siglos antes, y nos presentan en jerarquías interminables, radiantes legiones en escalas que van hasta lo infinito. Y tales percepciones llegan hasta las *Antorchas Eternas y* los *Fuegos Magnos...* ¿Qué hay más allá? La visión mental de los clarividentes se eclipsa como tras de una nebulosa radiante que les deslumbra y les anonada. Y es entonces cuando mi pobre mente comienza a soñar en un arrobador delirio que se asemeja al vértigo de las cumbres.

"Me figuro incrustada en el abismo azul del vacío, una inmensa esfera luminosa, transparente, irradiando luz, calor, energía y vida a todo el universo. Cada hálito suyo es una nebulosa que surge, como un seno materno en que se gestan mundos, y cada mundo es morada de vidas en infinita variedad de formas. ¿Será eso el Eterno Invisible?

"¿Cómo es Dios?, preguntaba el poeta de los Kobdas a la Luz, que le responde: "Como tú cuando vibres como Yo".

"Y aquella Esfera radiante de mis sueños, vierte luz inextinguible que lo envuelve todo y da vida a todo y lo mueve todo, porque su vibración eternamente poderosa basta y sobra para mantener en equilibrio perfecto los millones de millones de globos como burbujas de luz emanadas de aquel Principio Generador.

"¿Cómo nació, de dónde vino?... ¡Venerables maestros míos!... Permitidme prosternar mi frente en el polvo ante esa Suprema fuerza desconocida, y en vuestra presencia, porque soy avecilla recién salida del nido y no han crecido mis alas lo bastante para llegar hasta Ella y ser capaz de definirla y comprenderla".

El Gran Servidor dio un suave golpe de martillo en el gong de cobre que tenía en el pupitre, que era la señal de que el solemne Jurado se daba por satisfecho.

Y todos los Ancianos tendieron su diestra sobre la cabeza inclinada de Jhasua que esperaba la aprobación de sus grandes maestros.

* * *

Segunda Cuestión:

LOS MUNDOS Y LAS ALMAS

"Las estrellas y las aliñas se parecen", dice la antigua filosofía de nuestros mayores sin darnos más amplias explicaciones, como si hubiesen querido que nuestra mente ahonde en sus meditaciones sobre tan profunda cuestión. ...."Y mi mente de joven recién iniciado en los caminas de la Luz, se ha asomado tímidamente a esos insondables abismos y ha creído descubrir el *por que* los Kobdas prehistóricos tenían grabado en sus papiros: *"Las estrellas y las almas se parecen".*

"Los mundos emergen de la Potente Energía Central como una casi imperceptible burbuja al poderoso contacto de los pensamientos de cien Querubes puestos en acción por la amorosa fuerza de su voluntad. Y las almas surgen así mismo de igual origen, como chispas ígneas que pasados millares de millones de siglos van respondiendo al mandato imperioso de la ley de evolución hasta llegar a una glorificada perfección.

El pensamiento de los Querubes fecunda el éter en los inmensos vacíos siderales y surgen así las nebulosas, cada una de las cuales da origen a un sistema planetario, compuesto a veces de un sol central alrededor del cual giran en equilibrio y armonía perfectos, planetas del primero, segundo y tercer orden, que los astrónomos terrestres califican de estrellas fijas o errantes, satélites y asteroides. Todos son mundos que, después de inmensas edades de transformaciones continuas por movimientos y cataclismos que el hombre terrestre no puede precisar, llegan a las condiciones necesarias para albergar en su corteza exterior vidas inorgánicas primeramente, orgánicas después, y por último, vidas humanas animadas por el alma inmortal dotada de inteligencia, que comprende y piensa, de memoria que recuerda y de voluntad que ama.

"¿Cuál es el estado perfecto de los mundos? La evolución de los mundos corre pareja con la evolución de las humanidades que los habitan; y las transformaciones se efectúan en ciclos de veinticinco mil años.

"Llegado un final de ciclo, la Legión de Inteligencias de Justicia, aparta la porción de humanidad que quedó retardada en su progreso ascendente y la traslada a un mundo de menor evolución a fin de que no entorpezca

www.formarse.com.ar

la vida superior a que entra el planeta y la humanidad adelantada que lo habitará en adelante. Éste proceso se va repitiendo muchas veces hasta que el mundo y humanidad llegan a la absoluta perfección que consiste en la diafanidad o sutilización de la materia que se transforma en sustancia radiante donde el pensamiento y el amor quedan como dueños absolutos del mundo y de la humanidad que lo habita.

"Estos son los *cielos y paraísos* de que hablan todas las religiones que ofrecen como premio y compensación a los justos, como los mundos primitivos adonde son apartadas las almas retrasadas en la evolución, son los *infiernos* o *mundos inferiores* que también las religiones anuncian como castigo a los que viven sus vidas carnales en la depravación y en el crimen condenados por la Ley Divina impresa en el alma humana desde que llega el razonamiento: *"No hagas a nadie lo que no quieras para ti".*

"Cómo se efectúa el proceso del traslado de porciones de humanidad re-lardada de un mundo a otro los grandes clarividentes de nuestras Escuelas de Sabiduría Divina lo han percibido de la siguiente manera:

"La purísima y glorificada Legión espiritual de los *Querubes,* que es una jerarquía de las *Antorchas Eternas* es la que facilita estos pavorosos y casi incomprensibles procesos, que realizan bajo su auspicio y dirección las Legiones de la Justicia en diversas formas y con varios elementos que fueron percibidos en lejanas épocas por algunos clarividentes, según se desprende de antiquísimas escrituras que dicen: "Los ángeles del Señor levantaron los mares que se vaciaron sobre ciudades y pueblos; resquebrajaron planetas que cayeron en trozos, convirtiendo en ruinas todo cuanto era vida sobre la tierra; desataron los torrentes que en horrendas cataratas se precipitaron sobre los animales y los hombres; y los fuegos planetarios de globos que ya decrépitos se disgregan, y los fuegos de la tierra abierta en cien volcanes, no dejaron nada con vida sobre la faz de este mundo".

"Son también los Querubes quienes permiten y dirigen las comunicaciones interplanetarias cuando algunos planetas de un mismo sistema han llegado a condiciones precisas para realizarlas.

"La Ley de la Armonía Universal ha permitido y permite en épocas determinadas y con fines de progreso y depuración de humanidades y de mundos las relaciones interplanetarias ya de orden espiritual, moral o material según las necesidades que va marcando la Ley de la Evolución de globos y de seres. Y con esto queda en descubierto el gravísimo error de algunas escuelas materialistas que, careciendo en absoluto del divino conocimiento, niegan la posibilidad de que el pensamiento de Inteligencias Superiores pueda ser percibido por mentes debidamente preparadas para ser receptoras de las ondas vibratorias emitidas por aquéllas cuando lo juzguen necesario para sus designios.

"Todo está medido y admirablemente equilibrado en las rutas eternas de los mundos; y la fuerza de atracción que ejercen unos globos hacia otros, los acerca en épocas determinadas hasta tocarse la esfera astral que les envuelve y es entonces cuando cataclismos múltiples o movimientos sísmicos combinados en aire, tierra y mares, producen a millones la desencarnación súbita de los seres que deben ser trasladados a un globo inferior. Y los millares de almas desencarnadas van a despertar de su turbación en la nueva morada que la Ley Eterna les concede para continuar su progreso.

"El globo o mundo que acaban de abandonar, se ilumina de una luz nueva como si fuera otro sol el que le alumbra, otro aire el que refresca sus praderas, otro azul más diáfano el que recorta sus horizontes.

"Todos los ruines y bajos pensamientos delictuosos, egoístas, lascivos, fueron eliminados para siempre y desaparece con ellos esa pesada atmósfera que enferma y mata a los seres de mayor evolución. Es el cielo de los justos. Es la glorificación de los héroes y de los santos. Es la aureola eterna de paz, de dicha y de amor que soñaron y buscaron por tanto tiempo y en tantas vidas, y que habiendo llegado ellos mismos a la completa purificación, la Eterna Ley les acuerda, no como privilegio sino como conquista gloriosa alcanzada por esfuerzos inauditos de siglos, por vencimientos heroicos realizados en vida tras vida, por renunciamientos sublimes en aras del deber, por *saltos sobre abismos* que a veces la Ley exige a las almas decididas a seguir el ideal, que les ha levantado de las ciénagas para convertirles en ángeles revestidos de carne.

"Venerables Maestros míos, tal es la comprensión a que mi pobre mente ha llegado, guiada por las percepciones de nuestros gloriosos clarividentes y por la luz que la Eterna Potencia se ha servido otorgarme".

El gong del Gran Servidor volvió a sonar en el solemne silencio del sagrado recinto y Jhasua iluminado por la interna luz que le envolvía, dobló su frente esperando el veredicto de aprobación del severo tribunal que le escuchaba.

* * *

www.formarse.com.ar

La Augusta Madre del Verbo de Dios se había dormido en su sitial. La pequeña María parecía sumida en honda meditación y el tío Jaime se levantaba de tiempo en tiempo, procurando no hacer el menor ruido, y removía los troncos de leña en la hoguera o añadía otros a fin de mantener una temperatura tibia en el gran cenáculo sumido en penumbras, pues que bolo resplandecía un cirio velado con pantalla sobre la mesa en que Juan escribía.

Cuando le vio soltar el punzón, se le acercó para decirle:

—Johanín... mira, la Madre dormida en su sillón y la luna llena se va escondiendo tras de las montañas.

— ¡Oh sí, tío Jaime!... No puedo remediarlo cuando esta fuerza me manda escribir.

La pequeña María se les acercó gozosa al ver cuanto tenía escrito Juan en su carpeta.

— ¡Oh Johanín... mi querido Johanín! ¿Ves ahora cómo nuestro divino amigo te hace resurgir a la vida que creías muerta para siempre?

Llevemos a la Madre a su alcoba y cuando la luz del día sea más clara leeremos las escrituras.

—Yo sola me iré —dijo Myriam ya despierta—. He soñado con estrellas que corren por el espacio azul, que se chocan y se esparcen como granadas de luz, y con sus chispas forman miles y miles de estrellitas como rosas de plata que bordan los cielos de Jehová. ¡Oh qué grande y bello lo que el Señor me ha dado mientras Johanín escribía. Vamos, hijos, al descanso y que los ángeles del Señor velen nuestro sueño.

Apoyada en el hombro de la pequeña María, la anciana desapareció tras de las cortinas que cubrían la entrada al cenáculo de sus largas meditaciones.

* * *

EL RABÍ SEDECHIAS

Los lectores de "Arpas Eternas" recordarán seguramente al Rabí Sedechías que tuvo un encuentro con Jhasua en la hermosa ciudad de Jericó donde tenía una larga parentela. En aquella oportunidad manifestó al Maestro las dificultades que tenía para seguirlo, en razón de que su esposa era una hermana de Schamai, el jefe de los fariseos y el que estaba considerado en Jerusalén como el más digno continuador de los grandes maestros y doctores desaparecidos: Hillel, Simeón y Gamaliel.

Presenció espantado las grandes luchas finales del Maestro, y se llenó de horror y de angustia cuando vio la tremenda injusticia de condenarle a la infamante crucifixión, la muerte que se daba a los bandoleros piratas y a los esclavos fugitivos.

Una desesperada tristeza le embargó el alma y empezó a consumir su vida en tal forma que se relegó a su retirado huerto, a una legua romana de la bella ciudad de los rosales y de los naranjos.

Estaba situado el huerto de Sedechías, en la dirección del gran anfiteatro de Jericó, que en las noches de luna resplandecía de blancura, cual si fuera, de marfil.

El hecho de que algunas veces había ocurrido escaparse las fieras, destinadas a servir de verdugos de los condenados a muerte, o a divertir al pueblo haciéndolas luchar con los gladiadores, sirvió de pretexto a la esposa del Rabí Sedechías para excusarse de acompañarle en la soledad de aquel huerto maravilloso por las bellezas naturales encerradas en él.

Sólo con dos viejos esclavos y una montaña de libros y pergaminos más viejos aún, pasaba las horas muertas de su vida sin atractivos exteriores, y llevando en su mundo interno miles de interrogantes, de dudas y cavilaciones que, no estando ya en este mundo el Profeta Nazareno, nadie los podía resolver.

Más, la Ley Divina tiene caminos que los humanos ignoramos, y el Cristo había dicho a Sedechías la noche aquella de su encuentro feliz: *"¡Lo quiero, Sedechias. Ven!"* en respuesta a su pedido de que le fuera permitido volver hasta El.

Pero él no había vuelto.

Las duras cadenas del *qué dirán,* que tan fuertes amarras ponen a los que se sienten atados a los prejuicios de secta, le habían impedido volver junto a aquel joven Maestro tan libre en sus premisas, tan lógico en sus deducciones y tan genial en los magníficos vuelos cíe su pensamiento.

¡Cuan arrepentido estaba Sedechías de no haber vuelto hasta El! El viejísimo axioma de "no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy" se aparecía ante él, como el "Manhe-Thsal-Fares" del festín de Baltasar rey de Persia que el Profeta Daniel interpretó como una terrible amenaza de destrucción y de muerte.

www.formarse.com.ar

Y cuando una noche velaba solitario en el cenáculo sintiendo el chisporroteo de las llamas de la vieja estufa hogareña que iluminaban con! amarillenta luz su hosca soledad, sintió cercanos unos clamores que pedían socorro. Sus dos viejos servidores dormían desde el anochecer, por lo cual Sedechías se vio obligado a encender el farolillo que acompañaba en las noches oscuras al anciano que cerraba el portalón de entrada sobre el camino, que desde Jericó iba directo a Jerusalén.

Era su huerto como un hermoso parque de viejos naranjos, granados y datileros que formaban avenidas y plazoletas donde los rosales y las glicinas enredaban sus guirnaldas floridas en la primavera y el estío.

Pero era entrada de invierno y en los pasillos y caminos se adormecía el ruido de los pasos con el rumor de la hojarasca reseca que se rompía bajo los pies.

Desde el portalón mismo vio Sedechías el bulto de un hombre que se arrastraba penosamente sobre el camino empedrado.

Y salió a socorrerlo.

Era un apuesto joven, de muy buena presencia por su aspecto físico y por las ropas que vestía.

Estoy herido —le dijo— y te pido socorro y albergue hasta que avise a mi familia que reside en Jericó.

—Amigo, puedes estar seguro que haré por ti cuanto pueda —le contestó ayudándole a levantarse. La herida era grande, pero no era mortal. Desde la rodilla a mitad del muslo tenía un tajo que sangraba abundantemente a pesar -de la venda que él mismo se había puesto.

—Te llevaré en brazos —le dijo— si tú puedes sostener el farol.

—Peso mucho. Trataré de andar apoyado en tu brazo —le contestó—.

Y saltando sobre su pierna sana y abrazado a Sedechías pudo llegar hasta un diván del cenáculo donde el Rabí le recostó.

Sin preguntarle quién era ni cómo fue herido, se puso de inmediato a curarle. Lo abrigó bien y le sirvió un tazón de vino caliente con miel.

Se sentó a su lado y cuando le vio tranquilo y que recobraba el color de la vida en su faz atrayente y simpática, empezó el interrogatorio propio de tales casos.

Era un alumno de último año del Gran Colegio, que montado en buen caballo venía a Jericó donde le esperaba su abuelito Benjamín y sus hermanas y hermanitos huérfanos como él de padre y de madre.

Su padre que era muy amigo y compañero del Apóstol Santiago, había muerto junto con él la noche de la bárbara degollación en la cripta del. Templo, diez años hacía. Su madre murió de un sincope cardíaco al enterarse de la noticia. Sus huérfanos en número de cuatro vivían en Jericó al amparo del abuelo Benjamín, que era aquel *tío Benjamín* que Jhasua ya hombre llevaba del brazo cada vez que llegaba a Jericó.

El joven herido era pues un sobrino del Profeta Nazareno cuyo recuerdo estaba tan vivo en la mente de Sedechías.

Le había herido un hombre perseguido por la justicia que salió de entre un espeso bosquecillo de sicómoros a corta distancia de allí. Le pidió su caballo para huir y como él se lo negase por temor de complicaciones ante la justicia romana, saltó a la grupa de su montura y comenzó la lucha, hasta que, sacando un puñal, quiso matarlo, pero sólo lo hirió en el muslo y lo tiró al suelo, huyendo luego a toda carrera por el camino hacia Engadí, seguramente a ocultarse en los peñascales del Mar Muerto.

Era ésa toda la historia del doloroso suceso.

—Me llamo *David de Jericó* —dijo— y me pongo a vuestras órdenes con cuanto soy y cuanto tengo, que es bien poco a la verdad, pero mi abuelo reforzará mi ofrecimiento porque es noble y agradecido.

—Dime, jovencito, ese abuelo Benjamín, ¿no es el que tiene en su vieja casa solariega, un refugio de ancianos y de huérfanos, y hace repartición de ropas y provisiones de alimentos a los necesitados?

—Sí, el mismo. Mi abuelito es en Jericó el Agente de la Santa Alianza, esa Institución que fundó... un tío mío que era llamado el Profeta Nazareno. Creo que puedo haceros sin reparo esta confidencia... El murió ajusticiado por el Sanhedrín cuando yo tenía siete años. Era un hombre de Dios según dice mi abuelito, que llora por su muerte cada vez que lo recuerda...

— ¡Bendita sea tu boca, muchachito valiente, porque tus palabras son el hilo de oro que me atarán de nuevo al profeta! —exclamó con vehemente fervor el Rabí Sedechías.

—Pero él no está más... que fue asesinado por los hombres del Templo.

www.formarse.com.ar

—Lo sé, porque lo vi morir, y no he tenido el valor de buscar el acercamiento a sus discípulos por temor de comprometerlos ante el Sanhedrín que anda como manada de lobos buscando a los innovadores herederos del Profeta.

¿No dices que tu pobre padre fue degollado en la cripta del Templo por estar junto a uno de los discípulos del Profeta?

— ¡Oh!... ¡Es horrible!... Yo he perdido la fe en todas las leyes de nuestros antepasados, y bendigo a Dios de haber terminado mis estudios en el Gran Colegio, para no poner jamás mis pies en esa Jerusalén que tanto amé en la niñez y que ahora detesto.

— ¡Oh! ¡Bendita sea esta noche y bendita la herida que te obligó a pedir socorro en mi puerta!

"¡El Profeta sanará tu herida y sanará mi corazón deshecho y mi alma entumecida por la nieve de todos los desengaños!

"Yo te daré un caballo por el que has perdido y te llevaré a tu casa donde tu abuelo Benjamín hará conmigo como yo lo hago contigo.

"Yo soy Sedechías... el Rabí que brillaba por su oratoria en todas las Sinagogas...

— ¡Cómo!... ¡Infeliz de mí que vine a caer en esta casa!... No os he reconocido creedme. Se dijo que habías salido del país por disgustos con vuestro ilustre cuñado el gran maestro Schamai.

Me figuro, Rabí, que no harás uso de mis confidencias para molestar a los míos... .

— ¡Hombrecito receloso! ¿Por quién me tomas? Habrás oído que pertenecí a los fariseos y que secundé a Schamai en muchos casos; pero ni Schamai fue nunca un perseguidor de hombres, ni yo fui un idólatra de Schamai.

— ¡Es verdad! Mi abuelito hablando un día con la Madre Myriam, recordaba ella al Rabí Sedechías a quien el Hombre Santo había conquistado, pero nunca volvió.

— ¿Quién es la Madre Myriam?

—La Madre del Profeta Nazareno, que vive aún y que todos sus amigos llaman *"nuestra lámpara viva",* porque es ella la luz que les alumbra el camino en seguimiento del que se fue...

— ¡Oh, sí!... ¡Yo la conocí y nunca he podido olvidar el mirar de paloma de sus ojos color de avellana!

"Guiado por ti, yo llegaré hasta ella. ¿No eres en verdad el hilo de oro tendido por el Profeta desde su alma a la mía?

Y Sedechías envió un mensajero al abuelo Benjamín anunciándole que su nieto David estaba salvo en su antigua casa de campo, que era conocida por "El león de piedra", a causa de un trozo de roca que desde remotísimos tiempos se veía adosado a uno de los gruesos pilares que sostenían el portalón.

Aquella roca estaba toscamente esculpida como un gran león sentado en-sus patas traseras mirando al camino de Jericó.

Unos días después, dos jinetes entraban por la puerta de la ciudad que se abría al camino de Jerusalén y atravesando en diagonal el suburbio sudoeste, fueron a desmontarse en el portalón de una casa situada en el barrio de las Sinagogas, llamado así por estar allí las más conocidas e importantes de Jericó. El elemento israelita en su gran mayoría tenía allí sus viviendas, retiradas del barrio de los palacios, de los templos paganos, de las termas, teatros, y del real palacio *Herodion,* maravilla de lujo donde vivió los últimos años y donde murió corroído por un cáncer el fundador idumeo de la dinastía herodiana, llamado Heredes "el Grande" por su fastuosidad imperial, por sus audacias inconcebibles y por sus inauditas crueldades. ¡Tal es la justicia de los juicios de este mundo!

— ¡Oh buen Rabí Sedechías! —Exclamaba el anciano Benjamín cuando aquél se dio a conocer— Te creíamos desaparecido y muerto en tierras extranjeras; y no pocas veces hemos recordado la elocuencia con que explicabas las Escrituras Sagradas en nuestras viejas Sinagogas. ¿Cómo es que estabas/tan cerca y no te hacías sentir cíe los viejos vecinos de tu ciudad natal? ,

—Desde que el Templo y el Sanhedrín se mancharon de crímenes y en vez de *Casa de Dios y Tribunal de Justicia* se convirtieron en degolladero de inocentes y camarilla de verdugos, renuncié a formar parte de este mundo y me relegué a mi casona del "León de Piedra", entre las palmeras y los naranjos, los granados y los rosales donde cantan las alondras y arrullan las palomas. El aire y la tierra de la Judea huelen a sangre y a cadáveres en putrefacción. El latrocinio y el crimen han dejado vivos sus rastros de ignominia y desolación.

—Y tu esposa que resplandecía como una princesa en la aristocracia de Jerusalén, ¿se ha conformado a la vida de ermitaños?

www.formarse.com.ar

— ¡Ni por sueños!... —contestó Sedechías—. Martha vive con la hija mayor de Schamai que quedó viuda con media docena de hijas, que se van casando con los flamante-, doctores de la ley que van surgiendo como cardales silvestres en campo de regadío. Aquello es un festín continuado y yo no aguanto esa vida.

En mi soledad me encuentro a mí mismo y conmigo vivo en paz y armonía.

—Has escogido la mejor parte, Rabí. Te lo dice este viejo que ha conocido todas las alternativas de nuestra vida en la tierra. También soy yo un solitario que, a no ser por mis cuatro nietecillos, sería mi pobre vida un desierto sin agua y sin luz. He abierto muchos sepulcros y pido a Dios que no se abra el mío hasta que estas cuatro vidas que comienzan puedan desenvolverse sin mí.

—Eres un justo y Dios escuchará tu ruego —contestóle Sedechías conmovido por la nobleza de aquella vida, sol de ocaso, que aún quería luchar por continuar dando luz y calor.

De este inesperado encuentro de almas nobles y buenas resultó lo que era lógico esperar.

Luego de largas conversaciones sobre las tragedias pasadas, las presentes y las que presentían en un futuro cercano, llegaron a lo que vivía como una estrella de luz eterna en la mente y en el corazón de todo hombre de bien: el Cristo, Verbo de Dios, Mesías de Israel, a quien su propio pueblo había llevado a la muerte. El anciano Benjamín dio a Sedechías cuantas noticias tenía del camino que tomaron los amigos y discípulos del Cristo.

Cuando el anciano terminó su relato, el asombrado Rabí exclamó:

— ¡Se han hecho dueños del mundo!

—No tanto —respondía el anciano—. Es verdad que no ha quedado un -solo país, de los que hoy forman el mundo conocido, donde no haya una Congregación pequeña o grande que practique y enseñe la doctrina de amor de nuestro inolvidable Jhasua. ¡Si eso es poseer todo el mundo!

— ¡Sólo yo no hice nada para El! —exclamó con tristeza Sedechías.

—Aún estás a tiempo, Rabí. ¡Y cuan grandes obras podrías realizar tú!

— ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

— ¡Desde luego! ¿Que piensas, qué deseas?

—Que permitáis a David a acompañarme hasta Galilea. Allí debe respirarse aún el aliento del Profeta Nazareno. Quiero llegar hasta la santa mujer que fue su madre. Hace mucho que pasé por Nazareth en viaje a Antioquia. Ya se hablaba del joven Profeta que empezaba a convulsionar los ambientes dogmáticos y egoístas en que estábamos educados los hombres de letras en estas tierras de Patriarcas.

"Más adelante le conocí... le hablé, le amé en silencio, y creo que también El me amó. Aquel: *"¡Quiero que vengas, Sedechías...Ven!"* me quedó impreso en el corazón... ¡Más yo fui cobarde ante el *qué dirán* de los juicios humanos. Y nunca volví!..

El celebrado Rabí Sedechías de otra hora, dobló la cabeza sobre el pecho y un hilo de silenciosas lágrimas rodaron de sus ojos al agitarse en su mundo interno el ala sombría de los recuerdos...

Una semana después, Sedechías y David se despedían del anciano Benjamín en el portalón de su casa de Jericó y tomaban rumbo al norte, siguiendo el camino de las caravanas, que atraviesa la montañosa Samaría, costeando a veces el río Jordán y apartándose otras cuando algunas serranías interceptan el paso.

El absoluto retiro en que había vivido los últimos diez años, hacían del Rabí Sedechías casi un extranjero en la tierra de las Doce Tribus de Israel y esto constituía su mayor satisfacción, pues, en todo ese tiempo, su alma se había curado del pecado capital de los fariseos: el deseo de ostentación y de ser reconocidos y considerados como la flor y nata de todos los señoríos, así en el orden del abolengo, como de la rectitud y del saber.

Y antes de separarse del abuelo Benjamín y en su presencia, había enseñado a su joven compañero de viaje el trato que esperaba y quería de él.

—Puesto que tu buen padre descansa en el reino de la paz, permíteme, niño, ocupar su lugar a tu lado, si no es cruel para ti la sustitución. Y en vez de darme el tratamiento de *Rabí Sedechías* que me descubriría ante todos, llámame *padre,* mientras dure nuestra andanza, por esos mundos. Y si luego el nombre te sabe bien, sigue dándomelo, mientras no te resulte yo aburrido y cansador.

— ¡Oh, Rabí!... ¡Es honra grande para mí que quieras tenerme por hijo! —exclamó casi enternecido el muchacho, mientras el abuelo Benjamín dejaba escapar un hondo suspiro al recordar la tragedia horrible que dejó huérfanos a sus nietos.

—Sería aliviar el dolor de la herida, Rabí... la herida incurable que la ignorancia y la maldad de los hombres abrió en el corazón de este viejo —añadió el anciano abuelo con su voz entrecortada por la emoción penosa de aquel recuerdo.

—Un hijo tuve —continuó Sedechías— que murió casi al nacer; por lo cual nunca oí que nadie me llamara *padre. El Rabí, maestro y señor,* los sepulté juntamente con el Profeta Nazareno cuya alta ciencia y nobilísimo corazón me hicieron comprender que sólo El era un Maestro y un Señor, ya que para mí, tales nombres significan la mayor sabiduría y la mayor dignidad.

"Aquellas palabras suyas que le oí en alguna feliz oportunidad: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida: y quien me sigue no anda en tinieblas"* hicieron de mí un hombre nuevo. Y tanto las he desmenuzado en mis solitarias cavilaciones, que a ellas debo la resolución de encerrarme entre la cerca que rodea mi caserón "León de Piedra" de donde tú, inconscientemente, me has sacado, pequeño David. Acaso tienes, como el gran David de nuestras Crónicas, magia en tu palabra como él la tenía en su laúd para adormecer las tristezas iracundas de Saúl.

"Oídme aún más: Por mis abuelos maternos, desciendo de un noble sirio libanés originario de Hamath a orillas del río Orontes, el cual se llamó Evodio. Mi madre, que tenía un culto a la memoria de este padre suyo, me eligió ese nombre cuando vine a la vida; pero ella se casó con un judío que formó su nido en Jericó, donde tenía un buen solar de tierra que hoy se llama el "León de Piedra". Al nombre elegido por mi madre, Siria libanesa de Hamath, mi padre le antepuso el Sedechías, que estaba a tono con su raza y los nombres de sus antepasados. Al salir de mi casona y no queriendo ser reconocido por nadie, se me antoja acudir al nombre Sirio-Libanés que me dio mi madre de santa y querida memoria, y así os ruego poneros de acuerdo conmigo en que desde ahora soy para el mundo *Evodio* de Hamath y queda enterrado como un cadáver en una gruta *Sedechías el doctor fariseo.* ¿Estamos de acuerdo?

—En perfecto acuerdo —contestaron al mismo tiempo el abuelo y el nieto.

— El Profeta Nazareno sabe mi sentir y mi intención, y no dudo que bendecirá esta resolución que significa la transformación del sectario fariseo en discípulo de Jhasua el Cristo, Verbo de Dios.

El anciano Benjamín le abrazó emocionado, y el jovenzuelo David le tomó la diestra y la besó mientras le decía:

—Evodio, padre mío, desde hoy os quiero tanto como amé a mi padre, cuyo cuerpo mutilado descansa en el panteón de David con sus mayores.

Esta tierna y conmovedora escena, unió aquellas tres vidas como tres ramas de un mismo tallo.

La Ley Divina en verdad tiene caminos inesperados para los seres que se amparan a su sombra y de este feliz encuentro de almas tuvo su origen, todo cuanto de bien y bello y bueno pueden realizar las almas que despiertan en un momento dado a la conciencia del deber, que libremente se impusieron antes de llegar a la vida física.

Para David, la compañía del Rabí Sedechías fue como el tener un preceptor de alto vuelo a su lado, en cuanto a los conocimientos de aquella época. Y para el corazón cansado de desengaños y entristecido de soledad, la permanente compañía de David, fue frescura de agua mansa en fuente cristalina y suave resplandor de alborada con gorjeos de pájaros y aroma de flores, en las que brillan como perlas las gotas del rocío.

COMO SE ABREN LOS ABISMOS

Al lento paso de la caravana unas veces, adelantándose otras en los valles iluminados de sol y donde no había peligro alguno, Sedechías y David se acerca-tan a Galilea, costeando a veces las riberas del Jordán cubiertas de espeso follaje, o serpenteando entre serranías y colinas que alargaban demasiado su viaje. Es lo cierto que se estableció una estrecha amistad entre el hombre maduro, con más de medio siglo de vida y el jovenzuelo de diecisiete años, demasiado pensativo y grave para su corta edad.

Parecíales conocerse y amarse desde mucho tiempo. Mutuamente se adivinaban el pensamiento y el deseo del uno se reflejaba de inmediato en el otro. A veces reían de lo que ellos llamaban felices *coincidencias, y* otras veces quedaban silenciosos y pensativos, como si de pronto se sumergieran ambos en hondos pensamientos y lejanos recuerdos.

En su calidad de viajeros privilegiados por la mayor suma abonada al kabir de la caravana, se les armaba una tienda particular para ellos dos cuando se disponía pernoctar antes de llegar al Kan de la región que atravesaban. Y entonces ambos se dispensaban recíprocamente mil cuidados y atenciones, en tal forma, que

todos los viajeros creían ver en ellos un padre amoroso en extremo para aquel hermoso hijo suave y dócil como un corderillo que le seguía.

Todos aquellos viajeros ignoraban lo que tú y yo sabemos, lector amigo, o sea que: las criaturas humanas, cuando caminan por la senda de la Ley Eterna, avanzan por una pradera iluminada del sol de la Verdad Divina que les abre horizontes ignorados por ellas mismas.

Y en estos horizontes, sienten, piensan y quieren de modo y forma que resulta incomprensible para las turbas inconscientes de los caminos de Dios y de sus eternos designios

Y luego de un viaje sin incidentes que merezcan relatarlos, llegaron a la vieja casona del Justo Joseph, cuya memoria no se había perdido en la tranquila y pintoresca Nazareth.

Aunque habían pasado unos quince años desde que Sedechías estuvo sentado a la mesa del Profeta Nazareno según lo relatamos en "Arpas Eternas" *no* les fue difícil reconocer en el viajero al Rabí Sedechías, de sus días gloriosos de instructor del pueblo de Moisés, ni a él le fue difícil tampoco reconocer en aquella austera mujer respetada por el tiempo, a la dulce madre del Profeta, *cuya mirada de paloma,* según su galano decir, nunca pudo olvidar. A Johanín lo encontró un hombre demasiado maduro cuando sólo contaba treinta y tres años.

A la pequeña María, al tío Jaime y a Dina su esposa, no les había conocido antes.

—Es ésta una familia patriarcal, tal como me la había figurado y como debían ser los que viven bajo el techo que fue su techo. ¡Oh, el Profeta Nazareno!... ¿Por qué no vine cuando El me dijo aquella noche: *"Lo quiero, Sedechías... ¡Ven!?*

En cuanto a su sobrino David, Myriam le había visto muy pequeño y cuando la desgracia de su padre asesinado en la cripta del templo juntamente con Santiago hermano de Johanín, ella había enviado mensaje ofreciéndose para cuidar algunos de los huerfanitos, pero el abuelo Benjamín no quería separarse de los hijos de su hijo mártir de los divinos ideales del Mesías Ungido de Dios.

Y Sedechías y David llegaban hasta ella, buscando en su corazón maternal lo que seguramente hubieran encontrado en el gran corazón de Jhasua, Verbo de Dios.

Después de las familiares conversaciones de viajeros recién llegados, Myriam dijo a Johanín:

—Nuestro amado ausente trae al Rabí Sedechías a este humilde hogar para aquietar las dudas de tu corazón, pues él es capaz de juzgar si lo que escribes está de acuerdo con la Divina Sabiduría.

— ¡Por favor, señora!... no me llaméis *Rabí Sedechías,* porque deseo pasar en este lugar desconocido de todos. Mi posición de familia así me lo exige. A su debido tiempo lo comprenderéis vosotros.

—Y, ¿cómo debemos llamaros? —preguntó de nuevo Myriam.

—*Evodio de Hamath.* Ya explicaré la razón por que he adoptado este nombre.

—Bien, hermano Evodio. Estáis en vuestra casa por todo el tiempo que sea vuestro gusto. Mi sobrinito David no necesita que le repita igual ofrecimiento.

El jovencito sacó de su pecho un paquetito envuelto en lino blanco y lo entregó a Myriam diciéndole:

—Os manda esto el abuelo Benjamín. —Era la parte de renta que daba el huerto en común para todos los herederos del viejo tronco familiar, al cual, como se sabe, pertenecía Myriam, miembro de la antigua familia de Joaquín su padre.

— ¡Oh, mi honrado administrador! -También él merece el nombre que por aquí todos le dieron a mi querido compañero, *el justo* Joseph. Yo puedo decir: el justo Benjamín, mi tío.

Y cuando llegó la noche, y el cenáculo se iluminó con sus grandes cirios para la oración acostumbrada, ocurrió lo que ninguno había esperado:

La pequeña María era siempre la primera en llegar, como blanca sombra .silenciosa, a ocupar su lugar junto al sitial de la Madre Myriam, como ella amorosamente la llamaba, y esa noche llegó con mayor anticipación, porque ella misma se sentía extraña, como si no estuviera en aquel sitio, y se viera flotando por sitios para ella desconocidos. Y cuando todos estuvieron reunidos, cayó en una profunda hipnosis, y todos los allí reunidos le escucharon decir, con una voz que no era igual que la suya y puesta de pie, pareciendo de mayor estatura y con un majestuoso continente:

—"¡Amados hijos míos!... Mi corazón esperaba esta reunión para concurrir también yo a ella. En este Templo de la *Montaña de los Pinares,* el viejo Spano-Shan, Patriarca de los Profetas Blancos que rodean al Santo Rey Anfión, os habla para anudar el hilo de vuestra vida eterna con la mía, en esta hora en que hemos de trabajar unidos en la obra de redención humana que dejó inconclusa y que debemos terminar nosotros, en esta etapa de la evolución humana."

www.formarse.com.ar

Llegado el discurso a este momento, Sedechías y David fueron también adormecidos por la potente ola de vibración que parecía una suave marea extendiéndose lenta pero persistente y dominadora a la cual nadie podía resistir.

El Rabí Sedechias, así dormido, se levantó de su sitio y fue a caer de rodillas ante la pequeña María, mientras decía:

—Hablad Patriarca, amado Spano-Shan que vuestros discípulos están dispuestos a escuchar tu mandato.

Igualmente David se arrodilló también, pronunciando parecidas palabras.

Aquella inesperada escena tenía vibraciones tan fuertes de amor que hacían llorar a los que la presenciaban.

"¡Ayradio y Tyerki! —Dijo la voz de la pequeña María—. En la hora de dolor y de gloria de Anfión el Rey Santo, fuisteis mis aliados íntimos para consolar al Justo cuando la maldad y las miserias humanas lastimaban su corazón y agotaban sus fuerzas físicas.

"Hoy ocupáis otros cuerpos, pero sois los mismos de aquella hora lejana.

"¿Estáis dispuestos para la labor que la Eterna Potencia os asigna?"

Sedechías y David, que se despertaron en ese instante y se pusieron de pie como movidos por una fuerza súbita, contestaron: —"Lo estamos, ¿qué ordenáis, amado Patriarca de la Montaña Santa?"

—"Que lo abandonéis todo en vuestra tierra nativa, y en este mismo lugar y de aquí a diez lunas se os revelará lo que será vuestra labor en esta hora, no menos grande que aquella otra que duerme en vuestro recuerdo, pero que vive siempre en el castillo encantado de la Luz Eterna."

* * *

Tenía el Rabí Sedechías heridas profundas en su corazón.

Alma de nobles y bellos ideales basados todos, en la armonía de sentimientos y en el amor que florece en todos los matices y en todas las formas, al igual de las flores que embellecen praderas y jardines no se vio comprendido nunca ni en los días de la infancia por sus padres y sus hermanos; ni en su juventud por sus profesores y compañeros de las Escuelas de Phafos, de Siracusa y de Alejandría, ni aún en el Gran Colegio donde pasó de alumno a profesor.

Cuando pasados los treinta años amó a una mujer a la cual tomó como el ideal de sus anhelos sentimentales, llegó a la triste conclusión de que era él un alma aislada en absoluto de todo vínculo, de todo lazo que pudiera acercarle por afinidad a ningún ser humano.

Parecíale llevar un abismo de soledad en sí mismo, y con un estoicismo sereno se dejaba absorber y sumergir en él.

La inmensa soledad del mar, le reflejaba como un espejo su propia soledad.

La grandeza imponente de bosques impenetrables donde no había pisado la planta del hombre, era una imagen viva de su vida interior plena de fuerza, de rumores, de voces sin ruido donde los pensamientos se sucedían con vertiginosa rapidez, como los vientos huracanados sacudían los árboles de la selva.

Se había unido por su religión y por la ley de su país a una mujer, imagen fugitiva del amor soñado y sentido por él. Para ella, era él un infeliz visionario.

Esposa material y física, no fue compañera para su alma, no obstante ser una honorable dama de la aristocracia judía. Tales son en general los amores humanos, que nacen, crecen y florecen a la fría luz de las conveniencias sociales. Al igual que las flores, se marchitan y secan aún antes de las heladas del invierno.

Era Sedechías de hermosa presencia física, y con la suavidad de su carácter y la finura de sus modales, fue en su juventud un espléndido ideal para las jóvenes que esperaban esponsales.

El no fue rebelde al amor. En su trato íntimo con Schamai, compañero de estudios y de viajes, fácil fue a su corazón quedar prendido de los encantos de la hermana menor del amigo, la cual, a sus dieciocho años, era una de las *más* bellas figuras femeninas de su tiempo. Y el joven filósofo admiró la belleza de aquella flor primaveral, como admiraba las rosas de oro de sus jardines y el canto de las alondras en los nogales de su huerto, y el resplandor plateado de la luna sobre la blancura de los lirios que asomaban por su ventana.

Era en verdad un poeta y un visionario que todo lo embellecía y divinizaba a través de ese cristal mágico del ensueño y la ilusión, por donde miran de ordinario los pocos seres que pasan por la vida con sus pies

www.formarse.com.ar

andando por el polvo de la tierra y con su mirada fija en horizontes lejanos, donde la belleza física es un vivo reflejo de la belleza interior.

Para tal hombre, la joven Martha resultó una hermosa figura de porcelana vestida de perlas y brocado, que pronto se cansó de verle dedicado a averiguar la vida de las flores, de los pájaros, de los insectos, de las estrellas, de todo cuanto abarcaba en el universo su buscadora mirada.

Deseaba descubrir el por qué de todas las cosas. Y no compartiendo ella sus inclinaciones y sus gustos, fue en absoluto imposible la afinidad entre ellos. Y el abismo comenzó a abrirse entre el alma de Martha y el alma de Sedechías.

Cuando, sentados en el jardín, descubría él dos plantas, la una con flores rojas, la otra con flores blancas, y que apenas, comenzada la floración, los pétalos blancos empezaban a pintarse con finas hebras encarnadas y más iban subiendo de color, era para él un bello descubrimiento que anotaba en su libro de experiencias. Aquello significaba para Sedechías que las flores también se aman y acaso se unen sus corolas en las ráfagas de brisas, o sus raíces bajo la tierra que la sustenta.

Y Martha, con sonrisa forzada, le decía:

— ¡Qué hombre eres tú!... Te preocupas y emocionas por esas nimiedades y permaneces indiferente a los festivales del Circo, a las diversiones en las Termas, a los acontecimientos públicos en general, y hasta en las solemnidades del Templo, ¡No puedo comprenderte!

— ¡Es verdad!... —contestaba él tranquilamente—. No puedes comprenderme, Martha. Pero yo no te pido nada, ni te niego nada. Tú eres como eres y yo soy como soy. A mí me encanta y atrae la vida entre la Naturaleza y sus obras no hechas por la mano de los hombres. A ti te atrae la vida entre el contacto de los seres, y todo cuanto emana de ellos.

"Yo encuentro la belleza, la bondad y el amor en todo cuanto en la Naturaleza no fue obra de los hombres. Y no encuentro ni belleza, ni bondad, ni amor en las criaturas humanas que todo lo hacen por egoísmo, por interés, por fines ruines y mezquinos. Alguna excepción aparece como de milagro a veces... ¡cuán escasas son esas excepciones!

El abismo se ensanchaba cada día más entre aquellas dos almas que se deslumbraron recíprocamente un día con la radiante belleza exterior que ambos ostentaban.

"Donde el amor no vive, toda vida se agosta y muere", decía un viejo axioma de la Fraternidad Kobda prehistórica. Y Martha comenzó a iniciar frecuentes viajes de Jericó a la casa paterna en Jerusalén, atraída por los festines suntuosos de la aristocracia judía, por el lucido papel que ella desempeñaba haciendo de hermana mayor de las hijas de Schamai, huérfanas de madre, en fin, por todos los encantos que para algunas almas tiene la vida social, plena de entusiasmos y de animación.

Así se abren los abismos entre las almas que un día creyeron amarse.

De aquí la equivocación de leyes y religiones que sancionan y decretan invulnerable perpetuidad sobre los amores humanos, que tan volubles y efímeros son.

Y el Rabí Sedechías, cuando conoció al Profeta Nazareno, sintió en su espíritu una extraña conmoción.

Pareció adivinar que había por fin encontrado la belleza perfecta nacida del interior y florecida al exterior como en un desbordamiento supremo. El Profeta era esa belleza.

Había por fin encontrado la bondad perfecta, que se sacrificaba sin violencia para ofrendar sus dones a quien los necesitaba. El Profeta era esa bondad. Había por fin encontrado al Amor perfecto que se da sin esperar compensación alguna sin pedir nada a cambio de lo que da, porque le basta y le sobra con mentir la resonancia divina que ha brindado.

Le basta y le sobra con ver que florece el amor allí donde dejó en silencio la semilla... Que se enciende lumbre en las tinieblas, con la chispa que dejó entre heladas cenizas...

Y ese amor perfecto vivía exuberante y vivo en el Profeta Nazareno.

Lo vio, lo comprendió y por cobardía no lo siguió.

"¡Qué maligna fuerza ejercen los juicios humanos sobre las almas educadas bajo la tiranía de las conciencias! ¡Cuan poderoso es el *que dirán* para subyugar a las almas y mantenerlas atadas al mojón de hierro" de los códigos sociales en cada época y en cada raza!

"Sólo el amor del Cristo inmolado por la humanidad, será bastante fuerte para destruir esos poderes satánicos que siembran sobre la tierra el odio y la desolación".

Así pensaba el Rabí Sedechías bajo los nogales del huerto en Jericó cuando la soledad le envolvió como un manto de tristeza y sintió que el abismo de todas las separaciones, le había tragado por completo.

www.formarse.com.ar

Mas la Ley Divina sintió el quejido de su corazón hambriento de luz y de amor.

Y la voz temblorosa de David frente a su puerta en oscura noche pidiendo socorro fue la chispa de luz para su lámpara apagada.

Fue la semilla que el Cristo dejaba en su jardín interior cubierto de hojarasca seca con todas sus flores muertas.

Fue la resonancia de la eterna melodía que ya no se extinguiría más en su corazón, resucitado a una nueva manera de comprender la vida, porque el Profeta Nazareno, de pie ante él, le decía: "¡Resurrexit!... ¡He resucitado pata ti! ¡Levántate y anda!"

Por eso el Rabí Sedechías llegó hasta Nazareth, para que/las manos santas de la augusta madre, anudaran de nuevo el lazo que su apatía espiritual desató, entre su pobre corazón, avecilla herida, y el excelso corazón del Hijo de Dios.

EL SUEÑO DE LAS TRES MARÍAS

La hermosa y vulgarizada tradición de las *Tres Marías* simbolizadas en tres estrellas fijas radiantes, precioso ornamento del conjunto de mundos visibles desde la tierra tiene su firme fundamento en un hecho que la humanidad actual desconoce en absoluto, y que en la segunda década después del retorno del Cristo al Reino de Dios, tuvo algunos cronistas que lo dejaron escrito en sus cartapacios que la acción destructora del tiempo ha hecho desaparecer del plano físico.

Más la Luz Eterna es una fidelísima narradora para todo aquel que le pide sus secretos, con la única noble intención de referir a las almas ansiosas de belleza y de verdad, las muchas que Ella guarda en el diáfano cristal de sus espejos eternos.

Y en la noche de un veintiocho de Marzo del año doce después de la muerte del Divino Maestro: Myriam, María de Mágdalo y María de Bethania, tuvieron el mismo sueño.

La de Mágdalo y la de Bethania estuvieron en el Lacio con la familia de Judá, colaborando con ellos en la formación de esa primitiva falange de mujeres cristianas que fueron madreselvas de ternura para las primeras áridas cruzadas de esperanza, de valor y de fe, de Pedro y sus auxiliares íntimos.

Las Tres Marías se encontraban juntas en la silenciosa casa de Nazareth ocupando su lugar habitual en el gran cenáculo en los días en que el Rabí Sedechías se encontraba allí.

Juan leyó, en un legajo de pergaminos enviados por el apóstol Zebeo desde Alejandría, un pasaje de sus vidas en conjunto con la del Profeta Nazareno. Era aquel pasaje referido en *"Arpas Eternas"* en que el Maestro se queja a sus Doce con estas doloridas palabras:

"Sembré en vosotras el amor y la simiente se ha secado."

¿Por qué las había dicho? Una dolorosa decepción ensombreció el cielo de su espíritu cuando pudo observar que sus íntimos en quienes más confiaba para derramar sobre la faz de la tierra la simiente del amor fraterno, no la dejaban germinar en sus corazones.

En un obstinado silencio rechazaban la presencia de los huérfanos discípulos de Jhoanan el Bautista que había pedido al Maestro los cobijara con amor en su naciente escuela.

Y las *Tres Marías,* sumidas en meditación a la misma hora, se encontraban en un plano de luz del Cielo de los Amadores, a una de cuyas legiones pertenecían.

El pensamiento del Cristo vibrando en aquellas dolientes palabras suyas que eternamente vibrarán con la misma intensidad que les imprimió al pronunciarlas, de tal modo resonaron en su yo íntimo, que las tres almas tomadas de sus manos intangibles formaron un triángulo, símbolo de todo pacto que no se rompe. Y se comprometieron las tres a fundamentar el apostolado cristiano de todas sus vidas terrestres, en tejer lazos de unión y de amor entre los amantes del Cristo Ungido de Dios, que ellas habían amado tanto, lo habían comprendido según su capacidad y tan de cerca le habían seguido.

Tan profunda fue su concentración mental en la obra de amor ignorada de todos, que ellas realizaban esa noche, que les pasó inadvertido el tiempo y todo cuanto les rodeaba.

Ni el laúd de Dina que desgranaba suavísimamente la melodía del *Miserere* con que terminaban siempre la oración, las hizo despertar a la realidad de la vida.

Todos los que estaban presentes unieron sus pensamientos en una plegaria, pidiendo les fuera manifestada la causa de aquel letargo, y a poco rato vieron sobre las cabezas de las dormidas un triángulo perfecto formado como de un hilo luminoso, y en cada uno cíe sus vértices una estrellita que rutilaba con diáfana claridad.

Unos momeritos más tarde, las tres Marías se despertaban llenas de indecible gozo, refiriendo el extraño sueño que habían tenido, y que mayor asombro les causó, cuando las tres coincidieron en todos sus detalles.

Y como un perenne recuerdo de este tierno y emotivo acontecimiento espiritual, grabaron en una tablilla pintada de azul celeste un triángulo dorado con las estrellas en sus vértices y fue colocado al pie del altarcito hogareño en el cenáculo de Nazareth.

Cada vez que ellas encontraban tres flores en una misma rama, decían:

LAS TRES MARÍAS SE UNEN DE NUEVO

El Rabí Sedechías, gran amigo y observador de los astros, descubrió, en una noche serena de Nazareth, las tres estrellas del triángulo *Casiopea* en la ribera sud de la Vía Láctea y dijo a sus compañeros de meditación.

—Venid a ver las *tres Marías* en nuestro cielo azul.

En realidad, nada tienen de común esas tres radiantes estrellas con el hecho que acabo de referir, sino es por el símil que encontraron aquellos enamorados del ideal divino del Cristo, con toda belleza natural que formase trilogía.

De ordinario nacen así las más vulgarizadas tradiciones, que al rodar de los años y los siglos, se pierde el origen de ellas entre las impenetrables brumas de un pasado lejano que nadie se ocupa de remover.

Y la dulce Madre de Verbo de Dios solía repetir desde entonces a sus dos compañeras de aquel sueño:

—Como esas tres estrellas fijas que vivirán tanto como los cielos de Dios, debe ser nuestro sagrado pacto de unir siempre a los amigos de Jhasua en torno a su Corazón.

Y en algunas antiquísimas escrituras, epístolas y consejos espirituales del siglo primero, se encuentran alusiones como ésta: "Que ninguna de las tres Marías deje apagar su luz, a fin de que las palomas mensajeras de Jhasua no pierdan la ruta por las nieblas y la oscuridad".

Y los orientalistas estudiosos de viejos pergaminos, no acertaban con la fiel interpretación de tales palabras.

Y esta tradición ha sido desdeñada como algo apócrifo que no merecía ser tenido en cuenta, al igual que ha ocurrido con innumerables tradiciones orales o escritas por los amigos del Cristo encarnado, que durante todo el primer siglo de la Era Cristiana fueron tenaces conservadores de todo cuanto tuvo relación con El y con sus amigos íntimos, que son los únicos verdaderos testigos oculares de todo cuanto sucedió durante su breve vida terrestre y en los años cercanos a su muerte.

Es doloroso pensar en la escasa importancia que ha dado la humanidad a los relatos de los íntimos familiares y amigos del Cristo encarnado, y ha formado en cambio enormes volúmenes con epístolas, conjeturas y polémicas de relatores y cronistas que no sólo no conocieron personalmente al Divino Maestro, sino que hasta fueron enemigos de su doctrina y perseguidores encarnizados de sus discípulos, si bien más tarde fueron iluminados por la evidencia de los hechos innegables y por la heroica abnegación y firmeza de los fíeles amigos suyos que aceptaron todo, hasta las torturas y la muerte por sostener su ideal.

LOS CAMINOS SE ENCUENTRAN

El Castillo de Mágdalo se había convertido en Santuario-Escuela de todos los conocimientos útiles a los seres que lo frecuentaban, niños, adultos, varones y mujeres.

Con buenos telares, se había formado un hermoso taller de tejidos de lana en el que muchas mujeres se proporcionaban el sustento diario, llevando a vender sus propios trabajos en la vecina ciudad de Tiberias.

Algunos de los buenos obreros del taller del justo Jhosep, ancianos ya, se prestaron, mediante una justa remuneración, a servir de maestros en el arte de labrar madera a todos los jovenzuelos que se interesaran en aprender.

Lo que la incomparable Thabita había realizado en los talleres de la Aldea de los Esclavos junto al Apóstol Zebeo, lo hacían en Mágdalo a donde se trajeron buenas tejedoras de Tiro, donde la Santa Alianza se abría

www.formarse.com.ar

camino bajo la tutela silenciosa de los Terapeutas Esenios que, desde su viejo Torreón de Melcart, continuaban su tarea de providencia viviente para los humildes.

"La limosna sólo es para los inválidos, pero es humillante para todo aquel que puede sustentar la vida con el honrado trabajo que dignifica y engrandece." Y bajo este tema trataban de infundir en las masas deprimidas por la escasez y la miseria, una amorosa consagración al trabajo.

El Castillo de Mágdalo era pues un enjambre de laboriosas abejas, que desde la salida del sol hasta el ocaso no detenían sus múltiples actividades.

Recordará el lector, seguramente, que Boanerges y Amada, la niña muda a la que se unió allá en Alejandría, y que fue tan prodigiosamente curada por el pensamiento de amor de todos cuantos presenciaban la ceremonia, habitaban en el Castillo por deseo expreso de su dueña.

Ellos ocupaban las habitaciones de la torre que fueron siempre del dominio de Boanerges y hospedaje de algunos amigos suyos que temporariamente llegaban a la Aldea por diversas causas.

Se habían consagrado con amor a la enseñanza de los niños de ambos sexos, hijos de las obreras que trabajaban en los talleres.

El regreso de María a su viejo Castillo después de su estada al lado del Apóstol Pedro en Antioquía y en Roma, trajo una nueva animación y entusiasmo con las noticias y orientaciones que en aquellas grandes capitales se daba al apostolado cristiano en esa hora.

El encuentro con el Rabí Sedechías, que con Juan y la pequeña María visitaban el Castillo, dio origen a una ampliación considerable en los estudios de la pequeña escuela infantil. Y ya no fueron sólo los niños los que frecuentaban la modesta aula, sino adolescentes, de familias acomodadas, que habían sido retirados del Gran Colegio de Jerusalén a causa de que los que habían abrazado el ideal del Cristo, sentíanse molestos por el pesado y minucioso estudio de los textos ordenados por la rigurosa ortodoxia hebrea.

Aquellos libros el *Deuteronomio y* el *Levítico,* que eran enormes monumentos de ordenanzas gravosas de cumplir por repetidas a cada hora del día, ocupaban casi todo el programa de enseñanza. Y los que habían aprendido de sus padres la doctrina del Profeta Nazareno sin rituales y sin limitaciones de orden material, sino aquellas que atañen a la formación espiritual y moral del ser, encontraban contradicciones y choques con su sentir y su pensar.

Aquella serie interminable de *purificaciones,* costosas y mortificantes, que significaban una preocupación a cada momento, eran por demás onerosas para alumnos capaces ya de razonamiento. Y así fue como en Galilea corrió la noticia de que la Escuela del Castillo de Mágdalo era una Escuela del Profeta.

Nazareno, como la de Joppe fundada por Marcos y Ana, corno la de Arimathea fundada por José y Nicodemus y otras que en discreto silencio se iban desenvolviendo progresivamente en varias poblaciones, en que la Santa Alianza se ocupaba no sólo de vestir y alimentar los cuerpos, sino también de iluminar las almas.

Hasta que un buen día, la policía secreta del Sanhedrín tuvo noticias de-esta enseñanza no tan favorable a sus conveniencias religiosas, legales y financieras.

De ella resultaría una juventud adversa a la venerada *Thora* en que el pueblo de Israel vivía y se movía desde lejanos siglos.

Habían crucificado al fundador de tales doctrinas *subversivas,* habían degollado a Santiago y sus compañeros, y lapidado a Stéfanos por enseñarlas y practicarlas; y surgían Escuelas en las tierras de Israel para divulgarlas entre la nueva generación, esperanza del porvenir. No podía tolerarse tamaña iniquidad.

Y fue decretada guerra sin cuartel a las Escuelas del Profeta Nazareno que existieran en toda la jurisdicción del Sanhedrín judío.

A fin de comprobar los alcances de la sospechosa doctrina, designaron inspectores a jóvenes doctores recién egresados del Gran Colegio, con todo el humo de la vanidad y del orgullo propio de los triunfos fáciles y a veces obtenidos, mediante complacencias, bien remuneradas, o privilegios especiales a alumnos de alta categoría social.

Entre esa juventud triunfante se encontraba un joven doctor originario de Tarso, capital de Cilicia, en la opuesta ribera del Mar Grande.

Era el más ferviente defensor de la Ley judaica y juzgaba sacrílega osadía el pretender cambiar ni una tilde de sus ordenanzas y sus dogmas.

—Dadme la autoridad necesaria y no quedará uno solo en las tierras de Israel —decía el joven doctor Saulo de Tarso a los severos jueces del Sanhedrín Judío.

www.formarse.com.ar

Y esos poderes le fueron ampliamente acordados. Era, pues, el jefe de los jóvenes encargados de aniquilar a los discípulos del Profeta Nazareno.

Y los laureados doctores recién egresados del Gran Colegio se lanzaron como un huracán, o mejor dicho, como una manada de lobos enfurecidos, a perseguir como en feroz cacería a los mansos discípulos del dulce Rabí que enseñaba con voz musical: "Amaos los unos a los otros, porque todos los seres humanos somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos".

Ya había estrenado su odio furioso en contra de los cristianos en la persona del Diácono Stéfanos que fue su primera víctima.

Y a la carrera de un brioso caballo penetraba en todas las casas en las que sabía o sospechaba habitada por los Nazarenos como se les llamaba en aquel primer tiempo a los amigos del Cristo.

Fue la provincia de Judea la primeramente azotada por esta persecución, que obligó a los perseguidos a refugiarse en los peñascales del desierto vecino al Mar Muerto, o a cruzar el Jordán para ocultarse en las montañas de la opuesta ribera.

Los que tenían algún familiar en las ciudades de la Perea, llegaron hasta Callirhoc, Hesbon y Filadelfia, de donde les recogió el Scheiff Ilderín cuando tuvo noticia de la dolorosa emigración, y les albergó en sus fortalezas del Monte Jebel, en la vecina Arabia.

La persecución se extendería pronto a Galilea donde era más numerosa la grey cristiana; y ante la amenaza, comenzó la huida a los ocultos Santuarios Esenios cuyos laberintos de grutas entre inaccesibles montes, estaban a resguardo de los rabiosos lebreles del Sanhedrín.

Las alarmantes noticias llegaron a la tranquila Nazareth, a Naim, a Mágdalo. Y los bravos montañeses galileos, *los amigos de la montaña,* que recordaban con tanto amor al príncipe Judá que había sido su providencia viviente durante más de diez años, se unieron para la defensa de los Refugios que tenía la Santa Alianza en pueblos y aldeas que eran a la vez depósitos de ropas *y* víveres para socorrer a los necesitados.

Por iniciativa del anciano Simónides y en previsión de lo que pudiera ocurrir, el Príncipe Judá había entregado a Juan, María de Mágdalo y a la pequeña María, documentos con el sello imperial, que acreditaban haber pasado a propiedad de Quintus Arrius, hijo, para fines de beneficencia pública, la Casa de Nazareth, el Castillo de Mágdalo, y la sede de la Santa Alianza en Cana, en Naim y en Tolemaida.

Los agentes del Sanhedrín hicieron desde luego las averiguaciones del caso y comprobaron que en la casa de Myriam se efectuaban los repartos de ropas y de provisiones en general, lo mismo que en Cana y en Naim.

Allí no había enseñanza, no había aulas, no había escuela. Aquello era inofensivo para la adusta religión judía.

Era una lóbrega procesión diaria de inválidos, de mendigos, de enfermos de toda clase.

Pero el Castillo de Mágdalo era una escuela organizada, donde se enseñaba la perniciosa doctrina de aquel Profeta crucificado, que parecía revivir hasta en el césped que bordeaba los caminos y en las arenas de la playa del mar Galileo.

Y empezó la guerra de espionaje disimulado primeramente y de acción brutal después.

Era Boanerges el jefe supremo en el Castillo y en la modesta Aldea que lo rodeaba.

A él obedecían los celadores de ambos sexos que atendían niños y niñas, de siete a catorce años, que concurrían a la Escuela; operarios y aprendices en los talleres de tejidos. Pero, cuando llegó la noticia del peligro que les amenazaba, *los amigos de la montaña* del príncipe Judá, se ubicaron en el bosque que rodeaba el Castillo armados de guadañas, de hoces de hachas, de grandes podaderas, como si se tratara de una cuadrilla de podadores y hachadores, que transformaban el bosque en un parque romano. Los subsuelos del Castillo ocultaban un abigarrado batallón de galileos armados.

La Castellana de "Mágdalo, al llegar a su vieja morada, volvió también a su vida de recuerdos, de meditación, de hondos diálogos consigo misma y ton el Divino Amigo Ausente, y todo ello vaciado en pergaminos que iban formando grandes legajos que sólo ella leía.

Pronto adivinó que Boanerges no estaba aún curado del viejo amor que le atormentó desde su primera juventud. Y fue ése el motivo de que María pasara frecuentes temporadas en la Casa de Nazareth al lado de la dulce Madre Myriam.

Su prima Amada era una bella y abnegada mujercita, merecedora de toda la dichosa paz que podía darle la vida al lado de un hombre como Boanerges, si él hubiera podido amarla.

— ¡Eres muy feliz, Amada, con el compañero que tienes! —decíale María cuando recién llegada de su viaje se instaló en su morada.

—En efecto —le contestaba Amada— podría ser muy feliz, pero no tengo la capacidad de hacerlo feliz a él.

— ¿Por qué piensas así? ¿Qué le falta a Boanerges aquí para ser dichoso? ¿No le amas tú bastante?

— ¡Oh!... yo le veo a veces muy triste y distraído. Siempre está lejos... ¡no sé dónde, pero está lejos! Escribe mucho, pero no puedo saber lo que escribe. Tampoco soy curiosa. Y lo que él no me da a leer, no tengo porque pedirlo. Jamás se enfada conmigo ni con nadie. Es la suavidad misma, pero yo sé que él no es ni será nunca dichoso.

—Acaso la muerte tan terrible de su hermano Stéfanos, la tragedia de nuestro amado Maestro, la ausencia de Pedro, y de todos los grandes amigos del Señor, habrá dejado amargura y desolación en su corazón... —dijo María, tratando de comprender la confidencia de su prima, o mejor dicho, deseando no ver lo que detrás de ella se diseñaba vagamente.

* * *

La trágica muerte del emperador Calígula y el advenimiento de Claudio, en nada cambiaron las ya crónicas inquietudes que desde la muerte del Cristo se habían sucedido sin interrupción. Con breves períodos de calma, la tenaz desconfianza de los magnates del Sanhedrín hacia toda innovación civil o religiosa, causaba de tanto en tanto terribles alteraciones en las provincias de la Palestina, que vivía una vida de sobresalto y de terror, a la espera siempre de nuevas tragedias.

Este estado de cosas alteró grandemente el sistema nervioso de la pequeña María, que se trasmitió a Juan, el cual se vio en absoluto impedido de continuar las hermosas escrituras que estimularon su despertar de Apóstol del Cristo que encendía por fin su lamparilla para dar luz a las tinieblas del camino.

Fue entonces, cuando, para reanimarle, el Rabí Sedechias le invitó a trabajar juntos en la Escuela que desarrollaba sus actividades docentes en el Castillo de Mágdalo. Y un buen día se presentó Juan, llevando a *Evadió de Hamath* como un voluntario auxiliar de los maestros que prodigaban sus conocimientos a los niños y adolescentes de ambos sexos, que concurrían a aquellas humildes aulas.

Se convino en que el nuevo profesor daría sus lecciones sólo dos veces por semana, en atención a que su alojamiento en Nazareth le haría demasiado oneroso acudir diariamente.

—Bien podéis vivir aquí, si es vuestro gusto —le dijo Boanerges al aceptar muy complacido su inesperada colaboración.

—Estoy en Galilea recomendado especialmente a la venerable Madre del Profeta y además, este buen Juanillo me necesita mucho. No me pesará en absoluto acudir a vuestra ayuda dos veces a la semana— le había contestado.

Juan, que desde la niñez fue gran compañero de Boanerges, creyó que para él no debía tener secretos y, en un discreto aparte, le manifestó la verdadera identidad del nuevo profesor que se incorporaba a la Escuela del Castillo.

Más de una vez le había escuchado Boanerges en sus brillantes discursos sobre la grandeza incomprendida de Moisés, sus interpretaciones del Pentateuco y los libros de los Profetas.

— ¿Cómo un hombre de tan brillante reputación, viene a nuestra pobre Escuela de la que nunca saldrán doctores? —preguntó asombrado Boanerges.

— ¡Calla!... ¡calla! —le dijo Juan—. El Rabí Sedechias dejó de ser un *fariseo y* es ahora un *nazareno* como nosotros. Nuestro Maestro lo encontró un día, lo regó con sus *aguas de vida eterna,* y ahora el árbol comienza a florecer. Pero no le hagas ver que conoces su secreto.

"No quiere ser reconocido como *el que era,* en atención a su parentela de Judea que toda está en la secta de los fariseos, y acaso le perseguirían.

De esta manera el Rabí Sedechias quedó incorporado a la Congregación Cristiana, Escuela-Taller de la Aldea de Mágdalo.

Y antes de volver a Nazareth quiso cumplimentar a la dueña de casa, de la que tenía muy variadas referencias, según los modos de ver de quienes se las daban. En su juventud había contraído una deuda de gratitud con Hermes, su padre, que, siendo Rector Honorario de la Escuela de Pafos en Chipre, le había hecho otorgar una beca en ese ilustre centro docente, donde cursó *Fin* costo alguno los tres años de Historia Antigua, Filosofía y Geografía Astronómica.

El ilustre griego, para quien el saber era el más grande tesoro que puede poseer el hombre, se encontró incidentalmente en uno de sus repetidos viajes por las costas del Mar Grande con el jovencito sirio que iba a Pafos en busca de sabiduría.

www.formarse.com.ar

Acontecimientos no buscados ni esperados, entraban a Sedechías en el viejo solar de aquel casi olvidado benefactor. Y aunque seguramente su hija nada sabría de aquel lejano pasado él lo sabía, lo recordaba agradecido y quiso ser consecuente con su, natural lealtad

—Señora —dijo Boanerges a María—. ¡Un hombre qué fue amigo de vuestro padre quiere presentaros sus respetos. ¡Voluntariamente dará lecciones dos veces por semana en nuestra Escuela! ¿Queréis recibirle?

— ¿No tendrá algo que ver con el espionaje que nos han anunciado? —Preguntó ella con gran temor—. Boanerges, te ruego tener mucha prudencia con los que se acercan aquí.

—Lo ha traído Juan y está alojado en casa de Madre Myriam con un sobrino de ella.

— ¡Ah!... Eso es otra cosa. Hazlo pasar a mi salita y también a Juanillo. Y si tú quieres acompañarles, creo que no se tratará de nada secreto. Amada está aquí conmigo terminando un nuevo boceto.

Pocos momentos después, los visitantes acompañados de Boanerges entraban a la salita de lectura donde María les esperaba.

Sedechías, con su refinada cultura, se presentó él mismo de este modo:

—Todos somos amigos del Rabí Nazareno, señora, y estamos unidos por un mismo sentir.

—Bien venido *a* esta casa donde El vive por el recuerdo, como si estuviera presente —contestó la castellana.

Ella, que no había frecuentado ni el Templo ni las Sinagogas, sino sólo el Santuario del Tabor, no conocía personalmente a Sedechías, de modo que fue para ella *Evodio de Hamath* el nuevo profesor que se unía a la humilde Escuela Magdalena.

El recordó agradecido el gran favor recibido de su padre cuando sus medios económicos sólo le permitían permanecer un año en la Academia de Pafos y debido a la beca obtenida por intermedio de Hermes, había podido permanecer tres años terminando sus estudios.

Este hecho conquistó la confianza de María y ahuyentó los temores con que al principio le había recibido.

—Conviene que sepáis —díjoles— que nuestra Escuela-Taller se ha hecho sospechosa al Sanhedrín que nos tiene bajo la vigilancia de sus espías.

—Estoy enterado y como he sido profesor en el Gran Colegio de Jerusalén conozco personalmente a los jóvenes doctores que cambiando la toga por el látigo, se prestan al triste papel de espías y de verdugos, cuando su misiones ser maestros y educadores de este pueblo.

Tienen la ambición de subir a las más altas dignidades en Israel y eligen el medio más seguro de conseguirlo. El ascender por méritos propios, no es fácil entre la ruindad humana.

—Tenéis mucha razón —contestó pensativa María—. Se precisa tener alma negra de verdugos para constituirse en perseguidores y espías de quienes sólo nos ocupamos del bien de nuestros semejantes.

El nuevo profesor convino en que se encargaría de las clases de geografía astronómica y de la enseñanza moral basada en la Ley del Sinaí dictada a Moisés, y en los libros de los Profetas.

—Creo que esto no puede disgustar a los espías del Sanhedrín, si es que me hace el honor de escuchar mis lecciones —dijo Sedechías—. Algunos de esos doctores descendidos a espías delatores —añadió— tienen conmigo deudas de gratitud que si no se ha borrado en ellos la dignidad humana, espero que mi presencia aquí les hará respetar esta casa.

—Quedo muy profundamente agradecida por vuestra buena voluntad para nuestra humilde Escuela-Taller que no sólo es cultivo de las almas sino también subsistencia material para los hogares desprovistos de bienes de fortuna --contestó María, cuando ya los visitantes se disponían a retirarse—. ¡Juanillo! —añadió—, estás mudo y taciturno más de lo que estamos todos. ¿Ocurre algo a la Madre nuestra?

— ¡Nada! —Contestó Juan—. Ella por nada del mundo pierde su paz, que parece hacerla invulnerable.

Dice que nada más terrible puede sucederle de lo que ya ha soportado. Ningún otro dolor le impresiona ni le aflige. .

— ¡Es verdad!... —dijo María—. Ningún tormento será como aquél.

Y su faz se nubló de tristeza, como si hubiera soplado un helado viento de desolación.

Todos lo comprendieron y lo sintieron. Hubo un momento de penoso silencio que se esfumó en la suavidad resignada de la plegaria íntima que se abraza al sacrificio...

—Boanerges —dijo María—. Encárgate de todo cuanto le sea necesario a nuestro amable profesor, para cumplir la noble misión que ha elegido junto a nosotros.

www.formarse.com.ar

Boanerges se inclinó en silencio y salieron.

Juan quedó un momento solo con María.

—Ya no puedo escribir más —le dijo sencillamente.

— ¿*Por* qué?

—No lo sé. Desde que estuvo en casa un zelote a ver lo que hacemos, no escribí ni una palabra más. Y eso me tiene desconsolado.

—Díselo a Boanerges Tiene algo en él mismo que lo hace capaz de acallar el eco de las tinieblas.

Donde está *Ella* no llega el mal, Johanín; no tengas miedo.

Que nuestro amor unido al *Amado Eterno* nos haga fuertes, para que no abandonemos, nunca, lo que por El hemos comenzado.

María besó la frente de Juan que salió llevando en el alma una lucecita nueva de esperanza y de paz.

Fue así como los caminos de estas almas se encontraron en los campos cultivados por el Cristo, donde en horas lejanas habían sembrado juntos la semilla de la verdad y del amor.

Sedechías faltaba y llegó a la hora justa y precisa en que debía llegar.

VIENTOS CONTRARIOS

Mientras la Congregación Cristiana pudo seguir la ruta de los Esenios, o sea, desenvolverse en la humildad y el silencio, gozaron sus afiliados la paz y la quietud de un huerto cerrado. Mas llegó el momento de comprender que así como el Maestro tuvo su tiempo de ostracismo y su tiempo de publicidad, también los primeros cristianos debían afrontar un día el peso de las intransigencias y perjuicios del dogmatismo judío, en medio del cual se había manifestado la luz radiante del Cristo.

Y aunque El había expresado que *no traía nada nuevo y* sólo hacía surgir limpios, de entre los escombros, los luminares que otros enviados (El mismo> en anteriores personalidades) encendieron siglos atrás, la doctrina de la *Paternidad de Dios y la hermandad humana,* a la que El consagraba todo su entusiasmo, no podía menos de producir grandes alarmas en los que sacaban buenas utilidades del minucioso catálogo de ordenanzas religiosas vigentes.

Como no le perdonaron al Rabí Nazareno, el haber hecho comprender al pueblo que no eran necesarios los sacrificios de animales en el Templo para acercarse a la Bondad Divina, sino que bastaba la fe sincera en el alma y el judío obrar en la vida, tampoco lo perdonarían en sus discípulos y seguidores.

Y más que todo se consideraba harto peligrosa toda enseñanza que no fuera dada en el Templo, en el Gran Colegio de Jerusalén o en las Sinagogas que funcionaban bajo el severo control de los representantes del Sanhedrín en toda ciudad, pueblo o aldea donde hubiera israelitas

Las notables Escuelas de Siracusa, de Pérgamo, de Alejandría y de Pafos estaban consideradas fuera de ley para los hijos de Israel. Y los que habían hecho estudios en ellas, debían someterse después a un rigorismo inquisitorial severísimo, si querían prosperar en el campo social, político o religioso de Israel.

Después de un riguroso interrogatorio, debían colocar las manos sobre la Thora (La Ley y Libros Sagrados), que se guardaban en el Arca de la Alianza en el Sancta-Sanctorum, y jurar sobre ella *que reconocen ser la Thora lo único perfecto, grande y verdadero que poseía el hombre, por encima de otra doctrina antigua, presentí y futura.*

Conocido esto, el lector comprenderá fácilmente cómo recibió el cuerpo de jóvenes doctores encargados de vigilar toda enseñanza en general, la noticia de la Escuela Taller que funcionaba en el Castillo de Mágdalo.

"El pagano de Mágdalo fue siempre un idólatra de los mil dioses de la Mitología griega de cuyas imágenes llenó sus bosques y jardines. La hija siguió su mismo camino. Faltaba culminar la obra de Satanás abriendo una escuela que arrastre a la juventud galilea por su mismo camino.

"Y eso está ya hecho."

Tal era la versión que en cada una de las reuniones semanales, realizadas en una sala privada del Gran Colegio, habían discutido los jóvenes doctores de que hemos hablado.

Y era su consigna: *"A deshacer las obras de Satanás consagraremos todo nuestro esfuerzo y al triunfo de la Ley Mosaica sobre todas las leyes del mundo."*

www.formarse.com.ar

Dos eran los más ardientes cultores de las leyes y tradiciones judaicas Saulo de Tarso y Josué, nieto de Hanán, hijo de su hijo Jonathán.

Estos dos no se detenían hasta conseguir pena de muerte para los que aparecían fuera de *su anillo de hierro.*

Entre cinco que eran, se repartían las tierras de Israel. A Saulo de Tarso le correspondió el norte y, en consecuencia, la Aldea de Mágdalo quedaba bajo el furor de su látigo.

Pero Simónides, el grande y fiel amigo del *soberano Rey de Israel,* como el decía, no se dejaba tomar desprevenido.

— ¡Oh mi Señor! —Clamaba el valeroso anciano—. Tú lo sabes todo y sabes que aún no ha nacido el hombre que a tu viejo servidor lo sorprenda desarmado.

Reinaba sobre Galilea y Perca, Heredes Agripa II, un nieto de Heredes llamado el Grande, y era Procurador Romano un hijo de judíos, Tiberio Alejandro, sobrino del maestro Filón, el filósofo y sabio alejandrino que tanto hemos admirado en "Arpas Eternas".

Este Procurador de sangre judía, pero nacido en Regio (Italia) y educado en la Escuela de Filón, esquivaba cuanto podía el mezclarse con el rigorismo judío.

A Simónides no le fue difícil obtener de él, una pareja de soldados romanos de la Centuria que guardaba la Torre adjunta al puerto de Tolemaida; donde siempre había ancladas galeras del César. Ellos vigilarían la Aldea de Mágdalo.

El oro de Simónides abría todas las puertas. Y aunque al Procurador le llamaban *apóstata* los judíos, odiaba toda crueldad, y el regalo de una hermosa biblioteca de cedro, con incrustaciones de plata, inclinó su voluntad a Simónides.

Y el anciano escribía a María: "Buen ánimo, niña, que he comprado a buen precio dos lobos romanos, que morderán a satisfacción a los chacales judíos, si se atreven con la Escuela de nuestro Señor".

Pasaron dos semanas sin que nada turbase la tranquilidad del Castillo ni sus alrededores. Y los dos soldados que hacían guardia, felices con el magnífico trato que se les daba, se decían entre ambos: "Aquí se engorda sin trabajar. ¿Por qué perseguirá el Sanhedrín a estos buenos Nazarenos que cantan de la mañana a la noche y nos dan tan bien de comer? Te digo que estoy tentado a renunciar a los dioses y alistarme con el Profeta.

—Y yo estoy en igual disposición que tú —contestó su compañero, un muchachote joven, de bella presencia cuya esbelta figura y buen cuidado uniforme le daba el aspecto de un oficial de la Legión Itálica.

— ¡Cómo! ¿Tú que aspiras a la plataforma dorada?...

— ¡Oh!... Cuando el corazón habla no hay plataforma que valga. Estoy enamorado.

— ¿De quién? ¿De la estatua de Venus que se mira en la fuente?

—No. De una Venus de carne y huesos que toca el arpa.

— ¡Pero, hombre!... Si ésa es la esposa del amo de casa.

— ¡No!... Esa es la maestra de mí Venus que toca el arpa.

— ¡Cuan enterado estás de los entre velos en que se mueven esta gente!

—La tarde que te fuiste a Tuberías, pedí permiso para entrar con ellos a la hora en que cantan, y vi a la esposa del amo con varias jovencitas que forman un coro, algo así como las vestales de los templos de Roma.

"Unas tocan cítaras; otras, laúdes, pero *ella* toca el arpa como la esposa del amo y se llama... ¡Myriam! y tiene una voz de ángel y unos cabellos rubios y unos ojos color de miel...

— ¡Hombre!... Octavio, que no se diga, que una pobrecita chica judía ha trastornado el seso a un aspirante de la Legión Itálica, donde brillan hijos de Cónsules y Senadores...

Este diálogo será más comprendido por el lector sabiendo que la joven arpista era la hijita mayor de Marcos, viudo entonces de Ana, hermanastra de Jhasua". La niña se llamaba Ana María, pero la llamaron *Myriam* porque ella quiso que la nombrasen como a la dulce abuela a cuyo lado vivía desde la muerte de su madre.

Se encontraba temporalmente en la Escuela de Mágdalo aprendiendo el arpa que le enseñaba Amada.

Marcos, con su hijo varón, estaba en Alejandría, incorporado a los cursos superiores de estudios interrumpidos años atrás en el Gran Colegio de Jerusalén, mientras su hijo adolescente, pupilo juntamente con él, comenzaba el primer año.

www.formarse.com.ar

Los días libres de asueto, ambos los pasaban en la Aldea del Lago Merik junto a Zebeo, donde pudo escribir su crónica sobre la vida del gran Maestro, en la cual Zebeo colaboró con entusiasmo, aportando todos los datos que como testigo ocular de los ultimes años del Cristo sobre la tierra, él recordaba muy bien.

Volvamos, lector amigo, al Castillo de Mágdalo, justamente en el momento en que un buen equipado jinete montado en un soberbio alazán, se desmontaba en el *gran* portalón de la verja que cercaba el parque y con poderosos golpes al gong de hierro se anunciaba ruidosamente.

Octavio, el joven soldado, que leía tranquilamente en la garita del portero, salió de inmediato.

El recién llegado, disimulaba la sorpresa que le causaba la presencia del esbelto militar en aquel hogar, presentó un pliego abierto al mismo tiempo que decía:

Orden del Sanhedrín:

Sin mirar aquel documento, el soldado sacó otro pliego del cual pendían las cintas rojas y azul con los sellos del César y de Quintus Arrius, el glorioso Duunviro padre adoptivo del Príncipe Judá. Y al presentarlo contestaba:

—Orden del César y de Quintus Arrius, ¿qué deseáis?

—Inspeccionar la casa y sacar de ella a los súbditos del Sanhedrín que viven aquí. Esta casa está sindicada como contraria a la Ley.

—Esta casa no está bajo la jurisdicción del Sanhedrín. Su propietaria es ciudadana romana y aquí no rige otra ley que la de Roma. Podéis volver por donde habéis venido, señor inspector. —Y Octavio volvió sus pasos hacia la garita.

El audaz visitante empujó el portalón y entró. Octavio, al sentir el ruido, se volvió rápido y apenas tuvo tiempo de atravesar su lanza estorbándole el paso.

— ¡Orden del César! —gritó furioso—. Si dais un paso adentro, os ensarto, tenedlo por cierto. ¿De qué raza sois que no comprendéis el derecho?

— ¡Soy judío de pura raza y doctor de la Ley. para que lo sepas, lobo romano! — contestó rabioso el judío que no era otro que Saulo de Tarso, exasperado en extremo al verse por primera vez impedido de demostrar con hechos su fervoroso celo por las leyes religiosas de su credo. Y al decir las insultantes palabras levantó su fusta con cabo de plata sobre la cabeza del soldado.

Este, que no era por cierto un corderillo, le dio con su lanza un golpe en la mano y la fusta saltó a gran distancia.

A las imprecaciones rabiosas que surgieron de ambas partes, acudieron en pelotón los montañeses galileos que podaban el parque, y el inspector del Sanhedrín, ante semejante demostración de fuerza, se limitó a soltar agrias maldiciones y amenazas, y saltar sobre su caballo que salió a carrera tendida por el camino de Corazín.

Existía allí una floreciente Congregación que tenían en su propia casa Semei y Joab los hermanos de Hanani, personajes que en "Arpas Eternas" fueron muy conocidos para el lector.

Había sido día de reparto de ropas y provisiones a los numerosos socorridos por la Santa Alianza que tenía también su sede establecida allí.

El recinto de oración se encontraba lleno de inválidos, ancianos, mujeres con niños de toda edad, viudas que no tenían más amparo que aquella casa donde encontraban socorro a sus necesidades materiales y el consuelo a todas sus desolaciones.

Saulo de Tarso, el joven doctor de la Ley, llegó como un huracán. Su rencor y odio a la nueva doctrina se había encendido enormemente con el rudo fracaso y humillación sufrida en Mágdalo. Y fue a descargar toda su ira en aquella tranquila gente que oraba en recogimiento y cantaba salmos al atardecer.

Ya imaginará el lector la desastrosa escena que se produjo. Fue como el asalto de un lobo en un tranquilo redil.

Los hermanos de Hanani, jóvenes y fuertes, quisieron primeramente hacer razonar al intruso; pero, cuando no bastaron las razones, funcionaron los puños, los bastones y muletas de los inválidos y hasta los candelabros de los cirios y los atriles en que se colocaban los libretos de la música y el libro de los Salmos.

Si a esto se añaden las imprecaciones, el llanto de las mujeres y el llorar de los niños, quedará perfecto el cuadro desolador, no pintado sino vivido, del infeliz estado a que desciende un ser dominado por el fanatismo religioso que es el que más extravía la inteligencia del hombre.

Por grande que fuera el furor de Saulo, no podía salir victorioso entre tantos adversarios, y Joab y Semei, dueños de casa, amparados por todos sus derechos, no le permitieron sacar del local a ninguno de los que allí se hallaban reunidos.

Entre las Crónicas que han quedado de aquellos primeros años del Cristianismo, hay una, las más aceptada entre el mundo cristiano, que trae estas textuales palabras: "Saulo asolaba la cristiandad entrando por las casas y trayendo varones y mujeres los entregaba en la cárcel. Y Saulo, aún resoplando amenaza y muerte contra los discípulos del Señor, vino al Sumo Sacerdote y demandó de él cartas para Damasco, a las Sinagogas, para que si hallase algunos en ese camino les trajese presos a Jerusalén."

(Del libro *"Actas de los Apóstoles"* Cap. 8-v3 y Cap. 9-vrs. 1 y 2).

Esta misma Crónica refiere que antes de llegar a la ciudad de Damasco un súbito resplandor asustó su caballo que le tiró a tierra sin sentido. Y cuando se despertó, dijo haber oído una gran voz que no era de la tierra y que le reprendía por su cruel y desatinada persecución a los amigos del Cristo. Tres días estuvo ciego y sin poder tomar alimento alguno.

Pasada" esta crisis, Saulo de Tarso se retiró a su puebla natal en la opuesta ribera del Mar Mediterráneo, de donde más tarde se acercó a la Congregación que tan cruelmente había perseguido.

Estas transformaciones súbitas de perseguidor en propagandista de un ideal, ocurren de vez en cuando entre los humanos, que aún teniendo buenas cualidades, somos mudables por naturaleza, por escasa evolución o por excesiva vehemencia, que nos lleva a obrar sin el debido control y razonamiento de las accione"! a ejecutar.

Tal le ocurrió a Saulo de Tarso que, aunque no lo podemos contar entre *los amigos de Jhasua* según reza el subtítulo de este libro, porque no conoció personalmente al Maestro y antes que *amigo* fue enemigo declarado, no obstante hacemos mención de él por la actuación que tuvo años después entre los cristianos del siglo I'.

Los desacuerdos que hubo más tarde entre él y los Doce, no pueden escandalizar a nadie. Saulo era un doctor de la Ley judaica que, por su nacimiento en un país de los llamados *paganos* por los judíos, no había sido formado como los Doce en la mística escuela de los Santuarios Esenios. Estos, si bien eran también mosaístas, se adaptaban más al Moisés contemplativo de las horas largas y calladas de pastor en, las soledades de Madián, de su trato íntimo con la Divinidad en los éxtasis del Sinaí y del Monte Nebo, que al Moisés conductor de un numeroso pueblo, al que debía civilizar, encauzar y dirigir con mano de hierro en sus cuarenta años de éxodo por comarcas desiertas y por países extranjeros, donde un pueblo formado en dura esclavitud de muchos siglos, sería fácilmente arrastrado por todos los extravíos, supersticiones y vicios en que vivía sumergida la humanidad de entonces.

El Cristianismo sentido, vivido y enseñado por los Doce, era de meditación, de estudio y de trabajo. La propaganda la hacía el ejemplo silencioso, pero fecundo.

El Cristianismo sentido y comprendido por Saulo y sus compañeros era la propaganda viva y ardiente al exterior. Las plazas y calles de todas las ciudades grandes o pequeñas debían escuchar sus discursos, sus vigorosas polémicas con todos los adversarios, así vistieran togas doctorales o púrpura real. Se instalaban en la plaza, en el foro de las capitales del Asia Menor, donde la voz de Saulo resonaba come el huracán entre pinares. Les arrojaban comúnmente a pedradas o a latigazos, no importaba. Pasaban a otra ciudad y desarrollaban igual trabajo para recibir igual compensación.

Seguramente Saulo tenía en cuenta que el Divino Maestro habló muchas veces a multitudes en las serenas praderas galileas, desde la proa de una barca pescadora, o desde una colina bordada de anémonas rojas y campanillas azules.

Esta enorme diferencia en la forma de sentir y vivir y difundir el ideal del Cristo, debía traer necesariamente una especie de división que originó ardorosas controversias entre los bandos actuantes. La mansedumbre y tolerancia de Pedro, la dulzura amorosa de Juan, únicos representantes de los Doce que habían quedado al frente de la Congregación - Madre, suavizaron estos resquicios que se abrían; y aun con estos desacuerdos varias veces repetidos, el Divino Ideal fue extendiéndose por todas las costas del Mediterráneo, y a largas distancias al mismo tiempo, por el trabajo silencioso, pero asiduo y perseverante de los demás Apóstoles que se habían diseminado por todo el mundo conocido entonces.

LOS PERGAMINOS DE JUAN

www.formarse.com.ar

La súbita transformación de Saulo de Tarso, de perseguidor en apologista del Ideal Cristiano, tuvo el efecto de traer una ola de paz a las almas sobresaltadas por el terror de una nueva y terrible persecución. Los compañeros de él, aunque celosos por la defensa de sus leyes, no eran tan audaces, y presentaron al Sanhedrín sus excusas más o menos admisibles, para suspender la ardorosa contienda con los Nazarenos que ningún mal hacían con pensar de diferente manera, a no ser la merma considerable de sacrificios que el pueblo ofrecía a Jehová en el Templo de Jerusalén. El numeroso cuerpo sacerdotal y levítico que según la Ley judía debía vivir de los sacrificios y ofrendas del pueblo, era en verdad el único perjuicio con la nueva senda de los Nazarenos, cuya religión se reducía a la oración, a los cantos sagrados, al estudio de las Leyes Divinas y al trabajo particular de cada cual.

Visto lo ocurrido, los Ancianos del Sanhedrín decían que *la magia de los Nazarenos había echado por tierra la valentía de los muchachos,*

—Estos doctorzuelos jóvenes —decía entre rugidos el viejo Hanán— sólo sirven para hacer la corte a las mujeres en un salón de danzas. Más, para la defensa de nuestras leyes y tradiciones, se precisan nuestras garras de leones viejos. Ya me encargaré yo de escoger entre mil los que darán buena cuenta de todos los innovadores que quieran gritar en Israel. Otros de más agallas mordieron el polvo; y éstos ¿han de triunfar?

Su arrebatado y violento carácter se había exasperado aún más al volverle la enfermedad, de que el dulce Rabí Nazareno le curó un día en casa de la Princesa Aholibama, como recordará el lector de "Arpas Eternas".

Aquellas úlceras cancerosas en el vientre habían revivido nuevamente haciéndole sufrir horribles dolores, y trayéndole al pensamiento al Profeta que lo curó y al cual en compensación llevó al suplicio de la cruz.

Y su ciega y loca soberbia le daba aún fuerza para maldecir su memoria, porque a pocos años de su muerte volvía a sentir el mal tan terrible como antes.

Sus mismos familiares le creían poseído por cien demonios, cuando los excesos de la gula en sus frecuentes festines, le producían crisis terribles.

—Sé que moriré pronto de este mal —decía—, pero no será sin que antes extermine de las tierras de Israel toda esa ralea de brujos que figuran curar las enfermedades y las dan nuevamente cuando les conviene.

Pero no fue la enfermedad quien terminó con su vida, sino un grupo de zelotes que a su parecer no desempeñaban con el celo debido su oficio de espías y ejecutores de las duras penas y gravámenes impuestos al pueblo, por lo cual había mandado se les dieran cincuenta azotes a cada uno.

Enfurecidos por tales castigos y antes de recibirlos, asaltaron el palacio de Hanán, presidente como siempre del gran tribunal, y después de apuñalarle en su propio lecho le sacaron a rastras por las calles desiertas a la medianoche y, robándole todas sus ropas, le arrojaron desnudo al mulador, fuera de los muros de la ciudad donde los chacales devoraban los cadáveres de los ajusticiados.

¿Pensaría acaso alguna vez aquel poderoso magnate, arbitro de un numeroso pueblo, que un día se verían sus huesos ensangrentados esparcidos por los perros entre las inmundicias de un muladar?...

¡Cuan terriblemente severa es la Justicia Divina para los que nunca sintieron amor y piedad hacia sus semejantes!....

* * *

En el compás de suave silencio que siguió en Galilea, el Apóstol Juan pudo abrir de nuevo su cartapacio de pergaminos, y sumergido en meditación elevar su mente a lo infinito con este pensamiento: "¡Maestro!... soy el más pequeño de tus amigo. Hazme llegar tus voces divinas, si es tu voluntad que grabe en estos pergaminos lo que Tú quieras que la humanidad sepa de Ti".

Y con el punzón sobre el papel esperó. Pronto las divinas voces vibraron suavísimas en su mente y el punzón escribió:

Tercera Cuestión Ley de Evolución.

Cuarta Cuestión: Ley del Amor.

Quinta Cuestión: Los Mesías.

El Apóstol comprendió que *la voz* le seguiría dictando la argumentación del Maestro, cuando a sus veinte años fue consagrado Maestro de Divina Sabiduría en el Gran Santuario de Moab.

Y comenzó así:

III

www.formarse.com.ar

"La transformación ininterrumpida y continua de todo cuanto vive en el vasto Universo es lo que se ha llamado *Evolución.*

"Mares que se disecan para convertirse en peñascosos desiertos; valles que se convierten en ríos por inesperadas filtraciones de agua que brotan de una grieta abierta en la roca viva; arenales resecos que se tornan en turbulento oleaje por la abertura de una montaña que da a las aguas del océano, nos hablan de esta inexorable ley de transformaciones y de mudanzas que, a través de edades y siglos, presenta a la pequeñez humana, muda de asombro, el espectáculo de ciudades, pueblos y continentes sumergidos bajo las aguas de mares ilimitados, y otras tierras levantándose del fondo de los abismos en espera de nuevas vidas que acudan a poblarlas.

"La grandiosa e inflexible ley de la Evolución permanente, extiende su poder omnipotente y eterno sobre todos los seres y sobre todas las cosas, sin que lo más grande ni lo más infinitamente pequeño quede eximido de su dominio.

"En el estudio de la Naturaleza en la infinita multiplicidad de sus formas y aspectos en sus engendros maravillosos, en sus génesis estupendas que a la pequeñez humana le producen vértigos, vemos como clara visión la majestad suprema de la Evolución perfeccionándolo todo, como artista genial que estudia lodos los detalle- hasta hacer completa v perfecta su obra.

"Nada hay muerto en la Creación Universal. Hasta en la inmóvil y pesada roca, cuya negra silueta o recorta en el horizonte; hasta en el tronco de un árbol seco caído a lo largo del camino, en la descarnada osamenta de hombre o de bestia arrojada en los campo bajo la lluvia y el sol, en la negrura de las tumbas, en los escombros de ruinas olvidadas, en la amarilla hojarasca que los vientos arrastran en otoño, en todo, absolutamente en todo, está el principio de la vida, el minúsculo germen de una vida o de múltiples vidas que un día formarán legiones de seres imperceptibles que en transformaciones continuas, permanentes, que ninguna fuerza podrá detener, llegarán a través de inmensas edades a individualizarse en especies, en razas, en familias.

Y la Botánica les llamará *Reino Vegetal* y estudiará su conformación, sus propiedades, sus colores y aspectos, sus condiciones de vida y modo de reproducción. Seres inanimado-, pero vivos, que perciben los ardores quemantes del sol, la frescura de las lluvia y la mordedura de los hielos.

"Y más tarde la Zoología les llamará *Reino Animal* y los estudiará como a las plantas y las flores, y los encontrará capaces de sentimientos de amor, de odio, de furor, de deseos. Los amaneceres de una inteligencia que impulsa a obrar, a buscar, a defenderse a lo cual le llamará *instinto* precursor del día radiante y pleno de la inteligencia cuando a toda esa maravillosa multiplicidad de vida pueda la Ciencia maravillada llamarle por fin *Reino Humano.*

"¡Que inmensa cadena de edades, de siglos y de años ha necesitado el principio de vida palpitando imperceptible en el inmóvil peñasco que recorta su negra silueta en el horizonte, para transformarse de guijarro en insecto, de insecto en colibrí, en ave del paraíso, en cóndor de las montañas nevadas, en cisnes y ánades de las aguas serenas, en mansas majadas de las praderas o en bestias feroces de la selva!"

"Y cuando por fin el *Reino Humano* ha coronado triunfante tan lentos pero seguros prodigios de transformación ascendente aún continúa imperturbable la majestad poderosa de la Evolución, porque sabe que no ha terminado su obra... ¿Qué falta a la maga invencible y eterna de la *Evolución* para hacer aun perfecta su obra?

"¡Le falta transformar el hombre-tiniebla de ignorancia, en hombre-luz que piense y razone; en hombre-amor que sienta y que ame; en hombre-ángel que camine con sus pies sobre la tierra y su alma chispa divina e inmortal vuele a las alturas del Ideal Supremo de que surgió en un remoto pasado sin medida, y donde debe tornar como una llama viva atraída por la Eterna Claridad del Infinito!"

"El sonoro golpe del gong ha resonado en el sagrado recinto y Jhasua, con su faz radiante como si un halo de luz solar nimbara su cabeza, miró al Gran Servidor y su mirada interrogaba...

"— ¡Sí, Hijo de Dios!... Sí. La verdad está en tus palabras. Eres Ungido de la Verdad Eterna. Y Dios es la Verdad.

"La disertación del joven Maestro, pasados unos momentos de descanso, continuó así:

IV

"Hemos visto cómo la chispa errante, de origen divino y destinos eternos, ha corrido durante largas edades subiendo en ascenso ininterrumpido por la infinita escala que le presenta la Ley de la Evolución, por donde le hace llegar por fin a la gloriosa coronación del *ser humano que piensa y que ama.*

www.formarse.com.ar

"Nos corresponde, pues, analizar lo que es esta suprema conquista: *capacidad de amar,* o sea, qué cosa es el amor.

"El libre albedrío que es la primera facultad que se abre paso en el mundo interno del ser, apenas adquiere los primeros asomos de comprensión, le permite usar y abusar de todo cuanto existe a su alrededor, tal como si la Eterna Potencia Creadora repudiara toda especie de esclavitud en los seres conscientes y buscara y pidiera la ofrenda libre y voluntariamente ofrecida de todo lo noble, bello y bueno que es posible ejecutar en la vida.

"Más, el ser humano, abusa también de la capacidad de amar.

"Y profana ese nombre: ¡Amor!

"¡Y entorpece sus finalidades! Y enloda su clámide blanca entre el lodo y la sangre de horrendos delitos que nada tienen de común con ese divino sentimiento, emanación del Eterno Infinito que lo sembró en la humana naturaleza para su dicha y su gloria, y ella hace de él, abominables engendros de depravaciones, de dolores y de muerte.

"Mas, perdonadme, venerables Maestros míos, que no avance por ese camino demasiado oscuro y pavoroso para un jovenzuelo que apenas alcanza a contemplar la vida desde la tranquila terraza del hogar paterno y desde el pórtico sagrado de los Santuarios Esenios.

"Templo ha sido para mí el primero y templos han sido y son los segundos. Y a través de este prisma que tiñe de amatista y oro el crepúsculo suave del amanecer, sólo puedo pintar en mi lienzo el diseño de los grandes y nobles amores que he visto vivir en torno mío y que yo mismo he vivido como hombre en los breves veinte años que cuento de vida en la Tierra.

"¿Qué es, pues, el Amor, sentimiento que vive y reina como un soberano en el alma humana? Yo lo defino como el lazo invisible y suavísimo que acerca las almas unas a otras, que las estrecha y las une hasta ponerlas al mismo tono en sus vibraciones más íntimas, en el pensar y en el sentir.

"Y unas veces se llama *Amistad y* es una virgen pura que viste de blanco y lleva en la frente corona de rosas y madreselvas. Su corazón, que se abre como un loto en las aguas serenas, no albergó jamás la falsedad, la deslealtad y el engaño. Comparte la dicha de los felices y enjuga el llanto de los que lloran.

"¿Qué tesoro puede compararse al tesoro de una amistad leal, sincera, manifestada a través de abnegaciones y ternuras que irradian luz de un cirio en las tinieblas, y alumbra nuestros pasos en horas de vacilaciones y de incertidumbre?

"¡Es la amistad un cristal de agua marina en el prisma maravilloso del amor; es un zafiro azulado, límpido como el azul de los cielos en el cual van apareciendo, como estrellas en noche serena, la confidencia alentadora, el aplauso sincero, el consejo sabio y oportuno en momentos de ofuscación, la mano suave que aparta el escollo, y deja caer una flor en el camino, y señala el oasis al peregrino en el desierto!..."

"El joven Maestro se detuvo un momento en su discurso, porque una dulce y suave evocación le transportó como una ráfaga de brisa a la casita de piedra cercana al Tabor donde una hermosa adolescente, que jugaba con una gacela, le había hecho sentir la celestial suavidad de un amor inocente... Pensó en Johanán eme pocas noches antes le hablaba de corazón a corazón» con profunda sabiduría, como la de un anciano que enciende luz en su ventana para alumbrar a un viajero que pasa..."

El tribunal de maestros respetó aquel silencio, porque bien comprendió que respondía a una o a, muchas tiernas evocaciones.

"Y la disertación continuó deslizándose como un vuelo sereno del pensamiento alado del joven Maestro.

"Es el *Amor* como un árbol gigantesco plantado a la vera de un caudaloso río de inagotables aguas. Y la *amistad* es una de sus ramas exuberantes cuyas flores y frutos producen el bienestar, la dicha y la *paz* de innumerables almas que tuvieron la dicha de cobijarse a su sombra. Más... triste es decirlo. ¡Cuan pocos son los seres que en este mundo han alcanzado la evolución necesaria para que se abra en ellos esta flor del cielo que llamamos *amistad!*

"El más perfecto inegoísmo: el más absoluto desinterés eme no busca ni que no busca ni pide el derecho de posesión ni compensación ninguna como no sea la dulzura misma del afecto, de la comprensión y afinidad completa de las alma que se asemejan como gotas de agua de un mismo manantial. Tal es la esencia pura que da vida a ese nobilísimo sentimiento que se ha llamado *amistad.*

"En muchos de sus aspectos se podría comparar con el amor maternal sin egoísmo, sin interés, dispuesto siempre al sacrificio con una abnegación sin límites ni medida. Todo por el bien, la dicha y la gloria del amigo, sin que ni los celos, ni la desconfianza, ni la duda pongan jamás una sombra entre los que se encontraron un día en los caminos de la vida, se sintieron afines, vibrando al mismo tono y andando al mismo nivel.

www.formarse.com.ar

"*El amigo verdadero* —decía un sábado mural del Santuario Kobda de Neghadá— *es un tesoro Que si hubiera de comprarse, no habría en la tierra tesoros bastantes para pagarlo."*

*"¿*Qué es pues la *amistad?* Maestros míos: vosotros lo sabéis bien. En mis breves veinte años, me veo envuelto en la suavidad de su manto de seda que aparta de mí todas las asperezas, todas las espinas, todas las tinieblas. Y debido a eso no puedo hacer otro esbozo del amor de amistad que la copia exacta de lo que mi corazón de hombre ha visto, vivido y sentido en el corto tiempo de mi actual existencia terrestre. Es la amistad, lo que más se asemeja en mi concepto al amor del Padre Celestial a sus criaturas, que todo lo da y nada pide ni espera sino su bien, su dicha, su eterna felicidad.

"El árbol frondoso del Amor plantado a la vera de un río de caudalosas aguas, tiene en verdad múltiples ramas, cuya variedad es casi infinita. Afectos profundos reconocen como origen los vínculos de la sangre y ellos forman la *familia,* ese pórtico, digámoslo así, del santuario excelso del Amor hacia ti cual la Suprema Potencia conduce a las humanidades de todos los mundos existentes, y de las que existirán en el futuro sin fin de la eternidad. Mas es necesario reconocer que los vínculos de la sangre que forman la familia, no siempre traen consigo la afinidad de las almas, que es la base fundamental de todo amor verdadero.

"Cuando en el andar de la vida se encuentran dos seres de igual evolución y un grande amor los une en sagrado matrimonio, darán vida seguramente a seres que por afinidad con sus progenitores se acercan a ellos. Y es entonces cuando aparecen esos hogares-templos de amor, de paz y de dicha que tan rara vez se encuentran en la humanidad terrestre, cuyo bajo nivel de evolución no atrae en gran mayoría a los espíritus de avanzado progreso espiritual y moral.

"Y como una inmensa esfera luminosa y radiante, aparece sobre todos los amores humanos, el amor al Eterno Ideal, símbolo y promesa de todo lo más bello, lo más bueno y lo más grande que puede concebir la humana inteligencia. Y las primitivas y menos avanzadas han buscado y buscan desde los albores de la razón algo superior a ellas mismas para rendirles el homenaje de su veneración y de su amor. Y escogieron algunas de las magnificencias de la Naturaleza: el fuego, el aire, los astros, un árbol, un pájaro, una flor, un insecto.

"Las inteligencias adelantadas, en largas meditaciones, ahondan en lo profundo de la infinita inmensidad desconocida, y claman con la voz sin ruido del interno *Yo,* por agua fresca que apague la sed de conocimientos; por luz míe ilumine las tinieblas.

"Y el alma humana que ha escalado cimas de evolución, presiente a la Divinidad, adivina sus perfecciones, su infinita grandeza, su ilimitado poder, la rectitud soberana de su justicia y sobre todo su Amor Eterno que le está repitiendo con voces sin sonido pero claramente perceptibles: *"¡Ámame sobre todas las cosas visibles e invisibles, porque Yo soy tu Dueño, tu Padre, tu Hacedor. Por Mi respiras, vives y sientes, porque Yo soy tu vida, tu dicha, tu bien, tu inmortalidad!"...* Y el alma del hombre por la comprensión sabe por fin que ha encontrado la causa y fin de su vida, ese algo Supremo y Eterno a quien rendir lo más puro, noble y excelso de su adoración y de su amor. Ha encontrado por fin al Ideal Eterno y ante El se vuelve átomo que se diluye suavemente, gota de agua que se esparce hasta secarse.

"Y en un delirio supremo de dicha, de gloria, de amor extático, le dice cual si le palpara con sus manos y «n sus pupilas se hubiera, grabado su imagen:

"Como un cirio que arde ante Ti sin consumirse, quisiera yo ser en Tu Presencia ¡oh Supremo Ideal encontrado por fin después de tanto soñarte y buscarte'

"¡Este cirio no te habla, no se queja, ni te pide nada! Tan sólo levanta hacia Ti su temblorosa llama para decirte que él vive, tiembla, siente y palpita ante Ti ardiendo siempre! ¡Que los vendavales de la vida no han podido apagarle! ¡Ni los helados témpanos de abandonos e ingratitudes, ni los huracanes internos de Psiquis atormentada por la duda, ni el frío de la soledad, no pudieron extinguir esta llamita de oro que parpadea ante Ti como un silencioso beso de fuego de mi alma a tu Suprema Existencia, Luz Eterna y radiante que me inunda de vida, de claridad y de amor!...

******

"Y el hálito de fuego de este amor soberano impulsa al alma a dar saltos formidables sobre todos los abismos, que la incomprensión del mundo que le rodea le opone como insalvables obstáculos. Y detrás del espanto y el horror natural que causa el sacrificio a la humana naturaleza, este infinito amor le presenta la áurea visión de la Divina Presencia, de la Eterna Belleza, de la Bondad Suprema con la que se unirá en un abrazo eterno que nadie le podrá arrebatar jamás.

www.formarse.com.ar

"¡Más aún, adquiere la certeza de que será dueño de los poderes mismos de la Divinidad para impulsar humanidades a su evolución y su progreso; para descender a los tenebrosos mundos de dolor y de expiación a donde fuero» arrastrados por la Ley de Justicia innumerables almas que un día le pertenecieron en herencia y cuya larga cadena de vidas delictuosas y en abierta oposición a la Ley Divina, les abrieron aquellos abismos de horror y sufrimiento!

"¿Qué más hace este Amor Soberano en el alma que lo alberga en si misma?...

"¡Oh!.., Paréceme también que la transforma como en un pájaro errante volando por los ilimitados campos del Infinito sin cansarse jamás, en busca de almas que tengan fibras de redentores para sacrificarlo todo y hasta la vida misma, con el solo fin de salvar criaturas de Dios de la vorágine espantosa, en que por largas edades las sumerge el quebrantamiento de la Eterna Ley"....

"El joven Maestro se exaltaba notablemente hasta un grado de intensidad que debía perjudicar, su sistema nervioso, y el Gran Servidor hizo sonar nuevamente el gong,

"Jhasua exhaló un gran suspiro de indefinible significado. ¿Seria ascención al éxtasis, visión inefable de su espíritu absorbido por la potencialidad del Divino Ideal a quien cantaba un himno de suavísimas notas ?...

"—Basta, hijo mío —dijote el anciano conmovido—. El Amor Divino habla por tu boca en los más bellos tonos. Si el Tribunal piensa a tono conmigo, eximiremos á este aventajado aspirante de explicarse sobre la *Ley de Justicio* porque de antemano. Sabemos que para El la Justicia Divina es también una "gloriosa faceta del Amor excelso del Eterno Poder para todas sus creaciones.

"Todos los ancianos levantaron' su diestra, señal acostumbrada de acuerdo perfecto

—Explicadnos cómo comprendéis a las Inteligencias Superiores, o Mesías Conductores de Humanidades — añadió el Gran Servidor.

"Jhasua se explicó de esta manera:

V

"-Entiendo que las- Inteligencias llegadas a la perfección desarrollan actividades estupendas, maravillosas, que sobrepasan en mucho las capacidades y poderes propios de los seres encarnados en mundos de mediana evolución.

"Y para que mi débil mente de encarnado en ésta Tierra no se desoriente ni divague ante el panorama de infinitas proporciones qué se le presentan a la sola enunciación del tema, me circunscribiré a una sola vida mesiánica: la vida excelsa dé nuestro Padre Común, *Sirio,* qué ha dado nombre a la magnífica constelación que vierte sus eternos esplendores en el Universo de mundos Visibles desde nuestro plano físico.

"Hablar de una Vida Mesiánica es hablar de todas 'las Inteligencias qué han llegado a *.los* estrados augustos de la Divinidad.

"Son los Semi-dioses de la fe de los pueblos en todas las religiones de todos los mundos,

"Las más antiguas Escrituras Sagradas que he alcanzado a estudiar en mis breves veinte años, me han dicho todo cuanto mi débil mente y pobre comprensión es capaz de asimilar.

"Hablar de nuestro Padre Sirio me anonada casi hasta diluirme en un mar inconmensurable donde todo es luz, belleza y amor.

"Las humanidades de siete mundos gloriosos son sus hijos; son creaciones suyas en sus formas físicas de variedad infinita. Y en su faz espiritual son como el diamante en bruto arrancado de las entrañas de la roca y bruñido y pulido hasta darle el resplandor de una estrella.

"¿Qué millones de millones de siglos ha necesitado la constancia invencible de un Mesías para que unas algas marinas, un puñado de corales, las luciérnagas de las noches de estío, las mariposas de los jardines, los pajarillos, de los bosques, toda vida que se agita en torno suyo, llegue a través de largas edades a una mente lúcida donde puedan reflejarse las verdades y bellezas del !Infinito? ¿Para que lleguen a formar humanidades que pueblen los mundos que la Eterna Potencia le ha confiado, como da un padre a sus hijos un campo para sembrar?...

"Educar un pueblo y conducirlo a la verdad, al bien, y a la paz, nos parece obra de gigantes. ¿Qué será, para nuestra débil mente, el abarcar la grandeza casi infinita de un ser que ha sido capaz de forjar a fuerza de inauditos sacrificios y dolorosas inmolaciones las humanidades de varios mundos "hasta hacerlas entrar en la pléyade gloriosa de los que viven en la paz, la justicia y el amor universal?

"Y refiriéndome en particular a las siete esferas radiantes que forman la Constelación de Sirio, sólo puedo circunscribirme a los magníficos relatos procedentes de inteligencias hermanas, que desde aquellos luminosos cielos han flecho llegar a esta Tierra sus mensajes iluminadores, plenos de amor, de paz y de sabiduría.

"Uno de los numerosos hijos espirituales de Sirio había terminado con grandes méritos una existencia física en la personalidad de *Northia, y* le fue concedido un descanso en su mundo de origen, una de las Siete Estrellas de ti Constelación de Sirio. Y en un instante de amor y de luz, dio a los Kobdas del Mar Hircanio este mensaje: y Jhasua leyó en un pergamino:

"¡Hermanos de la Tierra! En mi ansiosa búsqueda de un ser terrestre a quien anunciar la maravillosa vida que la Eterna Potencia me concede como un descanso en mi mundo de origen, encuentro la serena quietud de vuestro templo para pediros que me prestéis atención. Almas justas consagradas a la vida intermedia entre los cielos y la tierra, podréis comprender mis pensamientos que trataré de emitir con la mayor claridad posible. Quiero que el conocimiento de las compensaciones divinas para todo esfuerzo realizado con amor y para el bien de nuestros hermanos, sea un poderoso estímulo a todas vuestras energías.

"El saber que este estado de intenso amor y de inefable dicha será de corta duración, no amengua en nada su real grandeza.

"Ora asisto a espectáculos grandiosos de inteligencias radiantes que se unen en un concierto de melodías, de .amor, de dicha infinita y mi pobre mente comprende que se prepara algo así como una recepción a alguien muy grande, muy superior, que llega a lo excelso.

"Es la entrada triunfal, de un alma compañera que se ha desprendido de su cuerpo material en algún mundo en el que ha soportado enormes dolores, después de haber realizada el mayor bien que puede hacer un ser a toda una humanidad. Ha luchado como un héroe... ha padecido como un mártir y ha recogido como compensación en aquel mundo a donde fuera enviado, las más viles ingratitudes y una desencarnación de tragedia y de horror. ¡Pero ha vencido! ¡Es un triunfador!

"Y como a un héroe, a un mártir de su deber, a un triunfador invencible, le reciben en su Alcázar Eterno sus hermanos de evolución.

"Este cielo está de fiesta. Y yo participo de esta gloria, de esta grandiosa recepción, sin haber hecho nada para merecerla. Recogemos llores divinas en belleza, colorido y perfumes, de jardines que no se ve dónde empiezan ni dónde acaban y las esparcimos al espacio ilimitado con la idea fija de que cada flor sea un efluvio del Amor Universal y Eterno para cada ser inteligente que le reciba en cualquiera de las múltiples esferas que pueblan el infinito Universo. Son como flores, vivas que llevan en sí un mensaje: las unas de amor, otras de piedad, de indulgencia, de perdón, de desinterés, de inegoísmo absoluto, de consuelo, de esperanza.

"Y yo pregunto: ¿qué es esto que hacemos? ¿Por qué lo hacemos y cuáles son los fines, resultados y efectos?...

"Y como estos interrogantes vibran en muchas mentes en iguales condiciones que la mía, veo como telones diáfanos que se descorren para dejar al descubierto panoramas y escenas como recortes de planos físicos en que seres poderosos encarnados están por decretar muertes, guerras, exterminio en masas, por medio de explosiones, de envenenamiento del aire o de las aguas..., luchas fratricidas entre países, razas, pueblos que ignoro dónde están y quiénes *son.* Pero veo y comprendo que nuestras flores, como luminosas y calladas mensajeras, se esparcen como chispas y van y llegan.

"Y cual si tuvieran magia de amor; de bien, de todo lo bello y bueno que llevan en sí mismas, realizan aquello para lo que fueron enviadas. Y veo y comprendo más aún: veo que forman como coraza o envoltura alrededor de seres determinados que viven vidas de justos, de santos, en medio de aquellos pueblos amenazados por los odios de poderosos magnates. Y la Luz Divina, como si tuviera voz, me hace sentir esta expresión: *"por amor a ellos, la Eterna Potencia detiene todos esos horrores que los genios del mal decretan unos en contra de los otros".*

"Y un día... si es que puedo dar tal nombre a un momento, a una hora, en que distingo un luminar radiosísimo que no sé si se me acerca o yo me acerco a él, y todos sentimos como un desfallecimiento de ternura, de amor, de inefable y dulcísima dicha.

"De otra opuesta dirección, otro radiante luminar como inmenso disco resplandeciente se acerca. Veo que ambos tienen contornos como de cuerpos humanos transparentes, sutiles. Luego percibo la faz de divina belleza, y la vibración de paz y serenidad que irradian en torno suyo.

"Se encuentran, se abrazan con indecible amor, y al expresarse sus recíprocos pensamientos, aparecen de súbito largas filas de seres en pos de cada uno de ellos.

"— ¿Qué es esto? —pregunto, maravillada de tan inexpresable conjunto de belleza.

www.formarse.com.ar

"Y como siempre hay una voz que contesta a todos los interrogantes, siente que dice: *"Son dos Mesías que se encuentran y el uno hace entrega a su compañero de siglos, de la porción de almas que le ayudarán en la 'redención y evolución del mundo que debe prohijar y cultivar en adelante".*

"El joven Maestro dejó sobre el pupitre el pergamino y continuó su disertación:

"Las Inteligencias purificadas son Creadoras, Instructores, y Conductores de los mundos que han poblado de vidas embrionarias primero, que a través de largas edades llegan a vidas humanas, a seres conscientes dotados de un espíritu inmortal que piensa y ama, y que entrarán también un día al Santuario Eterno de las Inteligencias Purificadas y perfectas.

"Y así, de escalón en escalón, de cumbre en cumbre, de cielo en cielo, van trepando esos grandes semidioses hasta llegar a la Suprema Unidad Divina, después de millares de existencias físicas y actividades estupendas que producen vértigo a nuestra débil mentalidad, hasta llegar a preguntarnos a nosotros mismos:

"¿Cómo pudieron realizar tales maravillas y prodigios seres que estuvieron como nosotros revestidos de una materia física que sufre todas las contingencias de la humana naturaleza, y toda la incomprensión y la maldad de las humanidades que les rodean?

"Venerables maestros míos. Os confieso francamente que me siento infinitamente pequeño para continuar este sencillo esbozo de un principiante, de lo que son las actividades, las capacidades y aptitudes espirituales y morales de esas grandes Inteligencias que en unión perfecta con el Eterno Invisible, con la Suprema Potencia, con el Infinito Amor, forman parte de su gloriosa Eternidad, de su Potencialidad Suprema, de "su Eterno, e Infinito Amor.

"Lo que este humilde alumno no sabe acaso expresar, lo ha expresado hace ya muchos siglos un filósofo vidente de la perdida Atlántida que nuestras Escrituras llaman Antulio, cuyas exploraciones siderales lo capacitaron para pintar magníficos cuadros en que las Grandes Inteligencias llegadas a su plenitud como *"Antorchas Eternas"* y *"Fuegos Magnos"* viven sosteniendo al infinito Universo de Mundos con el Poder, la Sabiduría y el Amor que la Eterna Espiral incomprensible, el Eterno Invisible, les envuelve, satura y anima continuada y perdurablemente...

"El Gran Servidor se puso de pie y no con el martillito sobre el gong, sino con sus manos que temblaban, aplaudió sonoramente y todos los ancianos juntamente con él.

"El examen de Jhasua de Nazareth había terminado y dócilmente se entregó al tierno abrazo de sus viejos maestros."

El punzón cayó de las manos de Juan que, como extenuado, dejó caer su cabeza sobre el respaldo del sillón.

UN ROBLE MURIO DE PIE

Veinte años habían transcurrido desde que el CRISTO radiante se separó de los suyos, después de bendecirles en un suave atardecer a orillas del Mar de Galilea.

Y sus amigos que aún sentían viva su imagen y su recuerdo en lo más hondo de su propio espíritu, continuaban, con renovado ardor, las obras que en su nombre realizaban en las regiones y medio ambiente que cada uno se había elegido, bajo la inspiración del mismo excelso Maestro según ellos aseguraban.

¿No les había prometido Él su perenne asistencia, si ellos le ofrecían el don precioso del Amor y la Fe?

"Si vosotros os amáis como Yo os ama, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos morada en vuestros corazones".

Era palabra suya pronunciada en su despedida la víspera de su muerte.

¿Podría acaso fallar esa palabra suya pronunciada en tan solemne y sagrado momento? Ninguno pudo dudar.

"Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los tiempos", había añadido, aunque sin expresar cuándo y cómo debía llegar esa consumación de los tiempos.

Y los viejos maestros Esenios que iban más lejos en sus interpretaciones de frases referentes al futuro, les explicaban lo que en sus largas meditaciones solitarias habían desentrañado de la penumbra callada del porvenir...

—"Las grandes transiciones y transformaciones en los mundos y en las humanidades, se efectúan en períodos de veinticinco mil años" —decían los Esenios.

Y cada final de esos períodos llamados Ciclos se denominaba: *la consumación de un tiempo.*

Y el verbo de Dios os ha dicho claramente en una de sus pláticas inolvidables: "Tenéis por delante veinte siglos aún para sembrar en este mundo la semilla del Amor Fraterno con la que he llenado vuestros sacos de peregrinos eternos".

Los amigos de Jhasua, sabían, pues, que con la misma materia en que vivieron junto a *El,* no abarcarían veinte centurias de vida física.

La eterna *Ley* de las existencias de vidas sucesivas hasta llegar a la meta, surgió clara de todas estas meditaciones y sugerencias.

Y pasados el deslumbramiento de los primeros años de ensueño divino, que les producía el amor intenso y el recuerdo más intenso aún, del amado amigo ausente, aquietados los corazones, serena e iluminada la mente, fortalecida la voluntad, se entregaron de lleno al severo pensamiento de la responsabilidad contraída con el *Verbo Divino hecho hombre.*

En el Reino de Dios, ¿no esperaba *El,* acaso que ellos cumplieran como amigos fieles todos los pactos que habían hecho en los años de convivencia, y de fuerte amistad? Y el apóstol Juan, que fue el que más tiempo permaneció en la tierra originaria del Profeta Nazareno, fue también el que más bebió la Divina Sabiduría en sus leyes profundas, eternas y desconocidas de la mayoría de los hombres, porque los Ancianos del Tabor y del Carmelo frecuentaban sus visitas a la Casa de Nazareth, en busca de la reliquia viva que el Maestro les había dejado: su Madre.

Cada plenilunio se reunían los ancianos maestros Esenios, en aquel viejo Cenáculo donde tantas veces había resonado la palabra del *Hijo de Dios* niño, adolescente y hombre. Y aquellos cuatro Doctores que le siguieron hasta la muerte, eran asiduos concurrentes a esas asambleas en que el pensamiento del *Cristo* flotaba sobre ellos, como el resplandor de un astro lejano que lo mismo que la claridad lunar iluminaba el paisaje, sus almas eran también iluminadas.

La Casa de Nazareth, fue, pues, para los cristianos de Palestina lo que no pudo ser Jerusalén, donde ardía el odio al Hombre Santo que hizo resonar de nuevo las palabras de bronce de Isaías: "Estoy harto de sacrificios de animales —dice Jehová—. Yo sólo quiero las obras de misericordia y los corazones limpios de toda maldad, y las manos puras y no manchadas de sangre".

"Muerto el Pastor, se dispersan las ovejas". Solía decir el *Maestro* pensando en el futuro; Y a la verdad, eran ya pocos los *Amigos de Jhasua* que aún permanecían en Palestina.

Las montañas y los desiertos de Arabia habían brindado seguro asilo a los primeros proscriptos de la tierra natal, porque el Scheiff Ylderín seguía escuchando en su corazón la frase de bronce del "Doncel de los cabellos de oro", como él llamaba al *Maestro,* cuando le conoció en su primera juventud.

El gran amigo Simónides, padre, más que amigo, de todos los amigos de-su Soberano Rey de Israel, partía de este mundo a reunirse con su Rey inmortal en el Reino Eterno prometido por El a sus seguidores. Llegó sereno y decidido hasta el año 53 de la Nueva Era, o sea, veinte años después de la muerte de su Rey y Señor.

Sucedió que al anochecer del día que cumplía ciento tres años de vida física, el valiente anciano se había sentado en su mesa de trabajo y hacía proyectos para el siguiente día, en que debían celebrar el aniversario de la inauguración de aquel magnífico santuario, construido en el subsuelo de lo que fuera fortaleza del Rey Jebuz de la *Gerar* prehistórica. El lector de "Arpas Eternas" recordará seguramente la magnificencia de aquellas instalaciones, delineadas por Simónides para su Rey inmortal. Y recordará, con infinita placidez, la actuación plena de sublimidad y nobleza del joven *Maestro* en aquella oportunidad.

La dulce añoranza llenó su alma de ternura y de paz. En la suave quietud de la suntuosa sala despacho, se veía entre el circulo de luz de una lámpara colgante la austera persona del anciano que a media voz murmuraba: "Mi Señor..: es verdad' que te fuiste de esta tierra cargada de maldad y de crimen, pero no de mi corazón, donde tú sabes que vives como el día primero que te vieran mis ojos.

"¡No temo los achaques de la vejez, si puedo aún trabajar para ti, mi *Señor,* y en el *nombre tuyo!* Es hermosa la vida, aún con todo su cortejo de dolores, si ella sirve para hacer florecer tus ideales, soberano Rey mío, sobre todos los hombres capaces de comprenderte y seguirte".

Acababa de firmar órdenes de pago y letras a cobrar presentadas esa tarde por Lelio de Antioquía su Notario Mayor, más numerosas advertencias a los capitanes de buques mercantes y a los jefes de las caravanas. La quietud y el silencio le adurmieron poco a poco, hasta que su cabeza se recostó en el respaldó del amplio sillón. En tal posición le encontró horas después su Notario Lelio (el ex giboso) cuando fue a recoger los documentos firmados.

www.formarse.com.ar

Pero Simónides de En Rogél no estaba ya en su despacho. Su Rey inmortal le había llamado a su Reino Eterno, porque aquel siervo fiel había cumplido ampliamente su tarea. Y como a él le complacía ver los árboles que morían de pie, pudo verse a sí mismo, rígido ante su mesa de trabajo, como si aún se sintiera capaz de continuarlo por tiempo indeterminado.

Un síncope cardíaco, tan común en la edad de ese viejo corazón, puso fin tan laboriosa vida de sufrimiento y honrado trabajo.

Inmensa fue la desolación de sus hermanos de ideales que vieron siempre en él, no solamente el libro vivo que les orientaba en sus dificultades e incertidumbres, sino el apoyo moral y material en el recorrido a veces duro y penoso de la senda que cada cual se demarcó por sí mismo, para la maravillosa siembra de amor, de esperanza y de fe que debían realizar en cumplimiento del designio esbozado por el Divino Amigo desaparecido.

¿Quién reemplazaría al fuerte roble que se derrumba al empuje inexorable del tiempo? José de Arimathea, Nicodemus y Marcos que, por encontrarse más cerca, conocieron al día siguiente la triste noticia, acudieron a Jerusalén después de años de no haber traspasado sus viejas murallas.

El Notario mayor de los seis que habían colaborado, bajo la dirección del anciano, en la administración de la gran fortuna que dejara a sus herederos el Príncipe Ithamar, había despachado mensajeros hacia todos los lugares donde juzgó de imprescindible necesidad que lo conocieran cuanto antes.

Aquel anciano desaparecido, era para todos los Amigos de *Jhasua* algo mucho más grande que un Rey coronado de oro y pedrería, vestido de púrpura y armiño.

En él se estrellaban todos los enemigos del *Cristo y* de su enseñanza, morían deshechas las persecuciones que se fueron sucediendo en forma parcial y sordamente por temor a la justicia romana. Desde la, horrible tragedia que costó la vida al apóstol Santiago y al Diácono Stéfanos, Simónides había sido el peñón de granito en que se estrellaron las furias del Sanhedrín.

Hasta la hora final de su vida, lamentó Simónides aquel viaje a Antioquía que le ausentó por breve tiempo de la trágica Judea, tiempo en el cual ocurrieron tan tremendos asesinatos.

Tenía el anciano la pretensión de que su presencia en Jerusalén lo hubiese evitado. Y enternecía el alma oírle dialogar con su soberano Rey de Israel en ese sentido. "Mi Señor, —decía con la voz temblorosa de emoción—, ¿por qué no iluminaste la obtusa mente de tu servidor, que no se hubiera movido de este sitio aunque se hundiera el mundo, pero salvaba esas vidas que valían mucho más que la mía?".

Y no se movió más fuera de los muros de Jerusalén.

—Sólo esta dura corteza de piedra puede resistir la vida entre el odio y el furor de los chacales disfrazados de sacerdotes y de jueces. —Repetía siempre cada vez que se mencionaba la aversión del Sanhdrín para las nuevas ideas.

Explicado esto, se comprenderá, pues, lo que fue para la Palestina Cristiana la desaparición del viejo roble en que se estrellaban todos los huracanes. El príncipe Judá se embarcó en el mismo velero que le llevó la noticia, y cuando estuvo en el viejo hogar paterno convocó a los pocos amigos que aún que quedaban en la ciudad asesina del Justo, con el fin de tomar nuevas orientaciones v seguridades para los que, por motivos insalvables, se vieron obligados a permanecer en Jerusalén

Muchos anuncios de orden espiritual se habían recibido y en todos ellos podían comprender que un terrible cataclismo se desataría sobre la ciudad que había sacrificado al Ungido de Dios.

Y apenas terminadas las honras fúnebres de nueve días, según la costumbre, comenzó el éxodo definitivo de los cristianos o nazarenos como se los llamaba entonces, los unos hacia Galilea, Samaria y Siria, los otros más allá de la opuesta ribera del Jordán, a donde llegaba la influencia poderosa del Rey de Arabia y del Scheiff Ilderin.

El príncipe Judá hizo permuta del amado palacio de su niñez, cofre de tantos recuerdos, a un Tribuno militar que mandaba la guarnición de las Fortalezas romanas existentes en la ciudad. El Tribuno le daba en cambio la antigua residencia paterna en Roma, ubicada en la proximidad de la Puerta Capena, que se abría sobre la Vía Latina de la cual se bifurcaba la gran Vía Apia.

Era esta casa inferior como valor material al suntuoso Palacio Ithamar, .pero se encontraba en la capital del mundo civilizado y justamente en el barrio que por entonces era el alojamiento de la cristiandad naciente, y estaba más fácilmente en contacto con las posesiones del príncipe Judá en el Lacio.

Pareciera que su ingenio de administrador fuera una herencia espiritual -de Simónides, cuyas normas financieras evocaba constantemente Judá.

www.formarse.com.ar

"Mi insustituible Simónides lo hubiera hecho de esta manera" —repetía Judá siempre que se trataba de resoluciones importantes. Cinco lunas permaneció Judá en la tierra de sus padres, arreglando todo cuanto podía significar seguridad tranquila y duradera para los adeptos al Divino Amigo desaparecido, que por causas diversas quedaban en el país.

Liquidó sus vastas propiedades y negocios en la Palestina y, al realizarlo, hizo legados de tierras, de buques, de las caravanas, a aquellos de sus hermanos en la fe que reconocía capaces de permanecer fieles a la enseñanza del Hombre Único, que pudo transformar su ideal de engrandecimiento humano para su patria, en paz, y grandeza espiritual para todas las razas y pueblos de la tierra. Y repetía siempre: "Ya dejé de ser un Príncipe Judío que busca la grandeza y la gloria de su pueblo, porque *El* me transformó en un hombre que quiere la libertad, la fraternidad y la justicia para todo ser que quiera conquistarlas por la elevación intelectual, moral y social de su propio yo consciente y lúcido; Tal como lo quería el genio inmortal de "Jhasua, mi Rey Eterno".

Sus caravanas de Damasco a Filadelfia y Gaza, las entregó a los cuatro jóvenes árabes que tuvo Simónides como colaboradores y agentes en la vasta administración de sus bienes. Fueron los protegidos y discípulos del Príncipe Melchor de Horeb, y habían demostrado una rectitud, desinterés y nobleza dignas de su primer maestro.

De su flota marítima sólo quiso conservar para sí cuatro veleros rápidos de pasajeros y carga: el "Quintus-Arrius", el "Ithamar", el "Fidelis" y el "Salvatoris".

El "Thirza" lo envió a Cirenaica destinado a Faqui, el gran amigo y compañero que en la hora más trágica y terrible de su vida, le salvó de morir romo un desesperado suicida.

El barco que llevaba el nombre de *Esther,* quiso Nebai que fuera donación para los Esenios del Tabor y del Carmelo, entre los cuales se hallaban aún algunos de aquellos que protegieron y salvaron a sus padres; y fueron la providencia viviente de la *casita de piedra* encantadora cuna de su niñez, paraíso de su adolescencia, junto a la "fuente de las palomas" mirándose a los ojos Divinos de Jhasua que deshojaba para ella rosas de amor y lirios blancos de fe y de esperanza, que florecían por siempre en su corazón.

Este barco matriculado en Tolemaida sería el salvador en casos urgentes de las familias cristianas vinculadas a los solitarios, y que se vieran en necesidad de emigrar a lejanos países.

En seis ciudades quedó establecida la *Santa Alianza* como Institución Romana de Beneficencia y de propiedad exclusiva de *Quintus Arrius,* en previsión de posibles ataques del Sanhedrín.

En Tiro, en Joppe, en Tolemaida, en Jericó, en Septópolis y en Cesárea, de éstas dependían en calidad de *Filiales* los Dispensarios de Sebaste, Nazareth, Séphoris, Cafarnaún, Arimathea, Betlehem y Gaza.

Al igual que lo hiciera el Soberano Rey y su fiel servidor Simónides, el príncipe Judá no dejó en olvido a nadie de todos aquellos que amaron al excelso Maestro, sembrador de amor, de salud y de paz, sobre cuantos doloridos «e cruzaron en su camino.

EL CRISTO EN SAMARIA

El Santuario Esenio de las grutas del Monte Ebath en Samaria, fue la cuna del Cristianismo de esa región de la Palestina, como se verá en esta» páginas.

Y fueron los Diáconos Felipe y Nicanor los fervientes animadores de la enseñanza del Cristo en Sebaste, en Sichen y por fin en la ciudad de Cesárea, puerto importante de aquella época.

A tres de los discípulos jóvenes del Cristo Mártir encomendó Judá la vigilancia y seguridad de sus seguidores: Felipe, Nicanor y Saúl hijo de Gabes, Capitán del velero *"Quintus Arrius",* como recordará el lector.

Y para servir de constante comunicación entre Palestina, Alejandría y Roma, Judá se reservó este barco, uno de los mejores equipados de la flota que tan hábilmente había administrado Simónides.

El *"Ithamar" y* el *"Jordán"* a cargo de los hijos de Nicodemus y José de Arimathea, estarían igualmente destinados a viajes periódicos entre Antioquía, Laconia (Grecia), Siracusa, Napóles y Marsella. El *"Fidelis",* pequeño y rápido velero, fue destinado a la Aldea del Lago Merik y a Ipsambul sobre el Nilo, con escritura de donación a Zebeo y Matheo, primeros heraldos del Cristo en el África del Norte, a los que más tarde se unió Marcos, que fue en su ancianidad fundador del Patriarcado de Alejandría.

Los Diáconos Felipe y Nicanor y el Capitán Saúl, estaban radicados eíi la ciudad de Cesárea, cuya población griega y' romana en gran mayoría, les ofrecía menos dificultades para difundir la nueva doctrina.

Y aunque residía también allí mucho elemento judío, la acción del Sanhedrín no podía manifestarse con la prepotencia de Jerusalén, porque el Gobernador Romano había establecido su residencia oficial en Cesárea con el fin de estar en más fácil comunicación con el Delegado Imperial de Antioquía y con Roma misma.

Era Cesárea por entonces importante ciudad de Palestina y el mejor de sus puertos, y el flamante *"Quintus Arrius"* todo blanco, con su pabellón amarillo y estrella azul, era como el castillo encantado hacia donde convergían las miradas de los humildes *nazarenos* aterrorizados por las grandes persecuciones que habían sufrido.

En los últimos años de Simónides había inducido a los amigos de su Rey inmortal a establecerse en Cesárea por ofrecerles mayores seguridades.

Además, el sagaz anciano, en su larga vida de lucha, había descubierto muchos secretos en aquella tierra que le vio nacer y donde tanto padeciera. La ciudad de Cesárea había sido edificada por el viejo Herodes, sobre la gran plataforma de gruesos bloques de piedra en que estuvo desde siglos atrás sólidamente afirmada la Fortaleza que se conoció con el nombre de Torre de *Abdastarte.*

Herodes sólo había modificado a estilo romano el exterior de aquella vieja Fortaleza, sin tocar a fondo sus cimientos ni su muralla y esto explica muy bien, que los fosos y cuevas de los subsuelos permanecieran ignorados y olvidados por todos los extranjeros civiles o militares que fueron llegando en el pasar de los años por los palacios, termas y circos de que la cubrió; Herodes le dio todo el radiante brillo de ciudad romana, de mármoles y jaspe, lo bastante suntuosa para servir de adulador homenaje al César romano. Y en su nombre se llamó *Cesárea.*

Simónides, con su largo siglo de vida, la había conocido ennegrecida por el tiempo y los naturales-desperfectos de todos los ataques enemigos que la fortaleza había sufrido de parte de los guerreros filisteos, de los ambiciosos fenicios y de los devastadores y crueles asirios, que sembraban el terror y la muerte por donde cruzaban como huracanes de fuego.

Y de igual modo que lo hiciera con los subsuelos de la Fortaleza del Rey Jebuz de que nos da noticia "Arpas Eternas", lo hizo con las sombrías cuevas y fosos de la fortaleza de Abdastarte, aunque no con la suntuosidad y arte de que hizo derroche en aquélla.

Era para su soberano Rey de Israel, que disponía aquellas salas subterráneas a las que revistió de la severa majestad de un templo. ¿No era acaso el Hijo de Dios quien haría oír allí su palabra al pueblo creyente que lo seguía?

Y Simónides, con su traviesa sagacidad, decía a los pocos amigos que conocían el secreto:

—Si se habría figurado el usurpador idumeo que un insignificante viejo como yo, sentaba también sus reales bajo los artesonados y los mármoles de su dorada Cesárea.

Las inmensas cavernas tenían salida al mar, pero el túnel estaba obstruido desde años atrás por los desmoronamientos que nadie se había preocupado de remover. Simónides las había descubierto por los esclavos fugitivos de la Naumaquia de Tiro que, huyendo hacia el Sur por los acantilados de la costa, tropezaban con la entrada del túnel y se refugiaban en él.

Y desde entonces su genio previsor tuvo en cuenta aquel ignorado escondite al cual, por su orden, se le fueron haciendo reparaciones. La salida al mar estaba media milla al sur y próxima a la desembocadura del riacho *Anón,* que desde las vertientes del Monte Ebath corría hasta vaciar sus aguas extramuros de la dorada ciudad.

Desde que Felipe, Nicanor y el jovencito Adín designaron a Samaría como campo de acción para sus tareas misioneras, el Anciano Simónides les confió el secreto que debían guardar en absoluto silencio, a fin de tener seguro un lugar de refugio para los que se vieran perseguidos.

La profecía del Cristo clarividente resonaba en los oídos y más aún en el alma del anciano como la voz permanente de un clarín trágico: "Jerusalén... Jerusalén... De ti no quedará piedra sobre piedra en el día de la justicia".

—Es necesario buscar refugios salvadores lejos de la ciudad, que caerá bajo la espada justiciera de los ángeles de Jehová —decía Simónides y alentó *a* Zebeo a conservar en secreto la ciudad subterránea del Lago Merik; a Judá, .los subsuelos de la antigua mansión señorial del Monte Celio junto a la Puerta Capena en Roma, y a Matheo las cámaras secretas del viejo templo de Ipsambul en el Alto Egipto.

Fueron los Esenios del Monte Ebath los que templaron el alma vibrante de Felipe que caía a veces en desalientos profundos ante la incomprensión, el fanatismo y la inercia de las masas populares que sólo buscaban el *milagro, lo maravilloso,* lo que no cuesta esfuerzo alguno, lo que significa un beneficio material

obtenido por poderes ultra-terrestres, sin que los favorecidos hicieran nada más que tender las manos para recibirlos.

Cuántas veces oyó Felipe allí mismo la voz dulce y serena del Cristo que repetía: "El que pone la mano en el arado y vuelve la cabeza atrás, no es apto para el Reino de los Cielos".

Y Felipe tomaba de nuevo su bastón de peregrino y recorría las aldeas perdidas en los laberintos, entre bosques y montañas de la Samaria. Diríase que la Ley Divina quiso transformar el Diácono Felipe en sujeto apto para triunfar en medio de seres incapaces de comprender y aceptar una doctrina, que no apareciera entre el esplendor de lo maravilloso.

Algo así como le ocurriera al gran Moisés en los días lejanos de su gloriosa apoteosis, en que sólo a fuerza de espantables terrores venció la obstinación de los poderosos y la ignorancia de un pueblo esclavizado.

Y Felipe se vio favorecido con manifestaciones supra-físicas que encendieron la fe y el fervor místico en el pueblo samaritano. Fue en Sebaste, importante ciudad de Samaria, donde tuvieron lugar las manifestaciones prodigiosas que ocasionaron la fundación de una grande y floreciente Congregación Cristiana.

Felipe residía habitualmente en Cesárea en la gran Casa depósito de Mercancías que había establecido allí Simónides. A más de Nicanor y Adín, vivían también allí el Capitán Saúl con Rhodas, la joven viuda del Diácono Parmenas, hermano mayor de Felipe como recordará el lector.

Felipe y Rhodas fueron los fervientes animadores de la Congregación de Cesárea, que, al igual que todas las establecidas en Palestina, se ocultó bajo la definición de *Institución Romana de Beneficencia.* Y aunque los socorros y donativos se hacían libremente en la portada de aquella casa, la enseñanza y los cultos eran realizados en las cavernas del vasto subsuelo de la presuntuosa ciudad entregada a sus ruidosos placeres, mientras *los amigos de Jhasua* oraban silenciosos bajo los jardines y los palacios.

A veces cruzaba por la mente de aquellos amantes del Cristo Mártir este pensamiento doloroso como un gemido del alma: "Las manifestaciones del lujo desenfrenado, del vicio del placer en sus formas más audaces y desvergonzarías se exhiben ante todos los ojos, a la luz del sol, y nuestras plegarias, nuestros himnos, nuestra enseñanza, debe esconderse bajo la tierra igual que sí fuera delito ¿por qué, Señor?...

Y ocurrió algunas veces, que esta dolorida queja corrió como una onda sonora por todas las mentes, al escuchar el eco de los ruidosos placeres del exterior, y entonces se obró el prodigio que fue consolación para todos. Una *voz* suavísima que bajaba de lo alto y se difundía más cerca o más lejos, decía en frases que griegos, romanos y sirios comprendían claramente: *"Porque sois míos y no del mundo, el mundo os desprecia y os oprime. Los que buscan la tierra son de tierra. Los que buscan los cielos son de luz. Son fugaces los goces de este mundo. Son eternas las rosas de mi cruz."*

— ¡Es El!... ¡Es el Maestro que nos acompaña y nos consuela! —Decían entre lloros y aleluya aquel centenar de amigos suyos, cuya fe y esperanza revivían de nuevo al sonido de esa voz misteriosa que como las voces de Betlehen y del Palacio Henadad les decían claramente: *"Donde reina el Amor, allí reino Yo. El Amor salva todos los abismos y es más fuerte que la muerte".* Y observaron que, cuando esto sucedía, siempre se encontraba dormido Felipe en su banco entre Nicanor y Adín, y dormida Rhodas entre el grupo de las doncellas del coro que ella había formado.

Y los asiduos concurrentes a la oración en conjunto que observaron este fenómeno les decían alegremente:

—Duerme, Rhodas... duerme, Felipe, que vuestro sueño abre una ojiva en los cielos y por ella nos llega la voz del Maestro.

Algunas veces sucedió que por la noche a horas avanzadas, se vio a Felipe y Rhodas despertando a una familia cristiana amenazada de un incendio, y esto en un pueblo lejano de Cesárea.

Otra vez les vieron volver de un bosque en Sichen con dos niños que se extraviaron y su madre viuda les buscaba desconsolada sin encontrar su rastro. En los bosques de Samaría abundaban las fieras y los niños serían devorados.

Ocurrió que una noche, allá en la ciudad de Tiberias, a orillas del Mar de Galilea, un magnate asirio que se había enamorado de la hija del mayordomo Chauza, hizo entrar secretamente a los jardines a dos siervos suyos para que robasen a la doncella y como un fardo la llevasen a su palacio.

Felipe y Rhodas penetraron en la habitación de los padres, despertaron a Juana, esposa del mayordomo, y le dieron aviso.

Se puso en pie toda la servidumbre y apresaron a los raptores. Estos sucesos se repitieron continuamente, hasta que un malintencionado de los muchos que hay en todos los tiempos y en todas partes, ignorante de las fuerzas y poderes benéficos que la Divina Ley otorga a determinados seres dotados de facultades psíquicas

especiales, dijo en gran reserva al Capitán Saúl esposo de Rhodas: —Tu mujer aprovecha muy bien tus viajes y se pasea a gusto por todas partes a altas horas de la noche con su cuñado, el Profeta de los Nazarenos. Estas viudas y cuñados de profetas cantan himnos a Jehová durante el día y se prenden al rabo del diablo por la noche. Son brujas seguramente.

Quien hizo la vil delación fue un sujeto llamado *Simón el Mago* que era clarividente y había observado el fenómeno que le hizo llenarse de envidia de los éxitos descubiertos por él en la Escuela Nazarena, como él llamaba a la Congregación Cristiana de Cesárea.

Si el Capitán Saúl no hubiera sido instruido de tiempo atrás por Leandro de Caria de los poderes y facultades de algunos seres y conocedor por otra parte de la historia misma cíe la juventud de Rhodas, hubiera seguramente pensado mal de su esposa y del Diácono Felipe, que tranquilamente dormían cada cual en su habitación, y a veces ajenos por completo a sus andanzas de salvamento por las noches.

Pero el Capitán Saúl quiso que el delator descubriera por sí mismo la verdad, y puesto de acuerdo con Felipe y Rhodas, lo retuvieron por varias noches hospedado en su propia casa.

La separación del espíritu de su materia durante el sueño no siempre es a voluntad de los sujetos que poseen tal facultad.

Y tanto Saúl como Rhodas y Felipe rogaban con ansias al Cristo, su Maestro y Señor, que les fuera permitido manifestar la verdad ante aquel hombre que, siendo considerado como un sabio mago, podía causar su juicio un gran mal a la naciente escuela cristiana.

El ruego era sincero, era intenso y era justo. Y el Divino Maestro lo escuchó y volvió por la honra de sus fieles amigos.

Una noche, después de la velada en el cenáculo, Saúl y Rhodas se encerraron según costumbre en su habitación. Felipe, en la suya con Nicanor y Adín. Y el sabio mago, en el cenáculo a donde convergían las puertas de aquellos dormitorios, recostado en el estrado vigilaba como todas las noches sin que ocurriera nada anormal. Y ya se complacía interiormente y su maligno juicio tomaba cuerpo.

—Como yo estoy en acecho —decía— ellos no se atreven a salir. A más, está el Capitán en casa y la dama guarda las formas... está claro.

Casi convencido de esto, se quedó dormido a más de medianoche.

Los vigías del espacio infinito tenían designada esa noche y esa hora para manifestar la verdad. Y Felipe y Rhodas dejaron su materia en perfecta quietud y se vieron en el cenáculo ante Simón dormido. Le despertaron.

—A más de ser mal pensado —le dijo Felipe— eres un embustero—. Bajo tu cabecera tienes un buen legajo de letras a cobrar y en tu bolso tienes oro en abundancia. ¿Por que, pues, has declarado a Pedro que donaste cuanto tenías para los menesterosos, si te guardas la mayor parte? Tuyo es todo y no tenías necesidad de mentir, solo por la vanidad de hacerte ver generoso y desprendido.

Rhodas sonreía feliz y le dijo:

—La Ley Divina que vuelve por el honor de la hermandad de Cristo, te permite abrir la habitación de Saúl y ver allí mi cuerpo dormido.

—Y también la mía —dijo Felipe— y otra vez señor mago, pida humildemente la Luz Divina para comprender el poder infinito de Dios y sus eternas leyes, antes de soltar a volar calumnias que afrentan a los seres honestos y desfiguran la verdad.

Y dando al absorto mago una palmada en la mejilla salieron a la calle sin abrir puerta ninguna.

El mago corrió a la habitación de Felipe y silencioso comprobó que dormía. Fue a la habitación de Saúl y ambos esposos dormían.

Volvió al cenáculo y recogiendo su oro escondido y sus letras a cobrar desapareció de la casa y de la ciudad, y nadie le volvió a ver ni se pudo saber nada de él.

Unos días después hizo escala en Cesárea el velero Ithamar que venia de Antioquía, trayendo entre el abundante pasaje a varios amigos nuestros presentados ya en "Arpas Eternas".

Aquel jovencito Halleví tan amigo de Jhasua en su viaje de adolescente hacia Ribla, el mismo que más tarde fue llamado Barnabas o Bernabé; el ex mendigo paralítico que pedía limosna bajo el arco de Ephifanes en Antioquía, cuyo nombre era Simón de Nigeria, el país regado por el caudaloso Niger el gran rió de África occidental.

Curado por el Maestro según recordará el lector de "Arpas Eternas", volvió a su lejano país de donde había huido, porque un chef indígena le robó la futura esposa y mandó asesinarle para evitarse ulteriores

www.formarse.com.ar

complicaciones. El padre de Simón, jefe de una tribu, vengó la ofensa hecha al hijo y recogió a la doncella Sarkia esperando que su hijo regresara siendo ya muerto su enemigo.

Mas el infeliz *Zachú* quiso poner mucha tierra entre él y su amor perdido, y en el duro destierro sufrió un accidente en el trabajo, que le dejó en el triste estado en que le vimos bajo el radiante Arco de Triunfo, que su propio orgullo de poderoso monarca construyó para inmortalizar su nombre.

Y hasta cambió su nombre por uno simple y vulgar en la tierra donde arraigó su vida errabunda y solitaria: Simón.

Diríase que el Genio Tutelar de la humana criatura terrestre, el Cristo, hubiese guiado al infeliz desterrado a tornar a su país, donde una madre muy anciana y junto a ella una joven mujer que era *Sarkia,* le recordaban y le esperaban, con la misma ansiedad con que el anciano padre de la parábola del hijo pródigo esperaba al que partió un día de su lado y su corazón no podía olvidar.

Si la mirada del Hombre-Luz desde su cielo radiante sigue los pasos de cuantos le aman sobre, la Tierra, debió complacerse infinitamente cuando *Sachú* a los cuarenta años de vida, entraba al portalón de la vetusta torre de Kukaba, cuya negra silueta caía como un fantasma sombrío sobre las aguas del lago Charo, en el país de Nigeria.

— ¿Eres el alma de Sachú, que viene a verme morir?... —fue el grito de aquella madre.

—Soy Sachú, que vengo a vivir contigo —contestaba el hijo.

Fue el hilo de oro que llevó, a aquella lejana región del África occidental, la doctrina de amor que Sachú aprendió de Jhasua de Nazareth.

Con Hallevi o Bernabé y Simón de Nigeria iba también Saulo de Tarso que, apesadumbrado por sus anteriores atropellos en contra de los *nazarenos,* buscaba por diversos medios, borrar las huellas dolorosas y sangrientas dejadas en sus hermanos de raza, por sus crueldades injustificadas. En sus penosos insomnios veía el hermoso rostro de Stéfanos bañado en sangre y sus ojos color de ámbar que le miraban piadosamente mientras sus labios le repetían: *"Yo te perdono. Y si has comprendido la verdad, entrégate a ella y repara así todo el daño que has causado".*

Estos tres viajeros se presentaron a la casa habitación de Felipe, Nicanor, Saúl, Rhodas y Adín, que eran a la vez guardianes de los depósitos de mercancías traídas por las Caravanas desde distintos países, y encargados de las provisiones que la Santa Alianza repartía semanalmente entre los necesitados de aquella región.

Ninguno de los tres viajeros era conocido por los habitantes de la casa; pero el afable y manso Bernabé hizo una presentación que les abrió de inmediato las puertas.

—Amigos de Jhasua de la Congregación Cristiana de Antioquía, os piden hospitalidad entre vosotros —dijo saludando a Felipe que acudió al insistente llamado casi llegada la noche.

—Estáis en vuestra casa —contestó el Diácono haciéndoles pasar. Saulo fue el último en entrar, y sin saber por qué, Felipe y él se midieron de arriba abajo con la mirada como si una sombra fatídica se hubiera levantado entre ellos.

—Si desconfías de mí a causa de mi pasado, quedaré con los mendigos del puerto —dijo Saulo deteniéndose.

—Yo respondo por él, —se apresuró a decir Bernabé— si para ti vale algo el nombre *Baarnaba* que me dio el Señor cuando El y yo éramos niños aún...

— *¡Baarnaba!* —Exclamó Felipe estrechándolo en un poderoso abrazo que casi le cortó la respiración—. Cada día te esperaba, porque también tengo parte en la promesa de tu nombre. Juntos caminamos en el sueño por las tierras de Etiopía y juntos luchamos contra el tirano de Nadaber, que mata a nuestros hermanos porque le enrostran sus crímenes.

"Entrad todos en esta casa de Cristo que, donde El reina, cabemos todos sus amadores.

"Perdona, amigo —dijo a Saulo—, tengo a veces malas visiones, y te vi al entrar cubierto con una túnica blanca manchada de sangre. Y tengo miedo a mis visiones que a veces son presagios que se cumplen.

—O que tuvieron vida real antes —respondió Saulo con sorda voz, en la que se apercibía como al trasluz un hosco dolor que una voluntad de hierro impedía estallar en tempestad de sollozos.

—Haya paz, amor y alegría en todos los corazones —volvió a decir Felipe— porque nuestro Señor y Rey, es Rey y Señor de Paz y de Amor, y donde es bendecido su nombre sólo el amor y la paz tienen cabida.

www.formarse.com.ar

"Sentaos, que ya os haré conocer a mi hermana Rhodas, amorosa flor de este hogar y a los que conmigo viven bajo este techo que nos da el Maestro. En torno del fuego hogareño nos contaremos nuestros triunfos y derrotas en los caminos del Ideal.

Y Felipe salió apresuradamente, dejándoles con la palabra comenzada a expresar.

— ¡Qué hombre singular es éste! —Exclamó Simón de Niger—. Se vislumbra en él un corazón bien abierto a la amistad y al amor, pero a la vez una flecha oculta y dispuesta a salir en el momento oportuno.

—En estas tierras de Abrahán amigo —contestó Saulo— brotan los Cainos en cada mata de paja, y no es extraño que, los que en ellas viven, vivan con las flechas preparadas para defenderse.

Yo, como ya lo sabéis, fui un Caino, porque es difícil al hombre averiguar dónde termina la justicia y comienza la tiranía y la crueldad. Es el fanatismo religioso la peor tiniebla que puede oscurecer la mente humana, porque le impide reconocer que por muchos caminos sale al encuentro la verdad.

—*"La Verdad os haya libres y fuertes"* nos dejó establecido el gran Maestro —añadió Bernabé— y lo que más nos importa es tener con nosotros *la verdad.*

—Es a veces una diosa huidiza y esquiva —comentó Simón de Nigeria— y para conquistarla necesitamos la *Luz de lo Alto.*

—Velad y Orad, dijo también el Maestro—, porque la materia es tiniebla que oscurece al espíritu —volvió a decir Bernabé o Baarnaba cuya modalidad era un equilibrio perfecto entre la vida activa y la mística contemplativa.

Mientras los tres huéspedes hacen sus comentarios idealistas y materiales, trataremos, lector amigo, de conocerles y comprenderles tan perfectamente como es el deber del buen historiador.

Saulo de Tarso, alma de acero y de bronce, era soltero y había perdido a sus padres.

Sólo tenia una hermana mayor casada y con varios hijos que, retirada en su país natal, no se preocupaba de asuntos ideológicos, porque le bastaban y sobraban sus tareas y afanes hogareños y familiares.

Bernabé, soltero también, conservaba a su lado en Antioquía a su madre anciana, la amorosa Sultana que tantas solicitudes tuvo para el Maestro adolescente del Norte.

Vivía a su sombra una nietecita huérfana cuyo nombre era Raquel y en dulce diminutivo la llamaba Quelita. Para su tranquilidad, la abuela deseaba unirla en matrimonio con su hijo y tranquila esperaba que su *Hallevi* se decidiera a tomar esposa, aunque algo tardíamente, pues ya se acercaba al otoño de los cuarenta años.

Simón de Nigeria, después de haber reverenciado a su madre en sus últimos años y cerrado sus ojos al morir, se había despedido de su sepultura y de la tierra natal Koyola, allá a orillas del río Niger; cuyos desbordamientos habían formado el gran lago Charo que lamía los basamentos de la torre de Kukaba. En gratitud al Cristo Divino que lo volvió prodigiosamente al concierto de la vida y de la sociedad de los hombres, la vetusta torre se había transformado en casa-refugio de ancianos, de madres desamparadas y de niños huérfanos.

Dos jóvenes matrimonios originarios de Gao, también de las orillas del río Niger, que por las extrañas aventuras de la vida humana se habían encontrado bajo la protección de nuestro gran Simónides de Antioquía en sus Villas de *Gisiva y Carandama,* habían quedado en la torre de Kukaba como Regentes y Maestros en aquel Hogar-Refugio que la gratitud de Simón de Nigeria al Divino Maestro, hiciera nacer y crecer como un árbol de protectora sombra en aquella lejana región del África Occidental.

Este agradecido amigo y devoto amador de Jhasua no estaba solo, pues, antes de morir su madre, quiso satisfacer el último deseo de la buena anciana que creía acto de justicia dejar asegurada la vida de *Sarkia* que por amor a *Sachú* le sirvió de hija y de sierva en su dura y penosa soledad.

Un tranquilo amor otoñal, pero amor al fin, hacía de la vida de Simón de Nigeria, un oasis de paz que tan bien le venía después de la dolorosa vida en que le hemos conocido, pidiendo limosna bajo el Arco de Triunfo de Ephifanes, en Antioquía.

Y quedan presentados los tres huéspedes recién llegados al hogar del Capitán Saúl, Rhodas y Felipe, en cuanto a su vida exterior.

Veamos ahora su vida interna y sabremos así en qué forma y modo respondieron al amor y a la doctrina del Cristo que decían profesar y practicar.

Bernabé y Simón conquistaron apenas llegados el cariño y la confianza de los dueños de casa por la jovial sencillez de su carácter, y por la modestia y franqueza de que revestían todas sus palabras y todos sus actos.

No ocurrió lo mismo con Saulo, en el cual aparecía a cada paso el ilustre fariseo, doctor de la Ley, siempre dispuesto a hacer prevalecer su opinión y modo de ver, de pensar y de sentir en todas las cosas. Juzgaba él,

www.formarse.com.ar

naturalmente, que sus largos y prolijos estudios le daban una gran ventaja sobre los demás que, sin títulos legales emitidos por los tribunales docentes del Gran Colegio de Jerusalén, cúspide en Ciencias y Letras de todo el país, debían aceptar sin observación alguna y en modesto silencio todas sus argumentaciones sobre cualquier tema que ocupara la conversación.

Felipe, como Stéfanos, Parmenas y Nicanor, eran griegos de origen y habían concurrido a las grandes Academias de Atenas y Corinto donde hicieron estudios de filosofía y ciencias naturales, de lenguas vivas y muertas, de historia de las más recordadas civilizaciones pasadas. De los siete Diáconos griegos elegidos como auxiliares por Pedro y sus compañeros de apostolado, sólo Stéfanos v Parmenas se habían graduado en las Ciencias y Artes de la época.

Y Saulo pensó que le cabía muy bien el cargo de instructor en el nuevo ambiente en que se encontraba.

En lo único que estuvieron de acuerdo fue en la interpretación del pensamiento genial del Cristo, de que su doctrina debía ser divulgada no sólo entre la raza de Israel como algunos sostenían, por la razón única de que el Mesías Ungido de Dios había nacido y vivido entre el pueblo de Israel.

La educación espiritual de Felipe, Nicanor, el Capitán Saúl, Rhodas y Adín era la que Pedro, Juan, Zebeo, Matheo y demás apóstoles habían bebido a raudales de los labios y del corazón del Cristo mismo en los años que convivieron íntimamente con El. Los Doce elegidos por el Divino Maestro para continuadores de su Obra grandiosa de solidaridad y liberación humana, eran para ellos los verdaderos instructores y maestros de la nueva doctrina. Y les era duro aceptar premisas y sugerencias de un sujeto que hasta hacía poco tiempo había sido delator y agente principal del Sanhedrín, que ensangrentó el país con las terribles tragedias en que perdieron la vida el apóstol Santiago, Parmenas y sus compañeros y el inolvidable y amado Stéfanos, la más atractiva y hermosa personalidad que era una gloria de los Diáconos elegidos por el Colegio Apostólico, para auxiliares en las tareas de apostolado.

Saulo de Tarso sostenía que todo el que se consagraba a divulgar la doctrina del Cristo debía llevar con plenos derechos el título de Apóstol suyo, lo cual disgustó en tal alto grado a Felipe que, si no hubiera sido por la intervención conciliadora y suave de Bernabé, hubiera sacado a Saulo al medio de la calle diciéndole que se marchara con viento fresco.

Esta familia cristiana formada por Felipe, Rhodas, Nicanor, Adín y Saúl fueron durante toda su vida, discípulos y adeptos fidelísimos a los íntimos elegidos del Maestro para continuadores de su Obra de fraternidad y dignificación humana. Y a las insinuaciones de Saulo a Felipe de que su fervorosa enseñanza le daba el derecho de tomar el nombre de *Apóstol,* el diácono respondía:

—Yo soy y seré siempre, uno de los siete Diáconos que los apóstoles del Señor eligieron para auxiliares de sus tareas misioneras. Para servir a nuestro Divino Maestro, no necesito apropiarme de un nombre que no me ha otorgado el único que tiene derecho y autoridad para designar a sus íntimos colaboradores.

Esta diferencia en el pensar y sentir de Saulo y Felipe a este respecto, fue bastante para cortar toda intimidad entre ellos.

Divergencias sin una importancia capital como ésta, hubo muchas entre los amantes del Divino Maestro, y no obstante, su enseñanza fue corriendo velozmente por todo el mundo.

Sólo en un punto estuvieron tocios de acuerdo: en que Jhasua de Nazareth era la encarnación del Cristo, Verbo eterno del Eterno Poder Invisible.

Mientras tanto, Bernabé y Simón de Níger se entretenían con Felipe en otra clase de trabajos no menos interesantes.

Conociendo el incesante afán de los Santuarios Esenios, de establecer lógica continuidad desde el más lejano pasado de la humanidad en este planeta, traían-para el Santuario del Monte Ebath, donde era Servidor un tío materno de Bernabé, un buen aporte en escrituras antiquísimas descubiertas recientemente en dos parajes completamente apartados y lejanos uno de otro.

En sus andanzas por su tierra natal Koyola en Nigeria (África Occidental), Simón había adquirido de un pescador un cofre de madera de olivo que encerraba tubos de cobre con telas enceradas, papiros y hasta pellejos de vejigas de búfalos ron grabados en distintas lenguas indescifrables para los seres de la época en que fueron encontrados. El hallazgo lo hizo un pescador de Goa, .cuando un gran desbordamiento del Níger llevó hasta allí enredado en un camalote, grande como una isla flotante, el misterioso cofre arrojado quién sabe cuándo y cómo al océano, cuyas poderosas mareas empujaban las aguas del río, que se desbordaba cubriendo las fértiles praderas de la costa.

El otro descubrimiento lo había hecho un pariente de Bernabé, en una caverna de los ásperos acantilados de la Isla de Chipre.

— ¡Qué enorme distancia hay entre Goa en las riberas del Nigei; y la caverna de la isla de Chipre! —decía el Diácono Felipe, viendo reunidas entre sus manos las viejas escrituras encontradas, al parecer, por pura casualidad.

Entre Nicanor, Felipe y Bernabé poseían varios idiomas de los más usuales en aquella época, pero con ninguno de ellos pudieron conocer lo que aquellas escrituras decían.

Entonces tuvieron la idea de utilizar, si les fuera posible, el sonambulismo de Rhodas. La habían visto realizar, en tal estado, cosas tan ajenas a lo normal que concibieron la esperanza de conseguir por este medio la solución del problema.

Aprovecharon una ausencia de Saúl, su esposo, que temía algún mal para la salud de Rhodas al entregarse a tales ejercicios.

Ella, que ningún mal recibió nunca, hizo la elevación de pensamiento, al Cristo Divino y a su guía particular el profeta Daniel, y en compañía de Felipe, Nicanor, Bernabé y Simón de Niger hicieron el experimento que les dio un favorable resultado.

El estado sonambúlico es producido luego de unos momentos de silenciosa evocación, y acto seguido, Felipe puso en manos de la sensitiva dormida uno de los papiros. Ella lo retuvo un momento en silencio y por fin habló.

—Yo leeré esta escritura —dijo— y uno de vosotros puede escribir las palabras que yo diré—. Felipe y Bernabé se dispusieron a escribir por separado, para mayor seguridad en el control—.

Aquí dice así: "Los Sacerdotes del antiguo templo de Om del país de Ahuar, en Egipto, reconocemos como Maestro y fundador al patriarca atlante Bethemis de Gadeiros; y ellos conservaban grabado en láminas de piedra la tradición recibida de él, que refería la vida de la humanidad atlante en su triple aspecto religioso, civil y político.

"El Continente estaba dividido en diez grandes países que en tiempos muy remotos habían sido islas apartadas unas de otras por brazos de mar, y habitadas por tribus emigradas de inmensas tierras volcánicas del Sur, que cien cráteres en permanente actividad socavaron sus montañas y las hundieron en el mar.

"La mano de los hombres fue enlazando con puentes ciclópeos estas islas, hasta formar con ellas un Continente cuyas dimensiones eran tan extensas como Libia y Europa juntas, (En aquel tiempo sólo el Norte Africano era conocido con el nombre de Libia.

"Y los diez países se nombran así: Ruthak, que después se llamó Poseidonia Otlana - Valle Hondo o País de Dyaus – Theos-kandia y Cerro de Oro o País de Zeo. Estos países comenzaban de Oriente a Occidente y daban sobre el mar del Norte (Atlántico Norte). Sobre el mar del Sur (Atlántico Sur) y siempre de Oriente a Occidente se hallaba el hermoso y fértil país Manantiales de Zeus Mauritania que unía Atántida como un gran istmo con el vasto territorio denominado Libia (la parte norte del actual continentes africano); - Cerro Negro - Valle de Oro, Monte Rojo o May-Olandia, como más tarde se la llamó.

"Y estos diez grandes países, estaban gobernados por diez dinastías de reyes que desde lejanos tiempos se sucedían de padres a hijos, llegando por la rectitud y la justicia a tan alto grado de progreso, de bienestar para sus pueblos, de paz, abundancia y gloria, que nada hay en esta hora que pueda compararse con aquélla.

"Aquella hora fue llamada por sabios y legos, por grandes y pequeños, por nativos y extranjeros, *el paraíso de la tierra.* Y los nombres de estos reyes elegidos de Dios eran así: *Atlas - Gadir - Poseidón - Tertesio – Tritanio - Saharón - Neitor - Ateneas - Nigero y Gihon.*

"Nuestro Fundador y Maestro Beth-emis descendía en línea recta de *Saha*rón que tuvo un sueño de que un descendiente suyo, llegado el gran juicio de Dios, emigraría a tierras lejanas a un mar interior que se transformaba en lecho de arenas y peñascos, al cual llamaría Sahara en memoria del último Rey Justo de su raza. En la ancianidad, él tomó esposa apremiado por el ángel de las anunciaciones y le llamó también Sahara y de ella nació *Mizrain* que significa *mi raíz* y lo fue de la raza fuerte y serena que bebería el agua del río Shior (el Nilo).

"En esta dinastía hizo nacer el Eterno Invisible a su hijo, el Padre-Luz de este mundo que le redujo al dolor, al abandono, al olvido, porque la humana grey había torcido sus caminos y no escuchó la voz del Hijo del Eterno que le llamaba a la paz, a la concordia de sus gloriosos y justos antepasados.

"Los descendientes de Atlas se refugiaron en la montañosa Mauritania que era un retazo de la vieja tierra-madre, de la cual quedó separada cuando llegó el Juicio de Dios. Y llamaron Atlas a los montes que les dieron refugio en sus cavernas y alimento en sus bestias montaraces.

"Una pareja, varón y mujer, con seis criados huyeron en un balandro, fuerte como el cascarón de una tortuga centenaria, y tal pareja era una rama del árbol milenario que fue el Rey Atlante *Nígero, y* velas y remos

www.formarse.com.ar

remontaron al balandro mar afuera hasta dar con la ancha embocadura de un río caudaloso al sur de la Mauritania. Aquel río les dio sus peces, sus moluscos, sus perlas; v los bosques de sus praderas les brindaron las pieles de grandes bestias y su leche como alimento, y su fuerza para arrastrar las piedras y labrar también la tierra.

"Y el recuerdo bendito de su lejano antepasado, el justo Rey *Nígero,* les dio el nombre con que debían llamar al gran río benéfico que les dio agua y alimento.

"La imponente cordillera de los Pinares, en la desierta Euskaria, dio refugio seguro a los lejanos descendientes de *Nehit,* los más hermosos y fuertes retoños de los Atlantes del Norte, porque al abrir Hércules sus dos brazos ciclópeos, les empujó tierra adentro en la península frente a la Mauritania hermana a la cual miraban de lejos. Su lejano antepasado rey recibió, de sus augures, la profecía de que la lengua madre perduraría en los suyos hasta que llegara el último Juicio de Dios.

"La numerosa descendencia de Tritonio y Tarteso los reyes mellizos, juntamente con los hijos de Ateneas, Gadir v Gihon se prendieron de los más elevados picos de montañas de las desiertas tierras salvajes que llamaban Europana. En aquellos cerros que tocaban las nubes en que posaba su gloria el padre Sol, no serían alcanzados por el furor de las aguas.

"Y por fin los descendientes de Poseidón, los últimos en abandonar la tierra madre que ya temblaba sacudida por el mar y et fuego de sus entrañas, los que ostentaron con desmedida soberbia la gloria de su origen y quisieron hacer de la huida un paseo triunfal, fueron los más azotados por el infortunio y de ellos quedó sólo un nombre, Nohepastro, hijo de Henoch, que había abdicado en su hijo para que fuera el último Rey Atlante mientras él huía en la soledad, donde el Eterno le haría escuchar sus voces. Pero Poseidón era uno de los diez reyes justos elegidos por Dios y por amor a él, de -su descendencia debía surgir otra vez el Gran Hijo, el Padre-Luz para esta nueva humanidad. Y la Voluntad Suprema les hospedó entre las olas tranquilas de un mar interior, y las aguas mansas y dulces de los Ríos Mellizos (el Eufrates y el Tigris en la Mesopotamia) corriendo por las praderas que hizo florecer Bau.

Akad de Ahuar *Thibon de Eusharis* *Kleber de Sais*

Sacerdotes del templo de Om.

* * *

La sensitiva se despertó después de una larga hora de sueño. Las carpetas de Felipe y Bernabé presentaban copias exactamente iguales. Nicanor, Simón y Adin, dormidos también, habían colaborado con los guardianes superiores para evitar toda influencia extraña cerca de la sensitiva.

EL DIARIO DEL APÓSTOL JUAN

El águila ensaya sus vuelos antes de remontarse a las alturas donde se pierde de vista a ojos terrestres.

Uno de los más aventajados discípulos del anciano Melchor de Heróopolis o de Horeb, según le consideremos un árabe o un egipcio, había dicho un augutio a Juan cuando por primera vez le vio en Alejandría. Fue Nerebín de Goa que por entonces era Regente de una Escuela Iniciática fundada por su maestro en esa gran capital. Tenía desarrollada en alto grado la clarividencia y vio al Apóstol envuelto en un resplandor como de fuego y que unas grandes alas de los colores del iris se posaban en su espalda: "Tengo el presentimiento de que volarás alto como un águila en los espacios infinitos". Y no por tales palabras sino por una íntima necesidad de su alma, Juan comenzó un *Diario* para confiar secretamente al papel, lo que no creía poder revelar a persona alguna de la tierra.

Su alma era un complejo de tristezas, de amor, de fervores ardientes y de lágrimas vertidas en silencio; de pensamientos que calificaba de sueños irrealizables o de insensatas locuras.

Su descuidada carpeta de vitelas amarillentas no protestaría seguramente por la sin razón de cuanto estampara en ella.

Y un buen día nublado y brumoso, presagio de tormenta, en que su alma sentía el peso de una soledad y abandono profundo, comenzó a escribir un Diario que fue el ensayo del águila interna que vivía en él, sin que hasta entonces hubiera sentido su rumoroso aleteo.

Juan escribía y lágrimas silenciosas corrían por su rostro.

www.formarse.com.ar

"Señor, Maestro mío, amado sobre todas las cosas y sentido más que todos los dolores, gritos y clamores de la tierra."

"El dolor de tu ausencia unido a la clara comprensión cíe mi incapacidad y pequeñez, de mi impotencia y ruindad inconcebible en un discípulo tuyo, me tuvieron largo tiempo en un letargo oscuro y frío más que un sepulcro.

"Pero hoy necesito de tu claridad para ver algo que siento levantarse y crecer en el horizonte mental que me rodea, llamándome desde lejos a subir a unas alturas que si fuera solo me daría vértigo...

"Señor, Maestro mío... ¿no vendrás conmigo para enseñarme a subir, a volar como esas aves madres lo enseñan a sus hijuelos cuando salen del nido?

"¡Maestro mío!... Tu Jhoanín sigue siendo adolescente, no obstante de ser ya hombre.

"¿Por qué, Señor, esta sensación de soledad y abandono cuando tengo a mi lado santos amores que siembran mi camino de luces y de flores?

"¿Por qué en mis horas de contemplación solitaria, no veo a nadie más que a Ti que me señalas una cumbre muy lejana *y* muy alta, un desierto peñón azotado por todos los vientos y rodeado de agua por todas partes?

"Y vuestra madre que es mi madre, y María que es la manecita dulce y suave en que se apoya la mía, ¿qué son, Maestro, para mí y por qué desaparecen de la íntima visión de mi espíritu cuando me absorbe y arrebata esa oculta fuerza que es todo un mundo de silencio y soledad en torno mío ?..."

Cuando aquí llegaba la escritura de Juan, se sintió envuelto en un halo de infinita ternura, y luego algo suavísimo que se apoyaba en su cabeza.

Era la presencia de su Maestro y su mano intangible que descansaba en su cabeza inclinada. Una voz más sentida internamente que escuchada por sus oídos le respondía:

"Mi madre, que es tu madre, y María, vendrán muy pronto a mi Reino y tú quedarás en la vida sólo conmigo y con todos aquellos que yo acercaré a ti para que les hagas parte de lo que a ti te será dado"

Juan se echó a llorar desconsoladamente, porque Miryan y María eran estrellas que alumbraban su camino.

"Yo seré para ti lo que son ellas dos en tu vida, Juan, amigo mío" — ¡continuó la voz—.

"Por ti y para ti se han prolongado esas dos vidas que vieron tu larga agonía y han visto tu despertar a la conciencia de tu deber. ¿Desearás que padezcan ellas para gozar tú? ¿Pedirás más esfuerzo a esas vidas para descanso y fortaleza tuya?

"¿Dónde quedaron entonces Walkiria de Cerro de Oro y Ada de Galaad, que fueron capaces de reemplazar la ausencia de Antulio y de Abel al frente de la obra de redención humana iniciada por ellos!"'

En ese instante desapareció el humilde aposento de Juan en la Casa de Nazareth, y se diseñó como en un lienzo anchuroso un desconocido y hermoso de exuberante naturaleza y una mujer anciana ya, en una costa brava de mar agitado por el viento, embarcándose en un balandro después de haber hecho embarcar en él a una pequeña porción de jóvenes, varones y doncellas, que lloraban en torno suyo.

El mar bravío subía y subía en terrible marejada y el balandro salvado agitaba en fuertes sacudidas.

"—No temáis —les decía aquella mujer— que El guía nuestro barco y llegaremos con El al lugar que nos ha designado."

Era Walkiria de Cerro de Oro que salvaba de la persecución y de la muerte a los discípulos de su Hijo, que aún no habían emigrado a lejanos países en busca de seguridad para sus vidas y para la doctrina aprendida de Maestro.

Y tras de esa visión apareció otra.

El blanco Santuario de La Paz a orillas del Eufrates y allí Ada de Galaad, anciana y sola, entre un numeroso pueblo angustiado y hambriento porque la voraz epidemia destrozó los sembrados, los huertos, los ganados y hasta las vidas humanas, repartía el socorro, el pan, la lumbre y la vida en una explosión de esperanza, de fe y de amor, de confianza plena en el amado ausente que velaba por ellos, y mientras ella tuviera vida, nada faltaría a aquellos que le habían amado...

Una extraña fuerza interior se apoderó de Juan, que secó su llanto volviendo la vista a su olvidada carpeta escribió estas palabras:

"¡He comprendido tu pensamiento. Maestro, Señor mío y te prometo no ser menos hoy que Walkiria de Cerro de Oro y Ada de Galaad!"

www.formarse.com.ar

Eran dos existencias suyas en la lejana prehistoria. La Ley le exigía "borrar ese pasado glorioso con un presente de anulación y de cobardía.

El Apóstol continuó escribiendo:

"Innumerables verdades escuché de tu boca ¡oh, Señor, Maestro mío! Porque tu pecho era un cofre de secretas maravillas, de misterios inefables, grandes bellezas nunca soñadas por los hombres.

"Venido de los mundos superiores como un serafín del séptimo plano de luz en moradas estelares, ¿qué ciencia te será desconocida, qué sabiduría no habrá bebido tu espíritu con ansia infinita de conocimiento?

"Pero yo, Señor, el más pequeño de los que amaste, sólo una cosa fui capaz de aprender de cuantas destilaron como divina miel tus labios de hombre, que sólo se abrían para enseñar la Verdad, para consolar el dolor, para sembrar en las almas la esperanza y la fe.

"Sólo aprendí de Ti, Maestro mío, que el Amor es Dios, que el Amor redime y purifica al hombre; que el amor es el camino que lleva a Dios, en tal forma que nada queda ni vive del hombre viejo, del hombre pasional, miserable y ruin, porque el amor que es Dios le santificó como El, le engrandeció como El, le fortaleció como El, haciéndolo capaz de todos los heroísmos, de todas las virtudes, bondades y grandezas emanadas de su Eterna Energía, que es Vida, Luz, Poder y Fuerza de todos los mundos.

"Sólo aprendí, Señor, Maestro mío, que si amo a Dios sobre todas las cosas y a mis semejantes como a mí mismo, el Padre y Vos, Señor, entráis en mi mundo interior, en mi Yo íntimo y haréis aquí vuestra morada por toda la eternidad.

"Y si por el Amor toda la grandeza divina está en mí y vive en mí, todos mis pensamiento serán divinos, todas mis obras serán buenas, bellas, grandes, porque ellas serán emanaciones, reflejos y vibraciones del Pensamiento Divino, de la Idea Divina, de la excelsa perfección de Dios..."

Ya cerraba la noche y las sombras caían sobre la vieja Casa de Nazareth, v Juan, relegado a su alcoba cargada de penumbras; olvidaba la mesa hogareña, la tibieza amorosa de la sala del fuego donde ardían gruesos leños, donde corazones amigos que le amaban, esperaban su presencia en torno al blanco mantel...

—Nuestro amado Jhoanín —decía Myriam— quiere reconquistar los años perdidos en un día solo. Llámale, Jaime, para que vuelva a la tierra, que aún no llegó la hora de que subamos al cielo.

Y en torno a aquella mesa en que innumerables veces el Divino Maestro bendijo el pan y lo repartió entre todos, Juan, despierto ya a la vida de fe y de amor que sería toda su larga vida, sentía en su mundo interno como una llama viva el deseo de arrastrar a todos los hombres de la tierra hacia el Cristo del Amor, que prometía el perdón de los pecados y d don divino de su presencia eterna al amor fraterno llevado a la perfección del heroísmo.

"Amar sin esperar recompensa. Amar sin esperar gratitud. Amar al que no merece ser amado"... ¡Oh! ¡Tal fue el amor de su Maestro y tal debía ser su amor!

Y al clarear primero del siguiente día, el Apóstol estaba en pie, porque ese amor debía darlo a los que con él convivían, sufrían y amaban.

Myriam era débil y anciana. Jaime y Dina tenían también cargas de años, de dolores y de fatigas. El era el roble joven y fuerte que mostraría amarles evitándoles esfuerzos penosos para su edad. El sería el servidor de todos, el apoyo de todos, la luz, la esperanza, la alegría de todos.

Y lo fue, porque el Amor bebido del corazón mismo del Cristo su Maestro, así se lo había enseñado, y su enseñanza fue para él un supremo mandamiento, que se grabó a fuego en su corazón y en su vida toda, haciendo de ella un sublime poema de amor.

Y desde aquel instante, la vida del Apóstol Juan, fue la vida misma del Cristo Hijo de Dios.

—Eres rubio y hermoso como el Santo Profeta que crucificó el Sanhedrín —le decían los leprosos, los paralíticos, los ciegos, los lisiados que curaba, los mendigos que vestía y alimentaba.

—¿Acaso eres El mismo, que resucitó como se dijo entonces y anda de nuevo por el mundo aliviando el dolor de todos los que sufren?

—Yo no soy El, sino un discípulo y servidor de El, que me dejó el mandato de amar a todos los seres, y con preferencia a los que padecen y lloran penas que nadie sabe consolar —contestaba el Apóstol y seguía día tras día en busca del dolor del prójimo por aquellos campos, serranías y montañas de la tierra natal donde cada árbol, cada flor, cada musgo, cada piedra de las orillas del lago, le traía el recuerdo de aquel Divino Maestro que le había enseñado la Ley sublime del amor fraterno.

Fatigado a veces de tantas andanzas, se sentaba bajo la sombra de un árbol, o a la vera de una fuente para saciar la sed y tomar aliento, y creía oír la divina voz del Maestro que le decía:

www.formarse.com.ar

"Yo estoy en ti, cuando curas a los enfermos, cuando alimentas al hambriento, cuando amparas a los huérfanos, cuando consuelas al que llora, cuando levantas al caído en el camino, cuando arrebatas a la justicia humana un inocente condenado a tormento y a la muerte",

Y el Apóstol se levantaba como movido por un oculto resorte y no dejaba piedra por mover, hasta llegar a decir como su Divino Maestro: "Quiero que nadie llore sobre la tierra. Quiero anular el dolor de todos mis hermanos de la tierra.

¡Señor, Señor!... ¿por qué no me mandas una legión de tus ángeles para secar todas las lágrimas, curar todas las llagas, amparar todas las soledades, y llenar el vacío de todos los corazones que viven sin amor ?...

Y una vez que así pensaba o escribía Juan en su Diario íntimo, llegó María, la dulce pequeña María que con Lázaro y Martha vivía en la granja de Eleazar, en Lazaron, desde que comenzaron las grandes persecuciones en Judea. —Juan —le dijo ella—, he venido, porque nuestro amado Señor me puso en la mente el pensamiento de que quiere explicarte algo por intermedio mío. Alguna interna inquietud te atormenta, Juan, y El quiere que vivas tu vida en paz.

—Bien, María. Es verdad. Muchos interrogantes hierven en mi fuero interno. ¡Cuánto nos ama El, que así percibe nuestras inquietudes y así se apiada de nosotros!

Vamos al cenáculo con nuestra Madre, que ya nos espera para la oración vespertina.

Y el Apóstol siguió a María como un débil corderillo que se sabe conducido a la fuente para beber.

El tío Jaime y su esposa Dina concurrían también, y la augusta Madre del Cristo decía:

—Formamos la Estrella de cinco rayos que guió a nuestros grandes hermanos Melchor, Gaspar y Baltasar a la cuna de Jhasua, y esperemos que ellos acompañen nuestra oración de esta tarde.

Y el laúd de la pequeña María y la cítara de Dina iniciaban el preludio del Salmo de evocación:

"Escucha, oh Señor, mis palabras y considera la meditación mía.

"¡Oye la voz de mi clamor, oh Rey mío y Dios mío, porque a Ti llamaré siempre!

"Desde la mañana me presento ante Ti...

"Respóndeme cuando clamo ¡oh Dios de mi justicia, ten misericordia de mí y oye mi oración!... (Versículos del Salmo 4 y 5).

La intensa elevación del pensamiento de todos hacia la Divinidad ayudaba a la hipnosis o éxtasis de la pequeña María, que puesta de pie junto al altar de las Tablas de la Ley recibía el pensamiento Divino y su dulce vocecita repetía:

"Mi pensamiento sigue vuestros pasos en la tierra y mi amor santifica vuestra vida.

"Yo soy el principio y el fin de vuestras obras de misericordia y de amor.

"Pensáis en mí y quisierais apagar el clamor de los que sufren y consumir como paja al fuego todo el dolor de la tierra.

"No padezca vuestro corazón por el tormento de los hombres, antes bendecidlo porque él les obliga a refugiarse en Dios.

"El dolor humilla al soberbio y acrisola y purifica al justo.

"El dolor hace sentir al hombre su propia incapacidad e impotencia y le impulsa a buscar amparo y alivio en alguien más fuerte y poderoso que él.

"El dolor es oro puro con el cual paga el alma deudas de dolor causado injustamente a su hermano.

"Bueno y santo es el ser misericordioso con los que padecen, más no sea tanto vuestro afán que lleguéis hasta olvidar lo que debéis a la salud de vuestro cuerpo y a la vida que habéis tomado para vuestra propia evolución.

"Dejad que los muertos entierren sus muertos, o sea, que los que pecaron contra el hermano paguen su deuda al hermano.

"Juan, mi amado Juan, hablo contigo en particular. He visto en ti y sé que sientes en carne propia el dolor físico y moral de tus hermanos. Ya has cumplido la Ley de amar al prójimo como a ti mismo. Ama ahora un poco a tu propia alma y déjala escuchar lo que para ti y para tus hermanos de ideales y de causa, te dirá el ángel de las anunciaciones.

"Mi congregación formará muchedumbre, porque mi doctrina penetrará muy hondo en los corazones preparados para recibirla.

www.formarse.com.ar

"Abrir caminos, desbrozar los campos arrancar la cizaña que aparecerá aún en los huertos cultivados por mí, derribar barreras y montañas, hacer florecer las ruinas, los desiertos, los sepulcros y las ciénagas es y será la obra de mis apóstoles y tú eres uno de ellos, Juan, no lo olvides nunca..."

Una inefable ola de ternura se esparció en el Cenáculo de la vieja Casa de Nazareth; una presencia radiante y silenciosa rozó suavemente a Myriam, a Taime, a Dina y deteniéndose frente a Juan parecía esperar...

— ¡Sí, Maestro, sí, te he comprendido y seré para Ti lo que tú quieres que sea! —clamó Juan cayendo de hinojos ante aquella presencia divina que reclamaba una amplia aceptación y una promesa eterna.

El silencioso llorar de todos se calmaba poco a poco y la acostumbrada acción de gracias terminaba la oración de la tarde.

Y Juan escribía esa noche en su diario lo que el Divino Maestro le había pedido y lo que él le había prometido.

VISITANTES DE SAMARIA

Cuando el ocaso extendía sobre Nazareth el suave resplandor de sus velos dorados, una pequeña caravana se detenía en el portalón de la vieja casa de Joseph, el justo.

Este hecho era menos frecuente después de las muchas emigraciones de *los hermanos* a distintos parajes que le ofrecían seguridad para sus vidas, perseguidas por el Sanhedrín judío, que seguía luchando a brazo partido por conservar su antiguo poderío sobre vidas y haciendas en el país de Israel.

El tío Jaime salió a recibir a los que llamaban.

Los visitantes eran el Diácono Felipe con Bernabé y Simón de Níger, que habiendo conocido y amado al Cristo Ungido de Dios en los gloriosos días de su apostolado heroico en medio de los hombres, deseaban vivamente conocer a su augusta Madre, reliquia venerable que El les había dejado.

Llegaban los viajeros montados en buenos caballos y con los asnos de tiro, cargados con los dones para la Santa Madre de todos los seguidores del Mesías Mártir.

Hermosas alfombras, mantas, cortinados provenientes de los grandes talleres de Antioquía, fueren apareciendo al desenvolver los fardos transportados por los viajeros. Todo ello fue inmensamente agradecido por la dulce mujer de la piedad y del amor que nada pedía ni quería para su viejo hogar, desde que no estaban a su lado aquellos amados seres para los cuales vivió toda una vida de abnegación y de amor.

—En mi soledad todo me sobra —les decía ella— y sólo me falta la amada presencia de los que el Señor llamó a su Reino.

Lo que más gustó al amante corazón de aquella Madre fue el obsequio de las antiguas Escrituras, que traducidas y prolijamente guardadas en un cofre de madera de sándalo, le ofrecían los visitantes de Samaria.

En todas aquellas Escrituras aparecía como un sol radiante la personalidad del que fue su hijo, en una u otra de las varias jornadas mesiánicas que había realizado sobre la Tierra.

Ella tenía en su Archivo la vida de Abel copiada para ella por Jhosuelín de las Escrituras del Patriarca Aldis; la de Krisna que Nebai había copiado del Archivo del Sacerdote de Homero en Ribla, y se la había obsequiado; la de Moisés, obsequio de Filón de Alejandría. Ahora el Diácono Felipe, Bernabé y Simón de Niger le traían otra joya preciosa para su corona maternal: las vidas de un Rey Santo, *Anfión de Otlana* y de un ilustre y sabio Maestro atlante: *Antulio de Zeus.* ¡Otras dos jornadas heroicas y gloriosas del gran Hijo que su corazón no podía olvidar!

En veinte días que los visitantes permanecieron en la Casa de Nazareth, el viejo cenáculo se llenaba por las noches con *los hermanos* de las inmediaciones que acudían a escuchar la lectura que el Diácono Felipe hacía de los pergaminos en que fueran copiadas las traducciones de las arcaicas Escrituras, que Simón de Níger había traído de su lejana tierra natal *Nigeria* en África Occidental, y Bernabé, de la Isla de Chipre donde un viejo ermitaño discípulo de los Dacthylos del Ática prehistórica, le había dejado como compensación a las solicitudes del joven Haleví que le asistió hasta su última hora. Haleví fue su nombre antes de que el Maestro le llamara Bernabé.

Creo que será de interés para los lectores de "Cumbres y Llanuras" la lectura de alguno de estos pergaminos. Escuchémosle de la voz vehemente del Diácono Felipe:

—"Escritura del ermitaño *Athor* que habitó y murió en una gruta del acantilado de la Isla de Chipre, y que traducida de la lengua de los Sardos del Ática Prehistórica dice así:

www.formarse.com.ar

"Vida del filósofo, taumaturgo y médico atlante *Antulio del país de Zeus,* escrita por su madre Walkiria de Cerro de Oro.

"En el País de Zeus, el más hermoso, fértil y rico del Continente denominado *Atlántida,* vivía un Rey justo, amado del Eterno Señor de los mundos, aquel que nadie vio porque es el Eterno Invisible. Tal Rey se llamaba *Ateneas y* era bondadoso padre de un grande y numeroso pueblo.

"En la descendencia de este hombre justo, nacieron a la vida física dos niños, varón y mujer en familias parientas y amigas: Hamán-Araset se nombraba al niño y Walkiria a la niña. Como el amor les unió en sus juegos de niños, llegados a la pubertad, también les unió el amor y sus padres bendijeron la unión. La niña nacida en Cerro de Oro de donde procedía su madre tomó el nombre de la tierra de su nacimiento. Y el niño varón nacido en la ciudad sol de los muros de bronce y plazas iluminadas de globos de cristal y antorchas de oro, se nombró Hamán-Araset de Manantial de Estrellas.

"El hijo primero de tal unión fue llamado *Antelux,* que entre los profetas y sacerdotes de aquel tiempo los nombres tenían significados ocultos, simbólicos, debido a ciertas premoniciones, revelaciones y anuncios habidos por seres entregados al estudio del mundo invisible, cuando el niño apareció en la vida.

"Para los que observaron su infancia y adolescencia, el hijo de Hamán-Araset era toda una promesa de gloria para el hogar en que había nacido.

"Su padre partió de este mundo cuando el hijo contaba sólo doce años, y era tal que Araset decía a su amigo: *"Mi hijo ha nacido de treinta años",* con lo cual quería significar la madurez prematura que se veía en sus pensamientos y en sus actos.

"Y así, cuando se sintió morir, le llamó a su lado y le dijo:

"—Entre todos los bienes que tengo, mi tesoro mayor es tu madre.

"Eres un hombrecito y ella queda a tu cuidado. Si la haces feliz como la hice yo en los quince años que viví a su lado, yo te bendeciré desde aquel mundo de luz a donde voy y donde te espero juntamente con ella. Dame tu palabra de honor que nunca le harás padecer.

"Y el hombre de doce años, sofocando un sollozo, se arrodilló junto al lecho de su padre y besando aquellas manos que empezaban a enfriarse dijo con gran serenidad: *—Por la luz de Dios que nos alumbra, por tu honor y por el mío, te prometo, padre, que seré para madre lo que tú quieres qué sea.*

"Y Hamán-Araset murió tranquilo, porque estaba cierto de que aquel hijo cumpliría su promesa.

"Desde aquella hora, el hijo fue el confidente y la fortaleza de la madre, y la madre fue la confidente y la dulzura de amor que acompañó al hijo como un halo de luz que no se apagó nunca.

"Hay amores para los cuales sólo un paraíso eterno puede ser justa compensación

"Y la madre y el hijo ofrecieron el espectáculo de tal florecimiento de bien, entre quienes tuvieron contacto con ellos, que se hizo proverbial la creencia de que toda persona tranquila, afable y feliz, venía de la *torre de Araset,* como llamaban a la casa habitación que entre un bosquecillo de pinos y de olmos, tenía como hogar la joven viuda Walkiria- de Cerro de Oro y su hijo Antelux, compañero inseparable de su vida.

"No eran poderosos ni ricos, porque la descendencia lejana de Ateneas, Rey justo de pasados tiempos, perdidos ya en la oscura tiniebla de los siglos, no era de ninguna figuración en las jerarquías de esa época.

"Apartados en el silencioso barrio de la gran ciudad, denominado *"Las Torres Viejas"* a causa de la antigua edificación existente allí, Walkiria y su hijo vivían su vida de estudio y de trabajo, acompañados de la fiel servidumbre dejada junto a ellos por el amado ausente.

"Las más bellas flores y mejores frutos, legumbres y hortalizas se encontraban en aquel huerto que florecía y fructificaba al mil por uno, como la vida de sus dueños, que eran clara luz del día y aguas de las fuentes para cuantos buscaban su amistad y sus afectos.

"El jovencito Antelux estudiaba en la *Escuela del Cerro Grande,* según llamaban a un renombrado Instituto de Ciencias, Artes y Letras regenteado por unos sabios que vivían célibes y solitarios en un antiguo Torreón-fortaleza en la falda del Cerro Grande, a media milla extramuros de la ciudad.

"Estudiaba Medicina, Filosofía y Letras, según lo había querido su padre, de acuerdo a las inclinaciones y vocación del hijo.

"Walkiria, su madre, era una artista del pincel y vaciaba en lienzos y muros los sueños más bellos y exóticos de su espíritu, evocador incansable de bellezas extraterrestres.

"Modestos por naturaleza y por hábito, esta reducida familia se bastaba a sí misma, y aún podía permitirse la satisfacción propia de nobles almas, de ser la providencia viva de cuantos necesitaban de socorro material para el cuerpo y de ayuda moral para el alma.

www.formarse.com.ar

"Y los años pasaron, hasta que llegó un día en que los sabios de Cerro Grande dijeron al joven Antelux, que había llegado a la culminación de su carrera:

"—Ya llegaste a la cumbre de los conocimientos que alcanzamos tus maestros. No tenemos ya nada más que enseñarte. El Altísimo te dio tal claridad de mente y capacidad de comprensión y fijeza de memoria, y fuerza de voluntad, que has corrido en pocos años lo que a otros les absorbe toda una vida.

"Tienes un ancho camino abierto ante ti. Ve, pues, hijo querido de tus viejos Maestros, y da a esta humanidad que te rodea cuanto guardas en el cofre de oro de tu íntimo ser.

Y él les respondió así:

—Permitidme que continúe visitando vuestra casa, que fue y es para mí la Casa de Dios, Casa de Sabiduría, Casa de Santidad, donde he recibido todo cuanto soy y seré durante toda mi vida.

"El mayor de todos los solitarios al cual llamaban *Atlas,* porque la Institución fue creada por el Rey *Atlas* uno de los diez reyes justos elegidos por el Poder Divino, muchos siglos antes para llevar por los caminos de la Ley la humanidad atlante, le dijo con la voz temblando por un sollozo contenido:

"—Mucha honra, hijo mío, es para esta casa tu presencia en ella *por algo* que nosotros sabemos y que tu modestia no te deja ver. Ven cada vez que tu corazón te lo pida, lo mismo antes que después de haber descubierto tu verdadera personalidad.

"El joven estudiante, emocionado, dobló la rodilla en tierra ante los maestros reunidos para despedirle y les dijo:

"—Dadme vuestra bendición para que pueda irme tranquilo a la marea del mundo.

"Los cuarenta solitarios tendieron la diestra sobre la joven cabeza inclinada y *Antelux* bajó del Cerro Grande con él alma henchida de esperanza, de luz y de amor.

"Jamás pensó que la *Escuela de Cerro Grande* sería un día su propia Escuela. Allí bebió la sabiduría, la paz y cuanto de grande, bueno y bello adornaba como piedras preciosas su psiquis eterna. Y todo ese tesoro sería suyo un día... y ese día no debía tardar

"Cincuenta lunas pasaron para Antelux curando enfermos del cuerpo y enfermos del alma, y su madre le anunció, en la confidencia de la cena, que del Cerro Grande le habían venido a buscar con urgencia.

"Acompañado por uno de los servidores, el joven partió esa misma noche.

"Encontró al anciano Atlas puesto en el féretro, porque esa mañana al clarear el día y al terminar el himno del amanecer, tuvo un acceso de emoción, algo como éxtasis producido por una visión del futuro y sin una queja, ni un gemido, había abandonado la vida física.

"El dolor del joven Antelux fue tremendo, porque aquel anciano, maestro suyo, le era inmensamente querido.

"Cayó de rodillas junto al féretro y lloró largo rato sobre aquel noble pecho, en que había dejado tantas veces las inquietudes secretas cíe su corazón.

"Cuando le vieron calmado y sereno, el mayor de los solitarios le dijo en presencia de todos y rodeando el sarcófago que aún no habían cerrado:

"—Sabrás, Antelux, que a las tres horas de ausentarse de la tierra nuestro amado Atlas te elegirnos a ti para sustituirlo.

"El mismo te había elegido, el día que celebramos el aniversario de la creación de esta Escuela por el buen rey Atlas. Ya ves, pues, que era su voluntad, coma es la nuestra. ¿Te negarás a ser nuestro Atlas?

"El joven, que sólo contaba veintiséis años, se tornó pálido como el Atlas muerto tendido en el féretro.

"— ¡Tengo sólo veintiséis años! —Exclamó con espanto—. ¿Cómo queréis hacer de mí un Atlas, cuando apenas sé encaminarme yo mismo?

"—Es la voluntad de todos y también la del que yace inmóvil en el féretro —contestaron los solitarios.

"Antelux cavó de hinojos y dobló su cabeza sobre la tierra.

"Era la señal acostumbrada de aceptación de la inapelable sentencia.

"Y antes de que le prendieran sobre el pecho la Estrella de cinco puntas y ajustaran a su puño la ancha ajorca de hierro amarillo, símbolo del poder y la fuerza del Atlas Fundador de la Escuela, el joven elegido pidió a los solitarios una hora de meditación en conjunto, para recibir de la Divinidad el acierto y la luz.

" ¡Qué era ser el *Atlas* de la Escuela de Cerro Grande?

"Era regir el establecimiento docente donde se formaban los aspirantes a Sacerdotes del gran Templo de *Zeus* (nombre dado a la Divinidad).

"Era donde se educaban intelectual, moral y socialmente, los primogénitos de las casas reales y de todas las familias descendientes de los Reyes Fundadores de las dinastías que, desde muchos siglos atrás, formaban la raza privilegiarla de las Islas Atlántidas: las "Diez Gemelas", como se las llamaba, que luego fueron unidas por ciclópeos puentes, formando todas un solo inmenso Continente.

"Mencionar la Escuela del Cerro Grande, era mencionar la casa de la sabiduría, de la nobleza, de la rectitud, en fin, de todo lo más grande, bueno y bello que puede existir en la tierra.

"Elegir para Atlas de tal institución a un joven de veintiséis año", era tipificarlo públicamente como lo más alto, noble y bueno en los campos de la Sabiduría y de la Virtud.

"Y el joven Antelux medía bien la responsabilidad que tal designación cargaba sobre sus hombros.

"En el espacio de siete lunas de la designación, los diez Soberanos de los diez países Atlantes, tenían tiempo para expresar su conformidad o desconformidad con tal designación.

"Cumplido tal plazo y no habiendo oposición ninguna, el Atlas elegido, estaba en poder de su cargo y comenzaba el ejercicio de sus funciones.

"Esas siete lunas, Antelux las empleó en revisar cuidadosamente las crónicas que relataban la actuación de sus antecesores; y, conforme a ello, resolvió cuál sería su camino a seguir.

"El estado espiritual, intelectual y moral de la humanidad que le rodeaba le dio a comprender, que era una hora difícil en la que entraba a actuar como Atlas en la Escuela del Cerro Grande.

"La humanidad estaba altamente evolucionada en las Ciencias Físicas y Naturales, en la Mecánica y en la Química, en la Astrología y la Quiromancia, pero muy poco en la moral y menos todavía en el sentido espiritual.

"Y el joven Atlas pensaba: Hay abundancia de conocimientos materiales, pero las almas duermen. Muchos sabios, pero pocos hombres buenos. Es el reinado de la materia... Hagamos florecer el espíritu. La carne y la sangre se pudren en la tierra. El espíritu permanece y vive eternamente".

"Y Antelux instaló una nueva aula, pequeña y apartada, entre las penumbras del parque a donde nadie llegaba, y la llamó *"Hortus Conclusus"* (Huerto Cerrado).

"Sólo él y algunos de los solitarios visitaban aquel recinto. Mas la Divina Ley fue acercando las almas al aula mística de Antelux en busca de la fuente de aguas vivas que allí desbordaba a raudales.

"Y los años pasaron y el Atlas reunió por fin cuarenta jóvenes alumnos que se entregaron con amor a la ciencia de Dios y de las almas. Y entre ellos un joven príncipe heredero de la familia reinante en el País de Zeus, cuyo nombre era Hilkar de Talpaken. Por la grande afinidad y comprensión con su Maestro y su doctrina, llegó a ser su amigo íntimo, su Secretario, Notario y confidente de todas las alternativas de su vida, cargada de responsabilidades.

"Su "Hortus Conclusus" llegó a ser un sanatorio de almas enfermas.

"Y el gran Maestro decía: —De las enfermedades del alma están asimismo enfermos los cuerpos. Curemos las almas y los cuerpos serán sanos.

"¿De qué medios usaría el gran médico de almas?...

"Las sometía a siete días de soledad en el "Hortus Conclusus" y les sugería ¡a absoluta necesidad de examinarse cada día, hasta descubrir todas las debilidades, imperfecciones y deficiencias, en que incurrían más frecuentemente.

"En siete días de meditación y estudios de sí mismos, al par que eran estudiados por el Médico espiritual, contraían el hábito de observarse a sí mismos hasta llegar a la convicción de que sus llagas morales, eran causa y origen de los diversos estados morbosos y anormales que les traían dolores y trastornos físicos y a la vez la desdicha que en su vida de relación recogían como abundante cosecha, haciendo de sus propias vidas y de otras vidas un tormento enloquecedor.

"Y expuso, como axioma y base inconmovible de su Aula Espiritual, estas breves palabras: *"El conocimiento de sí mismo por la meditación perfecta, es la felicidad del alma y la salud del cuerpo".*

“Un día, su discípulo Hilkar, Notario suyo, le llevó este problema: —Maestro, oídme, por favor. Mi padre es señor de un vasto dominio y en tal calidad forma parte del Alto Consejo del Gobierno del País de Zeus, que está abocado a una difícil situación económica por la pérdida de cosechas en años consecutivos.

"El erario público se agotará en breve y el Alto Consejo proyecta medidas de restricción en la manutención de los pueblos; lo cual traerá el hambre, las enfermedades y la muerte en las clases ínfimas de la sociedad.

"Mi padre se opone, como es natural y lógico, y trata de transmitir su sentir y su pensar a otros Consejeros. El Rey, por su parte, les urge a resolver entre todos este delicado asunto, antes de que el pueblo se aperciba del estado de cosas que se avecina.

"Como sabéis, Maestro, tengo algún ascendiente en el autor de mis días, pero soy tan joven aún y el asunto es tan grave, que acaso ni me sea permitido esbozar una opinión.

"¿Qué me aconsejáis en este caso? ¿Debo permanecer alejado de toda intromisión, o, por el contrario, debo tratar de que mi padre se oriente sobre lo que es justo hacer en este caso?

"El maestro pensó unos momentos y luego habló.

"—Dime, Hilkar, amigo mío; Cuando en el tejado de tu casa se abren grietas que dejan filtrarse el agua de los temporales, ¿qué medidas crees que deben tomarse?

"—Pues tomar argamasa y brea para cerrarlas y cubrirlas —contestó el joven discípulo.

"—Y dime, ¿de dónde tomarás tales elementos?

"—De los grandes depósitos de materiales de construcción, desde luego. De los inmensos tanques de brea que existen en los surtidores públicos.

"—Muy bien. El símil nos resultará comprensible y perfecto como verás. En mi concepto, no debe pensar el Alto Consejo remediar el mal estrujando la bolsa casi exhausta del que tiene poco, sino de las arcas repletas de los poseedores de grandes riquezas. Entre los Consejeros mismo-, señores de dominios cubiertos de ganados los unos, de minas de oro, plata, cobre, piedras preciosas, mármoles, pórfido y cuantas riquezas esconden las montañas, los mares.

¿Por qué piensan en disminuir los escasos recursos del pueblo, que trabaja para ellos y los enriquece y llena sus arcas de oro y sus palacios de bienestar, y no piensan en sacar lo que falta, de allí, donde abunda en exceso y lo cual bastaría para alimentar cien pueblos como los de Zeus sin que ninguno sufriera la escasez y la miseria?

"Con que cada miembro del Alto Consejo pusiera sobre la mesa redonda de la Justicia la décima parte de sus riquezas, la dificultad estaría solucionada, y el pueblo ni aún llegaría a apercibirse de que había existido.

"—Es verdad, ¡toda verdad! —Exclamó el joven Notario—. Más, ¿cómo hacer para que esta solución, se haga carne en el corazón de los cuarenta hombres que asesoran a nuestro Rey?

"— Desde que la Divina Ley me subió a lo alto del Cerro Grande, os vengo enseñando lo que puede hacer el pensamiento humano cuando está unido a la Voluntad Divina.

"¿Cuándo se realizará la Asamblea del Alto Consejo?

"— De aquí a siete días.

"— Bien, llama a los íntimos nuestros, la Estrella de Cinco Puntas, para que me acompañen en el trabajo espiritual que haremos durante esos siete días. Tú te encargas de averiguar donde se encuentra cada uno de los Consejeros a la cuarta hora, luego de puesto el sol. Yo les visitaré en espíritu, uno a uno, y el Eterno Amor será conmigo, para hacerles pensar a todos ellos como la Divina Ley quiere que piensen.

"Y la fuerza mental del Maestro apoyada por el Eterno Amor que le impulsaba imprimió su sentir y su pensar en la mayoría de los hombres del Alto Consejo que siete días después reunidos en Asamblea, resolvieron aportar cada uno la décima parte de sus rentas al Erario Público, a fin de que la vida continuara con normalidad en todo el País de Zeus.

"Tanto su propio país como toda la humanidad de entonces, ignoró que el pensamiento vibrante de amor de un hombre solo, transformó el egoísmo de los poseedores de grandes bienes materiales en lógico razonamiento, en fraternal piedad para sus hermanos desposeídos, que nada podían dar porque solo poseían lo más indispensable para la vida.

"Esta crónica se haría interminable, si habría de referir todas las obras desconocidas y silenciosas que realizó Antelux, con el poder del pensamiento unido al Eterno Amor.

"Tuvo predilección por el cultivo del pensamiento, como medio de realizar obras benéficas sin ninguna manifestación exterior.

El alma queda libre del peligro de la vanidad y complacencia por el aplauso de los hombres, que ignoran hasta la existencia de quien les hace bien —decía él a sus discípulos, impulsándolos hacia tal camino de absoluto desinterés, de perfecto amor fraterno.

"El amor que nada pide, ni busca, ni quiere para sí mismo, es la culminación del amor. Era ésta otra máxima suya en que se refleja claramente el pensar y el sentir de quien lo enseñó y practicó durante toda su vida."

El manuscrito terminaba con este breve epílogo:

"Queda relatada sucintamente la vida de Antelux de Manh-Ethel o del País de Zeus. No encuentro inspiración ni las palabras precisas que reflejen la injusticia, la crueldad y la infamia, de los que buscaron entre el fango de tus vidas de reptiles, el modo de condenar a muerte a quien pasó por este mundo derramando el bien, sin esperar ni pedir compensación ninguna."

Las Escrituras conservadas por Simón de Níger eran una serie de relatos de dos Profetas Blancos de la Montaña Santa, en que referían sus penosas aventuras desde que huyeron de las aguas invasoras que hundieron Atlántida y a tordo de un buque mercante, prófugo también, encontraron refugio en la costa occidental del África, donde altos y áridos acantilados rocosos les prometían alguna seguridad sobre las aguas que subían de nivel día por día.

Anfión, el Rey Santo, era el personaje cumbre en aquellas borrosas escrituras. Y Juan y María pudieron comprobar que aquellos relatos estaban de acuerdo con los dictados recibidos por ellos sobre la vida de amor, de justicia y de sabiduría, que vieron los pueblos atlantes cuando vivió entre ellos Anfión, el Rey Santo de Orozuma.

Pocos días después, los tres visitantes de Samaría abandonaban con pena la Casa de Nazareth, dejando a la dulce Madre del Cristo-Mártir con un nuevo florón de amor y de gloria en su eterna corona maternal.

Los lectores de *"Cumbres y Llanuras"* conocen ya la vida de Anfión, y omitimos por eso los relatos obtenidos por Simón de Níger de un pescador de la costa del gran río, que ha dado nombre a esa comarca africana: el río Níger.

Podemos añadir para ilustración del lector, que desde este momento comenzó de verdad la vida apostólica del Diácono Felipe, tal romo si su visita a la Madre del Cristo-Amor le hubiera inyectado en el alma nuevas y fuertes energías.

Sus facultades espirituales adquirieron gran intensidad, hasta el punto de que apenas se disponía a dirigir alguna exhortación a un grupo de hermanos, se sentía poseído de una inteligencia que no era la suya, de un conocimiento que tampoco le pertenecía, y de una voluntad de salvar, de redimir, de ayudar; que lo forzaba a los mayores esfuerzos y desinteresados sacrificios que son posibles a un ser revestido de carne.

A uno de estos momentos culminantes pertenece el hecho relatado por las crónicas cristianas del siglo Iº, referente al Administrador de la Reina Candace de Etiopía, que se había trasladado a Jerusalén en cumplimiento de un voto hecho al Dios de Israel: de visitar su Templo y orar en él, y a la vez socorrer a cuantos necesitados encontrara en sus pórticos, si la real familia a quien servía conseguía volver a su tierra natal y a su vicio solar de donde huyó para salvar la vida.

Conseguido esto, aquel hombre cumplía su voto y quedaba en paz con su conciencia y modo de rendir culto a la Divinidad.

El hecho relatado tan concisamente por las crónicas mencionadas, sólo deja comprender que ese hombre abrazó el Cristianismo con gran entusiasmo y convicción, fortalecidos enormemente por cuanto vio y oyó en las Congregaciones Cristianas de Samaría, cuyos trabajos misioneros compartió con Felipe, Rhodas y Nicanor, que eran el alma del fuego vivo de Cristo encendido por ellos mismos en aquella parte de la Palestina.

Y ese entusiasmo fue transmitido por él a su lejana tierra natal, la Etiopía, donde la familia real, ya instalada por el Apóstol Matheo, estableció la Idea genial del Profeta Nazareno como religión oficial de la Nación.

TODO SE PASA

¡Todo es fugaz en la vida
Como la ola en el mar!...
¡Todo muere y se termina,
Todo viene y todo va!...

Es éste un viejo cantar conocido y vivido por los abuelos de todas las épocas.

Y en cumplimiento de esta verdad mil veces comprobada, las furias persecutorias de los hombres del Sanhedrín, pasaron también a raíz de la muerte de Hanán y la transformación de Saulo de Tarso de perseguidor a adepto.

www.formarse.com.ar

Este período de calma favoreció a las nacientes Congregaciones Cristianas, que vieron ensancharse sus filas, dando lugar a que todos aquellos que sentían vocación de misioneros, se dispersaran por el mundo siguiendo las huellas de *los Doce,* que primeramente tendieron el vuelo a largas distancias.

Como es lógico y natural, los Apóstoles del Cristo tuvieron cada cual sus afinidades y simpatías, y todos ellos se vieron alcanzados un día por aquellos que les habían amado, cuando en los últimos años de su vida acudían a compartir con él, las tareas de la enseñanza y las no menos gravosas de aliviar las pesadumbres y necesidades de la humanidad que les rodeaba.

Los más apegados al terruño nativo se refugiaron en las pintorescas serranías galileas, tan embellecidas con el recuerdo que dejaran en ellas el Divino Amigo desaparecido del plano físico, pero eternamente vivo en los corazones que le amaron. Era una rosa bermeja que no se agostaba ni marchitaba nunca en el alma de sus amadores.

"A un año, a tres, a diez, a doce años de la partida del Señor a su Reino", decían cuando necesitaban marcar una fecha a determinados acontecimientos. Y tan profunda fue la repercusión del estupendo suceso, que gran parte de la humanidad lo tomó como punto de partida para hacer comprensibles fechas y épocas de su milenaria historia sobre la faz del planeta.

Y así vemos que ineludiblemente se dice: *"tantos siglos o años antes o después de Cristo".*

"Muerto el Pastor, se dispersarán las ovejas" —había dicho El en una de sus largas pláticas con los íntimos amados de su corazón.

"Tronchado el árbol que les da sombra, volarán las golondrinas a mil diversos parajes". Y tal como lo había vislumbrado, sucedió en la primera mitad del siglo primero.

Antioquía, Alejandría, Roma y Damasco, fueron la patria adoptiva para la mayor parte de los emigrados del suelo natal.

Y todos ellos llevaron la personalidad espiritual del Cristo y la doctrina de amor que bebieron de El, a todas aquellas ciudades que les cobijaron en la trágica huida.

Aquel valeroso joven griego, Demetrio, después de largos y continuados viajes buscando huellas vivas del augusto mártir, encontró a su regreso a Nazareth, junto a la dulce Madre de todos, a su prometida Rhode que desfallecía entre la vida y la muerte.

—Con los grandes dolores sufridos —le dijo en una confidencia íntima— he perdido la capacidad de hacer feliz a ningún hombre, Demetrio, y sería llevarte a la decepción y al fracaso si persistiera en unirme a ti en matrimonio.

—Está bien, Rhode —le contestó él con admirable serenidad—. También yo he sido sacudido fuertemente, no sólo por el triste acontecimiento del Golgotha y por la atroz muerte de mi hermano Stéfanos, sino también por la fuerza tremenda que ha desatado en mí el ideal del Cristo haciéndome ver y apreciar el mundo externo y mi mundo interior de muy distinta manera que lo veía y lo apreciaba antes. Y mientras no llegue a centralizarme y asentarme en bases firmes en mi nuevo camino, siento igual que tú, algo como una incapacidad de crear en mí mismo el ambiente sentimental y emotivo necesario para hacer dichosa a mi lado a ninguna mujer.

"Seamos, pues, amigos, compañeros y hermanos, como lo fuimos hasta hoy, "Rhode, hasta que algún día, si ese día debe llegar, sintamos que somos capaces de hacernos felices recíprocamente.

La pobre niña, que no esperaba esta solución, a lo que ella creía insoluble problema íntimo, recobró su tranquilidad, y corrió al regazo de la Madre Myriam, que desde tiempo atrás le venía anunciando que Stéfanos mismo le ayudaría a resolver su problema íntimo, iluminado por el gran Hijo con quien tila, en sus meditaciones clarividentes, le había visto curar los corazones enfermos.

Demetrio volvió a la tierra natal a recibir la herencia paterna que el Tribuno Marcelo Galión, enviado como Legado Imperial en aquella región, le hacía recobrar en memoria del Profeta Mártir que dejó establecido el Amor al prójimo como el supremo mandato de su Ley.

Fácil le fue a Demetrio, con tan valiosa protección, establecer en su propia casa el primer santuario cristiano de Grecia, ayudado por tres terapeutas Esenios del Monte Carmelo, donde él había estado un tiempo como descanso de sus viajes y recopilando cuantos datos pudieron darle referentes al Cristo sacrificado en Jerusalén.

Estos Terapeutas habían sido discípulos íntimos de Jhoanán, el Bautista, que fue desde entonces el guía espiritual de aquella agrupación cristiana.

Se les manifestaba como *"Tylo",* discípulo de la Escuela de Antulio y les impulsó a buscar las huellas de los solitarios del Monte Himeto (Monte de las Abejas en la Prehistoria), donde aún encontraron siete Dactylos muy ancianos y agotados físicamente por los largos años vividos, pero sus espíritus jóvenes y optimistas, que

www.formarse.com.ar

brindaron la luz de su sabiduría a la naciente escuela de Jhasua de Nazareth. ¿No era, acaso, el mismo astro radiante que a ellos les alumbraba?...

Mientras tanto Rhode, unida a la Escuela de Mágdalo, colaboraba en las larcas docentes que bajo la dirección del Rabí Sedechías continuaban allí silenciosamente.

* * *

"Todo es fugaz en la vida
Como la ola en el mar"...

Y son también fugaces las vidas humanas que pasan, se desvanecen y se esfuman como el humo de un pebetero y como la ola en el mar.

Y hay vidas tan preciosas, que al extinguirse dejan un vacío profundo en aquellos que han unido por afinidad sus vidas a esas otras vidas fugitivas, que entre un suave rumor de alas se van lejos... hacia allí donde no les podemos seguir.

Y así, se fue la pequeña María, como un suspiro de la tarde, cuando el sol se escondía en los velos de un ocaso otoñal. Era una hoja más que volaba llevada por el viento de la Ley que a su hora deshoja árboles y vidas...

Un dolor grande pero sereno desbordó en todos los corazones.

—Era un lirio del Paraíso —decía alguno— y nuestro Maestro lo ha trasplantado a su jardín.

—Era un ángel desterrado —decía otro— y los ángeles del Señor vinieron por él.

—Era un cirio del altar —añadía un tercero— y se ha consumido ardiendo.

Este último estaba en la verdad exacta y no figurada por un hermoso símbolo. La fuerza vital se agotó en María a fuerza de tanto dar amor, esperanza y fe a cuantos la rodeaban. ¡Era su hora!

Sólo Juan no decía nada, pero su alma estremecida de angustia pensaba: " ¡Tanta fuerza vital gastó en darme vida física y espiritual, que se agotó como una planta sin riego, como una fuente sin agua, como una lámpara sin aceite". Cuando así pensaba, su doble astral se le hizo visible para decirle sonriente y feliz: *—No pienses necedades, Juan, porque no soy planta sin riego, ni fuente sin agua, ni lámpara sin aceite. Prepara muchas carpetas, porque ahora seré la mensajera del Maestro para ti y verás qué agua y qué aceite me da El para que des luz a este mundo como cien lámparas juntas ardiendo al mismo tiempo. Espérame todos los días al amanecer en nuestra glorieta del rosal.*

El alma de Juan comenzó una era nueva, como si la vigorosa vida espiritual de su tierna amiga se hubiese transmitido toda a él por un prodigio maravilloso de amor.

Una insalvable deficiencia cardíaca había cortado esa vida en flor; pero la unión de las almas afines no se interrumpe por la muerte. Aquel espíritu libre fue en verdad como una lámpara votiva en el santuario interior de Juan que, despertado por fin, dio vuelos gigantes en su propia evolución y en su honrosa misión de Apóstol de Cristo, fundador de las primeras Congregaciones cristianas del Asia Central.

Y la augusta Madre del Cristo, secando su llanto, decía:

— ¡Se va ella que era alegría y amor para todos, y quedo yo, que no soy más que una sombra!... ¿Cuándo. Hijo mío, cuándo me llamarás a tu lado ?..

Todos los amigos ausentes y lejanos tenían conocimiento anterior del plazo anunciado, lo cual daba la razón del por qué la plácida Galilea, tan amada de Jhasua, comenzó a verse nuevamente poblada por los íntimos suyos, que juntamente con El sembraron en ella las suavidades del amor fraternal cuando El vivía en la tierra.

—Os habéis dado cita para acudir todos a la tierra natal a un mismo tiempo, romo si una campana misteriosa os hubiera dicho *"Ya es la hora"* —decía Myriam a los discípulos y amigos de su hijo que la visitaban con tan tierna solicitud—.

"¿Es que esperáis ver la vuelta del amado ausente traído por los ángeles de Dios, para renovar nuestras energías y espantar las tristezas de nuestra vida?

—Sí Madre —le contestaba Pedro, interpretando el pensamiento de todos—. Nuestro amado Rey y Señor debe volver para ver la siembra que hicimos en su nombre y recoger los frutos. ¿No nos dijo en su despedida que El no nos abandonaría nunca y que velaría siempre por nosotros?

www.formarse.com.ar

"Todos hemos hecho cuanto hemos podido en su nombre. Mucho cansancio sufren nuestras almas y vendrá a darnos de nuevo el pan divino de su palabra y el vino sagrado de su amor que vigorice toda nuestra debilidad.

Y la dulce madre aceptaba complacida la explicación de Pedro, y con grande alegría, les veía llenar todas las tardes el gran cenáculo para la oración de la noche en conjunto, como lo hicieron años atrás cuando su Hijo se sentaba a MI lado.

Hasta que un día... ¡Oh! ¡Qué memorable día!

La primavera había cubierto de sedosos capullos el rosal-té del rústico cenador del huerto. Los lirios del valle y la flor de la luna emblanquecían los macizos a lo largo de la avenida de cerezos y nogales, que llegaba hasta la calle de tránsito público.

Las anémonas rojas y las campanillas azules vestían de alborozada fiesta el humilde jardín donde el arrullo de las tórtolas y el gorjeo de las alondras llenaban de armonías la silenciosa morada.

Los familiares y amigos llegaban a la *Casa de Nazareth* con el corazón rebosando alegría, y las manos llenas de dones para la augusta Madre del Cristo que cumplía otro aniversario más de su pasaje terrestre.

Era un largo collar de perlas blancas, que ella sostenía con serena calma. Lo mismo, en los días de angustia que en los días venturosos. Por eso, el tiempo había respetado su cuerpo físico, que parecía inaccesible a las huellas de la ancianidad.

Una jovialidad discreta y encantadora se irradiaba de su persona llenándola de una atractiva dulzura y simpatía. ¿Quién que la conociera podría no amarla?

Los concurrentes formaban muchedumbre que se movía alegremente disponiendo mesas, bancos, reposeras, entre el follaje florecido de la primavera, eterna creadora de rosas, de gorjeos y rumores...

También la Naturaleza parecía unirse a la celebración del: aniversario sesenta y ocho de la santa mujer, cuya silenciosa vida de abnegación y de sacrificios heroicos, han dejado en olvido las diversas crónicas de aquella época, que han llegado hasta los tiempos actuales.

— ¡Oh, si estuviera el Maestro aquí en este día único!... —decían algunos de los presentes, sintiendo que una inmensa dicha les envolvía a todos como una suave fragancia acariciadora y dulcísima.

— ¡Está!... ¡está aquí! —contestaba Ella, como iluminada por la misma alegría de todos—. ¿Cómo pensáis que puede faltar El en este día, en que el amor nos ha reunido a todos como una bandada de palomas en un granero abierto?...

Las intensidades de la dicha, como las intensidades del dolor, tienen repercusiones profundas en los organismos dotados de una extrema sensibilidad.

¡Aquel corazón de madre que había resistido las sacudidas tremendas de -angustias inenarrables, acaso fue débil ante la explosión de amor que estallaba en torno de ella conmoviéndola hasta el llanto!...

Y cuando todos los rumores del amoroso festín hogareño se habían acallado, y un tranquilo sueño había sucedido a los cantos de alegría, la augusta señora, recogida en su lecho aún, pensaba dialogando con su gran Hijo:

— ¡Basta, Amor mío, basta! ¡Ya me has dado demasiado! ¡Déjame entrar en tu reino, porque nada más falta a todos los dones que he recibido!..

Y durmió para no despertar más a la vida terrestre.

Su espíritu fue a despertarse, acaso, entre los brazos del Hijo martirizado en su presencia y cuyos crueles dolores heroicamente sufridos, habían glorificado aquellas grandes almas unificadas por alianzas eternas.

EL SOLITARIO DE PATMOS

Al amanecer del siguiente día todos se despertaron al mismo tiempo, como-si una campana hubiera resonado para ellos en aquella tranquila morada. Y todos sintieron la presencia amada del Cristo, y su voz consoladora y suave que les repetía estas palabras:

—No lloréis por Ella, que ya descansa en mi Reino. Continuad sembrándola simiente, seguros de que Ella y Yo estamos con vosotros.

Todos habían escuchado las mismas palabras

Todos lloraban de emoción y de dicha por haberlas oído.

www.formarse.com.ar

Y todos repetían y sentían lo mismo:

— ¡Maestro! ¡Bendita la hora en que le habéis dado el descanso de tu Reino, porque Ella padeció más, que todos nosotros juntos!

Entre la confusión producida por tan grande acontecimiento, tardaron en apercibirse de que sólo Johanín faltaba en la casa. Y comenzó la búsqueda.

El tío Jaime, como buen conocedor de todos los rincones de la vieja casona y del extenso huerto, indicó a Pedro un caminito de piedra muy disimulado entre las plantaciones de hortalizas.

De tanto en tanto, se veía un grueso cordón de cáñamo prendido de una rama de los árboles que interceptaban las plantaciones. El cordón en lo alto y el senderillo en la tierra parecían tener alguna relación, pues ambos seguían la misma dirección y presentaban iguales desviaciones cuando algún obstáculo se interponía en la línea recta.

—Sólo tú podrás hacerte escuchar —le dijo a Pedro el tío Jaime—. Al final de este caminito, creo que le encontrarás. Ha sido ése el escondite de sus grandes dolores. Es natural que sufra más que todos. —Y Pedro, secando los lagrimones que se le escapaban a pesar de su esfuerzo, continuó en silencio por el senderillo de piedra, al final del cual encontró a Juan, montoncito de angustia arrebujado en su manto sobre un rústico banco de madera.

Y en silencio se sentó a su lado. No le brotaban palabras ni encontraba ninguna para decir. Sentía la vibración tremenda de la angustia muda de su joven amigo que estaba inmóvil como una piedra.

Por fin, pudo acallar los sollozos de su viejo corazón y colocando su diestra sobre aquel bulto inmóvil, le habló así:

— ¡Jhoanín del Maestro!... ¡Jhoanín de Ella y mío también! ¿No oíste como todos, las palabras del Señor al amanecer?

Juan no contestó nada, pero, abriendo su manto, se abrazó de Pedro; como un niño enloquecido de terror se echó a llorar a grandes sollozos que lo sacudían rudamente.

Pedro lo estrechó con amor entre sus brazos y un largo silencio se hizo entre ellos.

Cuando el raudal de llanto quedó agotado, Juan se quejó amargamente:

— ¿Qué quieres, Pedro, que yo haga en esta vida más lóbrega que el sepulcro? ¡Sin el Maestro, sin mi dulce María, sin mi gran Madre, sin mis padres carnales!, ¿qué quieres que yo haga en esta vida, si soy un muerto también?

— ¡Juan!... quisiera yo valer algo para ti, a pesar de mi insignificancia, que no admite comparación con esas grandes lumbreras que se fueron de nuestro lado...

—Vales mucho, Pedro, y eres el único apoyo y sostén que me queda, si me recibes como un corderillo a tu lado...

El íntimo diálogo fue interrumpido por el tío Jaime, Zebeo, Boanerges, Matheo, Marcos y María de Mágdalo que llegaron juntos y llorando juntos.

Todos habían oído las palabras consoladoras del Maestro, pero la humana naturaleza se impone con tal fuerza en momentos determinados, que aún aceptando la suprema verdad de la dicha y paz de los amados ausentes, añora su presencia material, y el vacío dejado por ellos se siente hondo. .. ¡tan hondo, que no sabe cómo llenarlo el alma que queda en el destierro!

Todos rodearon a Juan abrazado de Pedro, ¡pero nadie habló! ¡La augusta solemnidad de los grandes dolores, está acompañada siempre por el silencio!

Un mismo pensamiento parecía aletear como llama viva en la mente de todos: "Pedro y Juan eran las dos columnas de oro y pórfido en que debía descansar el Santuario espiritual de la doctrina del Cristo". Así lo pensaban y sentían todos, y fue así, aunque después, pasado el siglo I' y II[9], la humanidad inconsciente e incomprensiva siempre, ha exaltado con exageración otras personalidades, más a tono con el sistema de jerarquías ritualistas y dogmatismo cristalizado en completa ausencia de lógica y buen sentido.

La personalidad de Pedro es inmensamente grande, no sólo por haber sido considerado como el primer Jefe Supremo de la Iglesia de Cristo, sino porque la humildad profunda de su espíritu lo hizo merecedor de aquel elogio figurado del Maestro: "Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios".

Y el anciano Apóstol estuvo siempre asistido de aquella Divina Luz. Son incontables las luchas y crueles pruebas que ese espíritu gigante soportó en su vida, para no abdicar del puesto que le designó su Maestro: "Tú eres la piedra ti que edificaré mi templo".

www.formarse.com.ar

No aceptó corona, ni tiara, ni mantos de púrpura que no se avenían con la humildad de su corazón ni con su modesto origen y sencillez de costumbres, pero repetía siempre cuando arreciaban en torno suyo las borrascas;

"Yo no soy más que la piedra en que mi Señor levantó su templo, y tal piedra seré hasta el último aliento de mi vida".

Y Juan, a su lado, al suave calor de su corazón, y a la clara luz del Divino Conocimiento que le fue acordado, debía ser y fue el libro vivo que disolvió las tinieblas, de la humanidad en el amanecer cristiano, hasta que las ambiciones v egoísmos humanos mezclaron la cizaña a la buena simiente, y mil disputas y desacuerdos tendieron oscuros nubarrones en el límpido horizonte del pensamiento del Cristo.

Más, como la finalidad de este libro no es hacer *crítica* de los hechos, sino hacer *historia* de los acontecimientos sucedidos, continúo los relatos que hoy refiriendo, tal como ellos ocurrieron

Todos los íntimos Amigos de Jhasua que estaban presentes tuvieron idéntico pensar respecto del amado y amante Jhoanín, y así lo expresaron en torno al viejo hogar que lo fue de todos porque era del Maestro:

—Llévate, Pedro, a Jhoanín, porque aquí morirá de pena. Es fuerte cosa vivir entre el sepulcro de todos los recuerdos, y más aún para un sensitivo como él.

Y cuando todos volvieron a tomar el camino elegido para realizar el apostolado del Cristo, y en la vieja casa de Jhosep, sólo quedaban como huéspedes Pedro, el Príncipe Judá y Lucanus; el anciano Apóstol convenció a Juan de seguirle a donde él fuera.

— ¿No me has dicho que te acepte como un corderillo a mi lado? —le decía tiernamente mimándole como a un niño enfermo

Judá, con su ardoroso optimismo, le diseñaba los campos del Señor que había para labrar. Lucanus, que había aceptado la tarea de ser Escriba y Notario en la naciente Escuela del Divino Maestro, le pintaba a su vez los grandes trabajos de escritura que debían hacerse, a fin de que no se perdiera nada de la obra grandiosa realizada por El, *y* de la que todos ellos debían seguir realizando en el correr del tiempo. ,

—Aunque mucho extrañaré tu presencia vete, Jhoanín, con Pedro, que viajando y trabajando a su lado, pensarás menos en las ausencias que te causan tinto dolor.

Así le hablaba el buen tío Jaime que continuaba siendo el tío Providencia, no sólo para los amigos y compañeros sino también para cuantos acertaban cruzarse en su camino, llevando a cuestas; pesadas cargas.

Visitaron las ocultas agrupaciones de oración y de socorro que habían subsistido después de las grandes persecuciones de Saulo de Tarso. Las reavivaron y organizaron de nuevo, encargando al Rabí Sedechías y al tío Jaime desempeñar la misión de observadores y guardianes de ellas para remediar todas las felicidades ya de orden espiritual o material.

En su encantadora sencillez, les decía Pedro:

—Vosotros sois aquí en la tierra natal *los ojos y el corazón* de nuestro Rey y Señor. Sus ojos miran y su corazón obra. Conque ya lo sabéis.

¡Que grande y hermoso sentir el de Pedro, que bajo un delicado símil daba una profunda y sabia lección empapada del amor fraterno más puro y delicado!

¡Oh! El anciano Apóstol sabia muy bien cómo miraban los ojos del Maestro el dolor humano, y cómo su poderosa voluntad se entregaba toda a salvar lo que podía ser salvado entre tanta miseria que sus ojos veían!

El Rabí Sedechías, con el sobrino de Myriam que lo introdujo entre la grey cristiana, estaban como regentes del Santuario-Escuela del Castillo de Mágdalo, debido a que Boanerges con su esposa y su medio hermano Demetrio realizaban frecuentes viajes a las praderas del Río Abana, donde recordará el lector que tenían la posesión que les dejara en herencia Stéfanos, proveniente de su padre.

Y fue ésa la puerta por donde se introdujo en el territorio de la Arabia de entonces la doctrina de amor del Cristo, cuyo recuerdo perduraba imborrable en su hermosa capital, Damasco.

En la visita a la Escuela de Mágdalo, Pedro tuvo la noticia de que María, la hija adoptiva que le acompañó en sus viajes, había cambiado de residencia a raíz de la partida al Reino de Dios de la augusta Madre del Amado Maestro.

Y el Apóstol se resentía que no le hubiese anunciado la resolución cuando se habían reunido recientemente en la Casa de Nazareth.

— ¿Y a dónde ha ido? —preguntó, alarmado.

www.formarse.com.ar

—Desde Nazareth mismo partió con la caravana que va a Judea, en compañía de los ancianos del Quarantana que estuvieron en el aniversario de nuestra Madre —le contestaron—. Quiere terminar su vida en la cabaña que fue de Andrés, que hoy es *Cabaña de las Abuelas.*

— ¡Cómo! Ella es joven aún y puede hacer muchas cosas grandes en la Obra del Señor Eso está muy mal. ¡Eso no puede ser!

— ¡La muerte de la pequeña María la afectó mucho, v después la partida de nuestra Madre común!... Es duro de soportar. También partió mi padre —añadía la pobre Fatmé, devorando un sollozo.

—Es verdad, es verdad —asentía Pedro—. Sólo yo que *soy la piedra que El dejó* en su lugar, debo soportar todas las ausencias y todas las sacudidas.

—Se sentía enferma —añadió Fatmé— y acaso los buenos terapeutas del Santuario le curarán de su mal.

— ¿Cuál es el mal? La observé algo debilitada y muy entristecida, pero no enferma.

—¡Oh, hermano Pedro! El mal de no querer más esta vida, es un camino derecho a la muerte. Y ella sufre este mal.

—Oremos, hija mía, para que ella y todos los discípulos del Señor seamos capaces de sufrirlo todo por El; y vivir para que su obra se extienda en toda la tierra.

Poco tiempo después, en la pavorosa soledad del desierto de Judea, en la gruta aquella que fue habitada por el Bautista y visitada por Jhasua el día de su bautismo en el Jordán, los Terapeutas Esenios la encontraron muerta, abrazada a una rústica cruz hecha por ella misma.

Juan ignoró tal noticia por largo tiempo, pues el prudente Pedro se la ocultó, hasta que las viejas heridas estuvieron algo curadas.

* * *

De Nazareth a Tolemaida y de allí a Antioquía, ambos Apóstoles, acompañados de Lucanus y de Judá, hicieron feliz viaje por mar.

Pedro temía para Juan el mismo mal que consumió a María.

— ¡Los aires de la tierra natal han sido envenenados de muerte! —Le decía el anciano— y hemos de poner mucha distancia entre la muerte y nuestra vida, que aún es necesaria a la Obra del Señor.

¿No empiezan ya a levantarse en nuestro campo las higueras estériles, que El mandaba arrancar por inútiles aún para el fuego del hogar ?...

¡Oh, Señor mío! ¡Qué sea yo fuerte para no dejar que el lodo emborrone tu Nombre!... Ni una salpicadura... ¡ni una sola quiero ver en la aureola de tu grandeza eterna!

Al hablar así el fiel Apóstol aludía a que por entonces ya comenzaban las más variadas interpretaciones a las palabras pronunciadas por el Maestro en diversas oportunidades

Juan y Lucanus recogieron cuidadosamente todos los manuscritos que la augusta Madre del Cristo guardaba en su viejo cofre de los recuerdos.

En varios de ellos se percibían claramente las manchas de sus lágrimas sobre la tinta; y los que eran escritos con múrice rojo, daban la idea de que su llanto había sido de sangre.

Aquello sí que podía haberse llamado *reliquias* de gran valor. Y así lo interpretaron y sintieron los cristianos de la primera hora que conocieron al Maestro y convivieron con El, amando lo que El amaba y viviendo de su propia vida.

Y por fin se vio Juan en el Lacio, en la hermosa Villa Astrea, residencia de Judá y Nebai.

En ese nuevo escenario, floreciente de amor y de actividades misioneras, Juan comenzó a curar su alma enferma de tristeza, de cansancio espiritual, de agotamiento. Pedro y Nebai se encargaron de su curación.

Lo pusieron en contacto con los hermanos de las Agrupaciones cristianas diseminadas por la costa del Mediterráneo a las cuales debía atender por correspondencia, cuidar de que todas ellas estuvieran orientadas conforme al sentir y querer del Divino Maestro. Tarea ésta sabiamente elegida para Juan, porque le libaba a palpar y ver por sí mismo, que vastísimo campo había para cultivar.

El resurgimiento espiritual del más joven de los Apóstoles del Cristo fue maravilloso; pero sólo sus íntimos amigos del alma conocieron la verdadera causa.

Juan era, lo que podemos llamar, un excelente receptor de las elevadas corrientes espirituales que fluyen abundantemente, como agua de un manantial, de los mundos perfectos habitados por las Inteligencias Superiores, constituidas, por Ley, en Conductores y fuerza impulsora de los mundos de escasa evolución, o primitivos aún.

"Como es arriba es abajo", reza el viejísimo axioma que encierra una verdad profunda. Y hoy que la ciencia, posible en la tierra, o sea aquí *abajo,* ha raptado la verdad de que todo se *resuelve, efectúa y es,* mediante *ondas* que llevan luz, fuerza, energía y sonido a todos los ámbitos del espacio infinito, creo que será mejor comprendido el hecho indiscutible de que seres extremadamente sensitivos o dotados de lo que se ha llamado un *sexto sentido,* están capacitados para captar esas ondas que les hacen dueños momentáneamente de algunos de los *Secretos del Padre,* como diría el genial Jhasua de Nazareth que en sencillas y místicas frases encerraba supremas verdades.

Y debido a esto, el joven Apóstol de Cristo se veía inundado, digámoslo así, de continuo, por esas ondas que bien pueden llamarse *celestiales,* ya que le los cielos superiores le llegaban en un casi permanente oleaje.

Y le llegaban en forma de *luz, o* de *sonido.* Y ya era un celaje radiante que diseñaba vividamente escenarios y escenas en su horizonte mental, haciéndole vivir por momentos en viejas edades o en épocas futuras, de una vida desconocida para él. O ya en forma de una voz amada y conocida que le refería hermosos poemas de amor y de fe, sentidos y vividos por otros seres en quién sabe qué lugar de este mundo o de otros mundos.

Las *ondas celestiales* no tienen patria ni tierra propia, ni lugar definido, porque son hijas del Cosmos, proceden de él y su vida es el ilimitado e infinito Universo.

Y a veces era la voz de la pequeña María que continuaba siendo para él como un ángel guardián, compañero de su soledad v consolador de sus tristezas

A veces era la voz de Stéfanos, el querido y jamás olvidado Stéfanos, que se anunciaba con los acordes del clavicordio cuando iniciaba en el Oratorio del Palacio Henadad, la música de los Salmos.

Y a veces también la voz suave con tibiezas de materno amor de la augusta Madre, que lo fue tan de verdad para Juan en los días tristísimos de la vieja Casa de Nazareth, ya enlutada por tantas y dolorosas ausencias

Y Juan se dejaba sumergir lentamente en el suavísimo nido que su Maestro le ofrecía; que nido de amor y de vida era con tocia realidad este nuevo ambiente a que se veía llevado sin esfuerzo y sin conocimiento de su parte.

Y el buen Pedro, que era su más asiduo confidente, le decía:

—*"Por los frutos se conoce el árbol"* nos enseñó nuestro sabio Maestro. Y si de este nuevo árbol que te da sombra extraes paz, energía, estímulo para la Obra suya y fortaleza de amor para tus hermanos. ¿Qué podernos pensar sino que todo viene de El en cumplimiento de su palabra que no pasa, ni se muda, ni se pierde en el vacío: *"Estaré con vosotros hasta la terminación de los tiempos"?*

Tal era el secreto de la maravillosa transformación de Juan que todos atribuían al cambio de sitios y lugares, a las nuevas tareas que se le confiaron, a las amistades nuevas que había contraído.

Tan solo Pedro, Judá, Nebai y Lucanus conocían cuál era la causa verdadera. Más tarde lo conocieron también los compañeros de Apostolado y comenzaron a llamarle en secreto: *"El Notario de los cielos" - "Águila del espacio".* No tardaron en aparecer ideas más avanzadas respecto al bueno y silencioso Juan, y algunos pensaron también: "Es el viejo Profeta Henoch, que el Señor manda de nuevo a la tierra para descubrir los misterios sublimes encerrados en el Cristo Hijo de Dios, que la malvada humanidad terrestre hizo morir crucificado".

* * * *

La estada de este Apóstol de Cristo en Roma fue de grande actividad espiritual, o sea, en su propio mundo interno. Fue quizá el que sin buscarlo y sin quererlo, se vio más envuelto que todos ellos en la brillante fantasía maravillosa de que se rodea ordinariamente a los seres que poseen las facultades espirituales que poseía Juan. Se cree que son seres extraordinarios, extra-terrestres, supra-normales, a los cuales se les exige lo que ningún ser encarnado en la tierra puede dar, ni puede hacer. Tan completa ignorancia había en aquella época, y aún la hay ahora, de lo que es un sensitivo o sea un ser al cual llegan de diferentes maneras y siempre dentro del marco de rigurosas leyes que se desconocen en gran parte, llegan, decimos, como *luz, voz o sonido en ondas*

sucesivas, desde los mundos elevados, el pensar, el sentir, el conocimiento, el porqué de las cosas de la vida y la muerte y todo cuanto forma el divino saber a que llegaron los seres de perfecta evolución.

Mas, pasados esos momentos, esas horas, el sensitivo es un ser humano como los demás, con la única superioridad que da la evolución que haya conquistado en sus múltiples vidas y durante largas edades.

Claro está que la ley de *la afinidad* se cumple en él como en todos los seres, y un ser primitivo sin evolución moral ni espiritual no será sujeto apropiado para percepciones de los mundos purificados, moradas de las grandes Inteligencias que impulsan y guían las humanidades hacia el Supremo Bien.

Me he permitido esta explicación para poner a mi amado lector en condiciones de comprender *por qué* se rodeó al Apóstol Juan de sucesos tan maravillosos y faltos de toda lógica y aún de sentido común, cuando fue tan sencillo su vivir como un niño bueno, amoroso, sensible, incapaz de ofender ni herir a nadie, y muy capacitado en verdad para darse a todos, para amar y complacer a todos.

En varios Oratorios o Santuarios Cristianos de aquella primera hora, Juan habló inspirado por Stéfanos, por Juan el Bautista, por Esdras, por Baltasar de Susian, que conocieron de cerca a Jhasua de Nazareth, encarnación del Cristo, del Mesías Instructor y Guía de esta Humanidad.

Y sus discursos de tal manera sacudieron las conciencias y esclarecieron las nebulosas en que se debatían las mentes más capacitadas de aquel tiempo, que la vida de Juan se hizo harto difícil en la capital del mundo.

Todos querían saber qué hombre era aquél, de qué Escuela había salido, de la de Pérgamo de Alejandría o Siracusa.

Acaso de la de Atenas, pues a veces parecía Sócrates o Platón resucitados. En las clases altas repercutió esta alarma mucho más que en las gentes humildes. Y el sencillo y modesto Juan decía a su gran amigo y confidente Pedro:

— ¿Por qué me trajiste a Roma, Pedro, para causar tan gran alboroto, que ya me es imposible vivir en paz? No es un secreto para nadie el desbordamiento de corrupción y de vicio de la gran capital. —Poco o nada percibía de todo esto, Juan, en su retiro de Escriba y Corresponsal de las Agrupaciones Cristianas, pero a veces era *la vos que inspiraba,* la de Juan el Bautista y entonces era su discurso un azotón de hierro para los que embrutecían al pueblo con espectáculos destructores de todo lo grande, noble y bueno que puede haber en el alma humana.

Ni los Senadores, ni los Cónsules, ni los Tribunos favoritos del César, ni el César mismo escapaban de aquel verbo de fuego que iluminaba como una llamarada los antros de iniquidades, verdaderas escuelas de vicio, de crueldad, de ruindades y bajezas inenarrables.

Pedro estaba desolado y en su angustia suprema acudía en la oración a su Maestro y Señor.

— ¡Oh, Señor mío! ¿Deberá ser tu Jhoanín otro mártir como el mártir Stéfanos tan amado de mi corazón?...

Empezaba a levantarse una atmósfera peligrosa para Juan y para las Congregaciones Cristianas más conocidas en Roma. Y Judá se llevó al Apóstol a su Villa Astrea del Lacio buscando calmar la tormenta.

Procedente de la Aldea de los Esclavos, en un barco Correo de Alejandría, llegó Narciso de Lydia, aquel ex-sacerdote de Osiris compañero de reclusión de Leandro de Caria.

Con Juan se habían hecho grandes amigos en la estada de los hermanos galileos en los dominios espirituales del Apóstol Zebeo, que recordará el lector.

El alma del sensitivo Juan, lastimada por lo que empezaba a ser para él motivo de intensas preocupaciones, se vació toda en el alma de Narciso, con quien tenía grande afinidad.

Y este amigo, ya casi olvidado por el tiempo y la distancia, fue el instrumento de la Ley Divina para llevar al Apóstol de Cristo al lugar que debía ocupar en el apostolado mundial que el maestro quería.

—Te llevo conmigo a mis tierras de Lidya —le dijo Narciso— que tengo allí soledades que sólo las gaviotas marinas conocen.

— ¿Lo quieres, Pedro? —consultó el humilde Juan cuando estuvieron solos.

—Sí, Juan, hermano mío lo quiero con tal de salvarte de la muerte —contestaba el anciano Apóstol, temeroso de que fuera Jhoanín, otro mártir entre los héroes cristianos de la hora primera

—Además —añadía Pedro— hay anuncios, ya lo sabes, *de las voces que te hablan,* de que tienes que escribir muchas cosas que el Señor quiere decirnos y en verdad no sé cómo podrías hacerlo aquí en esta Babilonia, donde no puedes tener tranquilidad ni sosiego.

Y fue éste el verdadero motivo que llevó a Juan a la lejana costa del Mar Egeo, al país de Lidya, limítrofe de Caria en la región occidental del Asia Central.

www.formarse.com.ar

—Es verdad que te alejas mucho de Roma —le decía Pedro—, pero te acercas a la tierra natal y sobre todo al amado país de nuestro hermano Filón, de nuestro querido príncipe Melchor y hoy patria adoptiva de nuestro inolvidable Zebeo.

El viejo Apóstol había descubierto en sus largas meditaciones que la Divina Ley, de ordinario, no manifiesta sus ocultos designios por medio de prodigiosas maravillas como pudiera creerse, dado que tiene infinitos poderes sobre todas las fuerzas de la Naturaleza. Comúnmente se vale de hechos o circunstancias que nada tienen de extraordinarios ni de prodigiosos. Y así le decía a Juan:

—Nuestro Señor y Maestro te dice que quiere que vivas aún mucho tiempo; te dice que no quiere hoy tu muerte sino tu vida, y así te manda uno de sus amigos que te lleve a la soledad donde acaso El mismo te hará oír su voz, que te dictará nuevas enseñanzas para nosotros y para todos los que quieran comprenderlas y practicarlas.

"¿No recuerdas cuando El nos decía al finalizar una de sus pláticas: "Ahora os digo estas cosas. Otras muchas podría deciros, pero no podríais llevarlas en vosotros, porque son muy pesadas para vuestras fuerzas de hoy. Más adelante quizá"?... ¿Te acuerdas, Juan, de esto y de los comentarios que hacíamos comprendiendo que nuestro Maestro nos ocultaba muchas cosas?

—Sí que lo recuerdo bien —respondía Juan —y recuerdo también que Matheo y Tomás refirieron el hecho a los maestros Esenios, y a José y Nicodemus con el deseo de que ellos lo averiguasen.

— ¿Y qué pasó? porque tal cosa yo no la supe nunca.

—Pues pasó que unos y otros contestaron que, cuando el Maestro lo callaba, callado debía quedar.

— ¡Naturalmente!¿ Acaso no sabía El lo que nos era conveniente saber y lo que no podríamos saber?¡Oh, Juan!.Doy gracias muy sentidas al Padre Celestial porque me libró de dudas y curiosidades imprudentes, que traen inquietudes al alma que aún no ha llegado a la capacidad de conocerlo todo y de saberlo todo

"¡Qué gran cosa, Juan, es el reconocerse pequeño, débil, e incapaz de grandes cosas!

—Si todos pensáramos como tú, mi buen Pedro, no tendríamos los desacuerdos que empiezan a destruir nuestra paz, ni podrían crecer entre nosotros las higueras estériles que no sirven aún ni para leña del fuego, ni tendrían cabida los falsos protestas que pretenden apagar la claridad que dejó el Maestro.

—Por eso, Juan, por eso es que el Maestro te lleva lejos de aquí, a la soledad, para que no escuches el rumor dañino que comienza aquí y oigas tan solo *las voces* que El te enviará. Démosle gracias, hermano mío, porque cumple en nosotros su palabra de no abandonarnos jamás mientras seamos fieles a su mandato...

Se hizo un silencio conmovedor y profundo entre ambos, bajo el dosel de jazmineros donde estaban sentados en íntima confidencia los dos Apóstoles del Cristo en quienes, seguramente, más se apoyaba el designio renovador de su pensamiento mesiánico para la humanidad que prohijaba.

Las olas del mar que acariciaban las arenas de la costa en la riente Villa del Lacio, hacían concierto a los pensamientos que iban y venían en madejas de luz y de sombras desde las almas entristecidas de ambos discípulos hasta el alma del Maestro que de su Reino Eterno les sugería:

"No temáis, porque mi corazón vela. Si otros encubren o disfrazan mi doctrina, conservadla vosotros tal como la oísteis de mi boca.

"Si otros tuercen el camino y siguen por una encrucijada, seguid vosotros el que Yo os he trazado sin deteneros a mirar a los ciegos que guían a otros ciegos, porque un día caerán juntos al abismo, cuando vosotros entraréis a mi Reino."

— ¿Has oído, Juan?...

— ¿Oíste, Pedro?... —Y a un mismo tiempo y cual si un mismo resorte les hubiera impulsado, ambos se levantaron como electrizados y se confundieron en un mudo y emocionado abrazo.

Ambos habían recibido el impacto suavísimo de la onda venida de lejos... la onda sin ruido que, como las ondas del mar a la arena de la playa, rozaba las mentes sumergidas en el pensamiento del Cristo.

Dos días después, el anciano Apóstol, con Judá y su hijo mayor Clemente, y otros discípulos del Señor que allí se encontraban, se hacían a la vela en el "Salvatoris" conduciendo a Juan y a Narciso al puerto de Pouzoli, junto a Napóles, donde les esperaba el barco que hacía la travesía de Pouzoli a Regio, Juego a Siracusa, de donde ponía rumbo a Acaya (Grecia) y atravesando el peligroso estrecho de Corinto entraban en las aguas del Mar Egeo, en cuya opuesta ribera les esperaba Efeso, la ciudad capital y puerto del país de Lidya.

Era una gran travesía, en verdad, pero Juan iba en busca de la paz y la quietud necesaria a los que, como él, aceptaron la misión de escuchar en humildad y silencio *las voces celestiales* que hablan a los mundos, de paz, de redención y de amor.

www.formarse.com.ar

—Mi posesión está al sur de Efeso —le decía Narciso a Juan—, pero vive aquí, en una casa de mi propiedad, la hermana menor de mi madre, viuda con dos hijos y allí nos alojaremos en descanso hasta que te encuentres en condiciones de continuar el viaje, pues te veo muy cansado.

En realidad, lo que Juan tenía era, más que fatiga, tristeza, amargura, angustia suprema.

¡Lo había abandonado todo, parientes, amigos, la tierra natal! todos sus afectos humanos se habían hundido en ese abismo que no devuelve lo que tragó, y que llamamos *el pasado.*

Allá muy lejos quedaron sepulturas amadas que nunca volvería a ver, y donde nadie encendería una lamparilla ni dejaría caer una flor.

Al israelita, su ley le inspiraba horror a los sepulcros de los cuales huía, considerándolos lugares impuros. El Maestro había borrado ese y muchos otros prejuicios en los que de más cerca le siguieron. Debido a esto, Juan recordaba con amor las sepulturas que guardaban lo único existente de sus amores humanos, y con el pensamiento, alado mensajero de las almas, encendía lámparas, encendía cirios, derramaba rosas y siemprevivas de ternura y fe en aquellos sepulcros abandonados por él en el formidable *salto sobre el abismo* que acaba de dar.

—*"Añoras todo cuanto has dejado, Jhoanín, porque no sabes la gloria de amor que te espera"* —le dijo en un momento de soledad la vocecita amada de la pequeña María.

Juan la reconoció de inmediato y el llanto corrió de sus ojos.

Fueron las últimas lágrimas que lloró sobre la tierra.

Fue éste el verdadero prodigio en la vida apostólica de Juan.

—Las *voces* —decía él a sus íntimos— han hecho de mí un hombre nuevo. ¿Podré gemir y llorar sobre los sepulcros de los seres amados que mí Maestro llevó a su Reino?

"¿Podré sentir el vacío de las presencias amadas, si las escucho que me hablan con más ternura aún de cuando estaban revestidas de carne?

"Lo que sé que debo hacer en adelante es ponerme a tono con ellos en el pensar, en el querer y en el sentir.

"¡Ponerme a tono con mi Maestro! ¡Excelsa cumbre, Señor, a donde quieres que suba!... ¿cómo? El mismo me lo dice: *"Estás a tono conmigo cuando encuentras la Verdad en la doctrina que traje A la Tierra y plenamente convencido dices: Es el Verbo de Dios, y su palabra es la Verdad de Dios. Entonces se realiza la perfecta unión de tu alma con la mía y no hay distancia, ni tiempo, ni ausencia entre nosotros, parque mi pensar es tuyo y mi querer es también tuyo. Entonces Yo estoy en ti y tú amas lo que Yo amo y obras como Yo obraría si aún estuviera en la tierra con vestidura de carne".*

Así escribía Juan en su primera Epístola a Pedro llenando de gozo al anciano Apóstol, que se consolaba de la ausencia de aquel amado hermano del alma que tan lejos de él se fue.

Y en la respuesta de Pedro encontramos estas palabras: Sea la Paz de nuestro Señor contigo, mi amado Juan. Las voces que oíste de mi amado Maestro me hicieron meditar muchos días. "¿Estoy yo a tono con El?", preguntaba a mi propia conciencia, examinándome yo mismo atentamente. Y con inmenso gozo de mi alma he llegado a descubrir que me estoy poniendo a tono con El. Te acuerdas cómo se condolía El de los leprosos, porque no tienen la esperanza de ser curados?

"En mí se ha despertado esa misma piedad y no se, cómo ni por qué, cuando un leproso se me acerca, siento como unas manos fuertes tomando las mías que extendidas sobre el enfermo le dejan limpio de su mal.

"Yo no oigo voces. Juan, pero dentro de mí está el conocimiento, la convicción de que esas manos que no veo, pero que ponen en las mías un poder sobrehumano, son las de El, Juan, porque su contacto me hace llorar de indecible gozo, y quisiera besar mis propias manos sabiendo que beso las suyas.

"Y así son curados los enfermos incurables para la ciencia de los hombres, pero no para el poder del Hijo de Dios, que hizo morada en nosotros. Juan, romo lo había prometido si amábamos como El nos amaba.

"Te envío copias de algunas palabras escritas por nuestros hermanos de apostolado, en que verás cómo todos van poniéndose a tono con el Maestro y hacen también ¡as obras que El hacía. ¡Oh amado Juan! ¡El amor de El nos sigue como un rayo de sol iluminando todas las tinieblas que nos rodean!

"Somos dichosos, Juan, aún separados por largas distancias, porque el amor de El nos tiene unidos en su corazón para siempre."

* * *

www.formarse.com.ar

Durante seis lunas permaneció Narciso acompañando a su huésped, tiempo que ambos ocuparon en crear una agrupación en la propia casa habitación en Efeso, donde la viuda Sabina, con sus dos hijos Lucina y Evodio, que habían abrazado con gran entusiasmo la doctrina del Cristo, fueron los primeros regentes de aquella primera Congregación Cristiana sobre la costa occidental del .Mar Egeo. Quiso Narciso darle todas las características que vio al Apóstol Zebeo imprimir a su *Aldea de los Esclavos,* por lo cual, aquella tranquila vivienda se transformó en una casa-refugio de todos los maltratados de la vida, en especial esclavos inútiles para el trabajo, niños abandonados, ancianos y enfermos sin ningún amparo en la tierra.

Un joven de ilustre familia que se veía solo en la vida por fallecimiento de sus padres, y además sobrino de Narciso, hermano de su madre, fue puesto por su tío en contacto con Juan y una gran amistad les unió durante toda la vida. Su nombre era Galo y fue un ferviente colaborador del Apóstol a quien llego a comprender tanto que él le decía:

—Me parece que el alma de mi gran hermano y confidente Pedro se alojara a momentos en tu cuerpo, según es la comprensión que en ti veo de todo cuando ocurre en los ocultos rincones de esta alma mía.

Y Galo, no obstante la posición en que había nacido y su cuantiosa fortuna, pe mantuvo en modesta sencillez desde que conoció y abrazó la doctrina del Cristo que, sin menospreciar las grandezas materiales, les reconoce valor tan sólo romo medio de realizar obras de bien y de justicia en beneficio del prójimo.

Este buen discípulo de Juan fue para la cristiandad de aquellas comarcas, como Simónides lo había sido para los pueblos sufrientes de la Palestina y Siria.

Todas aquellas actividades de misericordia y filantropía, y de apostolado espiritual, impedían a Juan *escuchar las voces* como él decía, y su físico empezó a languidecer falto de energías y vitalidad. Endeble por naturaleza, pues fue el hijo de la vejez de Zebedeo y Salomé, Juan necesitaba, como el aire y el sol, de aquella otra fuerza que de su alma, antena- receptora, se transmitía a su materia física.

Aunque mucho se amaban el Apóstol y su discípulo, éste ignoraba en absoluto el *gran secreto de Juan,* que no se atrevió a confiárselo por temor a causarle una sorpresa desagradable. Tan sólo Pedro y sus otros compañeros lo sabían.

Harto habían padecido por falsas acusaciones de hechicería y otras innumerables maldades, que la ignorancia y la maldad humana de las mayorías inconscientes, convierten en realidades cuando sólo existen y viven en ellas mismas. Ya se los había anunciado el .gran Maestro:

"Oí *perseguirá y aborrecerá el mundo, porque no sois del mundo. Y si el mundo os tuviera por suyos, os amaría y levantaría sobre pedestales. Mas, romo conoce y sabe que no sois suyos, os cubre de infamias y de oprobio y levantará patíbulos para vosotros."*

¡Y Juan sufría y callaba como habían callado para él *las voces amigas,* unirás que le traían paz y alegría y esa inefable suavidad que hace de la tierra un cielo, de las tinieblas claridad y de los desiertos pavorosos, jardines en flor!...

Hasta que un día, cuando su languidez y falta de energías y de fuerza parecían llevarle a la muerte, Juan se confió plenamente a su discípulo a quien veía entristecer por su pena y su tristeza.

El joven, profundamente emocionado, se arrodilló junto al canapé en que el Apóstol descansaba y con sus ojos cristalizados de llanto, le dijo:

— ¡Perdóname tú, Apóstol de Cristo, el juicio que albergaba en mi alma al verte languidecer de tristeza!

"¡Creía que estabas prendado de mi prima Lucina que me está prometida como esposa, y que tu nobleza de amigo, ponía cadenas a *tu* corazón! ¡Oh, qué descanso es para el mío la confidencia que tuviste a bien hacerme!

Tan noble y justo el uno como el otro, ni aún ese pensamiento tuvo fuerza para enfriar ni romper aquella firme y fuerte amistad.

—El excesivo ruido y movimiento de nuestro apostolado y obras de misericordia, interrumpe esa otra faz del apostolado que el Cristo te ha confiado a ti. ¡Oh!... ¡Cómo lo comprendo bien! ¡Es verdad que el Maestro cuida y vela por los suyos!

"Ya verás maestro mío, ya verás cómo este monaguillo que El puso a tu lado sabe darte lo que tu necesitas.

Y haciendo levantar a Juan de su postración en el canapé le sacó al huerto y le llevó a la orilla del mar. Y mediante una lente de largo alcance le hizo mirar los innumerables promontorios de rocas que sobresalían como bestias marinas de las olas encrespadas y espumosas que chocaban con ellas.

www.formarse.com.ar

—Veo rocas.... muchas rocas, sembradas en el mar. Sé por Narciso, tu tío, que son Islas, habitadas algunas y muy florecientes, desiertas otras y áridas que dan pavor. ¿*Qué* quieres decirme con eso?

—Que una de esas rocas, como tú dices, es mía. Herencia paterna que aún no he cultivado ni hecho esfuerzo alguno para sacar utilidad de ella. ¿Quieres que levantemos allí una cabaña, donde tú y yo podamos aislarnos del tumulto y el bullicio del mundo cuando queramos soledad y sosiego?

A Juan se le iluminó el rostro, como si un sol naciente hubiera resplandecido en el. Y tomando las manos de su joven amigo le dijo con intensa emoción. — ¡Bendito seas, Galo, mi amigo primero en estas tierras donde me ha traído la voluntad divina!

"Mi Maestro te puso luz en la mente y has visto y comprendido la necesidad de mi espíritu. ¡Soledad, silencio, quietud!... ¡Eso, Galo, eso es lo que necesito para que tornen a mí *las voces* celestiales que forman la única dicha que ambiciono en la vida!

No es difícil ya para ti lector intuir lo que sucedió de inmediato. Galo llevó a Juan al Cabo Trogilio donde tenía anclado un hermoso y bien equipado velero y pronto estuvieron en una isla que era toda una selva *de* pinos, palmeras y abedules, que despertó en el Apóstol el vivo recuerdo de su mar de Galilea con sus montañas y sus bosques.

¡Patmos!... ¡Oh bendita Patmos, exclamamos nosotros después de veinte siglos de aquellos hechos que estoy relatando! ¡Tú serás la vida de Juan, el paraíso de Juan, la gloria de Juan, porque en ti se realizó magníficamente la boda mística del Apóstol con su adorable Maestro!

En aquella magnífica soledad tuvo lugar la divina comunión del alma de Juan con el alma glorificada de su Maestro, cuya partida de este mundo casi le tostó la vida.

Poco tiempo después, aquel mismo velero conducía al Apóstol definitivamente a aquél lugar de su reposo, y su amante discípulo Galo, le decía al instalarle allí como *él* lo deseaba:

—Maestro mío, amado sobre todas las cosas de la tierra. Ahora podemos con propiedad llamarte *El solitario de Patmos.*

"Pero, ¿me permitirás venir a visitarte?

—¡Todas las veces que quieras! —le contestaba Juan, con una alegría en el alma como nunca antes la había sentido.

Le dejó Galo como acompañantes dos fieles servidores que lo habían sido de su padre y que le vieron desde niño, con la consigna de servirle en todo, sin interrumpir el silencio y quietud que él buscaba en aquella soledad.

¡FIAT LUX!

Y la luz se hizo en el Apóstol del Cristo que más tardó para encontrarse con El.

—Oh, Señor, ¿dónde estabas cuando yo gemía junto al mar de Galilea en cuyas negras profundidades quería arrojarme, desesperado de no encontrarte más en la tierra?...

Así clamaba Juan cuando la explosión de luz fue tan intensa en su mundo interno, que su endeble materia física no la resistía más.

Y la vos contestaba:

— ¡En ti mismo estaba Juan, pero tu amor era tan humano!... Amabas la materia y ella no era más. Ahora buscas al Verbo de Dios que es Verdad Eterna.,. ."Ahora buscas al Hijo de Dios que es por Ley, luz de este mundo. Ahora buscas la fuente de aguas vivas del amor imperecedero y eterno que ojos de carne no vieron, porque la carne es tiniebla que oscurece y solo el alma desprendida de la carne puede penetrar al santuario oculto de los Secretos del Padre."

Y el Apóstol pensó y su pensamiento en silencio decía así:

"¡Sácame, Señor, de la carne en que vivo y podré verlo y saberlo todo!"

Un súbito resplandor cegó la vista de Juan en la penumbra de su pequeña alcoba, sombreada de enormes pinos que gemían suavemente con el viento del atardecer.

¡Fue el instante supremo!

Su Maestro, tan intensamente evocado, lo sacó de la carne para que su alma, mariposilla vagabunda enloquecida en los jardines de la vida, se sumergiera por unas horas en la luz inextinguible. Entre aquellas claridades podía percibir como ilimitado panorama la vida gloriosa y perfecta en el Bien, la Justicia, la Paz y el

www.formarse.com.ar

Amor de aquellas purísimas Inteligencias que, unificadas con la Eterna Potencia, son como *Ella Misma,* creadores de gérmenes que forman nebulosas, creadores de chispas que se convierten en mundos creadores de formas de vida en incontables millares que, a través de Edades y de Ciclos, forman reinos, especies, razas, vegetales, animales, humanas para ir poblando los mundos de inteligencias embrionarias que la inexorable Ley de Evolución transformará en Luz, Energía y Poder en un día lejano... ¡tan lejano!... El vidente les veía como puntos de fuego en la sombría penumbra de un futuro que por su lejanía escapa a toda percepción...

Los dos criados que acompañaban a Juan le habían visto cerrar la puerta de su alcoba cuando el sol se escondía detrás de los pinares.

La luna llena se levantaba majestuosa en un cielo de turquí, como reina de la noche entre su corte de estrellas y aquella puerta continuaba cerrada.

La frugal cena había sido retirada del fuego y se consumía en las marmitas.

El pan sacado del hornillo se enfriaba sobre el mantelito blanco que, a la luz de la luna, el vientecillo del mar agitaba como alas de gaviotas prontas a volar. ¿Qué hacer?

Tenían orden de no alterar ni interrumpir la soledad y quietud de aquel hombre extraño, que era todo bondad y un dulce compañero para ellos, que adivinaba sus penas, curaba sus dolencias y les refería historias de otro hombre más bueno aún que él, que fue atormentado en un patíbulo y murió como si fuera un malhechor.

—Aquel hombre —decían los siervos— no tuvo a su lado seguramente criados como nosotros, que aunque no comprendemos estas vidas, que más que vidas se parecen a la muerte, soportamos que el pan se reseque y se enfríe, que las marmitas se consuman, que la cena se pierda...

—Mira, corre ya, abre la puerta, Euforo, tú eres más charlatán que yo --decía el mayor de ellos—. Ve y averigua, si puedes, qué le ha pasado a nuestro buen amo.

—No me ha pasado nada, amigos míos —respondía Juan, que oyó aquellas frases—. Sencillamente, me dormí y tuve hermosísimos sueños. Lamento que debí tardar demasiado y vosotros tendréis hambre...

"Venid, pues, a mi lado. Ya sabéis que no gusto de comer solo. —Y los dos siervos ocupando un lugar en la humilde mesa del Apóstol de Cristo, continuaban con el interrogante oscuro para ellos como una noche sin luna y sin estrellas:

"¿Quién es este hombre, joven aún, hermoso, bueno, como un ángel, pero que no vive como los demás hombres?..."

Tal como los dos criados de Juan, obra en general, la humanidad inconsciente con los sensitivos que el Poder y la Bondad Divina coloca en medio de ella como imperceptibles cables de hilillos a veces insignificantes por donde hará llegar su amor, su paz, la salud, el bien, la vida conforme a su Voluntad debe vivirse.

Mas la humanidad terrestre aún con los progresos de la evolución en la hora actual, no se detiene en solo el interrogante, sino que entorpecida por mis corrupciones y transgresiones a la Ley Divina, se hunde en la tiniebla de una culpable ignorancia, de una culpable inconsciencia que le hace de ordinario levantar patíbulos, no sangrientos, pero sí dolorosos y crueles para aquellos seres a quienes no puede o no quiere comprender, y entonces se cumple la profecía del Hijo de Dios:

"El mundo os perseguirá y os aborrecerá, porque no sois del mundo. "Yo fui aborrecido y perseguido hasta la muerte por traer la Verdad, la Luz, y el Amor a la humanidad. ¿Seréis vosotros tratados de mejor manera que lo fue vuestro Maestro?..."

El interrogante de los dos criados le llegaba a h mente de Juan, grabándose en ella como una imagen en clarísimo espejo.

Y mientras comían, les hablaba así:

—A vosotros os causará extrañeza, seguramente mi manera, de vivir y es preguntaréis a vosotros mismos, ¿qué haré, encerrado en mi alcoba oscura durante tantas horas?...

Los criados se miraban y sus miradas hablaban. El amo había *adivinado t*odo cuanto ellos pensaban. Mascullaban humildes disculpas y el más joven, con cierta franca audacia, dijo por fin:

—Es verdad; amo Juan, hemos pensado así, pero sin ánimo de ofensa alguna para vos.

—Sí sois más bueno que el pan. ¿Cómo hemos de pensar mal ninguno? — Añadió el mayor, llamado Cleto —. Todo está en que no sabemos entender si ereis un hombre como nosotros o uno de esos extraños seres que en los templos de Diana y de Júpiter que hay en Efeso, en Smirna, en Pérgamo, en Sardis y en todas nuestras ciudades, les llaman dioses, genios, y los hay benéficos como vos y malos como la peste...

Juan reía oyendo este relato y cuando Cleto calló les dijo:

www.formarse.com.ar

—No temáis ni me toméis por un ser extraño caído a vuestro lado como un aerolito desprendido de otros mundos. Soy un hombre como vosotros que ha padecido quizá mucho más que vosotros, no obstante de no haber nacido en las condiciones vuestras.

"Decidme, ¿sois esclavos? Y perdonad la pregunta, que no está inspirada en la curiosidad sino en un noble deseo.

—Éramos esclavos traídos con nuestros padres de la ribera sud-este del Ponto Euxino —contestó Euforo.

"Ellos murieron de pena por malos tratamientos de los amos. Muertos ellos, fuimos comprados por los padres del amito Galo, que nos hizo compañeros de juego de su único hijo y somos dichosos con él.

—Le pediré a Galo carta de manumisión para vosotros y así seréis hombres libres. Tal era el deseo que arrancó de mi boca la pregunta. ¿Lo queréis?

—Si vos lo queréis y el amo también lo quiere... debe ser hermoso saberse uno libre —dijo Cleto, con la voz que temblaba y los ojos húmedos de llanto contenido.

El pensamiento de Juan voló al Valle de las Pirámides, en pleno desierto de las orillas del Nilo, cerca de Alejandría. Enamorado ferviente de su Maestro, su pensamiento le encontraba en todas partes, porque vivía de su recuerdo y de su amor. Y le vio en su ardiente imaginación en una noche serena bajo una tienda en que dormían camellos, en íntima confidencia con un esclavo que era un manojo de flores muertas, resecas ya y sin esperanza de vida. Y El le hizo revivir, le transformó la vida hasta hacerla dichosa y feliz.

— ¡Sipro! —exclamó Juan en el suave silencio de la noche en la isla de Patmos, donde sólo se escuchaba el rumor de la brisa en los pinares, el crepitar de los abanicos chocando en las palmeras y uno que otro arrullo de alguna tórtola escondida en los huecos de los peñascos.

Como Euforo y Cleto le mirasen asombrados, Juan les refirió la historia tiernísima y sentimental de Sipro, esclavo del Príncipe Ithamar y a quien Jhasua condujo de la mano a reconquistar su dignidad de hombre libre y su parte de dicha en la vida.

— ¡Yo lo haré como El! —añadió Juan, con tal vibración de amor hacia aquellos dos seres, compañeros de su soledad, que ambos tendieron sus manos a estrechar la de Juan y besarlas, como algo sagrado y santo que el destino les deparaba.

"Ahora está casado —continuó el Apóstol— con una joven dulce y buena que era ciega, pero que el más grande de mis compañeros de apostolado ha curado con el nombre y la fuerza de mi Maestro ¡el hombre santo que fue subido a un patíbulo de infamia porque así paga la humanidad al que le da la luz y la vida!

Se hizo un silencio conmovedor sólo alterado por leves suspiros de los criados que los sofocaron prontamente.

La fina sensibilidad de Juan percibió como un rasguño en el alma, si me es permitido materializar así la expresión.

— ¿Añoráis, acaso, también vosotros un hogar y una familia? —Preguntó el Apóstol—. Ambos sois jóvenes y no creo que vuestro destino haya marcado el venir a guardar este pájaro solitario escondido entre un pinar, y para toda vuestra vida. —Nadie ˹espondió—.

"¿Puedo saber tus años, Cleto, y los tuyos, Euforo?

—Estoy pisando los treinta —respondió el mayor.

—Y yo cumplí veintiséis, igual edad que el amito Galo.

—Hay una Voluntad Suprema que gobierna y encauza la vida de los hombres —continuó Juan como inspirado— y sé de cierto que no descuidará las vuestras, que le reconocéis y le adoráis aún ignorando las hondas verdades que entre Galo y yo os iremos haciendo conocer.

Y el Apóstol, con profundo recogimiento de oración, les hizo recitar la plegaría del Maestro:

"Padre Nuestro que estás en los cielos"... etc. Y cuando llegaron a la frase final: "Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo", las tres cabezas se inclinaron reverentes y una ola poderosa de efluvios suavísimos se extendió en el silencio de la noche haciendo sentir hondamente la Divina Presencia.

El Apóstol de Cristo pensó:

"El Maestro está aquí, bendiciendo la obra de amor y de fe que pronto ha de realizarse".

* * *

www.formarse.com.ar

Desde ese día, Cleto y Euforo no se alarmaron más de la alcoba largo tiempo cerrada al caer la tarde, sino que, dejadas las faenas, de cultivo de hortalizas, plantaciones y podas, se sentaban ambos frente a la alcoba de Juan y en silencio esperaban, sin descuidar de.--de luego ni el hornillo del pan, ni las marmitas que hervían sobre las llamas del fuego en el hogar.

Mientras tanto, el *¡Fiat Lux!* que resonó para el Apóstol como un clarín de oro en la boca de un arcángel, continuaba resplandeciendo en su horizonte mental diseñándole cuadros de ilimitadas dimensiones, paisajes, que parecían ciudades, valles que de pronto se convertían en torrentes, campos de batalla en que se confundían en horrenda masacre hombres y animales; ciudades demolidas y ardiendo en rojizas llamaradas; ríos y mares desbordados arrastrando entre escombros miles y miles de cadáveres sobre los cuales revoloteaban negras bandadas de cuervos...

Y Juan salía de su alcoba, pálido, con rastros de haber llorado,… con sus manos y todo su cuerpo frío y tembloroso.

— ¡Has padecido, amo! —le decía Cleto, cubriéndole con un grueso cobertor y acercándole un braserillo con ascuas encendidas a los pies.

Y Euforo le servía presuroso un vaso de vino caliente con miel, porque el amo Juan aparecía tan pálido y extenuado como en vísperas de la muerte.

Guardaba silencio, exhausto. No podía hablar. Y viendo la inquietud, la aflicción en los dos criados, sacó por fin el punzón del bolsillo de su túnica y escribió sobre el blanco mantelito de la mesa:

—Tened calma y esperad unos momentos. Ya os hablaré.

— ¡Dios, Padre Celestial! —Exclamó Euforo—. ¡Está mudo! ¿Qué hacemos?

Cleto, más sereno, pensó y razonó:

—Oremos como él nos ha enseñado: ¡Padre nuestro que estás en los cielos! Hágase mi voluntad, te lo ruego, y que nuestro amo Juan no muera sino que viva. —Y seguía repitiendo con grande fervor:

— ¡Hágase mi voluntad!

Y gruesas lágrimas rodaban por su faz contraída por la angustia.

El Apóstol de Cristo se conmovió profundamente oyendo esta plegaria brotada espontánea del alma sencilla, noble y buena de aquel hombre sin instrucción religiosa ninguna y que hablaba a la Divinidad, a la Suprema Potencia, como pudiera hacerlo a un padre carnal pidiéndole el pan de cada día.

Y Juan habló.

— ¡Gracias, amigo mío!... Tu ruego llegó al Padre, pues ya ves que hablo. Estoy bien. No padezcáis así por mí. Gracias, mil gracias.

Todo volvió a su estado normal, sólo que en aquellos dos hombres quedó la impresión profunda, de que ellos, tan pequeños, tan sin valor ninguno, según !o creían, habían sido escuchados por el Dueño, Padre y Señor de todos los mundos, de todos los seres, de todas las cosas. Y esa grandiosa majestad se había dignado escucharles y hacer su voluntad. ¡El amo Juan hablaba, estaba bien, no quedaba mudo! ¡Oh, maravillosa bondad del Padre Celestial que así escuchaba el ruego de los humildes criados del Apóstol Juan!

—La impresión profunda de lo que vi. esta tarde por Voluntad Divina, causó a mi cuerpo físico el mal que tanto os asustó a vosotros.

"Creí morir de pena al ver reducida a escombros la capital de mi país de nacimiento, donde fue sacrificado mi Maestro en un patíbulo infame. Jerusalén en ruinas, sus murallas tiradas a tierra, el Templo derrumbado entre llamaradas que nadie intentaba apagar. Sacerdotes, levitas, hombres, mujeres y niños, huyendo despavoridos por las calles sembradas de cadáveres y regadas de sangre. ¡Oh, es un horror! Y mi corazón siente que tal sucederá.

Tenía razón mi Maestro cuando, antes de expirar en el patíbulo, se quejó y oró así: *"¡Padre! ¡Perdónalos, porque no saben lo que hacen!"*

— ¡Eso dijo y lo mataron!... —exclamaron los criados con una indignación próxima a la ira.

— ¡Eso dijo! Pero la Justicia del Padre es inexorable, tremenda, porque aquellos malvados hombres que le condenaron, sabían bien que asesinaban al hijo de Dios a su Enviado, mensajero de paz, de verdad y de vida a la humanidad terrestre.

—Pero, ¿ha sucedido todo eso terrible que habéis visto? —presunto Cleto.

—No ha sucedido aún, pero sucederá a los treinta y siete años del sacrificio del Maestro.

¡Cuan terrible es ver y saber que sucederá inevitablemente lo que no quisiéramos que sucediera jamás!...

El ruido sordo de las cadenas de un barco que echaba el ancla, hizo prestar atención a los tres únicos habitantes de la Isla de Palmos.

Euforo corrió al pequeño muelle de piedra a donde nadie había llegado desde que habitaban allí. Era muy entrada la noche y nadie se aventuraba por aquellos ásperos acantilados.

Era el joven amigo y protector del Solitario que les hacía su primera visita.

— ¡El amo, el amo!... —repitieron los criados.

— ¡Galo!, amigo mío —exclamó Juan desde su asiento, porque aún no podía caminar a encontrarle—. ¿Cómo vienes a esta hora?

—Porque te traigo un gran regalo de Roma que no te olvida, aunque tú no la quieres.

Y volviéndose hizo una señal hacia la oscura sombra de los pinos más cercanos.

Un joven de dulce fisonomía se acercó y la luz de la hoguera y de los cirios de la mesa, le dio de lleno sobre el rostro.

— ¡Policarpo! —exclamó Juan, tendiéndole los brazos.

El joven se arrojó en ellos y quedó así de rodillas entre los brazos de Juan.

¡Qué grande amor se adivinaba en aquel abrazo mudo que parecía no terminar más!

Cuando se desprendieron, en los rostros de ambos había lágrimas, y la emoción se transmitió a los que presenciaban aquella escena.

Después de un breve silencio, Galo dijo con jovial alegría:

—Juan, ya no eres *el solitario de Palmos,* sino *el amor triunfante de Patmos.* ¿No ves cómo te sigue el amor? ¡Hombre!... Eres una maravilla.

—Fue ése el testamento y la herencia que nos dejó el Maestro. ¡A El sí que le siguió el amor!... Todo cuanto yo pueda decirte será frío y pálido ante el poema divino y santo que El supo encender en todos cuantos le seguíamos de cerca o de lejos.

Este es otro de los grandes enamorados de El (aludía a Policarpo).

Cuéntales en esta velada tu poema de amor con el Maestro y veamos qué calificativo tiene Galo para El, si a mí me llama *amor triunfante de Patmos.*

Y el joven Policarpo, con la gracia natural que tenía en el hablar, deshojó su poema íntimo, su emocionante tragedia de orfandad y dolor, cuando era un parvulito de pocos años, sin padres y con la única protección del anciano abuelito que tragó el río, desbordado en una noche de tormenta.

El lector de "Arpas Eternas" recordará seguramente al abuelo Policarpo luchando con las olas embravecidas en un mísero botecillo que fue a estrellarse contra el muro del subsuelo, en la casa habitada por el Diácono Felipe en la aldea de Behtsan.

La imagen dulce y suave del Maestro con el pequeño Adín temblando de frío, entre sus brazos, que le calentaban como un regazo materno, no puede haberse borrado en la mente del lector que seguramente absorbió aquella escena con los ojos húmedos y el corazón anhelante.

Y las olas tragaron al abuelo y el pobre niño le arrojaba al siguiente día corona de flores silvestres a las olas traidoras, bajo las cuales dormía el abuelo ese sueño del que no se despierta.

Y cuando el joven terminó su relato que ponía de relieve el amor al gran Apóstol y excelso Maestro para él, añadió:

—Mi nombre de nacimiento es Adín; pero, en recuerdo del abuelo, quise llamarme desde entones Policarpo.

La pintura del cuadro que acababa de esbozar aquel joven fue de tan vivos colores, de tan subidos tintes en que las sombras eran muy negras y las luces muy tenues, que Galo, sin disimular su emoción, estrechó las manos del nuevo amigo al mismo tiempo que le decía:

—Eres un digno compañero de Juan. Os parecéis como dos gotas de agua. Quisiera también yo parecerme a vosotros y ser la tercera gota de agua para que, unidas las tres, formemos una fuente, un lago... un mar. ¿No soñáis acaso en inundar la tierra con el amor del Cristo? ¿No lo soñó El también?

—Vivió soñando y practicándolo —dijo Juan solemnemente.

"Los sueños, sueños son, ¡pero las obras de amor realizadas por El en los treinta y tres años de vida en la carne, dejan rastro, amigo Galo, en todos los corazones donde sembró piedad, misericordia, ternura infinita de Verbo de Dios hecho hombre!

"Ninguno que le haya conocido y amado podrá olvidarle jamás.

Una emoción solemne se esparció como un velo suave en aquel ambiente y lo interrumpió el joven viajero:

—Traigo epístolas de los hermanos que están en Roma —dijo, alargando a Juan un paquete envuelto en lino y atado con cintas según se acostumbraba en aquel tiempo—. Me lo entregó nuestro padre Pedro y vienen allí todas las noticias buenas y malas, alegres y tristes, que de todo hay por aquellos mundos.

"Encarga que yo le mande las tuyas, si es que te ves impedido por tus ocupaciones de hacerlo tú mismo.

—"No os dejó solos", nos decía el Maestro en la Noche de su despedida, "y estaré con vosotros hasta el final de los tiempos" —recordaba Juan en ese instante en que recibía al joven compañero como un envío del Maestro para su soledad en tierra extranjera. Y añadía:

"Tengo, pues, dos notarios, dos secretarios y confidentes, Galo, en Efeso, para atender al apostolado del exterior, y Policarpo, para ayudarme a llevar la carga inmensa que me traen *las voces* que llegan de muy lejos... de allá arriba. Y a veces son tan pesados de sentir, escuchar y percibir, que escribirlas después es penar doblemente.

"¿Te quedarás, Policarpo, o tornarás a Roma?

—Nuestro padre Pedro quiere que me quede a tu lado y yo lo quiero también, si tú me recibes.

— ¿Y lo dudas? Pero aquí está el dueño y señor de esta cabaña que su bondad levantó para mí. El dirá si puedo recibir un huésped.

—Juan, te he dejado hablar por sólo el placer de escuchar a tu corazón que canta al amor en cada latido. ¿No es, dime, una gloriosa corona para mí frente el servir de amparo y protección a los apóstoles y misioneros del único súper hombre que ha pensado en la dicha de todos, olvidándose de sí mismo?

"Desde que mi tío Narciso te puso a mi lado, vengo analizando lo que fue tu Maestro para esta. Humanidad; y lo que eres y serás tú y todos los que lleváis el glorioso nombre de Apóstoles suyos.

"Hubo, es verdad, otros grandes filósofos y maestros que dejaron sabias doctrinas, pero todos ellos, algo pensaron y crearon para sí mismos, o sea, que buscaron una porción de dicha para su propia vida. Pero tu Maestro, Juan, fue dejando a lo largo de sus caminos de Sembrador Eterno, todas las ofrendas de amor que pudieran llevar complacencias a su corazón.

"Dotaba de maravillosa fecundidad todo el amor que recogía en su camino y lo dejaba allí mismo convertido en obras de bien, de misericordiosa solución á todas las circunstancias penosas y duras de otras vidas humanas. Para sí mismo ¡nada! ¡nada!... ¡nada!

"¿No es ésta la verdad más pura?

— ¡Sí, Galo!... ¡Es toda la verdad! La luz se ha hecho para ti tan esplendorosa y clara como esta luz de luna llena que nos alumbra. ¡Y la luz se ha hecho plenamente para ti, cuando tres amantes del Cristo mi Maestro, estamos reunidos en su nombre, formando alianza de corazones que El mantendrá para siempre!

— *¡Para siempre!* —repitieron aquéllas cinco voces de hombres, mientras se unían y estrechaban las manos Juan, Policarpo y Galo.

La Presencia Divina se dejó sentir honda, profunda, en ese instante, como *si* una ola poderosa de amor lo hubiese invadido todo.

Euforo había cruzado sus manos sobre el pecho oprimiéndose el corazón...

Y Cleto, más sensible y emotivo, repetía como un murmullo:

— ¡Padre nuestro que estás en los cielos y también en esta isla desierta que tu Apóstol Juan ha llenado con tu amor que nos hace dichosos a todos!...

LO QUE NO VEMOS

El Apóstol Juan comprendió a la clara luz de sus meditaciones que el apostolado que le pedía la Ley, era diferente que el exigido a sus compañeros en la Escuela Espiritual de Cristo, Ungido de Dios.

Y releía las Escrituras del Profeta Isaías: "Dice Jehová: mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos".

Deshilachaba hilo por hilo estas pocas palabras, alrededor de las cuales componía todo un tratado de vida espiritual, casi desconocida de la mayoría de aquellos seres que consagran su vida al bien del prójimo.

www.formarse.com.ar

En efecto, vemos que todos los cultores y propagandistas de un ideal religioso, filosófico o social, se lanzan con ardiente entusiasmo por la senda del comentario, explayado en vibrantes apologías de viva v*oz* que enardecen a las muchedumbres ajenas siempre al análisis, al razonamiento y más aún a la meditación.

Y las multitudes, que de ordinario no gustan de gastar su tiempo en áridas investigaciones de cualquier orden que sean, sienten que es mucho más cómodo aceptar la parte grande o pequeña de verdades que otros se tomaron el trabajo de descubrir, sin averiguar tampoco si descubrieron algo verdadero y real.

Y es de este modo como la humanidad ha ido aceptando, al correr de las edades y de los siglos, usos, costumbres, historias, biografías doctrinas y hechos aislados que a veces tienen reflejos de verdad más o menos ciertos, más o menos semejantes a la realidad.

Y si en los días presentes, que se deslizan a nuestra vista, cuando estamos encarnados, sufrimos tan lamentables equivocaciones en cuanto al íntimo pensar y sentir de los seres que nos rodean. ¿qué no será cuando se trata de averiguar sucesos de un pasado remoto, que los siglos velaron con sus sombrías tinieblas?

De todos los discípulos del Cristo, solo unos pocos... muy pocos, unieron a la vida con la facultad de captar v percibir esa red maravillosa para los encarnados, de ondas radiantes las unas, sonoras las otras, tenues y .sutilísimas una tercera categoría; materiales y casi palpables, y visibles otras, que son las generadoras de lo que se ha llamado *manifestaciones de orden físico.*

El Apóstol Juan estaba entre esos pocos y encontraba a veces muy pesada la carga de ver, escuchar y sentir ese vaticinio y complejo plano espiritual que solo los poseedores del *sexto sentido,* como decíamos antes, pueden sondear, escuchar, percibir, no a su gusto y antojo, sino cuando y como les es permitido.

La Ley en los planos espirituales elevados es obedecida con rigurosa exactitud. Es lógico.

En esos planos actúan las Inteligencias llegadas a una evolución más que regular, y ellas saben a la perfección el valor que tiene el orden y la disciplina en el cumplimiento exacto de lo ordenado, permitido y amparado por la Ley.

Este Apóstol de Cristo fue descubriendo todas estas fases que le presentaba el camino por donde se veía conducido y grandes temores le asaltaron en los comienzos.

— ¿Habré visto una realidad?

"¿Habré escuchado bien *esa voz* y todo cuanto ha dicho?

"Será una realidad todo ese cúmulo de sucesos que alguien que no veo, ha pintado, no en la pared de mi alcoba, sino en el aire en las nubes, en el éter.. En la atmósfera... que sé yo, dónde, pero que lo he visto"

"¿Habré interpretado con exactitud el pensar, el sentir de ese invisible amigo, que me hace escribir hoja tras hoja de mi carpeta íntima, o que me habla sin ruido en momentos determinados?

Todas estas y otras muchas preguntas se hacía Juan a sí mismo, a medida que iba entrando más y más en ese campo ilimitado y misterioso ante la materia ciega, pero claro y llano a la más estricta lógica y a la sana razón.

—"Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos" —repetía el Apóstol—. Así dice Jehová o sea, la Ley Divina y Eterna, esa que mueve los mundos, que marca la duración de las vidas, de los reinados, que marca la hora de los cataclismos que hunden los Continentes tn el mar, que destruyen ciudades con el fuego de sus volcanes, o son arrasadas por las aguas de ríos y mares desbordados o por hordas inconscientes de guerreros conquistadores. ¿Qué es la criatura humana para escudriñar los formidables secretos, los designios como abismo que concibe esa Eterna Potencia, cuya grandeza causa vértigo a la pobre mente, mariposilla incauta que apenas acierta con la florecilla en que debe posarse ?...

Así eran los pensamientos de Juan en sus meditaciones y un gran temor empezaba a invadir su alma que se tornaba como un parvulito tímido, escondido en el sayal de la madre donde se cree a salvo de todo peligro.

Y su meditación terminaba siempre en un grito lastimero de su corazón que se refugiaba bajo el manto blanco de su Maestro.

— ¡Oh, Maestro, Señor Mío! Si tú sabes que soy el más pequeño y débil de todos los tuyos, ¿por qué, Señor, elegiste para mí este camino tan difícil de andar sin extraviarse en encrucijadas engañosas y con apariencia de verdaderas y buenas?

Y tan intensa llegó a ser su ansiedad y su temor, que no se adormecía y calmaba con las reflexiones que él mismo se hacía, que su físico empezó a resentirse y el Apóstol comenzó a decaer visiblemente en su fuerza vital, en su energía, en su salud.

Policarpo y los dos criados hacían cuanto podían para remediar tamaño mal.

Cleto repetía con inusitado fervor su plegaria de costumbre:

www.formarse.com.ar

— ¡Padre nuestro que estás en los cielos! Haz mi voluntad esta vez también y todas las veces, porque siempre te pido lo que es justo y bueno: la vida de tu siervo, de tu Apóstol.

"¡Si le trajiste a este salvaje lugar solitario, no puedo creer que haya sido para dejarle morir como a un infeliz pájaro abandonado!... ¡No, Señor, Padre Nuestro, no puedo pensar eso, sería ofenderte! ¡Sería renegar de tu bondad, de tu amor!

"¡Tu siervo Juan, dice que eres el Dios-Amor y yo lo creo!

"Padre nuestro, Dios-Amor, que se haga mi voluntad y que el mal y la tristeza de tu siervo sea aventada como pestilente ceniza al otro lado del Mar Egeo."

Esta plegaria del alma, sin egoísmo ni interés para sí mismo, llegaba sin duda a las alturas del Supremo Bien. Y una noche en que el penoso insomnio mantenía en vigilia a Juan, le ocurrió lo que nunca hubiera pensado.

Sentado a la sombra de los pinos, refrescaba su ardorosa frente con el viento suave que venía del mar.

No había luz de luna y sólo la claridad opaca de las estrellas iluminaba libremente el espacio libre de arboleda, abierto sobre la costa. Veía el mar sereno y oscuro como un abismo de sombra.

Veía el pequeño muelle de piedra blanca, y de pronto, vio subir un hombre vestido de túnica azul, que se dirigía hacía él.

Ningún barco, ni siquiera un bote había llegado.

"¿Cómo vino ese sujeto?... ¿Sería un fantasma?"...

Juan esperó, no del todo tranquilo, pero trató de parecerlo por lo menos *y* no se movió de su asiento.

—La paz sea contigo, Apóstol de Cristo —dijo aquel hombre con una suavidad y amor en la voz, que Juan comprendió de inmediato que era un amigo.

Cuando el personaje llegó a su lado, le reconoció:

— ¡Felipe! —exclamó y saltó de su silloncito para abrazarle. Y al pretender hacerlo comprendió que aquel personaje no era de carne y huesos, porque abrazaba el vacío. Y el aparecido continuaba a su lado sonriente y feliz, dispuesto a una confidencia, sin duda, porque tranquilamente se sentó en uno de los banquillos usados por los criados.

"¿Cómo estás aquí, Felipe, si tu vida está en Samaria?" —fue la pregunte de Juan.

—No lo sé, pero estoy aquí ya lo ves. Yo dormía y sé que soñaba con nuestro muy amado padre Pedro y con nuestra madre Myriam y con la pequeña María y con María de Mágdalo... muertos todos menos Pedro. Pero PS el caso que todos ellos conversaban juntos como hablo yo contigo. Y la augusta madre de nuestro Señor y Maestro dijo de pronto: "Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, estoy yo entre ellos". ¿Quién dijo esto?

"Y todos los que oyeron estas palabras inclinaron la frente y dijeron a una voz:

"¡Nuestro Maestro!"

"Y estaba El, Juan, te lo aseguro en su Nombre, y entre todos ellos hablaron de ti, de que fuerzas contrarias querían eliminarte de la vida, para que no escribieras ni una palabra más de cuanto está dispuesto que escribas".

"Y el Maestro ordenó a los que le escuchaban que me tomaran durante el sueño, que yo podía emanciparme de mi materia lo bastante para presentarme en otro lugar por lejano que fuera, a traerte la fuerza vital que empieza a faltarte, porque la Suprema Voluntad ha' ordenado que vivas una larga vida hasta terminar las Escrituras que está resuelto que escribas.

"Por eso estoy aquí, Juan, y no te asustes ni pienses que es esto un efecto de hechicerías

"Por los frutos se conoce el árbol", decía el Maestro, y si te reconstituyes ron mis visitas nocturnas, que tengo orden de hacerte varias, tendrás que convencerte que el árbol es bueno.

Juan no podía salir aún de su asombro y solo repetía: —¡Felipe!... no sé si es de verdad que estás aquí o soy yo que me voy quedando loco de espanto y veo visiones que sólo están en mi perturbada imaginación.

—Cálmate, Juan, te lo ruego y sólo así podré decirte todo el mensaje que me han dado para tí. ¿Vas a inutilizar con tus sustos todo el esfuerzo que han hecho nuestros amados ausentes?

—¡Ya te escucho Felipe!.,, ya me aquieto, ¡Compréndeme tú!...¡Es algo que se pasa de maravilla!... ¡Oh, Señor! ¡Amado Eterno!... ¡Sólo tú puedes trasladar hasta las montañas por los amigos que dejaste en la tierra! — ¡Es verdad, Juan, sólo El! El sabe amar de verdad. Óyeme, pues: "Tú sabes que yo soy un abrojillo comparado contigo, que fuiste destinado E surcar las cumbres en gigantescos vuelos, para traer a la humanidad

www.formarse.com.ar

terrestre leyes y verdades que desconoce, porque no quiere ocuparse de descubrirlas. Y si las descubriera, sería más buena y más feliz. Quiere ser miserable, quiere sumirse cada vez más en el fango, quiere gozarse en la satisfacción de sus groseros instintos y embriagarse en el vino venenoso de las bajas pasiones que la incitan al crimen. A esta humanidad le sabe mal el precepto único del Cristo nuestro Maestro: "Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo".

"Y contra ese mandato es toda la lucha que vemos y la que no vemos. "No quiere el mandato, aquel que desea los bienes del prójimo y obedeciendo ese deseo hurta, roba, estafa, cuanto puede a todo aquel que cae en sus garras.

"Aborrece el precepto de Cristo el que ambiciona los grandes poderes que lo suben sobre los pueblos y las multitudes, imposibilitadas para la defensa, *y* temerosa de las cárceles y las cadenas con que se amarra a los que osan rebelarse en contra de aquellos mandatarios, dueños de todas las fuerzas que quitan al hombre su libertad, don generoso del Dios-Amor.

"Aborrece el mandato del Cristo el hombre o mujer dominado por la lujuria, que roba la esposa o el esposo al ser elegido y consagrado por la ley del amor para compañero de la vida y para dar vida a otros seres, o para realizar en conjunto una obra de antemano ordenada por la Eterna Ley: "No hagas a tu semejante lo que no quieres que te hagan a ti" es la otra faz del precepto del Cristo, por lo que debemos entender que no debe robar el que no quiere ser robado; que no debe atropellar contra la libertad de nadie el que no quiere ser atropellado; que no debe engañar con falsedades intencionadas el que no quiere ser engañado, que no debe ser privado de su alma compañera en la vida, d que no quiere ser bullado de igual manera.

"Y como tú Juan querido, estás para ser el clarín que repita detrás o en pos del Maestro todo lo que él dijo y sólo escuchamos los íntimos suyos, por eso, Juan, las fuerzas enemigas quieren acabar con tu vida.

"Es esta mi primera visita, pero te anuncio que te haré otras y sin mérito mío, porque son nuestros amigos ausentes en otro plano quienes hacen todo el trabajo. ¿Te parece poco el sacarme de mi casacón de carne y traerme por encima del mar que nos separa y plantarme aquí a tu lado, y que la fortaleza y vitalidad mía pase a ti que te ves desprovisto de ella?...

"Ahora tengo que irme, porque algo se mueve en mi alcoba. Duerme tú y cuando te despiertes estarás en tu cama, y te sentirás fuertecito como estos jóvenes pinos que te dan sombra.

Juan se sumió en el sueño y Felipe fue a despertarse en su alcoba al otro lado del mar.

A la mañana siguiente Juan se despertó muy temprano y sentándose en su lecho miraba a todos lados como buscando algo.

— ¡Qué sueño Dios!... ¡qué sueño! Soñé con Felipe —dijo en alta voz, viendo que Policarpo se incorporaba también. Con su buen humor de siempre, hablaba como una cotorra.

—Pero a mí me disteis un buen susto —le contestó el joven. Y como Juan le mirase asombrado, Policarpo prosiguió.

—Pasada la medianoche, entraste en la alcoba como un beodo y te tiraste al lecho como si cayeras muerto. ¿Qué te pasó?

Ante estas manifestaciones de su joven amigo, Juan comenzó a cavilar, Dijo lo que él creía un simple sueño, debió ser una realidad. Y pensaba... meditaba.

—Policarpo —dijo por fin— eres muy joven, pero yo necesito un confidente. Créeme que no aguanto solo el peso de cuanto me ocurre.

"¿Tienes valor para llevar una parte del peso de mis secretos?

— ¡Juan!... ¡me asustas!... Aquí en esta soledad en que vivimos, ¿es posible que nos persigan aún los terrores de Roma?

"Papías quiere venir también buscando tranquilidad, pero, si tampoco aquí podemos tenerla...

—No se trata de terrores como los de Roma, no te asustes —interrumpió Juan—. Mis secretos son como una continuación de los "Secretos del Padre" que nos confiaba por gotas nuestro Divino Maestro. Son secretos que vienen del Cielo, Policarpo, pero son tan grandes que no puedo llevarlos yo solo.

El joven abrió grandes sus ojos color de avellana y se quedó mirando a Juan como el que ve visiones extra-terrestres.

Se vistió apresuradamente la túnica y se acercó al lecho de Juan. Le tomó las manos, le tocó la frente.

—No tienes fiebre, Juan, no estás enfermo. Tienes una oculta alegría en tus ojos v tintes de rosa en tu rostro.

—No estoy enfermo, no, pero no sé cómo tomarás mis secretos. Temo que me creas loco cuando te los cuente.

— ¡Cuan equivocado estás, Apóstol de Cristo! Yo sé muchas cosas de ti que me ha referido nuestro padre Pedro cuando él me preparaba para venir a hacerte compañía.

"Todo eso de *"las voces"* yo lo sé muy bien: y sé también que nuestro Maestro v Señor te ha destinado a recibir los "Secretos del Padre" para darlos a la humanidad.

"¡Oh, Juan Si no fuera yo capaz de comprenderte, nuestro padre Pedro no me habría mandado a tu lado.

"Papías y Apolinar vendrán también a tu lado, porque nuestro padre quiere que se forme contigo una Escuela como la formada por el Cristo nuestro señor con sus Doce elegidos. Está seleccionando los que juzga mejor dispuestos para el apostolado del pensamiento y de la oración, del estudio y el trabajo. Evodio de Siracua, Ignacio de Antioquía, Apolinar y yo somos los cuatro primeros que formaremos contigo la Estrella del Señor. Así me lo ha dicho nuestro Padre Pedro.

"¿No crees, pues, que podré aguantar el peso de tus secretos?

—Ahora sí amigo mío, ahora sí. ¡La luz del Maestro está con Pedro!... Oh, qué grande y bueno es nuestro Pedro! No se equivocó el Maestro cuando elijo: *"Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Obra".*

Desde ese día, el joven Policarpo comenzó a escribir en su carpeta lo que Juan le dictaba y tan fielmente como lo escuchaba de su boca.

Primero, el incendio pavoroso y tremendo de la ciudad de Roma, que ordenaría noventa días después el emperador Nerón para darse el placer de presenciar un espectáculo que consideraba único en el mundo.

Segundo, la invasión y destrucción de Jerusalén y su grandioso Templo, ordenado por otro emperador romano.

Policarpo interrumpió la escritura para exclamar aterrado:

— ¡Juan!... por nuestro Señor, dime, ¿te quedarás así, tan quieto, sin dar aviso a nuestros hermanos de Roma y de Jerusalén, para que se pongan a salvo?

—De aquí a noventa días Roma arderá y centenares de seres que en ella viven. El buque correo acaso no alcanzará a venir y volver allá. ¿Qué podemos hacer más que orar para que los ángeles de Dios les lleven el anuncio? A nuestro país natal tenemos tiempo de sobra y lo haremos, Policarpo, lo haremos. Si la divina Ley nos da los medios, será la señal de que debemos hacerlo.

Juan había establecido la oración vespertina en conjunto con Cleto, Policarpo y Euforo, al igual que todos los hermanos lo hacían en sus respectivos Oratorios en todas las Congregaciones Cristianas establecidas en Palestina, en Siria, en Antioquía, el Lacio y Roma.

Los ocultos Santuarios Esenios existentes aún, bien que muy reducidos en número sus moradores, lo acostumbraban asimismo.

Naturalmente formaban con esta uniformidad, una fuerte red de pensamientos unidos que protegían la obra espiritual del Cristo, y a los que eran actores y colaboradores en ella.

Las actividades espirituales de todas las Inteligencias aliadas del Cristo, eran mucho más amplias, decididas y firmes en el plano astral y más aún en los planos superiores donde moran las Inteligencias que impulsan la evolución de la humanidad.

Y es esto *lo que no vemos* si estamos en la vida material.

Ya lo dijimos antes, son muy pocos los seres dotados de ese *sexto sentida* que les hace capaces de sentir y percibir las actividades de los planos espirituales.

Adquirir la convicción plena de que existen estas actividades invisibles a tono con los anhelos, esfuerzos y querer de los misioneros terrestres, es lo que el Maestro llama *Fe* decía con profunda convicción: *"La Fe traslada las montañas".*

Los misioneros del Cristo de aquella hora primera, habían adquirido esta convicción porque vieron y palparon los prodigios de Fe y Amor del Maestro, que les prometió su permanente asistencia desde el Reino de Dios que entraba a poseer.

Le habían visto en su estado libre y glorioso de espíritu purificado, perfecto en su perfecta evolución. Estaba, pues, dentro de toda lógica que ellos se vieran como acorazados por esa Fe y convicción inquebrantable.

Ellos sabían que eran amparados, protegidos y guiados por su Maestro.

Fácil le será al lector comprender, qué formidable fuerza formaba tal convicción, unida al desinteresado amor, al vivo entusiasmo con que obraban los aliados invisibles, pero no menos decididos y abnegados que los misioneros terrestres.

Y cuando las mentes enloquecidas que inventaban horrores propios de hordas salvajes, en los gabinetes secretos del emperador ebrio de orgullo; el humilde Pedro, que vivía cuidando la grey de su Maestro, recibía la visita nocturna de otro ser ignorado y desconocido del mundo que en la lejana Samaría enseñaba la doctrina de Cristo: el diácono Felipe, desprendido de su cuerpo físico por el sueño le decía:

"Soy mensajero de la voluntad de nuestro excelso Maestro, que os aconseja partir al Lacio, porque se acaba de decretar el incendio de Roma que afectará mayormente el barrio en que están nuestras Congregaciones".

Y el anciano Pedro, como un vagabundo de la noche, recorría las casas de los amigos de Jhasua su Maestro, que ahora eran sus hijos, y les mandaba salir de la gran ciudad a refugiarse en los dominios del príncipe Judá en el Lapo.

Y en una de las meditaciones vespertinas, Juan tuvo la visión del éxodo de los hermanos de Roma que, mediante salvoconductos obtenidos por *Quintus Arrius* (hijo), los cristianos de la época aciaga de Nerón se libraron de morir t-n montón abrazados por el incendio en que perecieron muchedumbres; indefensos e ignorantes en absoluto de la hecatombe de locura y de crimen que les deparaba el poderoso amo del mundo.

Y los cristianos todos le llamaron el *Anti-Cristo, Contra-Cristo.*

Más yo digo y creo estar en lo justo: no sólo Nerón ha merecido ese nombre sino todos los que llenan el mundo de dolor, los que roban, los que matan o mandan matar, los poderosos, los gobernantes que ponen enormes cargas sobre los pueblos hasta producir la miseria y el hambre a fin de gozar ellos de una abundancia v riqueza desmedida, son también *Anti-Cristo, Contra-Cristo*

¿No pasó El por el mundo sembrando la paz, la alegría, la salud, la esperanza y la vida? ¿No dejó como única ley aquel inconmovible "Ama a tu prójimo como te amas a ti mismo?"

Y lo que asombra hasta el estupor es que la mayoría de los que obran igual o peor que el *Anti-Cristo* de la hora aquella de las visiones apocalípticas de Juan, osan llamarse *cristianos* y acuden a los templos donde oran y lloran los pueblos, diezmados, oprimidos, azotados por ellos, los grandes magnates del poder triunfadores de una vida hecha a la medida de los egoísmos, ruindades, ambiciones y mentiras de todo género.

Lo que no vemos de bien y de mal que se gesta, nace y crece más allá del dominio de los sentidos físicos, lo veía y captaba el Apóstol Juan, que fue, en la Escuela de los Doce fundada por el Cristo Hijo de Dios, el que trascendió, digámoslo así, los poderes comunes del espíritu humano encarnado en planos tan inferiores como esta Tierra.

Los cronistas de la primera hora cristiana, sufrieron una lamentable equivocación al basarse para sus crónicas, en la humilde posición social de los Doce elegidos del Cristo, como colaboradores íntimos de su grandiosa obra de redención y elevación espiritual de la Humanidad.

Eran espíritus de una regular evolución, con el añadido favorable de haber actuado cerca de el en todas sus anteriores venidas al plano terrestre como Instructor y Guía de este mundo.

Sabía que le amaban hasta ser capaces de sacrificarse por ser fieles al Ideal que El sustentaba. Unos más y otros menos, todos ellos eran aliados suyos desde largas edades.

Y el Apóstol Juan, cuya vida refiero al finalizar estos relatos históricos, tuvo muchas existencias físicas en el sexo femenino y en una de ellas, en la época del filósofo atlante, Antulio de Manha-Etell, fue su madre *Walkiria de Cerro de Oro.*

¡Madre del Verbo de Dios! ¿Qué vínculo más íntimo y sagrado puede darse que el sublime y santo de la maternidad?

En la hora de Abel de Ethea, fue aquella gran mujer compañera de Bohindra, *Ada de Musur,* que fue capaz de sobrellevar todo el peso de la Grande Alianza de Naciones de tres Continentes, cuando, desaparecido el Kobda-Rey su esposo y muerto su sucesor Abel, quedó ese inmenso lugar vacío, dificilísimo de llenar.

En la época de Chrisna, fue *Patriarca de los Flámenes,* que en las Torres de Silencio salvaron la vida al Mesías terrestre, perseguido desde su nacimiento.

En la hora de Buda, la abnegada y heroica *Sakia* hermana de su madre, muerta al nacer el niño, al cual estuvo ella unida en su infancia, adolescencia y primera juventud.

Y en el gran secreto del nacimiento de Moisés, el célebre taumaturgo y legislador, intérprete de la gran Ley de todos los mundos llamada *Decálogo del Sinaí* estuvo encarnado en la madre de Aarón, *Jacobeo* que

www.formarse.com.ar

desempeño el papel de madre del hijo de la Princesa Thimetis que no podía revelar el secreto de su hijo cuyo padre era un joyero del pueblo de Israel esclavizado en Egipto.

Todo esto *que no vemos* en las sombrías regiones del plano físico terrestre, lo veía y captaba Juan, humilde misionero del Cristo, en su postrera llegada como hombre a esta tierra.

Y al descubrir su ilustre prosapia espiritual, su larguísima carrera siguiendo a su Maestro a través de edades y siglos, Juan se prosternaba con el rostro en la tierra mientras sus labios decían a media voz:

—¡Cuánto me amaste, Maestro mío, y cuan cerca de Ti me tuviste sin que yo, pobre de mí, fuera capaz de comprenderte y de amarte como Tú debías ser comprendido y amado!...

Los ángeles de Dios, si recogieron esta plegaria del humilde Apóstol del Cristo, debieron cantar a coro en grandioso concierto de amor y de fe: *"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios".*

LA ESCUELA DE JUAN

Diez días después, llegaba al puerto del Cabo Trogilio el *"Aventino II"* la reo correo de Roma hacia los países del Mar Egeo.

Y allí desembarcaban los hijos espirituales íntimos del buen padre Pedro, elegidos y preparados por él para ser colaboradores en la gran obra a que el Maestro destinó a Juan, la de captar, percibir y recibir de las Inteligencias Superiores, las más altas y elevadas enseñanzas que la Ley Divina permite para humanidades llegadas a la evolución terrestre. Estos eran, Lino, Evodio, Apolinar, Ignacio y Anastasio, todos jóvenes de veinticinco a veintisiete años, de distintos países, razas y costumbres, pero uniformes y unidos en el Ideal Divino del Cristo: el Amor Universal, la adoración íntima a la Potencia Suprema que mantiene y gobierna los Mundos y cuanto existe en ellos, la supervivencia del alma humana, su origen y su destino, la eterna comunión de las almas que habitan el Reino de Dios, o Planos de Luz, con los que moran en los mundos físicos cumpliendo misiones determinadas o expiaciones y pruebas impuestas por la Ley de Justicia o elegidas por ellos mismos.

Tales eran los principios básicos en que el buen padre Pedro educaba y formaba a los que elegía para la "Escuela de Juan" como él decía y que debía ser en el futuro: *Escuela Superior de maestros de vida espiritual.*

Tres damas ilustres por la posición que ocupaban en el antiguo y noble patriciado romano, Anastasia, Basilía y Gaudencia, compañeras de apostolado de Nebai, de Livia Augusta, de Lucina y Petronila, confeccionaron nutridos ajuares para los Solitarios de la Isla de Patmos, en forma de que no carecieran de las ropas necesarias en el desamparo de aquella isla desierta.

Es verdad que les sabían protegidos por Galo, el Simónides que la Eterna Ley deparó a Juan, como compensación material al enorme *salto sobre el abismo* que dio el Apóstol en cumplimiento de su deber.

De estas abnegadas mujeres de la primera hora cristiana, tres eran madres de tres jóvenes elegidos por Pedro para la futura Escuela Espiritual: Anastasia, Basilia y Gaudencia.

Viudas las tres, no tuvieron que vencer resistencias de nadie para entregar con noble desinterés y franca aceptación sus hijos al Ideal divino de Cristo, por el cual habían dejado ellas la vida del gran mundo para plegarse a las filas humildes, ignoradas y hasta despreciadas en aquel tiempo, llamándolas "Religión de los Esclavos" la "Secta del vagabundo Rabí Nazareno", "Mendigos de Jhasua-Cristo" etc., etc.

El poderoso *"qué dirán"* no ejerció fuerza alguna sobre aquellas madres de mentes iluminadas por la Estrella de Cristo, tal como aquellos príncipes sabios del Oriente que, siguiendo la Estrella maga que les alumbró en sus meditaciones, llegaron sin otra guía hasta la cuna del Verbo de Dios.

Colman y sobrepasan el millar las nobles almas que iluminaron de claridad con el heroísmo de sus acciones, los comienzos difíciles de la entrada del Cristianismo en Roma.

Al igual que los Doce íntimos del Divino Maestro, exceptuando a Pedro y a Juan, quedaron también envueltos en la nebulosa de dudas y de incertidumbre que hasta hoy no se ha logrado esclarecer por completo.

Y fueron los heroicos introductores del Ideal Cristiano en la magna capital del mundo civilizado de entonces.

Pero de esto no debemos extrañarnos nada, amigo lector, si tenemos en cuenta que la humanidad terrestre de que hemos formados parte tú y yo durante veinte siglos, adolece de la deficiencia de deslumbrarse con el brillo de oropeles sin ningún valor, despreciando el oro puro que guarda la Ley en las grietas rugosas de algunas montañas.

www.formarse.com.ar

El verdadero valor espiritual y moral, no es de ordinario, el que se exhibe robre pedestales y torres de gran altura, porque es una de sus cualidades más comunes, el huir la celebridad, la popularidad que le pone al descubierto ante una humanidad que de seguro no le comprenderá, que acaso le despreciará, o le aplastará con el calificativo humillante de iluso, de visionario, de fanático soñador.

¿No lo hizo tal con el más noble y heroico idealista que ha pisado esta Tierra, con el Cristo Verbo de Dios portador de la Verdad, del Bien, de la única Ley que puede hacer la dicha de los hombres?...

* * *

Desembarcaron los cinco jóvenes en el puerto de Trogilio y buscaron de inmediato el velero "La Gaviota" con pabellón amarillo y azul, tal como el compañero Policarpo les tenía avisado en sus epístolas.

Allí estaba *"La Gaviota"* y allí estaba su joven dueño y Capitán Galo, que, a la llegada de todos los barcos Correos de Roma, acudía a ese puerto en espera de noticias de los hermanos del Apóstol Juan.

Los cinco le abrazaron como a un amigo de mucho tiempo, ya que Policarpo tan locuaz de palabra como en sus cartas, todo, absolutamente todo, les había detallado con minuciosos pormenores.

—No os tengáis por extranjeros en esta tierra —fueron las primeras palabras del discreto y sincero amigo que recién conocían—. Si tenéis aquí a Juan, a Policarpo y a mí, significa que tenéis aquí amistad, compañerismo y casi diría familia.

Galo se había sensibilizado mucho en el trato confidencial con Juan, y percibió la honda tristeza que alguno de los viajeros llevaba consigo al pisar tierra extranjera y recordar sin duda la enorme distancia a que había dejado madre, amigos, parientes, país natal...

Cuan bella obra realiza, al igual que el joven Galo, el que sintiendo el rasguño en el corazón de un dolor ajeno, se apresura a suavizarlo y curarlo aún antes de que se haya manifestado al exterior.

Y así el corto viaje hacia la desierta Isla de Patmos fue rebosante de alegre compañerismo y dulce confraternidad.

Ya adivinará el lector la alegría íntima de Juan y Policarpo al abrazar en los cinco hermanos que llegaban, a los más amados que estaban allá lejos...

—Habladme de Pedro y de Judá —suplicaba el Apóstol.

—Contadme cuanto sepáis de Felipe y Nicanor —clamaba Policarpo, que no podía olvidar a los que le salvaron de perecer ahogado cuando tenía nueve años. Eran como sus padres, que sólo se desprendieron de él para enviarle al lado de Pedro cuya ancianidad y trabajos les tenía muy preocupados, y Policarpo era muy capaz de cuidarle como a un padre que necesita buena alimentación, buen abrigo, hogar confortable, buen lecho de reposo, etc. Y tan en serio tomó ti jovencito esta tarea, que sólo se atrevió a dejarla cuando la huérfana Petronila llegó al lado del Apóstol como una hija abandonada, recogida por él a lo largo de sus caminos de misionero de Cristo.

Cleto y Euforo manifestaron su afecto fraternal a los recién llegados con la esmerada condimentación de una comida de mediodía, que casi podría llamarse un festín de bodas.

A la sombra de los pinares y sintiendo el rumor de las olas y el gorjeo de los pájaros, aquellos nueve hombres alrededor de la humilde mesa esbozaron todo el vasto programa de lo que debía ser la *Escuela de maestros de vida espiritual.*

—No sólo debemos pensar en el momento presente —decía Juan— sino en el futuro, cuando nosotros hayamos desaparecido de este escenario y sean otros los que nos reemplacen.

Cada uno exponía su pensar, y por fin Galo, que había guardado silencio, se dirigió a Juan a cuyo lado estaba en la mesa y le dijo:

—Tú sabes que he llegado a comprender con regular claridad el ideal del Maestro que hoy nos reúne en esta isla desierta. Pero, como yo no vuelo tan alto como vosotros, te pido tu asentimiento para encargarme de un trabajo que está al alcance de mi capacidad.

—Lo que tú quieras, lo quiero yo. Habla, pues.

—Mientras vosotros estudiáis, meditáis y voláis cuan alto podáis subir, yo pensaré en que necesitáis alcobas para todos, necesitáis lechos para todos...

—Ya sé, ya sé, Galo... ya adivino lo que será tu trabajo. Quieres ser lo que fue el *tío Jaime* de nuestro Maestro y el buen Simónides para todos los que le amaban y le seguían. ¿Acerté?

www.formarse.com.ar

—Sí, Juan, has acertado ¿En qué obra mejor que ésa puedo emplear todos los bienes que Dios me ha dado?

"En Efeso ya tenemos en actividad la Santa Alianza que vela por los desposeídos, los ancianos y los huérfanos.

"La madre de mi prometida y ella misma han tomado esa obra con gran entusiasmo.

"En cambio, aquí falta todo por hacer: viviendas adecuadas, plantaciones necesarias. ¿No es verdad, Euforo, que ya estás que te salta el corazón de gozo pensando en las hortalizas que recogerás; y tú, Cleto, alma de pastor, en la leche que ordeñarás a las cabras?

Ambos criados, que estaban también a la mesa, rieron alegremente viendo la adivinación del amo Galo de cuanto ellos estaban soñando.

—Es verdad, amo Galo, es verdad. Todo eso vendría aquí a maravillas.

—Mi tío Narciso nos hizo una carta gráfica de los trabajos de labranza, llevados a cabo en la Aldea de los Esclavos por los discípulos del Apóstol Zebeo. Y no veo razón para que aquí no lo hagamos igual.

"Los que van a ser maestros de vida espiritual necesitan alimentarse para vivir.

—Y a la vez necesitan alternar el trabajo mental con algo de trabajo manual, —añadió Juan—. Descansa la mente y se vigoriza la materia.

Pero he pensado que Cleto y Euforo tienen excelentes condiciones también para el estudio y la meditación. Cleto es un místico consumado y Euforo está dotado de una capacidad de razonamiento nada común. Tienen, además, gran afición a escuchar las Escrituras de nuestros grandes Profetas y en general nuestros libros sagrados.

"¿Verdad que deseáis formar parte de nuestra escuela?

—No creíamos merecer tanto, amo Juan, pero, si vuestra bondad llega también hasta eso... —Y Cleto al decirlo, sofocaba una visible emoción.

—Yo estudiaba jurisprudencia en la Academia de Ciencias, de un maestro de las Escuelas de Pitágoras, cuando fue invadido mi país y traída toda mi familia como esclavos a Roma —añadió Euforo—. Me agrada el estudio ^ también la meditación que es una forma de estudio más profunda aún.

—Creo que ésta es la oportunidad mejor que se me presenta para realizar un acto de justicia en nombre del Maestro del Apóstol Juan, el Cristo, Hijo de Dios.

Y Galo, al decir tales palabras, sacó de su bolsillo dos pergaminos que ostentaban el escudo de su familia, en los cuales estaba la declaratoria de manumisión de Cleto y Euforo que volvían a su condición de hombres libres.

—Que reciban la libertad de tu mano, Apóstol de Cristo —le dijo a Juan entregándole los pergaminos.

Ambos favorecidos se acercaron a Galo para besarle la mano; pero él abrió sus brazos y los estrechó sobre su corazón.

—Feliz augurio es éste para nuestra escuela —dijo Juan.

Un aplauso unánime fue la manifestación de todos ante el acto que acababan de presenciar.

—Ahora se acabaron los amos en la Isla de Patmos —añadió Juan—. No hay aquí más señor y dueño que nuestro excelso Maestro diciéndonos a todos:

"Amaos los unos a los otros, porque en eso conocerá el mundo que sois mis amigos".

Dos días después, una gran barcaza descargaba en el pequeño muelle de la isla de Patmos los materiales necesarios para la construcción de alcobas, y una nutrida cuadrilla de jornaleros que en treinta días dejaron todo el trabajo concluido.

El Aula, el Oratorio, el Jardín del Reposo, todo fue una copia en pequeño de aquel Santuario de Neghadá sobre el Nilo, que tan vivamente describían las Escrituras del Patriarca Aldis, que Juan se sabía de memoria como las palabras de su Maestro y los nombres de los grandes Profetas y las Tablas de Moisés.

A la medianoche de un veintiocho de Marzo fue inaugurada la Escuela con una meditación.

Las voces habían aconsejado a Juan que la inauguración fuese a hora avanzada de la noche, con el fin *de* facilitar la presencia de algunos hermanos que vivían en el plano físico revestidos de materia, que solo durante el sueño podían acudir.

www.formarse.com.ar

El desbordamiento más estupendo de fuerzas espirituales y de dones divinos realizó en aquella noche memorable todas las manifestaciones supra-normales que las Crónicas de aquellos tiempos han llamado *"El Apocalipsis del Apóstol Juan".*

Las Legiones de Arcángeles de Justicia ejerciéndola sobre todos aquellos que con mayor o menor conocimiento intervinieron en la muerte del Verbo de Dios; la glorificación del mártir Judas de Galaad, de los sacrificados poco tiempo hacía: Stéfanos. Santiago y sus compañeros aparecieron en escenarios radiantes esbozados por manos invisibles en el modesto oratorio del Apóstol Juan, que sumergido en las glorias del éxtasis, veía, comprendía y sentía que c! Reino de Dios estaba abierto para él y era dueño de los *secretos del Padre.*

Sus hermanos, que le rodeaban, se sentían absorbidos por completo en esa suavidad de amor inefable, de infinita ternura, de absoluto olvido del mundo y de la vida, y viendo con la mente bien despierta estas palabras del Cristo Divino: *"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios".*

Una voz sin sonido se las había repetido a todos por igual.

"Yo soy el Camino, la Verdad, la Luz y la Vida."

"El que me ama está conmigo y Yo estoy con él para toda la eternidad".

"Cuando os amáis unos a otros, Yo estoy en vuestro corazón y vosotros en el mío."

"Cuando amáis, somos uno mismo conmigo y con el Padre, porque Dios es Amor."

Las mismas palabras fueron escuchadas por todos.

¿Qué boca las había prenunciado? ¿Qué espíritu las había animado del dulce fuego de amor que ellas tenían? ¿Qué corazón era el que palpitaba detrás de ellas, que se hacían sentir con emoción de llanto en los jóvenes hombres que las escucharon?

— ¡Maestro!... ¡Maestro! —habían exclamado todos prosternando el rostro en tierra como era la costumbre en los momentos solemnes en que el alma se entregaba en absoluto a la adoración de la Divinidad.

Y el éxtasis de Juan continuaba hora tras hora hasta el albor primero del día.

Las Legiones resplandecientes de Amor las unas, de Justicia las otras, de excelsos poderes todas ellas, habían desfilado ante el vidente inmóvil, como una estatua en su estrado de piedra en el humilde Oratorio pleno de silencio y de sombras.

Y todo aquel desfile de maravillas, de resplandores, de claridades, de arpas y clarines que cantaban victoria, triunfo, glorificación eterna, era la Corte de Honor de su Maestro, el Cristo, el Verbo, el Ungido de la Eterna Energía, del Poder Supremo, porque *"La muerte por un ideal de liberación humana es la suprema consagración del Amor".*

Así cantaban los mil y mil cortesanos del humilde Rabí Galileo, y que habían pisoteado, despreciado y sacrificado los miserables gusanos terrestres que, sumergidos en su charco de fango, le habían mordido, le habían lastimado, le habían herido... le habían muerto!

"¡Agnus Dei!... ¡Agnus Dei!.. ¡Agnus Dei!..." Repetían las Legiones Celestiales, y el vidente oía los divinos cantares y veía resplandeciente en un cielo turquí, un blanco cordero, con ojos de topacio, recostado sobre un libro gigantesco cerrado con siete broches de oro, que esperaba una mano que pudiera abrirlo.

Y vio por fin a su Maestro que, llevando en torno a todos los suyos que habían dejado la materia por la muerte, se acercaba al gran libro y desabrocha-1 a uno por uno los sellos que lo cerraban.

El vidente comprendió que allí estaban escritas todas las angustias, las tragedias, los cataclismos que sufriría la humanidad en los veinte siglos que faltaban para la terminación *del tiempo,* o sea, del ciclo que la humanidad estaba viviendo.

Algunas páginas las veía manchadas de sangre. Eran las matanzas llamadas guerras, ordenadas por las ambiciones de los poderosos.

Otras páginas arrojaban chispas de fuego, aleteos de llamas rojizas. Eran las hogueras encendidas a millares para quemar a los siervos de Dios que, como su Hijo Divino, trajeron reflejos de la Verdad a los hombres que, ciegos de soberbia, no les escucharon y les llevaron al sacrificio.

Otras páginas arrojaban luz y nubecitas de estrellas menudas que parecían diamantes para una corona y que, bogando, bogando por el espacio, se prendían en la frente de los que rodeaban al Ungido, mientras hacía correr las páginas del gran libro de los designios eternos.

Y las Legiones radiantes que ejecutaban himnos triunfales repitieron de *nuevo:"; Agnus Dei!... ¡Agnus Dei!... ¡Agnus Dei!. ¡Cordero de Dios inmolado nueve veces y glorificado por el Amor para toda la eternidad!...*

www.formarse.com.ar

El Apóstol Juan se despertó a la vida física y vio de rodillas en torno suyo a todos sus compañeros de meditación. Y vio que lloraban.

— ¿Qué hacéis y por qué lloráis?...

—El Maestro nos ha tenido en su Reino por breves horas y estuvo dentro de ti enseñándote la historia nefanda de esta humanidad y la glorificación de sus amados — le contestó Policarpo, que era tan fácil de palabra y vivo de inspiración.

Tal fue la inauguración de la Escuela Espiritual de Juan, en la isla solitaria y desierta de habitantes encarnados, pero abundantemente poblada de moradores del Reino de Dios para que otra vez tuviera cumplimiento la palabra divina del Cristo sacrificado por los hombres:

"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios."

EXPLORACIÓN CELESTE

El joven Anastasio, uno de los cinco viajeros enviados por Pedro, tenía un hermano menor amigo íntimo de Jhasua Clemente, el hijo mayor de Judá y Nebai, como recordará el lector de "Arpas Eternas".

Y Anastasio dijo a Juan que su hermano Papías estaba en preparación para ser también uno de los compañeros de soledad y que acaso llegaría pronto.

—Es demasiado joven —replicó el Apóstol—. Creo que aún no tendrá ni siquiera los veinte años. Esta vida es árida y sin más atractivos que los puramente espirituales.

—Papías quiere huir de las tentaciones de Roma —observó tímidamente Anastasio—.

Ya sabes, Maestro Juan, lo que es el mundo de hoy. Papías es hermoso y muy atrayente. Además tañe el arpa y tiene una voz de barítono muy codiciada en los salones de la aristocracia romana.

Todos los días le va a nuestro padre Pedro con las quejas de luchas tremendas, que le promueven consigo mismo las exigencias de ese gran mundo en que actúa su familia, por lo cual se ve en compromisos que no puede eludir. Nuestro hermano mayor, actual jefe de la familia por muerte de mi padre, es uno de los cortesanos del palacio Imperial. Mi madre calla para no descubrirse como cristiana y espera pacientemente que Lucio se haga también adepto a nuestra doctrina.

—Pero tu hermano Lucio, ¿le dejará venir a sepultarse en esta soledad?

—No dirá que viene aquí, sino que quiere viajar para perfeccionarse en la música y el canto.

Cuando Lucio llegue a apercibirse de la verdad, ya Papías habrá cumplido la mayoría de edad que la ley exige para un hermano cuarto en la familia, que no tiene probabilidad de ser heredero de los antepasados. Yo que era tercero no tuve oposición

Además, mi hermano Lucio es de aquellos que en su fuero interno dicen: "Cuanto menos bulto, más claridad". Ni Papías ni yo le pedimos nada.

— ¿Y vuestra madre consiente? —volvió a preguntar Juan.

— ¡Oh, ella!... ¡viniendo Papías, deseará venir también ella! ¿Podría ser esto, maestro Juan?

—Eso tendríamos que preguntarlo a Galo. Si su madre y su prometida la recibieran entre las piadosas mujeres que dirigen la Santa Alianza, podría ser. Lo que nuestro Maestro había resuelto, eso será. Esperemos.

Dos semanas después y sin esperar aviso ninguno, desembarcaban en el puerto del Cabo Trogilio el joven Papías con su madre Anastasia y su hermosa arpa de ébano y un abultado equipaje.

"La Gaviota" y su Capitán, que esperaban al barco correo, recogieron a estos pasajeros y pronto estuvieron al lado del Apóstol Juan.

Y éste, con honda emoción, decía al abrazar a Papías: —Me ha sucedido lo mismo que a mi Maestro cuando esperaba la llegada de sus Doce elegidos, y había cuatro retardados. Y El inquieto miraba hacia la costa del Mar de Galilea. Y al ruido de unos remos escuchado a lo lejos se le iluminó el rostro y nos dijo: *"Ya es la hora"*

"Yo esperaba uno más, porque *la voz* me dijo: "Espera que sean Diez como los fundadores de la Gran Fraternidad Kobda que vivió un mil trescientos años en su primitiva pureza de costumbres y elevación espiritual."

"Y llegas tú, mi amado Papías, para completar el número. Ya somos diez.

"¡Bendito sea mi Maestro, que así vigila a los suyos que ha dejado en la tierra!

www.formarse.com.ar

Los recién llegados traían abundantes noticias de la gran Babilonia, como llamaban los cristianos a la Roma de las grandes legiones conquistadoras, de los Circos donde lucían su habilidad y su fuerza los gladiadores y donde molían millares de seres condenados a muerte por diversas causas, y morían devorados por las fieras o a mano de los gladiadores.

Con estos bárbaros espectáculos divertía el César a su pueblo que, sin más ideal que la hartura de satisfacciones, gritaba continuamente: *"Pan y Circo".*

Tal era la vida del mundo. Pero el cuadro tenía otro aspecto y éste era el que interesaba a Juan mayormente.

Pedro... ¡su amado Pedro, sufría... oraba y lloraba en silencio! Entre los seguidores de la doctrina de su Maestro, comenzaban a hacerse bandos, divisiones, separatismos. ¡Qué dolor!

Los unos querían una rígida austeridad, en el comer, en el vestir, en el vivir en general, y como no todos se sentían capaces de practicarla, venían las divisiones, las separaciones de grupos que tomaban los nombres de los que gritaban más alto.

Otros querían continuar con los ritos, ceremonias y costumbres que se habían hecho leyes a fuerza del uso y de la antigüedad, tales como el rigorismo con que se observaba el descanso del sábado, que prohibía encender el fuego, condimentar alimentos, remendar un vestido roto, lavar una ropa indispensable atender un enfermo, enterrar un muerto, etc.

—Nada de esto enseñaba el Maestro —argüían los que oyeron sus discursos—. El solo encarecía el amor al prójimo, no hacerle daño alguno ni aún con el pensamiento, la ayuda mutua sin pensar en la recompensa, las obras He misericordia con los ancianos, los huérfanos, los enfermos, y las viudas, la tolerancia y la benevolencia en el trato de unos con otros.

Venía luego el asunto más grave: la circuncisión y el pago de los diezmos a! Sanhedrín Judío de Jerusalén. Y llegados a este punto, comenzaron las polémicas ardientes, que luego llegaron a disputas, a diatribas enardecidas, violentas.

¡Y Pedro oraba y lloraba en silencio!...

—¡Maestro, Señor mío!... ¡Esto no lo quieres Tú, yo lo sé, yo lo siento, casi diría que tu corazón gime y tus ojos lloran al ver que tus golondrinas se desunen, se desbandan, se picotean y a veces se vuelven gerifaltes que persiguen las palomas!

"¡Oh, amado Señor mío!... Si tú eres el Amor y el Enviado del Dios-Amor, ¿Cómo es que estos hermanos, hijos de tu Corazón, no sienten, no comprenden, ni perciben que se alejan de ti cuando riñen, cuando se empeñan tercamente en imponer su voluntad, cuando quieren las cosas de modo diferente que las querías y mirabas Tú?... ¡Qué tu luz se encienda en sus mentes, que tu amor florezca en sus corazones, que te recuerden, veneren y amen como tú eres, Señor, y no como ellos quieren hacerte en su mezquino entender!...

Así era la oración de Pedro allá en la humilde alcoba que compartía con Papías, y que éste repetía emocionado a Juan que le instaba por detalles de su amado Pedro.

Al siguiente día, el Apóstol llamaba a reunión de sus compañeros de Escuela, para establecer las bases de la pequeña y modesta institución que fundaban en nombre de su Maestro.

Era Papías un hábil dibujante y Juan le hizo dibujar en un blanco lienzo estas frases en gruesos caracteres griegos, sirios y latinos:

"¿Amar es vencer".
"El amor salva todos los abismos".
"Dios es Amor".
"Sus seguidores debemos ser Amor".
"El Amor es más fuerte que la muerte".

"Ninguna fuerza contraría nos derribará, si el Cristo-Amor está en nosotros. *Así lo ha prometido y El lo cumplirá".*

"Amemos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, que tal es la única ley que nos impuso el Maestro y que nos dejó en su testamento la noche de su despedida".

www.formarse.com.ar

Era éste el único cuadro que había en el oratorio de la Escuela, bajo la Estrella de cinco puntas forjada en oricalco, regalo del joven Galo que sentía honda admiración para los tres sabios de Oriente que siguiendo la estrella misteriosa encontraron la cuna del Verbo de Dios.

—Amigos y hermanos en nuestro Señor — les dijo el Apóstol cuando estaban reunidos los diez—.

"En este pobrísimo cuadro que veis, he sintetizado toda la enseñanza de nuestro Excelso Maestro.

"Creo que en nuestra Escuela Espiritual no necesitamos nada más para llegar a la cumbre de la evolución. Y seremos harto dichosos, si cada uno de estos principios se hace carne en nosotros y quedan calcados en nuestra vida con tintes imborrables.

Todos fueron de idéntico pensar, y Cleto que era el mayor añadió:

—Maestro Juan, tú oíste al Maestro y viviste a su lado desde vuestra primera infancia. ¿Quién puede conocer y sentir mejor que vos su pensamiento y su querer?

"¡Felices de nosotros si escuchamos dócilmente a un Apóstol suyo que le conoció y vivió a su lado por tanto tiempo!

Todos aplaudieron a Cleto, en el cual era evidente que empezaba a cumplirse la frase lapidaria del Cristo: *"Dios da su luz a los humildes y la niega a los soberbios".*

—Propongo —dijo Policarpo— que tomemos como tema de nuestras primeras meditaciones, cada una de las frases grabadas en este cuadro

"¿No os parece que será lo más eficiente para que ellas queden como grabadas a fuego en nuestro espíritu?

—Muy bien, Policarpo —respondió Juan—. Si todos estáis de acuerdo, así lo haremos.

Fue ésa la primera resolución tomada en la Escuela Espiritual. Varios de los compañeros pensaron si serían necesarias otras indicaciones tendientes a uniformar la vida en común y mantener un orden, una línea de conducta para en adelante.

Juan, después de unos momentos de silencio habló así:

—Cuando alguno de los Doce tuvieron ideas semejantes, el Maestro contestó: *"Allí donde reina el Amor, todas las leyes sobran, porque son sus leyes obras y no palabras"* —repetía recalcando cada frase—.

"¡Está claro como luz del medio día! —Exclamó el Apóstol—. Oídme un momento: El que lleva el Amor de Cristo en el alma, jamás hiere, ni ofende, ni riñe a su prójimo, ni se permite jamás hacerle daño alguno. La tolerancia, la benevolencia, la sinceridad, serán perfectos en nosotros, si tenemos amor. Y si cada uno de nosotros diez, obramos de esta manera, ¿no son nuestros actos dictados por el Amor que suprime exceso de palabras y prodiga los hechos?

He aquí que la Escuela Espiritual del Apóstol Juan en la Isla de Palmos quedó fundada sobre una piedra inamovible: la Ley Suprema y única del Amor que es origen y la causa de la Armonía Universal.

Le vino de pronto el pensamiento de que la Escuela de los Doce regenteada por el Maestro mismo, sufrió deficiencias... tuvo lunares, pequeñas grietas por donde a veces se infiltró el agua turbia de los recelos, resentimientos, desconfianzas...

Y la frente del Apóstol se tornó sombría y en su mirada cruzaron relámpagos de dudas y de zozobras.

Pero *la voz* que le inspiraba y consolaba siempre, se dejó oír en el fondo de su espíritu dolorido:

"Amado Juan, aún no estáis en el Reino de Dios y vuestra Escuela está en el piano físico, y vosotros estáis revestido de carne que es tinieblas que oscurece y a veces cadena que arrastra. Para que el Amor salve todos los abismos y triunfe en todas las batallas, ha de ser tan grande y tan fuerte, como el Amor de mi Corazón para vosotros. ¿No os dije, "si amáis como yo amo, realizaréis todas las cosas que yo realicé a vuestra vista?"

"Elegidos por mí fueron mis Doce y elegidos por mí han sido tus Diez.

"Más esto no significa que hayan de ser en todo momento arcángeles de luz sin sombras en su sayal.

"Recuerda, Juan... recuerda tus diez años de postración espiritual. ¡Diez años de negarte al designio divino, a la voluntad mía, a tus promesas eternas... a tus pactos conmigo que te amaba y esperaba!"...

El Apóstol, pálido y tembloroso, se cubrió el rostro con las manos y cayó de rodillas sobre el pavimento. *La vos* continuaba: "Mi madre padecía y lloraba al verte. La pequeña María te seguía de lejos llorando también. Todos tus amigos y compañeros, llenos de angustia, no sabían qué senda tomar para curar tu incurable pesimismo, inercia, abandono, olvido de cuanto se esperaba de ti!"...

—Basta, Maestro, basta, por piedad —clamó Juan—. ¡Que moriré aquí mismo de angustia y de vergüenza!... ¡Fui quizá el que más recibió de Ti y de todos; y el que menos he dado a Ti y a los demás!...

www.formarse.com.ar

Y levantándose prontamente se abrazó de Policarpo, de Papías, de todos cuantos le rodeaban ahombrados y afligidos de no saber qué angustia suprema había desequilibrado el sereno temperamento de Juan.

Cleto y Euforo, que ya habían sido testigos muchas veces de estas tremendas crisis que a veces sacudieron al amo Juan recién llegado a Patmos, tranquilizaron a todos con discretas señales que significaban: "calma y serenidad que todo se disolverá como la espuma del mar. Nosotros caminamos por la tierra y no conocemos los vientos que soplan por allá arriba, donde él sube de continuo llevado por *las voces* que le hacen ver, oír, y sentir, lo que nosotros no vemos, ni olmos, ni sentimos".

La calma volvió a reinar y Juan decía humildemente:

—Perdonad mis alteraciones y arrebatos. Los recuerdos y mi propia debilidad y pobreza de espíritu, me traen con frecuencia borrascas que salen al exterior.

Dirías que era necesaria esta humillación de Juan para que se desbordara el cielo como una apoteosis de amor y de gloria sobre él, que desde ese instante empezó a ser su vida una manifestación casi continua de los esplendores eternos del *Reino de Dios.*

Continúo usando este símil sugestivo y hermoso tan usado por el Divino Maestro, que con él quería significar cuanto de grande, bello, y excelso encierran los mundos purificados, los más elevados planos espirituales moradas de las Superiores Inteligencias, que conquistaron en largas Edades la más perfecta purificación.

En la meditación de la noche siguiente *La vos* se hizo oír para Juan, Policarpo y Papías y les decía así: "Que vuestra comida esta noche no sea más que naranjas o uvas y una cucharada de miel. Que alguno de los compañeros vigilen vuestra materia, porque conviene que durmáis en perfecta tranquilidad durante cuatro horas lo menos".

La indicación fue obedecida en todo; y no *algunos* sino todos los compañeros, se ubicaron en los estrados de la sala comedor a la cual comunicaban las alcobas y cuyas puertas abiertas permitían la vigilancia pedida.

¿Qué les pasaría a los tres durmientes que así encarecía *la voz* que fuera vigilado su sueño?

La *Maga de los Ciclos* que todo lo ve, nos lo dirá, lector amigo, con la diáfana claridad de todos sus relatos, que nada ni nadie puede alterar.

Cuando el sueño fue profundo, el Arcángel de las Anunciaciones que en los cielos era nombrado Gabriel, se acercó a los durmientes, les ayudó a desprenderse de la materia y les dijo: "Seguidme".

El esplendoroso acompañante vestía túnica celeste y oro, y sus grandes antenas en forma de alas, resplandecían de blancura como si fueran de nieve.

Papías y Policarpo se habían prendido tímidos de las manos de Juan, el cual preguntaba con el pensamiento *y* con ansiosas miradas "¿a dónde nos lleváis?"

—El que a mí me manda quiere que empecéis a conocer su Reino —contestó el Guía.

— ¡El Maestro! —exclamaron los tres.

—Sí, vuestro Maestro, que os ama *y* espera de vosotros fidelidad eterna cuando sea hora de que hagáis en la Tierra la manifestación de lo que hayáis visto.

Y apenas había pronunciado tales palabras, los tres encarnados sintieron un ligero sacudimiento, acompañado de la sensación de ser ascendidos, y se encontraron ante una portada inmensa formada de pequeños prismas de un cristal rosado con aristas doradas.

—Mirad por esas ojivas —les dijo el Guía. Eran los prismas transparentes que les permitían observar al través, cuanto pasaba detrás de ellos.

Cada uno de los tres miró por un prisma y cada uno percibió diferente visión.

—Según esto —se dijeron con el lenguaje del pensamiento—, cada prisma permite una visión diferente.

—Justamente —contestó el Guía— semejante a vuestro plano físico, que cada cual veis las cosas de diferente manera, según el cristal de vuestro propio sentir por el cual miráis. Cuando el cristal de vuestro prisma interno está límpido, y sin manchas, ni polvo, todo lo miráis como en realidad es: bello y bueno aquello que está conforme a la Ley. Feo, repugnante y malo, lo que está desconforme con la ley. A menudo *olvidáis* los encarnados que la Divina Ley es la pauta que marca lo que es bueno y lo que es malo. Y este culpable olvido es la causa de todos los errores de juicio que cometéis.

"¡Cuántos condenados a muerte, cuántos crímenes, cuántas matanzas en masa, cuántas víctimas inocentes por causa del equivocado miraje de vuestro prisma interior y del olvido culpable, de que es la Ley y no vosotros, quien marca lo que es bueno y lo que es malo!

www.formarse.com.ar

"¿Por qué la humanidad terrestre no recita cada día la Ley de Moisés, marcadora de lo bueno y de lo malo para todos los mundos y para toda la eternidad?...

El Arcángel calló, viendo la tristeza honda reflejada en el semblante de los que le escuchaban.

—Tengo orden —dijo— de explicaros cuanto veáis y os sugiera dudas y cavilaciones; pero no tengo mandato de causaros pena ninguna.

"Volvamos la hoja y decid lo que habéis visto.

—Yo he visto —dijo Juan— parejas de seres bellísimos que parecen formados de rayos de sol y que flotan suavemente sobre unas aguas que tienen los colores del Arco Iris. Vi que esos seres sumergen sus manos en esas aguas tornasoladas y con las sustancias transparentes que sus manos extraen de ellas, van formando con rapidez maravillosa, preciosos niños que un suave vientecillo va llevando quién sabe por dónde y hasta dónde...

—Esos seres son llamados Esposos Eternos y son los creadores de los tipos humanos que nacerán a la vida física en la edad feliz de vuestra Tierra, o sea, cuando termine el ciclo que está cruzando.

— ¿Cuánto tiempo falta para eso? Perdonadme, si es indiscreta mi pregunta.

—Es justa, y te digo que faltan veinte centurias de vuestros años, que, si para vosotros es largísimo tiempo, es corto y breve para la realidad en que aquí se vive.

Juan plegó sus manos sobre el pecho y su asombro se reflejó en un hondo silencio.

Policarpo, que no aguantaba más sin hablar, se expresó así:

—Yo he visto seres sentados en las rocas luminosas de cristal que rodean ese mar color de iris, mirando como extáticos las creaciones de esos seres que has llamado Esporos Eternos. Más, yo no les vi creando niños hermosos, sino insectos que semejaban piedras preciosas en movimiento, y tuve que mirarlos mucho para convencerme de que eran seres vivos. Y los que, sentados a la ribera les contemplaban, en grandes libros blancos les copiaban forma y color hasta que los insectos se perdían de vista, como tragados por el éter dorado que lo envuelve todo.

—Los que aparecen sentados a la ribera, son espíritus encarnados como vosotros que se dedican al estudio de ese aspecto del reino animal. Son profesores de Zoología, y entre ellos hay pintores, decoradores, que plasman en sus obras o en sus libros las imágenes percibidas en el sueño y que formarán en un futuro lejano... muy lejano, nuevas legiones de Esposos Eternos creadores de tipos, de formas de vida ni aún imaginadas en el presente.

La fecundidad infinita de la Eterna Energía, no conoce límite ni medida en el infinito e ilimitado Universo, donde todo crece y se renueva, se multiplica más, se extiende más y más hasta donde no puede seguirle mente ninguna de un ser creado que tuvo principio...

—El prisma que fue mi lente de observación —dijo Papías— sólo me mostró salterios, cítaras, arpas, clavicordios, que me parecieron tallados en cristal de oro los unos, cristal de rubíes los otros, de zafiros y de esmeraldas. Y eran pulsados por esos que llamáis Esposos Eternos, que se acompañaban admirablemente en melodías suavísimas que nunca oyeron mis oídos ni soñé que existiera en parte alguna de la tierra.

"Unos pocos seres escuchaban allí cerca, y lloraban... lloraban porque aquella música les deshacía el corazón como si fuese de estopa...

"Y a mí me lo deshacía también y hubo momento en que no pude más resistirlo y me tapé los oídos y cerré los ojos, pero, ¡ay! les seguía oyendo y les seguía mirando...

"¡Arcángel de Dios!... ¡vuélvenos a la tierra, que polvo mísero somos y aún no podemos ser ángeles puros como tú!...

Los tres durmientes se despertaron y Papías rompió a llorar desesperadamente al pie del lecho de Juan a donde había corrido.

LA GLORIA DE JUAN

Llegó una hora... la hora de Juan, en que *la Vos* le hizo sentir estas palabras: "Amado Juan... he de pedirte algo que tú me puedes dar"...

— ¡Maestro, Señor mío!.., ¿Qué puedo darte yo a Ti que tienes la grandeza del Reino Eterno en tus manos?...

Y el Apóstol cayó de rodillas para escuchar lo que su Maestro iba a pedirle.

La Voz continuó:

"Los que me amaron en la tierra han escrito de mi vida de hombre cuanto de grande y bueno &e puede decir de un hombre que, según ellos, pasó el nivel de los demás hombres.

"Yo quiero que tú escribas sobre el *Verbo de Dios,* Ignora la humanidad la acción de los Mesías sobre los mundos que la Eterna Ley les encomienda.

"Ellos son el Verbo de Dios, el Pensamiento de Dios, la Idea de Dios. Que por eso, los Mesías pueden decir con toda verdad:

"Yo soy la Luz de este mundo.

"Yo soy la Verdad Divina.

"Yo soy la Vida Eterna.

"Escribe, Juan, sobre el Verbo de Dios y el Pensamiento de Dios será contigo".

—He aquí tu siervo, Señor, y lo que tú quieres lo quiero yo también.

El humilde Apóstol de Cristo pronunciaba estas palabras, no con los labios que estaban cerrados, sino con el alma despierta a los esplendores de Dios.

Y mientras Juan se preparaba en hondas meditaciones para la grandiosa obra que *la Voz* celestial le había pedido, esa misma Voz se hacia sentir de Pedro, de Judá y Nebai, allá muy lejos, al otro extremo del Mediterráneo.

Se hacía sentir en forma de sueño, que también los sueños son recuerdos que conserva el alma de las actividades realizadas en sus horas de libertad.

Pedro, Judá y Nebai soñaban la misma noche en que Juan escuchaba *la Vos:*

Un ser de resplandeciente blancura les decía:

—"Soy Gabriel, el de las grandes y felices enunciaciones y os traigo una que será paz, alegría, amor y gloria para el Amigo Eterno por el cual trabajáis.

"Haréis un viaje a la otra costa del mar".

— ¿Cuándo y por qué? —habían preguntado ellos en el sueño.

—"Esperad la circunstancia que os marcará el motivo y el día de la realidad" —les había contestado el visitante del sueño

.. Judá con Nebai se encontraban en su Villa Astrea del Lacio; Pedro en su casa de Roma, donde tenía el Oratorio, centro cíe las reuniones de los hermanos, para la oración en conjunto y para todo lo relacionado con la» Congregaciones establecidas Con Pedro estaba Lucanus, Petronila su hija adoptiva, Juan, Marcos y su madre. Era su familia. No podía haber una conversación previa entre ellos que diera origen a un sueño idéntico, los tres en la misma noche.

Al siguiente día, Judá y Nebai acudían a Roma a la casa de Pedro.

El lector comprenderá el asombro de los tres al descubrir que tuvieron el mismo sueño y en la misma noche.

—Que vosotros podáis viajar tan lejos, no será imposible —dijo el Apóstol—. Sois jóvenes y podéis hacerlo. Pero yo, a mis años y con la carga de obligaciones y responsabilidades que el Señor puso sobre mis hombros, ¿por qué y para qué he de mover mis pobres huesos a tanta distancia?

Judá y Nebai quisieron visitar las Congregaciones establecidas en la Capital del mundo que, como ya dijimos antes, estaban ubicadas en propiedades que Judá había adquirido para tal fin.

El fatal incendio ordenado por el César había pasado como un ala de fuego muy cerca de ellas, pero sólo una fue tocada por las llamas ennegreciendo murallas que resistieron la embestida, porque un canal del Tíber interceptó la acción del incendio.

Por tal motivo, permanecieron dos semanas en la Capital, y al final de ellas, llegó un viajero procedente de la Isla de Rhodas, que buscaba a Quintus Arrius (hijo).

Este viajero era un enviado por *Anolino de Rhodas,* hermano mayor del escultor Arvoth padre de Nebai, como recordará el lector de "Arpas Eternas". Estaba gravemente enfermo. Era muy anciano y reclamaba la presencia de la hija de su único hermano, como un favor muy especial que él necesitaba para morir tranquilo y dejar las cosas en su justo lugar.

Nebai recordó en efecto haber oído a su padre quejarse de despojos hechos por su hermano mayor, razón por la cual salió de la casa paterna a rodar por el mundo como un paria en procura de un porvenir.

www.formarse.com.ar

—Tardó en hacer justicia, pero al fin la hace —dijo Judá. Después de un cambio de ideas y de las averiguaciones oportunas y necesarias en tales casos, el enviado del anciano enfermo, se ofreció para conducirles él mismo cuando ellos quisieran realizar el viaje, que debía ser pronto porque los médicos no daban largo tiempo de vida al anciano.

—He aquí el viaje anunciado por el sueño —dijo Nebai a Judá cuando estuvieron solos.

—Lo diremos al Apóstol —añadió Judá—. Pero... ¿Qué tendrá él que ver en esto, para que haya también de realizar el viaje?

"Vamos a verlo —dijo Judá— y algo veremos en claro.

Cuando el anciano Apóstol se enteró de todo el asunto, después de unos momentos de meditación silenciosa, dijo:

—El Ángel de las Anunciaciones debe querer que yo vaya a Efeso a encontrarme con Juan. ¿No será que nuestro Señor me hace la gracia de ir a morir allí?

— ¡Oh, Padre Pedro!... no es hora aún de pensar en la muerte cuando estáis lleno de vigor y de vida —le dijo Nebai, acariciándolo como a un amado abuelo.

De todos los cambios de ideas, suposiciones, sugerencias y esperanzas, salió algo muy claro y satisfactorio para todos.

Pedro viajará con Judá y Nebai hasta Regio en el último confín del sur de Italia, donde existía una Congregación Cristiana muy floreciente, de allí pasarían a Necópolis, en la costa occidental del Ática donde era Cónsul por entonces el gran amigo de Judá, el Tribuno Marcelo Galión, y donde acaso encontrarían también a Demetrio que en esos parajes tenía su campo de acción misionera.

Un esfuerzo más y Pedro podría llegar a Efeso a encontrarse con su amado Juan. De toda esta serie de combinaciones resultó que tres días después se embarcaban en Pouzoli, Pedro, Nebai, Judá y Lucanus en el barco-correo que les llevaría hasta los países del Mar Egeo.

Desde que Policarpo fue enviado a Efeso, había quedado el Terapeuta Esenio encargado de cuidar la persona del anciano Apóstol, que en sus grandes andanzas misioneras hasta olvidaba tomar el alimento necesario. Esta era la razón de que Lucanus le acompañara en el largo viaje.

Aquella negación de su Maestro la noche de su prisión le tenía siempre a Pedro con tormentos de martirio en su corazón. Juzgaba que todo cuanto hiciera para borrar aquel su gran pecado, sería poco. Y se lanzaba con ansia febril a todos 'os más penosos sacrificios por la obra de su Maestro y por las almas que El le había encomendado.

No se apercibía de que su edad avanzaba, que sus energías disminuían, que su viejo cuerpo necesitaba mayores cuidados de cuando era joven, y se entregaba con afán a los azares de la pesca en el Mar de Galilea.

Sólo una cosa le preocupaba a Pedro: la obra de su Maestro, que El mismo le había encomendado. ¡Oh! el amor inefable de su Maestro que, no obstante su negación cobarde, le seguía amando, y el continuaba escuchando:

"Tú eres Pedro y sobre esta piedra cimentaré mi obra". ¡Y esa piedra soportaba todo el peso de la obra redentora del Cristo!

El viaje se realizó sin mayor incidente. Pero, al llegar a Necópolis, recibieron el aviso de que la ciudad estaba azotada por una cruel epidemia de la cual morían a diario innumerables personas.

—No conviene que desembarquéis —les decía el Capitán—. Descargaré correspondencia y alguna carga que traigo, renovaré las provisiones necesarias y nos haremos a la vela mañana mismo.

La epidemia consistía en un maligno virus que afectaba la gargarita y vías respiratorias, algo muy semejante a lo que la ciencia médica actual llama difteria.

Mientras el barco estaba anclado, dos jornaleros que bajaban carga y traían fardos y sacos de provisiones, cayeron al suelo heridos del grave mal que se manifestaba con una fiebre abrasadora.

Pedro, que observaba, bajó apresuradamente a socorrerlos. El Capitán no llegó a tiempo para impedirle bajar.

El anciano Apóstol corrió hacia los atacados y, arrodillándose doblado hasta *el* suelo donde yacían, les aplicaba sus manos a la garganta y al pecho mientras les decía:

—Decid, "¡Maestro, Señor mío! i Que este mal sea curado por tu poder y por tu amor!"

www.formarse.com.ar

El enfermo repetía las palabras sin saber lo que decía, pero al instante sentía alivio al dolor que le punzaba la garganta, y después de breves momentos, se sentía bien, sin dolor alguno y sin la fiebre que le quemaba el pecho.

La noticia corrió como un reguero de fuego en día de viento, en un pajonal reseco, y pronto se vio una multitud de camillas traídas al muelle, a toda la gran plazoleta del puerto, en forma tan alarmante que las autoridades guardadoras del orden tuvieron que intervenir.

Judá temió por la seguridad de Pedro y bajó a su vez para afrontar el peligro que pudiera amenazarles.

Grande fue su asombro cuando sobre un promontorio de roca que sobres-salía en la costa vio la estatua de mármol de un marino que en gallarda actitud izaba sobre el mar la gloriosa bandera de la Marina Romana.

Al pie de aquella estatua y con letras de oro vio escrito; *Quintus Arrius.* "Gloria eterna al ilustre libertador de nuestro mar, dominado por los piratas." Y la fecha de la gran victoria obtenida por el valiente marino.

Judá se quedó clavado al pie de aquella estatua. Un agente del orden público se le acercó.

— ¿No os asusta la epidemia, que así os quedáis en este lugar?

—Soy el hijo de este hombre al que vuestra ciudad rinde este honroso homenaje. No tenía noticia de esto y me veo gratamente sorprendido —le contestó.

Si Pedro alborotó la población con su poder para curar el mal que le afligía, Judá la enardeció de entusiasmo por haber dicho esa sola frase: "Soy el hijo del hombre que honráis con este homenaje." Esta segunda noticia corrió tan velozmente como la primera y antes de la puesta del sol había llegado al Cónsul, gobernador de la ciudad.

—Hijo de Quintus Arrius sólo hay uno —decía el Tribuno Marcelo Galión—. Y ése es mi gran amigo y compañero de estudios y de carrera militar. Y sin más cavilaciones se hizo llevar en su litera al puerto.

El abrazo de los dos amigos que habían pasado varios años sin verse, fue emocionante para cuantos le presenciaron.

—Gracias a ¡os dioses, que habéis llegado cuando yo enloquecía con el clamor, de estas gentes, que mueren como hormigas abrasadas por un incendio. —Decía Galión sin soltar aún la mano de su amigo. Ambos observaban a Pedro que iba de camilla en camilla levantando a todos los atacados de la peste.

"Demetrio, con el manto del Maestro, se fue a Corinto hace dos meses. Le he mandado buscar a fin de que ese manto sagrado haga cesar la epidemia que amenaza acabar con los habitantes de esta ciudad.

Pero no paró aquí el entusiasmo del pueblo que, luego, se tornó agresivo, no para los viajeros, sino para los dioses que en sus grandiosos templos habían permanecido impasibles ante la angustia de sus fieles devotos que en vano les pedían misericordia.

Y he aquí que un humilde extranjero de la raza de Israel, se apiadaba de ellos y anulaba la horrorosa enfermedad.

Y comenzaron a volar piedras contra la fachada de los templos de Diana, Júpiter y Artemisa, dioses preferidos de los pueblos del Ática en general.

Judá y Marcelo, que observaban esto, se decían el uno al otro:

— ¡Esto es la humanidad que nos rodea! No bien se levanta de la dolorosa situación en que estaba, piensa en la represalia y la venganza, aún antes de pensar en gozar del bien que acaba de recibir.

Y subiéndose Marcelo y Judá a lo más alto de la plataforma en que se asentaba la estatua de Quintus Arrius, hicieron sonar clarinadas de alerta y todo quedó en silencio. Y el Cónsul Galión habló al pueblo de esta manera:

—Pueblo de Necópolis que me cabe la honra de gobernar. Os ruego que volváis a la calma y la serenidad.

"Acabáis de recibir el gran bien de la salud y la vida que un médico extranjero os está regalando y, en vez de cantos de alegría, arrojáis a los vientos gritos de furor, arrojando piedras a los templos que ningún daño os causan.

— ¡Los dioses dejaron morir nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestros padres! —se oyeron gritos entre la multitud.

—Pero el Dios invisible y desconocido para vosotros— añadió Galión—, os ha enviado un hombre humilde a quien ha transmitido su poder sobre todos los dolores humanos.

— ¡Que viva ese Dios invisible y mueran todos los dioses que nada hacen por nosotros! —se oyó clamar a uno del montón.

www.formarse.com.ar

Y otra furibunda tormenta de gritos, empellones y bofetadas se desató en un rincón de la gran plaza del embarcadero.

El lector comprenderá que los que no fueron tocados por la epidemia, no estuvieron conformes con el bravío "¡Mueran los Dioses que nada hacen por nosotros!" pues ellos estaban libres de la peste.

— ¿Ves cómo es la incomprensión humana? —preguntó Galión a su amigo que en silencio miraba el complejo escenario, que como un oleaje humano se movía ante él.

—Veo, sí, y tú, ¿ves cómo obra el amor del Cristo en ese pobre anciano que con sus ochenta años, aún tiene fuerzas para dar de su propia vida, salud *y* vida a los atacados por la epidemia?

Lucanus apareció jadeante, luchando por abrirse camino entre la multitud, para que pudiera avanzar Nebai que, prendida de su brazo, trataba de defender un pequeño recipiente en que llevaba vino con miel que obligaría beber a Pedro al cual creía próximo a morir de agotamiento y de fatiga. ¡Llevaba ya varias horas de curar enfermos!

—Pero, mi buena niña —le decía sonriente el anciano—. ¿No sabes que mi Señor me está haciendo beber de su vino y de su miel desde que comencé el trabajo?

—Lo sé, lo sé, padre mío, pero mi vino con miel está bendecido también por el amor de Jhasua, y es El quien me mandó traértelo. Bebe, pues.

El anciano bebía en pocos sorbos el contenido del recipiente, sin soltar la mano del enfermo que tenía delante

Mientras él bebía, Nebai y Lucanus observaron que aquellas doloridas gentes se apretaban más y más en torno al anciano médico salvador de vidas.

Vieron que iban cortando trocitos del manto y aún de la túnica de Pedro hecho lo cual, se retiraban tan pronto como les era posible escapar de la apretada multitud.

— ¡Por favor!... —exclamó Nebai—. A este paso vais a desnudar al buen médico que os da la salud y la vida. ¿Por qué sois tan malos, si él es tan bueno?

— ¡Oh, niña!... ¡No es por ser malos, sino por amarle mucho y guardar algo suyo que nos salve de caer enfermos de nuevo! —le contestó una mujer que llevaba en brazos un niño recién curado.

Judá había llegado para salvaguardar a Nebai de ser sofocada por la muchedumbre y oyó la respuesta de la mujer y vio asimismo que el manto y túnica de Pedro le faltaban grandes retazos, tal como si perrillos rabiosos le hubieran maltratado, sin que él se diera por entendido de tan lamentable situación.

— ¡Basta ya! —gritó Judá, y el Cónsul Galión con varios subalternos trataron de rodear a Pedro para sustraerle a la multitud.

El buen anciano les suplicaba piedad, porque aún faltaban muchos sin curar.

— ¡Pero vais a morir aquí mismo, Pedro, por favor Piensa en que Jhasua precisa aún de tu fuerza y de tu vida —añadió Judá tratando de convencerle.

— ¡El hacía más que yo... mucho más que yo! —contestaba Pedro, que en efecto estaba ya agotado.

El Cristo radiante de amor y de luz dejó sin duda llegar al máximun el esfuerzo y el amor de su Apóstol, y habló al corazón y a la mente de Nebai, que, quitando de los hombros el manto de Pedro, dijo a su esposo y a Lucanus:

—Levantadme ¡en alto, por favor!

Los dos hombres enlazaron sus manos y ella subió sobre ellas y gritó cuanto le permitieron sus fuerzas:

—Nuestro Dios Invisible os deja curados a todos con este manto bendecido por El ¡Idos en paz!

Los que aún yacían en camillas o andaban apoyados en algún familiar, saltaron de gozo y toda la multitud gritaba:

—El Dios Invisible es nuestro Dios. ¡Viva el Dios Invisible! ¡Viva! ¡Viva!—... y el murmullo de esta tempestad de ¡Vivas! siguió a nuestros personajes hasta que el barco se hizo a la vela.

El Tribuno Galión embarcó con ellos y les acompañó hasta la primera escala que hizo el barco antes de entrar al Estrecho de Corinto.

Mientras los viajeros seguían entre agua y cielo durante muchos días desde Roma a Necrópolis y de allí a Corinto y de allí a Efeso, Juan, entre la tierra y el cielo, bogaba también, como águila solitaria que en cumbres muy lejanas buscase aires más puros, y más diáfana claridad.

A la orilla del mar, bajo la sombra de los pinares pensaba, escuchaba y escribía:

www.formarse.com.ar

"En la Eternidad no hay principio, y en Ella era el Verbo y el Verbo era con Ella y Ella era Dios; y el Verbo era con Dios, era su Pensamiento, su Idea, su Amor.

"En El está la Vida y la Vida es la Luz de los mundos, de los seres, de cuanto existe en ellos.

"Y su Luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no comprenden a la Luz.

"El Verbo es la Verdad y la Luz que alumbra a todo ser venido a este mundo.

"Al mundo vino y en el mundo estuvo, pero el mundo no te conoció. A los suyos vino y los suyos no lo comprendieron.

"Y el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros. Se hizo cora*zón* de carne y nos amó hasta morir por darnos Verdad y Luz, Vida y Amor.

"Hemos visto su gloria, hemos visto su Luz... Luz de Hijo de Dios que no fe apaga nunca, porque es la Eternidad sin principio ni fin.

"Porque de su plenitud tomamos todos y de sus poderes *y* dones nos hace gracia con infinita largueza.

"La Ley por Moisés fue dada a este mundo entre las estupendas glorias del Sinaí; mas el amor, la piedad, el perdón y la misericordia por Jhasua fueron dadas a este mundo, porque El mismo, que vino de Dios, es el Amor, la Piedad, el Perdón y la Misericordia.

"Es el Verbo de Dios, su Palabra que no pasa ni se cambia ni se muda, porque es la Verdad Eterna corno Dios de quien procede.

"A Dios nadie le vio jamás; pero su Hijo, su Verbo, su Pensamiento, le conoce, le ama, le comprende y le llama Padre.

"Y prueba su eterna existencia con obras que son prodigios, porque, si el Hijo no estuviera en el Padre, no hiciera las obras maravillosas que hace en amor, consolación y paz de los hombres de esta tierra, a los que llama sus hermanos.

"El Verbo de Dios no descendió a la humillación de la carne para condenar a los hombres sino para levantarles de la miseria y del dolor.

"Mas, los hombres crean ellos mismos su miseria y su dolor con espantosas infracciones a la Ley Divina que marcada fue a Moisés en las cumbres del Sinaí.

"¡Jhasua de Nazareth, encarnación del Verbo, del Pensamiento y de la Eterna Idea!... ¡Jhasua, Verdad, Amor y Luz eres Tú y el mundo te ha desconocido y el mundo te ha perseguido y humillado hasta el patíbulo infame de los malhechores!...

"¡En mis sueños de amor te contemplo soberano en tu Reino entre millares de cortesanos celestiales, ángeles, arcángeles, querubes y serafines que obedecen tu pensamiento y son mensajeros de tu voluntad!...

"¿Qué tiniebla es la que ciega a este mundo que no te ve cual Tú eres, *-ni* escucha tu mensaje, ni recibe tu pensamiento?

"¡Tan sólo la madre que te dio vida de carne y el hombre justo que la -acompañaba, mas un puñado de humildes seres, creyeron en Ti, y vieron tu gloria y comprendieron tu Idea, tu sentir, tu pensar y aprendieron de tu boca la ley suprema del amor fraterno!

"Tu palabra vibraba como las cuerdas de una lira invisible cuando decías: "Si creéis en mí, creéis en el Padre, porque El y Yo somos uno mismo, como .seréis vosotros si, unidos a mí por el conocimiento y por el amor, guardáis mi palabra que es Verdad, Justicia y Sabiduría.

"Mas, si en mí no creéis, si huís de mi lado y volvéis la espalda a mi mensaje, en verdad os digo que las tinieblas os cubrirán por largas edades, y el dolor y la miseria serán vuestro pan de cada día.

"No por mí, sino por Aquel que me ha enviado y que, despreciado y desconocido por vosotros, os dejará en olvido hasta que a El volváis recibiéndome .a mí que soy su Mensaje Eterno.

"A El nunca le veréis, porque es el Dios Invisible, Impersonal, Intangible; mas le sentiréis en mi palabra, en mi pensamiento y más aún en todo cuanto hago en su nombre.

"¿Qué queréis?... Buscáis el bien y huís del bien.

"¡Buscáis el amor y huís del amor!

"Buscáis la dicha y la paz y os alejáis de ellas con vuestras obras, pensamientos y palabras en desacuerdo con la Ley que manda: *No hagas a tu hermano lo que no quieres que se haga contigo.*

"Si no queréis ser maltratados, perseguidos, calumniados, despojados de la honra, de los bienes y de la vida, no lo-hagáis con vuestros hermanos, porque así pisoteáis la Ley de Aquel que tiene el derecho de

www.formarse.com.ar

imponerla. Y la Ley inexorable toma represalias que son justicia, y vuelve por los perseguidos, des» honrados y despojados.

"Y a vosotros os cae como llovizna de invierno todo cuanto mal hicisteis, si no en la hora presente, en otra más cerca o más lejos, según sea su voluntad soberana.

"¡Pobres criaturas de carne! Vivís afanados por el pan de cada día y hacéis inauditos sacrificios por conseguirle.

"Y no veis que el pan de Dios es el que descendió de El y da vida al mundo.

"Yo soy para vosotros el pan de vida eterna. El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.

"Porque el Padre está en Mí, soy como el pan y el vino de vuestra mesa, que si os falta moriréis Si comiereis de este pan y bebiereis de este vino, vida eterna, tendréis en vosotros.

"Porque mi palabra es la palabra de Dios que es la Eterna Verdad, el Eterno Amor, el Eterno Bien. Y con ellos todo lo tenéis, y sin ellos nada tenéis, ni aun el aire para respirar."

"Así habló un día a los hombres de este mundo el que tomó carne de hombre para levantar y sanar a los hombres.

"Era Jhasua de Nazareth el Cristo y los hombres no le conocieron.

"¡Oh, excelso Maestro mío, Jhasua de Nazareth, Verbo Eterno del Eterno Amor que te envió!...

"¡Cuan incomprensible amor es el tuyo para esta humanidad de larvas ciegas que arrastrándose por el lodo, el lodo es su alimento, su ideal y su vida!... ¡Cómo han de comprenderte, Serafín del Séptimo cielo de los Amadores, si tus pies hollaban la tierra, pero todo tú flotabas en lo Infinito y era de tu cielo el aire que respirabas y era el Amor del Infinito tu luz, tu pan, y tu vida!...

"Tu *Vos* me anunció un día que largos años viviré sobre esta tierra que para nada me atrae si no es por cumplir la voluntad tuya.

"Y prosternada mi alma ante tu grandeza ¡Oh! ¡Eterno Verbo del Padre! te digo en este día, que en todos los años que he de vivir en la carne, no quiero otra vida, ni otra dicha, ni otra gloria que la vida, la dicha y la gloria de esparcir a todos los vientos de este mundo la eterna Verdad encerrada en Ti, tu filiación divina de Hijo de Dios, Verbo de Dios, Pensamiento, Idea y Amor Infinito de Dios.

"¡Sea ésa mi única gloria, Señor mío, para toda mi vida terrestre y para toda mi eternidad!

Juan cerró su cartapacio y pensó que no escribiría más, pero la llegada de Pedro con Judá, Nebai y Lucanus, le hicieron cambiar de idea.

En cartapacio aparte escribió el relato detallado de los prodigios que vio hacer a su Maestro.

Las curaciones de millares de enfermos, que a veces formaban muchedumbres.

Pienso que escribo para los lectores de "Arpas Eternas" en que ellos han comprendido la asombrosa actividad del Maestro en cuanto a remediar los dolores humanos creo, pues, innecesario añadir aquí los relatos .escritos por e! Apóstol Juan.

EL PARAÍSO DE PEDRO

La llegada de Pedro y sus acompañantes a la solitaria Isla de Patmos, hogar-refugio que el Divino Maestro deparó a su amado Apóstol Juan, tuvo fugar en una tibia mañana, comienzo de primavera.

"La Gaviota" ancló en el humilde muelle y Galo hizo sonar con fuerza clarinadas de gloría, como un toque de diana que jamás se oyera en aquella adusta soledad.

Euforo, que abría la puerta del pequeño redil a los cabritillos, corrió el primero a saber la novedad que Galo traía y que tan ruidosamente anunciaba.

En pos de él fueron apareciendo uno tras otros los compañeros de Juan, y él mismo al final, viendo que no cesaban las clarinadas sonoras y triunfales.

— ¡Sueño!... ¡Sueño! —exclamaba Juan, sin dar un paso más, mientras desembarcaba Judá el primero, Lucanus después, luego, Nebai y por último el anciano Apóstol apoyado en Galo, que aparecía como un general de ejércitos victoriosos.

www.formarse.com.ar

— ¡No sueñas no, mi amado Juan! —Exclamaba, abrazándolo Pedro, que lloraba de dicha y de emoción—. j No es sueño! Es la realidad que nos brinda nuestro Señor, nuestro Amigo Eterno. ¡Juan!... ¡Esto sí que es amar lo que no merece ser amado!

"Todos huimos cobardes en la hora suprema de su sacrificio... yo lo negué más cobarde aún que todos vosotros... Y El sigue amándonos, sin que su amor se apague por nuestra infidelidad y miseria.

Y Pedro, dejándose caer como en un desmayo sobre el primer banco rústico que encontró a su paso, se cubrió el rostro con su manto y lloró amargamente. Sentía de nuevo, profundo, el fiero dolor de su pecado, imborrable -en su memoria.

Juan se sentó en silencio a su lado y todos quedaron mudos, conteniendo sollozos.

Nebai rompió el doloroso silencio y tomando entre sus manos la cabeza blanca de Pedro le decía con mimos de nieta a un anciano abuelo:

— ¡ Por favor, padrecito Pedro, no amarguéis tan hermoso día con tristes recuerdos!

"¿No dices tú mismo que este feliz encuentro es un don que nos brinda nuestro inolvidable Jhasua? ¡Los regalos no se reciben llorando, padre mío!... ¿No será una ofensa para El, recibir de este modo su precioso regalo?

Pedro descubrió apresurado su rostro mojado en llanto y procurando sonreír entre lágrimas decía humildemente:

—Sí, hijita, sí, todos tenéis razón. Perdonad la debilidad de este pobre viejo que sólo sirve ya para disgustar a todos.

"Gocemos de este día en nombre de El, que siembra así de rosas nuestro camino en la tierra.

La alegría volvió a todos los corazones como un hada azul con las manos llenas de flores. El lector bien comprenderá qué dichoso paraíso fue para el dolorido corazón de Pedro aquel día, comienzo del divino poema de amor que el Amigo Eterno había tejido para sus dos apóstoles preferidos.

Gibe aquí una breve reflexión sobre la *ley de la afinidad,* invulnerable como todas las leyes divinas.

Ni aun los seres más evolucionados pueden sustraerse a ella, como lo vemos comprobado en todas las grandes Inteligencias que pasaron por esta tierra revestidas de carne.

La igualdad en el sentir, el pensar y el querer es lo que despierta en las almas encarnadas esa profunda simpatía con que se forman las inquebrantables alianzas de almas que, persiguiendo un mismo ideal, se siguen durante largas edades hasta llegar a la unificación perfecta con el Infinito.

¿En qué y por qué? —Podrá preguntar el lector—. Fueron Pedro y Juan los elegidos para el íntimo afecto del vehemente y tiernísimo corazón de Jhasua.

Pienso y creo de esta manera: Cuando un ser ha escalado las alturas espirituales en que se encontraba el Maestro Nazareno, está dotado de tal convicción acerca de todas las Verdades Eternas, que las ve, las comprende, las palpa, digámoslo así, como nosotros los más simples sucesos de la vida diaria. Siendo así, en esas almas necesariamente se despierta una profunda simpatía para aquellas almas que se abren de inmediato y sin esfuerzo alguno, a las verdades, convicciones y clarividencias que ellas traen en sí mismas como parte indivisible de su misma personalidad espiritual.

Y estas cualidades las encontró el gran Maestro en Pedro y en Juan desde el momento primero en que sus almas se encontraron.

La filiación divina de Jhasua de Nazareth, o sea la encarnación del Verbo Eterno en su persona humana, fue para Pedro y Juan como para los tres sabios del Oriente, la Estrella misteriosa que les guió hasta la cuna del Cristo encarnado

Jamás dudaron de que en El, estaba encarnado el Cristo, el Hombre-Luz el Enviado Divino que los Profetas de Israel habían anunciado desde seis siglos atrás.

Cuando el Maestro les hablaba en símbolos o comparaciones y los demás oyentes se trababan en discusiones porque no podían llegar al fondo del pensamiento suyo, Pedro y Juan eran los únicos que jamás pusieron en duda ni vacilaron en aceptar lo que el Maestro había manifestado en sus enseñanzas privadas o públicas.

— ¿Cómo hemos de comprender esto? — se preguntaban todos ellos cuando el Maestro dijo un día: "Yo soy el pan y el vino para vosotros y si no coméis de este pan y bebéis de este vino, no tendréis vida en vosotros".

Y Pedro y Juan calmaban las disputas y las inquietudes con la suavidad de su persuasión inquebrantable:

—El quiere decir que, como nos es necesario el pan y el vino en nuestra mesa, así nos es necesario El, como luz para nuestra senda, como fuerza para andarla con justicia y rectitud.

Y cuando en una hora de incertidumbre a causa de las luchas con los adversarios poderosos que entorpecían su camino, el Maestro preguntó a los Doce reunidos: *"¡Y vosotros! ¿Quién pensáis que soy yo?"*

Pedro saltó como una chispa de fuego:

— ¡Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo!

Y Juan, con más fuerza interna que de palabras, cayó de hinojos ante El y se abrazó a sus rodillas, significación manifiesta de adoración a la Divinidad representada en El.

De esta manera he comprendido siempre el afecto de preferencia que el Divino Maestro tuvo para Pedro y para Juan.

Y llegó la hora de las confidencias íntimas.

Sin más testigos que la sombra de los pinares rumorosos y de las olas del mar, que a veces asomaban su cresta de espumas por entre las rocas de la orilla, Juan y Pedro confidenciaban largamente sentados en un rústico banco de piedra que no era más que un pequeño dolmen labrado en las rocas de la costa.

El alma sencilla de Pedro se vaciaba confiadamente en el alma de Juan, cofre sagrado de diamante incorruptible, donde el anciano Apóstol sabia de cierto que sus secretos caían como en el fondo de un sepulcro.

Y Juan le escuchaba con el corazón tembloroso y los ojos húmedos de llanto, conmovido hasta el extremo al saber los grandes padecimientos que su anciano compañero había soportado durante tantos años.

— ¿Sabes, Juan, lo que es nuestra santa y amada Jerusalén, reina de Sión, gloría de Israel?

"Es un criadero de lobos, de perros rabiosos, de culebras venenosas. La sangre inocente y pura del Maestro parece haberse convertido para ella en gérmenes de lepra que va infestando todo cuanto toca.

"Las buenas almas huyeron hace tiempo a refugiarse en comarcas de gentiles y paganos, porque encuentran en ellos más nobleza de sentimientos y más pureza de costumbres que entre los hijos de Isabel, apegados a los ritos y a las formas, mientras se les pudre el corazón por las ambiciones y la lubricidad.

"No sé cómo he salido con vida de aquella madriguera, Juan, no lo sé.

—Nuestro Señor te ha salvado, Pedro, porque es necesaria tu vida a sus amigos y seguidores.

— ¿Sabes lo que encontré en Antioquía y cuánto padecí en aquella gran Capital?

"Disensiones, separatismos, torcidas intenciones, juicios errados, murmuraciones y por encima de toda esta ciénaga de miseria, el nombre sacrosanto de nuestro Señor y Maestro, del cual tienen la osadía de llamarse discípulos.

"Tan solo Bernabé y Simón de Níger nos quedan, Juan, como leales amigos v compañeros nuestros, a quienes se nos tacha de ignorantes y fanáticos porque no hemos cursado estudios en Academias oficiales y no somos hombres de letras

"Nuestra Santa Alianza, fundada por nuestro Señor mismo, sigue siendo *Santa* por dos razones, porque fue creación suya y porque son muchísimos los desposeídos que por ella tienen pan en su mesa y lumbre en el hogar.

"Algo bueno, hay, ya lo ves, Juan. Pero también en el seno de la Santa Alianza se siembra el desdén y la desconfianza hacia los Doce que silenciosamente y sin alarde, ni clarinadas, vamos sembrando la doctrina que recibimos de la boca misma de nuestro Señor.

"Mientras que aquellos que no le conocieron ni oyeron, y aun fueron enemigos suyos, gritan tan alto, corren de ciudad en ciudad ostentando el nombre de apóstoles del Cristo encarnado y esparciendo a todos los vientos que nosotros por nuestra ignorancia no hemos comprendido su elevada enseñanza.

"Llegaron al extremo, Juan, de negarme la entrada a uno de los Oratorios, y en otro, me obligaron a salir sin dejarme pronunciar ni una palabra.

"Desde ese día, Bernabé y Simón se encargaron de hacerme compañía para ahorrarme desprecios que me parten el corazón. No por mí, sino por El, Juan, por El que me dijo: *Tú eres Pedro y sobre ti cimentaré mi obra.*

"Y me veo así impedido de servirle a mi Señor, de piedra fundamental de su Obra grandiosa de amor que la humanidad está lejos de comprender.

"Y tengo más dolor, Juan... mucho más dolor en mi viejo corazón de carne que a veces no quisiera latir más. Tengo el dolor de ver que aparecerán en un futuro cercano traidores a la Divina Idea de nuestro glorioso Maestro...

www.formarse.com.ar

"Sí, Juan... traidores, y no te espantes de esta dura afirmación mía.

"Dime, ¿no es traicionar el Ideal del Maestro el tejer leyes y mandatos nuevos, reglas nuevas, ordenanzas nuevas, como otro Deuteronomio aún más minucioso que el forjado a escoplo y martillo por el Sanhedrín Judío, que traicionó el ideal sagrado de Moisés contenido en sus simples Tablas de la Ley con sólo Diez mandamientos?

"Han comenzado por execrar el matrimonio y la maternidad como formas de vida imperfecta e incompatible con la vida espiritual.

"¿Acaso nuestro Señor y Maestro nos exigió o insinuó siquiera que nos separásemos de nuestras esposas y de nuestros hijos para seguirle?

"¿Acaso a ti, que eras soltero entre sus Doce, te aconsejó alguna vez no tomar esposa si era de tu voluntad?

No, jamás trató conmigo ese tema, ni a favor ni en contra —respondió Juan—. Y no sé por qué causa mezclan ese asunto en las cosas del Maestro, cuando El no las tocó.

—Es por lo que tengo ya dicho, Juan, porque hay entre nosotros alguien que tiene la osadía "de remendar la enseñanza de nuestro Señor, como si fuera una túnica raída a la cual hay que aplicarle piezas de repuesto, para tapar roturas por donde filtra el viento.

"Y como los Doce están todos ausentes y era yo sólo el que levantaba la voz para oponerse a la osadía de los traidores, contra mí se lanzaron corno fieras hambrientas prontas a devorarme.

"Y muchos son ayudados por los familiares del Señor que nunca estuvieron con El; solo su Madre y Jaime lo acompañaron después de la muerte de su padre, el justo Joseph, y de aquel niño santo que llamaban Jhosuelín.

"Pero la santa Madre no vive ya y Jaime está en Nazareth y sólo vive para socorrer a los necesitados de toda esa comarca.

"Ya no vive Lázaro, ni la pequeña María, ni Hanani, ni María de Mágdalo, que todos ellos hubieran levantado la voz para defender la doctrina del Maestro.

"Felipe y Nicanor hacen cuanto pueden por mantener la enseñanza tal como nos la dio nuestro Maestro, Pero el mundo es grande, Juan, y hay mucho lugar para adulterar la verdadera doctrina del Señor, Y créeme que lo hacen con tan diabólica habilidad, que aquellos que no lo escucharon a El, quitan y ponen lo que les viene a gusto y sabor.

"Y yo medito y saco esta conclusión: Es mucho más fácil entregarse a prácticas exteriores de fingida devoción, que arrancarse del alma las pasiones que les dominan.

"Me arrojan al rostro como un grave delito contra la Ley el hecho de .haberme sentado a la mesa de un hombre no bautizado ni circuncidado, que me brindó comida y descanso cuando volvía yo extenuado de una larga andanza a pie.

"Y hasta me arrojaron piedras cuando salía de su casa, hiriéndome en las rodillas que aún tengo vendadas y quedaron flojas para caminar...

— ¡Pedro, mi amado Pedro!... —clamó Juan abrazándose de su viejo compañero— ¡no sigas más, por favor, que no aguanto tanto dolor!...

"Que descanse tu corazón y también el mío, y luego seguirás tu amarga confidencia si con ello se curan un tanto los padecimientos que has sufrido.

Un silencio interrumpido a medias por los sollozos de Pedro, siguió a las-exclamaciones de Juan...

El arpa de Papías se oyó trinar suavemente en el Oratorio, y ambos Apóstoles recordaron que la oración de la tarde era llegada y que sólo con ella descansaría el alma de tanta desolación.

Y la oración, fue el bálsamo divino que pedían aquellas dos almas, tan cruelmente lastimadas por las incomprensiones de sus propios hermanos de ideales.

Apenas terminó la melodía del arpa, se llenó el ambiente de un efluvio de amor tan intenso que Pedro lloraba a sollozos imposibles de contener.

Había pasado tanto tiempo entre la dura escarcha de recelos y desconfianzas, de pensamientos adversos, de juicios equivocados, que aquel amor bajado de .los cielos como caricia de ángeles a un oscuro calabozo, le producía la dulce «moción del día inolvidable, cuando su Maestro le preguntaba:

—"Pedro... ¿me amas tú más que los otros?"

www.formarse.com.ar

Y tan claras sintió estas palabras y tanto reconoció la voz que las pronunciaba, que sin poderse contener se puso de pie tendiendo los brazos mientras sus labios repetían con gran vehemencia:

— ¡Sí, Maestro mío, tu sabes que te amo sobre todas las cosas de la tierra!

¡Era el momento solemne!

La imagen radiante se plasmó en la penumbra silenciosa del Oratorio, y todos percibieron al Maestro que tomaba las manos tendidas de Pedro y atrayéndolo suavemente lo estrechaba sobre su pecho.

Era la comunión del alma humilde del Apóstol con el alma glorificada de su Maestro.

La emoción demasiado intensa para el anciano, le hizo perder el conocimiento y sus rodillas temblorosas fueron doblándose mientras la aparición se efumaba suavemente.

Varios de los presentes acudieron a sostener a Pedro que se dejó caer por fin entre los brazos que tan amorosamente se le brindaban.

Juan y Cleto aparecían dormidos en una quietud de estatuas.

Y el arpa de Papías continuaba vibrando, con la música de gloria usada para cantar el salmo de agradecimiento a la Bondad Divina con que terminaban siempre las meditaciones.

* * *

Pedro amaneció como enloquecido de dicha. Se abrazaba de Juan y lloraba. Se abrazaba de Lino, de Lucanus, de Cleto, de todos cuantos se le acercaban uniéndose de corazón a él, a su dicha, a su gozo supremo, y con todos lloraba y reía... ¡Su llanto de emoción y de dicha parecía no agotarse nunca!...

— ¡En este incontenible llorar desahogo todos los dolores sufridos en cuantos años tengo sobre mis huesos!... ¡Dejadme, pues, llorar, que en este llanto se desvanecen todas mis penas!

Así repetía el anciano cuando le hablaban de distraerse y no llorar nunca más.

Y en esta inefable unión de las almas con el Cristo y de las almas entre sí, se deslizó la vida de Pedro y Juan entre sus compañeros de retiro, en espera de que el barco-correo hiciera otro de sus viajes trimestrales para regresar a Roma.

En aquella plácida quietud quería el anciano ejercer su vicio oficio de pescador, y un día en que la marea subió hasta un vallecito de la isla haciendo desbordar el lago que había en él, pudo satisfacer ampliamente su deseo, y era de ver su infantil alegría cuando pudo ofrecer el abundante fruto de su trabajo a la humilde mesa de sus hermanos.

—Yo seré el cocinero este día —les decía a todos colocándose el rústico delantal de cocina para condimentar la pesca de ese día.

Y en la comida de mediodía le decía a Juan sentado a su lado:

—Dicen nuestras Sagradas Escrituras que el paraíso de Adamú y Evana era algo tan exquisito que no podía compararse con nada en este mundo; pues yo digo, Juan, que este paraíso mío sobrepasa al de aquella feliz pareja. Estoy desposado con la Divinidad misma en la augusta personalidad de nuestro Señor. ¿No es ésta la verdad más clara?

—Sí, Pedro —le contestaba Juan, en extremo feliz de ver la felicidad de su viejo compañero de apostolado —. Sí, Pedro, estás desposado con la Divinidad por tu amor al prójimo y por tu heroica paciencia que ha soportado lo que nadie más que tú podía soportar.

Y para festejar este desposorio místico propongo que vayamos a Efeso si hoy o mañana viene La Gaviota como nos lo prometió su Capitán Galo.

Todos aplaudieron la proposición de Juan, menos Pedro, que guardaba silencio, mientras se dedicaba con toda su alma a colocar en los platos de su* compañeros la abundante pesca realizada por él.

Cuando volvió a su sitio en la cabecera de la mesa, dijo Pedro:

—No creo que en Efeso encontremos nada mejor ni más grande que lo que hemos tenido aquí; pero, si vosotros lo queréis, vamos.

—De aquí a dos días regresa el barco que llevó a Judá y Nebai a la isla de Rhodas y así que lleguen, se realizará el desposorio de nuestro noble protector Galo.

"¿No crees justo que asistamos a un acontecimiento que tanto significa para él?

www.formarse.com.ar

— ¡Ah!... Eso es otra cosa. Yo ignoraba ese detalle ¡Es justo, muy justo, Juan, y muy conforme con el querer y sentir de nuestro amado Maestro y Señor!

"¿No hemos aprendido de El a ser benévolos y complacientes con nuestro prójimo, compartiendo sus alegrías y sus pesares? Sí, sí, Juan, iremos, y yo vestiré mi túnica blanca y mi manto azul, regalo de la Santa Madre suya que quiso verme vestido en las grandes fiestas con los colores preferidos de su gran Hijo.

"Veo, Juan, que el Señor no pone término a mi paraíso...

—Que será para todos los días que te restan de vida —le contestó Juan entre un alegre palmoteo de manos en que la dicha de todos estallaba en esa forma.

Era el feliz aleteo de una bandada de palomas, felices sobre una cumbre plena de luz y de sol.

Se sentían todos libres en seguimiento de un mismo sublime Ideal. Y todos pensaron en aquella frase del Divino Ungido:

"La verdad os hará libres'. "El amor os hará fuertes".

LOS AMIGOS DE JHASUA EN EFESO

Cuando declinaba la tarde, llegó "La Gaviota" al pequeño muelle de la Isla de Patmos.

Galo, su Capitán, rebosaba de dicha y de alegría. Esa misma semana celebraba sus nupcias y, pensando en tan grandioso acontecimiento, traía en su velero un buen cargamento de trajes de ceremonia para todos los moradores de la Isla de Patmos.

Y entonces ardió Troya para el buen Pedro, que a todo accedía menos a vestir ropajes paganos, según él decía.

—Tengo ochenta años amiguitos míos —decía con lastimera voz— y a esta edad, ¿queréis que vista túnica a la rodilla con bordados de hilos de plata y cinturón con piedras de mil colores?

"¡Oh!... ¡ni que estuviera loco!... Si sólo a ese precio puedo ir con vosotros, me quedo aquí con mis redecillas y mis anzuelos.

Juan intervino para calmar la pequeña tormenta.

—Galo, amigo mío, está en lo justo. No le violentemos más. Su edad y sus costumbres le dispensan de un cambio de ropajes. Bien está con su túnica de cachemira blanca y su manto de lana azul. Tengo empeño en presentarlo a nuestros hermanos de Efeso como el Patriarca y Jefe único de nuestras Congregaciones Cristianas. Creo que esto impondrá mayor respeto a los que empiezan a constituirse jerarcas en la obra del Maestro al cual no conocieron ni oyeron nunca.

"El fundó su obra y la cimentó sobre Pedro, y yo de mi parte haré cuánto pueda por que así sea mientras yo viva.

El buen Galo aceptó la disposición de Juan y no se habló más del asunto.

Dos días después se embarcaban todos a fin de estar en el Cabo Trogilio a la llegada del Príncipe Judá y Nebai.

Traían grandes y halagüeñas noticias. Habían visitado Cabo Salmón en la Isla de Creta donde Anolino de Rhodas, tío de Nebai, tenia posesiones y negocios que él en su testamento dejaba a su sobrina, verdadera dueña de lo que perteneció a su padre.

Allí dejaban establecida la "Santa Alianza" y un Oratorio-Escuela y Refugio al estilo de los que el Maestro fundara en Palestina.

En la Isla de Rhodas, el tío recientemente fallecido tenía una importante colonia en la cual había mineros, metalurgistas, labriegos y tejedores.

—Todo esto es tuyo, hija mía —le decía el anciano moribundo a la dulce y tierna Nebai, que no obstante lo injusto que él fue con su padre, ella lo perdonó todo y su buen corazón se desbordó de ternuras y solicitudes para el infeliz anciano, que a la hora de la muerte reconocía su pecado de avaricia y latrocinio contra su hermano menor, cuyos grandes sufrimientos son bien conocidos del lector de "Arpas Eternas".

Ella daba más importancia a la consolación de aquel ser próximo a partir al mundo espiritual, que a los bienes materiales de que la dejaba dueña y poseedora única.

En su oración continua junto al lecho del moribundo, dialogaba con el dulce Jhasua de su infancia lejana.

www.formarse.com.ar

— ¡Jhasua! mi tierno compañero de la fuente de las palomas, allá en la casita de piedra... en los valles del Tabor. Es aquella Nebai de la infancia quien te llama y te evoca en esta hora. ¡Jhasua!... lo que tú clamaste en la hora de tu sacrificio, lo repito yo en favor de este anciano moribundo que recoge en su hora final lo que ha sembrado para su mal; no tuvo piedad ni amor para nadie, y se ve olvidado y abandonado hasta de sus hijos.

"Si yo tengo piedad de él, es porque tú me la enseñaste y de ti la aprendí y con tus mismas palabras te clamo, Jhasua: "¡Perdónalo, porque no supo lo que hacía!"

"En Creta y en Rhodas donde él ha pecado de egoísmo y avaricia, quedará fundada tu "Santa Alianza" con los Oratorios, Refugios y Escuelas ¡como tú querías y lo hacías en tus días luminosos de apóstol sobre la tierra!...

Y bañado su rostro en lágrimas mientras sostenía la enflaquecida mano del enfermo que agonizaba, Nebai dobló la rubia cabeza sobre su pecho y pudo oír esta conmovedora oración:

— ¡Cristo piadoso de Nebai, ten piedad de mí, que tanto he pecado en contra de tu Ley de amor!

"¡Cristo de Nebai...Cristo de Nebai, no me condenes!...

Y con estas palabras terminó esta vida que pudo ser un largo encadenamiento de bien para innumerables seres y que fue de amor desmedido para sí mismo y olvido de cuanto le rodeaba, como no fuera levantar una inmensa fortuna para su propia complacencia.

Y mientras ella consolaba al moribundo, Judá contenía a los jornaleros enfurecidos contra el amo, que tenía la mala ocurrencia de morir sin cumplir ni una sola de las promesas que les tenía hechas: pedazos de tierra a los labriegos, retazos de montañas con vetas valiosas de piedras buenas o de metales codiciados a los mineros y metalurgistas; trozos de bosques de plátanos y cedros a los obreros de la madera.

Y Judá, con la calma serena del hombre fuerte y el alma templada al fuego ardiente del dolor les decía:

—Tened confianza en mi palabra, que os digo por mi honor de hijo de Quintus Arrius a quien veneráis:

"Mi esposa es la única heredera de vuestro amo, y ella será para vosotros la realidad de todas las promesas que él os ha hecho y no ha cumplido.

Mientras vociferaban insultos, agravios y execraciones en contra del amo, salió Nebai que había recibido el último suspiro del moribundo y que estaba sintiendo la tormenta de odio que rugía fuera.

—Aquí la tenéis —dijo Judá, tomando del brazo a Nebai y sacándola al pórtico de la vieja mansión que era toda una fortaleza.

¡Qué irradiación de amor derramaría su presencia, que los gritos de odia se tornaron en aclamaciones de admiración, de amor, de júbilo!

— ¡Es nuestra diosa Artemisa que ha bajado al mundo a remediar nuestra miseria! —Gritaban unos—

¡Artemisa, Artemisa!... ¡cuánto has tardado en escucharnos!

Y alegres vivas a la Artemisa de carne y hueso, de rubios cabellos y ojos color de miel que se les presentaba como una visión, aturdían a la pobre Nebai que acababa de recibir el postrer aliento de un moribundo y que sentía en su alma el dolor de aquel ser infeliz, que en su hora postrera reconocía su vida desnuda de todo merecimiento y oprimida de cargas muy pesadas que debían abrumarle por siglos y siglos.

—Esperad a que hayamos sepultado a mi tío —les dijo, acercándose confiadamente a todos ellos— y entonces venid, que mi esposo y yo haremos con vosotros todo cuanto no hizo vuestro amo, al cual os ruego que no maldigáis más.

"Si él no mereció vuestro amor, por lo menos que se apague vuestro odio. Yo os ayudaré a bendecir su memoria cumpliendo en su nombre todas las promesas que os hizo y un poco más todavía.

En ese momento salió Judá con un bolso de seda lleno de monedas de oro que entre él y Nebai repartieron a los jornaleros.

—Este oro —les decía— es sin duda fruto de vuestro trabajo y vuestro, amo lo guardaba en su arca de valores, os lo devolvemos y quedáis en paz.

"De aquí a dos días venid todos tranquilos y dejaremos arreglada vuestra situación para el futuro.

—"El oro" —decía nuestro antiguo amigo Simónides— "es bueno, mi Señor, para comprar la voluntad de los miserables". Y aunque ellos no eran de tan bajo nivel que merezca ese nombre, el oro que vieron brillar en sus manos les devolvió la tranquilidad y unos a otros se decían:

—Gloria eterna a nuestra madre Artemisa que nos da unos amos, en nada parecidos al que acaba de morir.

Judá y Nebai, al entrar de nuevo en aquella vieja fortaleza, decían:

www.formarse.com.ar

— ¡Cuan triste es la condición humana cuando los seres ignoran todo cuanto nosotros sabemos! El pobre tío con tantas riquezas amontonadas, pudo ser feliz hasta lo sumo haciendo la felicidad de quienes le ayudaron a enriquecerse.

"¡Y he aquí que muere cargado con su egoísmo y con todo el odio de estas gentes que sufrieron miseria y hambre por causa suya!

Con nuestros grandes amigos Judá y Nebai, volvemos a Efeso donde les esperaban ambos apóstoles con sus compañeros y el buen Capitán Galo, en su señorial mansión engalanada para sus bodas.

— ¿Qué hicieron mis misioneros en Rhodas y Creta? —fue la primera pregunta de Pedro después de recibir el beso filial de aquellos dos amados hijos de FU alma, que no obstante su elevada posición v su gran fortuna, seguían tan modestos y sencillos como siempre les había conocido.

Y les fue necesario referirle con todos los detalles cuanto hicieron en los cuarenta v dos días pasados en aquellas islas.

El nombre de Quintus Arrius era amado en todas las islas del Egeo y la costa norte del mediterráneo, y ese nombre les había abierto todas las puertas y facilitado el éxito en sus trabajos de misioneros de Cristo.

A más, en todas esas comarcas existían hijos de Israel con sus comercios y sus Sinagogas, en las cuales ya se tenía noticia del gran Profeta que el Sanhedrín Judío había sacrificado, porque iluminó al pueblo con la Verdad Divina, que hace libres y felices a todos los seres que se abrazan con ella.

También el nombre del buen Simónides como un modelo del comerciante honrado, rodeó a su nieta Nebai de una aureola de simpatía y afable acogida en todos los ambientes.

La escogida flota marítima del Príncipe Ithamar de Jerusalén, padre de Judá, regenteada últimamente por el comerciante Simónides de Antioquía, eran lemas bastante conocidos en los principales puertos y en los grandes comercios.

Todas estas circunstancias debió Judá referir al anciano Apóstol para dar tranquilidad a su conciencia; y cuando todo lo hubo escuchado atentamente decía:

— ¡Muy bien, hijo mío! Muy bien. Te he molestado con tantas averiguaciones porque quiero responder con justicia perfecta a lo que nuestro Señor quiso hacer de mí:

"Tú eres Pedro, que significa *piedra* y sobre ella dejo cimentada mi obra".

"Cuando recuerdo esto, me estremezco hasta el fondo de mis entrañas. —Y seguía repitiendo como el eco de su tenaz pensamiento—: Tres Oratorios con Escuela-Refugio en Creta. Cinco Oratorios y una Escuela-Refugio y Taller en Rhodas...

"¡Oh, mi amado Señor! ¡En todas partes se levanta tu nombre y resplandece tu gloria como un sol al mediodía!

Y se quedaba extático mirando al cenit como si en realidad percibiera al glorificado Maestro que llenaba de ansiedades divinas su viejo corazón.

Dos días después celebraban las bodas del joven Capitán Galo con su prima Lucina, bendecidos por el anciano Apóstol Pedro y actuando como padrinos Judá y Nebai, Juan y la madre de la desposada.

Los solitarios de la Isla de Patmos hicieron florecer de bendiciones al recién formado hogar que más adelante fue el amoroso nido de grandes amigos de Jhasua de Nazareth

—Ha llegado mi turno —dijo el Apóstol Juan a sus compañeros, cuando se apagaron los rumores y melodías de la gran celebración nupcial.

—¿Turno de qué? —le preguntaban los demás.

—Ahora lo veréis. Cuando nuestro amado Pedro se retire a descansar después de la cena, todos nosotros, con Galo, Judá y Nebai, haremos una secreta asamblea.

— ¿Sin el Apóstol Pedro? —preguntaban todos asombrados.

—Justamente es él quien debe ignorarlo.

Y a la noche tercera después de las bodas y cuando todos dormían en la señorial mansión, se reunieron en el Oratorio, Juan con sus nueve compañeros, Judá, Nebai, Galo con su esposa y su madre. Y a puertas cerradas deliberaron algo de capital importancia para la Cristiandad, que ya se extendía hasta lejanas comarcas del mundo civilizado de entonces.

Era a puerta cerrada. Nadie lo supo; pero la Luz Eterna poseyó el secreto.

Ella es la Maga Divina que todo lo ve. Y si tú y yo, lector amigo, nos acercamos a Ella con fe y amor nos lo revelará tal como ella lo recogió con su mirada mágica y fiel, que no engaña nunca...

www.formarse.com.ar

Era la hora tercera de la noche, según se contaba entonces.

Una espléndida luna llena se levantaba al cenit, cuando Juan cerró la puerta del Oratorio y se guardó la llave en el bolsillo interior de su túnica.

Luego abrió el gran ventanal que miraba al mar sobre cuya serena calma, tendía la luna un amplio velo de plata.

Y tomándose de los gruesos barrotes de hierro que la enrejaban exclamó:

—Sólo tú, astro sereno de la noche, puedes penetrar en este sagrado recinto y ser testigo de nuestras palabras —se volvió hacia todos los que le rodeaban y les dijo—:

"Veo que os asombran mis precauciones, de las cuales sugerís que tiene mucha gravedad lo que aquí hemos de tratar.

"En verdad es así, hermanos míos, y antes de comenzar esta Asamblea 05 pido a todos una promesa solemne que también yo haré con vosotros:

"Cristo Ungido de Dios, Verbo Eterno que nos guías a tu Reino y serás un día el Juez de nuestras acciones, recibe con amor la promesa solemne que, reunidos en tu presencia, te hacemos, movidos por las necesidades de la hora presente, por tu amor, por tu Nombre, y por la gloriosa continuación de tu Obra de redención humana: Guardaremos celosamente el secreto de cuantas resoluciones tomemos en esta hora crucial de tu Cristiandad, apenas nacida y ya amenazada de muerte. Mira, Señor, al fondo de nuestros corazones y allí encontraréis grabadas a fuego estas palabras:

"Fidelidad eterna al Pensamiento Divino del Verbo de Dios.

Cuando esta plegaria, que era una promesa solemne, fue repetida por cada uno de los presentes, Juan la repitió casi llorando al final, y luego dijo:

—Lucanus, en tu calidad de Notario de nuestro padre común, Pedro de Galilea, primer Apóstol de nuestro Señor el Cristo, haz el favor de tomar nota de cuanto aquí se resuelva, y aquí tienes el original de la promesa que hemos hecho al Maestro para que aparezca en el Acta que haz de escribir. Y entregó a Lucanus una hoja de pergamino.

Sentaos, hermanos y que sea nuestro Maestro el inspirador de cuanto resolvamos en su Nombre.

Un silencio solemne y profundo ponía vibraciones casi de pavor en todos los ánimos.

Se sentían todos como ante un augusto tribunal, en presencia del cual, todo debía ser grande, justo y bueno.

Nadie habló palabra y Juan continuó;

—Vosotros conocéis bien el camino por donde nuestro Señor y Maestro ha querido conducirme y conduciros a todos vosotros juntamente conmigo.

"Vosotros conocéis el misterio de *las Voces* que, me hablan en el silencio de la meditación, y sabéis que esas *Voces* no han mentido nunca y que cuanto ellas han dicho se ha cumplido.

"Siete días antes de la llegada de Pedro a nuestro lado, esas *Voces* comenzaron a relatarme cuanto está pasando en el seno de la *Cristiandad y* uso este nombre por primera vez, para unir con él a todas las Agrupaciones fundadas por los amigos de Jhasua de Nazareth que, hasta hoy, permanecemos fieles a sus designios referentes a la Obra que fundó sobre la tierra.

"Más tarde, las referencias que me ha hecho Pedro, confirman cuanto *las Voces* me habían revelado.

"Y es, después de haber recibido esta confirmación, que he comprendido la necesidad de tomar medidas que eviten males mayores.

"Últimamente he tenido anuncios de que en Roma hay una especie de confabulación que declara a Pedro inapto por su ancianidad y falta de estudios académicos, para ocupar el alto puesto en que nuestro Señor le puso. Le acusan de debilidad y excesiva complacencia para con todos, y lo atribuyen a sus muchos años y a su escaso conocimiento de la sociedad humana de la actualidad, en las grandes capitales del mundo.

"Las Voces me han dado los nombres de los que forman ese Consejo secreto: Manahen de Cesárea, de la Congregación de Antioquía y que lleva dos años en Roma; Judas Baarsaba de Sidón, Silas de Jerusalén, Timoteo de Listra, Aquila de Bitina, Justo de Macedonia y Crispo de Corinto. Estos son los iniciadores, pero a ellos se van uniendo en secreto, muchos más cuyos nombres ignoro, porque *las Voces* no me los dieron.

"De todos los nombrados, sólo conozco personalmente a Manahen de Cesárea, porque estuvo algún tiempo al servicio de Herodes Antipas en Tiberias, del cual se apartó porque cayó en desgracia con Herodías, y

www.formarse.com.ar

amenazado de muerte por ella, huyó a Antioquía, y cuando acompañé a Pedro en uno de sus viajes, allí le encontré con Bernabé y Simón de Níger fundadores de esa Congregación.

"Este Consejo secreto quiere levantar a Saulo de Tarso al lugar ocupado por nuestro padre Pedro que nuestro Señor dejó como fundamento de su Obra; pero el secreto ese no ha sido fielmente guardado por todos, y de esto resulta que elementos disolventes y separatistas, puestos quizá inconscientemente al servicio de los malos espíritus obsesores, llegan a incubar la idea del delito de hacer denuncia en contra de Pedro, cuyo poder de curar enfermos incurables para la ciencia lo coloca entre los cultivadores de la Magia que, según las leyes de los Templos Oficiales, sólo allí hablan verdad los oráculos de las Pitonisas.

"La vida de nuestro Pedro está, pues, en grave peligro. Yo así lo veo y lo creo. Os ruego que habléis ahora vosotros y entre todos resolveremos lo que sea justo hacer.

Un hondo silencio que delataba indignación y estupor se mantuvo por unos momentos. Luego, habló Galo:

—Soy el último entre vosotros —dijo, no del todo sereno— pero declaro estar en todo y por todo en acuerdo con el pensamiento del Apóstol Juan.

—Y yo... y yo... y yo..., fueron repitiendo todos, comenzando por Cleto, Lino, Papías, Lucanus, Policarpo y todos por fin.

—Bien —dijo Juan— os doy las gracias a todos. El perfecto acuerdo es la base fundamental de cuanto hemos de resolver.

"Ahora conviene que cada cual exprese lo que debemos hacer para evitar la anulación de lo que nuestro Señor y Maestro, el Cristo Verbo de Dios, dejó resuelto y fundamentado con el derecho pleno y la soberana voluntad de Ungido, Mesías y Fundador de su Obra de liberación humana.

—La indignación me ha hecho callar hasta este momento —expresó Judá— y algunos rumores me habían llegado, a los cuales no presté atención por su misma ruindad y vileza. Pero pienso como tú, Juan, y tanto Nebai como yo estamos a tu lado, bien lo sabes. Por mí, ni una paja del suelo ha de moverse en contra de lo que nuestro Jhasua dejó hecho y ordenado.

—En cuanto a mí —expuso Cleto— el Señor me ha hecho ver en sueño todo cuanto ha expuesto nuestro Maestro Juan, *y* si hasta hoy no lo dije, fue por temor de que fueran sugestiones de malos genios para turbar la paz de mi alma.

"Los hermanos que habían venido de Roma, aseguraron estar algo al tanto de los desacuerdos que promovían los compañeros de Saulo, cuyo título de Doctor de la Ley, emitido por el Gran Colegio de Jerusalén, les parecía más que suficiente para levantarlo a un nivel muy superior a todos los demás discípulos del Cristo Ungido de Dios.

"Pero nunca pensaron que esos acuerdos llegaran al extremo de pretender anular la autoridad que dio el Maestro al Apóstol Pedro.

Después de largas consideraciones y minuciosa búsqueda de los mejores medios de remediar el mal, antes de que causara mayores daños resolvieron entre todos retener a Pedro en Patmos y enviar con Judá a Lino, que era el de mayor edad entre ellos y el que más vinculado estaba con todas las Agrupaciones de Roma.

Era, además, cuñado del Prefecto encargado del orden en la gran Capital, lo cual le daría cierto ascendiente para servir de protección en caso necesario.

Por este medio, Lino había salvado a muchos hermanos, que llevados de un celo imprudente, divulgaban su ideal cristiano entre seres que estaban muy lejos de poder comprenderlos.

Denigrar a los dioses ante fanáticos admiradores suyos, era provocar reacciones violentas, que seguramente iban a terminar en las arenas del Circo Máximo, a merced de las fieras.

Debemos reconocer que, entre los adeptos de la primera hora, hubo celo indiscreto y exagerado, a causa de que se levantó a la altura de heroísmo el hecho de entregarse a una propaganda estéril, de un ideal tan sublime y elevado, entre un populacho envilecido por la corrupción más espantosa, hasta el punto de gozar como placentera diversión, cuando las fieras hambrientas despedazaban en el Circo a los reos condenados a muerte.

La voz de Pedro y todos los suyos no era escuchada por todos, cuando les aconsejaban no exponer inútilmente la vida que les era necesaria para sembrar discretamente fe buena simiente, siguiendo el consejo del Divino Maestro que decía: *"No deis margaritas a los puercos, que las pisotean entre el fango de su Pocilga?'. "No arrojéis perlas a las bestias del campo que sólo quieren el pasto para alimento".*

La vanidad de ser héroes, de parlamentar en los Tribunales y convencer a los altos gobernantes de los pueblos conquistándose así el Reino de Dios y un nombre glorioso entre los seguidores del Cristo, llevó a

www.formarse.com.ar

muchos seres a la muerte y se perdieron en verdad preciosas vidas jóvenes, que pudieron prodigar grandes bienes a la causa que defendían.

Como sostenían los ancianos Pedro, Simónides, José de Arimathea y con ellos, todos los que tenían la experiencia de los años, no era muriendo prematuramente como divulgarían el ideal de amor fraterno enseñado por el Cristo, sino viviendo una vida conforme a su Ley:

Ya lo dijo El: *"En el amor que os tengáis los unos o los otros conocerá el mundo que sois discípulos míos"*

Todas estas consideraciones fueron tratadas en la secreta Asamblea realizada en Efeso en la mansión del Capitán Galo y a puertas cerradas.

—Mi nombre de Quintus Arrius, hijo —expuso Judá— está sirviendo de escudo defensivo para nuestras Congregaciones que al exterior aparecen como Instituciones de beneficencia para cuantos necesiten socorros. Pero he de confesar que algunos encargados de la distribución de alimentos y ropas, los niegan, si algunos de los que piden son devotos de los dioses y no aceptan el bautismo como iniciación purificadera, antes, prefieren ofrecer sacrificios a los dioses que les son benéficos según ellos.

"De esto han resultado las denuncias que llevaron a la muerte a varios de nuestras filas.

—En verdad —añadió Nebai— nosotras, las mujeres, hemos formado como una Liga de protección, procurando hacer comprender a nuestros adeptos que esa intolerancia da resultados negativos, porque aquellos a quienes les niegan socorro por no querer apartarse de cultos idólatras, se retiran tan irritados, que se vuelven enemigos nuestros, de los cuales sólo venganza y odio se puede esperar.

—Esa Liga protectora —añadió la suegra de Galo— vamos a formarla en Efeso, pues ya comenzamos a tropezar con los mismos inconvenientes que ha expuesto nuestra hermana Nebai. Y en nuestra ciudad y en todo el país hay un gran fanatismo del culto a Diana, a la que todos, ricos y pobres, le ofrecen sacrificios y votos con tal abundancia, que su templo aparece como un museo de riquezas y objetos de toda especie. Hay mujeres que se despojan hasta de una hermosa cabellera que dejan prendida a los altares de Diana.

Por fin habló Lino, a quien le dolía mucho dejar la hermosa soledad de Patmos para volver al laberinto de Roma:

—Lo siento mucho, es verdad, pero si ha de ser para salvar la vida de nuestro amado Padre Pedro, disponed de este discípulo del Señor, como lo creáis conveniente. Sólo me atrevo a pediros que me deis por compañero a Cleto aquí presente, y en el cual encuentro tanta afinidad y tanta luz divina, que, teniéndolo conmigo, me sentiré más seguro de mí mismo entre las tormentas que nos amenazan.

Todas las miradas se volvieron al humilde Cleto que seguramente no esperaba ser necesario a nadie.

—Yo voy a donde nuestro maestro Juan me mande, aunque sea al final del mundo —dijo resueltamente.

—Por salvar al Padre Pedro, iríamos todos —dijo Papías.

— ¡Sí, sí, todos! —se oyeron muchas voces a la vez.

Juan dijo las últimas palabras, después de un silencio que tenía aspectos de meditación.

—Con Lino y Cleto al lado de Judá y Nebai en Roma, pienso que protegemos la vida de Pedro y de la Obra de amor de nuestro Señor el Cristo. Yo me encargo de convencer a Pedro.

Después de una breve acción de gracias al Cristo Invisible, que todos sentían presente, terminó aquella secreta asamblea con estas palabras:

"Cuando estáis reunidos en mi Nombre, Yo estoy en medio de vosotros."

Todos las sintieron en lo hondo de sí mismos y cayeron de hinojos en el pavimento exclamando a una vez: ¡Maestro!... ¡Jhasua!... ¡Señor Nuestro!

— ¡Que su Paz y su Amor sea siempre con nosotros! —exclamó Juan y abrió la puerta que él mismo había cerrado.

LA PIEDRA DE CRISTO

Tres días después pensaban regresar a su retiro los solitarios de la Isla de Patmos, con Pedro, Judá, Nebai y Lucanus.

Pedro debía visitar los Oratorios, Refugios y el local de la Santa Alianza en Efeso. Y así lo hizo.

Su facultad de sanar las más rebeldes enfermedades le atrajo el reverente amor de todas aquellas gentes, en tal forma que en los patios, terrazas y huertos de la gran Casa madre de aquella ciudad, no cabían ya los

www.formarse.com.ar

que buscaban al anciano extranjero, curador de todas las dolencias que la ciencia había declarado incurables. Y como de ordinario en este mundo, hasta de los bienes extrae males la humanidad, los curados no podían callar y de oído a oída corrió la voz del hombre prodigioso, que de lejanos países había llegado a Efeso como una bendición de los dioses.

En el barrio Norte de la Ciudad, había también otras agrupaciones Cristianas que no fueron fundadas por el Apóstol Juan, sino por Saulo de Tarso, a quien más tarde se lo llamó Pablo.

El egoísmo humano encuentra siempre el modo de aparecer en condiciones superiores a los demás, *y* fue así como los de las Agrupaciones de Saulo se reían muy por encima de sus hermanos de las Agrupaciones fundadas por Juan.

—Nuestro Maestro fundador es un doctor de la Ley que ha visitado las mejores Casas de Estudio de Palestina, Italia y Grecia —decían los más ignorantes y vanidosos, al hacer la propaganda de su Congregación.

"El fundador de las Escuelas del barrio Sur —añadían— es un hombre bueno, pero es de humilde origen, fue pescador en su país y no asistió a ninguna Academia.

En este estado de leve antagonismo se encontraban las Congregaciones Cristianas de Efeso, sin que Juan diera mayor importancia a tales rumores. Quienes sufrían mayores mortificaciones eran Galo, su familia y los que pertenecían a las Congregaciones, así disminuidas de su valor y condiciones.

Pero cuando comenzaron las grandes curaciones realizadas por Pedro, los conceptos sufrieron un cambio notable.

Y el leve antagonismo se tornó aversión y lucha declarada. Si no hubiera sido por Judá que hizo valer su filiación de Quintus Arrius, y por la intervención del Tribuno Cayo Lucio que gobernaba la Ciudad y era uno de los antiguos oficiales de la Itálica y compañero de Judá, los adeptos de las Agrupaciones fundadas por Juan, lo hubieran pasado bastante mal.

¿Cómo podían soportar los *saulistas* que los *juanistas* poseyeran algo superior a ellos que siempre estuvieron en lo más alto?

Los que sufrían enfermedades incurables no escuchaban estas razones. Lo primero y más importante para ellos era curarse. Y si de las humildes *Escuelas del pescador,* como decían, salían libres de lepra, de cáncer, de parálisis, de tuberculosis, etc. ¿qué les importaba que el fundador fuera pescador o doctor, ni aún que fuera un rey? Acudían en muchedumbre para ser curados, y aun querían quedarse formando parte de las Congregaciones en que habían recibido el don de la salud y de la vida.

El amor casi infinito de los dos Apóstoles del Cristo suavizó la aspereza de aquella contienda, muy comprensible entre seres de escasa evolución espiritual y moral.

El Capitán Galo con Quintus Arrius (hijo) se presentaron a las Congregaciones del Norte (las fundadas por Saulo), y hablando con sus dirigentes, obtuvieron la aceptación de que el *médico extranjero* fuera a sus locales y curase a los enfermos que lo desearan, sin tener que trasladarse a las Congregaciones del barrio Sur.

Esta discreta medida, calmó el ánimo de los más exaltados y la tormenta fue conjurada al exterior; pero quedó en las almas el antagonismo, porque, descubierta la injusticia, dio por resultado que en el barrio Sur fue necesario establecer tres Congregaciones más, formadas con los enfermos curados, que por gratitud y acaso previniéndose para el futuro, quisieron a toda costa quedar entre l*os pescadores* como dieron en llamar a los que se inclinaron hacia Pedro y Juan.

Difícilmente pueden ser curados de raíz estos antagonismos entre idealistas de sentimientos mezquinos y pobres, porque el *"Amor que salva todos los abismas"* no puede vivir entre los cultores de *lo tuyo y lo mío.*

Tú me comprendes, lector amigo, en mis sencillas parábolas, porque has leído "Arpas Eternas" y me vienes siguiendo en "Cumbres y Llanuras".

El saberme comprendido por ti, es "el mejor galardón que puedo esperar.

La noche última que nuestros amigos pasaron en la ciudad de Efeso, Juan y Pedro apartados en el Oratorio, quisieron hacer una meditación a *solas con el Maestro* —decían ellos.

Fue Juan el que invitó, porque deseaba convencer a su amigo de quedar por más tiempo en la soledad y retiro de la Isla de Patmos.

Doloridos y hondamente lastimados por las decepciones que habían sufrido, fácilmente buscaron sus almas el suave consuelo de los encuentros sublimes...

El alma glorificada del amado Maestro les esperaba sin duda para curar sus heridas y fortalecer sus cansancios... sus desolaciones.

¡Cuan dulce y suave es esta esperanza!

www.formarse.com.ar

¡Y para Pedro y Juan fue ampliamente confirmada!

La Divina Presencia no tardó en hacerse sentir intensa y tiernísima.

Y ambos dijeron a media voz las mismas palabras:

—*El Maestro está aquí y nos llama.*

— ¡Bendito seas…Señor, que acudes a consolar a tus siervos! —exclamó Pedro llorando de emoción.

Juan cayó en hipnosis y quedó inmóvil como un dormido. La Divina aparición no se hizo esperar.

El bien amado Señor estaba frente a Pedro y tomándole la cabeza con ambas manos le miraba a los ojos y le decía:

— ¡Pedro!... ¡mi piedra fundamental!... ¡Eres una piedra que siente y ama! Por eso estoy a tu lado. ¡Por eso hice mi morada en tu corazón para siempre!

"¡Pedro!... ¿Me amas tú más que los otros?...

— ¡Mi Señor!... Siempre me preguntas así ¿Es que dudas de que yo te ame porque te negué cobardemente en la hora de tu sacrificio?

—*Ya no recuerdo ese detalle. Si te repito esa pregunta, es por el gozo de oírte confesar tu amor eterno al Hijo de Dios.*

— ¡Gracias, Maestro, mi Señor! Háblame, que tu siervo escucha dispuesto a obedecer lo que mandes.

—*Un día mi voz te dijo: "Quiero que vayas a Roma donde hay almas que* tan *mías y has de fortificarlas en su fe y ellas han de reconocerte como mi piedra fundamental". Tú me obedeciste y el Calvario que allí te esperaba, fue* más *largo que el mío: fue tortura de crucifixión para tu alma, que ha soportado con sereno valor.*

Ahora mi voz te dice: No quiero que vuelvas a Roma, porque has merecido que el Reino de Dios comience en la tierra para ti. Pocos son los días que aún andarás revestido de carne y has de pasarlos al lado de Juan para recibir juntos mis legados para el futuro.

— ¡Señor! Tu voluntad es la mía más, ¿quién será el que haya de cargar con esa cruz y subir a ese Calvario? —y Pedro al preguntar así pensaba en Marcos, que estaba en Roma desde el año anterior.

Pero vio de pronto y a los pies del Maestro dos seres transparentes que flotaban entre nubecillas de gasas azuladas. Eran Cleto y Lino, los que se habían conquistado su fe, su amor y su plena confianza. La visión del Cristo, ponía sus manos sobre aquellas cabezas inclinadas y todo aquel cielo de luz se esfumó en la penumbra del silencioso recinto.

Juan se despertó y su alarma fue grande al ver a Pedro doblado con su rostro en tierra y sollozando intensamente.

— ¡Pedro! —le dijo— ¿ por qué lloras? ¿Qué ha pasado aquí?

—El Maestro estuvo aquí y me habló. Juan!... Algo grande y acaso muy terrible se acerca. El Señor me manda quedar a tu lado y no volver a Roma ¿Qué sucederá?

—Gracias al Maestro, Pedro, porque también yo quería eso mismo para que no suceda lo que nuestros adversarios quieren.

— ¿Qué es lo que quieren?

—Acabar con tu vida antes de la hora marcada por tu ley.

—No es una novedad para mí y aquí tienes la prueba.

Y Pedro sacó de su bolsillo interior una hoja de pergamino muy doblada entre una petaquita de piel y la entregó a Juan; Leamos con él:

"Yo, Pedro de Galilea, hijo de Simón Barjonne y de Susana de Jericó, declaro que quiero vivir y morir siguiendo las huellas de mi Señor y Maestro, Jhasua de Nazareth, personificación del Cristo, Hijo de Dios, Mesías anunciado por nuestros Profetas. Sé que estoy denunciado a los templos como mago auxiliar de los malos espíritus y espero la muerte de un momento a otro.

"Por si acaso los tormentos a que sea sometido me roban el conocimiento, pido a mis hermanos encargados de acabar con mi vida, que sea yo puesto en un madero en cruz, tal como lo fue mi Maestro, pero con la cabeza tocando la tierra. No debe morir el siervo de igual manera que su Señor.

"Perdono de corazón a los que no me quieren, y a todos los que me aman les bendigo rogándoles conservar el legado del Maestro tal como lo hemos recibido de su boca.

"Alabado sea Dios y su bendito Hijo, el Cristo.

"Pedro de Galilea"

www.formarse.com.ar

* * *

Seis días después, Judá, con Nebai, Cleto y Lino tomaban el Barco-correo que desde el Cabo Trogilio seguiría viaje hasta la Capital del Imperio.

Todos les vieron partir con pena, no obstante de oír el consolador *hasta pronto* que oyeron en la despedida.

Todos se volvieron a encontrar en la tierra, menos Pedro, que fue llamado al Reino de Dios el mismo día aniversario de la muerte de su Maestro, veintiocho de Marzo del año sesenta y siete. Había velado por la Hermandad Cristiana todo el tiempo transcurrido desde la primera asamblea en la casa de Nazareth, en la que fue obligado a ocupar el sitio de Cristo a la derecha del altar hogareño, donde la estrella maga de las grandes anunciaciones, brillaba con radiante claridad.

La oportunidad de la circunstancia me llevó a relatar este acontecimiento anticipadamente, pero aún nos falta conocer algo más, de las intimidades espirituales de estos dos fieles amigos de Jhasua de Nazareth.

EL ÁGUILA SOLITARIA

— ¡Cuan solos nos vamos quedando, Juan! —exclamaba Pedro en una apacible tarde en que ambos dialogaban, o escribían, o leían viejas escrituras que Lucanus iba traduciendo de muertas lenguas del pasado remoto, a las más usuales de esa época.

El sol se escondía lentamente detrás de los pinares que rodeaban la cabaña, y sólo un espacio sobre el mar les permitía contemplar la dorada niebla que el ocaso extendía sobre las aguas tranquilas. Era, pues, la hora de los pensamientos grandes, profundos, que muchas veces quedan sin respuesta por no poder ver más allá de ellos...

—En verdad escasean a nuestro lado los seres de carne y hueso, pero no los otros... esos que sólo nos traen flores divinas de paz, de consuelo, de esperanza y de amor No podemos quejarnos.

—Sí, es verdad y tienes mucha razón, pero hay en mi corazón una espina que me lastima mucho. Hago esfuerzos y no la puedo arrancar.

— ¡Una espina, Pedro!... ¿tú que casi perdiste la vida en servicio de nuestro Señor y al cuidado de los que El te dejó?

— ¡Justamente por eso!... ¿No será negarle de nuevo el haberme quedado en esta placentera soledad, huyendo de las tormentas de Roma?

—Recuerda que El mismo te dijo: "No quiero que vuelvas a Roma", como años atrás te dijo también: "Quiero que vayas a Roma".

"¿No es esto pura verdad?

—Es verdad, más dime, ¿qué será lo que nuestro Maestro quiere de nosotros dos, en este apartamiento de todos sus amigos que andan por el mundo?

"Nuestros compañeros de apostolado se lanzaron en medio del mundo y soportan valerosamente todas las incomprensiones, las ignorancias, las pretensiones estúpidas, las intenciones torcidas y malignas de unos y otros, y, ¿qué dirán cuando sepan que tú, el más joven, y yo, el más viejo, nos hemos llamado a sosiego en este paraíso terrestre que es como un retazo de cielo entre el turbión de las maldades humanas?

—Hace algún tiempo que dejó de preocuparme el *qué dirán* desde un día que en una meditación interrumpida por una maraña de pensamientos torturadores, *la Voz* me dijo con cierta severidad muy justificada:

"Si has de dar cabida en ti al *qué dirán,* debías haber comenzado por no aceptar el ser un Apóstol a mi lado. Cuando llegó la hora de enfrentarme con el mundo, ¿me viste alguna vez vacilar en la continuación del camino elegido?"

— ¡Nunca!... —afirmó Pedro.

— ¡Es verdad!... ¡Nunca, jamás! —Añadió Juan—. Y tornando a examinar la espina que te punza, dime, ¿qué ganaría nuestra causa si nuestros adversarios te llevaran a la muerte con la acusación de mago que está al servicio del mal?

"¿Qué ganaría con sacarte del puesto en que te dejó el Maestro con la acusación de ignorancia e incapacidad?

"Ambas acusaciones, de rechazo, se reflejarían sobre nuestro Maestro, el Cristo, Verbo de Dios, suprema Sabiduría, Luz de este mundo, Portavoz de la Eterna Verdad.

"El *qué dirán,* que entonces se soltaría como un huracán arrollándolo todo, sería de afrenta contra El; sí, Pedro, contra El, porque sería un buen argumento para calificarlo de *ciego que guía a otros ciegos, colocando* al frente de su Obra a un hombre que se entrega a prácticas de mala magia para conquistar renombre, a un hombre tachado de ignorancia y de incapacidad por falta de escuela, y todo esto repetido por seguidores del Cristo Ungido de Dios. ¿No lo crees tú así?

—Acaso tengas razón, Juan. Tú tienes más Luz divina que yo. Por mí, poco me importa lo que digan, pero que trascienda hasta El... ¡Oh, eso no!... ¡eso no!

—Entonces, saquemos esa espina de tu corazón, a fin de que podamos comprender por qué y para qué el Señor nos trajo a esta soledad a ti y a mí.

—Ya me la saco, Juan, si hemos de comprender así los designios del Señor.

— ¿Recuerdas que El lo decía? "Mi voz no la escucharéis entre el turbión y los tumultos, entre las inquietudes y las tormentas. Mi voz es el canto del ruiseñor en las noches tranquilas en que ningún alboroto exterior ni de vuestro interior, turbe la quietud de vuestra mente y de vuestro corazón".

—Entonces... —Pedro pensó unos momentos—. Yo en mi alcoba y tú en la tuya esperemos esta noche *la Voz* del Señor.

Y esa noche y al mismo tiempo, cuando Pedro y Juan oraban en sus alcobas silenciosas, la Presencia Divina se hizo sentir intensa, viva, resplandeciente, plena de luz, de paz y de ternura infinita.

Una gloriosa trilogía que excedía en bellezas a cuanto puede esperarse en este plano, trasladó a planos superiores, a aquellas dos almas que lo habían abandonado todo siguiendo la voz del Cristo que moraba en ellos.

Jhasua el Cristo, su Madre, el justo Jhosep, y en pos de ellos una multitud radiante de almas purificadas por el amor, por el dolor, por la unión a la Divinidad.

Tal fue la intensidad del gozo espiritual, tal la sensación de dicha suprema y la tierna iluminación de la mente, que ambos creyeron que habían abandonado la materia, el plano terrestre, y que, libres de las miserias de este mundo, eran también moradores del Reino de Dios.

—*"Paz y Amor mis amados'* — les dijo el Maestro— *"Aún sois seres de la tierra y vuestra cárcel de carne está con vosotros.*

"Unos momentos robados a las leyes que rigen la materia para que sintáis la grandeza del Reino de Dios, es el galardón de vuestro Maestro por vuestra inquebrantable fidelidad a mi pensamiento, a mi palabra, a la Verdad de Dios que ella os anunció siempre".

Ambos Apóstoles veían sus cuerpos inmóviles en el estrado de sus alcobas y separados uno del otro, mientras en el radiante escenario celestial se veían unidos uno junto al otro y ambos, ante aquel maravilloso campo azul y oro, poblado de seres que les envolvían en infinita suavidad.

Formaban una Legión y todos eran sus amigos, sus hermanos y compañeros que aunaban anhelos y esfuerzos para el triunfo del amor universal, ley suprema de todos los mundos.

—*"Os he traído a esta soledad* —continuó la voz amorosa del Maestro— *para que ambos, en perfecto acuerdo, escribáis mi voluntad en epístolas que enviaréis a cada uno de mis Doce, sin olvidar a Judas, que será en un futuro cercano al tiempo final, el auxiliar encarnado del guía de los países de los hielos eternos.*

"Porque cada uno de mis Doce será un día conductor de una humanidad, y en mis días de hombre terrestre les dejé preparados para ello.

"Tus días de dolor en la Tierra están señalados por la Ley, Pedro, en tus manos, y porque has merecido el descanso, mi corazón te lo da. Y a ti, Juan te falta padecer aún el destierro en compensación a los años que olvidaste tu deber de Apóstol mío, agobiado por tu corazón de carne que me amaba desmedidamente"

El abrazo del Cristo; de su Madre, de Jhosep y de muchos de aquéllos espíritus testigos de esta escena de divina iniciación al Reino de Dios, fue para los dos encarnados el olvido completo de todo cuanto ocurriera en sus vidas en el pasado y en el presente. No existía más qué el momento supremo de unión Intima con lo infinito, verdadero y real.

Cuando despertaron a la vida de los sentidos, ambos se buscaron uno al otro. Y cada cual se encontraba solo.

¿Era un sueño o una realidad? Es tan fugaz y escasa la dicha en la tierra, •que cuando el alma siente la felicidad verdadera de un plano, de luz, lo califica de *sueño* porque sus pobres sentidos físicos no conocen más

www.formarse.com.ar

que los mezquinos goces terrestres que son casi siempre polvo, ceniza, nada! *¡Pulvis! ¡Cines! ¡Níhil!;* diría un filósofo estoico de aquella hora.

* * *

Al siguiente día Pedro, grandemente extrañado de sí mismo, pedía a Juan tina carpeta en blanco para escribir.

—He de escribir según el mandato de mi Señor, Juan... he de escribir yo que hace tanto que no escribo para nadie.

— El manda y nosotros obedecemos —le contestaba Juan y le daba la carpeta pedida.

Y la Luz Eterna nos permite ver al anciano Apóstol con su cabeza blanca doblada sobre la mesa escribiendo y pensando.

Antes de cada párrafo, le vemos orar... meditar... escuchar.

Y luego escribir apresuradamente como si temiera que se borrase de su horizonte mental lo que debía escribir:

— I —

"Pedro, Apóstol del Cristo, Hijo de Dios, a los hermanos extranjeros, esparcidos en Ponto, en Galacia, en Capadocia, en Armenia, Bitinia, Persia, y el Indo, bendición y paz os sean multiplicadas.

"Elegidos fuisteis por la Voluntad Divina para formar en las filas de los amigos y discípulos de nuestro Señor el Cristo para obedecer su ley y ser .purificados por ella.

"Bendigamos a Dios, Padre nuestro que, en su grande misericordia, nos dio como esperanza viva a su bendito Hijo, para que en El y por El resucitemos a la Vida Eterna, que nos hace herederos de una herencia incorruptible, reservada en los cielos que son su Reino y su gloria.

"Felices nosotros que somos guardados en la Bondad de Dios por la fe para alcanzar la salud, la luz y la dicha que nos serán manifestadas en el tiempo final.

"Alegraos en unión nuestra, aun, cuando afligidos y conturbados por diversas causas en el presente, que acaso sea necesario para prueba de nuestra fe, honra y gloria de Aquel a quien vamos siguiendo.

"Grande merecimiento el vuestro, que no habiéndole conocido ni visto, le amáis con igual amor al nuestro que le hemos visto, oído y convivido con su .persona humana en mucho tiempo que ojalá hubiéramos debidamente aprovechado.

"Habéis obtenido el glorioso fin de vuestra fe y esperanza en El, que con el concurso de vuestro esfuerzo y voluntad os dará la salud del alma, la paz y la dicha perdurable.

"Iluminado vuestro entendimiento por una vida de templanza y rectitud, estaréis en condiciones de recibirle cuando El os sea manifestado.

"Hijos obedientes hemos de ser, cortando los deseos que en nuestra ignorancia teníamos antes y cambiados por los que son propios de santos.

"Porque escrito está: *Sed santos, porque yo lo soy para ejemplo vuestro.*

"Purificadas nuestras almas en obediencia de la Ley de Verdad, en caridad hermanable, sin' fingimientos, envidias y murmuraciones, amándonos entra fiablemente con puro amor, los tinos a los otros, El vendrá a morar en nosotros.

"Y donde El vive, todo vive, renace, se renueva y crece y florece en paz y en amor, no como las plantas y flores dé los jardines y los valles que se marchitan y perecen, sino que viven incorruptibles; no como la hierba y heno de los campos que está verde y florida en primavera y en el invierno es polvo y escarcha, sino incorruptible y en eterna renovación y progreso.

"Así es la palabra de vida de nuestro Señor, como El permanente y eterna.

"¡Ojalá deseáramos siempre, como parvulitos recién nacidos, la leche espiritual que es vida, salud y alegría perdurable, que es fuente de aguas vivas en que se purifica toda nuestra miseria y ahuyenta todas las malas tentaciones!

— II —

www.formarse.com.ar

"Habéis gustado que el Señor es benigno y compasivo. Es *piedra viva,* reprobada, cierto es, de los hombres, pero elegida de Dios y preciosa. Así vosotros como piedras preciosas, edificaos casa espiritual y un sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales de vencimientos y renunciaciones agradables a nuestro Señor el Cristo, Hijo de Dios El nunca os pedirá sino lo que sea para vuestro bien.

"He aquí, dice la Escritura, *pongo en Sión la Piedra fundamental del Ángulo, escogida y preciosa, y el que creyere en ella no será confundido en las tinieblas.* Ella es, pues, honor a vosotros que sois obedientes a la Ley; más para los desobedientes piedra de tropiezo será y roca de escándalo, para los que en pensamientos o palabras delinquen con engaño y malicia ante los que ignoran, y así les llevan a tinieblas.

"Vosotros sois linaje escogido, llamado a un sacerdocio santo, pueblo iluminado para que anunciéis la grandeza de Aquel Príncipe heredero de los cielos, que os ha llamado de las tinieblas a su Luz admirable; del engaño a su Verdad Eterna; del turbión de bajas pasiones a la pradera apacible de las más nobles virtudes.

"Amados míos, extranjeros y peregrinos en tierras lejanas, yo os ruego que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma.

"Llevando vida noble y pura entre gentiles que murmuran de nosotros seguidores del Señor, porque no nos conocen, haremos que amen la enseñanza de Él que nos hace incorruptibles, amorosos de corazón, compañeros de los afligidos y enfermos, protectores de viudas y huérfanos, comprensivos de todos los dolores y debilidades humanas.

"Esta y no otra es la forma de glorificar a Dios y a su Hijo el Cristo, con la luz que derramen nuestras palabras, con la vibración que lleven hasta lejos nuestros pensamientos y hasta con la mirada de nuestros ojos, benévolos para las flaquezas del prójimo, antes disminuidas con nuestra bondad que aumentadas con nuestra malicia Así hablaba, pensaba y miraba nuestro Maestro y Señor *y* así debemos hacerlo nosotros si queremos merecer que El nos tenga como discípulos suyos y nos guarde en su Corazón.

"Os recomiendo también estar sujetos a toda ordenación humana, ya sea al rey como al superior, ya a los gobernadores como enviados de él para entrar en razón y justicia a los malhechores y para resguardo de los hombres de bien.

"Porque tal es la voluntad de Dios, que obrando el bien hagáis callar la ignorancia de los hombres vanos.

"Sintámonos libres, dentro de lo mandado por la Ley y no con la libertad encubridora con malicia de toda especie de desmanes, daños y perjuicios para nuestros semejantes. Sea, pues nuestra libertad propia de siervos de Dios.

"Amados hermanos en nuestro Señor el Cristo, os recomiendo esto: Honrad a todos, amad la fraternidad, respetad al rico como al pobre, al señor como al siervo, a los afables y buenos, como a los exigentes y rigurosos, porque en este mundo son muellísimos más los malos que los buenos; los imperfectos que los perfectos, los maldicientes que los portadores de bendiciones.

"No debemos olvidar que en este valle de pesadumbres, las almas purificardas que son como ángeles de paz y dulzura, son tan escasas como los tirios blancos en los peñascos resecos del desierto.

"No debemos olvidar que para soportar padecimientos fuimos llamados a este mundo, en el cual hasta nuestro Señor el Cristo padeció no mereciéndolo, pues El no tuvo pecado, ni jamás se encontró engato en su boca, ni doblez en su corazón.

"¿Hemos de rebelarnos ante el dolor, nosotros que somos como un saco de imperfecciones, miserias y desaciertos?

"Aceptemos con paciencia y serenidad los sufrimientos que son pago de deudas a causa de andanzas contra la Ley. Eramos como ovejas descarriadas, sin rumbo ni camino, esparcidas entre laberintos y encrucijadas, y hoy tenemos un Pastor que nos trae al camino, a las verdes praderas y a las aguas vivas que apagan toda sed.

"Sigamos sus pisadas, con vida casta y pura como la suya, con la mente prendida a las cosas divinas y eternas, que así lo enseñó y lo mandó: *"Buscad primero el Reino de Dios, que todo lo demás se os dará por añadidura',*

"Y vosotras, mujeres, doncellas, esposas, madres, pensad que sois llamadas a ser vasos de piedad y misericordia para los desamparados y desvalidos. Estáis llamadas a ser como la vid que da sombra y dulce fruto a cuantos se cobijan bajo sus pámpanos.

"Elegidas fuisteis por la ley para traer la vida, la esperanza, consuelo y amor en todos los sitios en que fuereis colocadas. Doncellas, encontrad a Dios en el corazón de vuestros padres; esposas, en vuestros maridos; madres, en vuestros hijos y siervos, y en cuantos padecen la soledad del corazón y la orfandad en su vida.

www.formarse.com.ar

"Y todos por fin, los que llevamos en el corazón el nombre santo del Cristo Hijo de Dios, seámosle con nuestras obras corona de gloria y no causa de que le infamen cargándole con nuestras culpas.

"Sea El bendecido y glorificado en nuestras vidas de perfecta justicia como corresponde a discípulos suyos Así sea por siempre."

* * *

Fue ésta la primera epístola de Pedro para la Hermandad Cristiana de aquella hora. Y Lucanus con los discípulos compañeros de Juan fueron los encargados de multiplicar copias y difundirlas por todas las Congregaciones diseminadas en el mundo civilizado de entonces.

Un pariente cercano de Galo, hombre de toda confianza suya llamado Silvano, fue el conductor elegido por Pedro para llevar a cada uno de los Doce compañeros de apostolado, una copia firmada por él.

Era Silvano un joven nacido contrahecho, impedido de caminar con sus pies, que fue curado por el anciano Apóstol. Y tanto fue su agradecimiento que quiso ser su hijo adoptivo tal como Juan Marros lo era desde tantos años.

Cuatro años tardó Silvano en visitar a cada uno de los Doce en los lejanos países donde realizaron su apostolado. Pedro no olvidó a Judas que entre los áridos peñascales del desierto en Judea, era misionero ignorado de los leprosos y secreto sepulturero de todos los reos condenados a muerte.

Sólo Pedro y Juan conocían su secreto y ellos fueron los; instrumentos del Cristo-Amor para que aquel ser, a quien su fatal equivocación le hizo desventurado no atentara contra su propia vida con un cobarde suicidio, tal como la vieja tradición lo ha divulgado. La infinita piedad del Maestro lo ayudó a soportar con mérito la tremenda jornada de oprobio en aquella etapa de su vida eterna.

¿Quién había de salvarle sino El, bien llamado Salvador de este mundo?...

En los Doce elegidos del Maestro Nazareno, vemos reflejado vivamente el amor sembrado por El en sus almas simples, sencillas y buenas. Les había repetido tantas veces aquel divino cantar de su corazón: *"Amaos los unos a los otros porque en el amor que os tengáis unos a otros, conocerá el mundo que sois discípulos míos."*

Y todos ellos aprendieron la sublime lección en que está sintetizada la felicidad verdadera que busca el alma en todos los mundos del ilimitado universo.

En todos ellos floreció el amor, la rosa púrpura sembrada por el Cristo; mas en Pedro y en Juan adquirió proporciones que parecen sobrepasar la capacidad de amar en seres humanos.

Debido a esto, fue la ciudad de Efeso situada a la ribera del Mar Egeo, como otra Galilea a la margen de aquel mar interior que los nativos llamaron *Genezareth,* y Heredes, adulón del César, le cambió el nombre en Tiberíades.

Allí, en el primer Oratorio y Congregación fundada por Galo y su familia, le desbordó el cielo en manifestaciones espirituales de las más extraordinarias que son posibles en un plano físico como el terrestre.

El amor que en tan alto grado vibró en ellos, les llevaba por temporadas a la *Ciudad de Diana,* como la llamaban orgullosamente los fervientes amadores-de la diosa cazadora en las noches de luna. Y tal calificativo fue apagándose lentamente y sin esfuerzo y sin lucha.

El amor del Cristo, derramándose como un manantial inagotable de las almas unidas de Pedro y de Juan, sobre todos los sufrimientos del cuerpo y del alma hizo el prodigio de que la diosa Diana se eclipsara en la gran mayoría del pueblo efesio, para que apareciera la piadosa y dulcísima imagen del *Dios Nazareno* como dieron en llamarle los nativos de los pueblos costaneros de! Mar Egeo.

¿Cómo ocurrió la transformación? Ahora lo veremos.

Un fuego divino del amor al Cristo abrasaba el corazón del viejo Apóstol desde que le fue inspirada aquella su primera Epístola a la Hermandad Cristiana esparcida por el mundo.

— ¡Juan!... —dijo un día—. Esta vida de retiro es preciosa y es una fuente de divinas dulzuras para nuestras almas. Pero te aseguro que cada ver que nuestro amado Galo nos trae las noticias de la ciudad, mi corazón sufre angustias de muerte por el padecimiento de tantos hermanos nuestros cargados de miserias y enfermedades que vagan por el mundo en eterno lamento que nadie puede acallar...

"¡Yo puedo, Juan, porque el Señor me dio su poder de acallar los gritos del dolor humano! ¡Yo puedo y no lo hago! ¿Me perdonará este gran pecado?

www.formarse.com.ar

¡Y el pobre anciano se echó a llorar angustiosamente porque su retiro en Patmos no le permitía aliviar el dolor de sus hermanos!

Juan cayó de rodillas ante él, que estaba sentado en su vieja banqueta de juncos, y abrazando aquella cabeza blanca y temblorosa de sollozos le decía con mimos de hijo a un amado padre anciano.

—Iremos, Pedro, iremos a donde tú quieras a consolar a los que sufren, porque no me sufre el corazón verte llorar por los que lloran sin esperanza y sin consuelo. ¡Vamos a donde quieras!

Y tomaron ambos la resolución de trasladarse cada mes por una semana a la ciudad de Efeso para que, en visita a los Oratorios allí establecidos, curase Pedro a todos los enfermos que se presentaran pidiendo la salud.

En las noches de su permanencia en la ciudad, en sus meditaciones solitarias, ambos Apóstoles pudieron decir que el cielo bajó a la tierra en las grandes Inteligencias purificadas que se exteriorizaran ante ellos, atraídos seguramente por el amor que de ellos se desbordaba como un torrente sobre los sufrientes de esta vida.

Y Cuando tal sucedía, ambos escuchaban un cantar nuevo como anuncio de manifestación que se acercaba: *"¡Agnus Dei, qui tolis pecata mundi!" (*Cordero de Dios que borras los pecados del mundo).

"¡Es el amor fuego ardiente
Que abrasa sin consumir,
Es ansia de inmolaciones
Es la vida y es morir!

Así aman los amadores
Del Cristo que amó el dolor
Y que hoy glorioso en su Reino
Vive la vida de amor"

Tal era el pensamiento que en melodías inefables escuchaban en sus éxtasis de amor supremo y que yo traduzco para mis lectores en pobrísimos versos castellanos, a fin de dejarlos informados de qué ocurría en las meditaciones íntimas de los Apóstoles del Cristo que vamos estudiando en estos relatos.

EL ROSAL FLORECIDO

El extraordinario desbordamiento de manifestaciones espirituales en Efeso y en la solitaria isla de Patmos, arrancaba del noble corazón del Apóstol Pedro esta exclamación:

— ¡Mi Señor!... ¡Amado sobre todas las cosas! ¡Yo no soy más que la dura piedra que dejaste como cimiento de tu Obra, y he aquí que tu amor encontró el medio de que esta piedra se convierta en un rosal florecido!

"¿Cómo hiciste tal prodigio, Señor?

Y Juan le contestaba:

—Con menos merecimientos que tú, el Maestro hizo florecer mi rosal desde que me trajo a esta soledad.

"Tendríamos que averiguar si a nuestros diez compañeros de apostolado les floreció también el rosal misterioso del Cristo, Verbo de Dios que no se seca nunca.

—Que mi Señor conserve esta vida mía en la carne hasta que vuelva mi "hijo Silvano con las noticias de cada uno de ellos —decía el anciano, que si a los deseos humanos los fue haciendo morir uno a uno, aún le quedaba ese, vivo y palpitante en el fondo de su corazón.

— ¡Qué gloria para nuestro Señor, si a todos sus elegidos les brotó el rosal y creció y dio flores en abundancia!

—De Zebeo y Matheo, misioneros en el África, ya lo sabemos. Nos faltan noticias detalladas de todos los otros y espero con ansias las que traerá Silvano.

—Después, Juan... después moriré tranquilo, sin ningún deseo en el alma, y podré decir a mi Señor como El dijo a su Padre Celestial en el momento de morir: *¡Todo fue consumado!*

www.formarse.com.ar

Y Juan, que veía agotarse día por día aquel fuerte organismo físico que había resistido ochenta y siete años de vida dura en el trabajo y más dura aún en su afán de darse a los demás en curaciones a millares, comprendía claramente que el final de la jornada estaba llegando para Pedro.

Y rogaba fervorosamente a su Maestro que el mensajero tornara pronto, para que su amado compañero viera llegar su hora postrera $in ningún deseo humano, ya que sólo ocupaba su mente el supremo deseo de la unión con la Divinidad.

La última semana que estuvieron en Efeso, ocurrió la llegada de Silvano tan esperado y sus noticias unidas a las amorosas epístolas que todos los ausentes enviaban al anciano Apóstol como respuesta a la que él les había enviado, colmó el alma de Pedro de tan inmensa alegra que reía y lloraba como un niño y le hacía intensas exclamaciones a su Señor y Maestro y le refería las noticias de sus escogidos, como si Pedro olvidara que El lo sabía y lo veía todo, que El mismo guiaba los trabajos de todos y que El cumplía la promesa solemne hecha en vísperas de su muerte, de *"estar con todos ellos hasta el final de los tiempos".*

Y para este *final de los tiempos* que es el final de este ciclo, aún faltaban siglos para andar por los arenales terrestres.

La intensa vida espiritual de ambos Apóstoles, les hacía vivir como en una continuada ensoñación celestial. Las epístolas, traídas por Silvano y todas las noticias de los hermanos ausentes fue otro motivo de exaltación interior ferviente y mística al más alto grado en que puede vibrar de amor y de dicha el alma humana.

Y estas circunstancias sutilizaron de tal modo el ambiente y formaron tan esplendorosa bóveda psíquica, que la meditación de esa noche superó a todo cuanto les era conocido y mucho más de lo que podían esperar.

En radiante visión se manifestó Myriam, la augusta Madre del Cristo, que tanto ellos habían amado y mimado hasta su hora final. Y tan familiar, digámoslo así, y tan sencilla y tierna en su inefable maternidad espiritual, que, acariciando la cabeza de Pedro, le decía:

— *¡Qué blanca túnica te he preparado para vestirte con ella cuando vengas al festín de las bodas divinas que tan cercanas están para ti!*

Y abrazando a Juan le decía;

—*Cuánto has crecido, mi pequeño Jhoanín, triste y huraño en otra hora* v *hoy radiante de amor y de fe. Ha sido Efeso el lugar de tus glorias más puras y aquí te visitaré aún muchas veces mientras van corriendo como aguas claras tus días terrestres.*

La augusta Madre traía junto a sí como resplandeciente corte de honor, almas muy compañeras y amadas: la pequeña María, algunos de los ancianos Esenios que fueron sus maestros en el comienzo del apostolado, Juan el Bautista, María de Mágdalo, Salomé, el Príncipe Melchor, Filón de Alejandría, Lía la viuda de Jerusalén, Simónides y Noemí, madre de Judá...

— ¡Oh santo cielo!... —exclamaba Pedro, como enloquecido de felicidad y en amoroso transporte—

¡Oh, sueño divino del que no quiero despertar jamás!...

Y cuando al final se diseñó la imagen radiante y serena del Cristo con sus brazos extendidos como para estrechar en un abrazo a todos, encarnados y espirituales, el anciano perdió el conocimiento y cayó como en un desmayo, del cual se despertó muy debilitado físicamente, aunque su espíritu vibraba como un arpa cólica suspendida entre el cielo y la tierra.

Cuando estuvo mejor, volvieron todos a la soledad de la Isla de Patmos, donde dos semanas después, Pedro durmió serenamente el sueño final que le llevó a despertarse a los pies de su amado Señor, en su Reino Inmortal y Eterno.

Y pudo decir tal como lo había dicho su Divino Maestro:

—"¡Todo fue consumado! ¡Mi señor!... Recibe mi alma, que quiere descansar a tus pies". —Y a media voz fue nombrando a cada uno de los que rodeaban su lecho. Su mano grande y ya enflaquecida estrechaba la diestra de Juan y con tal fuerza que costó esfuerzo separarla cuando ya el anciano Apóstol no era habitante de la tierra.

Aquella tranquila serenidad en la muerte quedó grabada profundamente-en los que estuvieron presentes y al verle exhalar el último hálito de vida, todos pensaron: "Deja la vida como la vivió. ¡Cuan grande santo fue Pedro en su sencilla y tierna humildad!

Y como viera Juan que Policarpo, Papías y Silvano lloraban silenciosamente, se acercó a ellos y con suave ternura les decía:

—En el morir de un santo no cabe la tristeza y el llanto. A los justos se les acompaña con himnos de gloria en su entrada al reino de Dios.

www.formarse.com.ar

"Papías, haz el favor, hijo mío, de tocar en tu arpa el salmo de gratitud al Señor, que todos vamos a cantarlo...

En el arcón de cedro en que les trajera Galo las vestiduras de ceremonia que los solitarios vestirían en sus bodas, fue colocado el anciano Apóstol que parecía dormido.

Y sobre su pecho cubierto del manto azul encerraron con él una de las copias de la epístola que había enviado a sus compañeros de apostolado y aquel' testamento en que él expresaba su voluntad de morir como había muerto su Maestro y Señor.

Humilde y sencilla como su vida fue su muerte; y en las exequias fúnebres que le ofrecieron sus compañeros de soledad, resplandecía como astro soberano el amor verdadero que sigue a los justos como una estela de luz hasta más día del sepulcro.

"Las almas que se aman
No saben de olvido
No tienen ausencia
Ni dicen adiós."

Dos días después, el Capitán Galo llevaba en la popa de "La Gaviota" el arcón de cedro que encerraba la vestidura carnal de Pedro para guardarla en el panteón de la familia en la Necrópolis de Efeso, de donde Judá la hizo trasladar siete años después al mausoleo de Quintus Arrius, ubicado en sus tierras del Lacio, sobre la Vía Apia.

Y porque "las almas que se aman no saben de olvido, ni tienen ausencia, ni dicen adiós", a Juan le invadió honda tristeza sintiendo el vacío que dejaba a su lado el compañero desaparecido.

Mas *la Voz* que le daba fortaleza en sus desolaciones, llenó de nuevo su alma de esperanza y de fe.

Las manifestaciones espirituales continuaron casi diariamente, tan radiantes *y* vivas, que el buen Apóstol pudo decir a los íntimos suyos:

—Mi pequeña alcoba se ha tornado en un salón de recibo.

Y Policarpo le decía mimosamente:

—Maestro Juan, tu alcoba es demasiado pequeña.

"Recibid vuestras visitas en el Oratorio y las recibiremos contigo.

Y complaciente el Apóstol en cuanto le era posible, accedió a lo que su discípulo pedía, aun a riesgo de que *las visitas* pudieran esquivar su presencia.

Pero antes trató de ayudarlos a prepararse para esas extraordinarias recepciones de las cuales es bien poco lo que en este plano físico se conoce.

—En primer término —les decía— necesitáis una mente limpia de todo pensamiento perturbador, lo cual significa paz, serenidad, tranquilidad absoluta. Si acaso tenéis un resentimiento, aversión o desconfianza respecto a alguno de vuestros compañeros, impediréis a las Inteligencias elevadas y puras el acercamiento a nosotros hasta hacernos sentir su presencia, si no visible a nuestros ojos de carne, por lo menos invisiblemente.

"Si padecéis un dolor físico, tampoco favoreceréis las manifestaciones, porque ese dolor absorbería vuestra atención, y vuestro pensamiento será tornadizo entre el mal que sufrís y el bien que deseáis.

"Esto quiere decir que debéis estar con vuestra mente limpia y serena, y vuestro cuerpo sano y sin dolor alguno.

"La tercera condición necesaria es una aceptación firme, segura, sin vacilaciones, ni dudas, de que las *voces, las presencias,* cuanto nos venga del plano espiritual, una vez así preparados, es realmente venido de la Divinidad a la cual nos hemos entregado con toda nuestra voluntad, fe y confianza.

"Por los frutos se conoce el árbol", —decía nuestro Divino Maestro; y así conoceremos la asistencia espiritual suya, si salimos de estas recepciones espirituales con más energía, con más amor a nuestros semejantes, llenos de ansias de servir a todos y de sacrificarnos por todos; con mayores deseos de obrar el bien, de ser justos, leales y sinceros en todo nuestro pensar y hablar.

"En todo esto conoceremos que *las voces y presencias* habidas en nuestra meditación nos vienen de Dios por intermedio de nuestro Señor el Cristo, de su santa Madre o de los ángeles buenos que son sus mensajeros para con nosotros.

"Entrad, pues, conmigo a esperar las celestiales visitas, que la Eterna Ley permita que se acerquen a nosotros a traernos todo cuanto anhela nuestra alma y que no puede encontrarlo entre el torbellino de este plano terrestre tan sobrecargado de odios, de egoísmo y bajezas de toda especie.

www.formarse.com.ar

Y los rosales del amor del Cristo glorificado, florecieron en tal profusión para el Apóstol Juan y sus compañeros de soledad, que de aquel puñado de seres así consagrados al cultivo de su yo interno, salieron los más grandes maestros espirituales que en los tres primeros siglos de la Era Cristiana llevaron a gran altura el Ideal Divino traído por El desde los comienzos de su Mesianismo en la Tierra: *el Amor Universal.*

Los fervientes cultivadores del yo íntimo formaron legión en torno a esos maestros que, sin ruidos ni propaganda exterior y en silencio meditativo como los Esenios, iban conduciendo las almas por el camino seguro del desprendimiento de goces materiales, de la abnegación en beneficio del prójimo, del desinterés absoluto en beneficio de todos y de ilimitada confianza en las promesas del amigo Eterno:

"En el amor que os tengáis unos a otros, conocerá el mundo que sois mis discípulos.

"Si amáis como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos Nuestra morada en vuestro corazón.

"Buscad primeramente el Reino de Dios y su Justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.

Y tan conscientes fueron del deber sagrado para con el Cristo y para las almas que la Eterna Ley les había confiado, que, al dejar la vestidura carnal de esa vida, se prometieron mutuamente tomarla de nuevo y lo más pronto posible a fin de que la buena simiente que habían sembrado no se perdiera entre los arenales sin agua, ni frescura de sombra.

—Volveremos pronto —decían— a regar con las *aguas vivas* de nuestro Señor el Cristo, la semilla que en las almas hemos sembrado en su Nombre, y a renovar el aceite de las lámparas encendidas por su amor.

Y en gloriosa falange de iluminados maestros de almas tenemos un Cipriano de Cartago, Basilio de Capadocia, Eustaquio de Capua, Dionisio de Atenas, Antonio de Como, Sereno de Panonia, Justino de Flavia, Gerónimo de Estridón, Cayo de Dalmacia, Jorge de Capadocia, Sótero de Napóles y Blas de Sebaste, a los mismos seres que en la solitaria Isla de Patmos extrajeron de *las Voces* sin ruido que el Amigo Eterno susurraba a sus corazones, la elevada enseñanza teológica y mística que imprimieron vigorosamente en las grandes corrientes espirituales iniciadas por ellos en los siglos primeros del Cristianismo.

Fundadores de las primeras Escuelas Espirituales con la idea genial del Divino Profeta Nazareno, impulsaron los grandes vuelos idealistas de la alborada Cristiana, que más tarde, por las debilidades y la incomprensión humana, han sufrido decadencias lamentables para el progreso evolutivo, espiritual y moral de la humanidad.

Tal fue el amanecer de luz y de gloria sobre el rosal florecido del Cristo, cuya sangre de mártir y cuyo amor inquebrantable, fue sin duda el *agua viva* que así fortaleció las raíces de aquella siembra misteriosa y fecunda que ni los siglos, ni la ignorancia, ni la malicia e incomprensión humana no han podido borrar aún de la faz de la tierra.

La verdad es eterna y es indestructible.

La Luz Divina no puede extinguirse jamás.

El Camino Eterno trazado a las humanidades por la Ley, sigue su rumbo a despecho de cuanto se interponga ante él.

Y el Mesías Instructor de esta humanidad repitió muchas veces:

"Yo soy la Verdad Eterna y el que me escucha no perecerá".

"Yo soy la Luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas".

"Yo soy el Camino y quien anda por él no caerá, en el abismo".

* * *

Y antes de cerrar este libro con los siete sellos de aquel que vio Juan en una de sus visiones, símbolo perfecto de lo que hace la inconsciente humanidad con las manifestaciones de la Verdad Divina cuando no están de acuerdo con sus egoísmos y ambiciones: las oculta a la humanidad no solo bajo duros cerrojos, sino bajo severas penalidades en que millones de seres pierden la honra y la vida; antes de cerrarlo, digo, quiero dar al amado y amable lector un sucinto detalle de otros personajes de mi relato que conquistaron su admiración y simpatía.

Personalidades vibrantes de amor al Cristo en su vida de Jhasua de Nazareth, sé que viven en la mente y el corazón del lector como flores eternamente lozanas.

El príncipe Judá, Nebai, Boanerges, el Hach-Ben-Faqui fueron estrellas de dulce reposo al Corazón del Ungido, y quien le ama a El, ama también a los que tan fervientes le amaron.

Nebai como llama viva que animaba a la numerosa legión de mujeres en la primera Congregación Cristiana de Roma, se mantuvo firme en su puesto hasta la edad de cincuenta y tres años en que fue llamada al Reino de Dios, que tanto prometiera Jhasua a los fieles cumplidores de su Ley.

Sus dos hijos eran ya columnas firmes del Ideal del Cristo y el príncipe Judá pudo dejarles como continuadores de su papel de proveedor constante de todas las necesidades materiales de la Cristiandad de esa hora.

Se había conquistado un descanso, y quiso buscarlo en el Gran Santuario de Moab donde Jhasua de veinte años fue consagrado Maestro de Divina Sabiduría.

Tenía ansia suprema de conocer a fondo todo lo concerniente a Moisés, esa otra heroica jornada de la Vida Mesiánica de su glorioso Amigo.

Al conocer tal resolución se unieron a él otros amantes de Jhasua: Nicodemus muy anciano ya, y el Hach-Ben-Faqui viudo hacía seis años, y tres qué había casado a su hijita Selene con el menor de los hijos de la Reina Selene que descargaba en ellos el peso del numeroso pueblo Tuaregh.

El anciano Nicodemus se consagró en absoluto a un amplio comentario de las *Siete Cuestiones* del examen que el Gran Consejo tomó a Jhasua y a Jhoanán (el Bautista) cuando ambos se consagraron Maestros.

Judá y Faqui, luego de unos meses de descanso fueron inducidos por los Ancianos Esenios de Moab a atravesar el desierto de Zin y llegar al Monte Sinaí, donde tres Esenios de edad madura, llevaban varios años de residencia enseñando la doctrina del Cristo basada en el amor al prójimo.

El Monte Sinaí era el Peñón de Sindi mencionado en las viejas escrituras del Patriarca Aldis que tan conocidas estaban de todos los amantes del Divino Maestro.

Había allí un Santuario Esenio, donde se formaban en la vida espiritual todos los jóvenes o ancianos que lo deseaban; y tenían también la *"Cabaña de las Abuelas"* donde ancianas solitarias y doncellas huérfanas, se ensayaban a vivir la vida del amor fraterno.

Y Judá como buen hijo de Israel, sintió el ansia de encontrar las huellas de aquel su glorioso antepasado, Hur, compañero de Moisés en los días ya lejanos de su heroica jornada de libertador y conductor de Israel a la Tierra de Promisión.

Por el árbol genealógico de su familia sabía que aquel Hur, era la raíz de su antigua familia, y las huellas sagradas de Moisés, eran también las huellas de Jhasua de Nazareth.

Y Faqui, cuya gran soledad le desesperaba, sin Thirza, sin su padre, sin su hija, se había convertido en la sombra de su gran amigo y también siguió a Judá en su viaje al Monte Sinaí.

Ambos, dueños de inmensa fortuna, fueron la Providencia viviente para la vida de grandes privaciones soportadas heroicamente por los habitantes de aquel pavoroso peñón rodeado por el desierto.

Puede decirse con toda verdad que Judá y Faqui fueron los fundadores del gran Santuario del Monte Sinaí, que antes de llegar ellos estaban formados de grutas escabrosas sin nada que suavizara su aspereza natural.

Y fueron ellos que hicieron construir los primeros edificios de bloques de piedra arrancados de la montaña.

De aquel modesto principio ha surgido, al correr de los siglos, la enorme Ciudadela en que se han refugiado varias ramas del árbol gigantesco plantado por el Cristo con su frase inmortal: *"Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo".*

No hay allí dogmatismos de ninguna especie. Debería llamarse *Iconoclasta,* pues dentro de la gran muralla, hay una Mezquita árabe donde se adora al Dios

"Único, Eterno Invisible, que enseñó Mahoma a su numeroso pueblo.

Hay un Templo imitación del que Salomón construyó a Jehová, Dios Único, Invisible y Eterno que enseñó Moisés al pueblo de Israel.

Hay un Templo imitación del que en Amarna, junto al Nilo, hizo construir el Faraón **Anek-Atón**, llamado el justo, donde sacerdotes y fieles que se llaman *cristianos Coptos* adoran también al Dios Único, Invisible y Eterno y observan la Ley del Sinaí, y aquel sublime *"Ama al prójimo como a ti mismo"* del Profeta Nazareno, encarnación del Cristo Hijo de Dios.

Y son éstos los gobernantes dirigentes de toda la inmensa Ciudadela, guardianes del célebre Peñón que fue cautiverio de redención de culpables en la Prehistoria de los Kobdas de Abel, y Monte de los éxtasis y de la gloria de Moisés.

www.formarse.com.ar

Algo ajeno y extraño sucede entre los adherentes de las distintas ideologías que se reúnen a orar en aquel sagrado lugar, porque ningún antagonismo, ni aversión les obliga a molestarse unos a otros.

Hay Sinagoga Judía y Templo Cristiano dedicado a los Doce Apóstoles y donde se estudian y comentan diariamente los Evangelios y las Epístolas de los Apóstoles. El dirigente es llamado Patriarca y mantienen relaciones cordiales con los cristianos ortodoxos de Jerusalén.

Tres personalidades del Cristo reviven en este sagrado lugar que fue escenario grandioso en que se plasmó el Pensamiento Divino en forma de Ley:

La personalidad de *Abel,* la de *Moisés y* la de *Jhasua de Nazareth.*

* * *

Y por fin... como si la Eterna Ley hubiera querido impedir que las almas extremadamente sensitivas de Boanerges y Amada presenciaran los horrores que soportó Palestina con la invasión de las Legiones Romanas, como huracán de fuego dirigido por Tito, hijo del Emperador Vespasiano, terminó la vida de Amada con un síncope cardíaco y Boanerges el dulce ruiseñor de Mágdalo fue a ocultar la tristeza de su soledad en el Santuario del Tabor que había sido para él como un segundo hogar, donde vistió la túnica parda de los Esenios montañeses.

Hombre maduro y purificado por el interno martirio del que no encuentra en la Tierra la saciedad de los íntimos anhelos del alma, vació en la carpeta de sus secretos y en los arpegios de su laúd de ébano, cuanto escondía en el sagrario íntimo de su mundo interior.

Y el Archivo Eterno de la luz me deja ver esta escritura suya, que él llamó; *El salmo de mi soledad.*

(A Jhasua mi Maestro)

¡Con vos Señor lo tengo todo y sin Vos no tengo nada!
¡Los que me amaban y yo amaba todos se fueron para no volver!...
Los demás olvidan, abandonan, no comprenden, no saben...
viven absorbidos por las cosas mil de la vida como un
río que corre inconsciente de que va corriendo siempre...
Sólo vos Señor comprendes y sabes cuanto necesita el alma mía
para continuar hasta el fin esta jornada, que has destinado
para las pequeñas obras de que soy capaz en colaboración
a tus afanes por la evolución humana. .
¡Energía, vitalidad, calor de ternuras y amistades grandes,
nobles, sin dobleces, sin restricciones, con pensamientos blancos
y puros como tus lotos sagrados y los lirios de tus valles!...
¡Amores intensos y radiantes prontos al sacrificio...!
como tus rosas bermejas y tus pasionarias humildes!
¡Todo eso me das en el desborde incontenible de tu amor de siglos
que resiste a todos los vientos y a todas las tempestades,
y vive siempre como lámpara eterna que ningún vendaval puede apagar!...
¡Oh, Amante Jhasua, mi único amigo eterno! Eres Tú
el que das un salto sobre todos los abismos que te separan
de esta criatura de Dios que nunca tuvo para ofrecerte otra cosa,
sino su amor que también ha resistido a los siglos
y a todas las tempestades de sus múltiples vidas de carne!...
¡Jhasua!... amante divino y eterno que velas junto a mi alma solitaria,
con más solicitud y amor que la madre junto
a la cuna de su niño enfermo!...
¡En tu Reino, mis amados, Yo en la Tierra sin amor!

www.formarse.com.ar

¿Por qué ha de seguir latiendo Sin vida este corazón?...

* * *

Un discreto llamado a la puerta de la celdilla, cortó el pensamiento del solitario. Un jovenzuelo asustado le entregó un billete escrito que decía: "Estamos amenazados por las fuerzas invasoras que llegan como el incendio destruyéndolo todo. Los compañeros han corrido al salvamento de ancianos, mujeres y niños. Yo estoy solo con mi parálisis que apenas me deja mover. Ven con el mensajero a salvar las Escrituras que me fueron confiadas.

Es cuanto pide para morir tranquilo, el *Archivero del Quarantana.*

— ¿Por qué me das esto a mí? —preguntó Boanerges al mensajero.

—Porque no encontré a nadie más que a vos para dárselo.

— ¿Y quién es el Archivero que a ti te envía?

—Mi abuelito que en su juventud fue Guardián de la entrada, Bartolomé de Engedí, y es el único que ha quedado en el Quarantana.

— ¡Hay alguien que me necesita aún en este mundo! —murmuró Boanerges—. Está solo en el Quarantana, como estoy yo solo en el Tabor.

¡Oh, Amante Jhasua, glorioso en tu cielo de los Amadores y aún piensas en tus pequeños amigos de la Tierra!

¿Eres Tú quien me llama en la soledad de hoy como años atrás me sacaste de mi soledad de pastor?

—No señor, es mi abuelito quien os llama porque necesita de vos, —le contestó el chicuelo, pensando que su interlocutor hablaba con una tercera persona invisible para él—. Yo vengo con un vecino de Engedí que me espera en el llano. Si bajamos pronto señor, será mejor...

— ¡Bien, bien!... Pensaba en algo más alto que tú y yo, hijo mío. Tomo un caballo de los Terapeutas y estoy andando enseguida.

Una hora después, nuestro gentil poeta y músico cabalgaba .entre el chicuelo y su vecino montados en asnos que se esforzaban en alcanzar el ligero andar de la cabalgadura de Boanerges.

Atravesar Galilea y Samaria no ofrecía tan bravas dificultades pero la Judea ardía como un volcán y estaba plagada de la soldadesca de Tito que la arrasaban como a tierra maldita.

Estando el Santuario de Quarantana cerca de la Fortaleza de Masada, se sentía el estrépito de los carros de guerra y de las catapultas con que asedia, tan la Fortaleza. Y de no haber sido un hábil conductor por los vericuetos de la montaña quien guiaba a Boanergis, acaso no hubiera llegado con vida a su destino.

* * *

— ¿Quién podía pensar —decía con honda emoción el anciano Bartolomé— que sería el trovador de Mágdalo quien acudiera a mi angustioso llamado? Ni aún sabía que estabas en el Tabor.

—En la tremenda hecatombe que nos envuelve, nada sabemos los unos de los otros y sólo podemos repetir: "Paso a la Justicia de Dios".

—En verdad que se cumple al pie de la letra la palabra de nuestro amado Maestro: "No quedará piedra sobre piedra"...

—Y los anuncios recibidos en la Isla de Patmos por el Apóstol Juan —añadía Boanerges— lo dicen también de manera bien detallada y explícita. Los horrores que se cuentan de lo que pasa en Jerusalén y las ciudades vecinas, estremecen aun los corazones más fuertes.

— ¡Arde Masada!... ¡Arde Masada!... —gritó el nieto de Bartolomé, entrando aterrorizado en extremo.

En efecto Boanerges de pie sobre un peñasco contempló la Fortaleza que semejaba una montaña de llamas.

Formando un duro contraste con aquel horror, la blanca luna creciente subía en el horizonte abriéndose paso entre grises nubecillas, y la estrella vespertina como una brillante amatista parecía hacer la corte a la viajera de la noche.

www.formarse.com.ar

El alma del vate soñador se dejó sumir por breve tiempo en la contemplación de aquellos cuadros tan diferentes uno de otro:

La tremenda Justicia Divina manifestada en los horrores de la devastación y del incendio y la divina belleza de los cielos donde seguían los astros su marcha serena y majestuosa, ajenos a las crueles alternativas que las inconscientes criaturas terrestres provocan para su mal.

Nadie supo el secreto de la desaparición de Galilea-de Boanerges, el trovador de Mágdalo; pero tú y yo lector amigo, lo sabemos porque la Luz Eterna tíos lo cuenta sigilosamente.

Mientras las huestes invasoras de Tito destruían Jerusalén, su Templo, sus palacios, sus murallas, Fortalezas y fuentes, e incendiaba sus graneros y campes de labranza, Boanerges sepultaba en los huecos de las grutas, las Escrituras de remotos tiempos y los relatos, salmos, poemas y crónicas recientes que los amantes discípulos y amigos íntimos del Cristo, Ungido de Dios, remitían de continuo a los Santuarios de los Esenios que fueron los asiduos recolectores de todo cuanto realizó el Cristianismo en los comienzos difíciles de su glorioso amanecer.

No fue Boanerges un misionero para el mundo exterior de su tiempo, porque todo él estaba hecho para la vida interior y para las continuaciones de lo que nunca debe morir...

¡Pensar, sentir, cantar a la Belleza, a la Verdad, al Amor y volar alto, muy alto, hasta llegar al Infinito!...

Los horrores de la guerra en la Judea, la parálisis de Bartolomé, solitario en la Granja de Andrés y la espera de un mensajero prometido por los Ancianos de Moab para transportar el Archivo, impidieron a Boanergues abandonar el más antiguo Santuario Esenio de Palestina y allí se extinguió su vida en la dulce placidez de la meditación y del silencio.

La muerte del justo es suave como un suspiro; es la satisfacción de un anhelo profundo; es el paso de las sombras a la luz.

Lector amigo que me has seguido pacientemente en este largo relato. Espero haber satisfecho tu anhelo de conocer los orígenes de la siembra de amor y de luz, de estrellas y rosas que derramó el Cristo Divino sobre esta Tierra.

¡Que la Paz de su cielo sea contigo!
Hilarión de Monte Nebo

ÍNDICE
TOMO II

Todo reino dividido..... 2
Hacia el abismo 9
La estrella maga..... 16
La gruta de los recuerdos 20
El Apóstol Judas Tadeo..... 24
Rosas de la tarde..... 30
En el monte Hermón 36
El Diario del Apóstol 38
El comienzo del apostolado 44
En Thipsa..... 48
El "Albatros" suelta amarras..... 52
Fahien de Rambacia 56
La Matriarca Abelina 59
Rosas blancas 67
Tomás de Tolemaida 68
Los siete días 73
Resurrección 83
El Apóstol Andrés de Tiberíades 88
La huella en la nieve 93
El salto sobre el abismo 98
Bartolomé de Corazin 100
El Apóstol de Armenia 102
Juan, el muy amado 110
No era un cuento 114
Anfión y Odina 116
El sueño libertador 125
Los abrojos del camino 129
El Cerro de la Gloria 138
Felipe y Matías 141
El Cristo en Roma 143
El salto sobre el abismo..... 147
En el Lacio..... 153
El Rosal de Jhasua en Roma..... 163
Regreso a Palestina 166
El huerto de Juan florece..... 170

El Rabí Sedechías 178
Como se abren los caminos..... 182
El sueño de las tres Marías..... 186
Los caminos se encuentran 187
Vientos contrarios……..... 192
Los pergaminos de Juan..... 195
Un roble murió de pie..... 202
El Cristo en Samaria..... 205
El diario del Apóstol Juan 213
Visitantes de Samaria 217
Todo se pasa 222
El solitario de Patmos 225
¡Fiat Lux! 234
Lo que no vemos 239
La escuela de Juan 245
Exploración celeste 249
La gloria de Juan..... 253
El paraíso de Pedro 259
Los amigos de Jhasua en Efeso 264
La piedra de Cristo 269
El Águila solitaria 272
El rosal florecido 277